ENRIQUE S. OLCOTT

HISTORIA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

TOMO I

Años 1874 a 1880

Traducción de Mario Martínez de Arroyo (M. s. T.)

EDITADO POR LA COMISIÓN DE DIFUSIÓN Y PROPAGANDA DELA
SOCIEDAD TEOSÓFICA EN ARGENTINA

1 9 6 3

PREFACIO

Si se escribiera la historia de todas las sociedades conocidas, el capítulo consagrado a los orígenes y vicisitudes de la Sociedad Teosófica sería verdaderamente único. Cualquiera que sea el punto de vista en que nos coloquemos, favorable u hostil, parecería sorprendente que tal Sociedad haya podido nacer en condiciones tales, y no solamente esto, sino que haya podido resistir a los ataques que ha recibido, y que, no obstante, sus fuerzas hayan crecido proporcionalmente a la cruel mala fe de sus adversarios. Ciertos críticos han querido ver en esto una prueba palpable del recrudecimiento de la credulidad humana y un signo de inquietud religiosa, anunciador de la extinción final de las tradiciones occidentales. Otros consideran el progreso de este movimiento como un presagio de la aceptación universal de las ideas filosóficas del Oriente, y creen que ellas van a revivificar y ampliar considerablemente las simpatías espirituales entre la Humanidad. El hecho patente e innegable es que a fines de 1894, al cabo de diez y nueve años de actividad, se han despachado 394 cartas de fundación de ramas de la Sociedad, repartidas por casi todas las regiones habitables del globo, y que el número de las que han sido acordadas durante el último año (1894), sobrepasa al término medio anual desde la fundación (1875) en un 29 por 100. Desde el punto de vista estadístico, los despiadados e injustos ataques de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y de los misioneros escoceses en 1884, los cuales debían, según se esperaba, causar la ruina de nuestra Sociedad, no han tenido otro resultado que acrecentar considerablemente su prosperidad y ampliar su campo de utilidad. El último asalto dado por la *Gaceta* de *Westminster* producirá inevitablemente idénticos resultados. La razón es, sencillamente, que por más rudeza que se emplee para exponer los defectos y los errores personales de sus jefes, la excelencia de las ideas de la Sociedad no puede en forma alguna ser tocada. Para matar la Sociedad Teosófica sería necesario poder demostrar que su propósito reconocido es contrario al bien público o que la enseñanza de sus representantes es perniciosa y desmoralizadora. Ambas cosas son igualmente imposibles.

El mundo acepta la Sociedad, como una realización importante, una

individualidad diferenciada, a la cual no se puede alabar ni condenar sólo por los méritos o faltas de sus principales representantes. Uno de los más capacitados periodistas contemporáneos, el señor Stead, dice en *Borderland,* en el curso de una revista pasada a estas memorias tales como aparecieron en el *Theosophist,* "que nadie se cuida ahora de saber si las acusaciones de fraudes presentadas por los Coulomb y la S. P. R.[1]contra la señora Blavatsky eran o no, justificadas, teniendo presente que ni sus peores enemigos osarían rehusarle el honor de haber influenciado en grado extraordinario al pensamiento filosófico moderno, vulgarizando ciertas nobles ideas del Oriente". Esto es igualmente aplicable a sus numerosos colegas que, por su ejemplo y siguiéndola, han esparcido esas antiguas doctrinas por medio de la Sociedad Teosófica. Esta asombrosa organización, nacida prosaicamente en un salón de Nueva York, en 1875; ha batido un *record* tal, que tiene ganado el derecho de ser mencionada en toda historia integral de nuestros tiempos. Su desenvolvimiento es más bien debido a una fuerza que le es inherente que a penetrantes previsiones o a una dirección ponderada y habiendo estado tan estrechamente ligada –durante algunos años casi exclusivamente– a los esfuerzos personales de sus dos fundadores, la señora Blavatsky y yo, el historiador futuro encontrará facilitada su tarea tanto como si el sobreviviente de los dos le proporcionase sucintamente y con exactitud los informes necesarios. La serie de capítulos publicada hoy en volumen, apareció hace casi tres años en el *Theosophist,* donde una nueva serie, relativa a la historia de la Sociedad después de su traslado a la India, se prosigue actualmente. Más que por nada he publicado estos recuerdos, llevado por el deseo de combatir la creciente tendencia en el seno de la Sociedad, a divinizar a la señora Blavatsky y atribuir a sus escritos, aun a los más vulgares, un carácter casi de inspiración. Se cierran resueltamente los ojos sobre sus más visibles defectos y se quiere poner el hipócrita tabique de una pretendida autoridad, entre sus actos y las críticas legítimas.

Los que menos han estado en relación con ella, y por consiguiente, han conocido menos que otros su verdadera naturaleza, son los que impulsan este movimiento. Es, pues, bien evidente que, a menos de contar yo mismo, por ser el único que la sabe, la verdadera historia de nuestro movimiento jamás podría ser escrita, ni los méritos reales de mi admirable colega podrían ser suficientemente conocidos. En este libro digo la verdad sobre ella y sobre los comienzos de la Sociedad, verdad que nadie

[1] Society of Psichical Researchs (Sociedad de Investigaciones Psíquicas). N. del T.

podrá negar.

Dando poco valor a las censuras y a las alabanzas de terceros, acostumbrado toda mi vida a obrar de acuerdo con mi sentimiento personal del deber, no temo afrontar las tontas burlas de los que me tachen de engañado, de mentiroso o de traidor. Estoy tan persuadido de que la opinión de otro es un factor sin importancia en la evolución individual, que he proseguido mi tarea hasta el fin, aunque algunos de mis más influyentes colegas, en nombre de una fidelidad, que considera poco lúcida, hacia H.P.B., hayan intentado secretamente minar mi influencia, arruinar mi reputación, reducir la circulación de mi revista e impedir la publicación de mi libro. Insinuaciones confidenciales han circulado contra mí, y los números del *Theosophist* han desaparecido de las salas de lectura de las ramas. Todo eso es infantil; jamás la verdad ha perjudicado a una buena causa, ni tampoco la cobardía moral ha hecho nunca triunfar auna mala.

Se podría aplicar a H.P.B. lo que la señora Oliphant dice de Bentham en *Literary History of England* (III, 203): "Es evidente que para discernir quiénes eran los nacidos para escucharlo y comprenderlo, poseía el instinto de los viejos marinos, así como también una gran facilidad para incluir entre los que eran de su afecto a todas aquellas personas de reciente notabilidad cuyas tendencias apreciaba... Pocos hombres, aun entre los más grandes, han sido servidos y reverenciados como él lo fue por sus semejantes". ¿Hubo jamás criatura humana tan completa como esta misteriosa, fascinante e iluminadora H.P.B.? ¿Dónde encontrar una personalidad tan notable y dramática que mostrase tan claramente la bipolaridad de lo humano y lo divino? No puede ser que yo le extienda al *Karma* la sombra de una injusticia, pero si alguna vez existió un personaje histórico en quien lo bueno y lo malo, la luz y la sombra, la sabiduría y la ligereza, la clarividencia espiritual y la falta de buen sentido se hayan encontrado tan mezclados como en ella, lo único que puedo decir es que he olvidado ese nombre, así como su historia y su época. El haberla conocido equivale a haber recibo una educación liberal, y mi más preciosa experiencia es la de haber trabajado con ella y vivido en su intimidad. Era una ocultista demasiado grande para que hayamos podido medir su estatura moral. Estábamos obligados a amarla, por muy conocidos que nos fuesen sus defectos, y a perdonarla, aunque faltó bastante a sus promesas y destruyó nuestra primera fe en su infalibilidad. Y el secreto de esta poderosa influencia residía en sus innegables poderes psíquicos, en la

evidencia de su devoción a sus Maestros, a quienes representaba como personajes casi sobrenaturales, y en su celo por la elevación espiritual de la Humanidad por medio de la Sabiduría Oriental. ¿Volveremos a ver a alguien que se le asemeje? ¿En nuestra época, volveremos a verla bajo otra forma?

El Porvenir responderá.

H. S. OLCOTT

Gulistan Ootacamund, 1895.

CAPÍTULO I

PRIMER ENCUENTRO DE LOS FUNDADORES

Puesto que debo narrar la historia del nacimiento y de los progresos de la Sociedad Teosófica, debo comenzar por el principio y decir cómo se encontraron sus dos fundadores. Fue un incidente muy prosaico. Yo dije: "Permítame, señora", ofreciéndole lumbre para su cigarrillo. Nuestra relación empezó así por el humo; pero salió de ella un gran fuego que aún no se ha extinguido. Las circunstancias que nos acercaron son bastante curiosas, como voy a demostrado. En parte, han sido ya publicadas.

Un día del mes de julio de 1874, sentado en mi estudio y reflexionando sobre una causa importante para la cual la Municipalidad de Nueva York me había retenido, me vino de pronto la idea de que desde hacía años yo no me había ocupado del movimiento espiritista. Ignoro qué asociación de ideas me hizo pasar así de la construcción mecánica de los contadores de agua al Espiritismo moderno; sea como fuere, fui hasta la esquina de mi calle a comprar *The Banner of Light*. En él leí el relato de ciertos fenómenos increíbles; por ejemplo, solidificaciones de fantasmas que decían formábanse en una granja de la ciudad de Chittenden, Estado de Vermont, a varios centenares de millas de Nueva York. Inmediatamente me dí cuenta de que si era en realidad posible que los asistentes hubiera podido ver y aun tocar a parientes difuntos que hubiesen hallado el medio de reconstituir sus cuerpos y sus ropas de modo tal que llegasen a ser momentáneamente sólidos, visibles, tangibles y con la facultad de hablar, esto constituiría el hecho más importante de la ciencia moderna. Así, pues, me determiné a ir allá para ver eso yo mismo. Fui y encontré fundado lo dicho; me quedé tres o cuatro días y volví a Nueva York. Escribí para el *New-York Sun* una memoria de mis observaciones que fue reproducida casi en el mundo entero, por lo graves e interesantes que los hechos parecieron. El editor del *New-York Graphic* me propuso volver por su cuenta a Chittenden con un artista que tomaría apuntes dibujados a mis órdenes, y examinar a fondo el asunto. El tema me interesaba tan profundamente, que tomé las necesarias disposiciones para poner en orden mis compromisos profesionales, y el 17 de septiembre me encontré nuevamente en la

“Eddy Homestead”, llamada así a causa de la familia que la poseía y ocupaba. Si la memoria me es fiel, pasé una docena de semanas en esta casa misteriosa, en medio de fantasmas y de las experiencias del más extraordinario carácter. Durante este tiempo, aparecían dos veces por semana en el *Daily Graphic* mis cartas sobre los espíritus de los Eddy, ilustrados por el artista, señor Kappes, con croquis de espectros vistos por él, por mí y por todas las personas –a veces 40– presentes en la sala de las sesiones.

He descrito en *People of the other World* todos esos fenómenos y todas las condiciones que inventé y puse en práctica para impedir los fraudes. La publicación de estas cartas fue lo que atrajo a la señora Blavatsky a Chittenden y nos hizo entrar en relación.

Recuerdo esta primera entrevista como si fuese ayer; por otra parte, ya he contado los principales detalles en *People of the other World,* pág. 293 y siguientes. Era un día de sol, que alegraba hasta aquella vieja casa sombría. Está situada en un país encantador, un valle bordeado de alturas verdes que se unen a las montañas coronadas de bosques hasta su cima. Era la época del estío indio, en que toda la comarca se envuelve en una gasa azulada como lo que ha dado su nombre a los montes “Nilgiri”, y el follaje de las hayas, de los castaños de Indias y de los arces, herido por las primeras heladas, había pasado del verde a un mirífico oro y púrpura que transformaba el paisaje entero en una tapicería principesca. Es preciso ir a América para ver el esplendor otoñal en toda su perfección.

Se comía a mediodía en casa de los Eddy, y fue desde la puerta de su comedor incómodo y desmantelado, que Kappes y yo vimos por vez primera a la señora Blavatsky, llegada poco antes de mediodía con una canadiense francesa, y que ya estaba sentada a la mesa al entrar nosotros. Mis miradas fueron atraídas ante todo por una camisa roja a lo Garibaldi, que llevaba puesta y que resaltaba vivamente sobre los sombríos colores próximos. Usaba ella entonces sus cabellos, cortos que no le llegaban a los hombros, y eran rubios, finos como la seda y rizados hasta la raíz, como el vellón de un cordero de Cotswold. Tales cabellos y la camisa roja llamaron mi atención antes de fijarme en su cara. Era ésta un rostro kalmuko, macizo, que anunciaba fuerza, cultura y autoridad, en tan notable contraste con las caras vulgares que la rodeaban, como el de su camisa roja con los grises y blancos de las paredes, muebles y trajes incoloros de las otras personas. Toda clase de desequilibrados iban y venían continuamente a casa de los Eddy para ver los fenómenos, y yo pensé, al pronto que esa excéntrica era de la misma naturaleza. Me detuve en el umbral para decir a Kappes:

"¡Pero, mire ese ejemplar!" Fui a sentarme bien enfrente de ella para entregarme a mi estudio favorito de los caracteres (1). Las dos señoras hablaban en francés, sin decir nada de particular, pero pronto distinguí en su acento y en la rapidez de su dicción, que si no era una parisiense, por lo menos, conocía perfectamente el francés. Terminada la comida, salieron juntas de la casa. La señora Blavatsky lió un cigarrillo y yo le ofrecí fuego para iniciar una relación. Habiendo dicho mi frase en francés, la conversación siguió en este idioma. Me preguntó desde cuándo estaba yo allí y qué pensaba yo de los fenómenos, manifestándome que había sido atraída a Chittenden por las cartas publicadas por el *Daily Graphic,* que el público seguía tan apasionadamente que con frecuencia era imposible encontrar un solo ejemplar del diario en las librerías una hora después de su publicación, y que ella había pagado un dólar por el último número. "Dudaba en venir aquí –decía– temiendo encontrar al coronel Olcott". "¿Por qué ese temor de él, señora?", le pregunté. "¡Oh! Es que tengo miedo que hable de mí en sus artículos". Le dije que podía estar completamente tranquila, que estaba bien seguro de que el coronel Olcott no hablaría de ella, si ella no lo deseaba, y me presenté. En seguida fuimos los mejores amigos del mundo; nos parecía pertenecer al mismo medio, cosmopolitas, librepensadores ambos, y en más estrecha comunión el uno con el otro que con el resto de la compañía, aunque allí había personas muy bien y muy inteligentes. Era la llamada de nuestra común simpatía por el lado superior y oculto del hombre y la Naturaleza; la atracción de las almas y no de los sexos. Jamás, ni ella ni yo, ni entonces ni más tarde, tuvimos la sensación de que el otro era de un sexo diferente; éramos camaradas, nos mirábamos como tales y nos llamábamos así. Gentes malvadas trataron de insinuar de tiempo en tiempo, que estábamos unidos por un lazo más íntimo, así como acusaron a esa pobre H.P.B., sin atractivos y perseguida, de haber sido la amante de otros varios personajes, pero ningún espíritu sano podía conservar esta opinión, después de haber pasado algunos momentos en su compañía; de tal modo sus miradas, palabras y acciones, demostraban su asexualidad.

Conservo mi opinión a pesar de la pretendida confesión de mala conducta en su juventud, sacada de ciertas cartas suyas a un ruso y publicadas recientemente por este en su libro *Una moderna sacerdotisa de Isis.* En resumen, creo fundado mi juicio, y falsas sus pseudo-revelaciones; puras bravatas suyas.

Paseándonos, conversábamos de los fenómenos de los Eddy y de los de otros países;

vi que era una gran viajera, que había visto muchas cosas ocultas y adeptos de las ciencias herméticas, pero no hizo entonces ninguna alusión a los sabios del Himalaya ni a sus propios poderes. Hablaba de las tendencias materialistas del espiritismo americano, que no era más que una especie de abuso de fenómenos, acompañado de indiferencia filosófica. Sus modales eran amables y cautivadores, sus críticas sobre los hombres y las cosa, eran originales y mordaces. Se tomaba un particular interés en hacerme expresar mis ideas sobre las cosas espirituales y demostraba placer al descubrir que indistintamente yo había seguido el mismo orden de ideas ocultas que ella. Hablaba más como espiritista refinada que como mística oriental. Por mi parte, yo entonces no sabía nada o casi nada de la filosofía del Oriente y ella, por lo pronto, guardó silencio sobre ese tema.

Las sesiones de Guillermo Eddy, el principal médium de la familia, tenían lugar cada noche en el gran salón del primer piso, situado encima del comedor y la cocina, en un ala de la casa. Él y su hermano Horacio eran arrendatarios activos; Horacio se ocupaba de los trabajos del exterior, y Guillermo, desde que tantos curiosos les llegaban de todas las regiones de los Estados Unidos, hacía la cocina. Eran pobres, sin instrucción y llenos de prejuicios; a veces poco corteses con sus huéspedes inesperados. En el extremo del salón de las sesiones, la gran chimenea de la cocina subía hasta el techo. Entre ella y la pared del Norte, había un estrecho gabinete de la misma profundidad que la chimenea –2 pies y 7 pulgadas– en el que Guillermo Eddy se sentaba esperando los fenómenos. No parecía ejercer sobre ellos ningún contralor, sino que simplemente se sentaba, esperando a que se produjesen con intervalos irregulares. Una cortina tendida ante la abertura, sumergía al gabinete en una profunda oscuridad. Poco después de la entrada de Guillermo en el gabinete, la cortina era descorrida y se veía salir la apariencia de un muerto, hombre, mujer o niño –algo como una estatua animada– momentáneamente sólida y material, pero pronto desvanecida en la nada o la invisibilidad. Así, los espectros se disipaban ante los mismos ojos de los espectadores.

Hasta el día de la llegada de H.P.B., las apariciones habían sido siempre de indios pieles rojas, o de americanos o europeos más o menos semejantes a los concurrentes. Pero desde la primera noche de su residencia, tuvimos espectros de otras nacionalidades: un criado georgiano, un mercader musulmán de Tiflis, una campesina rusa, etc. Otra noche apareció un caballero kurdo, armado de su cimitarra, pistolas y

una lanza; después un hechicero negro africano, horriblemente feo, que tenía el aire de ser el diablo en persona y que llevaba como corona cuatro cuernos de oryx[2] de los que colgaban campanillas, y una redecilla de vivos colores atada alrededor de la cabeza; y, finalmente, un europeo condecorado con la cruz y el collar de Santa Ana, que la señora Blavatsky reconoció ser su tío. Tales apariciones en la casa de esos pobres y casi ignorantes arrendatarios del Vermont, que no tenían ni el dinero para comprar accesorios de teatro, ni la experiencia necesaria para usarlos si los hubiesen poseído, ni el sitio para actuar con ellos, parecieron a todos los testigos una prueba cierta de la realidad de esos fenómenos. Muestran también qué atracción ejercía la señora Blavatsky sobre las sombras de lo que los asiáticos llaman el *kâma-loka.* Mucho después, supe que ella misma los había evocado usando sus propios poderes desarrollados e irresistibles. Ella misma lo ha afirmado en una nota de nuestro *Scrap-Book*[3] vol. 1, unida a un resorte del *Spiritualist* de Londres, de enero del 1875.

Durante su residencia en Chittenden, ella me contó varios incidentes de su vida, y particularmente que había asistido en calidad de voluntaria con otras señoras, a la sangrienta batalla de Mentana, con el ejército de Garibaldi[4]. Me mostró, confirmando esta historia, su brazo izquierdo partido en dos sitios por un sablazo y me hizo tocar una bala aun alojada en los músculos de su hombro izquierdo y otra en una pierna. Me mostró también; justamente debajo del corazón, la cicatriz de un golpe de estilete; esta herida se reabrió algo en Chittenden y ella me la mostró para consultarme. Entre los singulares relatos de peligros y de aventuras, me contó la historia del hechicero-fantasma coronado con cuernos de oryx, que ella había conocido vivo y produciendo fenómenos muchos años antes en el alto Egipto.

H.P.B. hizo lo posible para hacerme dudar del valor de los fenómenos de Guillermo Eddy como pruebas de ocupación del médium por espíritus inteligentes; me decía que en caso de ser auténticos, no podían ser más que el doble del médium que se desprendía de su cuerpo, revistiéndose de apariencias diversas, pero yo no podía creerla. Yo sostenía que las formas eran de tallas, grueso y especies demasiado variadas para no ser más que transformaciones de Guillermo Eddy; que debían ser, en realidad, como parecía, los espíritus de personas muertas. Nuestras discusiones no dejaban a veces de ser acaloradas, porque yo no había entonces estudiado bastante a

[2] Antílope africano. (N. del T.)
[3] Álbum de recortes. (N. del T.)
[4] El 3 de noviembre de 1867. (N. del T.)

fondo el asunto de la plasticidad del doble humano para medir la fuerza de sus indicaciones. En cuanto a la teoría oriental de la *maya,* yo no conocía de ella ni una palabra. Pero, como ella misma me lo dijo, se convenció de que yo no aceptaba nada con los ojos cerrados y de que no renunciaba fácilmente a los hechos establecidos o que yo consideraba como tales. Nuestra intimidad crecía de día en día, y al partir de Chittenden, ella había adoptado el apodo de Jack que yo le había puesto y se sirvió de él para firmar las cartas que escribía desde Nueva York. Nos separamos como buenos amigos que no desean más que continuar unas relaciones tan agradablemente iniciadas.

Terminadas mis investigaciones, volví a Nueva York en noviembre de 1874 y fui a visitarla a su casa, plaza Irving núm. 16, donde me dio varias sesiones de espiritismo por medio de mesas giratorias y de golpes dados deletreando una especie de mensajes, que procedían en su mayor parte de una inteligencia invisible que decía llamarse "Juan King". Este seudónimo es familiar a todos los que frecuentaban las sesiones espiritistas hace unos cuarenta años. Apareció primeramente en 1850 en la "cámara de los espíritus" de Jonatam Koons, de Ohío, y se presentó como jefe de una o varias tribus de espíritus. Más tarde, dijo ser el alma de Sir Enrique Morgan, el célebre filibustero, ycomo tal se me presentó a mí.En Filadelfia me mostró su cara encuadrada en un turbante, cuando mi investigación emprendida sobre los Holmes, conjuntamente con el difunto y respetable Roberto Dave Owen, el general F. J. Lippitt y la señora Blavatsky (ver *People of the other World, 2ª* parte), y me habló yescribió; me escribió con cierta frecuencia. Tenía una escritura de otros tiempos y se servía de antiguas expresiones raras. Entonces yo creía en el verdadero "Juan King", porque me parecía que su existencia me era probada con toda la certeza que fuese posible desear. Pero ahora que he visto lo que H.P.B. era capaz de producir en materia de *maya* (ilusión hipnótica) y de dominio sobre los elementales, estoy persuadido de que "Juan King" era un elemental burlón que ella manejaba como un fantoche con el fin de llevar a cabo mi educación. Entendámonos bien; los fenómenos eran reales, pero no producidos por un espíritu humano desencarnado. Después de escrito esto, he hallado la prueba de ello escrito por su mano en nuestro *Scrap-Book* vol. I.

Ella hizo durar la ilusión durante meses –después de tanto tiempo, no podría decir cuántos– y vi una cantidad de fenómenos atribuidos a Juan King; por ejemplo, toda esa serie notable ejecutada en casa de los Holmes, en Filadelfia, y la que tuvo lugar en casa

de la misma H. P. B, como lo he dicho antes. Juan King se presentó primeramente como una personalidad independiente, después como el mensajero y servidor, nunca como igual, de adeptos vivos, y, finalmente, como un simple y puro elemental, del que H.P.B. y otro experto en la materia, se servían para hacer milagros.

Inútil sería negar que durante los primeros tiempos de su residencia en América ella se declaró espiritista y defendió ardientemente al Espiritismo y sus médiums contra los ataques de todos sus enemigos. Sus cartas y artículos en diferentes diarios ingleses americanos lo demuestran con evidencia. Entre numerosos ejemplos, citaré éste:

"En resumen, no he hecho más que mi deber: ante todo, para con el Espiritismo, que he. defendido lo mejor que pude contra los ataques de la impostura, oculta con la máscara demasiado transparente de la Ciencia, después, para con dos pobres mediums calumniados y sin defensa... Pero me veo obligada a confesar que no creo en realidad haber hecho gran bien al Espiritismo... lo reconozco con gran tristeza de corazón, porque comienzo a creer que no tiene remedio. Desde hace más de quince años, combato por la santa verdad, he viajado y la he predicado –aunque no haya nacido para hablar en público– desde las nevadas cimas del Cáucaso hasta las llanuras de arena del Nilo. He probado su realidad por experiencia y por persuasión. Por el Espiritualismo he abandonado mi casa y mi vida fácil en una sociedad culta y he llegado a ser una errante por el Mundo. Ya había visto realizarse mis esperanzas bastante más allá de mi más optimista deseo, cuando mi mala estrella me condujo. a América. Teniendo a este país por la cuna del Espiritismo moderno, acudí de Francia con algo del entusiasmo del musulmán cuando se acerca al lugar del nacimiento de su profeta", etc. (Carta de H.P.B. al *Spiritualist,* diciembre 13 de 1874).

Los dos infortunados mediums de que habla, eran los Holmes, de cuyo valor moral nunca tuve muy buena opinión. No obstante, *en presencia de H.P. Blavatsky,* en condiciones impuestas par mí, he sido testigo en compañía del difunto Roberto Dale Owen y del general Lippitt, de una serie de fenómenos mediumnímicos absolutamente probados y satisfactorios. Yo desconfiaba un poco, pensando que tal vez fuese H.P.B. quien suministraba el poder necesario para su ejecución y que los Holmes solos no hubieran podido presentar más que fraudes, o nada. Ahora, buscando en los viejos *Scraps-Books,* encuentro de letra de H.P.B el siguiente *memorándum* que evidentemente destinaba a la publicación después de su muerte.

"Nota importante.

Sí, siento confesar que *tuve* que identificarme con los espiritistas en el momento en que los Holmes fueron vergonzosamente desenmascarados. Me era necesario salvar la situación. *Yo había* sido *enviada de Francia a América para probar la realidad de los fenómenos y la falsedad de la teoría espiritista de los espíritus*. Pero ¿cómo lograr el éxito? No. quería que todo el mundo supiera que yo podía producir esas mismas cosas *voluntariamente.* Había recibido órdenes en contra, y sin embargo, era menester que mantuviese viva la fe en la realidad, autenticidad y posibilidad de los fenómenos en el corazón de aquellos que se habían convertido del Materialismo al Espiritualismo, pero que volverían a su escepticismo después del descubrimiento de tanto fraude. Por esto, reuniendo algunos fieles, fui a casa de los Holmes, y ayudada por M… y sus poderes, evoqué de la luz astral las figuras de Juan King y de Catalina King; y produje fenómenos de materialización dejando creer a la masa de los espiritistas que la señora Holmes era el médium. A ella le dio un miedo horrible al ver que esta vez la aparición era verdadera. ¿Hice mal? El mundo no está todavía preparado para comprender la filosofía de la Ciencia Oculta; que sepa, por lo pronto, que existen seres de un mundo invisible, "espíritus" de los muertos o elementales, y que el hombre posee poderes ocultos que pueden hacer de él un dios en la Tierra.

Cuando yo haya muerto, se apreciará tal vez mejor el desinterés de mis intenciones. He dado mi palabra de conducir los hombres hacia la *Verdad* durante mi vida, y sostendré esa palabra. Que me insulten y me desprecien, que unos me traten de médium y de espiritista, y otros de impostora; llegará un día en que la posteridad me conocerá mejor. ¡Oh! ¡Pobre mundo, tan torpe, tan malo y tan crédulo!".

Así todo queda explicado: había sido enviada a América para difundir el Espiritualismo oriental o *Brahma Vidyâ*[5] implantarlo en lugar del Espiritismo occidental más grosero. El Occidente no estaba aún preparado para recibirlo, y su primer deber fue defender los fenómenos reales del "círculo" contra el enemigo jurado y activo de las creencias espirituales: la ciencia física, materialista, intolerante con sus jefes y todos sus adherentes. Por lo tanto, lo esencial era detener el escepticismo materialista y fortificar las bases espirituales de las aspiraciones religiosas. Esta es la razón de que en la hora de la batalla, ella se situase con los espiritistas americanos, y por algún tiempo hiciese causa común con ellos. Sí, la

[5] Sabiduría Divina o Teosofía. (N. del T.)

posteridad le hará *justicia.* Quisiera recordar cuál fue el primer fenómeno que ella manifestase ser producido tan sólo por su voluntad, pero no puedo. Debió ser poco después de haber comenzado a escribir *Isis Sin Velo,* y tal vez éste: Después de mudarse del núm. 16 de la plaza Irving y de haber hecho una visita a unos amigos en el campo, alquiló por algún tiempo un piso en otra casa de la plaza Irving, muy cerca del Lotos Club y del mismo lado de la calle. Allí fue donde, más tarde, tuvo lugar la reunión amistosa en que yo propuse la formación de la futura Sociedad Teosófica. Uno de los concurrentes era un artista italiano, antiguo carbonario, el señor B... Cuando su primera visita, yo estaba sólo con ella en el salón. Hablaron de asuntos italianos, y de pronto él pronunció el nombre de uno de los más grandes Adeptos. Ella se sobresaltó como si hubiese recibido una descarga eléctrica, le miró fijamente en los ojos y dijo en italiano: "¿Qué hay? Estoy preparada". Él fingió no prestar atención, pero la conversación giró desde ese momento hacia la Magia, los magos y los Adeptos. El señor B... se levantó, abrió una ventana, hizo unos pases al exterior y de pronto una mariposa blanca entró en la habitación y voló hacia el techo. H.P.B. rió sin malicia y dijo: "Es encantador, pero yo puedo hacer otro tanto". Abrió también la ventana, hizo los mismos signos y apareció una segunda mariposa blanca que subió hasta el techo como la otra, la persiguió a través del salón jugando con ella de tiempo en tiempo, la empujó hacia un rincón y frrt... las dos desaparecieron al mismo tiempo mientras nosotros las mirábamos. "¿ Qué quiere decir eso?", pregunté yo. "¡Oh!, nada, que el señor B... puede transformar un elemental en mariposa y yo también". Esos insectos no eran más que una ilusión.

Recuerdo otras pruebas de su imperio sobre los elementales, que los indios llamarían *Yakshini Vidyâ*[6]. He aquí una de las primeras. Una fría noche de invierno, en que varios pies de nieve cubrían el suelo, habíamos trabajado en su libro hasta una hora muy avanzada en su piso de la calle Treinta y cuatro. Yo había comido cosas saladas en la cena y, sintiendo sed, dije como a la una de la mañana: "Sería delicioso tener unas uvas de invernáculo". "Ya lo creo –contestó–, es preciso tenerlas". "Pero los comercios están cerrados ya hace mucho y no podemos comprarlas",respondí yo. "No importa, las tendremos a pesar de eso". "¿Pero como?" "Usted lo verá, si quiere tan sólo achicar un poco la luz del gas sobre la mesa delante de nosotros". Di vuelta a la llave, y sin querer apagué la luz. "No hace falta tanto", dijo ella; "no tenía usted

[6] Conocimiento de los elementales, traducido literalmente. (N. del T.)

más que disminuir un poco la luz. En fin, encienda en seguida". Había una caja de fósforos a mi alcance, y en un momento ya tuve encendida la luz. "Mire", exclamó ella señalándome una estantería para libros, que se hallaba en la pared, frente a nosotros. Con gran sorpresa de mi parte, dos grandes racimos de buena uva negra de Hamburgo colgaban de las perillas de cada extremidad de uno de los estantes, y en seguida nos las comimos. Cuando le pregunté qué procedimiento había usado, dijo que era la obra de ciertos elementales sometidos a su poder, y todavía dos veces más, mientras seguimos viviendo en la "Lamasería", renovó el fenómeno y nos procuró frutas para refrescar mientras trabajábamos en *Isis*.

Poco a poco, H.P.B. me dio a conocer la existencia de los Adeptos orientales y sus poderes, y me dio la prueba de los suyos con una multitud de fenómenos. Primeramente, como ya lo he dicho, los atribuía a Juan King, y fue gracias a su pretendida complacencia que yo entré en correspondencia personal con los Maestros. He guardado muchas de sus cartas, sobre las que yo mismo anoté la fecha de su recepción. Durante años, casi hasta mi partida de Nueva York para la India, fui discípulo de la sección africana de la Fraternidad Oculta, pero más tarde fui transferido a la sección inda, a cargo de otro grupo de Maestros; esto fue cuando un maravilloso cambio psico-fisiológico tuvo lugar en H.P.B., del que no tengo el derecho de hablar y que nadie hasta ahora ha sospechado, ni aun, entre aquellos que se figuran haber poseído más su intimidad y confianza. Porque, aquí puede decirse, no hay ni ha habido nunca más que una alianza o Fraternidad altruista en el mundo entero, pero está dividida en secciones, según las necesidades de la raza humana en sus diferentes grados de evolución. El centro radiante de esta fuerza bienhechora se desplaza según los tiempos. Invisible, insospechada como las vivificantes corrientes del *Akasha*[7] pero igualmente indispensable al bienestar espiritual de la Humanidad, su energía combinada y divina se mantiene de edad en edad y refresca en la Tierra al pobre peregrino que se esfuerza hacia la Realidad Divina.

El escéptico niega la existencia de esos Adeptos porque no los ha visto, no ha hablado con ellos, y porque la Historia no ha registrado su intervención oficial en los acontecimientos nacionales. Pero millares de místicos, iluminados y filántropos de todas las épocas, a quienes la pureza de su alma ha elevado de las brumas físicas a la claridad de la conciencia espiritual, los han conocido, y en diversas ocasiones ellos

[7] La substancia viva, primordial. (N. del T.)

han entrado en relaciones directas con las personas que se dedican o tratan de dedicarse al servicio de la fraternidad humana. Algunas de ellas, a veces muy humildes y en apariencia indignas como nosotros los jefes del movimiento de la Sociedad Teosófica, han sido favorecidos con su simpatía y han recibido sus instrucciones. Los unos, como H.P. B. y Damodar, han tenido sus primeras visiones desde su juventud; otros los han encontrado bajo extraños aspectos en sitios imprevistos; yo les he sido presentado por H.P.B. por un intermediario que mis precedentes experiencias me hacían más comprensible, un pretendido espíritu manifestándose por un médium. Juan King me hizo conocer cuatro Maestros: un copto, un representante de la escuela neoplatónica de Alejandría, otro muy elevado, como un Maestro de Maestros que era veneciano, y un filósofo inglés desaparecido del mundo, pero aún no fallecido... El primero fue mi primer *Gurú*[8], hombre de una rigurosa disciplina y de un viril esplendor de carácter.

Pasando el tiempo, supe por ellos mismos que H.P.B. era su fiel servidora, aunque su particular temperamento y su idiosincrasia, la hacían demasiado antipática a algunos para permitirles trabajar con ella. Esto parecerá menos raro si se recuerda que cada individuo, Adepto o laico, evoluciona según un determinado rayo de Logos y se halla en simpatía con las almas que dependen de ese rayo y tal vez en antagonismo en el plano físico, con entidades procedentes de otro rayo. He ahí, probablemente, la *última ratio* de lo que se llama antipatía o simpatía magnética, áurica o psíquica. Sea cual fuere la razón, había Maestros que no podían trabajar con H.P.B. Varios, en cambio, la utilizaban y entre ellos hay algunos cuyos nombres nunca han sido pronunciados, pero con los cuales yo tuve mucho que hacer en los comienzos del movimiento de la Sociedad Teosófica.

H.P.B. me contó, entre otras cosas, cuando estuve preparado para conocer la existencia de la Fraternidad y de las relaciones que con ellas mantenía, que ella había llegado a París el año anterior (1873) con la idea de establecerse allí por algún tiempo bajo la protección de uno de sus parientes, que vivía en la calle de la Universidad, pero que un día recibió de los "Hermanos" la orden terminante de ir a Nueva York a esperar instrucciones. Al día siguiente partió sin más dinero que el de su pasaje. Escribió a su padre para que le enviase fondos a cargo del cónsul ruso en Nueva York, pero esto tenía que tardar algún tiempo, y como el cónsul le negase un préstamo, tuvo

[8] Instructor. (N. del T.)

que trabajar para vivir. Me dijo que había alquilado un alojamiento en uno de los barrios más pobres de Nueva York –calle Madison– y ganaba su pan haciendo corbatas o flores artificiales –no lo recuerdo bien– para un excelente comerciante judío. Ella hablaba siempre de ese buen hombre con reconocimiento. Las instrucciones no llegaban, y el porvenir era un libro cerrado, cuando al año siguiente, en octubre de 1874, recibió la orden ir a Chittenden para encontrarse con el hombre que debía ser su colega para una gran obra; era yo.

Los amigos íntimos recordarán su relato de la historia de su repentina partida, obedeciendo órdenes, de París para Nueva York. El Sr. Sinnett lo menciona en *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky* (página 146), y ha sido publicado en otras partes. Pero esas personas no lo han sabido sino mucho tiempo después y sus enemigos podrían decir que fue una invención tardía, una mentirilla acoplada a una pequeña farsa subsiguiente. La casualidad, si es una casualidad, me ha traído justamente en el momento en que escribo estas páginas, la corroboración de un apreciable elemento de prueba. Una dama americana, la señorita Ana Ballard, periodista antigua, miembro vitalicio del Club de la Prensa de Nueva York, que tuvo trato profesional con H.P.B., desde la primera semana de su llegada a Nueva York, vino a pasar una temporada en Adyar. En el curso de la conversación, entre otros hechos menos importantes, la señorita Ballard citó dos que le rogué me diese en seguida por escrito, a saber: que H.P.B., a quien había encontrado en un sórdido alojamiento, le había dicho que súbita y repentinamente había dejado París de un día para otro, y también que había visitado el Thibet. He aquí las propias manifestaciones de la señorita Ballard:

Adyar, enero 17 de 1892.

Querido coronel Olcott:

"Conozco a la señora Blavatsky desde hace mucho más tiempo del que V. piensa. La vi en Julio de 1873 en Nueva York, cuando no hacía aún una semana de su desembarco. Entonces era yo cronista del *New-York Sun* y se me había encargado un artículo sobre Rusia. Durante mis investigaciones sobre ese tema, un amigo me hizo saber la llegada de esta dama rusa y fui a verla; así comenzaron esas relaciones, que duraron varios años. Desde mi primera visita me dijo que no había tenido la menor idea de dejar París para venir a América hasta la noche de la víspera de su partida;

pero no me dijo por qué partió ni lo que la hizo partir. Recuerdo perfectamente el aire de triunfo con que me dijo: "He estado en el Thibet". Entonces no pude comprender el motivo por el cual ella diese más importancia a ese viaje que a los que decía haber hecho por Egipto, la India y otras partes, pero siempre lo decía con mucho énfasis y animación. Ahora sé el por qué.

Ana Ballard".

A menos que se crea a H.P.B. capaz de haber previsto que la señorita Ballard me daría este testimonio en la India, diez y nueve años más tarde, el lector de buena fe convendrá que las declaraciones que hizo a la primera persona que conoció en Nueva York en 1873, corroboran firmemente las que después hizo a un gran número de personas, respecto a los dos puntos más importantes en la historia de sus relaciones con el movimiento teosófico: *a),* su preparación en el Thibet; *b),* su viaje a América en busca de aquel cuyo Karma[9] unía a ella como coautor para poner en movimiento esta gran ola social.

Ella había hecho un ensayo, que fracasó, de fundación de una especie de Sociedad de Espiritismo en El Cairo, en 1871 (Ver *Around The World* por Peebles, pág. 215, y por Sinnett, op. *cit.,* pág. 131 y siguientes), basándose sobre fenómenos. Fue un fiasco lamentable que la cubrió de ridículo, porque no tuvo a mano los colaboradores requeridos. No obstante, ella produjo fenómenos mágicos de los más extraordinarios, con la ayuda de ese mismo copto y de otro Adepto que yo conocí más tarde (2). Parece que hubo entonces una loca prodigalidad de poder y energía psíquica, y que esto indicaba otra cosa bien distinta de la infalibilidad personal o la inspiración divina. Nunca he podido comprender eso. En cuanto a la Sociedad Teosófica, todo tiende a hacer ver que su evolución ha sido gradual, dirigida por las circunstancias y el resultado de fuerzas opuestas, que ha pasado por caminos, ya floridos, ya ásperos, y que su prosperidad ha dependido de la sabiduría o la tontería de su dirección. Su orientación general y sus ideas motrices se han conservado idénticas, pero su programa se ha modificado, ampliado y mejorado, a medida que nuestros conocimientos crecían y que la experiencia sugería su utilidad. Todo me demuestra que el movimiento es tal y como había sido preparado de antemano por los sabios que lo vigilan, pero que todos los detalles eran dejados a nuestros personales esfuerzos. En caso de fracaso por la parte nuestra, otros habrían heredado nuestra oportunidad

[9] Destino generado por nuestros propios actos, en esta misma vida o en las anteriores. (N. del T.)

fallada, así como yo sucedí a los del grupo que fracasó en El Cairo en 1871. A propósito del crecimiento de nuestros conocimientos, mirando hacia atrás, puedo constatar la continuada expansión de mis propias ideas, un sentimiento más profundo de la verdad y una mayor capacidad para asimilar y difundir ideas. Mis artículos publicados y mis cartas escritas entre 1871 y 1878, lo prueban claramente. Cuando yo era un niño (en Ocultismo), hablaba como un niño, de una manera frecuentemente dogmática y como un novicio pretencioso.

Nunca me dijo H.P.B. en esos primeros tiempos nada que pudiese hacerme pensar que ella hubiera recibido la menor indicación de nuestras futuras relaciones, ni de lo que debería ser la Sociedad Teosófica hasta el momento en que fue enviada a encontrarme en Chittenden. Como lo he dicho antes, por ella misma sabemos que fue enviada de París a Nueva York por el interés del Espiritualismo, en el mejor sentido de la palabra[10] y antes de nuestro encuentro, había asistido a sesiones y frecuentado médiums sin manifestarse nunca en público. En mayo de 1875, yo ensayé organizar con su concurso un círculo privado de investigaciones, con el nombre de Club de los Milagros. Ella habla así de esto en el *Scrap-Book* (vol., 1) :

“Una tentativa, según orden recibida de T. B. (un Maestro) por intermedio de P. (elemental que hacía de Juan King). Orden de comenzar a decir la verdad al público, sobre los fenómenos y los médiums. Ahora, mi martirio va a comenzar. Tendré a todos los espiritistas en contra, más los cristianos y los escépticos. Que tu voluntad sea hecha. ¡Oh M.! H.P.B.”

Nuestro proyecto era cerrar las puertas a todo el mundo, salvo a los miembros del Club, que deberían mantener secreto el lugar de las reuniones. “Todas las manifestaciones, incluso las materializaciones, se producían en plena luz, sin gabinete”. *(Spiritual Scientist,* del 9 de mayo de 1876). Si se tomase esta nota de H.P.B. al pie de la letra, parecería que nunca hubiese habido Sociedad Teosófica, si el médium destinado al Club de los Milagros no nos hubiera abandonado, impidiéndome de ese modo terminar su organización.

Del libro del señor Sinnett extraigo la coincidencia de que ella llegó a Nueva York el 7 de Julio de 1873, es decir, el séptimo día del séptimo mes de su 42ª año (6 x 7), y

---

[10] En inglés la palabra *Spiritualism* quiere decir Espiritualismo y también Espiritismo, aunque últimamente se ha generalizado la palabra. *Spiritism*, pero más bien con aplicación a la escuela francesa fundada por Kardec. (N. del T.)

que nuestro encuentro no se efectuó hasta que yo alcancé mis cuarenta y dos años. Además, agregaré que ella murió en el séptimo mes del 17º año de nuestro parentesco teosófico. Unid a esto el hecho reciente, que últimamente publiqué en el *Theosophist:* que la señora Besant solicitó de H.P.B. su admisión en la Sociedad, el séptimo mes del 17° año después de su ruptura final con la comunión cristiana, y tendréis una bonita serie de coincidencias notables[11].

[11] El coronel Olcott había predicho que él moriría en día 7 ó 17. Y en efecto, murió el 17 de febrero de 1907. La suma de las cifras de este año, da también 17. (N. del T.)

CAPÍTULO II

LA SEÑORA BLAVATSKY EN AMÉRICA

He hallado una carta, de una amiga de la señora Blavatsky, bastante más antigua aún que la señorita Ballard, y de cuya existencia me había olvidado por completo. La señorita Ballard la conoció en Nueva York desde la semana de su llegada, pero la doctora Marquette ya la conocía en París, antes de que comenzase la larga y brillante carrera que debía continuar *per aspera ad astra* y terminar aparentemente en el horno crematorio de Woking, en 1891, pero en realidad, continuar más allá. Las insinuaciones de quienes pretenden que llevó en París una vida desordenada el año 1873, caen ante la espontánea declaración de esta mujer médico, que personalmente conocí en Nueva York, pero que, según creo, ya ha muerto. He aquí lo que ella escribió:

Nueva York, diciembre 26 de 1875.

Querido señor:

"Respondiendo a sus preguntas, debo decirle que conocí a la señora Blavatsky en París, en 1873. Entonces vivía ella con su hermano el Sr. Hahn, y un amigo íntimo de éste, el señor Lequeux, en un piso de la calle del Palais. Yo la veía casi todos los días, y de hecho pasaba con ella la mayor parte de mi tiempo, cuando no me encontraba en el hospital o en la clase .. Por lo tanto, estoy en situación de poder certificar personalmente acerca de su conducta. Me siento feliz al poder decir que su conducta era *perfecta* y digna de todo respeto. Empleaba su tiempo en pintar oen escribir, casi sin salir de su habitación. Tenía pocas relaciones, y entre ellas, el señor y la señora Leymarie. Considero a la señora Blavatsky como una de las mujeres más interesantes y apreciables que yo haya conocido antes y después de mi vuelta de Francia; he renovado con ella las relaciones y la amistad.

Vuestra, afectuosamente,

L. M. MARQUETTE, M. D!"

En el capítulo precedente hemos visto que H.P.B. había dejado a París de un día para otro por orden de sus Maestros y casi sin dinero. Recuerdo una anécdota que pone de relieve uno de los rasgos de este carácter tan complejo, la impulsiva generosidad de su naturaleza. Poseía un billete de primera clase para Nueva York y había ido al muelle del Havre, ya sea para ver su barco, o para embarcarse, cuando su atención fue atraída por una pobre campesina sentada en el suelo con uno o dos niños, y que lloraba amargamente. H.P.B. se aproximó a ella y supo que la infeliz venía de Alemania para unirse a su marido, que se encontraba en América, pero que un ladrón agente de emigración le había vendido en Hamburgo unos pasajes falsos. Y se hallaba ahí, impotente y sin dinero; la Compañía no podía hacer nada, y ella no tenía parientes ni conocidos en El Havre. El excelente corazón de nuestra H.P.B. se sintió tan conmovido, que dijo en seguida: "No importa, buena mujer, voy a ver si puedo hacer algo". En vano ensayó sobre el inocente agente de la Compañía sus poderes de persuasión y 109 reproches; por último, careciendo de dinero disponible, cambió su billete de primera por billetes de emigrantes para ella misma y para la pobre mujer con sus hijos. Muchas personas "bien" y "respetables", han demostrado con frecuencia su horror por las excentricidades de H.P.B., incluso por su costumbre de jurar, pero pienso que una sola acción generosa como la citada, borraría del gran libro de la Humanidad, páginas enteras de faltas de corrección mundanas. Que los que lo duden traten de hacer otro tanto.

Hemos visto que la señorita Ballard encontró a H.P.B. en una miserable casa de obreros en una calle pobre de Nueva York, y hasta que recibió fondos, ganándose honradamente la vida haciendo corbatas. Esto era en julio de 1873. En octubre siguiente, su querido padre, que siempre se había mostrado paciente e indulgente para ella, murió, y el 29 del mismo mes recibió un telegrama fechado en Stavropol, en el que su hermana Elisa le daba la noticia y le informaba del importe de su herencia, anunciándole el envío de un cheque de 1.000 rublos. (En este momento tengo el telegrama ante mi vista). Recibió el dinero por correo y dejó su alojamiento por otro mejor en la City, Unión Square, calle 60 Este, plaza Irving, etc. En este último domicilio es donde la encontré al volver de la granja de los Eddy. Su dinero no envejeció en sus manos, por cierto, porque como el señor Sinnett lo dice en su libro, si bien ella sabía soportar con una paciencia extrema las miserias de la pobreza cuando era necesario, también apenas le caía el dinero como

llovido, cuando ya lo derramaba a todos los vientos y a manos llenas, con la mayor imprudencia. Poseo un documento que lo demuestra tan claramente, que es menester citarlo. Es un contrato titulado: "Contrato de sociedad, formado el 22 de Junio de 1874, entre C… Q… por una parte, y Helena Blavatsky por otra". La cláusula primera demuestra que la sociedad tiene por fin "explotar la tierra y granja de N…, condado de Long Island, propiedad de C… Q… ; cláusula segunda: dicha sociedad comenzará el 1º de Julio de 1874, y durará el período de tres años; cláusula tercera: C… Q… aporta a la sociedad el uso de su granja a cambio de la suma de mil dólares que le abonará la señora Blavatsky; cláusula cuarta: todos los productos de dicha granja en cosechas, aves y otros productos, serán repartidos por igual entre ambos socios, así como todos los gastos; quinta y última Cláusula: C… Q… se reserva la propiedad de la tierra". El documento está debidamente firmado y sellado por las partes, asistidas por sus testigos.

Cualquiera hubiese previsto lo que sucedió: H.P.B. fue a vivir a la granja, no obtuvo ningún beneficio de ella, se querelló, hizo deudas, y entabló un bonito proceso, que algunos amigos le ayudaron a terminar más tarde. Así terminó su sueño bucólico sobre las ganancias con la venta de productos tempranos, aves, huevos, etc. Tres meses después se reunió conmigo en casa de los fantasmas del Vermont, y las ruedas de nuestro carro de guerra comenzaban su profético rodar sobre las más bajas capas del *Akasha*.

En noviembre de 1874 me escribió una carta firmada "Jack el Papúa", rogándome le obtuviese un pedido de cuentos fantásticos para cierto diario, porque, según decía, pronto se encontraría "en seco", y me daba en ella los más fantásticos datos sobre su genealogía por ambos lados, hablando como demócrata, pero mostrando claramente que nadie tenía más derechos que ella para estar orgulloso de su raza. Me dice que el *Daily Graphic* la hizo entrevistar y le pidió su retrato. Dado que millares de retratos suyos han llenado después el mundo, es interesante citar una frase o dos suyas a propósito de su primera experiencia de esa clase.

"¡Creerá usted que esa gente del *Graphic* me ha hecho todas las picardías posibles para obligarme a darles mi retrato! Me han enviado al señor F… para hacerme hablar sobre mi intervención (por los Eddy) y mi deseo de hacerles insertar mi artículo contra… Beard. Creo que querían hacer sensación y apoderarse de mis bellas narices y mi espléndida boca… Les dije que la naturaleza me había dotado de

una patata por nariz, pero que yo no les iba a permitir que se divirtiesen con ella, por más leguminosa que fuese. Se defendieron con gran seriedad, lo que me hizo reír y ya sabe usted que *el que ríe está desarmado".*

Un médico bien conocido en Nueva York, el doctor Beard, atraído a Chittenden por mis cartas al *Graphic,* había publicado una explicación tonta y pretenciosa "de los fraudes de los espíritus" de los Eddy, y ella lo había despellejado vivo en una salada réplica el 27 de octubre, publicada en el *Graphic* del 30. Su carta era una defensa de los Eddy tan brillante y valiente, y su testimonio tan convincente, respecto a los siete fantasmas que ella misma había reconocido, que de golpe entró en el esplendor de la publicidad que ya nunca más la abandonaría. Esta fue la primera vez que su nombre fue pronunciado en América a propósito de misterios psicológicos, porque si no me engaño, sólo más tarde yo hablé en el *Graphic* de su llegada a Chittenden. En todo caso, su escaramuza con el doctor Beard fue la causa primera de su celebridad.

Todo el mundo estaba fascinado por el empuje y la vivacidad de sus ataques, el tono de camaradería de su conversación y de sus artículos de entonces, tanto como por su espíritu brillante, unido al desprecio de todas las hipocresías sociales y de todas las pretensiones, así como el esplendor de sus poderes psíquicos. La erudición de *Isis Sin Velo* no la había aún aureolado, pero gozaba de una memoria amueblada con infinidad de recuerdos personales, de peligros, de aventuras y de Ciencia Oculta, que no era igualada ni podía parangonarse, aunque fuese de lejos, con nadie en América, que yo sepa. ¡Qué diferente era su personalidad de entonces de la que más tarde se ha conocido consagrada a la obra vital, de la que todo su pasado era sólo la preparación! Sí, la H.P.B. de que hablo, en la intimidad de la cual he vivido en un pie de perfecta igualdad, que desbordaba de exuberancia, y a quien nada le agradaba más que una canción cómica o una historia divertida, no era la H.P.B. de la India o de Londres, y no se la hubiera reconocido en el coloso mental de los últimos años. Cambió mucho, pero nunca ganó nada en cierto sentido: el discernimiento en la elección de sus amigos y confidentes. Podría creerse que no veía más que el Yo interior de los hombres y que no percibía las debilidades ni la corrupción de sus envolturas corporales y visibles. Del mismo modo que daba su dinero al primer miserable recién llegado que le contaba mentiras, establecía íntima amistad con personas que estaban de paso, y que eran las menos dignas de tal

honor. Su confianza pasaba del uno al otro, y en el momento prefería al último llegado, pero, por lo general, pronto se producían las desilusiones y disgustos, sin que sirviesen para tener en lo futuro más prudencia. Ya he hablado del ensayo de formación del Miracle Club para el estudio de la psicología práctica. El médium propuesto pertenecía a muy buena familia, y hablaba tan honradamente que creímos haber hallado la gallina en el nido. No tenía un céntimo, y como H.P.B. no tenía entonces dinero tampoco, empeñó en el Monte de Piedad su larga cadena de oro para entregarle el importe del préstamo. Aquel miserable no se contentó con abandonamos como médium, sino que, según se nos dijo, difundió calumnias sobre su bienhechora. Siempre le pasó lo mismo a H.P.B. hasta el fin de su vida; la ingratitud y la cruel malignidad de los Coulomb no fueron más que uno de los disgustos de una larga serie.

La historia de esta cadena de oro es interesante; recuperada del Monte de Piedad, ella la usaba más tarde en Bombay y en Madras. Cuando la novena convención anual, efectuaba en Adyar, se abrió una suscripción para crear el fondo permanente H.P.B. puso su cadena en subasta y fue comprada por el señor E. B. Ezechiel, quien entregó el importe al tesorero de la Sociedad Teosófica, para el fondo mencionado.

Antes del fin de mi serie de cartas de Chittenden al *Daily Graphic,* yo había preparado su publicación en un volumen en Hartford (Connecticut) y más o menos en la misma época, H.P.B. se fue a Filadelfia. El Espiritismo pasaba por una crisis, como consecuencia de la denuncia por fraudes de los mediums Holmes que hizo el señor Dale Owen. Los diarios de ese movimiento perdieron muchos de sus suscriptores y los libros más populares quedaban en los escaparates de los libreros. Mis propios editores estaban tan inquietos, que por medio del Sr. Owen pedí a la señora Holmes una serie de sesiones de experiencias, de las que yo impondría las condiciones; fui y llevé el asunto a feliz término con los colegas antes mencionados. De allí me fui a Havana (Nueva York) para ver los fenómenos mediumnímicos, realmente maravillosos, de la señora Compton. Las dos series de experiencias fueran incorporadas a mi libro, y pronto publicadas.

H.P.B. se encontraba todavía en Filadelfia y acepté su insistente invitación para que fuese a tomarme varios días de reposo, después de mi largo trabajo. Creyendo que no faltaría de Nueva York más que dos o tres días, no dejé señas en mi oficina

ni en mi Club para que me expidiesen la correspondencia; pero viendo en seguida que ella no me dejaría volver pronto, fui a la central de correos para dar las señas de mi casa y pedir que las cartas que allá llegasen para mí, me fuesen traídas. No esperaba yo ninguna, pero pensaba que en mi oficina, al no tener noticias mías, podrían escribirme al azar, al correo de Filadelfia. Entonces me sucedió algo que me sorprendió –conociendo todavía tan poco los recursos psíquicos de H.P.B. y sus Maestros– y que aún hoy, después de tantos otros fenómenos, sigue siendo casi un milagro. Para comprender mejor esto, que el lector tenga a bien observar cualquier carta que le llegue por correo; verá en ella dos membretes, el de la estafeta de expedición en la cara, anterior y al dorso el de la estafeta de llegada. Si la carta ha sido reexpedida, debe llevar, por lo menos, esos dos membretes, y además, una serie formada par los de cada estafeta por donde pasa hasta alcanzar al destinatario. Pues bien, esa misma tarde del día en que di mis señas a la central de correos de Filadelfia, el cartero me trajo cartas que venían de lejos –creo que una de sud América; en todo caso, era del extranjero– dirigidas a mí a Nueva York, y que tenían los respectivos sellos de su estafeta de origen, *pero no el de la* de *Nueva York.* En contra de todos los reglamentos y normas postales, me habían llegado directamente a Filadelfia sin pasar por el correo de Nueva York. Y *nadie de Nueva York sabía mis señas en Filadelfia,* porque yo mismo no las sabía al partir. Yo mismo recibí esas cartas de manos del cartero en el momento en que salía de paseo, de modo que no pudieron ser manipuladas por H.P.B. *Al abrirlas, encontré algo escrito en cada una, de la misma escritura que las cartas de los Maestros recibidas en Nueva York, yaen los márgenes, ya en los espacios del texto..* Las comunicaciones se referían por lo general a mis estudios ocultos, o eran comentarios sobre el carácter a las intenciones de los que me escribían las cartas. Ese fue el principio de una serie de fenómenos sorprendentes que se sucedieron durante más o menos quince días que pasé en Filadelfia. Recibí allí muchas cartas; ninguna llevaba el membrete del correo de Nueva York, aunque todas fuesen dirigidas a mi oficina en dicha ciudad.

Si analizamos los fenómenos psíquicos producidos por la señora Blavatsky o que se produjeron porque ella dio la ocasión, veremos que pueden clasificarse así:

1° Aquellos cuya producción exige el conocimiento de las propiedades fundamentales de la materia y de la fuerza de cohesión que mantiene la aglomeración de los átomos; particularmente el conocimiento del *Akasha,* de su

composición, de su contenido y de su potencialidad.

2° Aquellos que dependen de los elementales sometidos al poder de la voluntad.

3° Aquellos que por sugestión hipnótica y transmisión del pensamiento, crean sensaciones ilusorias de la vista, el oído y el tacto.

4° Aquellos que presuponen el arte de crear imágenes o escritos evocados con ese fin en el espíritu del adepto-operador; por ejemplo, la precipitación, ya de un dibujo o de un texto, sobre papel a cualquier otra substancia, ya de una carta, una imagen o un signo, etc., sobre la piel humana.

5° Aquellos que provienen de lectura del pensamiento, o de clarividencia en el pasado o en el porvenir.

6° Aquellos que suponen relaciones espontáneas entre su espíritu y el de otras personas dotadas psíquicamente tanto o más que ella misma. O bien, a veces, la subordinación de su voluntad y de toda su personalidad, a otra entidad.

7° Aquellos de la clase más elevada, por los cuales, y usando de la penetración espiritual, intuición o inspiración –es lo mismo con diferentes nombres– ella consultaba los tesoros de sabiduría humana, acumulados en los archivos de la luz astral.

Mis observaciones de veinte años me permiten creer que todas las historias que ya he relatado y las que más adelante referiré, entran en una u otra de esas agrupaciones.

Un escéptico diría que mis clasificaciones son arbitrarias y mis hipótesis fantásticas. Me pediría que probase la existencia de los espíritus elementarios, la de la clarividencia y la posibilidad de los aportes a distancia, negaría que alguien supiese algo positivo sobre la naturaleza de la cohesión, etc. Mi única respuesta sería decir lo que he visto, lo que otros han visto, y desafiar a mi escéptico a que descubra otras leyes naturales imaginables, capaces de explicar los hechos –los hechos innegables– diferentes de los que he enumerado. Si se recurre a la teoría de los milagros o de la intervención diabólica, me vería reducido al silencio, porque entonces no hay argumentación posible. Yo no me considero capaz de explicar todos los fenómenos de H.P.B., porque para eso sería menester saber tanto como ella, lo que yo no pretendo.

CAPÍTULO III

LOS FENÓMENOS DE FILADELFIA

Una experiencia de H.P.B., de la que fui agente pasivo poco después de mi llegada a Filadelfia, reduce el fenómeno de transporte de cartas con precipitación de escritura al interior de sobres cerrados, a su más simple expresión. He aquí los hechos: ella hacía hablar a una mesa por medio de golpes dados en su interior, con o sin contacto de sus manos; los golpes eran a veces fuertes y a veces débiles; su mano a veces era mantenida a seis pulgadas encima de la mesa y otras veces puesta sobre la mía, que a su vez reposaba de plano sobre la tabla. Los golpes marcaban letras del alfabeto, que yo escribía en papeles y éstos formaban mensajes del pseudo Juan King. Algunos de esos mensajes relativos a terceros, parecieron valer la pena de ser guardados, y un día, al volver a la casa, compré una libreta de cronista, y al llegar se la mostré, explicándole mi intención. Ella estaba sentada y yo de pie. Sin tocar la libreta ni hacer ningún signo místico, me dijo que me la pusiera en el pecho, lo que hice, y al cabo de un instante me dijo que la sacara y mirase dentro. He aquí lo que encontré, dentro de la tapa, escrito y dibujado con mina de lápiz en el papel blanco del forro:

Juan King
Enrique de Morgan

Su libro

cuarto día del cuarto mes, año del Cristo 1875.

Debajo había el dibujo de una joya Rosa-cruz; sobre el vértice de la corona con piedras, la palabra Destino y debajo su nombre, Helena, seguido de algo borroso que parece un 99, otra cosa borrada y una simple †. En el sitio más estrecho, allí donde la cabeza del compás entra en la corona, las iniciales I. S. F.; bajo las iniciales un monograma de las letras A. T. D. y R., la T bastante más grande que las otras. En una punta del compás mi nombre, en la otra el de un habitante de Filadelfia, y a lo largo del fragmento de arco que liga las dos puntas del compás, estas palabras: Los caminos de la Providencia. El libro le tengo delante en este momento y hago la descripción según el dibujo. Uno de los detalles más notables de este ejemplo de dinámica psíquica, es que nadie más que yo había tocado la libreta después de su

compra, que había estado en mi bolsillo hasta el momento en que la mostré a H.P.B. desde una distancia de 2 ó 3 pies; lo había guardado yo mismo por su indicación, en mi pecho, y lo retiré al cabo de un instante, y la precipitación del dibujo y la escritura con mina de plomo tuvo lugar mientras la libreta estuvo en el interior de mi chaleco. Además, la escritura es muy singular; la e son como ε griegas y la n se parecen a las π es una curiosa escritura, completamente personal, que no se parece en nada a la de H.P.B., pero que es idéntica a la de todas las comunicaciones de Juan King, de la primera a la última. Era menester que H.P.B., en posesión entonces del poder de precipitación, hubiese transportado al papel las palabras escritas en su espíritu en esa caligrafía especial; o si se supone que otro experto en ese arte hubiera obrado en su lugar, debió actuar de ese mismo modo, es decir, crear primeramente la imagen mental de esas palabras y del dibujo, e inmediatamente efectuar la precipitación, haciéndolos visibles sobre el papel, como si fuesen trazados con lápiz. Al cabo de diez y siete años, ese psicograma es aún legible, y algunas partes, no todas, tienen todavía el brillo del grafito; las otras parecen estar en el espesor del papel. He notado precipitaciones hechas al lápiz, a la acuarela, al lápiz azul, rojo y verde, a la tinta y en oro; asimismo formaciones de substancias sólidas; pero el mismo principio científico parece ser común a todos estos fenómenos, o sea la objetivación –por el empleo de la fuerza cósmica y de la materia difusa del espacio– de imágenes previamente formadas en el espíritu del experto. La imaginación es aquí la divinidad creadora oculta, la fuerza y la materia son sus instrumentos.

Los días y las noches de mi permanencia en Filadelfia fueron ocupados por completo con lecturas ocultas, enseñanzas y fenómenos. Entre todos los amigos de H.P.B., los más agradables y simpáticos eran el señor y la señora Amer y los Sres. D. Evans y J. Pusey, en presencia de los cuales se produjeron diversos fenómenos. Entre otros, recuerdo que una tarde hizo desaparecer de pronto una fotografía que estaba en la pared y la reemplazó por un croquis de Juan King, mientras alguien miraba la fotografía citada. Poco a poco, me impregnaba de las teorías orientales sobre el espíritu, los espíritus, la materia y el materialismo. Sin que H.P.B. me pidiera que abandonase la hipótesis espiritista, me hizo ver y sentir que como verdadera ciencia, el Espiritismo no existe en realidad sino en el Oriente, y que sus únicos adeptos son los alumnos de las escuelas orientales de Ocultismo. A pesar de mi sincero deseo de hacer justicia a los espiritistas, debo decir que hasta hoy, ninguna teoría científica

de los fenómenos mediumnímicos, capaz de abarcar todos los hechos, ha sido propuesta y generalmente aceptada por ellos, y que no he visto una prueba convincente de que los occidentales hayan descubierto un sistema para evocar los espíritus o producir fenómenos a voluntad. Nunca he conocido a un médium que estuviese en posesión de un *mantram*[12] o de una *Vidyâ* (método científico), como los numerosos que existen desde hace siglos en los países orientales. Ver, por ejemplo, el artículo del *Theosophist* de mayo de 1892, titulado "Una evocación por hechicería". Así, mientras que yo y los otros amigos de H.P.B. éramos inducidos a creer que los fenómenos casi diarios de Juan King, eran producidos por una entidad desencarnada, el célebre filibustero Sir E. Morgan, y que H.P.B. sólo le servía de médium o ayudante voluntario, ella efectuó cosas que exigen conocimientos mágicos. Daré de esto un ejemplo, haciendo resaltar que las mayores inducciones científicas han salido de observaciones corrientes como la caída de una manzana, el levantarse la tapa de una marmita, etc.

Viendo un día, que las servilletas en su casa brillaban sobre todo por su ausencia, compré varias en una pieza y las llevé a la casa. Las cortamos y ella quiso ponerlas en la mesa sin hacerles el dobladillo, pero en vista de mis protestas, preparó alegremente su aguja. Apenas había comenzado, cuando dio un puntapié bajo la mesa de costura, diciendo: "Quítate de ahí, bobo". "¿Qué pasa?", pregunté yo. "¡Oh!, nada, es que una bestezuela de elemental me tira del vestido para que le dé algo que hacer". "¡Qué suerte! –exclamé– esa es nuestra ocasión; déle usted las servilletas para que les haga el dobladillo. ¿Para qué aburrirse con ellas, y además para hacerlo tan mal?" Ella se rió y me dijo algunas tonterías para castigarme por mi descortesía, pero al pronto no quiso dar ese placer al pobrecito esclavo que estaba debajo de la mesa deseando demostrar su buena voluntad. No obstante, terminé por convencerla. Me dijo que encerrase las servilletas, las agujas y el hilo en una biblioteca con puertas de cristales y cortinillas verdes, que se encontraba al otro extremo de la habitación. Volví a sentarme junto a ella y la conversación volvió al único e inagotable tema que embargaba nuestros pensamientos, la Ciencia Oculta. Más o menos como al cuarto de hora o veinte minutos, oí un pequeño ruido, parecido al grito del ratón, debajo de la mesa y H.P.B. me dijo que "ese pequeño horror" había terminado las servilletas. Abrí la puerta de la biblioteca y hallé la

[12] Palabras con poder mágico, cantadas por lo general en determinadas notas, o acompañadas de cierta música. (N. del T.)

docena de servilletas dobladilladas, pero tan mal que la última aprendiza de la escuela de costura de un asilo, no lo hubiera podido hacer peor. Pero estaban dobladilladas, no podía dudarse de ello, y esto había sucedido en el interior de una biblioteca cerrada con llave y a la que H.P.B. no se aproximó para nada en ese tiempo. Eran las cuatro de la tarde y era pleno día. Estábamos solos en la habitación y nadie entró antes de terminar.

Su casa de Filadelfia estaba construida según el plano corriente en la localidad: un cuerpo de edificio sobre la fachada y un ala detrás; tenía en planta baja el comedor y arriba alcobas o salas. El dormitorio de H.P.B. estaba sobre el frente, y en el primer piso (en Norteamérica se llama el segundo). Al volver de la escalera se hallaba el salón donde fueron dobladilladas las servilletas, y por su puerta abierta podía verse al otro lado de pasillo el dormitorio de H.P.B., siempre que su puerta también estuviese abierta. Un día estaba ella conmigo en el salón, cuando se levantó para traer algo de su habitación. La vi subir los pocos escalones y entrar en su cuarto, dejando la puerta abierta. Pasaba el tiempo y no volvía. Yo seguía esperando, hasta que con temor de que se hubiese puesto enferma, la llamé. No me respondió. Algo inquieto, y sabiendo que no podía hacer nada de particular ya que la puerta estaba abierta, subí, la llamé, miré por la habitación, y nada, no estaba. Llegué hasta abrir el escritorio y a mirar debajo de la cama. Había desaparecido sin que fuese posible salir normalmente, porque el dormitorio era como un saco, no tenía más salida que la puerta que daba a la escalera. Yo principiaba ya a no asombrarme de nada después de tantos fenómenos, pero éste me intrigaba y atormentaba. Volví al salón, y fumándome una pipa traté de resolver el problema. Téngase en cuenta que esto sucedía en 1875, y por lo tanto, es preciso hacerlo notar, años antes de que la escuela de la Salpetrière hubiera vulgarizado sus experiencias sobre el hipnotismo, de manera que no podía imaginarme que yo estaba siendo objeto de un bonito ensayo de sugestión mental y que H.P.B. había sencillamente prohibido a mi órgano visual que percibiese su presencia en la habitación, hallándose tal vez a dos pasos de mí. Al cabo de cierto tiempo, salió tranquilamente de su cuarto, atravesó el pasillo y vino hacia donde yo estaba en el salón. Cuando le pregunté de dónde venía, me respondió riéndose que, teniendo que atender un asunto oculto, se había hecho invisible. Pero no quiso explicarme cómo. Nos dio la misma broma a mí y a otros, antes y después de nuestra partida

para la India, pero la última vez bastante antes de que yo tuviese conocimiento de la fácil solución del problema por el hipnotismo. Como ya lo he dicho en el capítulo primero, la superioridad de la sugestión hipnótica oriental sobre la occidental se basa en que la inhibición de los órganos del sujeto se produce por mandato mental no expresado. Al no estar en guardia el sujeto, no ofrece resistencia y la ilusión se produce sin que tenga la menor sospecha de la experiencia ensayada a su costa.

Como no tomé medidas en el momento, me veo obligado a conceder que el siguiente hecho pudo no ser también más que un caso de sugestión. H.P.B. usaba entonces sus cabellos enmarañados, sin peinetas ni horquillas, y sin recogerlos; su largo cabello llegaba hasta el lóbulo de las orejas. Un día volví a casa a comer, y al ver su puerta abierta como de costumbre, me detuve para conversar un poco antes de subir a mi cuarto en el piso superior. Ella estaba junto a una de las ventanas, y destacándose su cabeza en plena luz, me llamó especialmente la atención la masa de sus cabellos y su aparente desorden. Observé también el reflejo de la luz sobre el papel brillante, color gris pálido, que cubría el cielo raso. Después de cambiar unas palabras, subí de prisa, pero no hacía ni un minuto que había subido, cuando me gritó que bajase. Obedecí en seguida y la vi en el mismo sitio aún, pero sus cabellos habían crecido hasta llegar a sus hombros. No dijo nada de eso, pero señalando al techo sobre su cabeza, dijo: "He ahí algo que Juan ha dibujado para usted". No recuerdo bien lo que era, pero me parece que debía ser una enorme cabeza de hombre y algunas palabras o símbolos alrededor. Todo hecho al lápiz, en el mismo sitio que antes de subir había visto vacío. Toqué entonces sus largos cabellos y le pregunté irónicamente dónde compraba su cosmético, porque era un producto bien notable, ya que hacía crecer los cabellos dos pulgadas entres minutos. Contestó algo gracioso y me dijo que no me ocupase de cosas sin importancia, que la Naturaleza le gastaba a veces esas bromas, y que no era para ver eso para lo que me había llamado, sino para mostrarme la obra de Juan King en el cielo raso.

Dado el tiempo transcurrido entre mi salida y vuelta a la habitación, y la altura del techo, que ella no hubiese podido alcanzar ni subiéndose a una silla o una mesa, supongo ahora que hubiera podido obrar de dos maneras: o bien tranquilamente durante mi ausencia, subir en una escalera, hacer el dibujo e impedirme hipnóticamente que le viese al volver de la calle; o bien usar un procedimiento

instantáneo de precipitación, mientras yo subía y bajaba al otro piso. Puedo perfectamente certificar que el dibujo era invisible a mi llegada, y si el lector quiere quebrarse la cabeza acerca del cómo y el porqué, le es menester aceptar mi testimonio en lo que vale. Lo que me hace suponer que el alargamiento de los cabellos de H.P.B. fue puramente ilusorio, es que no puedo recordar si fue duradero o si los cabellos parecieron recobrar su apariencia corriente ese mismo día o al siguiente. En la India, y más tarde en Europa, se han conocido sus cabellos recogidos en moño y retenidos por una peineta, pero sólo pasados varios años después de nuestro encuentro, ella los dejó crecer bastante para eso; no estoy seguro, pero me parece que fue cuando nuestra visita a los Sinnett en Simla; de manera que debo tener razón al considerar ese aparente alargamiento sólo una *maya* efectuada como broma. Pero sucedieron a sus cabellos cosas, muy, muy raras; más adelante las contaré. Y lo más extraordinario fue lo acaecido a mi barba una noche, como oportunamente se verá. A propósito de sus chanzas, puede decirse que gastó en ellas durante los años de nuestra intimidad, más fuerza psíquica que la que hubiese hecho falta para convencer al cuerpo entero de la Academia de las Ciencias, empleándola discretamente. La he oído hacer sonar campanillas astrales cuyo sonido se perdía en el ruido de la conversación, producir golpes que nadie oía más que yo, y efectuar otros fenómenos que pasaban desapercibidos, pero que hubieran aumentado considerablemente su reputación de taumaturgo, si hubiese escogido un momento favorable y de mejores condiciones de observación. En fin, todo eso ya pasó, y mi deber es relatar, tal como yo las recuerdo, las experiencias psíquicas que hicieron admitir a mi razón crítica, la realidad de la ciencia mágica oriental. ¿No será esto obrar como verdadero amigo de H.P.B., a quien se ha calumniado y negado su poder oculto, con el pretexto de que alimentó algunos canallas en su mesa y dio calor en su seno a traidores? Me refiero a tiempos y hechos bien anteriores a la época de los Coulomb. Entonces, verdaderos Adeptos daban la enseñanza a discípulos asiduos, y se veían fenómenos serios. Era también el tiempo en que yo conocí a mi colega como una persona muy humana, antes de que hubiese sido casi divinizada por personas que no habiendo conocido sus debilidades, ignoraban su humanidad. Presentaré la imagen ideal y borrosa del autor de *Isis* y *LaDoctrina Secreta,* en carne y hueso: una verdadera mujer (muy masculina), que vivía como todo el mundo cuando estaba despierta, pero que pasaba en su sueño a otro mundo, y viviendo dormida o en estado de trance clarividente con seres superiores; en un

cuerpo debilitado de mujer, una personalidad "en la cual la mayor parte del tiempo se desencadena un huracán vital", citando las palabras de un Maestro. Tan desigual, tan caprichosa, tan cambiante y tan violenta, que era menester un cierto heroísmo de paciencia e imperio sobre sí mismo, a quien deseare vivir con ella y trabajar en común con un fin humanitario. Los fenómenos de que yo he sido testigo, las variadas y numerosas pruebas que me dio de la existencia de los Maestros detrás de ella, y de quienes no se sentía digna de limpiarles los zapatos, y su última *epistasis,* en que la mujer agitada y exasperante se transformó en un escritor e instructor lleno de sabiduría, y una bienhechora de todos los buscadores de alma, todo esto concuerda con sus libros para probar su grandeza excepcional y hacer olvidar sus excentricidades, aun por los que más han sufrido moralmente con ellas. Mostrándonos el camino, nos ha hecho un servicio tal, que es imposible sentir por ella otra cosa que no sea una profunda gratitud.

CAPÍTULO IV

EL SEGUNDO CASAMIENTO DE LA SEÑORA BLAVATSKY

En una memoria completa de los primeros años teosóficos –quiero decir, de la época de mi intimidad con H.P.B. y lo mejor que pueda yo recordarla– es necesario que haga una breve alusión a los casos de precipitación efectuados por ella y citados por mí en *People of the other World,* páginas 455 a 458. Ostensiblemente, esas comunicaciones venían de Juan King, del Kâmaloka[13], que en otro tiempo había sido filibustero, y hecho caballero por S. M. británica Carlos II, pero después simple seudónimo de un elemental empleado por H.P.B. El 6 de enero de 1875, durante una sesión, de noche, en su casa de Filadelfia, dije al pseudo Juan King que estaba produciendo fenómenos: "Si usted, como lo pretende, es verdaderamente un espíritu, deme una muestra de su poder. Por ejemplo, hágame una copia de la última carta de E. W. al señor Owen, que tengo aquí en la cartera, en mi bolsillo". Esa noche no hubo respuesta a mi pedido, pero dos días después, mientras H.P.B. escribía y yo leía, ambos en la misma mesa, se dejaron oír unos golpes que deletrearon: "Alcánceme su diccionario bajo la mesa, por favor". El diccionario en cuestión era ruso-inglés y pertenecía a H.P.B.; fue pasado o alcanzado bajo la mesa, no arrojado, sino como entregado a una mano invisible. Los golpes pidieron entonces un frasco de goma y un cortaplumas. Estando todo esto bajo la mesa, hubo un silencio y después la palabra "mire" fue dada por golpes. Habiendo recogido el libro, el cortaplumas y el frasco, encontré la copia pedida, precipitada sobre la hoja de guarda del diccionario. El porqué del cortaplumas se me explicó así; una cantidad infinitesimal del metal de las hojas había sido desintegrado y empleado para la precipitación en estado de vapor metálico, y la goma arábiga –también vaporizada– había proporcionado la necesaria cohesión. La cartera que contenía la nota copiada no había salido de mi bolsillo desde mi llegada a Filadelfia, hasta aproximadamente una media hora antes de la experiencia, que yo la había colocado sobre la chimenea, precisamente ante mis ojos, cuando levantaba la cabeza. H.P.B. se encontraba a dos pies de mí, escribiendo sobre la mesa, y sólo

[13] De los planos o mundos sutiles, el más inmediato al físico, y aunque, casi material en el sentido corriente de la palabra, es invisible para la vista ordinaria. (N. del T.)

nosotros estábamos en la habitación después de haber puesto la cartera en la chimenea. La comparación de la copia con el original, demuestra que no se trata de un *facsímil,* lo cual hace aún más interesante la experiencia.

Al día siguiente, a la noche, H.P.B. y yo estábamos solos, cuando los golpes dados en la mesa, pidieron un trozo de cartulina Bristol para dibujo, que fue entregado bajo la mesa. Fue mi colega quien se lo alcanzó a Juan King después de hacerme ver que las dos caras estaban en blanco. Los golpes me ordenaron que mirase el reloj para ver cuánto duraba la experiencia. Reloj en mano, eché una mirada bajo la mesa para estar seguro de que allí no había nada más que la hoja de Bristol que un momento antes tuve en la mano. Al cabo de treinta segundos, la mesa dijo: "Está hecho". Miré el papel y me desanimé al ver la cara superior tan virgen como antes. Pero del otro lado, el que reposaba sobre la alfombra, se veía una segunda copia, mejor que la primera, de la carta de E. W. Esta vez la cartera estaba en mi bolsillo, de donde no había salido después de la experiencia de la víspera. El señor B., que en ese momento entraba, me ayudó a hacer un cuidadoso estudio de los documentos, colocándolos uno sobre otro como yo lo había ya hecho; lo mismo que yo, quedó enteramente convencido de la autenticidad del fenómeno. Puedo agregar entre paréntesis que ese mismo señor B. recibió en viaje, dentro de su maleta, una carta de Juan King conteniendo instrucciones para su uso personal. Me contó esto él mismo, asegurándome por su honor al mostrarme la carta, que le había llegado a su maleta mientras iba en el tren, a bastantes millas de Filadelfia y de H.P.B. Este incidente me recuerda otros que me sucedieron a mí mismo en el tren, en Francia, con el *babu*[14] Mohini Chatterji y en Alemania con el doctor Huebbe Schleiden; las dos veces en 1884.

Puesto que he hablado de B., debo a la memoria de H.P.B. la obligación de decir cual fue con exactitud la naturaleza de sus relaciones con él. Se ha insinuado que no tenían nada de muy honradas y que eso era un misterio, que más valía no sondear. Pero esto es como todo el resto de los numerosos y malvados rumores que han corrido acerca de ella. Ahora ha muerto y está fuera del alcance de los juicios del mundo y de los esfuerzos de los calumniadores, pero a juzgar por mí mismo, todos aquellos que aman su recuerdo, estarán satisfechos al saber la verdad, de boca de uno de los raros amigos que la supo. Hela aquí. Una de mis

[14] Titulo bengalés; los babús son empleados de la administración inglesa. (N. del T.)

cartas de Chittenden al *Daily Graphis* interesó a este señor B., súbdito ruso, y lo decidió a escribirme a Filadelfia para manifestarme su vivo deseo de ver a mi colega y hablar del Espiritismo. Ella no tuvo inconveniente y él vino a verla a Nueva York hacia fines del 1875. Nacieron en él inmediatamente muy vivos sentimientos de admiración que expresó primero verbalmente, y después por carta a ella y a mí. Ella lo rechazó resueltamente cuando vio que aquello tendía al casamiento y se disgustó de su insistencia. Esto no hizo más que aumentar su entusiasmo y por fin amenazó con matarse si ella no aceptaba su mano. Mientras tanto, y antes de este momento crítico, ella había ido a Filadelfia, donde habitaba en el mismo hotel que él y recibía sus visitas cotidianas. Él juraba por todos los dioses que no pretendía más que el honor de protegerla; que su único sentimiento era una adoración desinteresada, hacia su grandeza intelectual y que jamás reclamaría sus derechos de marido. En fin, la atormentó tanto, que un buen día –en que ella me hizo el efecto de estar loca– terminó por aceptar su palabra y consintió en ser aparentemente su mujer; sin embargo, con la condición de que ella conservaría su nombre y la perfecta libertad de que siempre había disfrutado. Fueron, pues, muy legalmente unidos por un respetable clérigo unitario de Filadelfia, y transportaron sus penates a una casita de la calle Samson, en donde me recibieron, cuando mi segunda visita a Filadelfia, después de la publicación de mi libro. En realidad, la ceremonia tuvo lugar durante mi residencia en la casa, pero no fui testigo de ella. Los vi a su vuelta de casa del sacerdote, después del casamiento.

Cuando al hallarme a solas con H.P.B. le expresé mi estupefacción, y que yo consideraba como una perfecta tontería suya ese casamiento con un hombre más joven que ella, muy inferior desde el punto de vista intelectual y que además no podría nunca serle una agradable compañía –sin hablar de sus escasos medios, pues él no había aún organizado sus negocios– me respondió que era una desgracia inevitable. Que sus suertes estaban momentáneamente ligadas por un *Karma* inexorable y que esta unión sería para ella una penitencia por su terrible orgullo y su carácter combativo, los cuales retardaban su evolución espiritual. Y que en cuanto al joven, no sufriría por ello mucho tiempo. El resultado inevitable fue una pronta separación. Al cabo de pocos meses, el marido olvidó sus promesas de desinterés y se transformó, con amargo disgusto de su mujer, en un amante

exigente. En junio, cayó ella peligrosamente enferma como consecuencia de una caída que sufrió en Nueva York el invierno anterior y por la que se había estropeado una rodilla en la acera. Resultó de eso una violenta inflamación del periostio y la gangrena de una parte de la pierna. H.P.B. abandonó definitivamente a su marido inmediatamente después de su curación (la que se produjo en una noche de manera casi milagrosa, después que un eminente cirujano hubo declarado la necesidad de dejarse practicar la amputación o morir). Después de varios meses, cuando el marido vio que ella no volvería más y que sus negocios estaban bastante resentidos por su negligencia, se entendió con un abogado y pidió el divorcio por abandono. Ella recibió la notificación en Nueva York, y el señor Judge se hizo cargo de su defensa; el divorcio fue pronunciado el 25 de mayo de 1878. Los documentos originales estuvieron siempre después bajo mi custodia. He ahí toda la historia. Se ve que no hubo de parte de H.P.B., ni falta, ni ilegalidad, ni prueba de que hubiese sacado de este casamiento otra ventaja material que una situación de las más modestas, durante algunos meses.

Antes de que el señor B. desaparezca de aquí, podrá citar una variante de precipitación, de la que fui testigo. Él hablaba siempre de una difunta abuela, a quien, según decía, quiso entrañablemente, y pedía a H.P.B. que le procurase un retrato suyo, puesto que su familia no tenía ninguno. Cansada de su insistencia, un día que estábamos los tres juntos, tomó una hoja de papel de cartas, fue a la ventana y sostuvo allí el papel apoyado contra el vidrio, bajo las palmas de sus dos manos. Al cabo de un par de minutos, le dio el papel, en el cual vi el retrato al lápiz de una rara viejecita, de piel negra, cabellos negros, la cara arrugada y una gran verruga en la nariz. El señor B. declaró con entusiasmo que el parecido era notable.

Durante este tiempo, H.P.B. estaba muy ocupada en escribir para los periódicos, sobre el Espiritualismo occidental primero y sobre el oriental después. Su primer "disparo", oculto, como ella le llamaba en una nota de nuestro *Scrap-Book,* apareció en el *Spiritual Scientist* de Boston, vol. I, 5 de Julio de 1875. De él hablaremos más tarde.

La publicación de mi libro trajo resultados importantes; por lo pronto una interminable polémica en los órganos espiritualistas ingleses y norteamericanos, así como en la prensa ordinaria, y en la que tomamos parte H.P.B. y yo. Después la creación de relaciones amistosas y duraderas con varios de nuestros corresponsales,

con los que discutimos todo el Ocultismo oriental y occidental. Nos encontramos casi en seguida en correspondencia con curiosos de los dos hemisferios y también atacados y defendidos por amigos y detractores desconocidos. El honorable Alejandro Aksakof, el bien conocido consejero íntimo del emperador de Rusia, ferviente espiritista, pidió a H.P.B. que tradujese mi libro al ruso, haciéndose él cargo de los gastos. Ella consintió, y pronto apareció un folleto muy bondadoso del profesor N. A. Wagner de la Universidad Imperial, en el que tuvo la amabilidad de decir que en mi investigación, "Yo había tenido en cuenta todas las cosas necesarias para una prudente investigación científica"; fue esta una afirmación de la que naturalmente, me sentí muy orgulloso. El señor Crookes, F. R S. y el señor Alfredo R. Wallase, F.R.S.[15] de Inglaterra, y Camilo Flammarión el célebre astrónomo, en Francia, se mostraron también muy bondadosos y simpáticos. Algunos meses más tarde, el señor C. C. Massey vino expresamente de Londres a América para verificar, por medio de sus observaciones personales, la exactitud de mi memoria publicada acerca de los fenómenos de los Eddy. Después de habernos entrevistado con frecuencia, la mutua satisfacción fue tan grande, que una estrecha amistad casi fraternal, nos unió para toda la vida, amistad que ha durado hasta hoy sin un disgusto y hasta sin la sombra de una mala inteligencia. Ya habían estado en relaciones simpáticas con el difunto, honorable R D. Owen, y con el señor Epes Sargent de Boston. Este último un amable sabio, había sido el intermediario de mis preciosas relaciones de correspondencia y amistad con el difunto Stainton Moses, A. Oxon (Moses no es el verdadero nombre; él me dijo que era Moseyn o Mostyn. Moses es una corrupción), profesor de clásicos y de inglés en la Universidad de Londres, el escritor más brillante y notable del Espiritismo inglés. Se le envió un ejemplar de mi libro, cuya crítica apareció en el *Psychological Magazine* o en *Human Natura,* no recuerdo bien en cuál. Poco a poco se estableció entre nosotros un cambio de cartas casi hebdomadario, que duró varios años. Su primera epístola, que en este momento tengo ante mi vista, está fechada el 27 de abril de 1875, y toda ella está ocupada por la discusión de las condiciones y resultados de un círculo para el estudio de los fenómenos mediumnímicos, llama mi atención sobre un hecho que ha provocado la ironía del profesor Tyndall en su bien conocida carta a la antigua Sociedad Dialéctica de Londres, pero que es muy evidente para todos los

[15] Fellow of the Royal Society – Miembro de la Real Sociedad. (N. del T.)

investigadores experimentados en este orden de fenómenos naturales: que basta la presencia de ciertas personas para perjudicar considerablemente a la producción de los fenómenos, y que su proximidad los impide por completo. Y esto sucede sin que ellos tengan culpa alguna, y sin ser una consecuencia de su actitud mental (falta de confianza, etc.), sino porque están rodeados de cierta atmósfera. Cuanto más sensitivo es el médium, tanto más esto es evidente. El señor Stainton Moses continúa: "Tengo varios amigos personales ante los cuales, con gran pesar mío, no puedo producir fenómenos, y nada puedo hacer en ello". Haciendo alusión al caso de aparente desmaterialización del médium (señora Comton, como lo relato en mi libro), lo declaró el más sorprendente de todos, y dice que no puede explicarlo aunque piensa que "eso no es desconocido a los magos orientales". Lo que anteriormente he dicho del ahora reconocido poder científico de hipnotización aclara ese misterio y nos desembaraza de un cúmulo de supersticiones y creencias diabólicas. Hubiera valido la pena de escribir mi libro, aunque sólo fuera para ganar dos amigos para toda la vida, como Massey y Stainton Moses, pero dio más resultados aún. Eso cambió mi vida e hizo época.

Mientras el señor Massey estaba en América, fuimos a ver varios médiums y él fue uno de los que nos ayudaron a H.P.B. ya mí, a fundar la Sociedad Teosófica a fines de ese año (1875). Lo presenté a H.P.B. y fue a visitarla con frecuencia, llegando a ser su gran amigo y fiel corresponsal, hasta el momento en que el llamado "incidente Kiddle", cortó esta intimidad años más tarde. Cuando volvió a Londres, le di una carta de presentación para Stainton Moses, y así se estrechó la amistad entre los tres, amistad que sólo fue rota por la muerte de "A. Oxon".

He mencionado a un señor B., artista italiano dotado de poderes ocultos, que encontré de visita en casa de H.P.B. en Nueva York. Fui testigo una noche de otoño, en 1875 precisamente después de la fundación de la Sociedad Teosófica, de un extraordinario fenómeno efectuado por él: una lluvia provocada, dijo, por los espíritus del aire que él tenía bajo su dominio. Había luna llena y no se veía una nube en el cielo. Nos llamó a H.P.B. ya mí al balcón del salón de atrás, y allí, recomendándome calma y silencio absoluto sucediere lo que sucediere, sacó del pecho y extendió hacia la luna un trozo de cartón que mediría unas 6 pulgadas por 10, y que en una de sus caras tenía pintados a la acuarela, un cierto número de cuadrados, encerrando cada uno una rara figura geométrica. No quiso dejármelo

tocar ni examinar. Yo me encontraba detrás y junto a él, y sentía que su cuerpo se ponía rígido como bajo la influencia de la intensa concentración de su voluntad. De pronto, señaló hacia la luna, y vimos unos vapores negros y densos como nubes de tormenta, o mejor dicho, como esos espesos rollos de humo que se escapan de la chimenea de un vapor, que salían del borde oriental de nuestro brillante satélite y flotaban hacia el horizonte. No pude retener una exclamación, pero el hechicero apretó mi brazo como con un tornillo y me dijo que callase. El negro sudario de nubes salía más y más rápidamente, extendiéndose hasta el horizonte como una monstruosa pluma de azabache, que después se abrió como un abanico y bien pronto grandes nubes de lluvia aparecieron por aquí y por allá en el cielo, y se formaron en masas flotantes, que rodaban huyendo ante el viento como un depósito de agua natural. Muy pronto se cubrió todo el cielo, la luna desapareció y un chaparrón nos hizo entrar en la casa. No hubo relámpagos, ni truenos, ni viento, nada más que un fuerte aguacero provocado en un cuarto de hora por ese hombre misterioso. Vueltos a la luz de la araña, vi en su cara esa expresión determinada, con los dientes apretados, que se nota en sus compatriotas durante un combate. Y en realidad, acababa de combatir y vencer a las hordas invisibles de las elementos, la que exige bien toda la fuerza viril de un hombre. El señor B. no tardó en despedirse, y como era tarde, al cabo de algunos minutos seguí su ejemplo. En la calle, el pavimento estaba mojado; el aire húmedo y frío. Mi casa estaba a pocos pasos y apenas llegué y me instalé a fumar, cuando oí llamar, y al abrir la puerta, encontré en el umbral al señor B. pálido y como agotado. Se disculpó por la molestia que me ocasionaba y me pidió un vaso de agua. Le hice entrar, y cuando hubo bebido su vaso de agua y descansado un momento, nos pusimos a conversar de asuntos ocultos durante largo tiempo. Le encontré muy dispuesto para hablar de Arte, de Literatura o de Ciencia, pera muy reticente sobre el Ocultismo y sus experiencias personales de desarrollo psíquico. De todos modos me explicó que todas las razas de espíritus elementales pueden ser dominadas por el hombre cuando sus innatas facultades divinas se desarrollan. Su voluntad se convierte entonces en una irresistible fuerza ante la cual debe ceder toda fuerza inferior, es decir, elemental, ya sea organizada en entidades o en estado de agente cósmico en bruto. Ciertamente que ningún humo negro había salido de la luna, eso había sido una simple ilusión producida por la concentración de su voluntad en la superficie, pero con seguridad yo había visto las nubes que se formaban en el cielo alumbrado por la luna y había sentido caer la lluvia. Me dijo

que reflexionase sobre ella. Pero, de pronto, me dio un consejo que me sorprendió muchísimo. Lo había visto en las mejores relaciones can H.P.B., hablando amistosamente y sin reservas de Italia, de Garibaldi, de Mazzini, de los carbonarios, de los Adeptos orientales y occidentales, etc., luchando con fenómenos como el día de las mariposas blancas, y por lo tanto, yo tenía todas las razones posibles para asombrarme al verle que, tomando un aire de misterio, me aconsejó que interrumpiese mi intimidad con ella. Me dijo que era una mala mujer, muy peligrosa, que me acarrearía grandes desgracias si me dejaba dominar por su maligna influencia. Dijo que el Gran Maestro que yo le había oído que nombró a H.P.B., le había ordenado que me advirtiese. Le miré para tratar de adivinar el sentido oculto de unas palabras tan extraordinarias, y por fin le respondí: "Pues bien, señor, conozca la existencia del personaje que usted acaba de nombrar, tengo todas las razones para suponer, por los fenómenos que le he visto producir, que usted está en relación con él o con la Fraternidad. Estoy pronto a obedecerle hasta el sacrificio de mi vida. Y ahora, pido que me dé usted una prueba segura por la cual yo pueda positivamente saber, sin la menor duda, que la señora Blavatsky es el diablo que usted me describe, y que la voluntad del Maestro es que cese de tratarla". El italiano vaciló, murmuró algo incoherente y cambió de conversación. Podía muy bien extraer de la luna nubes de tinta, pero no podía hacer entrar en mi corazón la negrura de una duda hacia mi amiga y guía en las desconcertantes complicaciones de la ciencia oculta. Previne a H.P.B. de la advertencia de B., en cuanto la vi; a eso ella sonrió y dijo que yo había sufrido muy bien esa pequeña prueba; pero escribió unas palabras al señor B. para rogarle "que olvidase el camino de su puerta". Lo que él hizo.

CAPÍTULO V

ESPIRITISMO

Un cierto números de cosas preciosas, entre otras la invasión, las ideas ocultas orientales en los espíritus occidentales y el nacimiento de la Sociedad Teosófica, surgieron del océano de polémicas en que nos había sumergido a H.P.B. y a mí, la publicación de mis cartas al *Graphic* y de mi libro, el artículo del señor Owen sobre Catalina King y de su reputación intercalada en el *Atlantic Moríthly* de enero de 1875, los artículos del general Lippitt en *The Galaxy* de diciembre de 1874 y *The Banner of Light,* 100 ataques contra los Holmes y su defensa, y la discusión general del Espiritismo en la prensa americana y europea.

Necesitamos echar una ojeada hacia atrás, sobre las primeras cartas dirigidas a la prensa por los dos fundadores y precursores de la Sociedad Teosófica, para refutar las falsas historias de intervención de *Mahatmas*[16] y fenómenos *ad hoc,* que corrieron acerca de su nacimiento. No poseo el conjunto completo de los documentos. Los detalles pueden parecer algo áridos, pero son necesarios como fuentes históricas.

Como ya lo he manifestado, una propaganda del doctor Beard, médico electrópata de Nueva York, en forma de ataque contra los Eddy, su loca y falsa afirmación de que podrá imitar sus apariciones "con tres dólares de telas", excitó tanto la rabia de H.P.B., que escribió al *Graphic* su cáustica respuesta, acompañada de una apuesta de 500 dólares sosteniendo que él no haría nada, e hizo conocer su persona y su nombre al público norteamericano. Naturalmente, se formaron dos bandos: los amigos del Espiritismo y los médiums, se agruparon detrás de H.P.B., y sus adversarios, especialmente los sabios materialistas, se unieron al doctor Beard. Este fue quien sacó todo el provecho, y su artimaña –digna de Pears, de Beecham o de Siegel –le hizo una propaganda superior a todas sus esperanzas. Aprovechando esta situación inesperada, dio una conferencia bien anunciada sobre este tema, y otra, creo que sobre el magnetismo y la lectura del pensamiento, en la Academia de Música de Nueva York. *The Banner of Light* y el R. P. *Journal* publicaron, comentarios a la carta de H.P.B. contra Beard, ella replicó y se encontró de pronto

[16] Los Maestros; literalmente en sánscrito: Grandes almas. (N. del T.)

en plena controversia. Como ya lo dije, ella se colocó enteramente como espiritista que no solamente cree, sino que *sabe* como son los espíritus de los muertos, ni más ni menos, quienes producen por los médiums toda clase de fenómenos, escriben, hablan y muestran sus caras, manos, pies, y aún su cuerpo entero. Ya he citado pasajes de sus cartas y artículos que tratan de probarlo, y desde su primera carta escrita desde Nueva York en la semana de su partida de Chittenden (octubre de 1874) en la que me trata de querido amigo y firma Jack, y en la siguiente, fechada seis días más tarde y firmada Jack Blavatsky, me ruega que no alquile la música de cierto médium llamado Jessi Sheppard que pretende haber cantado ante el Czar, lo que ella sabe ser falso, "porque tal proceder de mi parte, haría más mal al Espiritismo, que cualquier cosa del mundo". "Le hablo como verdadera amiga y como espiritista que desea salvar al Espiritismo de un gran peligro". Ese Sheppard, mal inspirado, le había llevado una cantidad de sus papeles rusos para que se los tradujese. Entre otros, una autorización de la policía para cantar en la sala Koch – una cervecería de último orden y baile público, frecuentados por bastante mala gente de ambos sexos– y la factura de un maestro de música, 32 rublos, por haberle enseñado a cantar ciertos cantos rusos, que nos cantó en la oscuridad en casa de los Eddy, pretendiendo hallarse bajo la influencia de Grisi y de Lablache.

Es H.P.B. quien escribe eso; yo no hago más que copiarlo. En la misma carta, haciendo alusión a una promesa de Maryflower y de Jorge Dix, dos pseudo-espíritus guías de los Eddy, que habían dicho que influenciarían a su favor al juez ante el cual había de verse su proceso relacionado con la sociedad agrícola de Long Island, dice: "Maryflower tenía razón, el juez tal acaba de dictar una sentencia a mi favor". ¿Creía ella en ese momento, que los espíritus que actúan por los médiums, pueden y quieren influenciar a la justicia? ¿O si no, qué quiere decir? Es preciso que ella haya sido espiritista, o que se haya hecho pasar por tal, a fin de guiar poco a poco a los espiritistas occidentales hacia la manera de ver oriental en lo concerniente a los fenómenos de los médiums. En su carta contra Beard *(N. Y. Daily Graphic* del 13 de noviembre de 1874) a propósito de una condecoración enterrada con su padre en Stavropol y aportada por los espíritus de Horacio Eddy, dice: "Estimo que es mi deber como espiritista de", etc. Más tarde, me dijo que esa *explosión* de *fenómenos mediumnímicos había sido deseada por la Fraternidad como medio de evolución,* y yo incorporé esta idea en una frase de mi libro (P. of the O. W., pág. 454, arriba) sugiriendo la

posibilidad de esta hipótesis. En este caso, sería menester no mirar esta explosión como enteramente mala, como lo han hecho ciertos teósofos avanzados, porque sería inconcebible –por lo menos para mí que los he conocido– que esos Hermanos mayores de la Humanidad hayan empleado, aunque fuese para un bien final, un medio censurable. No se ve el axioma de los Jesuitas: *finis coronat opus*[17], en los muros del templo de la Fraternidad.

En el número del *Daily Graphic* en que se publicó su carta contra Beard, apareció también su biografía para la cual ella había proporcionado algunas notas. "En 1858 –dice ella– volví a París y conocí allí a Daniel Home, el espiritista... Home me convirtió al Espiritismo... En seguida fui a Rusia y convertí a mi padre al Espiritismo". En un artículo en que defiende a los Holmes contra los traidores ataques del doctor Child, su exsocio y empresario, ella habla del Espiritismo como de "nuestra fe", "nuestra causa" y también "el conjunto de las creencias de nosotros, los espiritistas". Más adelante: "si se deben burlar de nosotros, los espiritistas, ponernos en ridículo, y como objeto de burla, tenemos perfectamente el derecho de saber, por lo menos, el por qué". Por cierto, y algunos de sus colegas que le sobreviven, harían bien no olvidándolo. En el *Spiritual Scientist* del 8 de marzo de 1875, dice: "Esto llevaría a demostrar que, a pesar de las divinas verdades de nuestra fe (espiritista), y a pesar de las lecciones de nuestros guardianes invisibles (los espíritus de los círculos), ciertos espiritistas todavía no han aprendido la imparcialidad y la justicia".

Esto es valiente y magnánimo de su parte, y bien característico de su necesidad de arrojarse en lo más fuerte de la batalla, fuese cual fuese la causa que hubiera adoptado. Su amor a la libertad y al librepensamiento, la hizo alistarse bajo la bandera de Garibaldi el libertador, y arrojarse en medio de la carnicería de Mentana. Al ver las ideas espirituales en lucha contra la ciencia materialista, no vaciló en ponerse de parte del Espiritismo, sin dejarse detener por el temor al contagio por contacto con los falsos médiums, los malos espíritus, o los pocos recomendables grupos espiritistas que predicaban y practicaban el amor libre y la ruptura de todas las sanas leyes sociales. Puede criticarse su política, puede considerarse su lenguaje, del que he dado algunos ejemplos, coma una formal adhesión a ese Espiritismo que más tarde había de condenar despiadadamente; pero para juzgarla con equidad, es preciso tratar de ponerse en su

[17] Esta frase está empleada aquí en lugar de la más conocida "El fin justifica los medios", que es más concreta que "El fin corona la obra". (N. del T.)

lugar y en las mismas condiciones; comprender todo lo que ella sabía teórica y prácticamente en cuestión de fenómenos psíquicos, y que es menester que el mundo sepa antes de arrojarse en el Leteo del Materialismo. Seguramente que muchas personas hubieran hablado con más reserva, evitando de este modo dejar tras de sí tal ovillo de contradicciones, pera ella era excepcional en todo, tanto en poder mental y psíquico como en temperamento y métodos de controversia. *Uno de los objetos de este libro* es precisamente el de mostrar que con toda su humana fragilidad y sus originalidades, era una *grande y noble personalidad,* que ha llevado a cabo para el Mundo una gran obra altruista y que ha sido recompensada con una negra ingratitud y un ciego desprecio.

Ella me daba rápidamente sus enseñanzas acerca del mundo de los elementales por medio de nuestra relación con pseudo-espíritus golpeadores, de modo que yo había llegado, bastante antes de haber adoptado la teoría oriental de las *pisâchas* y de los *bhûtas,* que nosotros llamamos elementarios, a distinguir las dos clases diferentes de autores de fenómenos, los espíritus naturales sub-humanos y los elementarios exhumanos ligados a la Tierra.

En realidad, llamábamos a ambos "elementarios" los espíritus de los elementos, lo que producía grandes confusiones, pero escribiendo *Isis*, propuse el empleo de los dos términos "elemental" y "elementarios" con el sentido que han conservado después. Ya es demasiado tarde para cambiarlos, sino lo haría ahora de buena gana. Hacia el fin del invierno 1874-1875, mientras yo me encontraba en Hartford ocupado en hacer imprimir mi libro, pero demasiado tarde para rehacerlo, tuve la rara fortuna de poder consultar la soberbia colección de libros sobre las Ciencias Ocultas de la biblioteca pública de Watkinson, organizada por el erudito bibliotecario, doctor H. C. Trumbull. Esto me preparó bastante para comprender las explicaciones verbales de H.P.B. y sus numerosos y sorprendentes fenómenos con clave. Esta serie de lecturas preparatorias, de conferencias y de experimentos, me fue de gran utilidad cuando ella comenzó a escribir *Isis* y me tomó como coadjutor.

En el primer trimestre de 1875, empezamos a ocuparnos del *Spiritual Scientist,* un pequeño diario independiente y con vida propia, publicado y editado en Boston por el señor E. Gerry Brown. En ese momento, se hacía sentir fuertemente la necesidad de un diario que al mismo tiempo de ser reconocido como órgano del Espiritismo, contribuyese a llevar a los espiritistas a observar mejor la conducta y los pretendidos

poderes psíquicos de los médiums, y a escuchar con paciencia las teorías acerca del mundo de los espíritus y de su relación con la Humanidad. Los antiguos diarios espiritistas eran demasiado ortodoxos, pero la especialidad del Sr. Brown, parecía ser precisamente criticar audazmente todos los abusos. Nuestras relaciones con él empezaron con una carta escrita por nosotros (en el *Spir. Scient.* del 8 de Marzo de 1875), y al cabo de un mes había sido aceptado por los poderes que dirigían a H.P.B. En el número del 17 de Abril, apareció una interesante circular titulada: "Aviso muy importante a los espiritistas". El señor Gerry Brown hallaba en ella el beneficio de una promesa (bien cumplida) de apoyo material y literario, y el público que se interesaba por esos asuntos, era advertido que en adelante el periódico sería el órgano de un nuevo movimiento, que colocaría al Espiritismo americano sobre una base más filosófica e intelectual. (El profesor Buchanam, Epes Sargent, Carlos Satheran y otros conocidos escritores, sin contarnos nosotros, le dieron original, y H.P.B. y yo varios cientos de dólares para sus gastos corrientes. El reconoció este último género de apoyo, en su editorial del 1 de Junio de 1875, titulado "Edificado sobre la roca").

La circular ponía de relieve que los principales diarios espiritistas se veían "obligados a consagrar la mayor parte de sus columnas a comunicaciones del orden más trivial y personal, que no podían interesar sino a los amigos de los espíritus que las producían" y a los principiantes. Se mencionaban al *Spiritualist* de Londres y a la *Revue Spirite* de París, como ejemplos de la clase de diario que debería existir desde hace bastante tiempo en este país (E. U.), "un periódico que concediese más espacio a la discusión de los principios, a las doctrinas filosóficas, y a una sana crítica, que a la publicación de los mil y un acontecimientos sin importancia de los círculos". He aquí el tercer párrafo:

"El gran defecto del Espiritismo americano está en: que enseña pocas cosas dignas de la atención de un hombre serio, que muy pocos de sus fenómenos sean producidos en condiciones satisfactorias para personas que han hecho estudios científicos, que su propaganda esté confiada en manos de personas incompetentes, por no decir otra cosa, y que en cambio, de las creencias bien ordenadas de las diversas religiones, no ofrece más que un sistema desordenado de relaciones y responsabilidades presentes y futuras, morales y sociales (3).

Fui yo sólo quien escribió esta circular, quien corrigió las pruebas y quien pagó la impresión. Es decir, que nadie me dictó una sola palabra, ni introdujo ninguna

frase, ni me dominó en modo alguno. La escribí expresamente obedeciendo a los deseos de los Maestros, que deseaban vernos –a H.P.B. y a mí– ayudar al editor del *Scientist,* que atravesaba por una crisis difícil, y yo elegí los argumentos según mi criterio. Cuando la circular estuvo compuesta y ya hube corregido sus pruebas y preparado los detalles, pregunté por carta a H.P.B. si le parecía que era mejor publicarla anónima o firmada con mi nombre. Me contestó que los Maestros querían que fuese firmada así: "Por la comisión de los Siete, Fraternidad de Luxor". Así se hizo. Ella me explicó después que nuestros trabajos y otros muchos de la misma clase, estaban vigilados por una comisión de siete Adeptos del grupo egipcio de la Fraternidad Mística Universal. (Ya he manifestado que yo comencé trabajando para la parte egipcia de la sección africana, antes de pertenecer a la sección inda). Ella no había visto todavía la circular, pero entonces le llevé una que se puso a leer atentamente. De pronto, me dijo riéndose que me fijase en el acróstico formado por las primeras letras de los seis párrafos. Con gran sorpresa, vi que era el nombre por el cual conocía al Adepto egipcio bajo cuyo cuidado yo estudiaba y trabajaba entonces. Más tarde, recibí un certificado escrito en letras de oro sobre un papel verde espeso, acreditando que yo estaba agregado a ese "Observatorio" y que tres Maestros (con sus nombres) me vigilaban estrechamente. Ese nombre de Fraternidad de Luxor fue indebidamente usado varios años después por los inventores del cazabobos conocido con el nombre de H. B. de L...[18]; la existencia de la verdadera Logia está indicada en la *Royal Masonic Cyclopedia* de Kenneth Mackenzie, página 461.

Nada me hizo tanta impresión en esa época de mis experiencias ocultas con H.P.B. coma ese acróstico; fue para mí una prueba de que el espacio no es obstáculo para la transmisión del pensamiento del espíritu de Maestro al del discípulo, y esto vino en apoyo de la teoría que sostiene que mientras trabaje por el bien del mundo, el agente puede ser inducido por sus vigilantes a que haga lo que ellos desean, sin que para nada tenga la menor conciencia de que su espíritu funciona por un impulso que no es el de su propio *Ego.* Si se aplica esta teoría, que no tiene nada de anti-científica ni fuera de razón, al conjunto de la historia de la Sociedad Teosófica, ¿cuántos casos no podemos suponer, en que cada uno de nosotros habría hecho inconscientemente lo que era necesario que hiciese, pero que hubiera podido no ser

[18] High Brotherhood of Luxor. (N. del T.)

hecho si una influencia exterior no nos hubiese impulsado a obrar? ¿Y cuántos de nuestros miserables errores, de nuestros pasos en falso, de nuestras condenables originalidades no han sido el simple resultado de un momentáneo abandono a nuestras malas tendencias, frutos de nuestro temperamento, de nuestra ignorancia, de nuestra debilidad moral o de la intolerancia de nuestros prejuicios? Con frecuencia la gente se ha preguntado porqué los varios escándalos que hemos tenido que sufrir como el de los Coulomb y otros menos graves, no habían sido previstos por los Maestros; porqué H.P.B. no había sido advertida de las intenciones de los traidores; y porqué no se concedió ningún apoyo cuando la crisis aparentemente más peligrosa, porqué no intervino ningún guía espiritual. No hay para qué decir que semejantes preguntas suponen el absurdo de que *Mahatmas* que creen en el *Karma* y regulan sus actos según la estricta aplicación de sus leyes, se hubiesen servido de nosotros como de fantoches manejados por hilos o como perritos amaestrados, a costa de nuestro *Karma* y de nuestros deberes personales. Lo que hace falta en ciertos momentos de la evolución social, es probablemente que una cierta persona haga, escriba o diga una cierta cosa que traerá grandes consecuencias. Si esto puede hacerse sin perjudicar al *Karma* del individuo, puede dársele un impulso mental que engendrará el encadenamiento de causa a efecto. Así, los destinos de Europa están en las manos de tres o cuatro hombres que podrían encontrarse embarcados en el mismo buque. Una bagatela podría decidir la destrucción de un reino, transformar en azote una cierta raza, o dar comienzo a una era de paz y prosperidad. Si fuese importante para el interés de toda la Humanidad que una de estas cosas sucediese en ese momento dado, y si *ningún otro medio pudiese traer tal resultado,* se podría admitir la legitimidad de una sugestión mental exterior que precipitase la crisis. O bien, para tomar un caso más sencillo, histórico además: había llegado el momento en que el mundo tenía necesidad de una clave conveniente para descifrar los jeroglíficos; grandes y preciosas verdades quedaban sepultadas en la literatura de la antigua civilización egipcia, y había llegado el tiempo de publicarlas nuevamente. A falta de otro medio, un labrador árabe se siente impulsado a cavar en un sitio determinado, o a romper un cierto sarcófago antiguo; encuentra allí una piedra grabada o un papiro que vende al señor Grey en Tebas el año 1820, o al señor Casati en Karnak o Luxor, que a su vez los transmiten a Champollion, a Young o a Ebers. Estos hallan la clave que les permite descifrar documentos antiguos muy importantes. Esos bienhechores ocultos de la

Humanidad nos tienden una mano fraternal y no fratricida. O también un ejemplo personal: tengo la inspiración de comprar cierto diario un cierto día; leo cierto artículo que me decide a hacer una cosa muy natural. Ésta, poco después, me pone en relación con H.P.B., y de ello sale la fundación de la Sociedad Teosófica y todas sus consecuencias. Yo no gano ningún mérito dando el primer paso, pero si éste produce un buen efecto, yo me doy por entero a él y trabajo con ardor altruista, entonces en realidad tomo parte en todo el bien que resulte para la Humanidad. Una vez he visto en Gales a pobres gentes que trataban de tocar las cestas de alimentos que otros más ricos llevaban sobre la cabeza como limosna para los monjes buddhistas. Habiéndome informado, supe que un vivo sentimiento de simpatía les hacía participar del mérito adquirido por el acto de caridad. Saqué de esto más fruto que de un largo sermón, y después incluí esta idea en mi *Catecismo Buddhista*.

La semana pasada encontré entre mis papeles una carta antigua del honorable Alejandro Aksakof, de San Petersburgo. Aunque no pueda ser una de las que fueron tan raramente quitadas de las sacas de correspondencia en viaje para Nueva York y remitidas a Filadelfia, puesto que está fechada el 16 de abril de 1875, y no pudo llegarme hasta después del fin de mi visita a H.P.B., tiene un *postscriptum* con lápiz, en la cuarta página, de la singular escritura de Juan King. Me dice en él que el que me escribe es realmente "un hombre honrado y sabio", lo que todo el mundo reconoce ahora. No puedo decir la fecha exacta en que esta carta me llegó, por haber perdido el sobre. El señor Aksakof me dice en ella, que después de haber leído mis cartas al *Graphic* y observado su efecto en los dos hemisferios, está convencido de que es necesario hacer estudiar de cerca los fenómenos, por los más grandes sabios. Me pregunta si no podría yo organizar una comisión de esa clase y me comunica que eso se ha hecho en Rusia. Cuatro profesores de diferentes universidades han procedido a un estudio en común de los fenómenos y reconocido su autenticidad. Esos sabios señores podrían, si yo lo desease, enviarme un llamamiento firmado por todos ellos, a sus colegas americanos para que hagan como ellos, y zanjar de una vez por todas el problema que más interesa al bien de la raza humana. Era evidentemente el mismo motivo que me había decidido a emprender mis investigaciones en casa de los Eddy, pero veía que los obstáculos presentados por la obstinación ignorante y brutal de los médiums y de sus "guías" eran, en

realidad, infranqueables, y lo indicaba así en mi libro. Me hizo gracia leer una *post-data* fechada dos días más tarde, en la que el Sr. Aksakof, que mientras tanto había terminado de leer la versión rusa que H.P.B. hizo de mi libro, me decía que era bien evidente que ningún estudio científico era posible con gente como los médiums y me rogaba que considerase su proposición como no hecha. Sin embargo las cosas no quedaron ahí; la correspondencia continuó y nos pidieron a H.P.B. y a mí que eligiéramos médiums dignos de fe para enviarlos a San Petersburgo, donde serían sometidos a pruebas por una comisión especial de profesores de la Universidad Imperial de San Petersburgo. Aceptamos este encargo y apareció el anuncio en el *Spiritual Scientist* del 8 de Julio de 1875, por lo que puedo deducir en el desorden en que los recortes de periódicos han sido puestos en nuestro *Scrap-Book,* vol. I. De todos modos, una carta de Aksakof a H.P.B. abriendo así las negociaciones, se publicó en este número. "He aquí lo que pido a usted, así como al coronel Olcott, que tengan la bondad de hacer: ¿Tendría usted a bien traducir al inglés el llamamiento a los médiums aquí adjunto, entenderse con ellos y hacernos saber (a la Sociedad Imperial de Experiencias Físicas) cuál sería el mejor médium americano que pudiéramos hacer venir a San Petersburgo en interés de la causa? Nosotros quisiéramos, ante todo, médiums que puedan producir manifestaciones sencillas, pero fuertes, en plena luz. Hagan todo lo posible para procurarnos buenos médiums, pónganse en seguida en campaña y aconséjennos sin pérdida de tiempo. Recuerden que la cuestión del dinero no existe", etc.

Naturalmente, esta carta nos trajo una cantidad de ofrecimientos, y pusimos a prueba personalmente los poderes de varios médiums que nos hicieron ver algunos fenómenos, por cierto sorprendentes y hermosos. Algunos impostores se sirvieron de eso como pretexto para dar una sesión pública de pseudo-posesión en el teatro de Boston, un domingo por la noche de ese mismo mes de Julio, haciéndose pasar por contratados para Rusia. Les denunciamos en una carta enviada el 19 de Julio de 1875 a todos los periódicos de Boston.

CAPÍTULO VI

DESAPROBACION ORIENTAL

Todo el público occidental se ha persuadido de común acuerdo, que los médiums profesionales cuyos medios de existencia dependen de su facultad de mostrar en un momento dado fenómenos psíquicos a las personas que para ello les pagan, han de verse muy tentados, si el caso se presenta, de hacer fraudes de prestidigitación en lugar de realidades. Casi todos pobres, enfermos, con frecuencia obligados a pesar de eso aeducar sus hijos, y otras veces a mantener un marido inválido o perezoso, ganando un salario mediocre en todo caso, porque su estado psíquico depende de condiciones atmosféricas o psico-fisiológicas que no pueden modificar. ¿Qué tendría de sorprendente que un día que tienen que pagar el alquiler o cualquier otra imperiosa necesidad, su sentido moral se debilite un poco? Ceden, naturalmente, a la tentación que les ofrecen personas crédulas que no piden más que ser engañadas. En todo caso, esa es la explicación que algunos mediums me han dado. Me han contado sus míseras biografías, y cómo el *fatal don de clarividencia* había envenenado su infancia, haciendo que sus camaradas se apartasen de ellos o que les persiguiesen, haciendo que sean buscados y despreciados por los curiosos, mostrados como curiosidades por los *barnums*[19], en provecho de sus parientes (ver la historia trágica de la infancia de los Eddy, tal como ellos mismos me la han contado, en *People of the other World,* cap. II) y desarrollando en ellos los gérmenes de la histeria, la tisis y la escrófula, que destruyen su salud. Nadie ha conocido a los mediums mejor que la señora Hardinge Britten; pues bien, ella me dijo en Nueva York, en 1875, que no había conocido a ningún médium que no fuese de temperamento tísico a escrofuloso, y yo creo que la observación médica revela en ellos frecuentes trastornos en el aparato reproductor. Creo que el ejercicio habitual de esa profesión, es muy peligroso físicamente, sin hablar de su inconveniente moral. Todos los médicos nos dicen que es muy malsano y que puede ser fatal dormir en una habitación mal ventilada y entre toda clase de personas, algunas de las cuales pueden estar enfermas. Mucho más grandes son los riesgos que corre el pobre

[19] Se dice *barnums* por empresarios, a causa del célebre empresario Barnum. (N. del T.)

médium profesional, obligado a soportar la vecindad de todos los que se presenten, sanos o enfermos, física y moralmente, y a bañarse en su aura magnética: grosera, sensual, ireligiosa, brutal de pensamiento, de palabra y de acción o todo lo contrario. ¡Los infelices! Es una prostitución psíquica. ¡Tres veces felices aquellos que pueden desarrollar y manifestar sus dones en un ambiente puro y superior, como en otros tiempos las videntes guardadas en los Templos!

Todo esto resulta de la investigación emprendida por H.P.B. y yo, a pedido de Aksakof, para la comisión científica de San Petersburgo. Dándonos cuenta de que tendríamos que elegir entre los profesionales, porque no era probable que ningún médium privado consintiese en someterse a la publicidad y las molestias de semejante prueba, decidimos asegurarnos completamente de la realidad y relativa regularidad de los poderes psíquicos del médium varón o mujer que tuviésemos que recomendar. El deseo del señor Aksakof, que era obtener preferentemente fenómenos "en plena luz", era bien razonable, porque esto reduce a un *mínimum* las probabilidades de éxito en los fraudes. Sin embargo, entonces sólo había muy pocos –y aun hoy casi no los hay– que pudiesen contar con producir algo muy notable en una sesión de día. Nuestra elección se habría reducido a dos o tres personajes como C. H. Foster o el doctor Slade, que estaban casi seguros de sus resultados, de día o de noche. De todas maneras, resolvimos elegir un excelente médium, estuviese o no a la altura de las esperanzas del señor Aksakof. Esas investigaciones duraron varios meses, si no me equivoco, hasta mayo de 1876, y a riesgo de interrumpir el orden cronológico en la historia de la Sociedad Teosófica, contaré lo mejor que pueda las peripecias de esta investigación rusa sobre los mediums, para terminar con este episodio.

En el verano de 1875, una mujer llamada Young, vivía en Nueva York de sus talentos de médium. Según mis recuerdos, que son bastante vagos, era una persona fuerte, de modales hombrunos, sólida, física y psíquicamente. Su manera de manejar gruñendo, a los "guías del país de los espíritus" contrastaba de un modo muy divertido, con los melosos acentos de la mayor parte de los otros mediums. "¡Vamos, espíritus –decía– nada de pereza, darse prisa! ¿En qué están pensando? Muevan ese piano, hagan esto, hagan aquello. Vamos pues, que estamos esperando". Y *lo hacían,* como sometidos a su voluntad. Su principal fenómeno consistía en hacer levantar y agitar acompasadamente por los espíritus, un gran piano muy pesado, mientras ella

tocaba en él. Oí hablar de ella y pedí a H.P.B. que viniese para ver la que la médium sabía hacer. Aceptó, y yo me eché al bolsillo un huevo crudo y dos avellanas, cuya utilidad se verá en seguida. Afortunadamente, no dependo tan sólo de mi memoria, porque conservo un extracto del *New York Sun* (4 de Septiembre de 1875), que da un relato exacto de la sesión y de mis experimentos. Estaban presentes quince personas: "La sección comenzó por el levantamiento del piano, por los poderes invisibles, tres veces para decir sí y una para no, en respuesta a las preguntas hechas por la señora Young, que tenía sus manos ligeramente colocadas sobre el atril. Después se sentó, tocó algunas composiciones y el piano se levantaba al compás.

En seguida se colocó junto a un extremo del piano y rogó al coronel Olcott y a todos los que quisiesen probar la experiencia, que pusiesen su mano izquierda bajo el instrumento. Bajo esta mano ella colocó suavemente la suya, y a su petición el pesado piano se levantó de ese extremo sin esfuerzo ninguno de ella. (El cronista dice, además: "que él no podía levantar dicho piano a causa de lo pesado que era".) El coronel pidió entonces probar un experimento que no podía perjudicar a la médium. Consintió la señora Young y el coronel sacó un huevo de una caja y le pidió que lo tuviese en su mano bajo el piano y suplicase a los espíritus que lo levantasen. La médium manifestó que nunca se le había pedido prueba semejante en el transcurso de su carrera, y que no sabía lo que pasaría, pero que podía ensayarlo. Tomó el huevo, lo tuvo como se le había dicho y pidió a los espíritus que viesen lo que podían hacer, mientras golpeaba sobre el piano con la otra mano. Inmediatamente el piano se levantó y se mantuvo un momento en el aire. Esta experiencia nueva y notable tuvo un pleno éxito.

La señora Young pidió entonces a los más pesados de los asistentes, que vinieran a sentarse sobre el instrumento, invitación que fue aceptada por siete señoras y señores. Ella tocó una marcha en el piano, y éste con las siete personas, fueron fácilmente levantadas. El coronel sacó entonces dos avellanas de su bolsillo y pidió a los espíritus que las partiesen bajo las patas del piano, sin estropear las pepitas. El fin de esta prueba era demostrar la inteligencia del poder oculto detrás de la mujer. Los espíritus tuvieron buena voluntad para ello, pero la experiencia no pudo hacerse porque el piano se asentaba sobre ruedas. Solicitó en seguida permiso para sostener él mismo el huevo bajo el piano, mientras la señora Young pusiese la mano bajo la suya, tocándola, para dejar bien demostrado que ella no empleaba ninguna fuerza muscular. Aceptada la prueba y ensayada en seguida, el piano se levantó como antes. Las manifestaciones

terminaron esa noche, por el levantamiento del piano, *sin que las manos de la medium lo tocasen"*.

He ahí, indudablemente, un notable ejemplo de poder psico-dinámico. No solamente un piano de siete octavas y media, demasiado pesado para que nadie pudiese levantarlo por un extremo, se levantó sin aplicación de la fuerza muscular del médium ni de otra persona presente, en una sala bien alumbrada, sino que se tuvo la demostración de una *comprensión inteligente de lo pedido*, *demostrada por su cumplimiento.* Admitamos que la inteligencia de la médium fuese la única que estuviese en juego; aún queda por saber cómo transformaba ella el pensamiento en voluntad y ésta en fuerza. Esta prueba final de hacer levantar al instrumento mientras su mano se apoyaba bajo la mía, que a su vez sostenía el huevo, contrariando las leyes de la gravedad, me pareció, y lo mismo a H.P.B., una prueba cierta de sus poderes, y le ofrecimos recomendarla al señor Aksakof con la condición de someterse a una serie de pruebas sin peligro pero convincentes que nos permitiesen en caso de éxito comprometer nuestra responsabilidad. Rehusó alegando lo largo del viaje y su repugnancia por dejar su país para ir a vivir entre extranjeros. No sé lo que fue de ella, pero supe que había adoptado mi prueba del huevo, como demostración de la realidad de sus poderes. No tenía ella nada de espiritual, pero yo pensaba que su manera de ir contra las leyes físicas, podría sorprender al profesor Mendeleyeff y los otros sabios.

La señora María Baker Thayer, de Boston, mostraba sus poderes en una forma mucho más bonita y poética, y dediqué cinco semanas de ese verano a estudiar sus fenómenos. Era lo que se llama un *"medium de flores"*, es decir, una psíquica en presencia de la cual llovían flores, tiernos retoños, enredaderas, hierbas, hojas y ramas recientemente arrancadas de los árboles, a veces de variedades exóticas que no se podían encontrar más que en invernáculos. Cuando la conocí, era una mujer de cierta edad, de modales agradables, muy complaciente para las pruebas y siempre amable y de buen humor. Sin embargo, como muchos profesionales, bebía un poco, para rehacerse, como decía y lo creo, después del agotamiento de fuerza nerviosa causado por los fenómenos. Estoy convencido de que era un verdadero médium, pero *sé* también que recurría además al fraude. Lo sé porque la descubrí una noche, en 1878, poco antes de nuestra partida para la India, cuando quiso convencerme de que sabía hacer pasar la materia a través de la materia, e imitar la célebre experiencia de Zollner ayudado por el médium Slade. Sentí mucho que hubiese tratado de engañarme, porque hasta ese

momento sólo bien hubiera podido decir de ella. Es triste pensar que esos pobres mediums, mártires de la curiosidad y el egoísmo humano, se vean con frecuencia, por no decir siempre, forzados a la necesidad de abusar de la credulidad general, a causa de la falta de recursos, y también por falta de vigilancia de parte de las sociedades espiritistas convenientemente constituidas y que disponen de medios suficientes. Siempre he compadecido más que censurado a esos desdichados mediums y cargado toda la responsabilidad sobre la sociedad espiritista entera, a la cual incumbe. Que aquellos que piensen de otro modo, ensayen durante algún tiempo el hambre y el abandono, y veremos si continúan mostrándose tan severos con los fraudes psíquicos. Una larga memoria de mi investigación sobre la señora Thayer, en la que H.P.B. había participado en parte, apareció en el *New York Sun* del 18 de Agosto de 1875 y fue considerablemente reproducido en Europa y América, así como traducido a varios idiomas.

He aquí cómo tuvieron lugar las sesiones de la señora Thayer: Reunidos todos, una persona respetable era elegida de común acuerdo para examinar la sala y los muebles, cerrar y hasta sellar las ventanas, cerrar las puertas con llave y guardar las llaves. Si el médium no pensaba engañar a los asistentes, permitía también revisar sus ropas para asegurar que no escondía flores ni otros objetos. Me autorizó y consintió en que la atase y sellase en un saco, prueba que ya había yo empleado con la señora Holmes. Después todos se sentaban alrededor de una gran mesa de comedor, se hacía la cadena (la médium como los demás), se apagaban las luces y se esperaba en la oscuridad a que los fenómenos se produjesen. Al cabo de cierto tiempo, se oía algo sobre la mesa que no tenía carpeta, se olía un perfume y la señora Thayer pedía que diesen la luz. Se veía algunas veces la mesa enteramente cubierta de flores y plantas, y otras veces éstas se hallaban esparcidas sobre las ropas o los cabellos de los asistentes. A veces venían mariposas, o se oía en el aire el vuelo de un pájaro, y se podía ver una paloma, un canario o un jilguero revolotear de un rincón a otro del salón, o bien a un pececillo rojo que aún palpitaba sobre la mesa, húmedo como si acabase de salir del agua. De pronto alguno lanzaba una exclamación de alegría y sorpresa al encontrar en su mano una flor que mentalmente había pedido. Una noche vi frente a un escocés una gran planta de brezo de su país, con raíces y tierra pegada a ellas, como si fuese recién arrancada. Tenía también tres pequeños gusanos que se retorcían en la tierra. Era una cosa corriente ver aportes de lirio de

los valles o de otras plantas con su tierra y sus raíces recién arrancadas del tiesto o de un macizo de flores; yo mismo he tenido allí esos aportes. Pero he tenido algo mejor. Un día, visitando el cementerio de Forest Hill, en las afueras de Boston, y atravesando los invernáculos, me llamó la atención una planta rara, con hojas largas, estrechas, como con cintas de color blanco y verde pálido, llamada *Dracoena regina.* Con lápiz azul dibujé bajo una de las hojas la estrella de seis puntas y pedí mentalmente a los espíritus que me la llevasen a la próxima sesión de la señora Thayer, en la noche del día siguiente. Y para estar más seguro de la médium, me senté a su lado y le tuve las manos. Sentí en la oscuridad caer algo fresco y húmedo sobre una de mis manos, y cuando se encendió de nuevo la luz, vi que era mi hoja de dracoena marcada. Pero, para estar aún más seguro, volví al invernáculo y vi que la hoja había sido desprendida del tronco y que la parte desgarrada coincidía con la que yo tenía en el bolsillo. Cierto número de hechos de esta clase, que no tengo sitio para mencionar de paso, me convencieron de que la señora Thayer era una verdadera psíquica. Por otra parte, cierto fenómeno fisiológico vino a confirmar mi impresión y a arrojar una gran luz sobre el problema "mismo de la mediumnidad. Teniendo sus dos manos en las mías, noté que en el preciso momento de la caída de las plantas sobre la mesa, ella se estremecía y sus manos se ponían instantáneamente heladas como si de pronto corriese hielo por sus venas. Un momento después, sus manos recobraban la temperatura normal. Desafío a todos los sabios escépticos a que ellos mismos imiten ese fenómeno. Parece indicar un cambio total de "polaridad vital" para la producción de los fenómenos, para servirme de una frase técnica. Cuando H.P.B. evocó un fantasma entero *(P. of the other* W., pág. 477) fuera del gabinete de la señora Holmes, ella me apretaba convulsivamente la mano, y la suya estaba helada. Igualmente lo estaba la del *signor* B. después de la producción del aguacero, y el paso al trance cataléptico de los histéricos y de otros estados de profunda inconsciencia, van acompañados de un anormal descenso de temperatura. El doctor Moll (Hypnotism, pág. 113) dice que las experiencias "en realidad sorprendentes" de Kraft Ebbing, prueban que debemos "reconocer que la sugestión hipnótica obra de manera sorprendente sobre la temperatura del cuerpo". Por lo tanto, es justo llegar a la conclusión de que ese cambio de temperatura notado en la señora Thayer y en otros, en el momento de la producción de los fenómenos, demuestra su buena fe; no se podría simular ese efecto patológico. Para no insistir más sobre el caso de esa médium por interesante que sea, agregaré solamente que en una sola sesión

pública conté y reconocí 84 especies de plantas; otra vez, en condiciones impuestas por mí, vi aparecer pájaros que atrapé y *los guardé;* otra, en pleno día, en una casa particular, vi flores y una rama arrancada de un árbol del jardín; y también en la misma casa amiga, donde H. P: B. y yo pasábamos una temporada, venida ella de Filadelfia y yo de Nueva York, siguiendo nuestras investigaciones para Aksakof, vimos grandes piedras y un raro cuchillo viejo de mesa, de modelo antiguo, arrojados sobre la mesa. Pero cierta rosa de la graciosa *Pushpa Yakshini*[20] que la señora Thayer me había dado (ver el artículo "Elementales del Fuego", *Theosophist,* vol. XII pág. 259) sirvió de vehículo para un fenómeno de H.P.B. que sobrepasó todo lo que yo haya visto hacer a un médium. Nuestra amable huéspeda, la señora de Carlos Houghton, notario de Boston muy conocido, que vivía en el barrio de Robury, me llevó un día en coche a la ciudad para asistir a una de las sesiones públicas de la señora Thayer. H.P.B. rehusó venir y la dejamos en el salón hablando con el señor Houghton. El coche debía ir a buscarnos a cierta hora, y habiendo resultado corta la sesión, todos se marcharon, salvo una señora, la señora Houghton yyo. Para pasar el tiempo pedí a la señora Thayer que nos concediese una sesión particular, y accedió. Nos colocamos en la mesa; yo tenía las dos manos de la médium con las mías y puse mi pie sobre los suyos; una de las señoras cerró las puertas y aseguró las ventanas; la otra se ocupó de la luz. Después de haber aguardado algún tiempo en la oscuridad, no se oyó caer plantas, sino el coche que llegaba a la puerta y en el mismo instante algo fresco y húmedo como un copo de nieve cayó dulcemente sobre el dorso de mi mano. No dije nada hasta que las luces se encendieron y seguí asegurando las manos de la señora Thayer, lo que hice notar a las señoras. La flor caída sobre mi mano era un encantador capullo de rosa musgo doble, medio abierto y cubierto de rocío. La médium se estremeció como si alguien hubiese hablado detrás de ella, y dijo: "Coronel, los espíritus dicen que esto es un regalo para la señora Blavatsky". Se la dí a la señora Houghton, quien al llegar se la entregó a H.P.B., a la que encontramos fumando cigarrillos y conversando aún con nuestro huésped. La señora Houghton salió para quitarse el sombrero y el abrigo; yo me senté con los otros. H.P.B. tenía la rosa y la olía con ese aire lejano que sus íntimos le conocían cuando iba a producir fenómenos. El señor Houghton interrumpió su ensueño diciendo: "¡Qué hermosa flor! , señora, ¿me permite verla?"

[20] Elementos de las flores, o espíritus de la Naturaleza, que presiden y cuidan la formación de las plantas. (N. del T.)

Ella se la alcanzó con el mismo aire soñador y casi maquinalmente. Él la olió y exclamó: "Pero, ¡qué pesada es! Jamás he visto una flor semejante. Miren, el peso la hace doblarse sobre el tallo". "¿Qué dice usted? –dije yo–. Nada tiene de rara, o por lo menos nada tenía cuando cayó hace un momento sobre mi mano. Déjeme que la vea". La cogí con la mano izquierda, y entonces noté que era muy pesada. "¡Tenga cuidado, no la rompa!", gritó H.P.B. Levanté suavemente el capullo entre el pulgar y el índice de mi mano derecha y la examiné. Nada visible explicaba ese peso anormal. Pero de pronta vi una fina luz amarilla en el interior, y como impulsada por un resorte, una pesada sortija de oro saltó de la flor y cayó al suelo a mis pies. La rosa se enderezó en seguida y perdió su peso insólito. El señor Houghton y yo, hombres de leyes ambos, impulsados por la prudencia profesional, examinamos cuidadosamente la flor, sin poder descubrir el menor indicio de que los pétalos hubiesen sido separados; estaban tan apretados y entrelazados que no era posible introducir el anillo sin estropear el capullo. Además, ¿cómo hubiera podido H.P.B. hacernos esa trampa ante nuestros ojos, en plena claridad de tres luces de gas y sin haber tenido la rosa en su mano derecha más de dos minutos antes de dársela al señor Houghton? Hay una explicación posible para la Ciencia Oculta: la materia de la rosa y la de la sortija, podían haber sido elevadas a la cuarta dimensión y después traídas de nuevo a la tercera en el momento en que el anillo saltó de la flor. Esto es ciertamente lo que sucedió, y los físicos que tienen el espíritu amplio, tendrán a bien notar que la materia puede conservar su peso perdiendo su volumen, como lo prueba esta encantadora experiencia. La sortija pesaba media onza, y aún la llevo puesta hoy. No era una creación, sino un aporte; pertenecía, creo, a H.P. B. y tiene el sello del contraste. Era una sortija especial para fenómenos, a juzgar por lo que sucedió un año y medio después. La Sociedad Teosófica tenía entonces un año, y H.P.B. y yo ocupábamos dos pisos en la misma casa. Una noche, la señora W. H. Mitchell, mi hermana (si alguien desea preguntárselo, ella certificará ciertamente mi relato. Vive en Orange, Nueva Jersey, E. U. N. A.), vino, con su marido a visitarnos, y durante la conversación, pidió ver el anillo y me rogó contase su historia. Lo miró, se lo puso en un dedo mientras yo hablaba, y después se lo dio a H.P.B. en la palma extendida de su mano izquierda. Pero H.P.B., sin tocarla, cerró sobre la sortija los dedos de mi hermana, le retuvo un momento la mano, y después la soltó diciéndole que la mirase. Ya no era más un sencillo aro de oro. Encontramos engarzados tres pequeños diamantes formando un triángulo. ¿ Cómo se hizo esto? La hipótesis menos

milagrosa, es que H.P.B. había hecho poner los diamantes por un joyero y por sugestión nos impidió verlos hasta el momento en que abrió la mano de mi hermana. Como experiencia hipnótica es una cosa muy comprensible. He visto hacer, y yo mismo he hecho cosas del mismo género. Puede hacerse invisible, no tan sólo un pequeño diamante, sino un hombre, una sala llena de gente, una casa, un árbol, una roca, un camino, una montaña, cualquier cosa; la sugestión hipnótica parece ofrecer infinitas posibilidades. De cualquier modo que se explique ese fenómeno, resultó admirable.



Volviendo a la señora Thayer: la clase de sus poderes nos satisfizo tanto, que le ofrecimos ir a Rusia, pero rehusó como la señora Young y por los mismos motivos. Idénticas proposiciones hechas a la señora Huntoon, hermana de los Eddy, a la señora Andrews y al doctor Slade, fueron igualmente rechazadas. El asunto se siguió sin resultado hasta el invierno de 1875, y entonces se fundó la Sociedad Teosófica. La comisión del señor Aksakof había rescindido el primitivo contrato que aseguraba un estudio serio de los fenómenos, y encontrándose presidida por el profesor, Mendeleyeff, un materialista acérrimo, había publicado una memoria llena de prejuicios, basada en suposiciones y no en la evidencia. Por lo que Aksakof decidió noblemente y por puro amor a la verdad, cumplir el programa primitivo a su costa y riesgo. Más o menos entonces escribió en el *Spiritualist* de Londres:

"Cuando resolví llamar mediums a San Petersburgo... me ceñí a un plan de campaña que comuniqué al coronel Olcott, rogándole eligiese mediums en América. Le dije que deseaba proporcionar a nuestra comisión los medios de probar los movimientos anormales de objetos sólidos, en plena luz y sin contacto con ninguna persona viva. También quería encontrar mediums que pudiesen mover sólidos detrás de cortinas en la oscuridad, estando ellos mismos sentados a la vista de los asistentes, etc."

Todo esto dará a mis lectores una idea de los fenómenos físicos extraordinarios que se producían entonces en Occidente. En Oriente, se oye hablar de cuando en

cuando, de desplazamientos de objetos pesados como muebles, la batería de cocina, ropas, etc., pero se considera esto con horror y jamás los testigos pensarían hacer de eso un estudio científico. Todo lo contrario, eso es tenido como una desgracia, una intervención de los malos espíritus, con frecuencia almas errantes de parientes o de amigos íntimos, y no se tiene más que una idea: desembarazarse de tales molestias. No hago más que repetir lo que a menudo ha sido explicado por todos los escritores teósofos, que para los asiáticos todo comercio entre los vivos y los muertos es una prueba temida de que estos no están aún liberados de sus lazos terrestres, y así se han detenido en su evolución normal hacia el estado de espíritus puros. El Occidente, en cambio, a pesar de sus creencias religiosas, encara la vida futura de una manera por completo materialista, como una extensión de ésta en el tiempo y hasta en el espacio (dadas las nociones físicas de cielo e infierno) y no puede persuadirse de la realidad de una existencia consciente *post mortem* más que viendo los fenómenos físicos y concretos que enumera el Sr. Aksakof y que asombran a las personas que frecuentan a los mediums.

Al preparar “el tercer objeto de la Sociedad” (tan discutido) en Nueva York, yo estaba tan persuadido de ese hecho, y al mismo tiempo todavía muy ignorante, de la amplitud de la ciencia oriental. Si hubiese sabido cuántos males debían caer sobre nosotros con el pretexto de los poderes psíquicos, lo hubiese redactado de otro modo.

El Oriente, en lugar de eso, tiende hacia los conceptos filosóficos y espirituales, y tales fenómenos no parecen a los asiáticos, sino pruebas de la posesión de poderes psíquicos inferiores en quienes los exhiben. Experimentos como lo de mi sortija salida de una flor, las lluvias de plantas, flores y pájaros de la señora Thayer, o del piano de la señora Young levantado sobre huevos, no parecen horribles a la imaginación de un materialista occidental, sino tan sólo interesantes mentiras demasiado sorprendentes para ser científicas, pero importantes si pudiesen ser probadas. Estoy seguro de que he oído decir más de cien veces en la India que era una lástima que H.P.B. exhibiera fenómenos porque esto probaba que no había alcanzado un alto grado de *Yoga*[21]. Es cierto que Patanjali disuade a los *yogui,* así

[21] Yoga. Una de las escuelas filosóficas de la India. Fue fundada por Patanjali. La palabra significa unión y se refiere a la unión del yo humano con el Yo divino. (N. del T.)

como Buddha a los *bikhus*[22] de mostrar inútilmente sus poderes, cuando sus *siddhis*[23] se encuentran naturalmente desarrollados en el curso de su evolución psíquica. No obstante, el Buddha mismo dejó ver algunas veces sus elevados poderes, pero para dar ocasión de predicar sus nobles doctrinas e impulsar a sus oyentes a que hiciesen los mayores esfuerzos para espiritualizarse después de haberse "desembrutecido".

Todos los otros grandes maestros religiosos han hecho lo mismo. ¿No nos decía la misma H.P.B., haciendo milagros, que eso no era más que una parte insignificante y secundaria de la Teosofía? ¿Que unos eran pura sugestión y los otros maravillas físicas producidas por el conocimiento de las leyes secretas de la fuerza y la materia y por el poder adquirido sobre las razas de elementales que dirigen los fenómenos cósmicos? Nadie puede negarlo. Nadie puede afirmar sinceramente que ella no haya invariablemente enseñado que las experiencias psíquicas son, en relación con la Filosofía espiritual, lo que las experiencias químicas son a la Química. Sin duda que ella hizo mal en perder, para asombrar a testigos sin valor, fuerzas que hubieran estado mejor empleadas abatiendo los muros de la Ciencia occidental, despótica e incrédula; a pesar de eso, convenció de ese modo a ciertas personas que fueron así inclinadas a trabajar por nuestro gran movimiento. Y entre ellas, algunas de las de mayor valía, pasaron del Occidente a Oriente, por el puente de los fenómenos psíquicos. Por lo que a mí respecta, diré que las maravillas de poder mental que H.P.B. desplegó ante mis ojos, me prepararon para comprender las teorías orientales de la ciencia espiritual. Mi mayor sentimiento es que otros, especialmente aquellos colegas orientales cuyo espíritu estaba maduro para ello, no hayan obtenido los mismos favores.

[22] Bikhu. Quiere decir: discípulo mendicante. Se aplica a los monjes o ascetas buddhistas. (N. del T.)
[23] Siddhis. Poderes anormales, si bien latentes en todo hombre. Los hay inferiores o psíquicos y superiores o espirituales. (N. del T.)

CAPÍTULO VII

EL DOCTOR SLADE

Nuestra caza del médium terminó por la elección del doctor Slade para las experiencias de San Petersburgo. El señor Aksakof me mandó mil dólares para proveer a sus gastos y se puso en camino, según lo convenido. Pero sea por interés o por vanidad, en todo caso muy desgraciadamente, se detuvo en Londres, dió sesiones, hizo sensación y fue arrestado con el pretexto de fraude, a causa de la queja del profesor Lankester y del doctor Donkin C. C. Massey le defendió y arregló su asunto apelando sobre un punto técnico. Después, en Leipzig, Slade proporcionó los célebres experimentos sobre los que el profesor Zollner probó su teoría de la cuarta dimensión, y visitó después La Haya y otros lugares más antes de ir a San Petersburgo. Nosotros, antes de enviarlo, sometimos sus poderes al examen de una comisión especial de la Sociedad Teosófica, y ésta –salvo un descontento, que redactó una memoria muy injusta– dio al señor Aksakof un certificado de su sinceridad.

Un testimonio de los más instructivos, que probaba una larga e íntima familiaridad, fue dado por su ex socio en negocios, el señor Jaime Simmons, en el número de noviembre de 1893 del *Theosophist*.

Hasta el momento de escribir estas líneas yo había olvidado por completo en qué época del año 1875 se dio al público la teoría oriental de los espíritus sub-humanos y encadenados a la Tierra; pero ahora veo en nuestros *Scrap Books* que el término “espíritus elementarios” fue empleado por vez primera en una carta que escribí al *Spiritual Scientist* del 3 de Junio, a propósito de los espíritus subhumanos de los elementos, que ahora llamamos “elementales”. No era más que una pura alusión sin detalles explicativos, hecha con el fin de advertir a los espiritistas que no aceptasen sin previo examen, como hasta entonces lo habían hecho, como mensajes verdaderos de difuntos, las comunicaciones de los mediums más o menos sinceros. La publicación de la circular de “Luxor” (en el *Spiritual Scientist* del 17 de Abril de 1875) trajo toda una correspondencia particular y comentarios públicos, de los que el ejemplo más importante fue un sabio e interesante artículo de un joven abogado

llamado Failes y firmado "Hiraf", que apareció en el *Spiritual Scientist* de 1876, pág. 202, Y que se continuó la siguiente semana. Está lleno de ideas teosóficas expresadas en términos de la Rosa-Cruz y bajo ese título. El autor expone la teoría oriental de la Unidad y la Evolución, y demuestra que ha precedido en bastantes siglos a la moderna teoría de la correlación de las fuerzas y de la conservación de la energía. Su mayor importancia consiste en que H.P.B. le respondió con lo que ella llama en el *Scrap Book,* "mi primer disparo de fusil oculto", que abrió ampliamente el campo del pensamiento, después laborado en todas las direcciones por los miembros, amigos y adversarios de la Sociedad Teosófica.

Si quiere hacerse a H.P.B. la más simple justicia, es menester no perder de vista un hecho importante, al trazar su vida a partir de este momento: que no era una mujer sabia, en el sentido literal de la palabra, cuando llegó a América. Mucho después, cuando se comenzó *Isis Sin Velo,* yo pregunté a su muy querida tía, la señorita N. A. Fadeef, dónde había aprendido su sobrina toda esa variada erudición, Filosofía rara, Metafísica y ciencias, esa prodigiosa comprensión intuitiva de la evolución étnica, de la migración de las ideas, de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, etc. Me contestó francamente que hasta la última vez que la había visto, cinco o seis años hacía, Helena no había "jamás ni soñado esas cosas" , que su educación fue sencillamente la de una joven de buena familia. Había aprendido, además del ruso, el francés, un poco de inglés, un barniz de italiano y música. Estaba muy asombrada de lo que yo le decía de su erudición, y no lo podía atribuir más que al mismo orden de inspiración que habían disfrutado los apóstoles, hablando el día de Pentecostés idiomas que hasta entonces ignoraran. Agregaba que desde su infancia su sobrina había sido un médium más notable por sus poderes psíquicos y la variedad de sus fenómenos, que ninguno de los que ella había oído hablar durante el curso de una vida dedicada al estudio de esos temas. (Carta fechada en Odessa 8-20 Mayo de 1877). De todos sus amigos, yo fui el mejor colocado para juzgar de sus conocimientos literarios, habiéndole ayudado en su correspondencia y sus escritos, y corregido casi todas las páginas de sus manuscritos durante años. Además, he gozado de su confianza de 1874 a 1885 en mayor grado que cualquier otra persona. Estoy, pues, en estado de asegurar que en esos primeros tiempos ella no era, en su estado normal al menos, una mujer sabia y que nunca fue un correcto escritor. Todo esto a propósito de su respuesta a "Hiraf", en la que entró en detalles sobre el Ocultismo y

explicó la naturaleza de los espíritus elementarios. Un crítico instruido pero ciegamente hostil, trató ese artículo de "simple refrito de los escritos mágicos de Eliphas Levi, de des Mousseaux y de Hargrave Jennings sobre los Rosa-Cruces". En ese artículo dice también "la señora no pretende ninguna autoridad personal, se llama mi pobre yo ignorante, y declara que quiere tan sólo decir un poco de lo poco que ha cosechado en sus largos viajes por Oriente. Pero la afirmación de que ella ha sacado cualquier cosa de Oriente, es falsa; todo el artículo proviene de libros europeos".

Pero, los autores de esos libros, ¿de dónde sacaron su ciencia, sino de otros autores? ¿Y éstos de dónde? Del Oriente, siempre del Oriente. Ninguno de los que él cita fue personalmente un ocultista, un Adepto de la psicología práctica, ni siquiera Eliphas Levi, salvo en el débil grado de poder (él lo dice) evocar espíritus mediante el formulario del ceremonial mágico. Le agradaban demasiado los placeres de la mesa para llegar más arriba en Magia. Des Mousseaux no es más que un recopilador paciente y complaciente, por cuenta de los jesuitas y de los teatinos, de los que publica los certificados elogiosos. En cuando al difunto Hargrave Jennings, todos la hemos conocido como un hombrecillo estimable, un literato de Londres, que sabía de Ocultismo lo que se lee en los libros, y cuyas deducciones no eran siempre bien exactas. Que H.P.B. hubiese o no adquirido en Oriente sus poderes o sus conocimientos en psicología práctica, es innegable que los poseía, se servía de ellos cuando lo quería y las explicaciones que daba son idénticas a las proporcionadas por las enseñanzas de todas las escuelas orientales de Ciencias Ocultas. Personalmente puedo certificar que estaba en relación con Adeptos orientales y que tanto ella como yo recibimos sus visitas y sus instrucciones, y hablamos con ellos antes de dejar América, y después de nuestra llegada a la India. Los libros de Levi, de des Mousseaux y de todos los otros escritores antiguos y modernos, eran como cajas de herramientas en las que ella escogía aquellas de que tenía necesidad para edificar una casa occidental a las ideas asiáticas; de uno tomaba un hecho, de otro otra cosa. Encontraba en ellos instrumentos bien imperfectos, que para los informados disfrazaban y para los demás deformaban, mutilaban o alteraban sus hechos.

Los Rosa-Cruces, los escritores herméticos o teósofos de Occidente, al publicar sus libros en épocas de profunda ignorancia y de intolerancia religiosa, escribían en cierto modo bajo el hacha del verdugo; o sobre los haces de la hoguera y debían ocultar la

Ciencia divina bajo raros símbolos y engañadoras metáforas. El mundo tenía necesidad de un intérprete; le fue enviado en la persona de H.P.B. Hallando en su experiencia práctica y sus facultades desarrolladas la clave del laberinto, ella se puso al frente, con la antorcha en la mano; invitando a los valientes a que la siguieran. (Esto bajo toda clase de reservas respecto al grado exacto de su independencia, que yo no me atrevería a precisar).

Un crítico americano ha dicho que ella citaba indiferentemente un autor clásico o el periódico de la víspera, y tenía razón, porque ¿qué importa el autor de la cita o del párrafo, siempre que exprese bien la idea deseada? Esta respuesta a "Hiraf" fue el primero de sus escritos esotéricos, como la respuesta al doctor Beard fue su primera defensa del Espiritismo. La historia de la Literatura no muestra un espectáculo más sorprendente que el de esta noble dama rusa, provista de una apariencia de educación a la moda, que escribía a veces el inglés como. un inglés, el francés con tal pureza, que autores franceses me han dicho que sus artículos podrían servir como modelos de estilo en las escuelas francesas, y el ruso de tan brillante y atrayente manera, que el director de la revista rusa más importante, le pedía que escribiese periódicamente para él en las mismas condiciones que Turguenief. Pero ella no alcanzaba siempre esas alturas, y a veces el inglés de sus manuscritos era tan malo que había que rehacerlos casi por completo. No era, ya lo he dicho, un escritor correcto; su espíritu parecía correr a tal velocidad y de todos lados se precipitaban torrentes de pensamiento con fuerza tal, que sus desordenados escritos carecían de método. Ella se reía, pero conviniendo en la justicia de la comparación, cuando yo le decía que su espíritu se parecía a la descripción que hace Dickens del empalme de Mugby, donde los trenes llegan silbando, pasan silbando, retroceden, se encierran, y de la mañana a la noche arman un estrépito infernal. Pero desde el artículo sobre "Hiraf" hasta las últimas líneas que escribió para el impresor, es preciso decirlo para ser sincero, sus obras fueron siempre sugestivas en extremo, de un estilo varonil y brillante, mientras que la ironía de su ingenio sazonaba siempre sus más graves ensayos con las imágenes más graciosas. Exasperaba a las sabios metódicos, pero jamás fue deslucida o pesada. Más adelante tendré ocasión de hablar de los cambios fenoménicos que se producían en su estilo y su conversación. Lo he dicho, y lo diré siempre: he aprendido de ella bastante más que de ningún maestro, profesor o autor con quien yo haya tenido trato. Pero su grandeza psíquica sobrepasa de tal modo a su educación primitiva y su disciplina

mental, que los críticos que no la conocían sino como autor, la han tratado con amarga y salvaje injusticia. J. B. Saintine dice en *Picciola* que la grandeza se paga con el aislamiento, y el caso de H.P.B. prueba bien la exactitud de su aforismo. Ella planeaba en alturas espirituales hasta donde sólo se remonta las águilas de la Humanidad. La mayor parte de sus adversarios no han visto más que el barro de sus zapatos, y ciertamente que a veces ella los sacudía sobre sus mismos amigos cuando sus alas no podían elevarlos tan alto como a ella.

La importancia histórica de la carta a "Hiraf" se aumenta porque ella proclama allí sin ambages la existencia "que ella conoce personalmente", de escuelas permanentes de Ocultismo en el Indostán, el Asia Menor y *en otros países"*. "Tanto ahora como en los tiempos primitivos de Sócrates y de los otros sabios de la antigüedad –dice– aquellos que desean conocer la gran verdad, encontrarán siempre la *ocasión,* bastando para ello que busquen a alguien que los conduzca hasta la puerta de aquellos *que saben cuándo y como"*. Rechaza la demasiado amplia generalización de "Hiraf", que llama Rosa-Cruces a todos los ocultistas y le hace saber que esa hermandad no es sino una unidad entre muchas otras sectas o grupos ocultos. Ella se proclama "discípulo del Espiritualismo oriental" y prevé el día en que el Espiritismo americano "se convertirá en una ciencia de exactitud matemática". Volviendo a la cuestión de los Adeptos, ella dice que la verdadera Kábalah de la que no es más que un fragmento de la versión judía, está en las manos "de algunos filósofos orientales, pero que quienes son y dónde residen, no me es dado revelar. Tal vez yo misma no lo sepa y lo haya soñado. Miles de personas dirán que esto es pura imaginación. Muy bien. Con el tiempo se verá. Todo lo que puedo decir, es que esa organización existe en realidad y que la sede de las fraternidades no será revelada al mundo hasta el despertar de la Humanidad... Hasta entonces no se verá otra prueba de la teoría especulativa de su existencia, que lo que el vulgo llama hechos *sobrenaturales"*. Advierte en su artículo que es perder el tiempo tratar de llegar a ser un kabalista (o un Rosa-Cruz) práctico, estudiando libros de literatura oculta; es tan tonto, dice, "como entrar sin el hilo en el laberinto, o querer abrir sin llave las ingeniosas cerraduras de la Edad Media". Define la Magia blanca y la Magia negra, mostrando los peligros de esta última. Por fin, termina diciendo: "Pero digáis lo que digáis, vosotros, sacerdotes muy ortodoxos de todas las Iglesias, vosotros tan severos para con el Espiritismo (nótese el sentido que lo demás del texto da a esta palabra), el

más puro descendiente de la antigua Magia, no podéis impedir lo que existe y que ha existido siempre: la relación entre los dos mundos. Llamamos a esa relación "Espiritismo moderno" con tanta justicia y lógica con que decimos "el nuevo mundo", hablando de América".

Estoy seguro de que todos los miembros serios de la Sociedad Teosófica se sentirán contentos al saber que desde Julio de 1875, H.P.B. proclamaba la existencia de los Adeptos orientales de la Fraternidad Mística, de sus depósitos de ciencia divina y de sus relaciones personales con ellos.

Todo esto lo afirma de nuevo en una carta el *Spir. Scient.,* pág. 64 (no sé de qué mes de 1875, porque no puso fecha a su recorte de nuestro *Scrap-Book,* pero la escribió desde Ítaca a donde había ido a ver al profesor Corson de la Universidad de Cornell y su señora, en agosto o septiembre), en la que emite la importante idea de que "en las manos de un Adepto, el Espiritismo se convierte en Magia, porque es experto en el arte de combinar conjuntamente las leyes del Universo sin violarlas, y por lo tanto, sin ofender a la Naturaleza. En las manos de un médium sin experiencia, el Espiritismo se convierte en una *hechicería inconsciente,* porque sin saberlo abre una puerta de comunicación entre los dos mundos, a través de la cual se deslizan las fuerzas ciegas de la Naturaleza, que flotan en la Luz Astral, así como espíritus buenos o malos".

La idea oculta estaba para siempre lanzada, y nuestras publicaciones, como nuestra correspondencia privada, abundaban en alusiones semejantes. Mi primer ensayo algo considerable en esa ruta, fue una carta titulada "La Vida inmortal", fechada el 23 de Agosto de 1875 y publicada el 30 del mismo mes por la *New York Tribune.* Declaro en ella que durante un cuarto de siglo he creído en los fenómenos mediumnímicos, pero sin aceptar la identificación de las inteligencias que los producen. Afirmo, mi fe en la realidad de la antigua Ciencia Oculta, y el hecho de haber sido de pronto "puesto en relación con personas vivas que efectúan o han efectuado en mi presencia, esas mismas maravillas que se atribuye a Paracelso, Alberto el Grande y Apolonio". Al escribir esto no pensaba tan sólo en los numerosos fenómenos de H.P.B., ni en mis primeros encuentros con los Mahatmas, sino también en lo que me hizo ver en mi propia habitación, en una casa que no ocupaba H.P.B., yen la que ella no se encontraba en ese momento, un extranjero que encontré por casualidad en Nueva York poco antes de escribir esta carta, y que

me mostró los espíritus de los elementos.

Este extranjero vino a mi casa por una cita que convinimos. Abrimos la doble puerta que separaba el salón de la pequeña alcoba, nos sentamos en sillas frente al hueco de la puerta y por una singular *maya* (así lo creo ahora) vi en el sitio de mi alcoba, un cubo de espacio vacío. Los muebles habían desaparecido, y yo veía alternar allí sorprendentes imágenes de aguas, nubes, cavernas subterráneas y volcanes en actividad; cada uno de esos elementos pululaba de seres, formas y figuras que yo percibía más o menos rápidamente. Había formas encantadoras, otras malas y severas, otras terribles. Flotaban dulcemente como burbujas en una apacible corriente de agua, o saltaban a la escena para desaparecer en seguida, o bien jugar y brincar juntas en el agua o el fuego. De pronto, un monstruo espantoso, tan horrible a la vista como las imágenes del *Magus* de Barrett, me miró, y como un tigre herido, se abalanzó para agarrarme, pero desapareció en el momento en que alcanzaba el borde del cubo de *Akasha* hecho visible en el límite de las dos habitaciones.

Era una prueba para los nervios, pero después de todo lo que había visto en casa de los Eddy, conseguí no desfallecer. El extranjero se declaró satisfecho del resultado de su prueba psíquica, y al despedirse dijo que tal vez nos volveríamos a ver. Pero esto no ha ocurrido todavía. Tenía el aspecto de un asiático de tez clara, pero no pude descubrir su nacionalidad aunque lo suponía indo. Hablaba el inglés como yo mismo.

CAPÍTULO VIII

PROYECTO DE SOCIEDAD TEOSÓFICA

Pasemos ahora a la historia de la formación de la Sociedad Teosófica y mostremos lo que dio la idea, quiénes fueron las personas que la fundaron y cómo fueron definidos sus objetos. Porque esto es una historia completa de los comienzos de la Sociedad, no lo olvidemos, y no una simple colección de recuerdos personales sobre H.P.B.

La discusión activa del Espiritismo y en seguida de una parte de las ideas espiritualistas del Oriente, había preparado el camino. Dicha discusión duraba desde la publicación de mi memoria sobre los Eddy en el *New York Sun* del mes de Agosto del año anterior (1874), y su intensidad se había decuplicado a continuación de mi encuentro en Chittenden con H.P.B. y el uso que hacíamos de la prensa, para la exposición de nuestras heterodoxas ideas. Las cartas mortificantes, los rumores que corrían acerca de los poderes mágicos de H.P.B. y nuestras afirmaciones reiterales de la existencia de razas no humanas de seres espirituales, nos valieron el conocimiento de gran número de personas inteligentes apasionadas por el Ocultismo. Entre ellas había sabios, filólogos, autores, anticuarios, eclesiásticos de espíritu amplio, hombres de leyes, médicos, espiritistas bien conocidos y uno o dos periodistas que escribían en los diarios de la ciudad, muy contentos al poder conseguir buen "original" de nuestro asunto. Era en verdad una audacia, instituirse en campeón de la legitimidad científica de la Magia antigua en esta edad de escepticismo, desafiando los prejuicios públicos. El mismo atrevimiento de la empresa forzó la atención del público, y su inevitable resultado fue juntar en un grupo, a todos aquellos a quienes la discusión había aproximado por simpatías, en forma de sociedad de investigaciones ocultas. El ensayo de fundación del "Club de los Milagros", en Mayo de 1875, fracasó por las razones indicadas en el capítulo 1, pero se presentó una segunda ocasión con una conferencia privada, reservada para algunos amigos, que el Sr. Felt dio en casa de H.P.B., plaza Irving, número 46, en Nueva York, el 7 de Septiembre de 1875. Esta vez no hubo

fracaso, la pequeña semilla de la que debía salir el gran banyan[24] que cubriría al Mundo, fue plantada en buena tierra y germinó. Siento que no exista –yo no la conozco– nota oficial de las personas presentes a esta reunión, pero el Rev. J. H. Wiggin, clérigo unitario, publicó en el *Liberal Christrian* del 4 de Septiembre una nota sobre otra reunión del mismo género, efectuada la semana anterior, y en la cual creo que se anunció para el 7 la conferencia del señor Felt. Cita a H.P.B., a mí, al señor Bruzzesi, a un juez de Nueva Jersey y su señora, y al señor Carlos Sotheran (quien lo había hecho invitar por H.P.B.). Denotaba su sorpresa por la extensión y profundidad de la conversación, con estas reflexiones: “No sería correcto contar en sus detalles una conversación íntima en la que no entraba ni deseo de publicidad, ni de exhibición mágica, ni de que se pronunciase un juicio sobre ella. Algunos de los temas de la animada conversación que duró hasta la media noche, fueron: el elemento fálico ,en las religiones, las últimas maravillas de los mediums, la Historia, el alma de las flores, el carácter de Italia, las cosas raras de los viajes, la Química, la Poesía, la triplicidad en la Naturaleza, la Iglesia romana, la gravitación, los carbonarios, la prestidigitación, los nuevos descubrimientos de Crookes sobre la fuerza luminosa, y la literatura mágica. Si en verdad la señora Blavatsky puede hacer que nazca el orden en el seno del caos del Espiritismo moderno, hará un gran servicio al mundo''.

En la noche del 7 de Septiembre, el señor Felt dio su conferencia sobre el “Canon egipcio de las proporciones, hoy perdido”. Dibujaba notablemente bien y había preparado una serie de bonitos croquis en apoyo de su tesis: que el canon de las proporciones arquitectónicas empleado por los egipcios así como por los grandes arquitectos griegos, estaba hoy conservado en los jeroglíficos de los templos del país de Kham. Sostenía que siguiendo determinadas reglas, se podía dibujar en el muro de cierto templo, lo que llamaba la Estrella de Perfección, que revelaba el secreto entero del problema geométrico de las proporciones; que los jeroglíficos trazados alrededor de esta figura no estaban destinados más que a engañar la curiosidad de los profanos, porque leídos al mismo tiempo que los del interior de la figura, no daban ningún sentido, o caían en la trivialidad.

El diagrama consistía en un círculo con un cuadrado inscrito y otro externo, encerrando un triángulo equilátero, dos triángulos egipcios y un pentágono. La

[24] *Ficus* indico de Linneo. De las ramas de este árbol descienden raíces que se introducen en el suelo y hecha brotes, de modo que al cabo de los años una sola planta ocupa gran extensión de terreno. (N. del T.)

aplicaba a todas las imágenes, estatuas, puertas, jeroglíficos, pirámides, planos, tumbas y monumentos del antiguo Egipto y demostraba que las proporciones correspondían tan bien, que esa debió ser su regla. Aplicaba el mismo canon a las obras maestras del arte griego, y encontraba que habían sido o habían podido ser construidas sin modelo, observando dicho canon. El difunto doctor Seth Pancoast, M. D., de Filadelfia, erudito kabalista, se encontraba presente, y dirigió al señor Felt algunas preguntas concretas para ver si podía probar prácticamente su perfecto conocimiento de los poderes ocultos poseídos por los verdaderos magos antiguos, entre otros, la evocación de los espíritus en las profundidades del espacio. El señor Felt contestó categóricamente que lo había hecho y que podía nuevamente hacerlo con su círculo químico. "Podía provocar la aparición de centenares de sombras parecidas a la forma humana, pero no había reconocido signos de inteligencia en esas apariciones". Saco estos detalles de un recorte de la época, clasificado en el *Scrap Book,* I, sin el nombre del periódico, pero en los de ese tiempo. Parece ser del periódico del señor Wiggin, el *Liberal Christian.*

Las teorías y las ilustraciones de Felt eran tan atrayentes, que S. W. Bouton, editor de libros de simbolismo, se comprometió a publicar su libro, en 1.000 páginas *in-folio* con ilustraciones, y adelantó una suma considerable para las planchas, los útiles de grabador, las prensas, etc., etc. Pero como tenía que tratar con un genio favorecido con una numerosa familia, y abominablemente informal, se dieron tantas largas al asunto que perdió la paciencia y creo que cortó sus relaciones con él. La gran obra no se publicó jamás.

El señor Felt nos dijo en su conferencia que, haciendo estudios de Egiptología, descubrió que los antiguos sacerdotes egipcios eran adeptos de la ciencia mágica y tenían el poder de evocar y emplear los espíritus de los elementos, y que habían dejado sus formularios, que él había descifrado, ensayado, y conseguido evocar con ellos a los elementales. Consentiría en ayudar a algunas personas escogidas para que por sí mismas ensayasen su sistema, y nos haría ver todos los espíritus naturales en una serie de conferencias retribuidas. Naturalmente, le dimos un voto de gracias por su interesante conferencia, y siguió a ésta una animada discusión. Durante ella, me vino la idea de que sería bueno formar una sociedad para emprender y fomentar investigaciones ocultas de esa índole, y después de pensarlo un poco, escribí en un trozo de papel: *¿No sería bueno formar una Sociedad para esta clase de estudios?,* y se lo

di al señor Judge, que se encontraba entre yo y H.P.B., que estaba sentada enfrente, para que se lo pasase. Ella lo leyó y me contestó que sí con la cabeza. En seguida me levanté, y después de algunas frases preliminares, esbocé el proyecto. Los asistentes lo aprobaron, y cuando el señor Felt, respondiendo a nuestra petición, dijo que no tenía inconveniente en enseñarnos a evocar y emplear los elementales, se decidió por unanimidad formar dicha Sociedad. A proposición del señor Judge, se me nombró presidente y se aceptó mi propuesta de elegir al señor Judge secretario de la reunión. Como era tarde, se fijó la noche siguiente para dar a esto carácter oficial. Se rogó a los presentes que trajesen a los amigos susceptibles de unirse a la Sociedad proyectada.

Como ya dije, no existe un acta oficial del secretario de esta reunión, pero el señor Britten cita en *Nineteenth Century Miracles* (p. 296) una nota publicada en un diario de Nueva York y reproducida en el *Spiritual Scientist,* y de su libro extraigo los párrafos siguientes :

"Acaba de comenzar en Nueva York, bajo la dirección del coronel Enrique S. Olcott, un movimiento de gran importancia: se trata de la organización de una sociedad que se llamará Sociedad Teosófica. La proposición se hizo espontáneamente y sin haber sido premeditada, en una reunión en la casa de la señora Blavatsky, la noche del 7 del corriente, donde un grupo de más o menos diez y siete señoras y caballeros se hallaban reunidos para oír al señor Jorge Felt, cuyos descubrimientos de las figuras geométricas de la Kábalah egipcia pueden ser considerados como una de las conquistas más sorprendentes del espíritu humano. Varias personas de gran erudición y otras que ocupan situaciones influyentes, formaban parte de la reunión. Los editores de dos periódicos religiosos, los coeditores de dos revistas literarias, un doctor en letras de Oxford, un venerable sabio judío y afamado viajero, el redactor jefe de uno de los diarios de Nueva York, el presidente de la Sociedad Espiritista de Nueva York, el señor C. C. Massey, abogado inglés; la señora Hardinge Britten y el doctor Britten, dos notarios de Nueva York; además el coronel Olcott, un socio de una casa editora de Filadelfia, un médico muy conocido, y finalmente, la más célebre que todos ellos, la señora Blavatsky, eran los que formaban el círculo de oyentes del señor Felt... En un intervalo de la conversación, el coronel Olcott se puso de pie, y después de haber indicado brevemente el actual estado del movimiento espiritualista, la actitud de sus contrarios los materialistas, el conflicto irreconciliable entre la Ciencia y las sectas religiosas, el carácter filosófico de las antiguas teosofías y su valor

para la reconciliación de todos los antagonistas, así como el éxito, al parecer sublime, del señor Felt, arrancando la clase de la arquitectura de la Naturaleza, a miserables fragmentos de antiguas leyendas olvidadas por la mano devastadora de los fanáticos musulmanes o cristianos de los primeros siglos, propuso formar un núcleo alrededor del cual podrían reunirse todas las almas esclarecidas y valientes que se hallasen dispuestas a trabajar por la adquisición y difusión del verdadero conocimiento. Su plan era organizar una sociedad de ocultistas, empezar en seguida a formar una biblioteca y vulgarizar el conocimiento de esas leyes secretas de la Naturaleza que fueron tan familiares a los caldeos y egipcios, y hoy totalmente ignoradas por nuestros sabios modernos".

Viniendo esto de fuente extraña y publicado pocos días después de la reunión, vale tal vez más que una memoria oficial, y demuestra palpablemente la idea que tuve al proponer la formación de nuestra Sociedad. Esta debía ser una asociación encargada de recoger y publicar conocimientos, emprender investigaciones ocultas y el estudio y vulgarización de las antiguas ideas filosóficas y teosóficas. Uno de los primeros pasos debía ser la fundación de una biblioteca. No se trató nada de Fraternidad Universal, porque la proposición de fundarla surgió a propósito del tema de la discusión. Era un asunto sencillo, prosaico, sin acompañamiento de fenómenos o incidentes extraordinarios. En fin, no tenía ni trazas de espíritu sectario, y en cambio poseía una tendencia netamente antimaterialista. El pequeño grupo de los fundadores era de raza europea, sin antagonismo natural hacia las religiones, e ignorando las distinciones de castas. El elemento Fraternidad, que debía entrar más tarde en la composición de la Sociedad, no estaba previsto, pero cuando nuestra influencia se extendió con el tiempo, hasta ponernos en relación con los asiáticos, sus religiones y sus sistemas sociales, apareció como una necesidad, y hasta como la piedra angular de nuestro edificio. La Sociedad Teosófica ha sido una evolución y no una creación deliberada (en el plano visible al menos).

Tengo el acta oficial de la reunión del 8 de Septiembre, firmada por mí como presidente y por G. Q. Judge, secretario, y voy a reproducirla de nuestro diario:

"Según la proposición del coronel Enrique S. Olcott para formar una sociedad para el estudio y la aclaración del Ocultismo, la Kábalah, etc., las señoras y caballeros presentes se han constituido en asamblea, y por moción del señor Guillermo Q.Judge, se

Resolvió que el coronel E. S. Olcott sería presidente.

Según una moción se

Resolvió que el Sr. G. Q. Judge sería el secretario. El presidente pidió en seguida los nombres de las personas presentes que deseasen fundar tal Sociedad o formar parte de ella. Las siguientes personas dieron sus nombres al secretario:

Coronel Olcott, señora H. P. Blavatsky, Carlos Sotheran, doctor Carlos E. Simmons, H. D. Monachesi, C. C. Massey, de Londres; W. L. Alden, J. H. Felt, D. E. de Lara, doctor W. Britten, señora E. H. Britten, Enrique Newton, Juan Storer Cobb, J. Hyslop, G. Q. Judge y H. M. Stevens. (Todos presentes, salvo uno).

Según la moción de Heriberto D. Monachesi, se

Resolvió que el presidente nombraría una comisión de tres miembros para preparar una constitución y un reglamento que deberían ser presentados en la próxima reunión.

Según una moción se

Resolvió que el presidente se uniría a la comisión antes citada. El presidente designó en seguida a los Sres. H. Newton, H. M. Stevens y C. Sotheran para integrar la mencionada comisión.

Según una moción presentada, se

Resolvió fijar la próxima reunión para el lunes 13 de Septiembre, en el mismo sitio, a las ocho de la noche.

De modo que la Sociedad fué *formada* –y no fundada– por diez y seis personas, porque su fundación sobre bases estables, fue el resultado de varios años de trabajo y abnegación, y durante una parte de este tiempo, H.P.B. y yo nos encontramos solos en la brecha, construyendo esos fuertes cimientos, ya fuese porque nuestros colegas nos dejaron, o porque perdieron el interés, o la fuerza de las circunstancias les impidió dar como lo hubieran deseado, su tiempo y sus esfuerzos. Pero no anticipemos.

Cuando esta parte de mi relato apareció en el *Theosophist* (Noviembre de 1892), llevaba retratos de varios miembros con cargos en la Sociedad; las personas a quienes interesen, pueden verlos en dicha revista. La excesiva abundancia de materia en este volumen me obliga a condensarlo todo lo posible. No obstante,

incluiré mi nota sobre el Sr. Alden, a causa de la historia de una de sus experiencias ocultas.

El señor W. L. Alden, muy conocido ahora en los círculos literarios de Londres, era entonces redactor jefe del *New-York Times* y sus críticas humorísticas sobre temas corrientes eran muy apreciadas. Recientemente lo encontré en París después de bastantes años de separación y supe que había desempeñado importantes cargos consulares por cuenta del gobierno norteamericano. Le sucedió en Nueva York, cuando acabábamos de conocernos, una aventura bien graciosa. Entonces él escribía en el *New-York Daily Graphic* y yo también, mis cartas de Chittenden. Un cúmulo de personas extravagantes acudía al despacho de la dirección para hacer preguntas ociosas y molestaban al director, Sr. Croly, a tal punto que acabó por publicar una caricatura que le representaba acorralado, con un revólver y unas enormes tijeras, defendiéndose de una invasión "de hombres con melenas y mujeres peladas", todos ellos espiritistas. Pero una mañana, un hombre de edad, vestido como un oriental, se presentó llevando bajo el brazo un libro raro y visiblemente muy antiguo. Después de haber saludado a los redactores con una grave reverencia, se puso a hablar de mis cartas y del Espiritismo occidental. Todos dejaron sus mesas para oírle y se agruparon a su alrededor. Hablando de Magia, se volvió tranquilamente hacia Alden, de quien nadie sospechaba sus inclinaciones ocultas, y le dijo: "Señor, ¿cree usted en la verdad de la Magia?" Un poco cohibido, Alden respondió: "Pues... he leído *Zanoni,* y creo que ahí bien puede haber algo". A su ruego, el extranjero mostró a los redactores su curioso libro. Era un tratado de Magia escrito en árabe o en alguna lengua oriental, con numerosas ilustraciones en el texto. Todos se interesaron vivamente, sobre todo Alden, que al marcharse el anciano le pidió que le concediese otra entrevista. Este consintió sonriendo y le dio unas señas para que le buscase. Cuando Alden se presentó allí, se encontró con un *comercio de libros* e *imágenes católicas.* Burlado de este modo, mi amigo continuó, aunque inútilmente, observando a todas las personas que encontraba, con la esperanza de hallar al misterioso asiático. El señor Croly me dijo que nunca reapareció por las oficinas del *Graphic;* hubiérase dicho que desapareció por una trampa. No es una experiencia rara esta aparición y desaparición de personas misteriosas que traen el libro requerido al hombre que lo necesita, o que lo ponen en el camino debido cuando se debate valientemente en el pantano, movedizo de las dificultades, en persecución de la

Verdad. Muchos casos parecidos se cuentan en las historias religiosas. A veces el visitador se presenta de día, otras veces en una visión nocturna. La revelación puede venir por medio de destellos –los destellos de *Buddhi sobre Manas*–[25] produciendo los grandes descubrimientos científicos, como apareció a Fraunhofer la idea del espectroscopio, a Franklin la naturaleza de los relámpagos, a Edison el teléfono, y otras diez mil grandes cosas a los espíritus preparados y abiertos a la sugestión. Sería exagerado pretender que *todos* los aspirantes a la Ciencia Oculta pueden contar con tal suerte una vez en su vida, pero creo que el porcentaje de los que esto les sucede, es cien veces mayor que lo que se cree. Es una desgracia individual si no se sabe reconocer al ángel cuando se presenta, o si se le roza en la calle sin un estremecimiento de aviso, ya sea a consecuencia de falsas ideas sobre la apariencia del mensajero, o por prejuicio respecto al modo en que el mensaje debería ser dado. Hablo aquí de esto con perfecto conocimiento de causa.

[25] Buddhi. Enla división septenaria del hombre, según la Teosofía, es el 6º principio o alma. Tiene la facultad de la intuición. Manas, el 5º principio, o mente; con Buddhi y Atma (espíritu) es el ternario que reencarna. (N. del T.)

CAPÍTULO IX

FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

El señor Felt continuó la interesante descripción de sus descubrimientos, comenzada el 8 de septiembre, en la reunión fijada para el 18 de septiembre de 1875, y dibujó un cierto número de diagramas en colores. Algunas personas presentes dijeron haber visto que la luz temblaba sobre las figuras geométricas, pero me inclino a pensar que eso era debido, mitad a autosugestión y mitad a lo que Felt había dicho de sus propiedades mágicas (4). Yo no vi ciertamente nada oculto, ni los demás tampoco, salvo una muy pequeña minoría de los asistentes. Terminada la conferencia, se pasó al orden del día; yo presidía y el señor C. Sotheran hacía de secretario. El acta dice:

"La comisión del preámbulo y reglamento, anunció que prosigue sus trabajos, y el señor de Lara lee una nota que ha redactado a ruego de la comisión. A petición de la comisión, se

Resolvió que la Sociedad adoptaría el nombre de Sociedad Teosófica.

El presidente delegó en el Rev. Wiggin y el señor Sotheran el encargo de buscar un local conveniente. Se admitieron varios nuevos miembros. Según moción presentada, se

Resolvió que esas personas serían inscritas en la lista de fundadores.

Después de esto, la reunión próxima fue acordada *sine die,* para reunirse de nuevo por convocatoria del presidente". El acta está firmada por mí como presidente y por el doctor Juan Storer Cobb, y por C. Sotheran, como secretario.

La elección del nombre de la Sociedad fue, como es natural, objeto de gran discusión en el seno de la comisión nombrada. Se propusieron varios, entre ellos si recuerdo bien, los de: Sociedad Egiptológica, Hermética, Rosa-Cruz, etc., pero esto nos parecía bastante característico. Por fin, hojeando un diccionario, uno de nosotros dio con la palabra "Teosofía", y después de haberla discutido, quedamos de acuerdo por unanimidad en que era el mejor nombre, puesto que representaba la verdad esotérica que tratábamos de alcanzar y abarcaba al mismo tiempo el campo

de las investigaciones ocultas de Felt. Se ha contado una tonta historia de un indo desconocido que había entrado en la sala de la comisión, había arrojado un paquete sellado sobre la mesa y había salido nuevamente, o desaparecido en el espacio... una vez abierto el paquete, resultó que contenía un proyecto de constitución y reglamento para la Sociedad, que nosotros adoptamos inmediatamente. Todo esto es un puro absurdo, no sucedió nada por el estilo. De tiempo en tiempo se han puesto en circulación respecto a nosotros consejas de esta clase, algunas bastante extravagantes, otras fantásticas, otras de una inverosimilitud infantil, todas perfectamente falsas. Yo era un periodista demasiado antiguo para tomar en serio esas noticias falsas. En el momento mismo, engañan a algunas personas, pero a la larga son inofensivas.

En cuanto al proyecto original de reglamento, tomamos todas las precauciones debidas y preparamos una serie de artículos lo más satisfactoria posible. Se examinaron los reglamentos de diferentes sociedades constituidas y hallamos los mejores modelos en la Sociedad Geográfica Americana, la Sociedad de Estadística y el Instituto Americano. Después de estos preliminares, se pidió permiso a la señora Britten para tener la siguiente reunión en su casa (por no haber aún alquilado local) y mandé el siguiente aviso en tarjetas postales:

SOCIEDAD TEOSÓFICA

Habiendo terminado su trabajo la Comisión del Reglamento, la Sociedad Teosófica tendrá una reunión el sábado 16 de Octubre de 1875, a las ocho de la noche, en una casa particular: calle Segunda Oeste núm. 206, para elegir y organizar sus autoridades. Si el señor Felt se encuentra en la ciudad, continuará dando cuenta de sus descubrimientos egipcios tan profundamente interesantes. Según el reglamento propuesto, los nuevos miembros no podrán ser aceptados sino después de treinta días de haber sido propuestos. Por lo tanto, es de desear que todo el mundo asista a esta primera reunión.

El abajo firmado dirige este llamamiento conforme al acta aprobada por la reunión del 13 de Septiembre.

Firmado: Enrique S. Olcott, *presidente interino.*

Hice poner en un marco y la guardo en Gulistan, la tarjeta postal que se envió a H.P.B., yposeo también mi propio ejemplar.

El acta cita como presentes en esta reunión a las siguientes personas: señora Blavatsky, señora E. H. Britten, Enrique S. Olcott, Enrique J. Newton, Carlos Sotheran, G. Q. Judge, J. Hyslop, doctor Atkinson, doctor H. Carlos, doctor Simmons, Tudor Horton, doctor Britten, C. C. Massey, Juan Storer Cobb, W. L. Alden, Edwin S. Ralphs, Heriberto D. Monnacheri y Francisco Agramonte.

En nombre de la comisión encargada del preámbulo y reglamento, el presidente lee el preámbulo y el señor Carlos Sotheran el reglamento.

El presidente presenta en seguida al señor Massey, quien pronunció algunas palabras y tuvo inmediatamente que ausentarse para tomar el vapor que debía conducirlo a Inglaterra.

A continuación se discutieron diversas proposiciones sobre la adopción del reglamento, y por fin se depositó el proyecto de la comisión y se acordó imprimirlo. Después se levantó la sesión. E. S. Olcott la presidió, con J. S. Cobb, como secretario.

La siguiente sesión preliminar se efectuó en el mismo sitio el 30 de Octubre. Aceptado el informe de la comisión nombrada para el local, se eligió como lugar para las reuniones de la Sociedad el Mott Memorial Hall, en la Av. Madison, núm. 64, situado a pocos pasos de nuestro cuartel general de Nueva York recientemente adquirido.

El reglamento fue leído, discutido y adoptado, con la reserva de que el preámbulo sería revisado y corregido por E. S. Olcott, C. Sotheran y J. S. Cobb antes de ser publicado, como preámbulo oficial de la Sociedad.

Después se hizo la votación para designar a los que debían desempeñar los cargos, haciendo de escrutadores Tudor Horton y el doctor W. H. Atkinson; el señor Horton proclamó el resultado siguiente:

Presidente, Enrique S. Olcott; *vicepresidentes:* doctor S. Pancoast y J. H. Felt; *secretario* (*de correspondencia),* señora H. P. Blavatsky; *secretario (archivero),* Juan Storer Cobb; *tesorero,* Enrique J. Newton; *bibliotecario,* Carlos Sotheran; *vocales:* Rev. J. H. Wiggin, R. B. Westbrook, L. L. D., señora Ema Hardinge Britten, C. E. Simmons, M. D. y Heriberto Monnacheri; *abogado consejero,* Guillermo Q. Judge.

La asamblea fue entonces convocada para el 17 de Noviembre de 1875, a fin de

oír la lectura del preámbulo corregido, el discurso de apertura del presidente y constituir definitivamente la Sociedad.

En el día fijado, la Sociedad se reunió en el local alquilado; se leyeron las actas de las sesiones anteriores y aceptadas, el presidente pronunció su discurso de inauguración y se votó hacerlo imprimir. Se dio un voto de gracias al presidente, propuesto por el señor Newton. Y la Sociedad, ya constituida, fijó su reunión próxima para el 15 de diciembre.

De este modo, la Sociedad Teosófica, concebida el 8 de septiembre, y constituida definitivamente el 17 de noviembre de 1875, después de un período de gestación de setenta días, vino al mundo y comenzó su maravillosa y altruista carrera, *per angusta ad augusta*[26].

En el primer documento impreso, *Preámbulo y reglamento de la Sociedad Teosófica,* se puso como fecha de la organización el 30 de Octubre, cuando debió ponerse, como se ha visto, el 17 de Noviembre de 1875.

Este relato del origen y nacimiento de la Sociedad es muy prosaico y falto del carácter sensacional que a veces se le atribuyó, pero tiene el mérito de la exactitud histórica, porque al escribir una historia y no una novela, he debido atenerme a lo que arrojan nuestras actas, y puedo probar mis afirmaciones una por una. Por exagerado entusiasmo mal entendido, que ha dado como resultado una denegación de justicia, como toda actitud mental estrecha tiende a producir, muchas personas han ido repitiendo que H.P.B. sola había fundado la Sociedad Teosófica y que sus colegas no contaron para nada. Pero ella misma rechazó vigorosamente esta idea cuando el señor Sullivan la publicó en 1878. Respondiendo a un crítico cáustico, dice:

"Habla de nosotros como "nuestros Maestros", con una mordaz ironía. Pues bien, recuerdo perfectamente que he declarado en una carta anterior que nosotros (ella y yo) jamás nos hemos presentado como "Maestros", sino todo lo contrario, hemos declinado todo papel de esa clase, a pesar de todo lo que haya dicho en su excesivo panegírico mi digno amigo el señor Sullivan, quien no solamente quiere ver en mí una sacerdotisa buddhista (!), sino que también, y *sin una sombra de verdad, me atribuye La fundación de La Sociedad Teosófica y de sus Ramas".* (Carta de

[26] Por dificultades y estrecheces, hacía un gran resultado. Frase latina que figura como palabras de pase de los conjurados en el 4º acto de *Hernani*, de V. Hugo. (N. del T.)

H.P.B. publicada por el *Spiritualist* del 22 de Marzo de 1878).

H.P.B. era bien notable por sí misma, sin necesidad de que se le cubriese de elogios inmoderados; y esta idea fija de hallar un sentido oculto a cada una de sus palabras o a cada uno de sus actos, no puede menos que volverse contra quienes la cobijan, según la ley general y natural, de acción y reacción. Sus devotos no piensan que cuanto más clarividencia e infalibilidad le atribuyan, tanto más el mundo le pedirá una cuenta despiadada de todos sus actos, de sus errores de juicio, de sus inexactitudes y otras debilidades que se censuran moderadamente en una persona corriente –es decir, no inspirada–, porque se las considera como cosa propia de la imperfección humana. Se le hace un flaco servido al querer colocarla por encima de la Humanidad, sin debilidades, tachas ni defectos, porque sus obras publicadas, sin hablar de su correspondencia privada, muestran todo lo contrario.

Aunque mi discurso de inauguración fue aplaudido por los oyentes, y el señor Newton, espiritista ortodoxo, el señor Tomás Freethinker y el Rev. Westbrook hicieron votar su impresión –prueba segura de que hallaron razonables sus ideas y el tono–, yo lo encuentro, sin embargo, algo extraordinario, después de diez y siete años de ruda experiencia.

No pocas de mis previsiones se han realizado; muchas no. Lo que nosotros creímos ser una sólida base experimental, es decir, la demostración por el señor Felt de la existencia de las razas elementales, se convirtió en desengaño y mortificación. Aunque estando solo, él haya tenido éxito en eso, no consiguió hacernos ver nada, ni la puntita de la cola del más pequeño espíritu natural. Nos atrajo las burlas de los espiritistas y de los escépticos de toda clase. Era un hombre de gran talento y parecía haber hecho un notable descubrimiento, al parecer tan probable que, como ya lo dije, un editor experimentado, el señor Bouton, arriesgó una fuerte suma para publicar su libro. Por mi parte, creo que había llevado a cabo las cosas que contó y que si hubiera querido trabajar sistemáticamente en esta dirección, su nombre hubiese adquirido una gran notoriedad. Habiendo visto tan a menudo a H.P.B. servirse de los elementales, así como al *signor* B. en varias ocasiones, y después de lo que el extranjero misterioso me mostró en mi propia habitación, ¿por qué no iba yo a creer a Felt capaz de hacer otro tanto?, sobre todo cuando H.P.B. afirmaba que él podía hacerlo. De suerte que con la temeridad de un explorador y el celo de un entusiasta e incorregible optimista, solté la brida sobre el cuello de mi imaginación

en el discurso de apertura, e hice un cuadro encantador de lo que resultaría de las promesas de Felt (*si* las cumplía). Felizmente para mí que ese *si* está ahí, aunque más hubiese valido escribirlo: SI. Recibió cien dólares de nuestro tesorero Newton con el pretexto de pagar los preparativos de sus experimentos, porque él era pobre; pero no nos mostró ningún elemental. Una carta suya se leyó en el Consejo del 29 de marzo de 1876, en la cual decía que "estaba pronto para cumplir su promesa de dar en la Sociedad una conferencia sobre la Kábalah, y anunciaba las divisiones generales de su tema". El señor Monachesi hizo entonces la proposición siguiente, que se aceptó:

"El secretario se encargará de hacer imprimir y distribuir a los miembros de la Sociedad, ya sea la carta de J. H. Felt, o un resumen de ella, preparado por el mismo Felt". (Extracto de las actas de la Sociedad Teosófica, p. 15).

Se imprimió la circular y disminuyó algo el resentimiento general contra la falta de palabra del señor Felt. Dio, en efecto, su segunda conferencia el 21 de Junio; después nos abandonó otra vez, y veo que en el Consejo celebrado el 11 de Octubre, a moción del tesorero Newton, se adoptó la resolución de encargar al señor Judge, consejero legal de la Sociedad, que le pidiese el cumplimiento de su obligación a la brevedad posible. Pero no lo hizo jamás. Por fin, se separó de la Sociedad, y cuando fue patente que nada se sacaría de él, no pocos desaparecieron también, dejando que nosotros, que buscábamos otra cosa y no apariciones sensacionales, nos arreglásemos como pudiéramos.

Y nos costó bastante arreglarnos, como lo saben bien todos los que trabajaron con nosotros. Deseábamos aprender de un modo experimental todo lo que se puede saber de la constitución del hombre, de su inteligencia y de su lugar en la Naturaleza. En particular, el espíritu como voluntad era nuestro gran problema. Los magos orientales la emplean, así como los magnetizadores y los psicópatas occidentales. Desarrollada en un hombre, hace de él un héroe; ahogada en otro, lo convierte en médium. Todos los seres de todos los reinos y de todos los planos de la materia, obedecen a su irresistible poder; unida a la imaginación, *crea* dando a las imágenes mentales apenas concebidas una forma objetiva. De manera que a pesar de la defección de Felt y los obstáculos que erizaban nuestro camino, nos quedaban bastantes campos para explorar y los exploramos lo mejor que pudimos. Nuestros archivos indican ensayos de mediums, experimentos de Psicometría, de lectura del

pensamiento y de Magnetismo; escribíamos y oíamos memorias sobre esos temas. Pero los progresos eran lentos, porque aunque deseábamos quedar bien exteriormente, cada uno de nosotros se sentía secretamente desanimado por el fracaso de Felt y no parecía posible reemplazarle. El *signar* B., que sabía hacer llover, había sido puesto en la puerta por H.P.B. cuando trató en vano de hacerme reñir con ella; mi desconocido de tez morena y que evocaba los elementales no había reaparecido, y H.P.B. con quien todos con razón habían contado, rehusó mostrar ni la sombra de un fenómenos en nuestras reuniones. De modo que el número de los miembros disminuía, y al cabo de un año lo que quedaba a flote era: una buena organización, sana y sólida en su base, una notoriedad algo demasiado ruidosa, algunos miembros más o menos indolentes y un foco indestructible de vitalidad, sostenido por el entusiasmo de los dos amigos, la rusa y el norteamericano, ambos tomando el asunto en serio, no habiendo dudado jamás ni un instante de la existencia de sus Maestros, de la excelencia de su misión y del completo éxito que debería coronar sus esfuerzos. Judge era un amigo leal y lleno de buena voluntad, pero demasiado joven para que pudiésemos considerarlo como un tercer asociado igual a los otros. Era más bien el benjamín de la familia. Cuántas veces de noche, en nuestro cuartel general, después que nuestros huéspedes se marchaban, nos hemos reído H.P.B. y yo del pequeño número de personas con las que podíamos contar, mientras fumábamos un cigarrillo en la biblioteca antes de irnos a acostar... Recordábamos las bonitas frases y amables sonrisas de los invitados y el egoísmo que se mostraba a través de su máscara transparente. Cada día que pasaba, sentíamos más que cada uno de nosotros podía contar en absoluto con el otro para la Teosofía, aunque el cielo cayese sobre nuestras cabezas. Pero fuera de esto, todo dependía de las circunstancias. Con frecuencia nos llamábamos los mellizos teosóficos o la trinidad, contando la araña del gas sobre nuestras cabezas como la tercera persona. En nuestra correspondencia teosófica se hallan frecuentes alusiones a esas bromas. Y el día que dejamos definitivamente nuestra casa de Nueva York, ya sin muebles, para embarcarnos en el vapor que debía llevarnos a la India, nuestras últimas palabras fueron un adiós solemnemente cómico a la araña, "amiga silenciosa que nos iluminaba, y fiel confidente". Nuestros enemigos han dicho repetidas veces que al dejar América no dejábamos Sociedad Teosófica detrás de nosotros, y esto es verdad hasta cierto punto, porque durante los seis años siguientes, ella no hizo nada. El núcleo social –el factor más

importante en un movimiento de esta clase– estaba roto y nadie era capaz de formar uno nuevo; no se podía crear otra H.P.B., y el Sr. Judge, único organizador y director del porvenir, fue llamado por sus asuntos profesionales a país español.

Hay que decir en descargo del señor Judge, del general Doubleday y de sus colegas de la sociedad Teosófica primitiva a quienes habíamos dejado encargados de la Sociedad al partir para la India, que la suspensión de actividad que se produjo durante dos o tres años, sucedió en gran parte por mi culpa. Se había hablado de transformar la Sociedad en grado superior de Francmasonería, y este proyecto era favorablemente visto por ciertos franscmasones influyentes. Más tarde tendré que hablar de esto: por ahora, bastará decir que me pidieron que preparase un ritual apropiado, y esto debía ser una de mis primeras ocupaciones al llegar al Indostán. Pero en lugar de hallar allá la calma y el tiempo libre que esperaba, nos vimos en seguida sumergidos en un remolino de intereses nuevos y deberes diarios. Tuve que emprender series de conferencias, hicimos largos viajes a través del país, se fundó el *Theosophist* y me fue sencillamente imposible ocuparme del ritual, aunque recibí todavía algunas cartas del general Doubleday y de Judge, quejándose de la tardanza y diciendo que sin él nada podían hacer. Además, adquiriendo experiencia nos convencimos de que ese proyecto era impracticable; nuestra actividad había ganado en extensión y nuestro trabajo tomó un carácter más serio e independiente. De manera que por fin abandoné esta idea, pero mientras tanto, Judge se había marchado y los demás no hacían nada.

El Sr. Judge escribe de Nueva York el 17 de Octubre de 1879 –un año después de marcharnos–. "Hemos recibido muy pocos miembros y esperamos el ritual para recibir otros, porque eso sería un gran cambio". Pero de nuestra parte habíamos trabajado mucho en esos doce meses. El general Doubleday escribe también el 1 de Septiembre de 1879: "En cuanto a la Sociedad Teosófica en los Estados Unidos, estamos en el *statu quo* esperando el manual prometido". En 23 de Junio de 1880, dice: "¿Por qué no manda usted ese ritual?". Y el Sr. Judge me escribe el 10 de abril de 1880: "Aquí todo languidece. Aún sin ritual. ¿Por qué?". El 17 de noviembre de 1881, Judge marchó a Sud-América, y su hermano, a quien él había encargado de los asuntos de la Sociedad Teosófica, escribía que aquello "no marcha, y la Sociedad no entrará en actividad hasta que G. Q. Judge, el general Doubleday y yo no podamos encontrar el tiempo y los medios para impulsarla"; faltaban el tiempo y

los medios. Finalmente, porque es inútil seguir esto más lejos, Judge escribió el 7 de Enero de 1882: "La Sociedad dormita y no hace nada de nada; su explicación acerca del ritual es satisfactoria". A pesar de eso, las cartas del Sr. Judge, escritas durante todo ese tiempo a H.P.B., a mí o a Damodar, muestran un celo inalterable por la Teosofía y el misticismo en general. Su mayor deseo era llegar a ser un día libre de dar todo su tiempo ysu energía a la Sociedad. Pero así como la semilla del trébol enterrada bajo veinte pies de tierra, germina y crece cuando los obreros, cavando un pozo, la sacan a la superficie del suelo, así también esa semilla que plantamos en el alma americana entre 1874 y 1878 fructificó a su tiempo y Judge resultó ser el segador de nuestra cosecha. Es así como siempre el *Karma* suscita sus desbrozadores, sus sembradores y sus segadores. La vida de la Sociedad dependía directamente de nosotros, sus dos fundadores, pero reposaba en último caso en su principio fundamental y en los Augustos Intermediarios que nos lo habían enseñado y que habían llenado nuestros corazones y espíritus con la luz de su bondad. Ambos conscientes de esto, y autorizados a trabajar con ellos por este objeto, nos unía estrechamente un lazo más fuerte que el de ningún parentesco, haciéndome pasar por encima de nuestras recíprocas debilidades y soportar los inevitables roces entre dos colaboradores de personalidad tan neta y diferente .. En cuanto a mí, eso me hizo arrojar como cosas sin ningún valor todos los lazos sociales, todas las ambiciones y todos los deseos. Sinceramente, del fondo de mi corazón, sentía y siento aún que más vale ser portero o menos todavía en la casa del Altísimo, que vivir bajo las tiendas de seda que yo no hubiera tenido más que pedir a un mundo egoísta para obtenerlas. Así pensaba también H.P.B., cuyo entusiasmo infatigable era una fuente inagotable de aliento para todos aquellos que la rodeaban. Era imposible que la Sociedad Teosófica pereciera mientras nosotros estuviéramos dispuestos a hacer todos los sacrificios por nuestra causa.

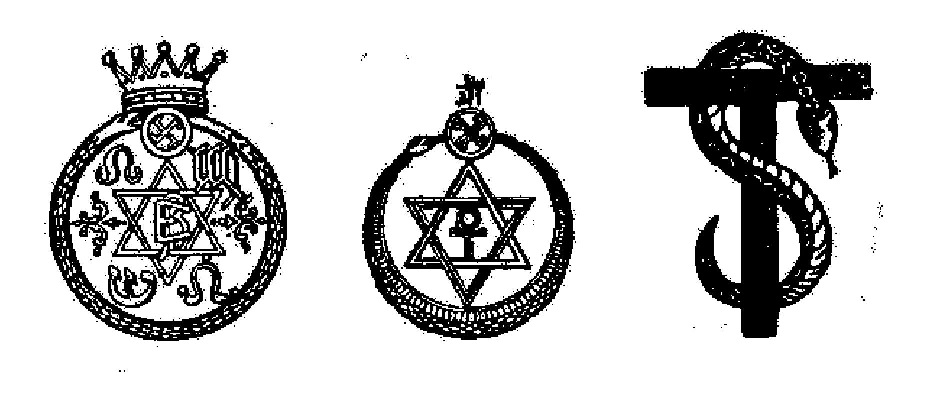
En los archivos de esos primeros tiempos de la Sociedad, se encuentran muchas cosas que interesarían a los teósofos. El 12 de Enero de 1876, se resolvió según la proposición de J. S. Cobb, que "Guillermo Q. Judge, consejero de la Sociedad, sería invitado a tomar parte en las deliberaciones del Consejo". En la misma reunión, se tomó conocimiento de la dimisión del señor Sotheran y fue elegido en su lugar el señor J. H. Newton. También el Consejo ordenó al secretario que sometiese a la próxima asamblea regular de la Sociedad la siguiente resolución, que el Consejo

recomendaba fuese aceptada:

"Que la Sociedad adopte en adelante y en principio el secreto de su actuación y trabajos, y que se nombre una comisión a fin de que prepare una memoria sobre el modo de proceder a dicho cambio".

De manera que al cabo de tres meses apenas –creía que había sido más tarde– nos vimos obligados en defensa propia a constituirnos en sociedad secreta. En la reunión del Consejo del 8 de Marzo de 1876, según proposición de H.P.B., se

"*Resolvió* que la Sociedad adoptaría uno ovarios signos de reconocimiento, que servirían para los miembros entre sí ypara la admisión a las reuniones".



Yo nombré una comisión de tres miembros, uno de ellos era H.P.B., para inventar y proponer los signos. El sello tan típico de la Sociedad fue dibujado en parte según otro muy místico, que un amigo de H.P.B. había hecho para ella y que usaba siempre en el papel de sus cartas; el señor Tudor Harton grabó la plancha. Un poco más tarde, el señor Judge y yo, ayudados por otros, preparamos una insignia de socio compuesta de una serpiente enroscada en una *tau* egipcia. Hice hacer dos, para H.P.B. y para mí, pero después las regalamos a amigos. Recientemente se ha vuelto a poner en uso en América el bonito y sugestivo símbolo.

Pero lo poco que en cualquier momento hubo de secreto en la Sociedad –tan poco y aún menos de lo que tiene que reservar un francmasón– desapareció después de un corto período de nuestros días de la infancia. En 1889 se utilizó como principal elemento de la Sociedad Esotérica que fundé para H.P.B., y lo digo con pena, con tantos resultados malos como buenos.

CAPÍTULO X

EL BARÓN DE PALM

Habiendo narrado la evolución de la Sociedad hasta el momento en que ya estuvo perfectamente organizada, podemos ocupamos de algunos incidentes que llamaron la atención de los fundadores y ejercieron una influencia más o menos marcada sobre su crecimiento. Si la mayoría de los miembros de la S. T. conociesen los detalles del comienzo de su historia, cualquiera menos ocupado que yo, podría encargarse de esa recopilación retrospectiva. Pero como en realidad nadie *está tan bien informado como yo,* como nadie más que yo asumió con H.P.B. las responsabilidades, recibió los golpes y organizó la victoria, es también mi deber la pluma del historiador. De otro modo, no se diría nunca la verdad. El incidente que quiero contar en este capítulo se refiere a las relaciones del barón de Palm con nuestra Sociedad, a sus antecedentes, su muerte, su testamento y sus funerales; su incineración será objeto de otro capítulo. Esto no es Teosofía, pero no estoy escribiendo un tratado de Teosofía; es la historia de uno de los asuntos que estuvieron estrechamente ligados a la Sociedad y que ocuparon el tiempo y la atención de mi colega y los míos. Esos asuntos comprometieron gravemente mi responsabilidad como presidente. Se comprenderá lo que quiero decir, cuando se sepa que yo no me encargué de las exequias del barón de Palm, con el temor de perder un cliente que me daba a ganar profesionalmente 2.000 libras al año. Temor justificado además, porque ofendí mortalmente a ese caballero, cristiano de criterio estrecho, que me retiró su confianza para depositaria en otro amigo suyo. Pero claro está que si hubiese que hacerlo de nuevo, lo volvería a hacer, y sólo cito el caso para mostrar que en aquel tiempo costaba algo servir a los Maestros.

José Enrique Luis Carlos, barón de Palm, comendador gran cruz de la Orden del Santo Sepulcro, caballero de otras varias Ordenes, nació en Augsburg el 10 de Mayo de 1809, en una noble y antigua familia de Baviera. A una avanzada edad emigró a Norteamérica, vivió varios años en el Oeste, y hacia el mes de Diciembre de 1875 se me presentó con una carta de recomendación del difunto coronel Bundy, editor del *Religio Philosophical Journal.* Hallé en él un hombre de modales agradables, visiblemente de la mejor sociedad, que profesaba un vivo interés por el espiritualismo

y un gran deseo de aprender algo de nuestras teorías orientales. Le recibí muy bien, y a petición suya le presenté a H.P.B. Las relaciones continuaron; el barón se hizo miembro de la Sociedad, y llegó a serlo del Consejo cuando la dimisión del Rev. J. H. Wiggin dejó una vacante el 29 de Marzo de 1876. Como se quejaba de su estado de salud y de no tener a nadie en Nueva York que se ocupase de su vida o de su muerte, en la miserable pensión donde vivía, le invité a que ocupase una habitación en mi casa; me ocupé de él e hice venir un médico para cuidarle. Este diagnosticó neumonía y nefritis, declarando en peligro al enfermo. El barón me pidió que hiciese venir al señor Judge, consultor permanente de la Sociedad, e hizo un testamento por el cual dejaba ciertos terrenos en Chicago a dos amigas, me nombraba legatario universal y también su albacea testamentario conjuntamente con el señor Newton, tesorero de la S. T. Por orden del médico, y a insistentes ruegos suyos, fue transportado al hospital Roosevelt la noche del viernes 19 de Mayo de 1876, y murió al día siguiente por la mañana. La autopsia probó que había sufrido durante años enfermedades de los pulmones, de los riñones, etc. Existe en la secretaría de la Sociedad un certificado médico debidamente extendido y registrado según la ley, que atestigua su muerte por nefritis. El cuerpo fue llevado al depósito del cementerio luterano, esperando la organización de las exequias.

En cuestión religiosa, el barón de Palm profesaba las opiniones de Voltaire bajo un barniz de Espiritismo. Pidió expresamente que ningún sacerdote oficiase en sus funerales y que yo hiciese que le fueran cumplidos los últimos deberes, de modo que se pusiesen de manifiesto las ideas orientales sobre la muerte y la inmortalidad. En Inglaterra y en América se acababa de producir una agitación a causa de la incineración de los restos de la primera Lady Dilke, de los experimentos científicos de Sir Enrique Thompson (ver su ensayo: *Treatment of the Body after Death*. Londres, 1854) y de los folletos del Rev. H. R. Raweis sobre el sinnúmero de horrores de los cementerios de Londres, esto me impulsó a preguntarle qué deseaba que yo hiciese con sus restos. Me pidió mi parecer acerca del valor de las dos clases de sepultura, se adhirió a mis preferencias por la cremación, demostró sentir repugnancia por el enterramiento debido a que una señora amiga suya había sido enterrada viva, y por fin me dijo que hiciese lo que yo quisiera. En Abril de 1874 se había formado una especie de sociedad de aficionados con el nombre de Sociedad Crematoria de Nueva York; yo era socio de ella y hasta formaba parte de la comisión de consultas legales. Pero sus

miembros aún no habían demostrado sus convicciones como no fuera por declaraciones y publicaciones. Por fin le presentaba la suerte de tener un cuerpo para quemar y así inaugurar las reformas; lo ofrecí a la Sociedad, que lo aceptó. Hacía bastante calor para ser en esa estación y el tiempo urgía; hasta la noche de la víspera de los solemnes funerales del barón, estábamos de acuerdo en que en seguida de terminada la ceremonia, yo entregaría el cuerpo a los agentes de la Sociedad de Cremación. Mientras tanto, H.P.B. y todos nosotros nos preparábamos para organizar unos "funerales paganos" impresionantes –según la expresión empleada por la prensa–, componer una letanía, preparar un ceremonial, escribir un par de himnos órficos adecuados y hacerles poner música. La noche del sábado nos disponíamos a ensayar por última vez nuestro programa, cuando me trajeron una nota del secretario de la Sociedad de Cremación de Nueva York, diciendo que renunciaban a proceder a la incineración debido al ruido que hacían los periódicos sobre los funerales, y a sus ataques contra la Sociedad Teosófica. En otras palabras: esos cobardes no osaban afrontar el ridículo y la animosidad que la innovación desencadenaba contra nosotros. Nuestra vacilación no duró más que media hora, porque en seguida ofrecí tomar para mí la completa responsabilidad, y di mi palabra de que el cuerpo sería quemado, aun cuando debiera hacerlo yo mismo. Promesa que cumplí en el momento oportuno, como más adelante se verá.

La amabilidad del Rev. O. B. Frothingam, que reunía sus fieles en el gran salón del Templo Masónico, en la esquina de la Sexta Avenida y de la Calle Veintitrés (Nueva York), nos permitió proceder a los funerales del barón en ese vasto local. Una hora antes de la fijada, la calle estaba llena de una muchedumbre curiosa, que se agitaba a veces en oleadas, y tuvo que llamarse a un respetable número de guardias de seguridad para impedir que las puertas fuesen forzadas. Habíamos enviado dos clases de tarjetas de invitación, ambas triangulares, una negra impresa en plata, para los asientos reservados, y otra crema oscuro impresa en negro, para el público; la policía no debía dejar entrar a nadie sin tarjeta. Pero no es fácil contener una muchedumbre americana o inglesa, y fue tal su empuje cuando abrieron las puertas, que los 1.500 poseedores de tarjetas se colocaron como pudieron. El gran local, que tiene capacidad para 2.000 personas, estaba lleno como un huevo; los pasillos y el vestíbulo se veían repletos; el ruido de las conversaciones y la agitación reinante, probaban bien que esa multitud iba atraída por la curiosidad y no por el deseo de hacer presente su respeto al muerto o su

simpatía a la Sociedad Teosófica. Se presentía que el menor incidente transformaría a esa multitud en una verdadera colección zoológica. Durante toda la semana precedente, los periódicos habían excitado la curiosidad pública hasta la exasperación, y una de las más extravagantes parodias que he leído en mi vida, contó por anticipado nuestra ceremonia y procesión; todo Nueva York se retorció de risa. Citaré un fragmento para edificación de nuestra descendencia teosófica:

"Vamos, dijo el coronel, en marcha y cumplid vuestro programa, pero sobre todo que no haya más que miembros de la Sociedad, porque los francmasones no quieren saber nada con esto.

Dos horas transcurrieron en redactar el orden de la marcha y el programa de los ejercicios después de la llegada del convoy al Templo. He aquí el resultado y orden del desfile:

El coronel Olcott oficia de gran sacerdote, vestido ,con una piel de leopardo y lleva un rollo de papiros (cartón crudo).

El señor Cobb hace de escriba sagrado con sus tabletas y el estilo. La caja de una momia egipcia, sobre un trineo arrastrado por cuatro bueyes (también un esclavo que lleva un tarro con aceite lubricante) .

La señora Blavatsky presidiendo el duelo y llevando el sistro (con una larga túnica de lino que le cae hasta los pies, sujeta con un cinturón).

Negritos portadores de tres ocas de Abisinia (pollos de Filadelfia) para adornar el féretro.

El vicepresidente Felt, con el Ojo de Osiris pintado sobre el pecho izquierdo y llevando un áspid (comprado en la juguetería de la Octava Avenida).

El doctor Pancoast cantando un viejo salmo tebano:

Isis y Nepthys, el comienzo y el fin.
Enviamos una nueva víctima al Amenti.
Paguemos el impuesto y démonos prisa,
Atravesemos la Estigia con la balsa Roosevelt.

Esclavos vestidos de luto, llevando las ofrendas y libaciones, a saber: patatas nuevas, espárragos, carne asada, pastelillos y vasos de cerveza y de sidra de Nueva Jersey.

El tesorero Newton, director de orquesta, tocando la flauta doble. Otros músicos

con arpas de ocho cuerdas y tamtams.

Muchachos que llevan un gran loto (girasol).

El bibliotecario Fassit, que cantará entre los trozos de música:

He ahí a Horus, veo su barca.
Amigos, secad vuestras lágrimas.
El alma de un hombre tarda 3.000 años justos.
En atravesar un chivo.

En el templo, una ceremonia corta y sencilla. Los bueyes se quedarán fuera y un muchacho les impedirá destripar a los transeúntes. Después del himno teúrgico arriba citado, se cantará el himno nacional copto, traducido y adaptado para la circunstancia:

¡Oh! cinocéfalo encaramado en un árbol,
Yo te veo y tú me ves.
¡Río lleno de cocodrilos! ¡Ved su hocico!
¡Arriba el shadouf[27] y subidlo a bordo!"

Después de varios días de esta clase de ejercicio de la prensa, se puede imaginar el estado de ánimo de la multitud, de la que sólo un puñado pertenecía a la Sociedad Teosófica, y cuya mayoría estaba prevenida contra ella. No obstante, todo fue bien hasta el momento en que un metodista exaltado, pariente de un miembro de la S. T. que me ayudaba en la ceremonia, se puso de pie gesticulando y gritó: "¡Mentiras!", en el preciso instante en que yo había dicho:

"No hay más que una causa primitiva, increada..." Al momento, toda la concurrencia se puso de pie y algunos trataron de salir, como sucede siempre en esas crisis en que no se sabe si los gritos confusos no anuncian un incendio. Algunos tipos de aspecto bastante desagradable se subieron sobre sus sillas, prontos a arrojarse en el tumulto si éste se producía. Era uno de esos momentos en que todo depende del orador. Yo había visto una vez al gran orador abolicionista Wendell Philips dominar una muchedumbre que le gritaba insultándole, y recordando de pronto su procedimiento, le imité. Avancé con calma, coloqué mi mano izquierda sobre el féretro del barón, de cara al público, no dije nada y quedé inmóvil. En seguida se produjo un silencio de muerte. Entonces, levantando la mano derecha, dije muy clara y lentamente: "Nos encontramos en presencia de la muerte", y

[27] Pozo rústico usado por los árabes en el campo. El cubo baja atado al extremo de una cuerda que se marra por el otro a una caña con un contrapeso. En la Argentina se llama jagüel. (N. del T.)

aguardé. El efecto producido me interesó y divirtió mucho, porque siempre he estudiado el alma de las multitudes. La agitación cayó como por arte de Magia y con el mismo tono de voz que antes, sin aparentar siquiera haberme percatado de la interrupción, terminé la frase de la letanía"… eterna, infinita, desconocida".

Los dos himnos órficos que habíamos arreglado para la circunstancia, se cantaron por un coro de buena voluntad del Sangerbund de Nueva York, acompañado en el órgano por la música de una misa italiana de hace trescientos años "y –dice el cronista del *Sun*– el efecto era profundamente impresionante en la semioscuridad de la sala repleta pero silenciosa; los últimos acordes morían poco a poco, mientras el fuego simbólico ardía en el ara triangular, arrojando sus resplandores sobre las condecoraciones puestas encima del ataúd".

Después de cantado el primer himno órfico, hubo una invocación o *mantram* al "Alma del mundo cuyo aliento da o retira la forma a todas las cosas". "El Universo es tu expresión y tu revelación. Ante Ti la luz del ser es como la sombra que huye y el vapor que pasa. Tú respiras y los espacios infinitos se pueblan. Tú retiras tu aliento y todo lo que de ti habrá emanado, vuelve a entrar en seguida". ¡Buen Vedantismo y buena Teosofía era esto! La misma idea se reproducía en todo el servicio.: himnos, invocaciones, letanía y mi discurso. En éste yo daba todos los detalles que el barón de Palm me había dado sobre sí mismo (y resultaron extraordinariamente fantásticos cuando me puse en relación con su notario). Expliqué el carácter y fin de la Sociedad Teosófica, y mis ideas sobre la total ineficacia del arrepentimiento *in extremis* para la remisión de los pecados. "Esta Sociedad –dije– no es una asociación religiosa ni científica. Tiene por objeto el estudio y no la enseñanza y sus miembros profesan las más variadas creencias. Llámese Teología a la voluntad revelada de Dios y Teosofía al conocimiento directo de Dios. Una nos pide creer lo que otros han visto u oído, la otra ver y oír por nosotros mismos. La Teosofía enseña que cultivando sus poderes, el hombre puede alcanzar la iluminación interna y adquirir el conocimiento de sus facultades divinas". Me siento satisfecho al ver, según las crónicas de los periódicos, que desde esa época yo predicaba la doctrina pura y sencilla del *Karma.* Cuando dije que la Sociedad "consideraba al criminal en el cadalso, igualmente criminal después de que se hubiesen recitado a su alrededor veinte oraciones", se produjo una explosión de ¡bravos! y silbidos. Impuse silencio y continué así, según el artículo citado:

"Dijo después que la Teosofía no podía concebir que el mal quedase impune, o el bien sin recompensa. Que creía al hombre un ser responsable; que es una religión práctica y no limitada a las afirmaciones, enteramente opuesta a la sensualidad y que prescribe la subordinación del cuerpo al espíritu. Ahí, en ese ataúd, reposa el cuerpo de un teósofo; ¿debemos decir que su porvenir será una felicidad sin la menor sombra, y sin relación con su vida pasada? No, sino que, según sus actos, sufrirá o experimentará placer. Si ha sido un vividor y seductor, la Causa única y divina no le perdonará la menor de sus ofensas, porque eso sería sumergir al mundo en el caos. Tiene que haber compensación, equilibrio y justicia".

Después de haberse cantado el segundo himno órfico, la señora H. Britten, oradora espiritista, tomó la palabra durante unos diez minutos en calidad de médium parlante, y terminó con un conmovido apóstrofe al difunto barón, deseándole buen viaje, declarando que había "franqueado las doradas puertas por las que la pena *(sic)* no pasa", y arrojó sobre el ataúd flores, "símbolos de la vida en pleno florecimiento". Esto cerró la ceremonia, y la enorme concurrencia se dispersó apaciblemente.

El cuerpo del difunto fue confiado al señor Buckhorst, marmolista de la Sociedad, para ser depositado en un nicho provisional hasta que yo hubiese preparado su incineración. Me vi obligado a idear un método de conservación mejor que el embalsamamiento rápido hecho en el hospital y cuya insuficiencia se demostró a los quince días. Esto me dio bastante preocupación y me obligó a efectuar un sinnúmero de investigaciones, pero por fin resolví el problema envolviendo el cadáver en arcilla desecada e impregnada en ácido carbólico y otros vapores de alquitrán. Cuando se hizo la aplicación de este antiséptico en la primera semana de junio, la descomposición había empezado, pero cuando se examinó el cadáver en diciembre, antes de la cremación, se le halló perfectamente momificado, con todos los líquidos absorbidos y la putrefacción detenida. Estoy convencido de que se le hubiera podido conservar así durante años, tal vez un siglo, y recomiendo ese procedimiento como el mejor que yo conozca para embalsamar económicamente.

H.P.B. no desempeñaba ningún papel oficial en los funerales públicos del barón de Palm, pero no dejó de hacerse oír. Sentada en medio del público, con los miembros de la Sociedad que no actuaban, se levantó en el momento en que el metodista interrumpió nuestra letanía, y mientras un agente de policía lo sacaba del local, ella

gritó: "¡Es un fanático, nada más!", lo que hizo reír a todo el mundo, inclusive ella misma. Los señores Judge, Cobb, Thomas, Monachesi, Oliver y tres o cuatro más que no recuerdo, tomaron parte en la ceremonia como miembros de la Sociedad.

El Consejo de la S. T., reunido el 24 de Junio, y la Sociedad, en su sesión del 21 de Junio de 1876, aprobaron y confirmaron todo lo que los delegados habían hecho para los funerales, el embalsamamiento y la autopsia del barón de Palm. Se tomó la resolución siguiente:

"El presidente y el tesorero de la Sociedad, ejecutores testamentarios de nuestro difunto colega, están autorizados por los presentes para hacer en nombre de la Sociedad todo lo necesario a fin de disponer de los restos del difunto según sus deseos manifiestos y sus instrucciones".

Terminados los funerales del barón, quedaba por ver lo que su herencia podría beneficiar a la Sociedad (si bien yo era personalmente su heredero universal, estaba convenido de que sería libre de donar todo a la Sociedad). El señor Newton y yo obtuvimos el registro del testamento, y el señor Judge dio comienzo al inventario. Recibimos la primer sorpresa cuando se abrió su baúl, depositado en el hospital; contenía dos camisas mías, de *las que se había quitado la marca bordada*. Esto no presentaba buena cara y no parecía en modo alguno el preludio de una gran herencia. En dicho baúl había también un pequeño bronce que representaba un niño llorando, fotografías y cartas de actrices y cantantes, facturas no abonadas, imitaciones doradas y esmaltadas de sus condecoraciones, muy poca ropa y una caja plana forrada de terciopelo que contenía: su acta de nacimiento, sus pasaportes y credenciales diplomáticas o de la corte y el borrador de un antiguo testamento revocado. Aparte de esto, nada; ni dinero, ni joyas, ni papeles, manuscritos o libros, ninguna señal de gustos o costumbres literarias. Estos detalles que doy, y que los señores Newton, Judge y otros pueden corroborar, encontrarán más adelante la razón de ser mencionados.

El testamento antiguo le designaba como señor de los castillos del viejo y nuevo Wartensee, sobre el lago Constanza, y en sus papeles aparecía como poseedor de 20.000 acres de tierra en Wisconsin, de cuarenta lotes de terreno en la ciudad de Chicago y de siete u ocho minas en los Estados del Oeste. No tasando el acre en más de cinco dólares, se propagó el rumor de que yo había heredado por lo menos 20.000

libras sin contar los dos castillos suyos, los lotes de Chicago y el oro y la plata de las minas. Toda la prensa americana se hizo eco de ello; se escribieron editoriales sobre el asunto y recibí un montón de cartas de felicitación o de peticiones de personas conocidas o desconocidas y de varios países. El señor Judge escribió a las señoras herederas, a los notarios del país y del extranjero y a un miembro de la familia del barón. Todo esto requirió algunos meses, y resultó: que las señoras rehusaron su legado, que las tierras de Wisconsin habían sido vendidas para pagar las contribuciones de varios años, que las acciones de minas sólo servían para empapelar habitaciones, y que los castillos en Suiza eran castillos en el aire. El total no daría para resarcirnos el señor Newton y yo de los modestos gastos que habíamos efectuado para los funerales. El barón era un noble arruinado, sin recursos, sin crédito y sin esperanzas; muchos de esa clase vienen a América desde que Europa no los quiere más. Sus modales y sus títulos hacen que sean recibidos en la sociedad americana, les valen a veces situaciones lucrativas, y con más frecuencia aún, ricos casamientos. Nunca supe bien lo que nuestro amigo había hecho en el Oeste, pero importunos acreedores que se presentaron, me hicieron ver que por lo menos se había mezclado en fracasados ensayos de formación de sociedades industriales.

Jamás descubrí, ni entonces ni después, la menor indicación de que el barón de Palm poseyese ni talento literario, ni erudición, ni gustos intelectuales. Su conversación con nosotros era sobre todo superficial, tratando los temas que interesan a la generalidad de las gentes. Desde el punto de vista espiritualista, parecía menos un pensador profundo que un observador cuidadoso de mediums y fenómenos. Hablaba mucho de sus recuerdos diplomáticos y atribuía la escasez de sus actuales recursos (en cuanto a moneda corriente) a sus vanos ensayos de competir en lujo con los ricos agregados de las embajadas inglesas. Leía poco y no escribía nada; y yo lo sé bien, puesto que le albergué bajo mi techo.

Me sería penoso entrar en estos detalles personales si no necesitase pintar a ese hombre con sus verdaderos colores, para permitir, a mis lectores que juzguen si era un maestro o mentor digno del autor de *Isis Sin Velo* y de *La Doctrina Secreta.* Porque éste es el punto en litigio. Ciertos adversarios sin escrúpulos han difundido contra H.P.B., con una malicia increíble, la calumnia de que *Isis Sin Velo* "no era más que una recopilación no confesada de los manuscritos del barón de Palm". Esto se lee en una carta calumniosa del doctor Elliot Cones, publicada por el *New-York Sun* del 20 de

Julio de 1890. Por otra parte, el editor de ese influyente periódico, movido por el más honrado sentimiento de justicia, ha expresado recientemente su sentimiento por haberla publicado, y la ha declarado sin fundamento. La señora Hardinge Britten me ha dicho que esa mentira fue puesta en circulación por un sabio calumniador en *The Carrier Dove* y por otros periodistas hostiles. Además, un miembro rechazado de la Sección Francesa de la S. T., el doctor Encausse (más conocido por el seudónimo de Papus), le dió cierta publicidad en su *Tratado metódico de Ciencia Oculta,* cuya noticia se da en el *Theosophist* de Agosto de 1892.

Los detalles dados más arriba, cándidos y fáciles de verificar, bastarán para hacer formar juicio a los que conocieron al barón durante el poco tiempo que perteneció a la Sociedad, o durante el tiempo que residió en el Oeste o en Nueva York y que conocen también la manera de escribir de H.P.B. En cuanto a los otros, les dedico con sentimiento la cruel carta que el cónsul Obermayer, de Augsburg, Baviera, envió al señor Judge, respondiendo a sus preguntas profesionales acerca de las propiedades del barón de Palm en Europa, y que ha sido traducida para este libro, del original que obra en mi poder. Su fecha hará ver al lector que no la hemos recibido y que por lo tanto no hemos sabido la verdad sobre los antecedentes del barón, sino un año entero después de su muerte y cinco meses después de su incineración, universalmente conocida.

Nº 1130.

Consulado de la República Argentina.
Augsburg, Mayo 16 de 1877.

Al señor Guillermo Q. Judge.
Notario y Consejero legal.
Broadway 21, Nueva York.

He sabido por su carta del 7 del mes pasado que el barón José Enrique Luis de Palm ha muerto en Nueva York en Mayo de 1876. El que suscribe, cónsul Max Obermayer (ex cónsul de los Estados Unidos en Augsburg de 1866 a 1873), se encuentra capacitado para proporcionarle los informes deseados de una manera muy completa y se presta a ello con gusto.

El barón de Palm fue en su juventud oficial en el ejército bávaro, pero sus deudas y algunos actos dudosos le obligaron a dejar la carrera. Vivió después en otras partes de Alemania, pero no pudo quedarse mucho tiempo en ninguna parte a causa de su

extrema frivolidad, de su amor a la buena mesa y sus excesos, que le arrastraban sin cesar a contraer nuevas deudas y mezclarse en asuntos desagradables, de suerte que llegó a ser condenado por la justicia a prisión.

Cuando ya no pudo vivir más en Alemania, pasó a Suiza, donde continuó sus estafas y consiguió con falsas declaraciones y promesas hacerse ceder el castillo de Wartensee por su propietario, y se instaló en seguida en él. Sin embargo, su estancia allí no fue de larga duración; no sólo no podía pagar el precio de la compra, sino que ni siquiera los impuestos, de modo que la propiedad fue vendida para pagar a los acreedores, y de Palm se escapó a América.

Aquí no sabemos cuál fue su conducta en ese país.

En Europa no posee ni un céntimo de tierra; todo lo que sus papeles digan de eso, es *pura falsedad.*

Lo único que en verdad le perteneció, antes de su partida para América, fue una parte en la herencia Knébele de Trieste. Antes de partir hizo todo loque pudo, aunque inútilmente, para cobrarla en seguida.

A fines de 1869, de Palm se dirigió al suscrito, en su calidad entonces de cónsul de los Estados Unidos, rogándole le procurase el pago de esa herencia. Su petición se resolvió en seguida favorablemente, como se desprende de la adjunta copia de su recibo por la suma de 1.068 thalers 4/n = 3.247 dólares con 53 céntimos, puesta a disposición de Palm por carta consular de 21 de Enero de 1870 y cobrada por él en la casa de banca Greenbaum Hermanos y Cía., como él comunicó al cónsul en su carta del 14 de Febrero de 1870.

No puedo menos que repetir que de Palm no poseía en Europa ni un dólar en dinero, ni un pie de terreno, y que todo lo que sus papeles puedan sugerir en otro sentido, es fraudulento.

Los únicos parientes conocidos de de Palm son las dos baronesas de T... que viven en Augsburg, dos familias eminentemente respetables, a quienes de Palm causó bastantes molestias durante el último año que vivió en Europa.

He aquí todo loque se sabe del difunto barón de Palm, dado en sus detalles mayores; probablemente más de lo que usted esperaba.

Firmado: MAX OBERMAYER

Cónsul de la República Argentina

Reciban mis cumplimientos el señor Papus, la señora Hardinge Britten y compañía. *Palman qui meruit ferat!*

CAPÍTULO XI

LA PRIMERA CREMACIÓN EN AMÉRICA

La incineración del barón de Palm será el tema de este capítulo. He contado las circunstancias por las cuales fui llevada a emprender esa que fue la primera incineración pública en América y la primera en que se empleó el horno crematorio; es un acontecimiento histórico, cuyos detalles tienen su interés. Esta cremación tuvo lugar el 6 de Diciembre de 1876 en la pequeña ciudad de Wahington, condado de Washington, Pensilvania, más de seis meses después de la envoltura del cadáver en arcilla saturada de ácido carbólico. Ahora es muy fácil incinerar un cuerpo, ya sea en Inglaterra o en América, donde existen hornos crematorios y sociedades de cremación; entonces era asunto bien diferente. Cuando me comprometí a disponer de los restos del difunto barón según sus deseos, no había en mi país ni facilidades, ni precedentes que seguir, a menos de adoptar el procedimiento oriental de la hoguera al aire libre que ya había sido empleado una vez, pero que dado el estado de la opinión pública, y en vista de una probable negativa de la Junta de Higiene para dar el permiso, hubiera sido difícil, si no peligroso. Lo mejor que podía hacer era esperar una ocasión. En 1816, un rico habitante de la Carolina del Sur, el señor Enrique Laurens, ordenó que su cuerpo fuese incinerado y obligó a su familia a ceder a sus deseos imponiendo la condición de que perdería la herencia en caso de desobediencia. El cuerpo fue quemado en una hoguera a la moda oriental, en sus propias plantaciones, en presencia de su familia y de sus amigos vecinos. Otro caso semejante es el de un Sr. Berry, quemado también sobre una pira, si mi memoria me es fiel. Mas no había ejemplo de que se hubiese dispuesto los restos de ningún ser humano en un horno construido a propósito; por lo tanto, sólo podía esperar los acontecimientos. Esto no duró mucho, porque una mañana, en Julio o en Agosto, leí en los periódicos que el doctor F. Julio Le Moyne, médico original, pero gran filántropo, natural de la Pensilvania occidental, había empezado a construir un horno para la incineración de su propio cuerpo. Acto seguido me puse en correspondencia con él, y por fin (carta del 16 de Agosto de 1876), consintió en que el cuerpo del barón fuese

quemado antes que él, en el caso de que sobreviviese a la erección de su horno.

Cuando los funerales, no se anunció positivamente la posibilidad de una cremación subsiguiente, pero algo había filtrado al exterior. Ahora ya declaré abiertamente mis intenciones con el propósito de advertir con tiempo a las autoridades por si acaso existiese algún obstáculo legal. El señor F. C. Bowman, abogado, y yo, fuimos delegados por la Sociedad de Cremación de Nueva York, para estudiar cuidadosamente todas las leyes y decretos, y hacer saber si se tenía o no el derecho de disponer libremente de su cuerpo. No hallamos nada prohibitivo sobre ello, y el simple buen sentido demuestra que si un hombre tiene el derecho de absoluta propiedad sobre algo, ese algo debe ser su propio cuerpo, y que es libre de disponer el uso que de él se hará después de su muerte, con la condición de elegir un procedimiento que no pueda perjudicar a los derechos ni al bienestar de nadie. Cuando mis trámites con la Sociedad de Cremación de Nueva York, y por consiguiente, bastante tiempo antes de que el horno del doctor Le Moyne estuviera preparado, pedimos oficialmente la autorización de la Comisión de Higiene de Brooklyn, para sacar el cuerpo con el objeto de proceder a la cremación. He aquí el texto de la solicitud:

Ciudad de Nueva York, 5 de Junio de 1876.

Señores:

Los firmantes, ejecutores testamentarios del difunto José Luis Enrique, barón de Palm, solicitan por la presente, les sea entregado su cuerpo, depositado actualmente en el depósito mortuorio del cementerio luterano, para ser transportado dicho cuerpo a un sitio conveniente, fuera de los límites del municipio e incinerado según los deseos del citado de Palm.

Firmado: H. S. Olcott, E. J. Newton.

La Comisión consultó a un abogado, que fue de la opinión del señor Bowman y mía, y hallándose ya terminado el horno crematorio, la autorización fue concedida. Conseguido este primer punto, y no habiéndose presentado ningún obstáculo legal, los defensores de la incineración sólo tenían que responder a las objeciones teológicas, económicas, científicas y sentimentales. El doctor Le Moyne y yo, decidimos organizar una reunión pública en la que personas competentes harían

uso de la palabra sucesivamente, poco antes de la cremación, y una reunión nocturna consagrada a la discusión de las ventajas y los inconvenientes de esa clase de sepultura. Se decidió que cada orador no trataría más que un aspecto del tema, para evitar las repeticiones y no dejar de abarcarlo por entero.

Para garantizar el principio de la neutralidad de la Sociedad en todas las cuestiones relacionadas con las opiniones religiosas, se había decidido que mi coejecutante y yo, obraríamos en nuestro nombre, particularmente. Se acordó también que no se haría nueva ceremonia religiosa. El doctor Le Moyne era como yo, partidario convencido de las ventajas de la cremación, y pensamos que el interés público pedía que se diese a este acontecimiento la mayor publicidad, y que se invitase a hombres de ciencia y miembros de la Comisión Sanitaria para asistir oficialmente a la cremación, y poder seguir la operación en sus detalles. "Opino como usted –escribe el bueno y anciano doctor– que los discursos deben tratar únicamente de la cremación, sin extraviarse en otros temas, por apropiados y útiles que puedan parecer para ese momento. Nunca he previsto ni deseado que nuestro programa incluyese una ceremonia religiosa, sino que fuese en cambio, una experiencia científica y sanitaria que preparase una reforma en el modo de disponer de los cadáveres". La prensa norteamericana, que se había burlado de la Sociedad Teosófica porque hizo muchas ceremonias religiosas en los funerales del barón, tuvo aún algo que decir, porque no se hicieron en su cremación.

Pero esto nos era por completo indiferente, porque los elogios o las censuras de los ignorantes, carecen igualmente de valor. El doctor Le Moyne y yo, quisimos establecer los puntos siguientes: *a)* ¿La cremación es un modo científico de sepultura? b) ¿Es menos costosa que el entierro? e) ¿Presenta algo repugnante? d) ¿Cuánto tiempo es necesario para incinerar un cuerpo? Para obtener toda la publicidad posible, el señor Newton y yo, como ejecutores testamentarios, y el doctor Le Moyne como propietario del horno crematorio, dirigimos la siguiente invitación a las comisiones sanitarias, a los sabios, a los directores de colegios, a profesores escogidos, a eclesiásticos y a editores:

"Nueva York, Noviembre de 1876.

Distinguido señor:

El 6 de Diciembre próximo, en Washington, Pensylvania, se procederá a la

incineración del cuerpo del difunto

José Enrique Luis, barón de Palm,

Gran cruz, comendador de la soberana Orden del

Santo Sepulcro de Jerusalem,

Caballero de San Juan de Malta, Príncipe del Santo Imperio,

Ex chambelán de S. M. el rey de Baviera,

Miembro de la Sociedad Teosófica, etc.

en ejecución del deseo por él expresado a sus albaceas, poco tiempo antes de su muerte. Se le suplica que asista usted personalmente a esta ceremonia, o que se haga representar.

La cremación tendrá lugar en un horno expresamente construido por F. Julio Le Moyne, M. D., quien desea dar a conocer de este modo sus preferencias por este género de sepultura.

Teniendo interés la Ciencia en estudiar esta operación desde sus puntos de vista, histórico, sanitario y otros, los albaceas del barón de Palm han accedido a darle una cierta publicidad. Esta invitación le permitirá hacerse representar y tomar parte en el debate, en caso de que el tema de la cremación en general fuese discutido. La Universidad de Pensylvania, el colegio de Washington y Jefferson, el colegio de médicos y cirujanos de Nueva York, otras sociedades científicas, las comisiones de higiene de Boston, Filadelfia, Washington (D. C.) y de otras varias ciudades han anunciado ya su intención de enviar delegados. Se espera que un gran número de observadores de alta competencia científica se reúnan con este motivo. Se pronunciarán discursos alusivos.

Washington es una ciudad del condado de Washington, Estado de Pensylvania, a 25 millas al Oeste de Pittsbourg, sobre el ferrocarril del Valle "Chartiers, como a la mitad del camino entre Pittsbourg y Wheeling. Hay trenes como a las nueve de la mañana y a las cinco de la tarde, todos los días, salvo el domingo, de Pittsbourg y de Wheeling. El trayecto se hace en unas dos horas.

La sala de espera del *Crematorium* es pequeña, y necesitamos saber de antemano el número de los asistentes. Por lo tanto, se le ruega que tenga la bondad de hacernos

conocer sus intenciones lo más pronto posible, por carta o telegrama, a uno de los abajo firmados.

Enrique S. Olcott, Enrique J. Newton, albaceas del difunto barón de Palm, o a F. Julio Le Moyne, M. D., Washington, Washington Cond. Penns,".

Hubo numerosas aceptaciones y el interés general fue tan vivo, que el señor A. C, Simpson, de Pittsbourg, Penns., que tenía ocasión de ver casi toda la prensa, declaró que "no hay un sólo periódico impreso en los Estados Unidos que no hable más o menos extensamente de la incineración del barón y hasta de sus opiniones teosóficas". (Ver el *Banner of Light* del 6 de Enero de 1887). Una de las cosas más graciosas entre toda esa literatura, fue la frase del señor Brombey en un editorial de la *New-York Tribune:* "El barón de Palm, conocido sobre todo como cadáver".

Con todo esto, asumimos una gran responsabilidad, porque si sobrevenía cualquier cosa en el horno del doctor Le Moyne, todo el país nos hubiese censurado por haber expuesto un cuerpo humano a los riesgos de un experimento científico. – Era menester prever la posibilidad de la carbonización del cuerpo en el aire encerrado del horno de arcilla calentado de 1.500° a 2.000º. Para impedirlo, el doctor Le Moyne, a pesar de las protestas de su constructor, hizo abrir un agujero para toma de aire en la puerta de hierro del horno, y le adaptó un obturador que podía quitarse o ponerse a voluntad. Esta innovación resultó tan eficaz cuando quemaron el carnero, que el constructor se adhirió a la opinión del doctor. Pero el interés humanitario que sentíamos era tal, que proseguimos en nuestra empresa, sin desfallecer. Para garantizarnos en lo posible contra toda sorpresa, el buen doctor ensayó su horno con una carroña de carnero y con fecha 26 de Octubre de 1876, me escribió: "El éxito ha sido completo, un carnero de 164 libras, fue reducido a cenizas en seis horas y hubiera podido serlo en menos". En seguida preparó una especie de reja en forma de cuna, formada de barras de hierro planas y recurvadas, que pesaba 40 libras, para recibir el cuerpo, y me pidió que procurase si era posible un paño de amianto para servir de mortaja. Pero no pudiéndolo hallar, tuve que buscar algo para reemplazarle. Cuando llegué allí, a primera mirada al interior del horno calentado, me convenció que cualquier envoltura sería consumida instantáneamente y dejaría al cuerpo expuesto a las miradas; ensayé una sábana

empapada en una solución saturada de alumbre. Dio un perfecto resultado y creo que es lo que aún hoy se emplea.

Siendo inútil entrar en los detalles de la incineración, que pueden verse en todas las colecciones de periódicos norteamericanos del mes de Diciembre de 1876, es conveniente no obstante, dado el interés histórico de esta primera cremación científica en los Estados Unidos, que su autor responsable dé un resumen sucinto de lo que en ella sucedió.

El *crematorium* Le Moyne, que aún existe, es una pequeña construcción de ladrillo de un solo piso, dividido en dos partes: entrando, a la izquierda, la sala de espera; a la derecha el horno. Sin contar el valor del terreno, costó al doctor Le Moyne unos 1.700 dólares, o sea 340 libras esterlinas. Todo era muy sencillo, podría decirse que desagradablemente sencillo, sin ninguna ornamentación interior o exterior; un horno para cadáveres tan antiestético como un horno para pan. Con todo, el resultado probó que era tan práctico y tan perfectamente adaptado a su fin, como si las paredes fuesen de mármol esculpido, los tabiques de madera finamente trabajada y las puertas del horno de bronce cincelado. El doctor Le Moyne me escribió que su objeto era poner al alcance de los pobres una clase de sepultura más económica que el entierro, y que ofrecía más garantías contra las violaciones de tumbas y contra los trágicos entierros prematuros, inevitables con el procedimiento corriente. La substracción del cadáver de lord Crawford y Balcarres en Escocia, el del señor A. T. Stewart en Nueva York, sin hablar de los miles de robos de cuerpos para hacer disecciones, prueban el valor del primer argumento, mientras que la historia del pobre obispo Irving, disecado en letargia, y los numerosos casos de cuerpos encontrados, cuando se han abierto las tumbas, con la carne de los brazos mordida por la desgraciada víctima en su cruel agonía, hambrienta y sofocada, pesan en forma considerable en el otro lado de la balanza. La finalidad económica y sanitaria del doctor Le Moyne se consiguió por completo, puesto que esta primera cremación en América no nos costó arriba de 10 dólares y demostró que es posible disponer así de un cadáver sin inconveniente alguno.

El señor Newton y yo llegamos a Washington, Penns., el 5 de Diciembre de 1876, acompañando el cuerpo del barón, que iba encerrado en un ataúd doble. El doctor Le Moyne, con otras personas, nos esperaba en la estación; el cuerpo fue llevado al *crematorium* en una carroza fúnebre y quedó allí hasta la mañana siguiente, al

cuidado del fogonero del horno. El fuego de coke se encendió a las dos de la mañana y el horno estaba ya calentado al rojo blanco. “Bastante caliente –decía el fogonero– para fundir hierro”. La construcción del aparato era de lo más sencillo que existe: una retorta abovedada de tierra refractaria que medía ocho pies de largo por tres de ancho y otro tanto de altura, para colocar el cuerpo; estaba rodeada por un tubo conductor de aire caliente, que comunicaba con el hogar, situado detrás; una gran chimenea aseguraba la corriente de aire y conducía el humo. Una abertura que unía al horno con el tubo, permitía el escape de los gases y otros productos volátiles de la cremación. Una gran puerta de hierro empotrada en la tierra refractaria, cerraba la parte delantera del horno, y la abertura con el obturador ya descrito, no sólo permitía introducir el aire frío en el horno según se desease, sino que también servía para observar de tiempo en tiempo los progresos de la operación. Como el cuerpo reposaba sobre la reja de hierro, cubierto por la sábana con alumbre, en un horno de tierra refractaria que le separaba del fuego, se ve que no se trataba de esos horribles asados de carne, con estallidos de entrañas, etc., que hacen estremecer cuando el cuerpo es quemado en una hoguera al aire libre, y además, como las partes líquidas y gaseosas del cuerpo hallaban un escape por el tubo que rodeaba al horno, no había que temer esos nauseabundos olores que a veces se respira en la India, cerca de los lugares de cremación. El cuerpo se deseca hasta que no queda más que las cenizas del esqueleto. Cuando al día siguiente de la incineración del barón de Palms se abrió el horno, no quedaba de aquel cuerpo grande y grueso más que un pequeño montón alargado de polvo blanco y algunos fragmentos de articulaciones, que en total pesaba alrededor de seis libras. Muchas de nuestras invitaciones a los sabios y comisiones de higiene fueron aceptadas; he aquí los nombres de algunos asistentes: el doctor Ottersen, de la Comisión de Higiene de Brooklyn; el doctor Seinke, presidente de la Comisión de Higiene del Condado de Queen; el doctor Richardson, editor del *Medical Journal* de Boston; el doctor Folsom, secretario del Consejo de Higiene de Boston; el profesor Parker, de la Universidad de Pennsylvania; tres médicos delegados por la Comisión de Higiene de Filadelfia, otro que representaba a la Universidad de Lehigh, el doctor Johnson, de la Comisión de Higiene de Wheeling; el doctor Alsdale, secretario de la

Comisión de Higiene de Pittsbourg; cierto número de médicos que acudieron particularmente, y una nube de cronistas y corresponsales especiales, enviados por

todos los principales periódicos norteamericanos y algunos extranjeros. Sé positivamente que los editores deseaban tener todos los detalles posibles; el N. Y. *Herald,* por ejemplo, dió orden a su cronista que telegrafiase tres columnas por lo menos, pero una terrible tragedia cambió sus proyectos. El teatro de Brooklyn se quemó esa misma noche y perecieron en las llamas alrededor de unas 200 personas. Esta cremación en grande, debilitó el interés general por la del barón.

El cuerpo momificado de Palm fué sacado del ataúd y colocado en la reja de hierro, cubierto con la sábana saturada de alumbre; esparcí encima resinas aromáticas y lo cubrí de rosas, primaveras, lirios de los valles y palmas enanas, con follaje en el pecho y alrededor de la cabeza. Las personas que visiten el cuartel general de Adyar, pueden ver allí reproducciones de esta escena y de otros detalles de la cremación, sacadas del *New York Graphic.* Citaré aquí un extracto del N. Y. *Times:* "Cuando todo estuvo preparado, el cuerpo fué respetuosa y suavemente deslizado dentro del horno. No hubo ni servicio religioso, ni discursos, ni música, para dar solemnidad al acto. Ni un ápice de ceremonia, todo sucedió lo más sencillamente posible. A las ocho y veinte el doctor Le Moyne, el coronel Olcott, el señor Newton y el doctor Alsdale se colocaron a cada lado del cuerpo, y levantándolo del catafalco, lo llevaron en seguida al horno, en el que entró por la cabeza. Cuando el extremo del enrejado de hierro llegó a la extremidad más caliente del horno, el follaje que rodeaba la cabeza se encendió y pronto estuvo consumido, pero las flores y el follaje sobre el resto del cuerpo, quedó intacto. Las llamas parecían formar un nimbo alrededor de la cabeza del muerto".

Esta descripción no es del todo completa, porque en el momento en que la cabeza entró en el horno, el follaje se encendió y salió un torbellino de humo que parecía esos penachos de plumas de avestruz que las señoras llevan en la cabeza o que adornaban el yelmo de los caballeros. La puerta de hierro del horno fué cerrada en seguida, corrido el cerrojo y fuertemente asegurada. Al principio no se vió nada en el interior debido al vapor desprendido por la sábana mojada y el humo de las resinas y plantas que ardían. Pero al cabo de algunos minutos, pudo percibirse lo que el corresponsal del *Times* describe fielmente así: "En este momento, el horno presentaba el aspecto de un disco solar radiante, de un color cálido más que brillante, y aunque los flores y follaje hubiesen ya pasado al estado de carbón incandescente, cada una conservaba su forma; los extremos de las ramas recuadraban

al cuerpo.

Al mismo tiempo pude ver que la mortaja envolvía siempre al cadáver, demostrando así la eficacia de la solución de alumbre. Esto destruye una de las objeciones que se hace a la cremación: la posibilidad de una exhibición indecente del cuerpo. Media hora después, la sábana estaba carbonizada; alrededor de la cabeza estaba ennegrecida y desgarrada, lo que es fácil de explicar: parece que el coronel Olcott, al mojar la tela, comenzó por los pies, y al llegar al extremo que correspondería a la cabeza, la disolución se había terminado. Causó satisfacción ver que el calor aumentaba con rapidez.

Una escena notable.

En este momento, un movimiento reflejo notable que casi pareció un fenómeno, se produjo en el cadáver. La mano izquierda, que hasta entonces reposaba al lado del cuerpo, se enderezó poco a poco, señalando al cielo con tres dedos. Aunque en tal momento fué algo impresionante, dicho movimiento fué debido naturalmente a una contracción muscular causada por la excesiva temperatura. A las nueve y veinticinco, el doctor Otterson introdujo un trozo de papel de seda por la pequeña abertura para constatar si había corriente de aire, porque alguien había dicho que no había en el horno suficiente oxígeno para producir la combustión. El tiraje de aire era ampliamente suficiente. Entonces la mano izquierda recobró lentamente su posición normal y una luz rosada envolvió los restos del cuerpo, mientras un ligero olor aromático se escapaba por la toma de aire del hogar. Una hora después, el cuerpo estaba completamente incandescente, parecía de color rojo fuego. El calor del hogar había aumentado considerablemente y se notaba más que cuando la boca del horno estaba abierta.

Observaciones curiosas

A medida que el horno se ponía más caliente, la luz rosa que ya he mencionado, se hacía dorada y en los pies se producía algo muy curioso. La planta de los pies estaba naturalmente de frente a quien mirase por la abertura, y poco a poco adquirió una cierta transparencia, así como la mano cuando se coloca con los dedos juntos entre el ojo y una luz viva, pero mucho más intensa. A las diez y cuarenta, el doctor Le Moyne, el coronel Olcott y el señor Guillermo Hardinge, entraron con los médicos presentes a la sala de la calefacción y mantuvieron allí una conversación a puerta

cerrada. A su vuelta anunciaron que la combustión del cuerpo podía considerarse terminada, y una mirada al horno en ese momento, daba esa impresión.

Shadrach, Meshach y Abed-nego[28], en su horno ardiente, debían encontrarse en un lecho de rosas en comparación con el cuerpo del barón de Palm. Se habían hecho algunos experimentos con carneros cuando el horno se terminó de construir, pero el señor Dye, el constructor, nos dijo que el cuerpo debía hallarse incinerado al cabo de dos horas cuarenta minutos, en forma más completa que el carnero en cinco o seis horas. En ese instante noté que el cuerpo comenzaba a reducirse y que aunque en extremo incandescente, no era más que ligeras cenizas, que el soplo de un niño hubiera dispersado. La mortaja ardiente continuaba cubriendo los restos y el follaje estaba aún erguido, aunque iba achicándose al mismo tiempo que el cuerpo. Los pies también habían caído, y pronto no fué todo más que una masa ardiente calentada al rojo blanco… A las once y doce, el doctor Folsom, secretario de la Comisión de Higiene de Massachusetts, anuncio con general satisfacción que "la incineración había terminado sin duda alguna", después de examinar el horno tan cuidadosamente como era posible. Todo vestigio de forma había desaparecido de la masa".

He dado esas líneas escogiéndolas entre tantas otras que hubieran podido ser citadas, por la excelente descripción que presentan y por su valor histórico. También porque demuestran la nitidez y belleza de esa clase de sepultura comparada con el entierro. Otra cosa que puede también hacer apreciar la bondad de la incineración a los parientes de los que mueren lejos de los suyos, es que los cuerpos así reducidos a cenizas, pueden ser depositados en los mausoleos de las familias, o en el cementerio, cerca de aquellos

Que no ve más y que amó largo tiempo;
… No muertos, sino que antes partieron.

El mismo día por la tarde, el doctor King, de Pittsbourg, dió una conferencia en Town Hall acerca de los efectos deletéreos de los cementerios atestados; el doctor Le Moyne habló de la cremación en sus aspectos prácticos y en los relacionados con las Santas Escrituras; el presidente Hays demostró que la Biblia no se oponía a la cremación; el señor Crumrine discutió el punto de vista legal y yo hice un estudio retrospectivo e histórico de la cremación en la antigüedad y en los tiempos

[28] Los compañeros de Daniel. *La Biblia*, Daniel 2, III, 21 a 26. (N. del T.)

modernos.

El fuego se apagó en el hogar en cuanto la incineración del cuerpo se dió por terminada, y el agujero de la puerta del horno se tapó, para dar tiempo a que éste se enfriase poco a poco, pues de otro modo el aire frío hubiese producido grietas en él. Al día siguiente, recogí las, cenizas con el doctor Alsdale y las puse en una urna inda que para el caso me habían dado en Nueva York. Las llevé a la ciudad, donde las guardé hasta poco antes de nuestra partida para el Indostán; entonces las esparcí sobre las olas del puerto de Nueva York, con algunas ceremonias sencillas, pero convenientes.

Más feliz que muchos inventores, alcancé a ver que se hacían de uso corriente los procedimientos que yo había preconizado desde que se encontraban en la cuna, y la cremación es uno de ellos. La opinión pública ha llegado al punto de que un periódico jurídico pudo insertar las alabanzas de la incineración en estos términos: "Nada es más seguro que profetizar para un porvenir muy próximo la boga universal de la incineración de los cadáveres. Actualmente, se sabe que las lombrices diseminan los microbios de los cementerios y llevan el contagio a todos lados. Nunca hemos podido comprender cómo una treintena de millares de cuerpos en putrefacción en un acre o dos de terreno, podían no constituir un grave peligro para los habitantes de varias millas a su alrededor. La tierra es un buen absorbente, pero en ciertos límites. Si se estudia la lenta putrefacción de los cuerpos animales, se ve cuán repugnante es y cuán peligrosos son los gases que se escapan ruidosamente de ellos. ¿Creen los que abogan por el entierro, que los gases de 30.000 cuerpos apretados, se escapan hacia el centro de la Tierra? Que sepan en tal caso que pronto saturan aquellos pocos pies de tierra y que en seguida vagan por la atmósfera, envenenando a quienes los respiran. Todas las enfermedades contagiosas que afligen a la Humanidad de hoy, son advertencias para que cambiemos nuestras costumbres y que vivamos según la razón; y la única esperanza de vernos desembarazados de las epidemias, es el lento pero seguro medio de la educación. Llegará un tiempo en que todas las materias en descomposición serán convertidas en inofensivas por la acción del fuego". *Jury.*

Fué de este modo como la Sociedad Teosófica introdujo en los Estados Unidos no solamente las ideas filosóficas de la India, sino también la clase de sepultura de ese país. Después de esa primera cremación científica en Norteamérica, se han llevado a

cabo muchas otras, de hombres, mujeres y niños. Se han construido hornos y se han fundado sociedades de cremación en mi país. Los prejuicios ingleses se han suavizado hasta el extremo de que el parlamento ha legalizado la cremación, una sociedad ha obtenido una autorización exclusiva, y en su crematorium de Woking, cerca de Londres, fué quemado el cuerpo de H.P.B., según su voluntad escrita y verbal.

Teóricamente, poco me importa que mi "cuerpo de deseos" sea arrojado a las amoebas que tapizan el fondo del mar, o abandonado en los desfiladeros del Himalaya cerrados por las nieves, o sobre la ardiente arena de los desiertos, pero si debo morir en mi casa, rodeado de amigos, deseo que como el de H.P.B. yel del barón de Palm sea reducido por el fuego a polvo inofensivo, en lugar de convertirse en un peligro para los sobrevivientes, después de haber servido de instrumento a mi *prarabdha Karma*[29].

---

[29] *Prarabdha Karma* es literalmente el Karma empezado; es el llamado también *maduro*, que ha de manifestarse en esta misma vida o encarnación. El cuerpo del coronel Olcott fué quemado a su muerte, obedeciendo su deseo, en el parque de Adyar.

CAPÍTULO XII

EL SUPUESTO AUTOR DE "EL ARTE MÁGICO"

Ahora voy a cumplir mi promesa (ver cap. VIII) de decir algo del *"Arte Mágico"* de la señora Hardinge Britten y del modo como fué escrito. Dije anteriormente que dicho libro fué lanzado casi en el momento de fundarse la Sociedad Teosófica, y es bastante interesante saber cómo. La señora Britten quedó muy sorprendida con la coincidencia, y demuestra su sorpresa en los siguientes párrafos de una carta a la *Banner of Light:*

"He quedado tan asombrada y sorprendida de la coincidencia de las *intenciones – no de las ideas–* expresadas en la inauguración de la Sociedad Teosófica, a la que asistí, con algunas de las intenciones, pero no de las ideas, expresadas en el libro de mi amigo, que sentí que era mi deber escribir al presidente de la Sociedad. Le mandé un ejemplar del anuncio aún inédito, explicándole que la publicación del libro en cuestión anticipaba sobre todas las revelaciones de ciencia kabalística que la Sociedad se proponía hacer, y esto sin un acuerdo previo, hasta sin relaciones entre las partes".

La coincidencia era la simultánea afirmación por el libro y por nuestra Sociedad, de la existencia de Adeptos, de la dignidad de la antigua Ciencia Oculta, de la realidad de la Magia blanca y negra: y sus diferencias, de la existencia de la luz astral, de las hordas de razas elementales en el aire, la tierra, etc., de la existencia de las relaciones entre ellas y nosotros, y de la posibilidad de servirse de ellas por métodos antiguamente conocidos y experimentados. Eran, si puede decirse, dos ataques por el flanco, simultáneos, contra el campo atrincherado de la ignorancia y los prejuicios del Occidente.

La señora Britten afirmaba que el libro había sido escrito por un adepto conocido suyo, "un estimable amigo de toda su vida" *(Nineteenth Century Miracles,* pág. 437) que había encontrado antes en Europa y para quien ella desempeñaba tan sólo las funciones de traductor y secretario. Se llamaba Luis –decía ella– y era

caballero. Se había publicado un prospecto halagador, bien hecho para excitar la curiosidad más cansada y llevarla a la compra, y el interés de los bibliófilos, conmoviéndolos por el anuncio de que el autor no permitiría hacer más que una tirada de 500 ejemplares y que se reservaría el derecho de no venderlos más que a quienes le pareciesen dignos de ello. "A fin de impedir que ese libro profundo caiga en las manos de lectores vulgares que podrían comprenderlo mal y hasta hacer de él un mal uso". *(Nineteenth Century Miracles,* pág. 437). Y ella me escribió el 20 de septiembre de 1875 en una carta a propósito de su *Cornelius Agrippa* que yo deseaba me prestase:

"El autor de ese *Libro de los Libros,* que acaba de ser anunciado en la *Banner*...ese hombre preferiría quemar su obra y perecer con ella, antes, de hacer partícipes del libro aunque más no sea que a 500 privilegiados".

Parece que usó del citado derecho de admisión para los compradores, porque en otra carta pública dirigida a los calumniadores del *"Arte Mágico",* a quienes llama "perrillos falderos", dice que "unos veinte nombres más o menos fueron tachados por el autor". Hubo algunas personas hostiles y mal informadas, que insinuaron que su libro había sido incubado en el seno de la Sociedad Teosófica. Esto la puso tan rabiosa, que con gran refuerzo de mayúsculas y de cursivas, advierte a esos "murmuradores que no se atreven a presentarse de frente", que ella y su marido "han sometido el caso a un eminente letrado de Nueva York que les ha aconsejado decir públicamente que, si bien cada uno es libre en este país de decir lo que le plazca, eso no llega hasta la libertad de difamar, y que les había indicado que sin tardanza persiguiesen a cualquiera que se le ocurriese sostener que la obra que ella había emprendido –es decir, servir de secretario para la publicación del *"Arte Mágico",* o Espiritualismo mundial, submundial y super-mundial– tenía algo de común con el coronel Olcott, la señora Blavatsky, la Sociedad Teosófica de Nueva York o cualquier cosa o persona alguna, que pertenezca a esas personas o a esa Sociedad". (Ver *Banner of Light* hacia diciembre de 1875; no puedo ser más exacto porque el recorte del *Scrap-Book* no tiene fecha).

Tocó tan bien este bombo, siendo ella y su marido miembros activos ambos de la Sociedad Teosófica durante todo ese tiempo, que a pesar del precio fantástico del libro –5 dólares por un volumen de 467 páginas en caracteres grandes, o sea tanto texto como en un volumen inglés de 7 chelines y 6 peniques– pronto consiguió

completar su lista. Yo mismo le entregué 10 dólares por dos ejemplares, pero el que ahora tengo a la vista, tiene escrito con letra de la señora Britten: "A la señora Blavatsky en prueba de la estimación del editor (ella misma) y del Autor". (?) El prospecto después de hecha la tirada de los 500 ejemplares, las "planchas" se romperían. La página primera dice: "Publicado por el autor en Nueva York (América)", pero Guillermo Britten, el marido de la señora Britten, lo depositó y registró según se requiere, en 1876. Impresores los señores Wheat y Cornett, calle Spruce núm. 8, N. Y.

He dado estos detalles por varias razones: 1ª,dicho libro hace época en la literatura y el pensamiento norteamericanos; 2ª, sospecho que el autor no obró de buena fe con sus suscriptores, yo inclusive, puesto que la obra por la cual habíamos pagado un precio extravagante, se había impreso en formas y no en planchas, y que el mismo señor Wheat me dijo que tiró 1.500 ejemplares y no 500, por orden del señor y la señora Britten. Sus libros demostrarán la verdad, yo sólo repito lo que el impresor me dijo, y doy su afirmación por el valor que tiene, y 3ª, porque según estas cosas y otras que resaltan del modo como el libro está compuesto y escrito, dudo que el autor sea quien se dijo.

Ciertamente que hay trozos que son hermosos, hasta brillantes, y muchas cosas instructivas y de valor. En mi ardor de neófito, me sentí muy impresionado por dicho libro, y así se lo escribí a la señora Britten. Pero más adelante me sentí bastante desilusionado por el descubrimiento de subrepticias copias de texto e ilustraciones, hechas a costa de Barrett, Pietro de Albano, Jennings, Layard y hasta (ver las figs. de las págs. 193 y 219) del periódico ilustrado de Frank Leslie (5); también por la personificación de Dios "el Eterno, increado, existente por sí mismo, el reino infinito del espíritu" (pág. 31), en forma de *globo,* es decir, una esfera limitada, colocada en el centro del universo como el Sol en nuestro sistema; por muchas faltas de ortografía y de sintaxis; por errores tales como hacer de "Chrisna y Buddha Sakia" los héroes de un episodio semejante al que se cuenta de Jesús, o sea "su fuga a Egipto y su regreso seguido de milagros" (6); además, la declaración, que se encuentra en contradicción con todos los cánones de Ciencia Oculta sea de la escuela que sea, de que para llegar a ser mago o adepto, "la primera y principal condición, es poseer un organización profética o naturalmente *mediumnímica"*(pág. 160) y que los "círculos", el Mesmerismo recíproco, el comercio con los espíritus de

los muertos y la sumisión a los guías espiritistas son un medio serio y permitido para desarrollar los poderes de los Adeptos. Sea el que fuese el Adepto que se supone haber escrito ese libro, es seguro que se ha transformado bajo la pluma de su "editora" o "traductora", en panegirista de los mediums y de las fases del Espiritismo con las cuales los dones particulares de la señora Britten parecen relacionarse. Que se lo compare con *Isis Sin Velo* y se verá qué diferencia existe entre los dos, y cómo el segundo es superior en aclaraciones de la naturaleza, la historia y las condiciones científicas de la Magia y de los magos del sendero de la izquierda, como de los del sendero de la derecha. Afirmar que mediums y Adeptos son sinónimos, o que algún Adepto consentiría en dejarse guiar y dirigir por espíritus de difuntos, es un absurdo comparable al de decir que el Polo Norte toca al Polo Sur. Recuerdo muy bien que indiqué esto a la señora Britten cuando leí su libro la primera vez, y ella me dió explicaciones poco satisfactorias. Sin embargo, declara una cosa en realidad verdadera, aunque los espiritistas la nieguen con frecuencia. "Es un hecho significativo, que debería atraer la atención tanto del fisiólogo como del psicólogo, que las personas afectadas de escrófulas o de tumefacción de las glándulas, son las que a menudo parecen servir de instrumentos a los espíritus para producir manifestaciones físicas. Mujeres frágiles y delicadas, personas de naturaleza especial, inocentes, puras, pero cuyo sistema glandular ha sido atacado por el demonio de la escrófula, son con frecuencia los más notables instrumentos de las demostraciones de los espíritus".

"El autor ha sido testigo de sorprendentes fenómenos efectuados por gordas campesinas y sólidos hombres del Norte de Alemania o de Irlanda, pero un examen minucioso revelaba con frecuencia en esos mediums, tendencias a la epilepsia, a la corea y a trastornos funcionales de las vísceras pelvianas. Es un hecho cierto que podemos tratar de ocultar, o contra el cual nosotros (¿los Adeptos?) podemos protestar con indignación, que la existencia de poderes mediumnímicos notables, anuncia una falta de equilibrio en el sistema, etc."

No obstante, dice en la página 161: "Ser Adepto es saber practicar la Magia, y para eso, ser un profeta natural (o medium como se dijo antes) que se ha desarrollado hasta ser mago, o bien un individuo que ha adquirido ese poder profético (mediumnímico) y ese desarrollo mágico por medio de una disciplina". Y este pretendido adepto dice (pág. 228) que "si la Magia oriental se combina con la

espontaneidad magnética del Espiritismo occidental, podríamos tener una religión fundada sobre la ciencia elevada hasta el cielo por la inspiración, que revolucionará la opinión de los siglos y establecerá sobre la tierra el reinado del verdadero Reino espiritual".

Que esto baste para hacer ver qué clase de Adepto era el supuesto autor del *Arte Mágico* y qué peso podían tener los continuos sarcasmos y burlas de la señora Britten contra H.P.B., contra sus doctrinas y contra las pretensiones de la Sociedad Teosófica a cuya fundación ella misma había contribuido. Primeramente declaraba que era un "gran privilegio" para ella el hecho de habernos conocido, que su título de miembro era un título de gloria, y sus funciones en la Sociedad Teosófica "una señal de distinción". (Carta acerca de los calumniadores del *Arte Mágico* en el *Spiritual Scientist).* Aún en 1881 ó 1882, se declara en una carta de presentación que dió al profesor S. Smyth, de Sydney, para H.P.B., "su fiel amiga que siente por ella el mismo afecto que antes". No es precisamente eso lo que más tarde demostró; y su actitud hacia la Teosofía me ha obligado a publicar estos recuerdos, tanto en interés de la historia como para su propio provecho y el de sus amigos.

Se nos dijo que el autor "ha tenido más de cuarenta años de experiencia oculta (pág. 166) después de haber sabido la verdad de la Ciencia mágica"; de manera que razonablemente podría dársele por lo menos de cincuenta a sesenta años, cuando se publicó el *Arte Mágico.* Pero según su retrato (?) que la señora Britten me envió amablemente de Boston a Nueva York en 1876 –con la condición de enseñarlo solamente a las personas que vivían en nuestra casa y devolvérselo después– representa alrededor de unos veinticinco años. Además, tantos años de profundos estudios hubieran debido grabar en su fisonomía esa varonil majestad que se admira en un verdadero *yogui* o un *Mahatma,* pero hete aquí que ese retrato de un lindo hombre con patillas de chuletas, tiene toda la insipidez de un "pobre sensitivo", de un devorador de corazones, y sobre todo de una cabeza de peluquero. Cualquiera que se haya visto cara a cara con un verdadero Adepto, se vería obligado a creer: o que la señora Britten ha mostrado, a falta de otra cosa, un retrato de fantasía, o bien que el libro jamás fué escrito por el "caballero Luis".

El retrato en sí mismo es bastante menos interesante que un notable fenómeno para el que dió la ocasión, y que H.P.B. llevó a cabo, provocada por una señora espiritista francesa que era entonces nuestro huésped en el cuartel general de

Nueva York. Se llamaba: la señorita Paulina Liebert y vivía en Leavenworth, Kansas, un Estado del Lejano Oeste. H.P.B. la había conocido en otro tiempo en París, donde se interesaba vivamente por las "fotografías de espíritus". ¡Se creía colocada bajo la protección espiritual de Napoleón, e imaginaba poseer la facultad de hacer aparecer en las placas de cualquier fotógrafo, los espíritus amigos de los sujetos que se retrataban! Cuando leyó en los periódicos las primeras cartas de H.P.B. sobre el doctor Beard y los fenómenos de los Eddy, le escribió contándole sus éxitos con los fotógrafos de Kansas, San Luis y otras partes, a los que ella había hecho obtener fotografías espiritistas. J. H. Newton, tesorero de la Sociedad, era un distinguido y científico fotógrafo aficionado, y poseía en su casa un excelente estudio fotográfico muy bien montado. Enterado por mí de las pretensiones de la señorita Liebert, nos pidió que la invitásemos a nuestra casa y le pidiéramos sesiones de comprobación en interés de la Ciencia. H.P.B. accedió, y esa original persona vino a Nueva York por nuestra cuenta y pasó varios meses con nosotros.

El erudito calumniador de quien ya he hablado, publicó en *Carrier Dove,* vol. VIII, pág. 298, una pseudo declaración que le había hecho la señorita Liebert, de que: los fenómenos de H.P.B. no eran más que trampas de prestidigitación para engañarnos a mí y a los otros, que los dibujos eran comprados o ejecutados de antemano y hechos pasar como improvisados, etc., etc., en resumen, un tejido de mentiras. Describe a la señorita Liebert como una persona inteligente, pero, en realidad, era la credulidad personificada, por lo menos en cuanto a las fotografías espiritistas se refiere. Cuando llegó a Nueva York, comenzó una serie de sesiones en casa del Sr. Newton, anunciando con aplomo que le haría obtener verdaderos retratos de espíritus. El Sr. Newton empezó dócilmente los ensayos, hasta el décimoquinto fracaso, en el que le faltó ya la paciencia y rehusó continuar. La señorita Liebert quiso excusar su falta de éxito, diciendo que los espíritus no podían adaptarse al "magnetismo" del estudio del señor Newton. No obstante, éste era el espiritista más distinguido de la ciudad de Nueva York y presidente de la sociedad espiritista más importante. A pesar de lo sucedido, tuvo a bien ayudarme a organizar una nueva serie de tentativas en el estudio fotográfico del hospital de Bellevue, cuyo director, el señor Mason, había recibido una educación científica, era miembro de la sección de fotografía del Instituto Americano y se ofrecía con mucha simpatía para probar los talentos de la señorita Liebert. No consiguió más

éxito que el Sr. Newton a pesar de setenta y cinco ensayos hechos en las condiciones que la misma francesa indicó como seguras. Durante los meses y semanas que se necesitaron para esos experimentos, la señorita Liebert vivió con nosotros, y casi todas las noches tenía la costumbre de llevar al salón un puñado de las que ella llamaba fotografías de espíritus, coleccionadas en diversos sitios y a las que acariciaba amorosamente. El ignominioso fracaso de sus esperanzas en las experiencias actuales, parecía ligar aún más a esta pobre ilusa a los que ella creía éxitos pasados, y era un verdadero estudio observarla mientras manejaba sus piezas de convicción. H.P.B. no tenía ninguna piedad para los débiles de espíritu, y aún menos para los engañados por las supercherías de los mediums, y con frecuencia volcaba los torrentes de su indignación sobre "esa ciega solterona", como ella le llamaba. Una fría noche de invierno (el 1 de diciembre de 1875), después de un nuevo fracaso con el Sr. Mason, la señorita Liebert se hallaba en disposición de manejar sus viejas fotografías, suspirando y levantando al cielo sus cejas desesperadas, cuando H.P.B. estalló: "¿Por qué se obstina en esas locuras? ¿No ve que esas fotografías que V. tiene son trampas del fotógrafo para robarle el dinero? Le han proporcionado a V. todas las ocasiones posibles para enseñar sus pretendidos poderes; ha tenido V. más de cien oportunidades sin poder hacer la menor cosa. ¿Dónde está su pretendido guía Napoleón? ¿Dónde los otros ángeles del Summerland? ¿Por qué no vienen a ayudarla? ¡Puf! Me disgusta ver tanta credulidad. Ahora, fíjese bien. Yo puedo hacer un retrato de espíritu cuando quiero y el que yo quiera. ¿No me cree V.? Muy bien, le voy a dar una prueba enseguida". Buscó un trozo de cartón, lo cortó del tamaño de un retrato y preguntó a la señorita Liebert. "¿Qué retrato desea usted? ¿Quiere su Napoleón?" –"No –respondió la señorita Liebert– hágame el de ese hermoso señor Luis". H.P.B. se rió irónicamente, porque tres días antes se había mandado a la señora Britten por correo, según su deseo, el retrato de su Luis, que, por lo tanto, se encontraba en ese momento en Boston a 250 millas de nosotros, y el lazo de la francesa era bastante visible. H.P.B. exclamó: "¡Ah!, ¿quiere V. ponerme en un aprieto? ¡Veremos!" Colocó el trozo de cartón sobre la mesa, entre la señorita Liebert y yo, lo frotó dos o tres veces con la palma de la mano, lo volvió y... vimos –por lo menos así lo creímos entonces– un facsímil del retrato de Luis en el reverso. En un fondo de nubes, dos cabezas de elementales haciendo gestos, recuadraban la cara del retrato y

una mano fantasma levantaba un dedo al cielo, encima de la cabeza. Jamás ví a nadie tan asombrado, como la señorita Liebert en ese momento. Miraba al cartón misterioso con verdadero terror, se echó a llorar y se escapó de la sala llevándoselo, mientras que H.P.B. y yo reíamos a más no poder. Al cabo de una media hora, volvió y me entregó el retrato, que puse en seguida en un libro que estaba leyendo, para marcar la página antes de irme a acostar. Anoté en el dorso la fecha y los nombres de los tres testigos.

Al día siguiente noté que el retrato se había borrado, salvo el nombre Luis, escrito debajo como en el original, y precipitado como la misma imagen y las de los espíritus del fondo. Cosa rara: un fragmento de la precipitación siguió visible cuando el resto había desaparecido, lo que yo no sabría explicar. Guardé el cartón en un cajón, y cuando el Sr. Judge vino a vernos, un día o dos después, o tal vez la misma noche, le conté lo sucedido, mostrándole la imagen borrada. Judge entonces, pidió a H.P.B. que hiciera reaparecer el retrato y lo fijase. No necesitó más que un instante para volver el cartón sobre la mesa, cubrirlo con su mano y reproducir la imagen tal como antes estaba. El la guardó con permiso de H.P.B. y la conservó hasta 1884; en esta fecha lo encontré en París, y se la pedí para la biblioteca de Adyar. Muy felizmente la había traído consigo. De París fuí a Londres, y mi amigo Stainton Moses me mostró una noche que cené en su casa, su colección de curiosidades espiritistas, y *encontré allí el original del retrato de Luis, el mismo que yo devolví por correo a la señora Britten,* de *Nueva York a Boston en 1876.* Al dorso tenía escrito: Sr. A. Oxon, el 1 de marzo de 1877, dado por el autor del *Arte Mágico* y del *País* de los *Espíritus.* Al otro día le traje la copia de H.P.B. para mostrársela y tuvo la amabilidad de regalarme el original. De modo que al cabo de ocho años me encontré en posesión de los dos ejemplares. Comparándolos hallamos tantas diferencias entre ambos, que se vió evidentemente que el uno no era el facsímil del otro. Por lo pronto, las dos cabezas no están vueltas hacia el mismo lado y parece que una fuese la reflexión, en un espejo, de la otra, un poco agrandada y modificada. Cuando pregunté a H.P.B. la causa de eso, me respondió que las cosas del plano físico, tienen su imagen invertida, en el plano astral, y que ella había transportado sencillamente al papel la reflexión astral del retrato de Luis, *tal como ella la veía,* y que la exactitud de la reproducción dependía de la de su clarividencia en aquel momento. Examinando los dos retratos, vemos que, tanto las medidas

horizontales como las verticales son enteramente diferentes, así como el rizado de los cabellos y los detalles del traje. Hay también diferencias en las firmas, aunque en conjunto se parecen. En el momento de la precipitación de la copia, el color estaba esparcido por toda la superficie como una nube (como es ahora el fondo) y H.P.B. retocó con el lápiz algunas líneas principales; la imagen ganó artísticamente, pero perdió como fotografía oculta.

Estoy capacitado para dar un relato inédito hecho por la misma señora Britten, acerca del modo como fué tomada esta fotografía. Es extraído de una carta a Lady Caithness, duquesa de Pomar, quien la copió para mí:

"Le mando adjunta una débil imagen de nuestro *Archimago*. Siento no poder darle algo mejor, porque verdaderamente su cabeza es soberbia. Tiene los cabellos negros como el ala de un cuervo, ojos magníficos, una hermosa tez y la sonrisa más encantadora que se pueda imaginar; juzgue, pues, qué poca justicia le hace este retrato. Se le parece en el momento en que estaba desvanecido[30]en el carruaje al salir de casa del fotógrafo. Ese retrato tiene toda una historia. En seguida de terminado el negativo, exigí del fotógrafo que sacase al momento una prueba para poder juzgar sobre el parecido. Me llevé esa prueba y pedí a mi amigo, que es un artista notable, que me hiciera una ampliación al lápiz. A lo que accedió. Yo me preguntaba porqué el fotógrafo no me enviaría las otras pruebas, que yo estaba esperando desde hacía varios días. Yo sabía bien que ese retrato representaba a mi pobre enfermo tal como entonces estaba, y no en su aspecto corriente, pero él me pedía que se le enviase a su Madonna, como él le llama, ya que se tomó tanta molestia para hacérselo hacer y sólo por usted.

A todo esto, nada me llegaba. Creí que las pruebas no se hubiesen podido sacar, tal vez a causa del mal tiempo. Por fin, fuí a casa del fotógrafo, quien terminó por confesarme con un aire de vacilación extraordinario, que casi en seguida de marcharnos, la imagen negativa *desapareció absolutamente,* dejando sobre la placa algunos rasgos vagos que parecían letras kabalísticas. Parecía estar muy encolerizado y se quejaba de que los espiritistas le diesen siempre esas bromas cuando venían a retratarse. Juró que no tendría más relaciones con ellos. Pedí ver el negativo y me opuso dificultades para enseñármelo. A petición mía, reveló en seguida la placa (recordad que ya había sido revelada y se había sacado de ella una

[30] ¡Un adepto desvanecido! ¡Qué diría el Oriente!

prueba, E. S. O.) pero los signos son tan vagos, que apenas se les distingue. Agregó, con aire muy asustado, que "no quería que ese señor volviese y que no creía que fuese un hombre mortal". Estaba desconcertada, pero ¿qué hacer? Casi tenía ganas de hacer copiar mi miniatura, cuando recibí de Cuba el dibujo que Luis hizo de la prueba que llevó. Me dice que dicha prueba ha *palidecido de un modo raro* y que en ella no se distinguen más que algunos signos kabalísticos ilegibles. ¿Verdad que esto es bien raro? He porfiado e hice fotografiar el dibujo. Aunque inferior a la prueba como dulzura, es una buena imagen de nuestro querido enfermo. ¡En qué tiempos tan graves vivimos!".

Graves en realidad, en los cuales, Adeptos de cuarenta años de experiencia son representados como héroes de colegialas, y en los cuales también se revelan negativos dos veces, que dos veces revelados dan dos positivos diferentes.

CAPÍTULO XIII

“ISIS SIN VELO”

Veamos un poco lo que nuestra memoria pueda hallar en materia de recuerdos relativos a *Isis Sin Velo,* en la cámara oscura donde conserva sus inalterables negativos.

Si algún libro ha hecho época, puede decirse que ha sido ése. Sus resultados han sido tan importantes en un sentido como los de la primera gran obra de Darwin en el otro; son dos grandes mareas del pensamiento moderno, que tendían ambas a barrer tonterías teológicas y a reemplazar la creencia en el milagro por la creencia en las leyes naturales. Y, sin embargo, nada tan carente de elevación y menos brillante que los comienzos de *Isis.* Un día de verano, en 1875, H.P.B. me mostró algunas cuartillas manuscritas que había escrito y me dijo: “La noche pasada escribí esto *por orden,* pero no sé qué diablo será ésto. Tal vez un articulo de periódico, tal vez un libro, tal vez nada. En todo caso, yo obedezco”. Lo guardó en un cajón, y durante un cierto tiempo no se habló más de ello. Pero en el mes de septiembre –si la memoria me sirve bien– ella fué a Syracusa (N. York), a visitar a sus nuevos amigos, el profesor y la señora Corson, de la Universidad de Cornell, y continuó su trabajo. Me escribió que sería un libro sobre la historia y la filosofía de las escuelas orientales y su relación con las de nuestros tiempos. Me decía que estaba escribiendo sobre temas que jamás había estudiado, y que hacía citas de libros que jamás en su vida había leído. Que el profesor Corson, para comprobar su exactitud, verificó esas citas en las obras clásicas de la biblioteca de la Universidad y las había hallado exactas. No trabajó mucho en esa obra cuando volvió a la ciudad, y escribía con intermitencias. Lo mismo hizo cuando residió en Filadelfia, pero un mes o dos después de la fundación de la S. T., alquilamos dos pisos en la misma casa: calle Treinta y cuatro Oeste, núm. 433; ella en el primer piso, yo en el segundo, y en adelante Isis se continuó sin interrupción hasta que estuvo terminada, en 1877. En toda su vida ella no había hecho el equivalente a la décima parte de semejante trabajo literario, y a pesar de eso, nunca conocí a nadie, ni siquiera al redactor jefe de algún diario que pudiera comparársele en lo tocante a la resistencia determinada

o a la facultad de trabajo incesante. De la mañana a la noche estaba en su mesa y era muy raro que uno de nosotros se acostase antes de las dos de la mañana. Durante el día, yo me ocupaba de mi profesión, pero después de cenar temprano, nos instalábamos juntos en un gran escritorio y trabajábamos como rabiosos hasta que la fatiga física nos forzaba a detenernos. ¡Qué experiencia! Durante ese tiempo de menos de dos años, concentré toda la educación de una vida ordinaria de lectura y pensamiento; no le servía tan sólo de secretario y corrector de pruebas, sino que me hacía colaborar, utilizando según me parecía, todo lo que alguna vez había podido leer o pensar. Estimulaba mi espíritu con nuevos problemas que resolver, ocultos o metafísicos, para los que mi educación no me había preparado y que no llegaba a concebir sino a medida que mi intuición se desarrollaba en esa cultura forzada. Ella no trabajaba siguiendo un programa trazado, pero las ideas manaban de su cerebro, como una fuente viva que se desborda sin cesar. Tan pronto hablaba de Brahma, como del gato meteoro eléctrico de Babinet; citaba respetuosamente a Porfirio o al periódico de esa mañana o a un folleto nuevo que yo acababa de traerle. Salía de los abismos de la adoración al Adepto ideal, para entrar a luchar violentamente con el profesor Tíndall o cualquier otro de los que tenía entre ojos. Esto se presentaba como por saltos o brincos, unas cosas tras otras, formando cada párrafo un todo susceptible de ser quitado sin perjudicar al precedente ni al siguiente. Aún ahora, si se examina ese libro sorprendente, se verá eso a pesar de las numerosas refundiciones que ha sufrido.

Si a pesar de toda su ciencia, ella trabajaba sin plan fijo, ¿no tiende esto a probar que no escribía por sí misma y que no era más que el canal a través del cual esa ola de viviente esencia vital se volcaba en el pantano estancado del pensamiento espiritualista moderno? A veces, con un fin de educación y adiestramiento, me pedía que escribiese sobre un tema indicado, ya fuese sugiriéndome los puntos principales que había que aclarar, o bien abandonándome al esfuerzo de mi intuición. Terminado mi original, si no le satisfacía, se enojaba seriamente y me trataba de todos los modos capaces de hacer hervir la sangre. Pero si yo hacía ademán de romper el infortunado trabajo, me lo arrancaba de las manos y lo ponía de lado para servirse de él oportunamente después de un pequeño arreglo; y yo volvía a empezarlo. Era menester ver a veces su propio manuscrito: cortado, pegado y vuelto a cortar, en fin, reconstituido, tanto y tan bien que observando una hoja por

transparencia se veía que estaba compuesto por seis, ocho y hasta diez recortes extraídos de diferentes páginas, unidos unos con otros con algunas líneas de texto para ligar el conjunto. Adquirió tal habilidad en este ejercicio, que con frecuencia se alababa de ello ante sus amigos.

Nuestros libros de referencia no dejaron de sufrir con este motivo, porque a veces pegaba los recortes sobre sus páginas abiertas y no faltan volúmenes en la biblioteca de Adyar o en las de Londres, para mostrar aún las señales.

A partir del día de su primera publicación en el *Daily Graphic* en 1874 y durante todo su período americano, se vió sin cesar asediada de visitas, y si entre ellas había alguna que poseía algún conocimiento especial en cualquiera especialidad que fuese y que tuviera relación con su obra, ella le hacía decir, y cuando era posible, escribir, sus opiniones o recuerdos, según los casos, para insertarlos más tarde en su libro. Entre otros ejemplos, el relato hecho por el señor O'Sullivan, de una sesión de Magia en París, el interesante ensayo del Sr. Rawson sobre las iniciaciones secretas entre los drusos del Líbano, las numerosas notas y párrafos enteros del doctor Alejandro Wilder en la introducción y esparcidos en la obra. También otros más que han contribuido al interés y valor de la obra. He visto a un rabino judío, pasar noches enteras discutiendo con ella de Kábalah y le he oído decir que, a pesar de haber estudiado durante treinta años, las ciencias secretas de su religión, ella le había enseñado cosas en las que él nunca había pensado, y aclarado partes que sus más sabios maestros no habían podido comprender. ¿De dónde sacaba ella esta ciencia? Es imposible negar que la poseía. ¿Dónde la adquirió? Ni de sus ayas de Rusia, ni de ninguna fuente conocida de su familia o de sus amigos íntimos. No podía haber sido en los ferrocarriles o barcos en los que había pasado su juventud recorriendo el Mundo, ni en universidad alguna, puesto que no las había frecuentado. Tampoco en las grandes bibliotecas públicas. A juzgar por su conversación y sus costumbres, nunca había hecho los estudios necesarios para adquirirla, antes de principiar su penosa tarea; pero en el momento necesario, hallábase en posesión de los conocimientos requeridos; y en los momentos más inspirados –si puede decirse así– tanto sorprendía a los eruditos por su ciencia, como deslumbraba a los oyentes por su elocuencia o los encantaba con la vivacidad de su espíritu y la ironía de sus críticas.

Viendo las numerosas citas de *Isis Sin Velo,* podría creerse que lo escribió en un

rincón del British Museum, o de la Astor Library de Nueva York. Lo cierto es que nuestra biblioteca no contenía más que un centenar de volúmenes de referencias. De tiempo en tiempo, los señores Sotheran, Marble, o cualquier otro amigo, le traían un libro, y al terminarlo pidió algunos prestados al señor Bouton. Hizo gran uso de algunas obras, como de: *The Gnostics,* de King; *The Rosicrucians,* de Jennings; *The Sod,* y *The Spirit history of man,* de Dunlop; *The Hindu Pantheon,* de Moor, los furiosos ataques de des Mousseaux contra la Magia, el Magnetismo, el Ocultismo, etc., a los que trataba de diabólicos; las diversas obras de Eliphas Levi, los 27 volúmenes de Jacolliot, las obras de Max Muller, de Huxley, de Tyndall, de Heriberto Spencer y otras de autores más o menos célebres, pero que no excedían de un centenar de volúmenes; estoy persuadido de ello. Entonces, ¿qué biblioteca frecuentó y qué libros pudo haber consultado?

El señor W. H. Burr preguntó al doctor Wilder, en una carta publicada por el *Truth-Seeker,* si era cierto el rumor que corría, de que él había escrito *Isis* para H.P.B., y nuestro antiguo amigo respondió sinceramente que era un rumor falso, que sólo había hecho para ella lo que más arriba dije, que le había dado excelentes consejos y que mediante una remuneración había preparado un gran índice de unas cincuenta páginas, de acuerdo con las buenas cuartillas que se le entregaron con ese objeto. Eso era todo. Y la especie igualmente muy difundida, de que yo había escrito el libro y que ella lo había retocado, era igualmente desprovista de fundamento. Lo cierto es enteramente lo contrario. Corregí varias veces todas las páginas de su manuscrito y todas las pruebas; escribí para ella muchos párrafos según sus ideas, que no siempre podía entonces (quince años antes de su muerte y casi sin haber hasta ese tiempo escrito nada en inglés) expresar en inglés según su voluntad; le ayudé a encontrar citas, e hice otros trabajos auxiliares de la misma clase; pero su libro le pertenece por entero, por lo menos si no se considera más que los colaboradores del plano físico, y a ella deben dirigirse los elogios y las críticas. Su libro hizo época, y al escribirlo me capacitó –a mí, su discípulo y auxiliar– en la medida que pude serlo, para todo el trabajo teosófico llevado a cabo desde hace veinte años. En resumen, ¿de dónde sacó H.P.B. los materiales de *Isis* que no proceden de ninguna fuente literaria conocida? De la *luz astral* y por medio de sus sentidos espirituales y de sus Maestros –los “Hermanos”, los “Adeptos”, los “Sabios”, los “Maestros”–, según los diversos nombres que se les ha dado. ¿Cómo

puedo saberlo? Porque trabajé con ella en *Isis* durante dos años, y mucho tiempo también, más tarde, en otras publicaciones. Era una cosa curiosa e inolvidable verla trabajar. Corrientemente nos poníamos a cada lado de una gran mesa y yo podía seguir todos sus movimientos. Su pluma volaba sobre la cuartilla; de pronto se detenía, miraba en el espacio con la vaga fijeza de los clarividentes, y en seguida parecía leer algo invisible en el aire ante ella y se ponía a copiarlo. Terminada la cita, sus ojos recobraban su habitual expresión y volvía a escribir normalmente hasta una nueva repetición. Recuerdo bien dos circunstancias en las que yo también pude ver y tocar libros en sus dobles astrales, de los que ella había copiado notas y que tuvo que materializar para probarme la exactitud del texto, porque yo me negaba a dejar pasar las pruebas sin verificación. Uno de esos libros era una obra francesa de Fisiología y Psicología; el otro, francés también, trataba de una rama de la Neurología. El primero de ellos, en dos volúmenes, estaba encuadernado en media pasta, el otro en rústica. Era cuando habitábamos la famosa "Lamasería", calle 47 Oeste, número 302, el cuartel general ejecutivo de la Sociedad Teosófica. Yo le dije: '''No puedo dejar pasar esa cita; estoy seguro de que no es exacta". "¡Oh!, déjelo, está bien, siga adelante", me contestó. Yo insistí y ella terminó por decir: "Bueno, está bien, quédese tranquilo un momento y trataré de obtenerlo". Sus ojos adquirieron su mirada lejana, y al cabo de un instante, me señaló al extremo de la sala una repisa donde poníamos adornos, diciendo con voz cavernosa: "Allí". Después recobró su aspecto corriente y me dijo: "Allí, allí, vaya a ver allí". Fuí y encontré los dos volúmenes pedidos, que yo sabía que no estuvieran nunca en la casa hasta ese momento. Comparé el texto con la cita de H.P.B. y le hice ver que había adivinado su error, hice la corrección en la prueba y a indicación suya coloqué otra vez los volúmenes sobre la repisa, en el sitio en que los encontré. Volví al trabajo, y cuando después de cierto tiempo miré en esa dirección, los dos volúmenes habían desaparecido. Ahora, después de este verídico relato, se permite a los escépticos que duden de mi razón. Que les haga buen provecho. Lo mismo sucedió con el segundo *aporte* de libros, pero este último quedó en nuestro poder y aún lo conservamos.

El original de H.P.B. presentaba, según las ocasiones, los más diversos aspectos. No obstante que la escritura conserva siempre su carácter, de modo que cualquiera que la conozca bien, puede siempre reconocer una página escrita por ella, sin embargo, un atento examen descubre por lo menos dos o tres variantes en el mismo

estilo, y que se mantienen durante varias páginas seguidas y se ceden el sitio unas a otras. Es decir, que no se encontraba nunca más de dos variantes en la misma página, y ni una solamente, sino cuando la que había servido toda la noche ola mitad de la noche, cedía de pronto su lugar a otra que a su vez duraba todo el resto de la noche o del día siguiente, o toda la mañana. Una de las escrituras de H.P.B. era muy pequeña, pero sencilla; otra, libre y osada; otra, sencilla, mediana y muy legible; otra, garabateada y difícil de descifrar, con las *a,* las e y las *x,* raras y singulares. El inglés de esas diferentes escrituras variaba también por completo. Tan pronto tenía yo que hacer varias correcciones por línea, como podía dejar pasar varias páginas seguidas casi sin ninguna falta gramatical o de ortografía. Los más perfectos de sus manuscritos eran los que escribían para ella durante su sueño. Así, por ejemplo, el comienzo del capítulo XIV del volumen I sobre la civilización del antiguo Egipto. Dejamos de trabajar como de costumbre, hacia las dos de la mañana, demasiado fatigados ambos para como era nuestra costumbre, fumar un cigarrillo conversando, antes de separarnos. Ella se caía de sueño en su silla y me dió las buenas noches, de modo que me fuí enseguida a mi habitación. Al día siguiente, cuando bajé a desayunar, me mostró una pila de 30 ó 40 páginas manuscritas, de su mejor escritura, y me dijo que un Maestro cuyo nombre no había sido tan manoseado como el de otros, lo había escrito para ella. El original era perfecto en todo sentido y fué a imprimirse sin ser retocado.

Lo curioso es que antes de cada cambio de escritura y de estilo, H.P.B. salía un momento del salón o pasaba por un trance o estado de abstracción, durante el cual sus ojos miraban al espacio por encima de mí y volvían casi inmediatamente al estado normal. Al mismo tiempo se producía un visible cambio en su personalidad, o mejor dicho, en su idiosincrasia, su porte, el timbre de la voz, la vivacidad de sus modales y sobre todo en su carácter. Los que han leído su *Grutas y Selvas del Indostán,* recordarán la pitonisa que desaparecía como un torbellino, para volver diciéndose poseída por un nuevo dios. Así era H.P.B., salvo en lo que la hechicería y la danza vertiginosa. Ella salía de la sala y era otra persona la que volvía, no en cuanto al cuerpo físico en sí, pero con otros movimientos, otros modales y otro lenguaje; con una mentalidad diferente, otra manera de ver las cosas, un diferente manejo de la gramática, del vocabulario y de la ortografía, y, sobre todo, *¡oh! sobre todo*, un humor variable que recorría desde la dulzura angélica hasta su opuesto absoluto. A veces

soportaba con la más benevolente paciencia mi más estúpida incapacidad para expresar sus ideas por escrito; pero otras veces el más ligero error la ponía rabiosa y se hubiera dicho que iba a hacerme pedazos. Sin duda que esos accesos de violencia podía a veces depender de su salud, y por lo tanto, no tener nada del anormal, pero esta teoría no puede bastar para explicar todas sus locuras. Sinnett la ha descrito admirablemente en una carta privada, como una mezcla mística de diosa y de tártaro. A propósito de sus modales en esos diferentes estados, dice:

"Ciertamente que no se veían en ella los atributos superficiales que podrían esperarse en un maestro espiritual y por mucho tiempo fué para nosotros un misterio el hecho de que a la vez fuese capaz de renunciar al mundo para buscar su adelanto espiritual y de encolerizarse en forma tan violenta a propósito de la menor molestia, etc.". Sin embargo, si se admite que cuando su cuerpo estaba ocupado por un sabio obraba como sabio, y de modo bien diferente cuando se ausentaba, el problema está resuelto. Su querida tía, la señora N. A. Fadeef, que la quería y a quien ella quiso siempre entrañablemente hasta su último día, escribió al señor Sinnett que "desde su primera juventud había mostrado este temperamento excitable, que conservó, como una de sus mayores características. Entonces, ya estaba sujeta a accesos de violencia indomable y rebelde a toda clase de autoridad o de vigilancia"... La menor contradicción, traía una crisis de cólera y a veces convulsiones. Ella misma ha contado en una carta a su familia (op. *cit.,* pág. 205)[31]las experiencias psicológicas por las que pasó, escribiendo su libro:

"Cuando yo escribía *Isis,* lo hacía tan fácilmente, que no era un trabajo, sino un placer. ¿Por qué habrían de alabarme? Cuando se me dice que escriba, me siento y obedezco, pudiendo entonces escribir con igual facilidad casi sobre cualquier tema: Metafísica, Psicología, Filosofía, antiguas religiones, Zoología, ciencias naturales, ¿qué sé yo? Nunca me pregunto: *¿Puedo* escribir sobre eso? o ¿soy capaz?, sino que me siento a mi mesa y escribo. ¿Por qué? Porque alguien *que sabe* todo me dicta, mi Maestro, y a veces otros que he conocido en mis viajes. Os ruego que no me creáis loca; ya os lo he dado a entender varias veces... y os lo digo con franqueza: cuando escribo sobre un tema que conozco mal o nada, me dirijo a ellos y uno de ellos me inspira, es decir, me deja copiar sencillamente manuscritos o impresos que veo pasar en el aire ante mis ojos, sin que por un *solo instante* pierda conciencia de la realidad".

[31] En la edición española, página 170. (N. del T.)

Otra vez escribió a su hermana Vera, respecto a sus obras:

"Puedes no creerme, pero te aseguro que no digo más que la verdad; estoy únicamente ocupada, no de escribir *Isis,* sino con Isis misma. Vivo en una especie de continuo encanto, una vida de visiones y de sueños en vigilia. Ahí estoy y veo sin cesar a la hermosa diosa. Y a medida que me revela el oculto sentido de sus *secretos* por tanto tiempo perdidos, y que su velo, haciéndose sin cesar más transparente, cae poco a poco ante mis miradas, contengo mi aliento y apenas puedo creer a mis ojos... Desde hace varios años, con el fin de que no olvide lo que aprendí en otros sitios, hacen que conserve sin cesar ante los ojos todo lo que es necesario que sepa. De este modo, día y noche, mi vista interior pasa revista a todas las imágenes del pasado. Lentamente, como un silencioso y encantado panorama, los siglos se despliegan ante mí... y se me hace identificar esas imágenes con ciertos acontecimientos históricos, y *sé* que no hay error posible. Razas y naciones aparecen durante ciertos siglos, después desaparecen en otro cuya fecha exacta se me dice... La antigüedad prehistórica cede el lugar a los períodos históricos; los mitos se explican viendo acontecimientos y personajes que en realidad existieron, y todos los acontecimientos importantes, así como otros varios, todas las revoluciones, todas las páginas que se suceden en la historia de las naciones, todo esto, con las causas latentes y los subsiguientes resultados naturales, queda fotografiado en mi espíritu, como impreso en colores indelebles... Cuando pienso y miro mis pensamientos, los veo como esos pequeños trozos de madera, de diferentes formas y colores, de los juegos de paciencia o rompecabezas; los tomo uno a uno y trato de acomodarlos, poniendo de lado alguno hasta hallar su vecino, y esto concluye siempre por formar un dibujo geométrico correcto...*rehuso en absoluto atribuir mi ciencia a mi memoria,* porque sería incapaz de llegar sola a tales premisas y a tales conclusiones... te lo digo seriamente: soy *ayudada,* y el que me ayuda es mi *Gurú* (*op. cit.*, página 207)"[32]

Dice a su tía que cuando su Maestro está ausente y ocupado esta otra cosa.

"El despierta en mí su sustituto en ciencia... Entonces no soy *yo* quien escribe, sino mi *Ego* interno, mi *yo luminoso,* que piensa y escribe por mí. Piense un poco, usted que me conoce... ¿Cuándo he sabido todas esas cosas? ¿De dónde me viene toda esa ciencia"?

[32] En la edición española, página 171. (N. del T.)

Los lectores que quieran estudiar a fondo un fenómeno psíquico tan único, no deberán dejar de comparar las explicaciones dadas más arriba acerca de sus estados de conciencia, con una serie de cartas a su familia, cuya publicación se comenzó en el *Path* de diciembre de 1894 (Avenida Madison, 144, N. Y.). En ellas reconoce formalmente que en esos momentos de que se ha hablado, su cuerpo se hallaba materialmente ocupado por entidades extrañas, que hacían su obra y me enseñaban por su boca cosas de las que ella no tenía el más superficial conocimiento en estado normal.

Esta explicación no es enteramente satisfactoria si se la toma al pie de la letra, porque si todos los trozos separados de su rompecabezas psicológico se hubiesen reunido siempre tan bien para formar un dibujo geométrico, sus obras literarias estarían exentas de error, y sus temas seguirían un plan lógico y regular. Es inútil decir que sucedía de un modo muy diferente, y que hasta cuando *Isis* salió de las prensas de Trow, después de que Bouton hubo gastado 600 dólares en correcciones y cambios en las formas, las páginas y las pruebas (7), no tenía un plan a seguir y no lo tiene aún definido. Supónese que el primer volumen trata de las cuestiones científicas y el segundo de las religiosas (la edición inglesa consta de dos volúmenes, N. del T.), pero hay en cada tomo cuestiones que invaden el tema del otro. Y la señorita Kislingbury, que preparó el índice del segundo volumen, la misma noche que yo preparaba el del primero, podría certificar el trabajo que tuvimos para trazar las líneas generales de un plan para nuestros tomos respectivos.

Después, cuando el editor rehusó perentoriamente arriesgar más capital en la empresa, teníamos en nuestro poder suficiente original suplementario para hacer un tercer volumen, y todo fué destruido sin piedad antes de partir para la, India, porque H.P.B. no se imaginó que eso pudiese utilizarse allá, ni había soñado nunca con el *Theosophist, La Doctrina Secreta* y otras que había de hacerse. ¡Cuántas veces mezclamos nuestros sentimientos, por haber destruido tan desconsideradamente esa cantidad de preciosos materiales!

Ya llevábamos trabajando en el libro varios meses, y tendríamos hecho como unas 870 páginas manuscritas, cuando una buena noche me preguntó ¡si para dar gusto a... (nuestro *Paramagurú)* consentiría yo en recomenzarlo! Recuerdo el golpe que sentí al pensar que todas aquellas semanas de trabajo forzado, de tormentas psicológicas y de enigmas arqueológicos que daban dolores de cabeza, no servirían para nada, al menos,

era lo que yo creía en mi infantil ignorancia. No obstante, como mi amor, mi respeto y mi reconocimiento hacia ese Maestro y hacia todos los otros que me habían acordado el privilegio de participar de sus trabajos, no tenían límites, acepté y empezamos todo de nuevo. Muy felizmente para mí, porque habiendo así probado mi fidelidad a H.P.B. y la firmeza de mi resolución, recibí una amplia recompensa espiritual. Se me explicaron fundamentos, se me dió gran número de ejemplos por medio de fenómenos psíquicos, se me ayudó a que yo mismo hiciese experimentos, se me hizo conocer a diversos Adeptos y de un modo general fuí puesto en condiciones –en la medida que tenían a bien permitírmelo mi nativa testarudez y mi suficiencia de hombre del mundo práctico– para la obra pública aún insospechada, que había de cumplirse en el porvenir y que llegaría a ser histórica. Muchos han encontrado raro, hasta incomprensible, que de todos aquellos que han ayudado al movimiento teosófico, con frecuencia a costa de los más pesados sacrificios, sólo yo hubiese recibido el favor de tal intimidad personal con los *Mahâtmas,* y que su existencia me haya sido tan probada y evidente como la de mis propios parientes o amigos íntimos. No puedo explicar eso. Yo sé lo que sé, pero ignoro porqué muchos de mis colegas no saben otro tanto. Sea lo que fuere, numerosas personas me han dicho que basan su fe en los *Mahâtmas* en mi invariable e inatacable testimonio, que venía a .corroborar las afirmaciones de H.P.B. Probablemente fuí así favorecido porque tenía que lanzar la nave “Teosofía” con H.P.B. para sus Maestros y gobernarla a través de muchos *maelstroms* y ciclones, siendo preciso para ello nada menos que la perfecta certidumbre de la solidez de la base de nuestro movimiento, para que yo no abandonase el puesto.

Tratemos ahora de analizar el estado de ánimo de H.P.B. mientras escribía su libro, y de ver si alguna hipótesis plausible nos de la clave de esas marcadas diferencias de personalidad, de escritura y de mentalidad, descritas más arriba. Esta tarea es tan delicada y complicada, que me pregunto si, dejando aparte a Shakespeare, jamás se presentó un problema psicológico semejante, y creo que después de haber leído lo que diré sobre el particular, todos aquellos que estudian conmigo la Teosofía y las Ciencias Ocultas, serán de la misma opinión.

CAPÍTULO XIV

HIPÓTESIS DIVERSAS

Aunque desespero de poder establecer en qué proporción la compleja personalidad de H.P.B. puede pasar por haber escrito *Isis Sin Velo,* creo, sin embargo, claro y fuera de duda que ella dirigió y asimiló sus materiales de modo que los hizo enteramente suyos y les empleó en su libro como fragmentos de un mosaico. Como me escribía recientemente el profesor Wilder: "Pocos libros son absolutamente originales. Es bien evidente que esos volúmenes llevan claramente su sello particular. No hay más que aplicarles el principio del señor Enrique Ward Beecher: ¡Cuando como pollo, yo no me convierto en pollo; es el pollo el que se convierte en yo"!

Nada sería más sencillo que rehusar todo examen, uniéndose a los que declaran sin ambages que H.P.B. estaba divinamente inspirada, exenta de todo error, contradicción, exageración o limitación. Pero la he conocido demasiado bien para poder hacer eso y me atengo a la verdad. En cuanto a eludir la investigación profundizada de sus dones ocultos y mentales, no hay que soñar con ello. De ningún modo podría cerrar los ojos ante hechos reales y abandonarla así con su obra en manos de quienes tendrían placer en demoler el pedestal sobre el cual debemos colocarla, y en presentarla como un peligroso impostor, según la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Una de sus acusaciones, la pretendida semejanza de su escritura con la de uno de los Maestros, cae precisamente en el campo de nuestro análisis del manuscrito de *Isis Sin Velo.*

No puede dejarse de reconocer, después de haber reflexionado que diversas hipótesis se presentan al examen y son:

1º ¿El libro ha sido escrito enteramente por H.P.B., actuando como secretario independiente y consciente, al dictado de un Maestro?

2º ¿O bien, todo o parte de él por su Yo superior dirigiendo a su organismo físico?

3º ¿O como medium, bajo la obsesión de diferentes personas vivas?

4º ¿O en parte, según dos o varias de estas tres condiciones?

5º ¿O como un medium espiritista ordinario, influenciado por inteligencias desencarnadas?

6º ¿O por diferentes personalidades, alternativamente activas o latentes en ella?

7º ¿O, sencillamente, por la señora rusa H. P. Blavatsky, sin obsesión, inspiración ni contralor, en normal estado de vigilia, sin ninguna diferencia con cualquier autor del mismo género?

Comencemos por esta última hipótesis. Inmediatamente veremos, y sin ninguna clase de dudas, que la educación y la preparación de H.P.B. eran por completo inadecuadas al concepto de erudición, de Filosofía y hasta de extensa lectura. Las memorias de su vida, tales como su familia se las ha comunicado al Sr. Sinnett su biógrafo, y también a mí (ver el capítulo VII), indican una alumna indócil, que no gustaba de los libros serios ni de los sabios, que no frecuentaba las bibliotecas, que era el terror de sus ayas y la desesperación de sus parientes, que estaba siempre en abierta y apasionada rebelión contra toda sujeción y contra todas las convenciones. Relatan también sus primeros años, pasados en compañía de "espíritus burlones", con los que jugaba durante días y semanas seguidas; y también las bromas desagradables, así como las verdades no menos desagradables que clarividentes, con las que se complacían en obsequiar a las gentes.

La única literatura que apreciaba era la que trataba de las tradiciones populares rusas, y en ningún momento de su existencia hasta que comenzó a escribir *Isis* –ni siquiera durante el año que pasó en Nueva York, antes de ser enviada a encontrarse conmigo– ni su familia ni sus amigos le conocieron gustos o costumbres literarias. La señorita Ballard y otras señoras que la visitaron en varios de sus alojamientos de Nueva York, y conocían familiarmente sus costumbres y género de vida, jamás supieron que hubiese visitado las bibliotecas Astor, Social, Mecánica, Histórica, del Instituto Americano, de Brooklyn, o Mercantil. Nadie la conoció nunca como asidua de esos santuarios del pensamiento impreso. No formaba parte de ninguna sociedad científica o erudita de ninguna parte del Mundo; no había publicado ningún libro. En cambio, había buscado los taumaturgos de las comarcas salvajes o semicivilizadas, no para leer sus libros (que no existen), sino para aprender la Psicología práctica. En resumen, no era una literata hasta que escribió *Isis*. Todos

sus amigos de Nueva York lo saben lo mismo que yo, y ella misma confirma esta opinión en el último artículo que escribió para *Lucifer,* antes de su muerte, titulado "Mis libros". (Este artículo adolece mucho de inexactitud, como lo probaba este capítulo, tal como fue publicado primeramente en el *Theosophist* de mayo de 1893. La falta de sitio impide copiarlo aquí). En dicho artículo ella declara que es innegable e irrefutable que:

"1º Cuando vine a América, en 1873, no había hablado el inglés desde hacía treinta años, después de haberlo aprendido en mi infancia. Podía leerlo, pero apenas hablarlo.

2º Nunca había seguido los cursos de ninguna Universidad y lo que yo sabía, lo había aprendido sola. Nunca había tenido la menor pretensión a la erudición; apenas conocía entonces alguna obra científica europea y sólo sabía muy poca cosa de la Filosofía y de las ciencias occidentales. Lo poco que había estudiado me disgustaba por su materialismo, sus límites, su espíritu de dogmatismo estrecho y seco, y su aire de superioridad con respecto a las filosofías y las ciencias antiguas.

3º Hasta 1874, yo no había nunca escrito una palabra en inglés ni publicado ninguna obra en ningún idioma. Por lo tanto:

4º Yo no tenía ninguna idea de las reglas literarias. El arte de escribir libros, prepararlos para ser impresos y para la publicación, corregir las pruebas, etc., eran otros tantos secretos para mí.

5º Cuando empecé a escribir *Isis,* ni sospechaba lo que ello sería. No tenía un plan preconcebido, no sabía si sería un ensayo, un folleto, un libro o un artículo. Sabía que *debía escribirlo,* y eso era todo. Lo comencé antes de conocer bien al coronel Olcott y algunos meses antes de la formación de la Sociedad Teosófica".

La última frase carece de exactitud, porque no lo comenzó sino después de conocernos bien, y hasta de hallarnos ya, íntimamente unidos. Por otra parte, el artículo entero hubiese necesitado una refundición para ser considerado como definitivo.

Las perpetuas transposiciones y sustituciones de *Isis,* se encuentran solamente en las partes de la obra que me inclino a creer que fueron escritas en su estado normal –suponiendo que las hubiere– y denotan las perplejidades de una novicia que emprendía una obra literaria gigantesca. Sin práctica del inglés escrito ni de los

métodos literarios, con el espíritu sin preparación para un trabajo continuo de escritorio, pero dotada de un arrojo sin límites, y de un poder sin igual de concentración mental continua, se debatió heroicamente durante meses hacia su objeto; el cumplimiento de las órdenes de su Maestro. Esta gran acción literaria sobrepasa a todos sus fenómenos.

El chocante contraste entre los fragmentos casi perfectos y los garabatos enredados de su manuscrito, prueba evidentemente que la misma inteligencia no producía los unos y los otros, y las variaciones en la escritura, el método mental, y la facilidad y la idiosincrasia, confirman esta hipótesis. Al cabo de tanto tiempo y después de la destrucción del manuscrito, me es imposible decir cuál de esas cambiantes personalidades resulta responsable de las citas clandestinas que se han reprochado. En todo lo que me pasó por las manos, puse entre comillas todo aquello que me parecía ser de otro autor, pero es muy posible que algo haya dejado mezclado con sus ideas personales. Cuando ella ponía la prosa de otros entre sus propios argumentos sin solución de continuidad, si los trozos no pertenecían a libros que me fuesen muy familiares, los tomaba, naturalmente, como de H.P.B. Debo agregar que si mi educación oculta se hizo preparando *Isis* y según las lecciones y experiencias de H.P.B., mi vida literaria precedente me había hecho frecuentar senderos más prácticos, como la química agrícola y la agricultura científica en general. De suerte que ella hubiese podido darme a corregir un original por entero, compuesto con textos tomados de los orientalistas, filólogos y sabios orientales, sin que yo hubiese sabido notarlo. Personalmente, nadie me enseñó jamás ningún plagio en *Isis,* e ignoro si hay alguno; pero si lo hubiese, dos cosas son posibles: *a),* que la copia fuese hecha por la principianta sin experiencia H.P.B., que no sabía qué pecado literario cometía; b), que los trozos copiados hayan estado tan bien encajados en el texto que mi atención de editor no haya sido atraída por su incongruencia con el contexto. También pudiera ser que, como cuando ella escribía, funcionaba a medias en este plano y a medias en el otro, hubiera leído las citas en la luz astral, y después se hubiera servido, de ellas cuando era conveniente, sin saber bien cuáles eran los autores ni los títulos de las obras. Con seguridad que sus amigos orientales no verían nada extraordinario en esta teoría, porque si alguna vez existió alguien que viviese en dos mundos, fué ella indiscutiblemente. Con frecuencia la he visto –como anteriormente lo dije– copiando extractos en libros fantasmas,

invisibles para mis ojos, pero bien visibles para los suyos.

Estudiemos ahora la hipótesis núm. 6, o sea que el libro fuese escrito por varios H.P.B., o diferentes capas de su personalidad, capaces de manifestarse alternativamente. Las investigaciones contemporáneas no han llegado aún a aclarar ciertos puntos de esta clase. El señor Sinnett cita en sus *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky*[33] una descripción que ella misma hizo de su "doble vida", durante una "fiebre lenta", enfermedad agotadora que sufrió cuando joven, en Mingrelia: "Cuando me llamaban por mi nombre, abría los ojos y volvía a ser yo misma, mi personalidad por entero. Pero en cuanto me dejaban tranquila, recaía en mi estado habitual de ensueño y volvía a ser *alguien diferente* (la señora B. no dice quién)... Cuando me interrumpían pronunciando mi nombre, el Otro Yo que hablaba en el sueño, se detenía en medio de una frase pronunciada por él o que le era dirigida, yo abría los ojos para responder muy razonablemente y con lucidez, porque no deliraba. Mas en cuanto cerraba los ojos, el Otro Yo terminaba la frase interrumpida, reanudándola en la palabra, en la misma sílaba en que se había detenido. Una vez despierta, y siendo de nuevo *yo misma,* me acordaba del Otro Yo y de decía y decía. Pero el Otro Yo no sabía nada de H. P. Blavatsky. Vivía en una lejana comarca y era una individualidad diferente, sin relación con mi vida normal".

Todo lo que pasó después, haría pensar que sólo H.P.B. era la entidad consciente que habitaba su cuerpo físico y que el Otro no era H.P.B., sino otra entidad encarnada, que tenía relaciones inexplicables con H.P.B. ysu cuerpo. Es cierto que en determinados casos, la segunda personalidad ha demostrado gustos y talentos ajenos a la personalidad normal. El profesor Barrett, por ejemplo, cita el caso del hijo de un pastor del norte de Londres, que se convirtió en dos personas diferentes, a consecuencia de una grave enfermedad. El Yo anormal "no conocía a sus padres, no tenía ningún recuerdo del pasado, se daba a sí mismo otro nombre, y lo que es más notable, poseía un talento musical del que *jamás se había visto la menor traza"*. Existen numerosos casos en los que el segundo Yo se asigna otro nombre y posee una memoria particular y diferente. Laurencia Vennum, caso bien conocido, era completamente obsesada por el alma desencarnada de otra joven: María. Roff, muerta doce años antes. Esta obsesión cambió por entero su personalidad;

[33] Página 122 de la edición española. (N. del T.)

recordaba todo lo sucedido a María Roff antes de su muerte, pero en cambio sus propios parientes y amigos se convirtieron en extraños para ella. Esto duró cerca de cuatro meses. (Ver *The Watseka Wonder,* en las oficinas del *Theosophist).* El cuerpo ocupado le parecía a María Roff "tan natural, que apenas percibía que no fuese su cuerpo original, nacido treinta años antes". El editor del folleto *The Watseka Wonder,* copia en el *Harper's Magazine* de mayo de 1860, el acta redactada por el Rev. doctor W. S. Plummer, del caso de doble personalidad de una tal María Reynolds que duró, con intervalos de regreso, al estado normal, desde los diez y ocho a los setenta y un años. Durante los últimos veinticinco años de su vida, se mantuvo constantemente en el *segundo estado;* el Yo normal, propietario consciente de su cuerpo, había sido obstruido, por decir así. Pero hemos de notar el hecho raro de que todo lo que ella sabía en el segundo estado, hubo que enseñársele en este estado. Comenzó su segunda vida a los diez y ocho años (edad del cuerpo), olvidando a María Reynolds y todo lo que hasta entonces había sabido o sufrido. Era, tal como un niño recién nacido. "Todo lo que le quedaba del pasado, era la facultad de pronunciar algunas palabras, pero que no tenían para ella ningún sentido hasta que lo aprendió. *(Watseka Wonder,* pág. 42).

Vemos en *Incidentes de la vida, etc.,* pág. 146[34]la explicación del modo de responder H.P.B. a un miembro de la nobleza de Gosriel y de Mingrelia que venía a consultarle acerca de sus asuntos personales. Veía en plena conciencia de vigilia, a sus pensamientos que "se elevaban de sus cabezas en espirales de humo luminoso y a veces en chorros de algo que parecía una materia brillante, y que se condensaba en imágenes distintas alrededor de ellos". Lo que sigue es particularmente sugestivo:

"Con frecuencia esos pensamientos y esas respuestas se encontraban *impresos en su propio cerebro, en palabras y frases, como los pensamientos originales.* Pero según lo entendemos, las imágenes primitivas eran siempre más seguras, porque eran independientes de las impresiones personales de la vidente, por proceder de la clarividencia pura y no de la transmisión del pensamiento, procedimiento siempre expuesto a mezclarse con las impresiones personales forzosamente más vivas".

Esto parece aclarar nuestro problema y sugerir la posibilidad para H.P.B., hallándose normalmente despierta, de ver por clarividencia, o absorción de pensamiento –término en este caso más justo que transmisión del pensamiento– la

[34] Página 121 de la edición española. (N. del T.)

sabiduría acumulada de la rama literaria que examinaba, y asimilársela hasta el punto de no distinguir más lo original de lo ajeno. Los psicólogos prácticos del Oriente, no encontrarán esta hipótesis tan atrevida como las de otras partes. Pero después de todo, no es más que una hipótesis, y sus enemigos seguirán tratándola de plagiaria. Para los ignorantes, el insulto es la línea de menor resistencia. Sin embargo, los que toman esta actitud deberían recordar que el deseo más ardiente y apasionado de H.P.B. era recoger tantas confirmaciones como fuese posible de la enseñanza teosófica que ella daba, y en todas las fuentes que pudiera, antiguas y modernas; y que, por lo tanto, su interés era citar autoridades respetables en lugar de saquearlas para su mayor gloria personal.

He leído mucho y sabido algo de este asunto de las personalidades múltiples, pero no recuerdo ningún caso en el que la segunda personalidad se encontrase en estado de citar textos o de hablar idiomas desconocidos de la personalidad normal. Conozco un sabio de Inglaterra que olvidó por completo su lengua materna después de vivir en el extranjero desde los once años, sin hablarla ni oírla, hasta los veintinueve, en que tuvo que aprenderla de nuevo a fuerza de gramática y diccionario; y no obstante, mientras que volvía así a su estudio elemental, hablaba correctamente este idioma mientras dormía. Es decir, que había caído tan sólo en el dominio del "subliminal", o sea, la memoria latente. También existe el caso de una criada analfabeta que en estado sonambúlico, declamaba frases y versos hebreos, que, después se descubrió, había oído en la casa de un amo anterior, muchos años antes. ¿Pero quién podría probar que H.P.B. había estudiado nunca los autores citados en *Isis Sin Velo?* Si sus plagios no eran conscientes, y si jamás los leyó, ¿cómo podía conocerlos si se admite la teoría de que el libro ha sido escrito por H.P.B. II o H.P.B. III?

Mis lectores occidentales conocen el caso de la señora B***, enferma histérica del profesor Janet, relatado y comentado por el profesor Richet, el eminente hipnotizador. El señor Stead cita ese caso en sus *Real Ghost Stories,* en el número de Navidad de 1891 de la *Review* of *Reviews.* Se ve que en esta señora "existen dos personalidades a la par, pero además, el yo subconsciente conoce la existencia del otro, mientras que por encima o por debajo de ambas, una tercera personalidad conoce a las otras dos y parece serles superior... La señora B. puede ser dormida a cualquier distancia, y cuando está hipnotizada, cambia por completo de carácter.

Hay en ella dos personalidades bien definidas y una tercera de naturaleza más misteriosa que las dos primeras. Al estado normal, despierto, de esta mujer, se le designa con el nombre de Leonor I al estado hipnótico con el de Leonor II ya la tercera personalidad oculta e inconsciente del nivel profundo, Leonor III. Leonor I es una mujer seria y algo melancólica, calmosa, lenta, muy dulce y tímida en extremo. Leonor II es, en cambio, alegre, ruidosa y agitada de un modo insoportable, y aunque siempre de buen humor, ha adquirido una singular tendencia a la ironía y a las chanzas amargas. En este estado no conoce su identidad con el Yo normal. "Yo no soy esa buena mujer –dice– es demasiado tonta". Leonor II actúa sobre la mano de Leonor I cuando esta se encuentra distraída, la cara tranquila, los ojos mirando al espacio con una cierta fijeza que no es cataléptica, puesto que tararea una canción de aldea. La mano derecha escribía rápidamente y se hubiera dicho que subrepticiamente. Se le llama la atención, y al ser confrontada con el escrito, no sabe nada de lo que acaba de escribir. Otra vez, cuando Leonor I (normal) se hallaba borrada y Leonor II, evocada en el estado hipnótico, hablaba como de costumbre, rápida y tontamente, demostró de pronto signos de terror, porque oía una voz que desde el otro lado de la sala decía: "¡Basta" cállate, eres insoportable!". Era la tercera personalidad que se despertaba, yque dominaba por completo cuando el sujeto era sumergido en una letargia más profunda. Confesaba sin vacilar que era ella quien había pronunciado las palabras oídas por Leonor II, y que le habló así porque vió al profesor fastidiado por su charla. La voz imaginaria, que sobresaltaba a Leonor II, porque le parecía sobrenatural, provenía según el señor Stead, "de una capa profunda de la conciencia de su 'propio individuo".

No teniendo que examinar más que superficialmente el asunto de las personalidades múltiples, en relación con la hipótesis de que H.P.B. no hubiese tenido otra ayuda cuando escribía *Isis,* que la de sus diferentes Yo, no tenemos necesidad de ahondar más un problema que sólo los antiguos autores indos, filósofos o místicos, saben sondear. La antigua teoría dice que "aquel que sabe" es capaz de verlo y saberlo todo, cuando se encuentra desembarazado de los últimos velos de la conciencia física. Y este conocimiento supremo, viene progresivamente a medida de que los carnales velos se levantan. Como todos los que improvisan en público según creo, he adquirido por una larga práctica y hasta un cierto punto, el hábito de una triple mentalidad. Cuando en el Indostán pronunciaba conferencias

improvisadas, en inglés y traducidas frase por frase a otro idioma, sé que una parte de mi espíritu seguía al traductor, tratando de adivinar en el efecto producido en el auditorio, y a veces oyendo palabras conocidas, si mi pensamiento era fielmente vertido; al mismo tiempo, otra parte de mi espíritu observaba a ciertos individuos y hacía reflexiones sobre sus originalidades y sus probables capacidades, algunas veces hasta dirigía algunas palabras aparte a una persona conocida, y estas dos actividades mentales se conservaban distintas e independientes. Pero desde el momento en que mi intérprete terminaba de pronunciar su última palabra, yo reanudaba el hilo de mi discurso y pronunciaba otra frase. Simultáneamente, sin interrumpir las otras dos operaciones, una tercera conciencia, como si fuese un tercer y superior observador, percibía esas dos corrientes de ideas sin mezclarse en ellas para nada. Bien entendido que esto no es más que un estado rudimentario de desarrollo psíquico, cuyos grados superiores están representados por algunos de los aspectos de los dones espirituales de H.P.B. Pero aún una pequeña experiencia de esta clase, puede ayudar a comprender el problema de esos fenómenos mentales; es un indicio ligero, pero seguro, de que "aquel que sabe" puede observar y saber.

Si yo fuera musulmán, probablemente sostendría con el mismo Mahoma, que el hecho de que un hombre sin educación como él, haya escrito el Korán en árabe clásico, es el mayor de los milagros psíquicos y una prueba de que su Yo espiritual había cortado todos los lazos carnales para leer directamente en las fuentes eternas. Si H.P.B. hubiese sido un asceta, amo de su cerebro físico, despierto y capaz de escribir con pureza en inglés sin haberlo aprendido y de componer y arreglar su libro según un plan preconcebido, en lugar de embarullar sus materiales, podría creer también eso de ella y atribuir su libro maravilloso de apasionador interés, a su individualidad desarrollada. Pero no puedo, dado los hechos, y debo pasar a la discusión de las otras teorías.

CAPÍTULO XV

POSESIÓN APARENTE POR DIFERENTES ENTIDADES

Ahora bien, ¿diremos que escribió *Isis* como un medium vulgar, es decir, bajo la dirección de los espíritus de los muertos? Respondo: con seguridad que no. Porque en su caso, el poder que la hubiese hecho actuar, empleó métodos bien diferentes a los que se encuentran en los libros y a los que observé en el transcurso de los numerosos años que estudié el Espiritismo. He conocido toda clase de mediums: parlantes, escribientes, sonámbulos, curanderos, clarividentes, que producían fenómenos y que efectuaban materializaciones. Los he visto actuar; he seguido sus sesiones y observado los caracteres de su obsesión y de su posesión. El caso de H.P.B. no entra en ninguno de los suyos. En realidad, ella podía hacer más o menos todo lo que ellos hacían, pero, cuando lo quería, y en cualquier momento, de día o de noche, sin formar círculo, sin elegir los testigos, sin imponer las habituales condiciones. Y además de eso, he tenido la prueba visual de que, por lo menos, algunos de aquellos por quienes trabajábamos, eran hombres vivos, puesto que los ví en la India en carne y hueso, después de haberlos visto en su cuerpo astral en América y Europa, y los he tocado, y he hablado con ellos. Lejos de presentarse como espíritus; me dijeron que estaban tan vivos como yo, que cada uno de ellos tenía su propia idiosincrasia y sus propias facultades, en una palabra, su completa individualidad. Me dijeron también que algún día yo podría alcanzar el estado a que ellos habían llegado, y esto tan de prisa como me lo propusiese; pero que no debía esperar nada de favor y que, siguiendo su ejemplo, debería subir cada escalón por mis propios esfuerzos. Uno de los más grandes entre ellos, el Maestro de los dos Maestros de quienes el público ha oído hablar y a quienes ha vilipendiado tanto, me escribía el 22 de junio de 1875: "Ha llegado el momento de deciros quién soy. Hermano mío, no soy un espíritu desencarnado, sino un hombre vivo, a quien nuestra Logia ha confiado poderes que serán vuestros algún día. No puedo visitaros más que en espíritu, porque millares de leguas nos separan en este momento. Tened paciencia y valor, infatigable servidor de la Fraternidad sagrada. Trabajad y esforzáos vos mismo, porque uno de los mayores factores del éxito es no contar sino

consigo mismo. Acudid en ayuda de vuestro hermano necesitado y seréis ayudado vos mismo en virtud de la perpetua e inmutable ley de las compensaciones". En resumen, de la ley del Karma, que como se ve, se me enseñó casi desde el comienzo de mis relaciones con H.P.B. y los Maestros.

Sin embargo, a pesar de lo que precede, fuí inducido a creer que por lo menos uno de nuestros colaboradores era un espíritu desencarnado, el alma pura de uno de los más sabios filósofos de los tiempos modernos, ornamento de nuestra raza, una de las glorias de su país. Era un gran platónico y se me dijo que se había absorbido tan por entero en sus estudios, que estaba "encadenado a la tierra", es decir, que no había podido romper los lazos que lo ligaban a este mundo, pero que vivía en una biblioteca astral creada por su propia imaginación, sumergido en sus reflexiones filosóficas, ignorando la fuga del tiempo y preocupado en inclinar los espíritus de los hombres hacia una base filosófica y sólida de la verdadera religión. Ese deseo no lo arrastraba a renacer entre nosotros, pero lo llevaba a buscar aquellos que como nuestros Maestros o sus agentes, se esfuerzan trabajando por la difusión de la verdad y deshaciendo las supersticiones. Se me dijo que era tan puro y sin egoísmo, que todos los Maestros sentían por él el más profundo respeto y que no teniendo el derecho de intervenir en su Karma, no podían menos que dejarle usar largamente de sus ilusiones astrales, antes de llegar a ese estado ideal de sér sin forma y de absoluta espiritualidad, que es el fin natural de la Evolución. La absorción demasiado completa de su espíritu en sus preocupaciones intelectuales, había ahogado momentáneamente en él la espiritualidad, pero mientras tanto se sentía muy deseoso de trabajar con H.P.B. en un libro tan importante, a cuya parte filosófica contribuyó mucho. No se materializaba; no ejercía obsesión sobre H.P.B. al estilo espiritista; sencillamente conversaba con ella psíquicamente durante horas, le dictaba su original, le indicaba citas para que las buscase, respondía a mis preguntas de detalles, me instruía en los fundamentos, y en fin, hacía de tercera persona en nuestra asociación literaria. Un día me dió su retrato –un croquis hecho con lápices de color, en un mal papel– y a veces me gratificaba con algunas líneas sobre asuntos personales, pero durante todo el tiempo de nuestras relaciones, fue para los dos un maestro y un amigo, muy dulce, muy bueno y muy sabio. Nunca le oímos la menor sugestión de que se creyera muerto, y supe que se creía siempre vivo. Parecía no tener ninguna idea del tiempo, y recuerdo haber reído mucho una noche con H.P.B.:

serían las dos y media de la mañana, y mientras fumábamos el cigarrillo de despedida, después de una noche de encarnizado trabajo, le preguntó tranquilamente a H.P.B.: "¿Está V. dispuesta a empezar?". Había tomado el fin de la noche por su comienzo. Y también recuerdo que ella exclamó: "En el nombre del cielo, no se ría V. hasta el fondo de su espíritu, que el anciano señor lo oirá y se sentirá lastimado". De esto, saqué la conclusión de que reír superficialmente, no es más que alegría corriente, pero reír profundamente es impresionar el plano de las percepciones psíquicas, de modo que las emociones, como la belleza, pueden *a veces* no pasar de la epidermis. El mal también; pensad bien en esto.

Salvo este antiguo platónico, jamás tuve relaciones conscientes, con o sin la ayuda de H.P.B., con ninguna entidad desencarnada, en el transcurso de la confección de nuestra obra, a menos que Paracelso no se cuente como tal, lo que como los alsacianos, dudo firmemente. Me acuerdo que una noche, a la hora del crepúsculo, cuando vivíamos en la calle 34 Oeste, acabábamos de hablar de la grandeza de Paracelso y de los infames tratamientos que le hicieron sufrir durante su vida y después de su muerte aparente. H.P.B. y yo nos encontrábamos en el pasillo, entre las habitaciones del frente y las de atrás, cuando de pronto su voz cambió, tomó afectuosamente mi mano y preguntó: "¿Queréis tener a Teofrasto por amigo, Harry?". Murmuré una respuesta, y en seguida esa expresión rara desapareció, H.P.B. volvió a ser ella misma y recomenzamos nuestro trabajo. Esa noche escribí los párrafos que le conciernen, página 500 del tomo II de *Isis*. (En la edición española, página 174 del tomo IV. N. del T.). En cuanto a su muerte, todas las probabilidades están contra la verdadera muerte de un Adepto en el momento en que parece producirse. Teniendo en cuenta su conocimiento de los procedimientos de ilusión, aun un cadáver aparentemente encerrado en un féretro clavado y enterrado en una tumba, no sería una prueba suficiente, de la realidad del fallecimiento. Sin contar los accidentes que pueden ocurrirle como a los otros hombres cuando no pone cuidado, un Adepto elige el lugar de su muerte y su cuerpo desaparece sin dejar rastros. Así, ¿quién puede decir lo que fue del conde de Saint Germain?, esa gran alma noblemente dotada, el "Aventurero", el "espía" de las enciclopedias, que deslumbró a las cortes del penúltimo siglo, que fue acogido en los círculos más apetecidos y eruditos, así como en la intimidad de Luis XV y que fundó hospitales y gastó sumas enormes en obras de caridad, sin aceptar jamás

remuneración alguna por los más señalados servicios, que se retiró a Holstein y desapareció tan misteriosamente como había aparecido. "Después de nosotros el diluvio", decía la amante del rey (8). Después de Saint Germain vino la Revolución francesa y el alzamiento de la Humanidad.

Al desechar la hipótesis de que H.P.B. escribió *Isis* con un medium vulgar "bajo contralor", hemos visto, sin embargo, que algunas partes fueron compuestas al dictado de un espíritu; una entidad extraordinaria y excepcional, es cierto, pero al fin un hombre fuera de su cuerpo físico. Lo que anteriormente dije acerca de su manera de trabajar con nosotros, concuerda bien con lo que ella dice en una carta a su familia, para explicar cómo escribió su libro sin preparación especial.

"Cuando me *dicen* que escriba, obedezco y me pongo a ello; entonces puedo escribir fácilmente sobre casi todos los temas: Metafísica, Psicología, Filosofía, religiones antiguas, Zoología, ciencias naturales, ¿qué se yo? ¿Por qué?, porque *alguien que todo* lo *sabe* me lo *dicta. Mis maestros* y a veces *otros que en otro tiempo conocí en mis viajes". (Incidentes, etc.,* pág. 205)[35].

Es exactamente lo que sucedía entre ella y el antiguo platónico, pero él no era uno de "sus Maestros" y ella no había podido conocerlo en sus viajes, porque él había muerto antes de que ella naciera; esta vez, por lo menos. El asunto se reduce entonces a saber si el antiguo platónico era realmente un espíritu desencarnado, o un Adepto que hubiese ocupado el cuerpo de ese filósofo y que hubiera aparentado morir (pero aparentado tan sólo) el 1 de septiembre de 1687[36]. El problema es seguramente difícil de resolver. Dada la ausencia de circunstancias accesorias, habituales en los casos de obsesión por un espíritu, y considerando que H.P.B. servía de secretario al platónico exactamente como sucede entre personas corrientes, salvo que el patrono era invisible a mis ojos, parece que hubiéramos tenido que entendernos con un hombre vivo más bien que con un espíritu desencarnado.

No tenía el aire de ser un Hermano, como entonces llamábamos a los Adeptos, sino que casi, y en lo tocante al trabajo literario, las cosas pasaban con él exactamente como cuando un Maestro conocido (ver teoría 1), escribía o dictaba otra parte del libro. Esto pide una aclaración. Se ha visto más arriba que los

---

[35] Página 170 de la edición española.
[36] Se refiere al doctor Enrique More (1614-1687), catedrático de Cambridge. Véase *Isis Sin Velo*, vol. I, pág. 290. (N. del T.)

manuscritos de H.P.B. presentaban grandes diferencias y que su escritura habitual tenía numerosas variantes; además, que cada cambio de escritura iba acompañado de un cambio concomitante de modales, movimientos, expresión y capacidad literaria en H.P.B. No era difícil percibir cuándo quedaba abandonada a sí misma, porque su inexperiencia resaltaba en seguida, y comenzaban otra vez en gran escala los recortes y remiendos. Entonces el original que yo tenía que revisar era detestable, y después de transformarse en una masa confusa de llamadas, tachones, correcciones y sustituciones, terminaba por ser nuevamente escrita por ella, según yo se la dictaba (ver teoría 7). También, se me ha insinuado varias veces que diversas inteligencias se servían del cuerpo de H.P.B. como de una máquina de escribir, pero nunca se me dijo precisamente: "Soy fulano" ni '''He aquí a A. o a B.". Por otra parte, yo no lo necesitaba después de haber trabajado bastante largo tiempo con "mi gemela" para conocer a fondo todas sus variedades de humor, de lenguaje y de impulsos. Los cambios eran claros como el día, y al cabo de cierto tiempo, yo podía decir cuando volvía al salón, después de un corto examen de su fisonomía y sus movimientos: "He ahí a fulano o a zutano", y pronto lo que sucedía en seguida venía a confirmar mi suposición. Uno de sus *alter ego,* que después conocí personalmente, usa toda la barba y largos bigotes cuya parte superior se une a las patillas, según la moda radjpout. Cuando reflexiona profundamente, tiene la costumbre de tirarse mecánica e inconscientemente del bigote. Pues bien, a veces, en los momentos en que mi amiga se convertía en "algún otro", la veía que con una mirada lejana, retorcía y tironeaba un bigote imaginario que indudablemente no existía en su labio superior; de pronto el "alguien" de grandes bigotes, vuelto al sentimiento de las cosas externas, se daba cuenta de que yo lo observaba, se apresuraba a retirar la mano de su cara y volvía a escribir. Otro "alguien" sentía tal horror por el inglés, que nunca quería hablar más que en francés; era un artista y apasionado inventor. Otro venía que borroneaba con lápiz docenas de estrofas sobre temas, ya sublimes, ya humorísticos. Así, cada "alguien" mostraba marcadas y diferentes disposiciones, tan fáciles de reconocer como las de nuestros amigos y conocidos. Había uno que adoraba las buenas historias y que tenía infinita gracia. Otro, en cambio, era lleno de dignidad, reserva y erudición. Los había pacientes y llenos de benevolencia; otros eran nerviosos y exasperantes. Un "alguien" no hallaba nada mejor que apoyar con fenómenos sus explicaciones filosóficas o científicas de los temas que yo debía redactar, pero había otro "alguien" a quien uno no se habría ni siquiera atrevido a sugerirle la idea de

hacerlo.

Cierta noche fuí vivamente reprendido. Algún tiempo antes, yo había traído dos hermosos lápices blandos, perfectos para nuestro trabajo, de los que dí uno a H.P.B., guardando el otro para mí. Ella tenía la molesta costumbre de pedir prestados lápices, cortaplumas, gomas, etc., y olvidarse de devolverlos; una vez entrados en su pupitre, no volvían a salir a pesar de todo lo que uno dijera o hiciese. Esa noche, el "alguien" artista, dibujaba una cara de estivador en un papel cualquiera, mientras hablaba conmigo, cuando me pidió otro lápiz. Yo pensé inmediatamente: "Si tengo la desgracia de prestarle mi lápiz, éste desaparecerá en el cajón y no lo tendré más para mí". No dije nada, tan sólo lo pensé para mí, pero el "alguien", con una mirada dulcemente sarcástica, tomó una caja para lápices que se hallaba entre los dos, la tuvo entre sus manos un momento, y resultó llena con una docena de lápices de idéntica calidad! No dijo una palabra, ni siquiera me miró, pero yo sentí que me puse colorado hasta la frente y me sentí humillado como nunca lo fuí en mi vida. Sin embargo, tal vez yo no merecía tal lección, dadas las costumbres "anexionistas" de H.P.B. en cuanto a los útiles de escritorio..

De modo que cuando uno de esos "alguien" estaba de *servicio,* como yo decía entonces, el manuscrito de H.P.B. volvía a tomar por completo la misma apariencia que todas las otras veces que él había prestado su colaboración. Escribía con preferencia sobre ciertos temas de su agrado, y en este caso H.P.B., en lugar de servir de secretario, se convertía positivamente en otra persona (ver teoría III). En aquel tiempo, sólo con ver una página del manuscrito de *Isis*, podía decir con seguridad por cuál "alguien" había sido escrita. ¿Dónde estaba el Yo de H.P.B. en esos momentos de sustitución? Ese es el asunto, y esos son misterios que no se revelan al primero que llega (9). Según lo que he comprendido, ella prestaba su cuerpo como se presta una máquina de escribir y se iba a evacuar otro asunto que podía llevar a cabo en su cuerpo astral, mientras que un cierto grupo de Adeptos ocupaba y manejaba por turno su cuerpo físico. Cuando veían que yo sabía reconocerlos –hasta el punto de haberles dado nombres para poder hablar de ellos con H.P.B.– me honraban muchas veces con un grave saludo o con un familiar gesto de despedida, antes de dejar el salón para ceder el sitio al que entraba de servicio. Y a veces me hablaban los unos de los otros, como se hace de los ausentes; de este modo fue como poco a poco llegué a conocer algo de su historia. También hablaban de H.P.B.

entonces ausente, distinguiendo entre su persona y el cuerpo físico que en ese momento ella prestaba. Uno de los *Mahatmas,* en una carta que hablaba de cosas ocultas, le llama (a dicho cuerpo) “vieja ilusión”, y en 1876, refiriéndose también a él, dice: “así como el hermano que lo ocupa”. Otro Maestro me dijo a propósito de un terrible acceso de cólera que yo había provocado (involuntariamente) en H.P.B.: ¿”Quiere usted, pues, matar el cuerpo”? Y el mismo, en una nota, habla en 1875 de “aquellos cuya *envoltura* nos sirve de representante” (él ha subrayado esa palabra).

Se comprenderá mi turbación al descubrir una buena noche que, sin sospecharlo, acogí al grave filósofo que más adelante describiré, con una ligereza que descompuso su calma habitual. Creyendo interpelar a mi antigua amiga H.P.B., le dije: “¡Bueno, mi vieja dama, a trabajar!”. Inmediatamente me ruborizaba avergonzado, porque la expresión que vi aparecer, mezclada de sorpresa y de dignidad ofendida, me hizo ver con quién estaba tratando. Mi plancha era semejante a la del buen viejo Pedro Cooper en el baile que dió la Academia de Nueva York al heredero del trono, cuando golpeándole en el hombro, le dijo familiarmente: “¡Y bien! Gales, ¿qué le parece a usted esto?”. Era justamente un Maestro que me inspiraba el más filial respetó, no tan sólo a causa de su profunda erudición, de su noble carácter y de sus distinguidos modales, sino además por su bondad y paciencia, en verdad paternales. Me parecía que sólo él leía en el fondo de mi corazón y deseaba desarrollar y madurar cada pequeño germen espiritual que allí dormitaba en estado latente. Me han dicho que era un personaje de la India del Sud, que tenía una gran experiencia espiritual y era un Maestro de los Maestros; vivía bajo la apariencia de un propietario rural, y cuya verdadera condición era desconocida por quienes le rodeaban. ¡Ah! ¡Qué noches dedicadas a elevados pensamientos pasé con él; no puedo compararlas a nada, sea lo que sea, del resto de mi vida! En particular, recuerdo una noche durante la cual por medio de semi-sugestiones despertó mi intuición, para hacerme comprender la teoría de la relación de los ciclos cósmicos, con puntos fijos en las constelaciones, mientras el centro de atracción se desplaza en un orden determinado. Recordad vuestras sensaciones la primera vez que mirasteis por un gran telescopio el cielo estrellado: la emoción, el asombro, la súbita expansión mental al comparar nuestra Tierra familiar y tan vulgar, con las infinitas profundidades del espacio y los innumerables mundos estelares que siembran la azulada inmensidad. Tendréis una débil idea de lo que sentí en el momento en que

esta majestuosa concepción del orden cósmico invadió mi espíritu y lo conmovió de tal modo que perdí la respiración. Si aún me quedaba el menor vestigio hereditario de una tendencia hacia las teorías geocéntricas sobre las que reposan las teologías, fue barrido como las hojas muertas lo son por la tempestad; me sentí renacer en un nuevo plano y que me convertía en un hombre libre.

Este Maestro es el que dictó a H.P.B. las respuestas a las preguntas sugeridas a un miembro inglés de la Sociedad, por la lectura del *Buddhismo Esotérico,* publicadas en el *Theosophist* de septiembre, octubre y noviembre de 1883. Una mañana, estando en Ootacamund, en casa del mayor general Morgan, ella escribía, estremeciéndose de frío y con las piernas envueltas en mantas; yo estaba en su habitación leyendo, cuando volvió la cabeza y dijo:

"Que me ahorquen si alguna vez he oído hablar de los Iafigios; ¿alguna vez ha leído usted algo sobre esa tribu, Olcott?". Le contesté que no, y pregunté el porqué de su consulta. "Pues –me contestó– el anciano caballero me dice que escriba eso. Pero me parece que debe haber un error; ¿qué le parece a usted?". Le respondí que si ese Maestro le había dictado ese nombre, podía escribirlo sin temor, porque él siempre tenía razón. Y así lo hizo. He aquí otro ejemplo más de cosas escritas al dictado, y de las que ella no tenía hasta entonces ninguna idea. Jamás estudió el indostano, y en su estado normal nunca supo hablarlo ni escribirlo. No obstante, tengo en mi poder una nota en indostano, en caracteres devanagari, que yo le ví escribir y entregársela al *swami*[37] Dyanand Saraswati, en el jardín de Vizianagram en Benarés, donde nos recibieron en 1880.

El *swami* leyó la nota, escribió y firmó su respuesta en la misma hoja, que H.P.B. dejó sobre una mesa, de donde yo la recogí.

Pero lo he dicho y lo repito del modo más rotundo: ninguno, ni el más sabio o el más noble de esos "alguien", me alentó jamás en lo más mínimo para que le creyera infalible, omnisciente u omnipotente. Nunca manifestaron la menor veleidad de un deseo de ser adorados, tratados como seres divinos, ni considerados como inspirados, cuando se servían de H.P.B. como de un secretario. Siempre los consideré como hombres, mortales como yo, verdaderamente más sabios e infinitamente más avanzados que yo, pero tan sólo a causa de que me precedían en el

[37] Ascetas de clase superior, son célibes, llevan una vida muy pura y no muestran sus poderes si los tienen. (N. del T.)

camino normal de la evolución humana. Tenían horror a todo servilismo, así como a la adulación, y se decían llenos de egoísmo, de vanidad y de debilidad. Con frecuencia me daban su sincera opinión sobre las visitas demasiado melosas, después que se iban, y mis lectores se hubiesen reído mucho, caso de encontrarse presentes cierta noche, después de que una señora de género desbordante acababa de despedirse. Antes de irse, había acariciado a H.P.B., se sentó en el brazo de su sillón y le acarició las manos, mientras le besaba la cara. Yo estaba ahí y veía el azoramiento del "alguien" (varón) pintado en su rostro. Acompañé a la señora hasta la puerta, y cuando volví, casi estallé de risa viendo al "alguien"–un *sadhú*[38] sin sexo como no hubo otro– que me miraba con aire afligido, diciendo con indescriptible melancolía: "¡Me ha *besado!*". Era demasiado, tuve que sentarme.

Ya dije antes que la colaboración del antiguo platónico y su manera de dictar a H.P.B. era idéntica a la de los Adeptos y que así como él tenía predilección por ciertos temas, cada uno de ellos tenía sus preferencias individuales. Pero existía la diferencia de que mientras los Adeptos ocupaban a veces su cuerpo como si fuese suyo y lo utilizaban para exhibir, como hubieran hecho con el propio (así como el espíritu de María Roff utilizaba el cuerpo de Laurencia Vennum y se encontraba tan a gusto como si hubiese nacido en él), el platónico no usó jamás este procedimiento y la empleó sólo a modo de secretario. También hablé de las partes de *Isis* que eran la obra personal de H. P; B. y dije cuán inferiores eran a las que los "alguien" escribían para ella; esto es bien fácil de comprender. ¿Cómo H.P.B., que no poseía los conocimientos requeridos, hubiese podido escribir correctamente sobre los temas tan variados de que su libro trata? En su estado normal (o que parecía serlo), ella leía un libro, marcaba lo que le chocaba, cometía errores, los corregía, los discutía conmigo, me hacía escribir, estimulaba mis intuiciones, pedía datos a sus amigos; en fin, hacía todo lo que podía hasta que conseguía hacer venir un Maestro en respuesta a sus llamamientos psíquicos. Y no siempre estaban a nuestra disposición para todo lo que necesitásemos. Ella producía una gran cantidad de páginas muy hermosas, porque tenía magníficos dotes literarios; nunca era taciturna ni pesada, y como dije en otra parte, usaba con soltura sin igual, de tres idiomas cuando se encontraba dispuesta. Escribió a su tía que cuando su Maestro tenía que hacer en otra parte, le dejaba su reemplazante, que era entonces el "Yo Luminoso" de H.P.B., su Augoeides,

[38] Asceta, santo, virtuoso; en sánscrito. (N. del T.)

que pensaba y escribía por ella (ver teoría II). No me atrevo a pronunciarme sobre esto, porque nunca la ví en ese estado; sólo la conocí en tres formas, a saber: H.P.B. ella misma, H.P.B. poseída o influida por los Maestros, y H.P.B. sirviéndoles de secretario y escribiendo a su dictado. Es posible que al tomar posesión su Augoeides de su cerebro físico, me haya dado la impresión de que uno de los Maestros estaba presente; no sabría decido. Pero lo que omite decir a su tía es que había numerosos momentos –bien numerosos– en los que ella no obraba poseída ni por contralor, y que no trabajaba al dictado de una inteligencia superior, sino que era sencilla y visiblemente H.P.B., nuestra familiar y querida amiga, y después nuestra maestra, esforzándose como mejor podía, para cumplir su misión literaria.

A pesar de esas diferentes intervenciones, *Isis* da plenamente la sensación de individualidad que se halla de nuevo en sus otras obras; algo que le pertenece en propiedad. Epes Sargent y otros escritores americanos me han expresado su admiración por su perfecto manejo de nuestra lengua, y uno de ellos llegó hasta decir y publicar que ningún autor que losque vivían en ese tiempo, escribía el inglés mejor que ella. Es una exageración, claro está. Pero felizmente, un competente filólogo sometió su estilo a un examen científico comparado. El sabio doctor Juan A. Weisse, en su obra *Origen, Progress and Destiny of the english language and literature,* ha dado un cierto número de cuadros en los que expone de dónde proceden las palabras empleadas por conocidos escritores ingleses. Los siguientes extractos harán ver las fuentes del lenguaje de *Isis Sin Velo,* comparadas con las que otros autores usaron. Dice el doctor Weisse: “Ese libro es un tesoro de hechos nuevos y de nuevas fases, presentadas de un modo tan brillante, que no es menester ser iniciado para leerlo con interés”. He aquí su análisis en el cuadro adjunto.

AUTORES Y OBRAS ANALIZADAS	Palabras greco-latinas	Palabras gótico-alemanas	Palabras célticas	Palabras semíticas
Roberto Burton (1621). - *Anatomy of melancholy*	54	46	0	0
Juan Bunyan (1682) - *Pilgrim's progress*	31	68	1	0
Sir Tomas Browne (1682). - *Hydriotapia*	51	47	2	0
Samuel Johnson (1784 u 80) - *Lives of the English poets* ..	47	51	2	0
W. L. Trench - *On the study of words*	30	68	2	0
Jorge P. Marsh - *Lectures on the English language*	58	41	1	0
S. A. Allibone (1872) - *Crit. Dict. Engl. Literature,* etc. .	53	46	1	0
Darwin - *Origen of species* ...	53	46	1	0
H. P. Blavatsky - *Isis unveiled*	46	51	1	2
S. M. la reina Victoria - *Leaves of our Jour. Highlands*	39	63	0	1

Parece, pues, que el inglés de la señora Blavatsky es, en resumen, el del doctor Samuel Johnson, que pasa por ser el más perfecto que pueda leerse. Un examen de la misma clase, de sus obras francesas, la presentaría sin duda tan hábil para manejar ese hermoso idioma, como los más grandes autores franceses modernos.

CAPÍTULO XVI

DEFINICIÓN DE LOS TÉRMINOS

Ahora, ¿cómo definiremos la paternidad de *Isis Sin Velo* y cómo H.P.B. misma? Indudablemente, *Isis* es una obra hecha en colaboración, producto de varios autores diferentes y no de H.P.B. sola. Mis observaciones personales sobre este particular, están plenamente confirmadas en sus cartas a la familia que cita el señor Sinnet, porque H.P.B. explica en ellas que todas las partes de su libro que tratan de temas con los cuales no estaba familiarizada, le fueron dictadas por Maestros o fueron escritas por su Yo Superior utilizando su mano y su cuerpo físico. Es una cuestión compleja en extremo y nunca se sabrá exactamente la verdad en cuanto a la parte exacta de cada colaboración. La personalidad de H.P.B. representa el molde en donde todas las materias coladas tomaron forma, color y expresión, bajo la influencia de sus propias características mentales o físicas. Porque así como los sucesivos ocupantes del cuerpo de H.P.B. no hacían más que modificar su propia escritura sin emplear la de ellos (10), también sirviéndose de su cerebro, no pudieron impedir que colorease su pensamiento y arreglase sus palabras, de acuerdo can sus costumbres personales. Del mismo modo que la luz del día, al pasar a través de las vidrieras de una iglesia, toma todos las tonos de las vidrios de color, los pensamientos transmitidos por intermedio del cerebro de H.P.B. se modificaban en el sentido de las costumbres literarias y del modo de expresión que ella había adoptado. El simple buen sentido nos hace ver que la nitidez de la composición y la claridad del estilo dependen ante todo de la identidad de naturaleza entre la personalidad intelectual y moral de la inteligencia dominante y del sujeto dominado. El hecho es que noté que en los momentos en que H. P. B. en carne y hueso se encontraba en un estado de extrema irritabilidad, su cuerpo no era jamás ocupado, salvo por el Maestro de quien ella era la discípula particular, como la pupila espiritual, y cuya voluntad de hierro era aún más fuerte que la suya; los filósofos menos enérgicos se mantenían apartados. Yo hice, naturalmente, la pregunta: ¿por qué no estaba sometida a un contralor permanente y por qué no era siempre el sabio tranquilo y concentrado en que se convertía bajo el imperio de

ciertas obsesiones? Se me respondió que eso sería querer hacerla morir de apoplejía; ese cuerpo estaba animad por un espíritu cálido e imperioso, que desde la infancia había rechazado toda clase de imposición, y si no se le dejaba una válvula por donde el exceso de energía física pudiese escapar, el resultado sería fatal. Me dijeron que el estudio de la historia de su familia (los Dolgorouki), me aclararía ese misterio. Ví, en efecto, que esa familia de príncipes y de militares que se remontaba al tiempo de Rourick (siglo IX) se señaló siempre por un valor extremo, una osadía a toda prueba, un apasionado amor par la independencia y el desprecio por las consecuencias que eso trajese. El príncipe Jacobo, senador de Pedro el Grande, es un ejemplo típico del carácter de la familia; hizo pedazos en pleno consejo del Senado un *ukase* que le disgustaba y cuando el emperador le amenazó can la muerte, respondió: "Imitad a Alejandro, hallaréis en mí a Clitus". *(Am. Encycl.* VI, 55)[39]. Así era H.P.B., y con frecuencia me dijo que no se dejaría conducir por ningún poder de este mundo ni del otro. No respetaba más que a sus Maestros, y aún con ellos se mostraba a veces tan combativa, que se ha visto que los de carácter más dulce entre ellos no se arriesgaban cuando ella se encontraba de cierto humor. H.P.B. me aseguró con emoción que para colocarse en estado de entrar en relación con ellos había necesitado pasar por años de heroicos esfuerzos sobre ella misma. Dudo que nadie haya tenido nunca mayores obstáculos que vencer para entrar en el Sendero, ni mayor lucha interior para mantenerse en él. No hay para qué decir que un cerebro tan fácilmente inflamable, no era de los más apropiados para la delicada misión que emprendió, pero los Maestros me aseguraron que era mucho mejor que cualquier otro que hubiesen podido hallar y que era menester que sacasen de él todo el partido posible. Para ellas era la fidelidad y la devoción personificadas, y estaba dispuesta a osar y a sufrir lo que fuese, siendo para su obra.

Más dotada que nadie de su generación de poderes psíquicos naturales, ardiendo de un entusiasmo que rayaba en fanatismo, proporcionaba su tenacidad personal, que unida a un grado extraordinario de resistencia física, hacía de ella un agente de gran potencia si no de gran docilidad e igualdad de carácter. Un espíritu menos turbulento tal vez hubiera producido mejor tarea literaria, pero en lugar de durar diez y siete años, hubiese sido gastada probablemente después de diez años de esfuerzos y el mundo no habría tenido sus últimas obras.

[39] Se refiere al príncipe Jacobo Fedorowitch Dolgorouki, general y senador; nació en 1639; peleó contra los turcos y contra Carlos XII; fue embajador en Francia y también en España el año 1687; murió el año 1720. (N. del T.)

Me parece que puesto que la personalidad del psíquico modifica distintamente la escritura producida por su mediación, tenemos ahí una piedra de toque para juzgar de la autenticidad de las pretendidas comunicaciones de los *Mahatmas* M. y K. H. recibidas después de la muerte de H.P.B. Mientras ella vivió todas sus comunicaciones fuera quien fuera el escribiente visible y donde quiera que fuesen recibidas, eran de una escritura que se parecía más o menos a la suya. Esto es también exacto en cuanto a las cartas que recibí de modo anormal en plena mar a bordo de un vapor, o en vagones de ferrocarril, así como respecto a las que cayeron del cielo o fueron recibidas de alguna otra manera extraordinaria por el señor Sinnett, el señor Hume y otros privilegiados corresponsales de nuestros Maestros orientales. Porque en donde quiera que ella estuviese, era a través de su personalidad que ellos debían trabajar con nosotros por la evolución de nuestro movimiento. Por otra parte, poco importaba que ella estuviese con ellos en el Thibet o conmigo en Nueva York, o con el señor Sinnett en Simla; su afinidad cooperativa era de naturaleza psíquica, y por consiguiente, tan independiente como el pensamiento mismo, del tiempo y del espacio.

Hemos visto un resultado notable de ese principio aplicado a la psico-dinámica (cap. II), en el fenómeno de las cartas detenidas en su tránsito postal, aumentadas con comentarios y enviadas a Filadelfia en lugar de serlo a Nueva York. Si no se pierde esto de vista, se deducirá que hay cien probabilidades contra una, de que todas las comunicaciones atribuidas a uno de esos dos Maestros, y recibidas después de la muerte de H.P.B., sean dudosas *si continúan siendo* de *la misma escritura que antes* (11). Si las premisas son justas, la conclusión se impone. Si todos los manuscritos de los *Mahatmas,* en su tiempo, debían forzosamente ser más o menos de su escritura porque estaban transmitidos psíquicamente por su mediación, es evidente que nada de lo que nos ha llegado después de mayo de 1891 debería ser de la misma mano, puesto que ha cesado de imponer sus modificaciones sirviendo de intermediario. Ahora, los manuscritos deberían parecerse a los del nuevo agente o nuevos agentes de transmisión. Esto suponiendo que la autenticidad de esos manuscritos sea tan bien establecida como en el caso de H.P.B., quien muchas veces los transmitía por precipitación ante nuestra vista, o dentro de sobres cerrados *que ella no había* tocado, o por caída en el espacio ante testigos, o de cualquiera otra manera que implique un fenómeno. Los textos precipitados de Slade, de Watkins y de otros varios mediums,

se clasifican en la misma categoría. El hecho de parecerse a la escritura de un Maestro o más o menos a la del medium supuesto, no sería de ninguna manera una prueba en sí de autenticidad, sino todo lo contrario. A menos de apartar toda probabilidad de mala fe, un mensaje místico no vale ni el papel en que está escrito ni el tiempo que se emplea en leerlo. Aun cuando la autenticidad no da lugar a dudas, los mensajes psíquicos son con frecuencia triviales y sin ningún valor fuera de su origen psíquico.

Personalmente, puedo decir que desde 1853 que esos fenómenos me han sido familiares, nunca dí la menor importancia a ninguna enseñanza psíquica con el pretexto de que el autor era fulano o mengano; no juzgué sobre su valor, sino por su misma naturaleza, y aconsejo encarecidamente a mis lectores que hagan otro tanto sí quieren evitar ser engañados; más vale un escepticismo experimentado que la más aprobada de las credulidades, porque, recordad bien que probablemente nadie recibió nunca ni una línea en inglés de la escritura personal de un Maestro, escrito por él según el procedimiento corriente; salvo tal vez el billete que K. H. formó en mi propia mano cuando fue a verme en carne y hueso a mi tienda de campaña, una noche en Lahore, en 1883. No quisiera afirmar nada ni siquiera acerca de ése, porque no se lo ví escribir y puede haber creado la carta en el sitio mismo, recurriendo al aura: de H.P.B., que me acompañaba a todas partes. Aparte de K. H. y del antiguo platónico ya citado, ninguno de los Maestros había aprendido a escribir el inglés, y cuando tenían que hacerlo, estaban obligados a recurrir a un método anormal, como H.P.B. cuando escribió un billete en indostano con caracteres devanagari, al *swami* Dyanand Saraswati en Benarés (ver más arriba). Es preciso recordar, a propósito de esto, las dos escrituras totalmente diferentes del *Mahatma* M., en el manuscrito de *Isis* en 1875-77 y en las cartas de la India, dirigidas a diversas personas después de 1879.

Cuando H.P.B. escribía a sus Maestros, o cuando ellos le escribían sobre asuntos que no debían ser comunicados a terceros, lo hacían en una lengua arcaica que decían era el senzar, que se parece al thibetano y que ella escribía tan corrientemente como el ruso, el francés o el inglés. Yo guardé una carta recibida en Nueva York de uno de los Maestros, en cuya parte superior se veía escrito en caracteres thibetanos con una especie de tinta dorada, la palabra "Sems-dpah".

Desde entonces no la había mostrado a nadie, hasta que el *pandi*[40] Sarat Chandra Das C. I. E., explorador del Thibet y versado en esas materias, me lo tradujo hace poco en Calcuta. Eso quiere decir: "Al corazón poderoso" y es un título honorífico dado en el Thibet a un Bodhisattva.

Los Maestros tenían, además, otra razón para no forzar a H. P. B, para que dulcificara y afinara su naturaleza original a fin de convertirse a pesar de ella en un Sabio dulce y benévolo: hubiera sido intervenir ilegítimamente en su *Karma* personal. Como todo el mundo, ella representaba, tal como entonces era, una determinada ecuación personal, fruto del progreso evolutivo de su Ego. Su *Karma* requería que naciese esta vez en ese cuerpo agitado de mujer y que tuviese la oportunidad de adquirir el progreso espiritual luchando durante toda su vida, contra pasiones hereditarias. Se le hubiera perjudicado y no se hubiese hecho avanzar en nada ese progreso, apagando su carácter ardiente y suprimiendo los otros defectos; hubiese sido lo mismo que mantener un sujeto en un perpetuo estado de hipnotismo, o a un enfermo bajo la influencia de un narcótico. Había intervalos durante los cuales su cuerpo no estaba ocupado por uno de los *Mahátmas* ni su espíritu en estado de absorber lo que se le dictaba. Por lo menos lo presumo, pero con frecuencia estuve tentado de creer que ninguno de nosotros, sus colegas, habíamos nunca conocido a la H.P.B. normal y que hemos estado en relación con un cuerpo artificialmente vitalizado, una especie de misterio psíquico perpetuo, cuyo *jiva*[41] había sido muerto en Mentana cuando recibió cinco heridas y fue dejada por muerta en un foso..

Esta teoría no tiene a priori nada de imposible, puesto que sabemos que la personalidad normal de María Reynolds fue borrada durante cuarenta y dos años, mientras que su cuerpo estaba ocupado, vitalizado y bajo el contralor de otra persona que nada sabía de los diez y ocho transcurridos hasta su aparición. En cuanto a H.P.B., yo no afirmo nada, razono tan sólo, porque no me atrevería positivamente a decir lo que fue esta mujer maravillosa, o más bien como hubiera dicho Buffon: este *homo duplex*. Era un conjunto de contradicciones, tan imposible de comparar con nosotros, personas corrientes, que retrocedo ante una afirmación positiva. Todo lo que ella ha podido decir, a mí o a los demás, casi no cuenta según

[40] Letrado o docto. (N. del T.)
[41] En sánscrito, el principio vital individual. (N. del T.)

mi opinión, porque habiendo vivido y viajado tanto tiempo con ella, y siendo testigo de tantas conversaciones suyas con terceros, le he oído contar de ella misma las historias más contradictorias. Hubiera sido traicionar la personalidad y la residencia de sus Maestros, el mostrarse comunicativa y sincera con esa multitud de curiosos cuya importunidad egoísta hizo aislar siempre en el desierto a los ermitaños. Ella encontraba más fácil despistar a la gente con perpetuas contradicciones.

Así, por ejemplo, hubiera podido muy bien decir que, cuando 1854 trató de penetrar en el Thibet por el Bhutan o el Nepal, el capitán, ahora general, Murray, comandante de esa parte de la frontera, se lo impidió y la retuvo en su casa con su mujer durante un mes. Pero nunca lo dijo y nadie sabía nada de eso hasta que el 3 de marzo último, el general Murray nos lo contó al señor Edge y a mí, en el tren entre Naldati y Calcuta, y lo publiqué. En cuanto a su edad, tan pronto se daba veinte años, como cuarenta, sesenta hasta setenta más de los que realmente tenía. Tengo en nuestros s*crap-books* un cierto número de esas fantasías publicadas en diferentes periódicos según las entrevistas a las cuales a menudo yo asistí. Puede verse el relato de una entrevista con un cronista del *Hartford Daily Times,* en el número del 2 de diciembre de 1888. Ella se presentaba como una especie de Matusalem. Dice el corresponsal: "Muy, muy vieja; es imposible, pero ella lo asegura, a veces con indignación, a veces con orgullo, y a veces con impaciencia. Soy de una raza así –dice– toda mi familia vive hasta avanzada edad... ¿No lo cree V.? Le voy a mostrar mis pasaportes y mis papeles. Puedo probarlo de mil modos". Era su manera de jugar con las cifras. Hacía como Sikh Akali (ver la relación del señor Maclagan sobre el nuevo censo del Pendjab en 1851), que soñaba con ejércitos y pensaba en *lakhs* (1 lakh = 100.000). Si quiere decir que tiene ahí cinco akalis, os diría: "He aquí cinco *lakhs"*.

El *Phrenological journal,* de marzo de 1858, la describe y da un esbozo de su carácter. "En el transcurso de su larga vida, porque tiene más de ochenta años", etcétera. Yo mismo la oí decirle esa edad al redactor del artículo. Después, me dijo H.P.B. que el "alguien" entonces presente en su espíritu, tenía justamente esa edad, de manera que no era una verdadera mentira, aunque el interlocutor, que no veía más que a H.P.B., creyese que se trataba de ella.

Hasta ahora me he servido de la palabra obsesión, pero sé muy bien hasta qué

punto es insuficiente. Obsesión y posesión se dicen por lo general a propósito de una persona atormentada por demonios o espíritus malignos; una persona obsesada es asediada y atormentada; una persona poseída, es dominada, influenciada u ocupada por ellos. Pero ¿qué otra palabra emplear? ¿Por qué los padres de la Iglesia no inventaron una expresión mejor que "lleno" para indicar la posesión de un sér por los buenos espíritus?: "Ellos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar diferentes lenguas".

Pero no olvidemos que el cuerpo de H.P.B. era a veces ocupado por diversas entidades, y la siguiente anécdota mostrará hasta qué punto. Nos encontrábamos los dos en nuestro escritorio, en Nueva York, una noche de verano después de cenar; no habíamos encendido luces y todo estaba en una media luz. Ella estaba sentada junto a la ventana del mediodía y yo estaba de pie delante de la chimenea, reflexionando. Oí que ella me decía: "Mire e instrúyase", y mirando hacia su lado, ví como una niebla que se elevaba de sus hombros y su cabeza. Poco a poco, eso se convirtió en la imagen de uno de los Mahatmas, el que más tarde me dió el turbante histórico, cuyo doble astral tocaba entonces su cabeza brumosa. Quedé inmóvil y silencioso; absorto en la observación del fenómeno; sólo la parte superior del torso se hizo bien distinta, y después palideció y fue desapareciendo, reabsorbida en el cuerpo de H.P.B. o de otro modo que no sé. Ella se mantuvo sentada e inmóvil como una estatua, durante dos o tres minutos, después volvió en sí, suspiró y me preguntó si había visto algo. A mi petición de explicaciones respondió que me tocaba a mí mismo el desarrollar mi intuición para comprender los fenómenos del mundo en que vivía. Todo lo que ella podía hacer para ayudarme, era mostrármelos y dejarme que los interpretase como mejor pudiera.

Numerosos testigos se hallan en situación de certificar la producción de otros fenómenos que podrían probar que diferentes entidades ocupaban a veces el cuerpo de H.P.B. Cinco veces diferentes –una vez por dar gusto a la señorita Emilia Kislingbury, y otra a mi hermana, la señora Mitchell– ella tomó un mechón de sus hermosos cabellos rubios, finos y ondulados y nos lo regaló. Pero resultó que el mechón era de pelo *grueso, negro como el azabache y lacio,* sin sombra de rizada u ondulación. En una palabra: cabellos indos o asiáticos y no sus propios cabellos, sueltos, infantiles y castaños. Veo en mi diario de 1878 que otras dos veces también reprodujo este fenómeno: el 9 de julio, para el hon. J. L. O'Sullivan, antiguo

ministro de los Estados Unidos en Portugal, y el 19 de noviembre para la señorita Rosa Bates en presencia de seis testigos además de la señorita Bates y yo. Algunos adversarios podrían insinuar que eso no era más que un simple juego de manos, pero a eso respondo que en uno de los casos, en el de la señorita Kislingbury o en el de mi hermana, el mechón fue cortado por la misma obsequiada. Tengo dos mechones de cabellos cortados de su cabeza, ambos negros como azabache y bastante más gruesos que los suyos, uno aún más que el otro. El primero es egipcio, indo el segundo. ¿Qué mejor explicación puede hallarse en esos fenómenos que suponer que los verdaderos propietarios de esos cabellos ocupaban en ese momento el cuerpo mayávico de H.P.B.? Pero volvamos a nuestro problema lingüístico.

La palabra*, epistasia* no convendría tampoco, porque significa "inspección, superintendencia, comando, dirección", lo que no responde a los hechos. Epifanía, que quiere decir "reflexión, manifestación, etc.", no resulta mejor. Carecemos de término, y sin embargo, su necesidad se hace sentir mucho, en el punto a que hemos llegado en nuestra crónica psíquica. Hay que pedirle al Oriente.

Como muchas otras cosas de la ciencia psicológica, la ocupación de un cuerpo vivo por otros seres vivientes es perfectamente conocida y definida en la India, aunque resulte tan ignorada para nuestros conocimientos occidentales, que no tengamos una palabra para hablar de ella. *Aves'ha* quiere decir entrar en el cuerpo de un ser vivo *(jiva)* para ejercer un contralor sobre él. Se conocen dos clases. La primera es llamada *Swarûpâ, ves'ha,* y se produce cuando el propio cuerpo astral del Adepto *(am'sasukshma sharîra),* retirado de su cuerpo físico es introducido en el de otra persona. La segunda, *saktyâves'ha,* es cuando por su sola voluntad *(sankalpa),* influencia, inspira o dirige al otro cuerpo de manera que le hace hacer cosas que sobrepasan sus facultades normales, coma, por ejemplo: hablar un idioma para él desconocido, desaparecer instantáneamente a la vista de los asistentes, para transformarse en horrible aparición, como una serpiente, o un animal feroz. Eso nos satisface plenamente, y puesto que hemos tomado *epifanía* del griego. ¿por qué no tomaríamos *aves'ha* del sánskrito, puesto que define bien lo que quisiéramos expresar? La palabra se aplica tan sólo a la relación psíquica entre dos personas vivas o a la inspiración procedente de una entidad espiritualmente superior, y es menester no mancharla haciéndole significar la ocupación o contralor del cuerpo de un medium, para la producción de fenómenos por el alma de un muerto. A eso se le llama *grahana,* y al

elementario (alma de muerto) *graham.* La misma palabra designa la ocupación de un cuerpo vivo por un elemental o espíritu de la Naturaleza. Esta ocupación puede ser: o espontánea, es decir, producida por la atracción del psíquico por el elemental, o bien forzada, o sea el resultado de las conspiraciones de un hechicero o mago que conoce las fórmulas para obligar al elemental, o elementario, a obedecerle. He traído del Japón la fotografía de una imagen en bronce de Kobo Daishi, fundador de la secta Shingon, de quien se dice que era un Adepto, y está representado con dos pequeños elementales a sus pies, que esperan sus órdenes. Un monje de la secta Yama Ousi, que es la de los hacedores de milagros en el Japón, me dió un *kakemono*[42] en el que se ve al fundador de la secta, rodeado de elementales a su servicio. Esta pintura está ahora en la antigua habitación de H.P.B. en Londres. Ella disponía también de servidores de esta clase.

Un antiguo cuento indo nos dice en una forma bien divertida, como el rey Vikramâditya hizo la conquista de la princesa "Pes'amadandé, quien había hecho el voto de no casarse sino con quien la supiese obligar a responder a sus preguntas. El gran rey mago montó a horcajadas en su elementario (no elemental) favorito, Brahmarâkshas Bhetala y se hizo transportar por él hasta la habitación de la hermosa. Pero como ella no se dignase responderle ni una palabra, encargó al elemental que ejerciese obsesión sobre las damas de honor para que cantasen sus alabanzas y reprochasen a su ama, su obstinado silencio. La princesa entonces, las despidió de su habitación y corrió una cortina entre ella y el rey. Este hizo entrar a su elementario en la cortina, la que se puso a hablar. La princesa descorrió la cortina, pero de pronto sus faldas continuaron la conversación. Se quitó el vestido, pero a su vez habló la bata, después la camisa, y por fin las cuatro patas de su diván. La terca princesa no respondía nada. Finalmente, Bhetala se transformó en papagayo; la princesa hizo que se lo dieran y el animal comenzó en seguida a contar cómo la princesa sufría la obsesión de S'ani, el dios de la mala suerte. Al fin vencido, se echó a los pies del rey, confesando su derrota, y como él no quería casarse con ella, la dió por mujer a un príncipe encantador. Tal es la historia que nos cuenta el *Pes'amadandé Kathai,* una recopilación tamil.

En el *Laghu Sabdârtha Sarvasa* de Mahamahopâdyâdya Paravastu

[42] Tapiz largo y estrecho, de seda pintada o bordada, tiene en cada extremo una varilla de madera. Se cuelgan en las paredes. (N. del T.)

Vencatarungâchârya, vol. I, pág. 316, artic. "Avatâra", se hallará la aclaración de este importante tema del Aves'ha. Todos los lectores occidentales inteligentes de la literatura teosófica, conocen la teoría inda de los Avatares y cómo es que los Avatares de Vishnú son manifestaciones visibles de la protección divina y de la voluntad del Dios de mantener a la Humanidad errante en el camino de la aspiración religiosa. Hay dos clases de Avatares: se llama *pradurbhâva* al acto de encarnarse en un cuerpo que no está animado por un *jiva; ejemplos,* Rama y Krishna. Más arriba hemos visto lo que se llama *Aves'ha.* El *Pancharâtra Padmasanhita Charâypâda,* cap. XXIV, vers. 131–140, nos enseña cómo se efectúa el *aves'ha:*

"Ahora te diré, ¡oh! tú que has nacido en un loto, el método para entrar en el cuerpo *(pindam)* de otro... El cadáver que se va a ocupar deberá ser: fresco, puro y de edad mediana, dotado de todas las buenas cualidades y exento de todas las terribles enfermedades que son el fruto del pecado (sífilis, lepra, etc.). Es menester que el cuerpo haya sido el de un *brahmán* o de un *kshatrya.* Es preciso colocarlo en un sitio retirado (donde no haya riesgo de ser interrumpido durante la ceremonia), con la cara vuelta hacia el cielo y las piernas extendidas. Después, es necesario que te sientes en *yogasana* (posición del *yogui)* al lado de sus piernas; pero antes, ¡oh! tú que posees el cuádruple rostro, habrás necesitado practicar esta *yoga* con una gran concentración mental. El *jiva* está alojado en el *nâbhichakra* (plexo solar), brilla con su esplendor propio y tiene la forma del *hamsa* (pájaro) (12). Corre a lo largo de los *nâdis* (dos vasos de circulación psíquica, según dicen) Idá y Pingala. Transformado en *hamsa* (por el *yoga),* pasará las narices y volará por el espacio. Será menester que habitúes a este ejercicio y a enviar el *prâna* a la altura de una palmera, o a una milla, a cinco millas y más, y hacerlo volver a tu cuerpo, donde entrará por las narices y recuperará su sitio natural en el *nâbhichakra.* Es preciso hacer esto todos los días hasta que alcances la perfección".

Entonces, habiendo adquirido este arte, el *yoghi* podrá ensayar esta transferencia psíquica y sentado como se dijo, retirar de su propio cuerpo su *prâna-jîva,* hacerlo entrar en el cadáver escogido, por las narices, alojarlo en el plexo solar vacío, y desde allí reanimar al muerto y hacerlo reaparecer como resucitado.

La historia de la resurrección del cuerpo del difunto *Amaraka rajah*[43]*,* de Amritapura por el sabio Sankaracharya, tal como la cuenta uno de sus biógrafos,

[43] Rey o soberano. (N. del T.)

Mâdhava, es bien conocida. Se encontrará un resumen de ella, hecho por el señor (más tarde juez) K. B. Telang, en la página 69 del *Theosophist* de enero de 1880. El sabio había prometido responder, transcurrido el plazo de un mes, a las preguntas que la mujer del sabio Mandana Misra le hizo acerca de la ciencia amorosa, aunque siendo célibe no sabía una palabra de ello. Viajando con sus discípulos, llegó a los alrededores de Amritapura y vió el cadáver del *rajah* al pie de un árbol, rodeado de gentes que lloraban. Viendo el medio de adquirir personalmente los conocimientos deseados, dejó su propio cuerpo al cuidado de sus discípulos e introdujo su *prâna–jîva* en el cuerpo del *rajah,* quien con gran alegría de sus súbditos, pareció resucitar y volvió a su capital, donde vivió varios meses la vida del *harem* y pudo así responder a todas las preguntas sobre el amor. (Ver el *Kâma Sutra).* No es necesario entrar aquí en los detalles; no persigo otro objeto que citar eso a propósito del problema presentado por H.P.B. para hacer ver que los *yoguis* pueden tener el poder del *aves'ha.* Madhavâchârya lo describe así en el *Sankaravijâya:*

"Retirando el *Vayu (prâna)* de la extremidad de los dedos de los pies y haciéndolo salir por el *brahmarândhra,* el *yogui* (Sankara) entró en el cuerpo del rey y lo ocupó poco a poco hasta los pies".

Por una curiosa coincidencia, acababa de leer este trozo, cuando de pronto me acordé de cierta circunstancia. Después de haber, hojeado todos mis *memorándums* y mis cartas de Nueva York, encontré lo que sigue, que son unas notas tomadas en seguida de una conversación con uno de los *Mahatmas,* un húngaro, que esa noche ocupaba el cuerpo de H.P.B.

"Se tapa los ojos y baja la luz de la lámpara que está sobre la mesa. Le pregunto porqué hace eso. Contesta que la luz es una fuerza física que al entrar por los ojos de un cuerpo desocupado, encuentra, o mejor dicho, golpea al alma astral del habitante provisional de un modo tan violento, que podría hacerla salir. Esto podría traer hasta la parálisis del cuerpo ocupado. Es necesario tener muchas precauciones para entrar en un cuerpo y no puede uno encontrarse perfectamente a gusto en él, sino cuando todos los actos automáticos de la circulación y de la respiración se adaptan a los del cuerpo habitual del ocupante, porque a cualquier distancia que se encuentre, su cuerpo astral queda íntimamente ligado al otro. Entonces encendí una luz de gas de la araña, pero el ocupante se puso en seguida un periódico sobre la cabeza, para proteger de la luz la parte superior del cráneo. Sorprendido, le pedí una

explicación y me respondió que una luz fuerte es más peligrosa aun sobre la cabeza que delante de los ojos".

Entonces yo no había oído hablar nunca de los seis centros *(shat chakrams)* del cuerpo, y no sabía que el más importante de ellos, el *brahmarândhra,* está situado bajo el hueco parietal, y que los indos tienen la costumbre de quebrar el cráneo del cadáver sobre la hoguera, para facilitar la salida del cuerpo astral del difunto. Además, todavía no había leído la historia de Sankarâcharya cuando dejó su cuerpo para entrar en el del *rajah* por ese camino del alma. Sólo ví la actitud del *Mahâtma* y me sorprendí de su explicación. Pero ahora el misterio está aclarado y veo la relación entre los casos de Nueva York y de Amritapura. Este último y las enseñanzas de la ciencia oculta aria, ayudan a comprender el primero. Mientras antes caminábamos en las tinieblas y no teníamos ni siquiera un nombre que dar al fenómeno, ahora comprendemos cómo es posible a un *yogui* ocupar el cuerpo de otra persona viva, cuando el cuerpo astral de ésta ha sido retirado para poner su envoltura a la disposición de los visitadores. La relación entre esto y el problema de H.P.B. es de lo más evidente, como voy a tratar de demostrarlo en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XVII

REENCARNACIÓN

Ahora que hemos probado que *Isis Sin Velo* fue escrita en colaboración, vemos confirmadas nuestras críticas de su autor declarado. Ella queda siendo un prodigio mental, pero deja de pertenecer a esta clase de literatos que cuenta con gigantes de erudición como:

Aristóteles, Longino, Buddhagosha, Hionen Tsang, Alberoni, Madhavâchârya, Nasreddin –el filósofo persa–, y en los tiempos modernos, Leibnitz, Voltaire, Spencer, etc. Se ve con cuánta justicia se estimaba ella misma, y sin colocarse entre los eruditos, queda siendo un problema único en el mundo occidental. Si se rehúsa admitir la hipótesis de que las obras de Shakespeare fueron escritas por Bacon, la consideración de su naturaleza vagabunda y vulgar, viene más bien a sostener que a destruir la teoría de que como H.P.B. sólo había sido el agente de grandes inteligencias vivientes que ejercían contralor sobre su cuerpo y le hacían escribir cosas muy superiores a sus facultades normales. La comparación es, naturalmente, por entero ventajosa para Shakespeare, porque sus obras revelan un conocimiento mucho más profundo de la naturaleza humana y una amplitud bastante mayor de ciencia intuitiva que las de H.P.B. El espíritu normal del primero (o de quien le hacía pensar) parece haber abarcado desde el principio todo lo que más tarde debería utilizar, mientras que la segunda parece haber seguido un procedimiento diferente de evolución mental. Tomemos por ejemplo el tema de la reencarnación, que es la piedra angular de la antigua Filosofía Oculta y que ella enseñó en *La Doctrina Secreta* y en otras obras de sus últimos tiempos. Cuando trabajábamos en *Isis,* esta doctrina no nos era revelada por los *Mahatmas* y H.P.B. no hablaba de ella en sus controversias literarias, ni en sus discusiones de entonces. Ella publicaba y defendía la teoría del paso de las almas humanas después de la muerte, por una purificación evolutiva en planetas más espiritualizados. Poseo mis notas sobre una conversación con un *Mahâtma,* en la que se sostuvo esta teoría. Y esto es lo que más me intriga, porque si es muy posible que ella, discípula y agente físico, ignorase esta sólida base de la filosofía –la reencarnación– sea por insuficiencia de educación cerebro-psíquica, o sea por cualquier otra causa, no

comprendo que el Adepto, su instructor, participase de esta ignorancia. ¿Acaso sería posible que no le hubiera sido enseñada la reencarnación a ese Adepto por su instructor, y que como H.P.B., tuviese que aprenderla más tarde? Se dice que hay sesenta y tres grados de iniciación; no es, pues, imposible. Se me ha dicho que entre los Adeptos, los había que, aun en posesión de grandes poderes psíquicos naturales, casi no tenían instrucción. Y que uno de ellos por lo menos, el discípulo favorito del Buddha Ananda, nunca pudo adquirir los *siddhis,* a pesar de que posee tal intuición que puede comprender los libros esotéricos a primera vista. Mis notas hacen decir al Maestro que "las almas van después de la muerte a otros planetas y las que deben nacer sobre la tierra, esperan en otros planetas invisibles". Esto concuerda con las últimas enseñanzas de H.P.B.; esos planetas donde comienza y acaba la evolución del alma humana, que forman parte de nuestra "cadena de globos". Pero existe un enorme hiato entre esos dos extremos, que ahora sabemos está ocupado por las innumerables reencarnaciones de la entidad viajera. Esto en cuanto a la nota, pero he aquí también lo que H.P.B. dice formalmente, pág. 351 del vol. 1 de *Isis*[44].

"Ahora vamos a dar algunos fragmentos de esta doctrina misteriosa de la reencarnación –diferente de la transmigración– que *hemos adquirido de una autoridad.* La reencarnación, o reaparición dos veces sobre el mismo planeta, de un mismo individuo o mejor dicho de su mónada astral, *no es una ley natural sino una excepción,* como el fenómeno teratológico de un niño con dos cabezas".

Dice ella que cuando eso sucede, es preciso ver la causa en un accidente que impidió producir a la Naturaleza un ser perfecto y la obliga a recomenzar su obra. Tales son los casos de aborto, muerte de niñitos antes de cierta edad y de idiotez congénita e incurable. Los principios superiores no han logrado unirse a los inferiores y no ha nacido un ser perfecto. Pero, "si la razón ha sido desarrollada hasta el punto de llegar a ser activa sin discernimiento, *no hay reencarnación en esta tierra,* porque las tres partes del hombre triple han sido reunidas y ya es capaz de recorrer su camino. Pero cuando el nuevo ser no ha pasado del estado de mónada o cuando la trinidad no ha sido completada, como en el caso del idiota, es menester que la chispa divina que lo alumbra, vuelva al plano terrestre porque su primer ensayo fue vano. De otro modo, las almas mortales o astrales, y las inmortales o divinas, no podrían progresar al unísono y pasar *a la esfera superior*. El subrayado es mío; he ahí lo

44 En la edición española, la pág. 65 del vol. II. (N. del T.)

que se me enseñó, pero ahora comparto la opinión de los indoístas y buddhistas. H.P.B. dijo al señor Gualterio Old, quien me la repitió, que ella no aprendió la doctrina de la reencarnación hasta 1879; nosotros estábamos, entonces en la India. Acepto de buen grado este testimonio, que está de acuerdo con lo que pensábamos y escribíamos en Nueva York, y porque si verdaderamente ella hubiese conocido esta doctrina cuando escribíamos *Isis,* no había ninguna razón en el mundo para que me engañase, ni a los otros tampoco, aunque ella lo hubiese deseado, lo que no creo.

Nosotros creíamos entonces, y lo decíamos y escribíamos, que el hombre es una trinidad compuesta de un cuerpo físico, de un cuerpo astral (alma, psiquis) y del espíritu divino. Esto puede verse en nuestra primera comunicación a los lectores europeos, un artículo titulado "Opiniones teosóficas", que apareció en el *Spiritualist* del 7 de diciembre de 1877. En nombre de nuestro grupo, ya decía:

"Nosotros creemos que el hombre de carne se corrompe y entra de nuevo en el crisol de la evolución para volver a servir indefinidamente. Que el hombre astral (doble o alma), liberado de su prisión física, es perseguido por la consecuencia de sus actos, pensamientos y deseos terrestres. Se convierte, después de un lapso de tiempo incalculable, durante el cual se purifica de toda mancha terrestre, en una entidad eternamente unida a su espíritu divino. O bien, si ha caído en la tierra hasta un punto demasiado bajo, se hunde más y más en la materia y cae en la nada". Sigo así: "Después de una vida pura, llena de aspiraciones espirituales, el hombre se siente atraído hacia un dominio más espiritual que la tierra, y rechazado por su influencia; pero, por otra parte, un hombre vicioso o enteramente depravado, pierde el espíritu divino durante su vida y reducido a una dualidad en lugar de una trinidad, al pasar, en la hora de la muerte, fuera de su cuerpo físico, se disuelve, la materia grosera vuelve a la tierra y la más sutil se transforma en *bhûta* o elementario, errando alrededor de las habitaciones de los hombres, obsesionando a los sensitivos para satisfacer por medio de ellos sus apetitos depravados, hasta que, gastado al fin por su misma intensidad, la aniquilación viene a coronar su terrible carrera".

Tal era la esencia misma de nuestra enseñanza de los primeros tiempos, respecto a la naturaleza y destino del hombre, y se ve cuán lejos estábamos entonces, H.P.B. y yo, de creer en la reencarnación; si alguno está tentado de creer que el precedente extracto representa sólo mi opinión y que ni H.P.B. ni los Maestros pueden considerarse responsables de mi ignorancia, le ruego que se documente en el número

del 8 de febrero de 1878 (parece que esta fecha ha sido escrita por errar en el extracto de nuestro *Scrap-book;* debe ser el 1 de febrero la fecha exacta) del *Spiritualist,* que publica una carta de la misma H.P.B., más o menos sobre el mismo tema que la mía; ésta había levantado una animada discusión entre los principales representantes del Espiritismo inglés por una parte y C. C. Massey, Juan Storer Cobb, el profesar Al. Wilder, la señorita Kislingbury, el doctor C. Carter Blake, Gerardo Massey y yo por la otra y que fue comparada por A. Oxon a una "roca teosófica precipitada por el brazo vigoroso del Pres. S. T., levantando una tromba" en el pantano fétido del Espiritismo trasatlántico. Como siempre, el clarín de H.P.B. despertó los ecos. Ella se designa a sí misma con una frase bien sugestiva, como "esta persona vieja y desagradable a *quien se le conoce superficialmente* con el nombre de H. P. Blavatsky"; después continúa: "El coronel está en correspondencia con sabios indos que le enseñan más de lo que podría hacerlo tan pobre preceptor como yo" y piensa que yo he "ofrecido algunas sugestiones bien dignas de consideración, de parte de las gentes sin prejuicios". En febrero apareció una segunda carta mía, en respuesta a A. Oxon, y el 8 de febrero de 1878, el *Spiritualist* publicó una larga carta muy fuerte y explícita de H.P.B., fechada en Nueva York el 14 de enero de 1878. Vale la pena de leer la carta entera. En ella, a propósito de la necesidad de reencarnar en que se encuentra un Ego que no ha podido unirse a la dualidad físico-psíquica de un niño muerto prematuramente, se expresa así: "El ciclo del hombre no está completo sino cuando ha llegado a ser personalmente inmortal; no puede esquivarse ninguna prueba ni experiencia. Es preciso que haya sido hombre antes de ser espíritu. Un niño muerto prematuramente es una equivocación de la Naturaleza; es preciso que ella lo haga revivir, y que la misma psiquis vuelva a entrar en el plano físico por medio de otro nacimiento. *Con los idiotas congénitos, son, como se ha dicho en* Isis Sin Velo, *los únicos casos* de *reencarnación humana".* ¿Puede hablarse más claramente?

Nos embarcamos en Nueva York para la India, el 17 de diciembre de 1878, y algunos días antes, H.P.B. envió a la *Revue Spirite* de París un artículo que apareció el 1 de enero de 1879, en respuesta a varias críticas. Esta vez describe al hombre como formado por cuatro principios; un *tetraktis* o cuaternario. Lo traduzco:

"Sí, para los teósofos de Nueva York, el hombre es una trinidad y no una dualidad. Pero es aún más que eso, porque contando al cuerpo físico, el hombre es

un *tetraktis* o cuaternario. Mas, esta doctrina, encuentre el apoyo que encuentre por parte de los grandes filósofos de la Grecia antigua, no. la debemos a Pitágoras, ni a Platón, ni aún a los célebres *theodidaktoi* de la Escuela de Alejandría. Más adelante, hablaremos de nuestros Maestros".

Después de haber citado a varias autoridades antiguas en apoyo de sus afirmaciones, prosigue: "Nuestros Maestros (los que nos han enseñado esta doctrina), son: Patanjali, Kapila, Kanada, todos los sistemas y todas las escuelas Aryavarta, que han sido un filón inagotable para los filósofos griegos desde Pitágoras hasta Platón". No todas las escuelas indas, sin embargo, puesto que las antiguas sectas de los charvakas y de los brihaspatis, negaban la supervivencia del hombre después de la muerte y forman el prototipo casi perfecto de nuestros materialistas modernos. Es preciso indicar también que Patanjali, Kapila y otros instructores que cita, enseñan que la reencarnación es una ley natural, mientras que nosotros hacíamos de ella una excepción.

Más adelante, la doctrina de la reencarnación fue enteramente aceptada y explicada, tanto en su sentido esotérico, como en el exotérico. Pero no fue públicamente enseñada desde 1879, porque no se la menciona en los dos primeros volúmenes del *Theosophist,* y no hizo su aparición hasta que se publicó en el tercero, con el título "Fragmentos de Verdad oculta", una serie de ensayos escritos principalmente por el señor A. P. Sinnett, basados en las enseñanzas que él recibió de los Maestros y de H, P. B. Yo la había recibido en Ceilán bajo su sencilla forma exotérica, y la incorporé al *Catecismo Buddhista,* cuya primera edición, sometida al examen del gran sacerdote Sumangala Thero, apareció en julio de 1881. Ese catecismo no era, naturalmente, más que una exposición de las doctrinas del Buddhismo meridional, y no una profesión de fe personal. La exposición de la doctrina de la reencarnación era un poco deficiente en esta primera edición, pero la edición revisada de 1882, definía las relaciones del sér actualmente reencarnado, con sus predecesores y explica por qué no nos acordamos de nuestras vidas pasadas. Una conversación con Sumangala Thero sobre la moralidad del *Karma,* me llevó a escribir la nota que trata de la diferencia entre la personalidad y la individualidad, entre la memoria física o recuerdo de las cosas que corresponden a la conciencia habitual y la memoria espiritual que se refiere a las experiencias del Yo superior y de su individualidad. Aun no se había hecho esa distinción, pero fue en seguida

adoptada y ha sido propagada por nuestros principales escritores teósofos a partir de esa época. H.P.B. la introdujo en su *Clave de la Teosofía* (pág. 134 y130) ampliándola y acompañándola con varios ejemplos. He ahí hechos históricos, cuyas relaciones con lo que venimos tratando, son muy evidentes.

En el artículo que encabeza el primer número del *Theosophist,* titulada: "¿Qué es la Teosofía" (vol. I, pág. 3, octubre de 1879), se encuentra la primera declaración de H.P.B., de que la reencarnación es uno de los elementos de la fe teosófica. Es solo una simple alusión y nada más.

Dice: "La Teosofía, cree también en la *anastasis* o continuación de la existencia, y en la transmigración (evolución) o serie de cambios en el alma, que puede ser sostenida y explicada de un modo puramente filosófico. Sencillamente, haciendo la distinción entre *Paramâtma* (alma suprema o trascendental) y *Jivâtma* (el alma animal o consciente de los vedantinos)". Anastasis no significa reencarnación, sino resurrección de la misma persona después de la muerte, y *jivatma* no es el alma animal, como lo saben bien hasta los principiantes. Lo que dice en el artículo es muy vago y no ayuda mucho a resolver el problema. Pero en una nota adjunta prometía "una serie de artículos sobre *los grandes teósofos del Mundo,* en los que demostraremos –dice ella– que desde Pitágoras, que recibió su sabiduría de la India, hasta nuestros mejores filósofos y teósofos modernos –David Hume, Shelley, el poeta inglés, e incluyendo a los espiritistas de Francia– los mejores entre ellos, han creído o creen aún en la *metempsícosis* o reencarnación del alma", etc. Pero no define claramente su propia convicción. Desdichadamente, la serie de artículos prometida no apareció jamás pero es posible que eso haya sido el germen de su intención de consagrar uno de los futuros volúmenes de *La Doctrina Secreta* a la historia de los grandes Adeptos.

La famosa serie de ensayos del señor Sinnett, titulada "Fragmentos de Verdad oculta", comenzó en el núm. 1 del vol. III del *Theosophist,* con un artículo de H.P.B., respondiendo al señor Terry, de Melbourne, quien censuraba el punto de vista antiespiritista de los teósofos. En ese primer fragmento, ella reproducía la enseñanza de Nueva York, o sea, que después de la muerte, el alma pasa a otro mundo. "Lo que se llama el mundo de los efectos (en realidad un estado y no un sitio) y allí, purificada de una parte de sus impurezas materiales, desarrolla un nuevo Ego que deberá renacer (después de un corto período de libertad y de placer) en *el mundo superior de las causas, un mundo objetivo semejante a nuestro globo actual,* más elevado

en la escala espiritual y en el que la materia y las tendencias materialistas desempeñan un papel menos importante que aquí". Vemos bien el postulado de la reencarnación, no en este mismo globo y por el mismo Ego, sino por otro que se desarrolla durante el tiempo de residencia interplanetaria. El fragmento 3º *(Theosophist,* septiembre de 1882) nos presenta al Ego después de haber pasado el tiempo necesario –según sus méritos, lo que concuerda con la doctrina de Sri Krishna en el *Bhagavad Gita*– un estado de felicidad *(Devakhan)*[45], pasando en seguida o "al planeta superior siguiente" o bien renaciendo en este mundo "si aún no ha cumplido su número determinado de vidas terrestres". Hasta ese momento, nada se había publicado aún acerca de un número determinado de reencarnaciones en este globo o en los otros; sólo se había trazado el esquema de una peregrinación psíquica o progreso evolucionista de estrella en estrella, del Yo divino que reviste un nuevo cuerpo-alma en cada palingenesia.

Fuimos a Simla en 1880, y el señor A. O. Hume tuvo entonces la buena fortuna, ya obtenida por el señor Sinnett, de entrar en correspondencia con nuestros Mahatmas. H.P.B. volvió de allí en 1881 y esos dos amigos recibieron de los Maestros la teoría de la reencarnación. El señor Sinnett la expuso en el "Fragmento IV". *(Theosophist,* vol. IV, núm. 1, octubre de 1882), donde sienta las bases de la doctrina de la reencarnaci6n, en serie mayor y menor de razas-raíces y subrazas, extendiéndose a otros planetas de la cadena a que la Tierra pertenece. El señor Hume hizo lo mismo en sus *Sugestiones Teosóficas* (Calcuta, agosto de 1882), en donde establece esta síntesis: "El hombre debe cumplir numerosas vueltas completas al ciclo entero de los planetas (quiere decir la cadena). Y debe vivir numerosas veces en cada planeta cada vez. En un cierto punto de su evolución, cuando ciertas porciones de sus elementos sutiles se han desarrollado, adquiere la responsabilidad moral (*op. cit.,* pág. 52).

Así fue como seis años después de mi conversación en Nueva York con el *Mahâtma,* la idea fundamental y necesaria de la reencarnación, se lanzó desde el mismo país en que ha nacido, sobre el océano del pensamiento occidental.

Era de todo punto necesario, aun a costa de esta digresión, probar la futileza de la teoría de que el cuerpo entero de nuestra gran enseñanza, estuvo en posesión de H.P.B. desde el primer día. Porque considero esa teoría como perniciosa y sin

[45] Plano mental, superior al astral; es palabra tibetana, corresponde al *Svarga* indo, al cielo de cristianos, mahometanos y zoroastrianos, al *Sukhâvati* budista. (N. del T.)

fundamento; si estoy equivocado, me sentiré feliz de ser corregido. Pero su aceptación nos obligaría a admitir que ella, consciente y voluntariamente, se prestó a un engaño y a la enseñanza de una falsedad en *Isis* y más tarde. Yo creo que ella escribía entonces y siempre según sus luces y que era tan sincera negando la reencarnación en 1876-78, como afirmándola después de 1882. Ahora bien, ¿por qué se nos dejó incluir esa falsa doctrina en *Isis,* y sobre todo, por qué me fue enseñada personalmente por un *Mahâtma?* Eso es lo que no puedo explicar, a menos de que haya sido víctima de una ilusión aquella noche. Dejemos eso. Los Maestros podían dictar lo que querían a H.P.B., o podían escribir con su mano cuando ocupaban su cuerpo, y podían ponerme en estado de escribir, proporcionándome ideas y esbozos, y estimulando mi intuición. Pero a pesar de todo, no nos enseñaron ciertamente lo que llamamos ahora la verdad de la reencarnación, y no nos impusieron silencio respecto a ese asunto. No recurrieron a generalidades vagas, de las que pudiera deducirse una apariencia de aquiescencia a nuestras ideas actuales, y no intervinieron para impedirnos escribir y enseñar esa herética y anti-científica idea de que la entidad humana, salvo raras excepciones, no puede reencarnarse en el mismo planeta.

Algunos amigos influyentes han tratado de persuadirme de que sería mejor omitir todo lo que tiene relación con el génesis de la idea de reencarnación entre nosotros, pero no veo que mi deber sea obrar así. Así como no he de hacer falsas declaraciones, tampoco quiero dejar pasar en silencio los hechos importantes.

Volviendo a la ocupación *(aves'ha)* del cuerpo de H.P.B., había de ello pruebas continuas por poco que uno prestase atención. Supongamos que el Maestro A. o B. hubiese estado "de guardia" desde hacía una hora o dos, trabajando en *Isis,* solo o conmigo, y que estuviera diciendo algo a mí o a un tercero. De pronto la (¿le?) veíamos dejar de hablar, levantarse y salir de la sala con un pretexto cualquiera. Al cabo de un momento, volvía y miraba a su alrededor como una persona que llega a una reunión, liaba un cigarrillo y decía algo que no tenía ninguna relación con la conversación precedente. Si alguno quería volver a ella y pedía explicaciones, ella se mostraba cohibida, incapaz de reanudar el hilo del argumento, y tal vez hasta se contradecía plenamente. Si se le hacía notar esto, se encolerizaba seriamente y decía tonterías, o bien parecía mirar dentro de sí y respondía distraídamente "¡Oh! sí, disculpe" y hablaba de otra cosa. Esos cambios eran a veces rápidos como el

relámpago, y yo mismo, cuando olvidaba sus personalidades múltiples, me irritaba con frecuencia al verla cambiar constantemente de opinión y renegar descaradamente de lo que acababa de decir cinco minutos antes. Poco a poco se me explicó que al entrar en un cuerpo vivo, hace falta un cierto tiempo para establecer el contacto de su conciencia con la memoria del ocupante anterior y que uno puede equivocarse, como ya lo he explicado, si se desea continuar la conversación antes de que la adaptación sea completa. Esto coincide con lo que me dijo en Nueva York un *Mahâtma,* de la ocupación y con lo que ya he citado, que Sankarachaya "entró en el cuerpo del difunto *rajah* y lo ocupó *poco a poco,* hasta los pies". En una conferencia que pronuncié recientemente en Calcuta sobre el Indoísmo, dije que los mejores orientalistas consideran apócrifo al *Sankaravijâya.* Conservo la cita, solamente por la descripción del *aves'ha.*

La explicación del modo como los dos *jîvas* se funden en un mismo corazón y en un mismo organismo físico, se aplica a la fusión de las dos conciencias, y hasta que esta no sea completa, debe producirse una gran confusión en las ideas, los recuerdos y las afirmaciones, como lo he relatado de H.P.B., que con frecuencia debió intrigar a sus visitas. A veces, cuando estábamos solos, el "alguien" decía al marcharse: "Es preciso que deje esto en el cerebro a fin de que mi sucesor lo encuentre". O bien el "alguien" que llegaba, me preguntaba, después de saludarme, de qué se hablaba antes "del cambio".

He dicho antes, que varios *Mahâtmas* al escribirme, me hablaban del cuerpo de H.P.B. como de una envoltura habitada por uno de ellos. Encuentro en mi diario, en la fecha del 12 de octubre de 1878 la siguiente nota, de la letra del *Mahâtma* M., en los manuscritos de H.P.B.: "H.P.B. habló sola con W. hasta las dos de la mañana. El confiesa que vió en ella *tres* personalidades DIFERENTES. Lo *sabe.* Pero no se atreve a decírselo a Olcott, por temor a que éste se burle de él !!!" Los puntos de exclamación y el doble subrayado, son reproducidos exactamente; el W. de quien se trata, era el señor Wimbridge, entonces nuestro huésped. Para comprender cómo se encuentra en mi diario privado una nota escrita por un tercero, es menester saber que cuando por mis asuntos yo tenía que salir de Nueva York, lo que hice varias veces ese año, el diario era continuado por "H.P.B.", cuyo nombre era legión. La misma mano escribe el siguiente día – 13 de octubre– a propósito de uno de los siete visitadores venidos esa noche, "El doctor Pike se sobresaltó varias veces al

mirar a H.P.B. y dijo que nadie en el mundo le había hecho nunca tanta impresión. Tan pronto la vió como una joven de diez y seis años, o como una vieja de cien, o bien como un hombre barbudo!!". El 20 de octubre, de la misma mano: "H.P.B. los dejó en el comedor (a los visitadores) y se retiró a la biblioteca con E. S. O. para escribir unas cartas. N. (un *Mahâtma)* dejó la guardia y S. (otro Adepto) llegó con órdenes de .:. para que se tuviese todo preparado el 1 de diciembre (nuestra partida para la India)". El 9 de noviembre, dice otra escritura modificada de H.P.B.: "El cuerpo está enfermo y no hay agua caliente para bañarlo. Bonito alojamiento". El 12 de noviembre, de la escritura de M.: "H.P.B. me ha dado el chasco de desmayarse de pronto, con gran desconcierto de Bales y de Wim. Empleado el gran poder-voluntad para poner en pie al cuerpo". El 14 de noviembre, igual letra: "N. dejó el sitio y entró M. (en el cuerpo de H.P.B.), con órdenes positivas de .:. *Es menester partir* a lo sumo del 15 al 20 de diciembre (para la India)". El 29 de noviembre, otro *Mahâtma* escribió que él ha "respondido a la tía rusa", la tía tan querida de H.P.B. En fin, para no prolongar demasiado tiempo este tema, el 30 de noviembre un tercer *Mahâtma* escribe: "Bella Mitchell vino a mediodía y llevó al S. *(Mahâtma* M.) a pasear a pie y en coche. Estuvo en casa de Macy. Tuvo que materializar rupias. H.P.B. volvió a las cuatro", etc. Poseo también diversas cartas de *Mahâtmas* en las que hablan de H.P.B. misma, y bien libremente, de sus originalidades, y una vez fuí enviado por los Maestros *con instrucciones escritas,* en misión confidencial a otra ciudad, para hacer que se realizasen ciertos acontecimientos necesarios a su evolución espiritual; aún tengo el documento. Una larga carta recibida en el Radjpoutan en 1879, desconoce raramente su sexo, habla de ella en masculino y la confunde con el *Mahatma* M., nuestro *Gurú,* según decían. A propósito de un primer texto de la carta, que no me llegó, decía: "A causa de ciertas expresiones, esta carta ha sido interpretada por orden del hermano H.P.B. Como él (ella) es quien está encargado de usted y no yo, no tenemos nada que reclamar", etc. Y también. "Nuestro hermano H.P.B. ha notado en Jeypore, con razón, que", etc. Del principio al fin, es una bella epístola, y si el asunto que trata se refiriese al que nos ocupa en este momento, estaría tentado de publicarla, para hacer ver el elevado valor de la correspondencia que duró años enteros entre mis benditos Maestros y yo. En esta misma carta se me contestó a mi deseo de retirarme del mundo para irme a vivir con ellos, que: "El único medio a vuestro alcance para venir a nosotros, es la *Sociedad Teosófica",* a la que se me instaba a consolidar, hacer avanzar y progresar; tenía que aprender a olvidarme de mí

mismo. Mi corresponsal agrega: "Ninguno de nosotros vive para sí mismo; todos vivimos para la Humanidad". Tal era el espíritu de mis instrucciones y la idea dominante en *Isis Sin Velo.* Cualesquiera que sean los defectos literarios de ese libro; que el autor haya sido acusado de plagio o no, he aquí la esencia misma de su argumentación: el hombre es de naturaleza compleja, animal en un extremo, divina en el otro, y la única verdadera y perfecta existencia exenta de ilusión, de dolor y de pena, es la del espíritu, la del Yo Superior, porque su causa, que es la ignorancia, en ella no existe más. El libro incita a vivir bien y noblemente, a desarrollar el espíritu y una ternura y simpatía universales. Enseña que existe un camino ascendente, accesible a los sabios valientes. Se remonta a las arcaicas fuentes de la Ciencia y de las especulaciones modernas. Y proclamando en el presente, como se hizo en el pasado, la existencia de los Adeptos, nos estimula para esforzarnos hacia el ideal que nos muestra.

Cuando apareció, el libro hizo tal sensación, que la primera edición se vendió en diez días. En conjunto, los críticos se mostraron benévolos. Uno de los más notables entre ellos, el doctor Sheldon Mackenzie, dice que "es una de las obras más notables que han aparecido desde hace años, por la originalidad del pensamiento, la profundidad de las investigaciones y su filosofía, la extensión y la variedad de los conocimientos *(Phila. Press,* 9 de octubre de 1877). Del crítico literario del *New-York Herald* (30 de septiembre de 1877) copiamos: "Los espíritus independientes acogerán este nuevo libro como una preciosa contribución a la literatura filosófica. Es un suplemento del *Anacalypsis* de Godofredo Higgins. Las dos obras se parecen mucho... Sus salientes originalidades, su audacia, su versatilidad y la prodigiosa variedad de los temas tratados, hacen de él una de las producciones notables de este siglo". El doctor Bloede, un erudito alemán, dice que "por todos los conceptos se sitúa entre las más importantes contribuciones contemporáneas a la ciencia del espíritu, y es digno de la atención de todos los que lo estudian".

Algunas apreciaciones demuestran por su ligereza y sus ideas preconcebidas, que los autores ni habían leído el libro. Por ejemplo, el *Springfield Republican* dice que es "un gran plato de sobras recalentadas". El *New-York Sun* lo clasifica, junto con otras obras similares antiguas, entre "los restos echados al basurero". El editor del *New-York Times* escribió al señor Bouton: que sentía no poder tocar a *Isis Sin Velo* porque

sentía "un santo horror a la señora Blavatsky ya sus cartas". La *New-York Tribune* dice que "su erudición es superficial y mal digerida, y sus descripciones incoherentes del Brahmanismo y del Buddhismo, muestran en el autor más presunción que ciencia". Y así por el estilo. Lo que importa es que el libro se ha hecho clásico, como el señor Quaritch lo había predicho al señor Bouton, que ha tenido un crecido número de ediciones y que al cabo de diez y siete años, lo piden en el mundo entero. El señor Quaritch escribió desde Londres el 27 de diciembre de 1877, en una carta que el señor Bouton tuvo a bien darme, como un estímulo:

"Este libro hará ciertamente su carrera en Inglaterra y se hará clásico. Estoy contento de ser el encargado para su venta en Inglaterra". Yo agregaré que nosotros estábamos aún más contentos, por conocer su reputación de poseer una energía indomable y grandeza de alma.

En el momento de la publicación, yo hice, naturalmente, todo lo que pude para hacerlo conocer en el círculo de mis relaciones. Recuerdo haber encontrado poco después a uno de mis amigos –alto funcionario legal– en la calle, donde amistosamente me enseñó el puño diciendo: "Es preciso que yo le insulte a usted". "¿Por qué?", le pregunté. "¿Por qué? Porque usted me ha hecho comprar *Isis Sin Velo* y lo encontré tan apasionador que mis causas sufren las consecuencias y he pasado las tres cuartas partes de las dos últimas noches leyéndolo. Y eso no es todo: ese libro me hace sentir qué hombres tan pequeños y sin importancia somos, en comparación con esos místicos y filósofos orientales que ella nos describe tan bien".

El primer dinero recibido por un ejemplar de Isis me fue enviado con el pedido, por una señora natural de Styria. Lo guardamos como amuleto, y ahora está en un cuadro, en las oficinas del *Theosophist* en Adyar. Lo más exacto que se ha dicho referente a *Isis* es esta frase de un autor americano: "En ese libro hay una revolución".

CAPÍTULO XVIII

LOS COMIENZOS DE LA SOCIEDAD

Entre los actos públicos que contribuyeron a difundir la notoriedad de nuestra Sociedad en sus comienzos, hay que contar el salvamento de una banda de árabes sin recursos y su repatriación a Túnez. Esto no tocaba a la Teosofía más que por el lado humanitario; por consiguiente, altruista y todo esfuerzo altruista es esencialmente teosófico. Además, el elemento religioso intervenía como uno de los factores. En una palabra, he aquí la historia:

Cierta mañana de un domingo, en el mes de julio de 1876, estábamos H.P.B. y yo, solos, leyendo los diarios de la mañana, cuando vimos que una banda de nueve árabes musulmanes náufragos acababa de ser desembarcada de la goleta *Kate Foster* que llegaba de la Trinidad. Sin dinero ni protección y sin hablar una palabra de inglés, habían errado dos días por las calles, sin comer; después el secretario del cónsul de Turquía les había dado algunos panes y el alcalde de Nueva York les hizo alojar provisionalmente en el hospital Bellevue. Desgraciadamente para ellos, ciertas leyes nuevas sobre la inmigración, adoptadas tres meses antes por los comisarios de la Asistencia Pública y de la Junta de Emigración, impedían a ambos cuerpos constituidos intervenir en su favor. Los diarios explicaban que esos árabes no estaban en posesión de ningún documento que acreditase su nacionalidad y no se sabía a qué cónsul incumbía la responsabilidad de mantenerlos; les habían llevado en vano al cónsul de Turquía y al de Francia, y el porvenir se presentaba sombrío ante ellos si la caridad privada no intervenía. Aún nos veo, a H.P.B. y yo, después de esta lectura, uno junto a otro, mirando por la ventana del mediodía y deplorando la suerte de esos pobres náufragos. Lo que más nos conmovía es que eran musulmanes, paganos, colocados por su religión, fuera de los lazos de fraternidad simpática, entre un pueblo cristiano que, aun aparte de todo prejuicio, tenía que acudir demasiado a menudo en ayuda de sus propios correligionarios. Por lo tanto, esos desdichados tenían todo derecho a la ayuda de otros paganos, como lo éramos nosotros, y se decidió en seguida que yo me pondría en campaña. Bajo los auspicios del alcalde de Nueva York, conseguí reunir una suscripción de 2.000 dólares, que permitió proveerles de todo lo

necesario y enviarlos a Túnez al cuidado de un miembro de la Sociedad. Se puede leer la historia detallada en el número de septiembre de 1893 del *Theosophist.*

Como lo dije en un capítulo anterior, uno de los más agradables recuerdos de esos primeros años teosóficos es nuestra correspondencia con personas serias y cultas de ambos sexos, entre las cuales, especialmente dos tuvieron un lugar aparte en nuestros afectos:

Carlos Carleton Massey y Guillermo Stainton Moses (Moseyn es su verdadero apellido). Se ha visto en el capítulo IV el tema general de esta correspondencia. Los nombres de esos dos fieles amigos no se borrarán jamás de mi memoria. Para nosotros, representábamos naturalmente al partido conservador del Ocultismo oriental. Stainton Moses (Moseyn) era un espiritista progresivo, apasionado por la verdad, de superior educación, y era bien considerado, el hombre más capaz de su partido. En cuanto a Massey, se mantenía entre los dos extremos, estudiando los fenómenos con candor y convicción, el espíritu inclinado a la metafísica, y siempre dispuesto a venir al encuentro de toda idea nueva en cuanto la proponíamos. Este intercambio de cartas –algunas de ellas bastante largas para merecer el nombre de ensayos– continuó entre nosotros cuatro durante varios años, en el curso de los cuales fueron ampliamente discutidos una gran variedad de temas interesantes, importantes, hasta vitales, para los estudios psicológicos. Creo que el que fue más ampliamente tratado se refiere a los espíritus elementales, su lugar en la Naturaleza y sus relaciones con la Humanidad. Yo hice ya alusión a él en nuestro primer manifiesto europeo (ver lo dicho más arriba), pero fue en seguida ahondado con todo lo que con ellos se relaciona. Siento mucho que los herederos de Stainton Moseyn no me hayan enviado aún los papeles que me hubiesen sido tan útiles para redactar mi historia; ésta hubiera sido más interesante, al poder comparar las cartas de H.P.B. y las mías con las que he conservado de nuestros amigos. Stainton emprendió el estudio de los fenómenos del Espiritismo, solo para establecer su autenticidad o su impostura, pero pronto se encontró con que era medium a pesar suyo, y sujeto a los fenómenos más extraordinarios, que se producían de día como de noche, hallándose solo o acompañado, y pronto se llevó el viento todas las ideas científicas y filosóficas que había adquirido en Oxford, y se vió obligado a adherirse a nuevas teorías sobre la materia, la fuerza, el hombre y la naturaleza. La señora Speer, su amiga y bienhechora, hacía publicar en el *Linght* actas semanales de las sesiones efectuadas por Stainton en

casa del doctor Speer, y me atreveré a decir que nunca se publicó una serie tan interesante sobre el Espiritismo, porque no podría encontrarse en el pasado ni en el presente un medium mejor dotado que mi hermano de elección, hoy difunto. Sobre todo, era superior por la variedad de sus fenómenos, que eran, tanto físicos como psíquicos y todos grandemente instructivos, unidos a dotes intelectuales cuidadosamente cultivadas, que se traducían en el valor de sus transmisiones psíquicas y en su testarudez de no creer nada de lo que le decían los pretendidos espíritus, si él no lo podía comprender. La mayor parte de sus instrucciones las recibió por escritura automática de su propia mano, como el señor Stead recibe ahora sus instrucciones de *Julia.* Cuando su atención estaba consagrada por entero a un libro o a una conversación, su mano escribía por sí misma, a veces una media hora seguida, y cuando leía las páginas así llenadas, encontraba en ellas pensamientos originales, ajenos a sus propias convicciones, o respuestas perentorias a preguntas, con frecuencia planteadas en otras circunstancias. Estaba absolutamente convencido de que su mano era dirigida en esos casos por una inteligencia diferente de la suya, y lo afirma con vehemencia, en las cartas que nos escribía. No admitía que pudiese ser su inconsciente, sino uno o varios espíritus a los que decía conocer perfectamente de vista (clarividente), de oído (clariaudiente) y por la escritura, como conocía a sus amigos vivos. Por nuestra parte, sosteníamos que eso no estaba probado y que por lo menos había una probabilidad de que fuese su Yo latente, que firmaba *Imperator,* y de que en cuanto a sus fenómenos, fuesen producidos por elementales sometidos momentáneamente al poder de su fuerte voluntad. Comparando mis documentos, me parece que varios de sus más notables fenómenos son casi idénticos a los que H.P.B. nos regalaba en Nueva York. Y siendo éstos, según su propia confesión, obra de los elementales a su servicio, no veo porqué habría de ser de otro modo con los de Stainton M. Ejemplos: las "campanas-hadas" que se oían en el aire; los deliciosos perfumes que exudaban del cuerpo del psíquico, en H.P.B. de las palmas de las manos y en St. M. del cráneo; las luces flotando en el espacio, las precipitaciones de escritura sobre superficies fuera del alcance del operador: los *aportes* de piedras preciosas y otros objetos; la música aérea; las piedras que cambiaban de color y perdían su brillo cuando ellos caían enfermos (ambos las poseían); la desintegración de lápices o de minas de plombagina empleadas en las precipitaciones de escritura; idénticos perfumes orientales que revelaban la presencia de ciertas inteligencias versadas en las Ciencias Ocultas; la

percepción por St. M. en la luz astral de puntos luminosos en triángulo, formando el símbolo místico de la Logia Oriental de nuestros *Mahâtmas;* y finalmente, la facultad para el doble de dejar el cuerpo físico en plena conciencia y volver a entrar al término de su vuelo espiritual. Tantos parecidos en los experimentos, traía consigo, como es natural, una gran simpatía mutua entre los dos grandes psíquicos, y St. M. estaba muy deseoso de aprovechar todas las instrucciones o sugestiones de H.P.B. para ampliar sus conocimientos sobre el otro mundo y alcanzar ese imperio absoluto sobre su naturaleza psíquica, que es necesario a los Adeptos.

En el siguiente capítulo se verá el efecto de este cambio de opiniones sobre el espíritu de St. M. y sobre las instrucciones de *Imperator* en el círculo de los Speer. También tendré que hablar de lo que piensan los indos cultos acerca del peligro y la puerilidad de los fenómenos psíquicos producidos por *mantrikas* que operan con encantamientos.

CAPÍTULO XIX

OPINIONES CONTRADICTORIAS

Los polos no están más alejados el uno del otro que el punto de vista de los espiritistas occidentales, del de los asiáticos, en cuanto a la comunicación de los vivos con los muertos. Los espiritistas la alientan, tratan de desarrollar las facultades mediumnímicas en ellos mismos o en los suyos, dan vida a numerosos diarios e imprimen muchos libros para publicar y discutir sus fenómenos, y consideran a éstos como prueba científica de la existencia de otra vida. Los asiáticos censuran esas fantasías necrománticas, en las que ven tan sólo excesos espirituales y afirman que con eso se *causa* un mal incalculable, tanto a los vivos como a los muertos, retardando la natural evolución del espíritu humano y la adquisición del *jnana* o conocimiento superior. Con frecuencia, en las sesiones de Europa y América, se ve a las personas más nobles, mejores y más instruidas, sentadas alrededor de las mesas, junto con otras que son el extremo opuesto. En Oriente, por regla general, los hechiceros y mediums no hallan valimento más que entre los parias o las castas más ínfimas. En Occidente, las familias se muestran más bien satisfechas al descubrir un medium entre sus miembros, mientras que en Oriente esto se considera como una vergüenza, una calamidad, en fin, algo que hay que deplorar y ahogar lo más pronto posible.

Bajo la influencia de sus ancestrales tradiciones y de sus libros sagrados, los indoístas, los buddhistas, los parsis y los musulmanes, están por completo de acuerdo sobre ese punto. No sólo desaprueban la relación con los muertos, sino también la exhibición de poderes psíquicos, ya naturales, ya adquiridos por prácticas ascéticas. Así, pues, un brahmán indo vería con el mismo desprecio los fenómenos de M. A. Oxon el medium, que los de H.P.B., taumaturgo insigne. No dan a los fenómenos psíquicos más que un valor muy pequeño como prueba de la inmortalidad del alma, porque no buscan en los problemas de la Psicología occidental un estímulo intelectual y porque todas sus religiones parten de la hipótesis primordial de la existencia del espíritu; desprecian a los mediums obsesados y los consideran como impuros, sintiendo sólo un respeto muy mitigado,

hacia quienes desfloran sus *siddhis* mostrándolos. Al llegar a cierto grado de su entrenamiento, el *yogui* adquiere espontáneamente una cantidad de *siddhis,* de los que ocho tan sólo: *Anima, Mahima, Laghima,* etc. –en resumen, los *ashta siddhis*–[46]pertenecen al estado espiritual superior; los otros diez y ocho se refieren al plano astral y a nuestras relaciones con él y con el plano físico. Los magos negros y los principiantes, se sirven de ellos; los Adeptos de la Magia blanca, practican el primer grupo, que es el superior.

Es menester señalar que si los fenómenos de H.P.B. le valían la maravillada adoración de sus discípulos occidentales y de sus amigos íntimos y el hostil escepticismo de sus adversarios, la rebajaban a los ojos de los *pandits* ortodoxos y de los ascetas de la India y de Ceilán, quienes los consideraban como el signo de una evolución espiritual poco adelantada. No ponían en duda la posible realidad de sus milagros, que todos estaban reconocidos y catalogados por sus Escrituras; se sentirían asfixiados en el aura mental de un Lankester. Sin embargo, si se condena toda exhibición pública de los fenómenos psíquicos, un instructor religioso gana en santidad si tiene la reputación de poder producirlos, porque es un signo de desarrollo interior. Para el instructor es una regla: no dejarlos ver ni de sus discípulos, hasta que esos se hallen suficientemente avanzados en la filosofía espiritual para poderlos comprender.

En el *Kullavagga,* V, 8, 1, se lee la historia de la copa de madera de sándalo, perteneciente al *setthi* de Rajagaha. Este había hecho tallar una copa en un trozo de madera de sándalo, y después haciéndola atar en lo alto de una percha de varios bambúes, declaró que la regalaría al *sramán* o *brahmán*[47] que pudiese elevarse en el aire para desatarla. Un célebre monje, llamado Pindala Bharadvaga aceptó el desafío, se elevó en el aire y trajo la copa, después de "haber dado tres veces, en el aire, la vuelta a Râjagaha". Los numerosos asistentes lo aclamaron y le rindieron homenaje. Llegado el rumor de esto al Buddha, este reunió a sus discípulos y censuró a Pindala:

"Esto está mal hecho –dijo–, es contrario a la regla, inconveniente, indigno de un *sraman* y no debe hacerse... Como una mujer que se muestra por una miserable moneda, así has mostrado al público las cualidades sobrehumanas de tu poder milagroso *(iddhi),* para ganar una pobre copa de madera. Esto no produce la

[46] Los ocho poderes del *Hatha Yoga.* (N. del T.)
[47] *Sraman*: asceta buddhista. *Brahmán*: individuo de la casta sacerdotal, la más elevada de las castas indas. (N. del T.)

conversión de los no convertidos ni el adelanto de los convertidos; sino que más bien impide convertirse a los no convertidos y hace retroceder a los convertidos". En seguida prescribió esta ley imperativa: "Oh! *bikkhus*[48] no debéis mostrar *ante 1os laicos,* el sobrehumano poder del *iddhi".* (Ver *Sacred Book of the East,* vol. XX, pág. 79).

El *kullavagga* dice, además (VII, 4, 7), que Devadatta "fue detenido en el sendero del (Arhatado[49], porque ya había alcanzado pequeñas cosas *(pothugganika iddhi* o poderes psíquicos) y *se creyó llegado a la cúspide de su desarrollo".*

El doctor Rajendralala Mitra, dice en una nota sobre el aforismo veintiocho de los *Yoga Sutra* de Patanjali, a propósito de los poderes psíquicos desarrollados *(siddhis):*

"Las perfecciones que acaban de ser descritas son absolutamente terrestres, no pueden servir sino a un fin terrestre y son inútiles a la meditación superior, que no busca más que el aislamiento. Y no son tan sólo inútiles, sino también nocivas en realidad, porque impiden la continuidad de la calma meditativa".

No todo el mundo comprende que los poderes psíquicos desarrollados, que se extienden a los grados sublimes de la vista, oído, tacto, olfato, gusto e intuición (profética, retrospectiva o actual) se relacionan con la individualidad nueva, como los cinco sentidos corrientes con la personalidad física. Del mismo modo que se debe ser el amo de sus sentidos físicos, para impedir a las sensaciones externas que vengan a perturbamos cuando queremos reflexionar profundamente en un problema científico o filosófico, el que aspira a convertirse en *jnâni* (el sabio), debe ser el amo de su clarividencia, clariaudiencia, etc., a fin de no verse distraído por ellas.

Hasta ahora no he visto a nadie que haya dilucidado este punto, que es, sin embargo, muy importante. Por haberlo ignorado, Swedenborg, Davis, los santos católicos y los visionarios de toda secta, se han extraviado, como ebrios de clarividencia, en los mundos de imágenes de la luz astral. Vieron cosas que en realidad existen y crearon otras que sólo nacieron en su imaginación, de suerte que dieron profecías truncadas, falsas revelaciones, malos consejos, una ciencia errónea y una teología inexacta.

Los asiáticos buscan con un fin puramente egoísta a los reputados como poseedores de poderes; piden tener hijos, curaciones, con frecuencia de enfermedades vergonzosas, la recuperación de objetos perdidos, la influencia sobre el espíritu de sus maestros y el

[48] Monjes buddhistas. (N. del T.)
[49] Del Adeptado. (N. del T.)

conocimiento del porvenir. Es lo que llaman "pedir la bendición del *Mahâtma",* pero nadie se engaña con eso, y 99 veces de 100, el hipócrita tiene que marcharse decepcionado. Hasta mi humilde experiencia me enseñó a conocer esa clase despreciable, porque entre los miles de enfermos suplicantes que curé o alivié durante mis investigaciones experimentales de 1881, no sé si cien se mostraron en verdad reconocidos. Y en menos de un año, aprendí lo que un *yogui* debe pensar de la exhibición de sus poderes psíquicos. El Sabio tiene razón al declarar en el *Suta Samhita* que el verdadero *Gurú* no es el que enseña las ciencias físicas, ni aquel que procura satisfacciones terrestres, ni quien desarrolla sus poderes hasta ver a los *gandharvas*[50], porque todo esto produce distracciones y penas; el verdadero Maestro es el que enseña la ciencia de *Brama*[51]. Los *Upanishads:* el *Chandogya,* el *Brahadaranya* y otros, dicen lo mismo: que aunque el *yogui* pueda por la potencia de su voluntad evocar a los *pitris*[52], los *gandharvas* y otros espíritus, o que pueda ejercer el poder de *Ishwara*[53]en un *sattwa*[54]sin mezcla, debe no obstante, evitar todas esas vanidades que tienden a desarrollar el sentido de la separación y que perjudican a la adquisición del verdadero *jnânam.* En cuanto a entrar voluntariamente en relación con los habitantes del mundo astral, para solicitar sus favores u obedecer sus órdenes, un asiático instruído y en su cabal juicio, jamás tendría la idea de hacerlo. Sri Krishna resume esto con una gran concisión en la famosa estrofa del *Gtta* (capítulo IX): "Aquellos que adoran (invocan, hacen *puja)* a los *Devadatas* (elementales superiores) van a ellos (después de su muerte). Aquellos que adoran a los *pitris,* van a los *pitris.* Los adoradores de los *bhûtas* (Sankâra les llama los más groseros de los espíritus naturales, pero esta palabra es también sinónima de *pisâcha,* que quiere decir las almas de los muertos o envolturas astrales), van a los *bhûtas.* Solo mis adoradores (los fieles del *jnânam,* la ciencia espiritual superior) vienen a mí".

En resumen: respetaban a H.P.B. porque poseía los *siddhis,* pero la censuraban por mostrarlos. Y M. A. Oxon era despreciado por ser medium de los *bhûtas* y *pisâchas,* cualesquiera que fuesen los dones de su espíritu, su educación universitaria, la pureza y el desinterés de sus intenciones.

Esto basta para hacer ver el punto de vista de los asiáticos. En cuanto a mí, yo era occidental hasta la médula en mi manera de juzgar los fenómenos de H.P.B. Y de

[50] *Gandharvas*: Cantores o músicos celestes. (N. del T.)
[51] *Brama*: El Absoluto, Suprema Divinidad. (N. del T.)
[52] *Pitris*: Espíritus antecesores de la actual humanidad. (N. del T.)
[53] *Ishwara*: *Shiva*, una de las personas de la *Trimurti* o Trinidad inda. (N. del T.)
[54] *Sattwa*: Bondad, pureza y armonía. (N. del T.)

Stainton Moseyn; me parecían de una importancia suprema como indicaciones psíquicas y como problemas científicos. Aun hallándome incapacitado para poner en claro el problema de la compleja entidad de H.P.B., estaba convencido de que las fuerzas que la inspiraban, y producían sus fenómenos, eran manejadas por seres vivientes que, en posesión de la ciencia psicológica, habían adquirido el dominio sobre las razas elementales. El caso de Stainton Moseyn era igualmente oscuro. El estaba firmemente persuadido de que sus maestros “Imperator”, “Kabbila” (¿Kapila?), “Mentor”, “Magus”, “Sade”(¿Sadi?), etc., eran hombres desencarnados, los unos desde hacía mucho tiempo, los otros menos, pero todos sabios y bienhechores. No solo le permitían servirse de su razón para avanzar por sí mismo por el camino ascendente, sino que hasta se lo ordenaban, y contestaban a sus preguntas con una infatigable paciencia, disipaban sus dudas, le ayudaban a desarrollar su intuición espiritual, a proyectar su cuerpo astral, y probaban por medio de variados milagros la naturaleza de la fuerza y de la materia, y la posibilidad de dominar los fenómenos naturales. Además, le enseñaban que existe a través del Cosmos, todo un sistema de enseñanza de Maestro a discípulos, dividido en graduadas etapas de desarrollo mental y espiritual como las clases de un colegio. En todo esto, la enseñanza que él recibía era idéntica a la que a mí se me daba, y siempre estuve convencido de que Maestros, si no del mismo grupo, por lo menos de la misma clase, se ocupaban entonces en formar los dos centros de evolución y reforma, de Londres y de Nueva York. ¡Qué noble era su alma! ¡Qué puro su corazón! ¡Qué fines elevados y qué profunda devoción a la causa de la verdad! Erudito, al par que hombre de mundo, pensador y escritor esclarecido, llegó a ser el más eminente de los jefes del partido espiritista, por lo menos así me lo parece y yo conocí, ligado a ellos por amistad personal, a Davis, Sargent, Owen y varios otros.

Antes de comenzar a escribir este capítulo, he releído y estudiado como unas setenta de las encantadoras cartas que él dirigió a H.P.B. y a mí, entre un centenar que fueron cambiadas entre nosotros. También consulté las *Records* de la señora Speers, que evocaron en mí el encanto de nuestras primeras relaciones. Es preciso que dé una exposición menos superficial de un hombre con el cual hemos estado tan ligados y cuyas experiencias psíquicas se aproximaban tanto a las nuestras. Y el mejor medio de mostrar su alma, su corazón y sus aspiraciones, es publicar aquí algunos fragmentos de una especie de autobiografía extraída de una carta suya. Está

dirigida a mí; fechada en el University College de Londres, el 29 de abril de 1876, y dice en ella:

"Mi vida se divide en "secciones" de unos cinco años; cada una trayendo consigo una disciplina diferente, pero que tiende al mismo fin. En cada una interviene la enfermedad, y no se me permite seguir una misma clase de estudios más de cinco o siete años. Recibí una hermosa herencia y me la quitaron: la perdí en una noche por una incursión de la marea. Me iba bien en la Universidad y tenía probabilidades de obtener un número 1 y una beca. Diez días antes del examen, caí enfermo de cansancio mental, y durante dos años no me encontré en estado de leer o escribir ni una palabra. Por lo menos, fuí obligado a esperar dos años para obtener un diploma corriente. En el transcurso de esos dos años, viajé por toda Europa y aprendí tal vez más cosas que con los libros. Pero era la ruina de mis esperanzas.

Después se sucedieron cinco, o más bien seis, años de Teología. Me había hecho un nombre en la Iglesia y era considerado como un predicador de porvenir. Siendo ortodoxo, era un teólogo bastante bueno, de amplia lectura y con facilidad para la argumentación. En un país lejano, casi salvaje, adonde mi médico me envió para aprovechar el aire del mar y la soledad, a fin de reponer mi salud quebrantada en Oxford, me puse a leer y trabajar apasionadamente. Mi rebaño hubiera hecho cualquier cosa por mí; yo hubiese podido conducirlo a cualquier parte; adquirí una reputación en las obras y en el púlpito. Otra vez atacado por el cansancio mental, sentí que tenía que abandonar ese excesivo esfuerzo (una parroquia de 30 millas cuadradas es algo y todo el trabajo pesaba sobre mí). Me fui al Oeste de Inglaterra, donde conseguí una gran posición en la diócesis de Sarum, algo así como un cargo de predicador selecto. Hablé públicamente dos veces y sucumbí definitivamente. Los médicos no sabían qué hacer conmigo; decían que tenía cansancio mental, que necesitaba reposo, etc., pero descansaba sin conseguir mejoría. En realidad no estaba enfermo, pero no podía reaparecer en público.

Sufrí una nueva enfermedad, y esto fue en un lugar donde no había buen médico. Uno que estaba allí de paso, me cuidó, salvándome con gran trabajo, y llegó a ser mi gran amigo: el doctor Speer. En Londres, me rogó que viviese en su casa y sirviese de repetidor para los estudios de su hijo. Yo había perdido mi fortuna, mi posición y mi salud. Me recogió y viví en su casa. Pero nada podía hacer en público; él no podía comprender esto ni yo explicarlo, pero *era una realidad terrible y siempre y siempre presente.*

Sentí que mi vida estaba terminada, pero sin embargo, conservaba toda mi fe sin sombra de duda. No obstante, poco a poco, percibí de que las antiguas convicciones palidecían; mi pan se ponía viejo. Un día faltó aquí (Universidad de Londres) un profesor y era necesario hallar alguien que continuase el curso de Filología. Pocas personas pueden hacer eso improvisadamente. Yo poseo la facultad de dejar de lado las cosas que aprendo hasta el preciso momento en que las necesito, y había estudiado la Filología en Oxford. Me presenté, y finalmente, obtuve el cargo en propiedad.

Ya veis que era un cambio más. Podía muy bien dictar mi curso, pero no podía emprender de nuevo mi carrera eclesiástica. Mis amigos, viéndome de nuevo en el trabajo, creían que yo volvería a predicar en Londres, donde se me hubiese acogido con gusto, pero esto me hubiese sido sencillamente *imposible.* A pesar de eso, no escribo nunca mis cursos y puedo hablar todo un semestre sin una nota. Es raro, ¿verdad?

En fin, la señora Speer cayó, seriamente enferma, y por casualidad abrió uno de los libros de Dale Owen. En cuanto se levanto se puso a discutir conmigo sobre ese punto. Comencé por reírme, pero terminé prometiéndole examinar el asunto. Fuí a lo de Burns y reuní todo lo que pude, así como en casa de Herne y Williams, y al cabo de dos meses yo estaba sumergido en el Espiritismo y los mediums en un grado increíble. Nuestros fenómenos sobrepasaban en mucho a todo lo que he visto de estas cosas. Esto ha durado cuatro años y ahora se halla en camino de desplegarse y voy a entrar en una nueva fase. He pasado por otras muchas; y en realidad he hablado demasiado de mí. Pero vale más que sepáis qué clase de hombre soy. En la actualidad he perdido toda fe sectaria, es decir, todo dogmatismo determinado. Veréis en *Spirit Teachings* qué esfuerzos he hecho para conservarla. He perdido la letra, pero he conservado el espíritu. No me considero ya como perteneciente a ninguna Iglesia. Pero de cada una he sacado lo mejor que tiene. Soy un hombre libre y sé lo que pueden enseñar los sistemas teosóficos. He arrojado las escamas y ahora, cuando haya sido bastante purificado, espero que se me permitirá penetrar detrás del velo, para repetir un proceso eterno con algunas modificaciones. Progreso sin fin, purificación perpetua, velo tras velo que se levantan hasta que... ¡Eh! ¿adónde he venido a parar? Que Dios os bendiga.

Vuestro hermano y amigo:

M. A. OXON".

He ahí en lo que estábamos unidos, y a partir de entonces, nos mantuvimos en perfecta simpatía y trabajamos amistosamente en direcciones paralelas; nuestras aspiraciones eran las mismas y nuestras opiniones no diferían totalmente. Con frecuencia lamenta en sus cartas que no vivamos en la misma ciudad para poder intercambiar constantemente nuestras ideas. Varios capítulos del *Theosophist* están consagrados a las cualidades de medium de Stainton Moseyn y a sus relaciones con los fenómenos de H.P.B. Podrá releérseles con provecho.

Veráse en ellos con interés que cuando un indo se pone a meditar, es decir, a concentrar todas sus facultades en los problemas espirituales, debe observar una triple preparación. Primero, es menester que haga la ceremonia del *sthalla shuddhi,* que tiene por objeto purificar la tierra donde se va a sentar, cortando los lazos con el cuerpo astral de la tierra y los elementales que la habitan (ver *Isis,* I, 379)[55]. Este aislamiento se obtiene lavando el suelo y sentándose sobre un lecho de hierba *Kusha*[56], uno de los vegetales que atraen a las buenas influencias elementales y rechazan a las malas. El *neem* (margotia), el *tulsi* (consagrado a Vishnú) y el *bilwa* (consagrado a Shiva), entran en esa categoría. En cambio, el tamarindo y el banyan son desfavorables y se cree que los "adversarios" de Imperator habitan en ellos. Infestan también los pozos antiguos, las casas largo tiempo desocupadas, los lugares en donde se quema a los muertos, los cementerios, los campos de batalla, los mataderos, los sitios en que se han cometido crímenes, y en general, todos aquellos en donde se haya vertido sangre; tal es la creencia de los indos (ver *Isis,* vol. 1, caps. XII y XIII)[57]. Una vez que el operador ha purificado el suelo y habiéndose aislado de las malas influencias terrestres, hace en seguida el *bhûta shuddhi,* que es una recitación de estrofas que tienen el poder de detener a los "adversarios" que viven en la atmósfera, tanto a los elementarios como a los elementales, acompañado de pases circulares (magnéticos) alrededor de su cabeza. Crea de este modo a su alrededor, una barrera o muro psíquico. Terminadas estas dos operaciones preliminares e indispensables, que jamás deben ser descuidadas ni efectuadas con negligencia, pasa al *atma shuddhi,* recitación de *mantrams* que contribuyen a la purificación de su cuerpo y de su espíritu y preparan el despertar de sus facultades espirituales y la

[55] En la edición inglesa. (N. del T.)
[56] Poa cynosuroides. (N. del T.)
[57] En la edición española, vol. II, caps. IV y V, págs. 165 y 208. (N. del T.)

absorción llamada meditación, que tiene por objeto adquirir *jnâna,* conocimiento. El que se entrega a la investigación de la verdad divina necesita un sitio puro, un aire puro, una vecindad pura, es decir, no compuesta de gentes sucias, inmorales, materialistas, hostiles, o que hayan comido mucho.

Los consejos dados por Imperator al círculo Speer y en resumen, todos los que han recibido los círculos verdaderamente escogidos de investigadores espiritistas en todas las partes del mundo, están sensiblemente de acuerdo con las leyes del Oriente; y es un hecho que cuanto más cuidadosamente se han observado esas precauciones, tanto más nobles y elevadas han sido las enseñanzas recibidas. Pueden atribuirse al olvido de esas condiciones protectoras las escenas chocantes, el lenguaje y las instrucciones innobles, que con frecuencia son los gajes de las sesiones en las que mediums impuros y sin protección, prestan sus servicios a un público heterogéneo. Después de diez y siete años, las cosas van mejorando poco a poco, y los medium físicos, así como los fenómenos físicos, desaparecen lentamente ante las formas más elevadas de manifestaciones mediumnímicas.

En las obras publicadas de Stainton Moseyn, y más aún si es posible, en su correspondencia privada, se encuentra el reflejo de las ideas de Imperator sobre los inconvenientes de los círculos heterogéneos. Comprendía perfectamente que la secular experiencia de los indos les había descubierto la verdad de que un aura espiritual pura, no puede pasar sin mancharse a través de un medium vil y de un círculo desagradable, así como el agua de un manantial de la montaña no puede atravesar un filtro sucio sin contaminarse. Esto es lo que ha dictado sus reglas para el aislamiento del aspirante al conocimiento espiritual de todas las influencias corruptoras, y sus prescripciones de purificación personal. Cuando se ve la ceguera y el descuido con que los occidentales se mezclan, hasta con sus niños, en la atmósfera envenenada de vicios de ciertas sesiones, se da uno cuenta de la exactitud de la observación del guía principal de M. A. Oxon, respecto a la sorprendente fatuidad desplegada en nuestra relación con los espíritus de los difuntos. Sólo ahora, después de unos cuarenta años de experiencia, los más "ortodoxos" de los escritores espiritistas comienzan a comprenderlo. Y sin embargo, esas mismas personas, cediendo a su odio a la Teosofía –con el pretexto de su horror por H.P.B.– no quieren escuchar a los antiguos y tomar contra los peligros de los círculos y mediums públicos, las precauciones dictadas por la experiencia. Los progresos que

indicamos, son debidos más bien al interés general inspirado por nuestra literatura, y a su efecto indirecto sobre los mediums y los círculos, que a la influencia directa de los editores, conferencistas y escritores espiritistas. Esperemos que las ideas de los teósofos sobre los elementarios y los elementales, obtengan pronto la atención que merecen.

CAPÍTULO XX

OPINIONES CONTRADICTORIAS (CONTINUACIÓN)

Una mañana estaba yo sentado en la galería de "Gulistan", mi casa de campo de la montaña, y miré hacia el Norte por encima del mar de nubes que me ocultaba las llanuras de Mysore. De pronto, el océano vaporoso se disipó y se vieron las alturas de Bilgirirangam, situadas a 70 millas; con un buen anteojo podían distinguirse con facilidad los detalles. Una asociación de ideas evocó en mi espíritu el problema de nuestras relaciones –de H.P.B.– yyo con Stainton Moses (a disgusto me sirvo de ese nombre desfigurado). Repasando uno a uno todos los datos, las nubes oscuras de los acontecimientos subsiguientes se disiparon, y el anteojo del recuerdo mostró en ese pasado distante, con más claridad que nunca, su parentesco con nosotros y con nuestros sabios. Ahora es evidente para mí que una Inteligencia directriz, siguiendo un plan extendido a través de las naciones y los pueblos, por medio de otros muchos agentes, había contribuido a su desarrollo y al mío, al conjunto de sus experiencias psíquicas y a las que me fueron proporcionadas por H.P.B. No sé quién podía ser ese *Imperator,* su agente –ni siquiera sé quién podía ser en realidad H.P.B.– pero siempre me sentí inclinado a pensar que debía ser, o el Yo superior de Sto Mos. o un Adepto, y que "Magus" y los demás de su grupo eran también Adeptos. Yo también tenía mi grupo, pero no eran espíritus que ejercían contralor sobre mí. St. Mos. tenía un Maestro árabe, y yo también. El tenía egipcios, yo tenía un copto; él un filósofo italiano, yo también. El tenía a "Prudente", versado en las escuelas de Alejandría y la India, yo también y varios. El tenía al doctor Dee, un místico inglés y yo tenía al que más arriba he llamado el antiguo platónico. Entre sus fenómenos y los de H.P.B. se observaban notables parecidos. Todos esos detalles no me eran conocidos antes de la publicación de las memorias de la señora Speer. Pero ahora todo está aclarado. No tiene nada de extraño que St. Mos. y yo nos hayamos sentido atraídos el uno hacia el otro; era inevitable. Su correspondencia toda, prueba que él lo sentía también. Hace un resumen de sus sentimientos en una carta del 21 de enero de 1876: "Me siento muy fuertemente atraído hacia vosotros dos y daría cualquier cosa por conseguir alcanzaros" (quiere decir en su "doble"). Lo que me

entristece es que no haya podido llegar a saber quiénes eran en realidad los de su grupo; o si se quiere, los que yo creo que eran. Si mi hipótesis es correcta, el obstáculo debería estar en su estado de ánimo. Su historia intelectual se parece en varios aspectos a la de la señora Besant: ambos lucharon desesperadamente por sus primeras convicciones y no las abandonaron sino bajo el imperio de pruebas acumuladas; ambos no buscaban más que la verdad y valientemente se ponían de su lado ¡Qué patético fue el conflicto entre la razón y la fe en la señora Besant y su adhesión final a la lógica! Del mismo modo, el lector de las autobiografías publicadas o privadas de Stainton Moses debe notar que Imperator y sus colegas tenían que luchar contra la incredulidad combativa del hombre inteligente que conservaba su imperio sobre el espíritu del medium, hasta que dicha incredulidad fue, por decir así, arrastrada por el oleaje de las demostraciones psíquicas (entre otros pasajes que vienen a corroborar esta afirmación, ver lo que dice "Imperator" en las *Records* de la señora Speer: XX, *Light,* 30 de julio de 1892). Tenía el temperamento de un buey concienzudo, pero desde que se convirtió a la nueva filosofía, se destacó como la misma personificación del valor y la lealtad, era un león por su bravura en el combate. El primer retrato que me envió representa un vicario de rostro delgado, dulce como una crema. Nadie habría adivinado nunca que ese inofensivo eclesiástico llegaría a ser con el tiempo el gran jefe de los librepensadores espiritistas. Hace falta poseer una esclarecida clarividencia para ver el porvenir detrás de su *mâya*[58].

Se me objetará que el mismo "Imperator" declaró ser un espíritu; pero es que en realidad lo era para St. Mos., ya estuviese unido a un cuerpo o no. ¿Acaso no es necesario dar leche a los niños pequeños? Ved cómo H.P.B. se declaraba con ardor espiritista en sus primeras cartas a los periódicos y en sus primeras entrevistas con los cronistas. Vedla produciendo fenómenos en Filadelfia, en casa de los Holmes y dejando creer al general Lippit, al señor Owen y a mí mismo, que era necesario atribuirlos a la señora Holmes, a quien trata en nuestro *Scrap-book* de farsante vulgar. ¿No se me indujo primeramente a creer que estaba tratando con espíritus desencarnados, y no se me hizo que tomase a un fantoche, bueno para escribir, dar golpes y producir formas materializadas, por el alma de Juan King? Yo atribuyo el pronto abandono de esas fantasmagorías y la confesión de la verdad, a mi

[58] Ilusión en sánskrito. (N. del T.)

indiferencia crónica por todas las teologías y por la identidad de las personalidades ocultas tras los fenómenos. Mi actitud está clara en cuanto a eso, puesto que yo había publicado mis opiniones desde el año 1853 (ver el antiguo periódico *Spiritual Journal,* edito S. B. Britten, año 1853: artículos firmados con mi nombre o con el seudónimo "Amherst").

Mi ánimo de entonces era el que aún poseo hoy, lo que explica que a pesar de mi afecto a H.P.B. ymi respecto a nuestros Maestros –ambos por lo menos iguales a los de cualesquiera de sus discípulos– he protestado siempre contra la idea de que un hecho o una doctrina ve aumentado su valor cuando se la puede atribuir a ella o a uno de nuestros Maestros o de sus *chelas*[59]. No hay religión, filosofía o maestro, superior, más grande, o de más peso que la verdad; porque Dios y la verdad no forman más que uno. Pronto supe la verdad respecto a mis inteligencias directoras, porque no tenía que derribar barreras sectarias. Mientras que St. Mos. era la testarudez encarnada y lo que siempre me pareció asombroso es que su "grupo" se haya mostrado tan paciente y tolerante hacia lo que no debía parecerles más que los caprichos de un niño mimado. Como él dice, su salud, que nunca había sido muy buena, cedió por completo al cansancio cerebral antes de que él descubriese que era medium, y podemos ver que los poderes que presidían asu destino lo hicieron caer enfermo cada vez que estaba en camino de reanudar su carrera eclesiástica. Se vió obligado a renunciar a ella a pesar de todo su sentimiento.

… …

Teniendo en cuenta todo esto (es decir, los hechos y los argumentos citados en la versión original de este capítulo y del precedente), ¿estoy equivocado al suponer una estrecha unión entre la inteligencia oculta tras St. M. y la que conducía a H.P.B.? El me escribía el 31 de diciembre de 1876: "No sé si tengo razón al suponer, según lo que esta mañana me dijo Imperator de que ella (H.P.B.) está ahí, cerca de mí, trabajando para mí; quiero decir para mi bien y mi iluminación. No vale la pena de preguntárselo, pero *yo lo creo"*. El 10 de octubre de 1876 me escribió que había tenido "una visión soberbia y perfecta, preferiría decir: una visita de Isis (uno de los apodos que los familiares de H.P.B. se complacían en darle; le llamaba también "Esfinge", "la papisa" y "la anciana señora"). Era tarde, alrededor de la media noche –guardo en casa una nota exacta–, cuando de pronto ví a Isis que desde mi salón

[59] Discípulos aceptados. (N. del T.)

miraba por la puerta abierta, hacia mi despacho, donde yo estaba de pie y C. C. M. sentado. Lancé una exclamación y corrí al salón seguido de M., que no vió nada. Yo veía a Isis tan claramente como es posible ver y hablé algunos instantes con ella. Observé que al precipitarme al salón, hice "disipar" la forma, pero pronto reapareció y entró en mi gabinete, donde según M., caí en una especie de trance o cierto estado anormal e hice unos signos de carácter masónico".

Después de haber copiado esto, encuentro escritas por mí en el reverso de una carta de M. A. Oxon; las siguientes palabras: "Si de hoy al 15 de este mes, M. A. O. no ve a H.P.B., ésta no irá más a su casa. (Firmado) E. S. Olcott". Y esa misma noche la vió, como lo he dicho más arriba. Un año antes, el 16 de octubre de 1875, agradece a H.P.B. su carta, diciendo que "ella arroja una ola de luz, no tan sólo sobre los fenómenos espiritistas en general, sino también sobre diversos puntos hasta entonces oscuros". En fin, ella le ayudó a comprender las lecciones de sus espíritus conductores. He aquí un buen pasaje de su carta del 7 de noviembre de 1876:

"Sólo tengo en vista una cosa: la investigación de la Verdad; no me ocupo de otra cosa. Y aunque a veces pueda desviarme para examinar los títulos de lo que se presenta como Verdad, no tardo en abandonar la apariencia para emprender de nuevo el recto camino. Me parece que la vida sólo me ha sido dada para esto y que todo es para llegar a este fin. Esta presente esfera de existencia no me parece más que un medio, que cuando haya llenado su cometido, cederá el sitio a otro apropiado para asegurar mis progresos. Mientras yo viva, viviré para la Verdad, y cuando muera, será para observarla de más cerca".

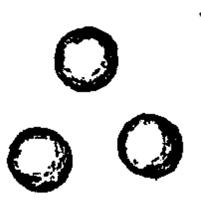
He ahí el alma de un hombre digno de ese nombre, expuesta a la luz. Más adelante continúa:

"Yo percibo vagamente, y sobre todo él (Imperator) me dice que en el Ocultismo hallaré una fase de la Verdad que aún no conozco, y por eso pongo mi esperanza en él y en usted (H.P.B.). Es probable que durante mi permanencia en la tierra no llegue a levantar el velo y que mi vida se pase en buscar la verdad por los medios que usted me enseña ahora".

En cuanto a "Magus", tengo datos muy interesantes, y mi opinión sobre él es mucho más precisa que sobre *Imperator*. Estoy casi seguro de que es un Adepto vivo y

además uno de los que tienen relación con nosotros. En marzo de 1876 envié a St. Mos. un trozo de tela de algodón o muselina impregnado de un perfume líquido, que H.P.B. podía exudar a voluntad de la palma de las manos, y le pregunté si lo reconocía. El 23 del mismo mes me contestó:

"¡Ese olor a sándalo me es tan familiar! Uno de los fenómenos más corrientes en nuestro círculo era precisamente la emisión de un perfume, ya líquido, ya en forma de brisa perfumada. El olor que nosotros llamábamos "perfume de los espíritus" era justamente éste, y siempre lo obteníamos en las mejores condiciones durante los dos últimos años. Cuando este perfume dominaba en mi atmósfera, mis amigos preveían que la sesión sería interesante. La casa donde nos reuníamos, quedaba impregnada por varios días, y en casa del doctor Speer, en la isla de Wight, el olor era más fuerte que nunca cuando se abrió la casa al cabo de seis meses. ¡Qué poder maravilloso el de esos hermanos!... Me quedé en mi habitación todo el día para tratar de aliviarme de una tos penosa...; a media noche tuve un acceso de tos más violenta aún que de ordinario. Cuando me pasó, ví cerca de mi cama, a unas dos yardas y a la altura de cinco pies y seis pulgadas, más o menos, sobre el suelo, tres pequeñas bolas de luz fosforescente, del tamaño aproximado de una naranja pequeña. Estaban dispuestas así, formando un triángulo equilátero, cuya base tendría más o menos diez y ocho pulgadas. Al principio creí que sería una ilusión óptica, causada por la violencia de la tos. Las miré fijamente y quedaron inmóviles, dando una luz fosforescente continua, que no alumbraba nada en torno suyo. Convencido de la objetividad del fenómeno, encendí un fósforo. Con su luz no ví más las bolas, pero en cuanto se apagó reaparecieron. Repetí seis veces (siete en total) el dar la luz; entonces palidecieron y fueron desapareciendo poco a poco. Es el símbolo que J. K. puso detrás del retrato de usted (mientras el correo lo transportaba de mi casa a la suya. – E. S. 0.–). ¿Sería también él? No creo que fuese ninguno de los míos".



Como ya lo he dicho en otra parte, las tres esferas luminosas son el símbolo especial de la Logia de nuestros Adeptos: Y ninguno de nosotros, sus discípulos, podía desear una mejor prueba de sus relaciones con St. Moses. Este dice también:

“En verdad, no tengo más dudas respecto a la Fraternidad y a su trabajo. No me queda ni sombra de ellas. Creo sencillamente, y trabajo lo mejor que puedo, para prepararme a lo que ellos desearen de mí”. En otra carta me pregunta: “¿Sabe usted algo de mi amigo “Magus”? Es poderoso y obra *ocultamente* sobre mí”. En otra carta también, el 18 de mayo de 1877, le dice a H.P.B.: “Algunos de sus amigos han venido a verme con bastante frecuencia en este tiempo, a juzgar por la atmósfera de sándalo –que O. llama “el perfume de la Logia”– que impregna mi departamento y mi persona. Lo saboreo, lo exhalo, todo lo que me pertenece huele a él, y un fenómeno antiguo e inexplicable, que no había vuelto a ver desde hace muchos meses –más de un año– *y que yo acostumbraba obtener con otros perfumes”* ha reaparecido. Es un olor fuerte que exhalo de un sitio definido en el vértice de la cabeza (¿en el brahmarândra?)–O.) que es muy pequeño, del tamaño de una moneda de media corona.

Este perfume de la Logia es ahora de una fuerza casi intolerable. Otras veces, era un olor a rosas, o cualquier otra flor fresca cercana... La otra noche, en una reunión, un amigo me dió una gardenia. Inmediatamente, la flor desprendió un violento perfume de la Logia, y ante mis ojos tomó un color caoba; ahora, seca como está, aún queda saturada de ese olor. Siento que estoy en una transición y espero lo que haya de ser. Actualmente, parece que “Magus” es mi genio tutelar en varios aspectos”.

Se dirá que eso no tiene nada de sorprendente, cuando St. Mos. estaba saturado y casi sofocado por el perfume de la Logia. Es un olor muy persistente. En 1877, le remití un mechón de los cabellos naturales de H.P.B., con otro de sus cabellos indos, negros como el azabache, de los que ya he hablado antes y que podían cortarse de su cabeza cuando estaba sometida al *aves'ha*. Yo mismo corté ese mechón para St. Mos. Acusó recibo de ellos en una carta dirigida a H.P.B. y fechada el 25 de marzo de 1877. Deseoso de fotografiar esas diferentes clases de cabellos a fin de hacer un grabado para este libro, pedí a C. C. M. que me enviase las dos muestras, que se encontraban en la colección de St. M., y me llegaron hace poco. Aún se nota el perfume de la Logia en la guedeja negra, al cabo de diez y seis años. Los que leen las historias eclesiásticas, recordarán que ese fenómeno odorífico ha sido observado con frecuencia en los monjes verdaderamente santos, los religiosos y otros reclusos, del convento, la caverna o el desierto. Entonces se le llamaba: olor de santidad. ¡Designación errónea, porque en ese caso todos los personajes santos deberían oler bien, y sabemos

demasiado que es todo lo contrario! A veces, de la boca de una extática corría un licor perfumado; el néctar de los dioses de la Grecia. Yse ha conservado embotellado el de María Angela. Des Mousseaux, el demonófobo, atribuye al diablo los productos de la química psíquica. ¡Pobre fanático!

CAPÍTULO XXI

EL CUARTEL GENERAL DE NUEVA YORK

La historia de los comienzos de la Sociedad Teosófica está casi terminada. No me queda más que completar la primera serie de esos recuerdos, con algunos croquis de nuestra vida de relación en Nueva York hasta nuestro embarque para la India.

Desde el fin del 1876 al del 1878, la Sociedad Teosófica, como tal, quedó relativamente inactiva; sus reglamentos cayeron en el olvido y sus sesiones cesaron casi por completo. Más arriba se ha visto el relato de sus escasas manifestaciones públicas, y es menester buscar los motivos de su creciente influencia en el aumento de la correspondencia nacional y extranjera de los fundadores, en sus artículos de controversia en la prensa, en la fundación de Ramas de la Sociedad en Londres y Corfú, y en la iniciación de relaciones simpáticas con la India y Ceilán.

Los espiritistas influyentes, que en un principio formaron parte de la Sociedad, se habían retirado todos; nuestras reuniones en un local alquilado para ellas –Mott Memorial Hall, en la avenida Madison de Nueva York– habían cesado; los derechos de ingreso, hasta entonces exigidos a los nuevos miembros, estaban abolidos, y el sostén de la Sociedad estaba por entero a nuestro cargo personal. A pesar de eso, la Idea no había sido nunca más fuerte, ni el movimiento más vivo, que cuando despojado de su existencia externa, su espíritu se vió reducido a nuestros cerebros, nuestros corazones y nuestras almas. La vida que llevábamos durante esos últimos años en el cuartel general, era sencillamente ideal. Unidos por nuestra devoción a una causa común, en relación diaria con nuestros Maestros, absorbidos por pensamientos, sueños y actos altruístas, vivíamos ambos en esta bulliciosa metrópoli tan fuera del alcance de sus rivalidades egoístas y sus ambiciones innobles, como si nos hubiésemos encontrado en una cabaña a orillas del mar, o en una caverna en el fondo de una selva virgen. No exagero nada afirmando que no se hubiese hallado en otra casa de Nueva York un semejante desprendimiento del mundo. Nuestros visitadores dejaban en la puerta sus distinciones sociales, y ricos o pobres, cristianos, judíos o infieles, sabios o ignorantes, todos estaban seguros de encontrar la misma cordial acogida y la misma paciente atención a sus preguntas sobre temas religiosos o de otra índole. H.P.B.

debía a su nacimiento aristocrático un perfecto trato social y a sus convicciones democráticas la cordialidad de su hospitalidad para con los más humildes visitadores.

Uno de nuestros asiduos más versados en la filosofía griega, era pintor de edificios, y recuerdo la alegría con que H.P.B. y yo, firmamos su solicitud de ingreso en calidad de padrinos, y le acogimos en la Sociedad.

Sin excepción alguna, todos los que publicaron el relato de sus visitas a la "Lamasería", como llamábamos en broma a nuestra humilde casa, declaraban que era una experiencia nueva, fuera de todo precedente. Casi todos hablaban de H.P.B. en términos exagerados de admiración y asombro. No había en ella ni sombra de ascetismo, en su apariencia; no meditaba en la soledad, no practicaba austeridades en su alimentación, no se rehusaba a recibir a las gentes de sociedad y espíritus frívolos, y no elegía sus contertulios. Su puerta estaba abierta para todos, hasta para aquellos de quienes podía temer la pluma. Con frecuencia publicaban caricaturas suyas, pero si los artículos eran espirituales, se reía conmigo de todo corazón.

El señor Curtis, uno de los mejores cronistas de la prensa neoyorquina, era uno de nuestros asiduos y como, consecuencia se hizo miembro de la Sociedad. La Lamasería le proporcionó volúmenes de buen original, ya serio, ya jocoso, pero siempre brillante y ágil. Una noche nos hizo caer en una bonita trampa, llevándonos a ver un circo en donde dos egipcios hacían algunos números que podían atribuirse a hechicería, pero que en todo caso deseaba que viésemos, como jueces competentes de lo extraordinario. Le oímos como a la sirena y le acompañamos. No se trataba más que de vulgares juegos de prestidigitación y los egipcios eran unos buenos franceses, con los que conversamos extensamente en el despacho del director, durante los entreactos. Ni siquiera habían visto nunca un verdadero mago egipcio, como los que el señor Laur describe en su bien conocido libro.

Al despedirme, hice presente a Curtís mi sentimiento por el fracaso de su experiencia, pero él riéndose a carcajadas me respondió que, por el contrario, ahora poseía los elementos para hacer un artículo sensacional. Y lo demostró muy bien. El *World* del día siguiente traía un artículo titulado: "Los teósofos en el circo", en el que nuestra vaga charla con los dos franceses se había transformado en una conversación mística apoyada con impresionantes fenómenos, apariciones de

espectros, aportes y desapariciones. El conjunto hacía honor a la imaginación del articulista, si no a su veracidad. Otra vez, nos trajo la historia de las apariciones nocturnas del espíritu de un difunto sereno de los muelles de la parte oriental de la ciudad, y nos pidió que fuésemos a ver al fantasma. Según él, la policía estaba desconcertada y el inspector del distrito había tomado sus medidas para apoderarse de él esa misma noche. Sin acordamos de la aventura del circo, aceptamos también. La noche estaba desagradable, aunque estrellada, y pasamos cuatro horas bien arropados, fumando y bromeando con una banda de periodistas enviados para tomar notas. Pero ¡ay!, "Old Shep" no se dignó esa noche mostrar su mala sombra y concluimos por volver a la Lamasería, muy molestos por la noche perdida. Pero los periódicos al día siguiente, con amargo disgusto nuestro, nos presentaron como un par de cerebros chiflados que esperaban cosas imposibles, y casi nos acusaron de haber impedido a "Old Shep" que apareciera, para hacer una travesura a los periodistas! Esto se extendió hasta las publicaciones ilustradas, y aún tengo en el *Scrap-book* una figura que nos representa con el grupo atento y respetuoso de los periodistas, con el epígrafe de "Miembros de la Sociedad Teosófica, acechando el fantasma de Old Shep". Felizmente, tanto H.P.B. como yo, estábamos incognoscibles.

Una noche, la condesa Pashkoff contó, en presencia de Curtis, una aventura que le sucedió en el Líbano con H.P.B. Hablaba en francés y yo traducía al inglés. El relato era tan fantástico que Curtis pidió permiso para publicarlo, y habiéndolo obtenido, le hallamos al otro día en el diario. Como es un ejemplo de la teoría de la existencia en el *ákásha*[60] de las imágenes latentes de acontecimientos terrestres, y de la posibilidad de evocarlas, voy a copiar una parte, dejando a la bella narradora la responsabilidad de los hechos citados:

"–La condesa Pashkoff habla y habla, y el coronel Olcott traduce para el cronista–... Viajaba yo un día entre Baalbeek y el río Orontes, cuando ví una caravana en el desierto. Era la señora Blavatsky. Acampamos juntas. Había un gran monumento cerca del pueblo de El Marsum, entre el Líbano y el Anti-Líbano. Ese monumento tenía inscripciones que nadie había podido leer, y como yo sabía las cosas extraordinarias que la señora Blavatsky puede obtener de los espíritus, le

[60] La substancia primordial, más sutil que el éter; podríamos decir que es el eslabón entre la fuerza y la materia. (N. del T.)

rogué que tratase de saber lo que era ese monumento. Hubo que esperar la noche; ella trazó un círculo y nos hizo entrar en él. Se encendió fuego y se le echó mucho incienso. Después recitó numerosos encantos. Se volvió a echar incienso. Entonces señaló con el dedo al monumento, sobre el cual se veía una gran bola de fuego blanco. También se veían muchas llamitas sobre un sicomoro que se hallaba a un lado. Los chacales ladraban a nuestro alrededor en la sombra. Se echó más incienso aún. Entonces, la señora Blavatsky ordenó al espíritu de aquel a quien el monumento había sido erigido, que apareciese. Pronto se elevó una nube de vapor, que veló la débil luz de la Luna. Volvióse a echar incienso. La nube tomó la vaga forma de un anciano con barba, y una voz habló desde muy lejos, al parecer a través de la nube. Dijo que el monumento había sido el altar de un templo desaparecido hacía mucho tiempo, elevado a un dios que mucho tiempo antes había vuelto al otro mundo. "¿Quién sois?", preguntó la señora Blavatsky, "Soy Hiero, uno de los sacerdotes del templo", dijo la voz. Entonces la señora Blavatsky le ordenó que nos mostrase el templo tal como existía en otro tiempo. El se inclinó, y por unos momentos, tuvimos la visión de un templo y de una gran ciudad que cubría la llanura hasta donde alcanzaba la vista. Después esto desapareció y la imagen se borró". *(N. Y. World* del 21 de abril de 1878. El artículo se titulaba: "Colección de historias de aparecidos").

Hacia el fin del 1877 o al comienzo del 1878, recibimos la visita del honorable Juan L. O'Sullivan, diplomático norteamericano y ardiente espiritista, que pasaba por Nueva York, yendo de Londres a San Francisco. Fue bien recibido por H.P.B. y defendió valientemente sus convicciones contra sus ataques. Efectuó para él algunos fenómenos instructivos que él describió más tarde en el *Spiritualist* del 8 de febrero, en estos términos:

"Jugaba ella con un rosario oriental en un bolo copa de laca; las cuentas eran aproximadamente del tamaño de una bolita de las que usan los niños para jugar, algo grandes, y todas talladas. Un señor que se hallaba presente, tomó el rosario en su mano, admiró las cuentas y le preguntó si tendría la bondad de darle una. Ella contestó que no tenía ganas de cortar el hilo. Pero tomó de nuevo el rosario y se puso a jugar con él en la copa de laca. Yo tenía los ojos fijos en la copa, en plena luz bajo una gran lámpara colocada encima de la mesa. Pronto pareció evidente que el número de cuentas aumentaba bajo sus dedos y que la copa estaba casi llena de ellas.

En seguida sacó el rosario, dejando en el fondo de la copa muchas cuentas y diciéndole al que había pedido la cuenta, que sacase las que quisiera. Siempre he lamentado no haber tenido la presencia de ánimo o la osadía de pedir alguna para mí. Estoy seguro de que me las hubiese dado, porque ella parece todo bondad, así como es toda ciencia. Yo creería que los granos creados ante nuestros ojos, eran aportes efectuados por espíritus a petición u orden suya. Creo (sin estar seguro de ello) que Olcott y ella piensan que esos fenómenos son producidos de alguna manera, por un gran hermano "Adepto" del Thibet, el mismo del cual he oído la espineta[61], cuyos sonidos, apagados, pero claros, eran traídos desde el Thibet hasta encima de nuestras cabezas –según me dijeron– por el flúido astral (ya he relatado esto, y muchos amigos fueron igualmente favorecidos). La señora Blavatsky declaró que en cuanto terminase su misión y deberes actuales (de los que el principal es la publicación de su libro) volvería a aquel país de predilección para no dejarlo jamás.

Otro ejemplo de fabricación de objetos materiales: llegando cierta tarde a una hora algo más avanzada al saloncito donde, sentada en su escritorio, se pasaba unas diez y siete de las veinticuatro horas, la encontré con el coronel Olcott, ocupada en corregir. pruebas de imprenta. En ese tiempo, yo tenía bastante intimidad con ella y con Olcott, y para ambos conservaré siempre una gran adhesión y un profundo respeto. El me dijo que ese día había ocurrido uno de esos *pequeños incidentes,* como les llama, y que constantemente se producen en su casa. Habían tenido muchas visitas y se había hablado con animación de las civilizaciones comparadas del Oriente Antiguo y del Occidente moderno.

Recayó la conversación sobre las telas fabricadas aquí y allá. La señora Blavatsky tomó con entusiasmo el partido del Oriente; de pronto se llevó la mano al cuello y sacó de su amplio pecho (de entre la vieja bata que es el único vestido que le conozco) un pañuelo de crespón de seda, con el borde rayado, que se parecía mucho a lo que nosotros llamamos crespón de algodón, y preguntó si las manufacturas occidentales producían algo superior a eso. Me aseguraron, y tengo buenas razones para creer en su palabra, que hasta ese momento el pañuelo no había estado allí. Estaba doblado por sus pliegues de origen y la conversación había sido por completo accidental. Lo examiné y noté en él ese olor insípido y penetrante que caracteriza a

[61] Especie de clavicordio pequeño, con cuerdas metálicas. (N. del T.)

los *aportes* del lejano Cathay[62]incluídas las cuentas de que he hablado). Noté que en uno de sus bordes tenía una firma rara que ya había visto sobre otros objetos, y que –según me dijeron– era el nombre, en caracteres más antiguos que el sánskrito, del gran Hermano Adepto del Thibet, del que, entre paréntesis, ella reconoce la gran superioridad. Más tarde, al ir a sentarnos a la mesa (donde se había agregado a la frugal refacción una botella de vino para mí, porque ni uno ni otra beben jamás), ella dijo a Olcott: "Deme V. ese pañuelo". El lo sacó de la hoja de papel de escribir en que lo había cuidadosamente envuelto, nuevo y sin ajar. Ella lo retorció de cualquier modo y se hizo con él una corbata. Al volver al salón que tenía más calefacción, se lo sacó y lo arrojó sobre una mesa a su lado. Le hice notar que lo trataba con pocas ceremonias y le pregunté si quería regalármelo. "¡Oh!, ciertamente, si tiene usted gusto en ello", dijo, y me lo arrojó. Lo estiré como mejor pude entre los dedos, lo envolví otra vez en papel y lo guardé en el bolsillo de mi chaqué. En el momento de marcharme me dijo: "¡Oh!, vuelva a darme ese pañuelo por un momento". Obedecí, naturalmente, Y ella se volvió, dándome la espalda un instante; después ya de frente, me mostró dos pañuelos, uno en cada mano, diciendo: "Elija el que V. quiera, he pensado que tal vez le gustaría más éste que ha visto llegar". Eso hice, y después de haber recorrido esa noche una quincena de millas en tren, se lo dí a la dama que tenía más derecho a recibir los presentes de otra dama, que entre paréntesis, se pretende septuagenaria, aunque no representa más de cuarenta años. Cuando dejé América algunos días después, el pañuelo no se había deshecho aún, ni se había vuelto al Thibet en "una corriente de flúido astral". Debo agregar que ese segundo pañuelo era el facsímil perfecto del primero, en todos sus detalles, incluyendo el nombre en caracteres arcaicos. Este, por cierto, estaba escrito o pintado en negro y no impreso mecánicamente".

Mis recuerdos del incidente del pañuelo difieren un poco del relato del señor O'Sullivan. El primero fue hecho de la nada –como sin razón se dice corrientemente, porque nada dejó de existir nunca ni pudo haber sido creado de la nada, aunque lo pretendan los teólogos– durante una conversación que tuvo lugar entre H.P.B. y nuestro amigo el señor Herrisse de la legación de Haití. El decía que uno de sus parientes trajo de China pañuelos de crespón de seda que las manufacturas occidentales aún no habían podido imitar. En seguida ella mostró ese pañuelo preguntándole si eso

[62] Nombre que se daba en otro tiempo en Europa, a las provincias septentrionales de la China. (N. del T.)

era lo que quería decir, a lo que él contestó afirmativamente. Yo me apoderé del pañuelo, y cuando vino el señor O'Sullivan le conté la historia y le mostré el pañuelo. El le pidió en seguida a H.P.B. que se lo diera y ella accedió. A lo que yo hice notar, riéndome, que no tenía el derecho de disponer así de mis bienes sin mi consentimiento, pero me contestó que eso no importaba nada y que me daría otro igual. En ese momento nos anunciaron la cena, y cerca ya de la puerta, le pidió al señor O'Sullivan que le prestase el pañuelo un momento. Estábamos de pie, ella nos dió la espalda un momento y después, volviéndose, mostró en cada mano un pañuelo, de los que dió uno al señor O'Sullivan y el otro a mí. Al salir del comedor, sintió una corriente de aire que venía de una puerta entreabierta detrás de ella, y me pidió algo para ponerse en el cuello. Le dí mi pañuelo mágico, que se puso negligentemente en el cuello mientras hablaba. Como no era bastante largo para anudar los extremos, quise sujetarlos con un alfiler, pero ella exclamó: "¡Que el diablo se lleve a usted y a sus alfileres; tenga, ahí está su pañuelo!" Y arrancándoselo del cuello, me lo arrojó a la cabeza. Y en seguida vimos otro pañuelo semejante alrededor de su cuello. O'Sullivan se precipitó hacia ella diciendo: "¡Ese, deme ese, lo he visto formarse ante mis ojos!" Ella consintió amablemente, volvió a guardar el que le había dado antes, y continuó la conversación. El primero, producido en presencia de Herrise, está en mi poder, el otro en manos de mi hermana.

He pensado que valía la pena de contar esta historia y otras que seguirán, para mostrar las constantes pruebas que ella nos daba de sus poderes milagrosos en esos lejanos días de Nueva York, donde no había misioneros al acecho para inventar, comprar o tal vez adquirir honradamente testimonios de tal naturaleza que arrojasen dudas sobre su integridad. Aunque después no se hubiese producido ninguno, esos primeros fenómenos me hubieran suficientemente asegurado de que ella poseía ciertos *siddhis* y me habrían impedido dudar de sus enseñanzas acerca de las fuerzas psicodinámicas que los producen. Sus amigos y visitadores no recibían esas pruebas de tiempo en tiempo, sino sin cesar, y la niña bien dispuesta de Saratow se había convertido en la misteriosa mujer de 1875, sin perder nada de las facultades extra-normales de su juventud, sino que las había aumentado y desarrollado infinitamente. Esos incidentes daban a su salón un encanto atractivo que no poseía ningún otro en Nueva York. El imán era su personalidad y no la Sociedad Teosófica, y ella se complacía deliciosamente con la excitación de su círculo. ¡Este era tan raro! Se trataba

en él de una mezcla tal de Música, Metafísica, Orientalismo ymurmuraciones, que no puedo menos que compararlo a *Isis Sin Velo;* ¿Acaso existió alguna vez un libro más ensalada que ese?

CAPÍTULO XXII

DESCRIPCIÓN DE DIVERSOS FENÓMENOS

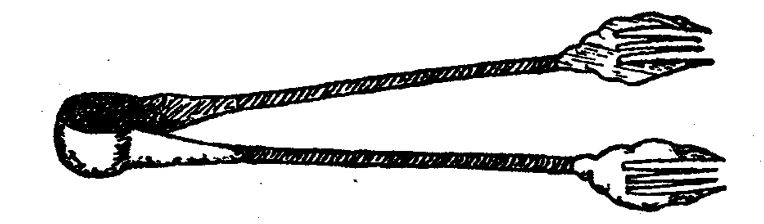
Aunque una triste experiencia nos haya enseñado que los fenómenos psíquicos son una base demasiado débil para servir de cimiento a un gran movimiento espiritualista, no dejan de tener cierto valor cuando se producen en su lugar y bajo una estricta vigilancia. Ahora bien, ese lugar se halla en los límites del tercer objeto de la Sociedad. Su importancia es considerable si se les considera como prueba elemental del poder de una voluntad humana disciplinada, sobre las fuerzas brutas de la Naturaleza; desde este punto de vista, tocan al problema de las inteligencias ocultas tras los fenómenos mediumnímicos. Yo considero que los primeros fenómenos de H.P.B. han hecho una gran mella en la teoría hasta entonces generalmente aceptada, de que los mensajes recibidos por intermedio de los mediums, debían por fuerza proceder de los muertos, porque se producían con la ausencia de las condiciones presumidas como necesarias, y aun a veces parecía que como un reto a esas condiciones. Se encuentran referencias a ellos en recortes de periódicos de ese tiempo, y en la memoria de testigos que no han publicado sus recuerdos, pero que como todavía viven, se hallan capacitados para corroborar o rectificar mi descripción de los fenómenos, que vieron lo mismo que yo.

Los milagros de H.P.B., muy sugestivos por sí mismos, no eran, por lo general, traídos por la conversación; hallándose sola conmigo, producía a veces algún fenómeno para explicar una doctrina particular o para responder a una pregunta que se presentaba a mi mente, respecto a la naturaleza de la fuerza en juego en una operación determinada. Pero ordinariamente, se manifestaban de pronto y con independencia de toda sugestión previa de alguna persona presente. He aquí algunos ejemplos para hacerme entender mejor:

Un día vino a vemos un espiritista inglés con su hijo, un muchachito de diez a doce años, y un amigo suyo. El niño se entretuvo al principio dando vueltas por toda la habitación, revisando nuestros libros, examinando los objetos de adorno, etc. Pero pronto tuvo ganas de irse y comenzó a molestar a su padre, interrumpiendo una conversación muy interesante con H.P.B.

Renunciando el padre a conseguir que se quedase tranquilo, se resignó a marcharse, cuando H.P.B. dijo: "No es nada; hay que darle algo para que se divierta, veamos si yo podría hallar un juguete". Se levantó, metió la mano detrás de la puerta que se encontraba junto a su espalda, y sacó de allí un *gran carnero con ruedas* que sé de un modo positivo, que no se encontraba allí un instante antes.

Una noche, la víspera de Navidad, mi hermana bajó de su piso, que estaba situado encima de la "Lamasería", para pedirnos que subiésemos a ver el árbol de Navidad que había preparado para sus niños, que ya se habían acostado. Después de haber examinado todos los regalos, H.P.B. expresó el sentimiento de no haber tenido dinero para comprar ella también alguna cosa para el árbol. Preguntó a mi hermana qué era lo que le gustaría a uno de los varones, su favorito, y al saber que era un silbato de sonido agudo, dijo: ¡"Bueno, espere"! Sacó de su bolsillo el llavero, y apretó en la mano cerrada tres de las llaves juntas; un momento después, nos enseñó en su lugar un gran pito de acero, colgado del llavero en el lugar de las tres llaves. Para fabricarlo, tuvo que emplear el metal de las tres llaves, que al día siguiente hubo que mandar hacer a un cerrajero. Otra cosa: durante uno o dos años, nos servimos en la Lamasería de la vajilla de plata de mi familia, pero un buen día tuvimos que desprendernos de ella, y H.P.B. me ayudó a embalarla. Ese mismo día, después de cenar, al servir el café, noté que no había tenacillas para el azúcar y alcanzándole el azucarero, puse en él una cucharilla. Me preguntó dónde estaban las tenacillas, y cuando le dije que las habíamos embalado con el resto de la vajilla, contestó: "¿De todos modos necesitaremos otra, no es así?"



Y alargando la mano a un lado de su silla, recogió unas tenacillas sorprendentes, como no se las encuentra en casa de ningún orfebre. Tenía los brazos bastante más largos que lo corriente, ylos dos extremos se parecían a un tenedor para encurtidos. En el interior de uno de los brazos se veía el monograma del *Mahâtma* M. Esta curiosidad la conservo todavía en mi casa, en Adyar. Esto puede servir como ejemplo de la aplicación de una ley importante. Para crear algo objetivo

utilizando la materia difundida en el espacio, es menester tener en la mente con perfecta claridad, todos los detalles de forma, modelo, color, materia, peso y otras características particulares. Después, hay que hacer uso de la voluntad desarrollada, de su conocimiento de las leyes de la materia y sus procedimientos de conglomeración, y obligar a los espíritus elementales a que fabriquen lo que se desea. Si el operador comete un error en algún sitio, el resultado es imperfecto. Es evidente que en el caso que nos ocupa, H.P.B. confundió en su memoria las formas de las tenacillas para el azúcar y los tenedores para encurtidos, y los combinó juntos en ese objeto híbrido e incongruente. Esto prueba aún más la realidad del fenómeno, porque unas tenacillas para azúcar bien hechas se pueden comprar en cualquier comercio.

Una noche, nuestro salón estaba lleno de visitantes; ella se encontraba sentada en un extremo de la habitación, y yo en el otro, cuando me hizo señas de que le diese la sortija con una gran piedra tallada, que yo llevaba esa noche como anillo de corbata. La tomó sin decir una palabra, y sin atraer la atención de nadie aparte de la mía, entre sus dos manos juntas, que frotó un momento una contra otra. Pronto oí un sonido metálico; me sonrió, y abriendo las manos me enseñó mi anillo con otro tan grande como él, pero de dibujo diferente, y la piedra era un jaspe sanguíneo, mientras que la mía era una cornelina roja.

H.P.B. usó esta sortija hasta su muerte; ahora está en el dedo de la señora Besant y es bien conocida por millares de personas. La piedra se partió durante nuestro viaje a la India, y si no me engaño, fue reemplazada en Bombay. Esta vez el fenómeno tampoco fue provocado por la conversación, sino que en cambio, sólo fue al principio conocido por mí.

Otro aún: Me ví obligado a ir a Albany como consejero especial de la Mutual Life de Nueva York, para tomar parte en la discusión de un proyecto de ley, que se hallaba en comisión a estudio de la Legislatura, y oponerme a su adopción. H.P.B. encontró bien aprovechar mi escolta para ir a Albany y hacer una visita prometida hacía mucho tiempo al doctor Ditson y su señora. Ella no entendía nada de las cosas prácticas y solicitaba los buenos oficios de sus amigos para hacer y deshacer sus baúles, por ejemplo. Su antigua amiga, la doctora L. Marquette, le hizo la maleta, que quedó abierta en su pieza hasta el momento en que llegó el coche que había de conducirnos hasta la estación. La maleta estaba muy llena y

tuve que volver a arreglar algunos de los objetos que estaban arriba, y forzarla un poco para cerrarla con llave. Yo mismo la llevé en el coche y de éste al tren. Por fin partimos. Pronto se verá el porqué de este lujo de detalles. A la mitad del camino a Albany, se rompió en el bolsillo de H.P.B. el frasco de una medicina para la tos, y el contenido, muy pegajoso, puso en triste estado su tabaco y papel de fumar, su pañuelo y todo lo que tenía en el bolsillo.

Hubo que abrir su maleta y sacar una cantidad de cosas para encontrar más tabaco, papel, etc. Yo me encargué de eso; rehice la maleta y la cerré, y también yo mismo la llevé hasta el coche al llegar a Albany, y la subí por la escalera de casa del doctor Ditson, depositándola en el rellano, a la puerta del salón. La dueña de la casa inició en seguida una animada conversación con H.P.B., a quien veía entonces por primera vez. La hijita del señor Ditson estaba en el salón y daba vueltas alrededor de H.P.B., subiéndose a sus rodillas y acariciándole la mano. Mi misteriosa amiga no apreciaba nada esa clase de interrupciones y terminó por decir: "Vamos, pequeña, quédate tranquila un momento y te daré algo bonito". "¿Qué es, señora? Le ruego que me lo dé en seguida". Yo, que creía que el regalo prometido se encontraría aún en una juguetería de Albany adonde se me pediría en seguida que fuese a buscarlo, soplé maliciosamente a la niña que preguntase a la señora dónde tenía escondido su regalo. H.P.B. respondió: "No te preocupes, hija mía, está en mi maleta". Esto me bastó; pedí las llaves, salí y abrí la maleta...Y vi, bien colocada entre las ropas, bien a la vista apenas se abría la maleta, una armónica de más o menos quince pulgadas por cuatro, con su martillo de corcho al lado. Ahora bien, H.P.B. no había hecho su maleta en Nueva York y no la tocó ni un instante. Yo la cerré con llave antes de salir, la abrí, la deshice, la volví a hacer y a cerrar en el tren, y H.P.B. no llevaba otro equipaje. ¿De dónde podía venir la armónica, y cómo diablos pudo ser metida en una maleta llena casi hasta estallar? No lo sé. Tal vez un miembro de la S. P. R. sugeriría que el mecánico del tren, sobornado y hecho invisible por H.P.B., abrió la maleta en el suelo, a mis pies, e hizo sitio en ella para el juguete musical, arrojando algunas ropas por la ventanilla! ¡Pero tal vez ese era un verdadero fenómeno y después de todo ella no era una farsante! Si la doctora Marquette vive aún, puede atestiguar que ella nos condujo al tren con mi equipaje; y si el doctor Ditson vive, puede afirmar que él nos condujo, con la famosa maleta, desde la estación hasta su casa. Mi deber es

contar la historia tan exactamente como es posible e indicar con este ejemplo que mi antigua y querida colega hacía a veces un milagro por el simple placer de un niño que no tenía la menor idea de la importancia del acontecimiento.

En la *Historia de las brujerías de Salem,* relata mi amigo el doctor Upham, que a una de las desgraciadas víctimas de la terrible y fanática persecución de 1695 se le imputó como prueba de su contrato con Satán, que había llegado a cierta reunión sin una sola mancha, a pesar de la lluvia y el barro. ¡El sabio autor ve más bien en eso una prueba de que era una mujer cuidadosa que sabía caminar y levantarse las faldas por el lodo! De un extremo al otro de su libro, rehusa ver una intervención espiritual en los fenómenos de obsesión, por cierto que sin lograr convencernos, hay que decirlo. Una vez en Bastan, en un día de gran lluvia y que todo estaba lleno de barro, H.P.B. anduvo por la calle sin recoger ni una gota de lluvia ni una mancha de barro. Y otra vez, me acuerdo que después de haber estado conversando en el balcón de su sala, en la plaza Irving de Nueva York, y que tuvimos que entrarnos, corridos por una fuerte lluvia que duró gran parte de la noche, olvidé fuera una hermosa silla tapizada con brocado o terciopelo. Al día siguiente, al entrar a saludar a H.P.B. por la mañana, como era mi costumbre, antes de ir a mi oficina, me acordé de la silla y fuí a buscarla, creyendo que la encontraría empapada y estropeada por la lluvia. Al contrario, estaba absolutamente seca, no podría explicar cómo.

El lector recordará la historia del pañuelo de crespón del señor O'Sullivan, contada en el capítulo precedente. Una noche ví hacer a H.P.B. algo notable, para Wong Chin Fu, conferencista chino que llegó a ser célebre en los Estados Unidos. Hablábamos los tres de las pinturas de su país, que carecen de perspectiva; él decía que las figuras pintadas por sus artistas eran admirables, muy rico su colorido y puro su dibujo. H.P.B. convino en ello, y como por casualidad, abrió el cajón donde guardaba su papel de cartas y sacó una fina pintura que representaba a una china en traje de corte. Yo estaba tan seguro como es posible estarlo, de que aquella pintura no había estado allí antes, pero como Wong Chin Fu no sentía especial interés por la ciencia oculta que para nosotros tenía tantos encantos, no dije nada. Nuestro visitador tomó la imagen en su mano, la encontró hermosa, pero dijo: "Esto no es chino, señora; no tiene caracteres chinos en el ángulo; probablemente es japonés". H.P.B. me miró con aire de inteligencia, volvió a poner la figura en el cajón, lo

cerró un momento, y abriéndolo de nuevo, sacó una segunda pintura de la mujer china, vestida con otros colores, y se la entregó a Wong Chin Fu. Esta vez él reconoció su autenticidad, porque tenía caracteres chinos en el ángulo inferior izquierdo, que leyó en seguida.

He aquí un caso en que obtuve por medio de un fenómeno ciertos datos sobre tres miembros de mi familia:

Estaba yo solo en la casa con H.P.B., hablando de esas tres personas, cuando se oyó ruido en la habitación contigua; corrí a ver lo que era y encontré la fotografía de una de ellas, que estaba sobre la chimenea, vuelta de cara a la pared; una gran acuarela de otra, arrancada de su clavo, caída en el suelo con el vidrio roto; y el retrato de la tercera no se había movido de encima de la estufa. Era la respuesta a mis preguntas. Se ha puesto en circulación una relación fantástica de este caso; yo restablezco los hechos tal como sucedieron. En ese momento no estaba en la casa nadie más que nosotros dos y yo tan sólo era el interesado en obtener una respuesta.

¡Qué mujer tan extraña y qué variedad había en sus fenómenos! La hemos visto multiplicar telas; veámosla ahora desdoblar cartas. Un día recibí una carta de cierta persona muy culpable de una falta para conmigo, y la leí en voz alta a H.P.B., que exclamó:

"Es necesario guardar una copia de eso", y pidiéndome la hoja de papel que yo tenía en la mano, la sostuvo delicadamente por una punta y la desdobló pura y sencillamente ante mis ojos; se hubiese dicho que pelaba el papel.

Otro ejemplo, tal vez más interesante aún: Con fecha del 22 de septiembre de 1877, Stainton Moses le escribió una carta de cinco páginas, llena de controversias, o por lo menos de críticas. El papel era cuadrado, de formato grande, yllevaba en relieve la inscripción: "University College, London", y en el ángulo superior izquierdo su monograma, una W y una M entrelazadas, atravesadas por el nombre de Stainton en letras mayúsculas pequeñas. H.P.B. dijo que nos hacía falta una copia de eso, y yo saqué del pupitre cinco medias hojas de papel de cartas para el extranjero, del mismo formato, y se las dí. Ella las colocó contra las cinco hojas de la carta y puso todo en un cajón del pupitre, precisamente frente a mí. Después de haber seguido hablando algún tiempo, dijo que creía que la copia estaría hecha y

que yo me cerciorase de ello. Abrí el cajón, saqué los papeles y me encontré con que cada una de mis cinco hojas había recibido como la impresión de la hoja correspondiente. El original y la copia se parecían de tal modo, que las tomé por idénticas, como me sucedió con el retrato del caballero Luis. Lo he creído durante diez y seis años, pero cuando he buscado esos documentos para escribir este capítulo, veo que no es así. Las escrituras son casi idénticas, pero no del todo; parecen más bien dos originales de la misma mano. Si H.P.B. hubiese tenido tiempo necesario para prepararme esa sorpresa, bastaría acusarla de haberlas escrito, pero no lo había tenido. Todo sucedió como lo digo, y presento el caso como un testimonio indudable de sus poderes. He tratado de colocar una página sobre otra para ver si los textos se corresponden, y no es así, demostrando esto en todo caso que la transferencia no se produjo por absorción de la tinta; además, las tintas son diferentes Yla de Oxon no es tinta de copiar. El fenómeno no necesitó más que cinco o diez minutos y los papeles estuvieron todo el tiempo en el cajón, frente a mi pecho, de modo que era imposible retirarlos de allí y sustituirles por hojas preparadas de antemano. Que esto pase a su crédito y puesto frente a las odiosas acusaciones de sus enemigos.

El señor Sinnett cuenta en sus *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky* una historia que supo por el señor Judge, sobre ciertos colores para acuarela, que ella produjo para él[63]. Yo estaba presente y uno mi testimonio personal al suyo. Esto sucedió un día en la Lamasería. Judge dibujaba para ella –creo– un dios egipcio formando al hombre en un torno de alfarero, pero por falta de colores no podía terminarlo. H.P.B. le preguntó qué colores necesitaba, y después, aproximándose al pequeño piano, detrás mismo de la silla de Judge, y dando frente al rincón formado por el muro y la extremidad del piano, levantó su vestido como para recoger algo. En seguida sacudió su vestido sobre la mesa y cayeron delante de Judge trece tubos de colores de Windsor y Newton, entre los que se hallaban los que había pedido. Poco después dijo que tendría necesidad de oro, y ella le hizo traer del comedor un plato pequeño, le pidió la llave de la puerta, que era de cobre, y teniendo los dos objetos bajo la mesa, frotó vivamente la llave sobre el fondo del plato. Al cabo de un instante, entregó el plato, cuyo fondo estaba cubierto de oro de la mejor calidad. Cuando le pregunté para qué sirvió la llave en la experiencia, contestó que

[63] En la edición española, pág. 168. (N. del T.)

el alma del metal era un núcleo necesario para agrupar a su alrededor los átomos de otro metal, sacados del *âkâsha*. Por esto también, me pidió prestado mi anillo de sello para fabricarse otro, como ya lo he contado. ¿No hay en eso algo sugestivo acerca de la materia prima de los alquimistas cuando efectúan lo que se llama transmutación de los metales? Se pretende que ese arte es aún practicado por ciertos *fakires y sannyâsis*[64] de la India moderna. Además, los descubrimientos del profesor Crookes sobre la génesis de los elementos (que el átomo no es una unidad, sino un compuesto de la materia mundial del espacio, formado por la acción de la electricidad), ¿no nos conducen a un punto en que si la Ciencia no quiere retroceder, deberá llegar a la hipótesis aria de *Purusha y Prakriti?*[65].

¿Y esta última teoría, no nos señala la posibilidad de volver a distribuir los elementos de un metal en combinaciones nuevas, de donde resultaría el desarrollo de otro metal, bajo la irresistible influencia del poder de la voluntad? Para efectuar la operación por los métodos físicos, es menester –dice el profesor Crookes– hacer remontar los elementos de un metal hasta ese punto remoto de su génesis, en el cual podrían ser encauzados en la línea de desarrollo que trajese la agregación de los elementos del otro metal deseado. La Ciencia no ha llegado aún a eso, ni usando los enormes recursos de la electricidad. Pero lo que es una dificultad insuperable para el químico y el electricista, que dependen por completo de las fuerzas brutas, puede ser muy fácil para el Adepto, cuyo agente activo es el poder del espíritu, que él sabe manejar; en realidad, el poder que construye al Cosmos.

Entre el punto alcanzado por Crookes en la noche del 15 de enero de 1891, cuando pronunció su discurso de apertura, como presidente de la Institution of Electrical Engineers, y que acompañó con brillantes experimentos que probaban lo justo de su hipótesis inmortal, y el punto que ocupaba la Ciencia europea un cuarto de siglo antes, hay una distancia infinitamente mayor que entre este punto y la *Gupta Vidya*–[66] de nuestros antepasados arios. El heroico Crookes, a pesar de ver los obstáculos futuros, y reconociendo "que todavía queda por hacer una labor formidable", no se muestra nada desalentado. "En cuanto a mí (dice en el *Journ. Inst. Elec. Engineers,* nov., vol. XX, pág. 49), tengo la firme convicción de que incansables investigaciones hallarán su recompensa en una penetración de los misterios

[64] *Fakir*: asceta musulmán de la India. *Sannyâsi*: asceta indo. (N. del T.)
[65] *Purusha*: el espíritu; *Prakriti*: la material. (N. del T.)
[66] Ciencia Oculta, en sánskrito. (N. del T.)

naturales, en tal grado, que apenas se le puede concebir. Las dificultades, dijo un agudo antiguo estadista, son *hechas para ser vencidas,* y, según mi parecer, la Ciencia debería despreciar la noción de la finalidad".

Situarse ahí es ver la aurora de un día más hermoso en el cual los científicos verán que su método inductivo centuplica las dificultades "de los misterios naturales". Que la clave de esos misterios es la ciencia del espíritu. Y que el camino de esta ciencia no pasa por el hornillo del laboratorio, sino a través del fuego más devorador, que se alimenta con el egoísmo y se mantiene por las pasiones, atizado por el viento de los deseos.

Cuando se reconozca de nuevo al espíritu como factor supremo en la génesis de los elementos y la elaboración del Cosmos, los fenómenos psíquicos de nuestra sentida H.P.B. adquirirán una importancia transcendente como hechos científicos elementales, y dejarán de ser considerados, por unos, como juegos de manos, y por los otros, como milagros para uso de los papamoscas.

CAPÍTULO XXIII

PRECIPITACIONES DE IMÁGENES

Lectores de *Modern Egyptians,* de Lane, ¿os acordáis de la historia del joven que fue a ver un *sheikh*[67]taumaturgo y obtuvo una prueba maravillosa de sus poderes ocultos? Su padre se hallaba entonces enfermo en un sitio lejano, y el joven pidió al *sheikh* noticias suyas. El *sheikh* accedió y le dijo que escribiese a su padre preguntándole cómo seguía: hecho esto, el *sheikh* colocó la carta debajo del cojín en que estaba apoyado. Al cabo de un momento, sacó del mismo sitio una carta en respuesta a las preguntas del joven. Estaba escrita de letra del padre, y si no me engaño –porque estoy dando esta cita de memoria–, llevaba también su sello. A petición del consultante, el café fue servido en las propias tazas *(fingan)* de su padre, las que con toda razón podía suponer que estaban en la casa paterna, en una población lejana.

H.P.B. me hizo ver una noche, sin preparación escénica ni historias, algo del mismo género del primero de esos fenómenos. Yo deseaba saber la opinión de cierto Adepto sobre un tema determinado. Ella me pidió que escribiese mis preguntas, las pusiese en un sobre sellado y colocase éste en un sitio en que yo pudiese vigilarle. Esto tenía más valor aún que el episodio del s*heikh* egipcio que escondió la carta bajo su almohadón. Como yo estaba sentado entonces frente al hogar, puse mi carta encima de la chimenea, detrás del reloj, dejando sobresalir el borde del sobre, para tenerlo a la vista. Mi colega y yo, seguimos hablando alrededor de una hora más, y entonces me dijo que la respuesta había llegado. Abrí mi sobre, cuyo sello estaba intacto; dentro estaba mi carta, y en mi carta la respuesta del Adepto, con su escritura corriente, escrita en una hoja de un papel verde especial que –tengo todas las razones para creerlo– no existía en la casa. Nos encontrábamos en Nueva York; el Adepto en Asia. Pretendo que este fenómeno no puede ser tachado de fraude, y que por lo tanto, su valor es considerable. No hay más que una explicación posible, bien defectuosa por cierto, aparte de lo que considero ser la verdadera teoría. Es Suponer a H.P.B. dotada de un poder hipnótico extraordinario, que hubiese podido

[67] Voz árabe, significa anciano, pero se usa en el sentido de jefe u hombre investido de autoridad. (N. del T.)

paralizar instantáneamente todas mis facultades en forma de impedirme ver que se levantaba, sacaba mi carta de detrás del reloj, abría el sobre con vapor de agua, leía mi carta, la contestaba desfigurando la letra, volvía a poner todo en el sobre, que volvía a sellar y a colocar en la chimenea, y me devolvía el uso de mis sentidos sin que mi memoria conservase ni trazas del experimento. Pero yo tenía, y tengo aún, un recuerdo muy claro de haber hablado durante una hora, de haberla visto andar de aquí para allá y hacer y fumar numerosos cigarrillos, mientras yo cargaba, fumaba y volvía a cargar mi pipa. En fin, recuerdo haber estado con el ánimo de toda persona despierta que está acechando un fenómeno psíquico que va a efectuarse. Si se da algún valor a cuarenta años de familiaridad con todos los fenómenos de Hipnotismo y Magnetismo y con sus leyes, puedo positivamente declarar que estaba en plena conciencia de vigilia y que he descrito con exactitud los hechos. Tal vez dos veces cuarenta años de experiencia en el plano físico de *mâya,* no serían suficientes para hacer concebir todas las posibilidades de la ciencia hipnótica oriental. Tal vez yo no soy más capaz que el primer ignorante que se presente, de saber lo que en realidad sucedió entre el momento en que escribí mi carta y aquel en que recibí la respuesta. Es muy posible. Pero en ese caso, ¿qué valor infinitesimal puede atribuirse a las severas acusaciones de los críticos hostiles a H.P.B., que la trataron de prestidigitadora sin escrúpulos, si no poseen ni siquiera la cuarta parte de mis conocimientos de las leyes que rigen a los fenómenos psíquicos? En el *Spiritualist* de Londres, del 28 de enero de 1876, he contado este incidente al mismo tiempo que otros de la misma clase, y ruego al lector que para más detalles lea ese artículo.

Yo no sé que haya una clase de fenómenos que puedan clasificarse de hirsutos, pero si los hay, el siguiente incidente puede ser clasificado con ellos, así como el súbito crecimiento de los cabellos de H.P.B., que ya conté en uno de los primeros capítulos. Después de haberme afeitado la barba durante muchos años, me la dejé crecer por consejo de mi médico, para evitar frecuentes enfriamientos de garganta, y en el tiempo de que estoy hablando, mi barba tenía como unas cuatro pulgadas de largo. Una mañana, arreglándome después del baño, descubrí un paquete de pelos largos debajo de la barbilla, junto a la garganta. No sabiendo qué pensar de eso, desenvolví muy cuidadosamente todo ese enredo, lo que me ocupó bien una hora de paciencia, y descubrí, con gran sorpresa, que tenía un mechón de barba ¡de catorce pulgadas, que me llegaba hasta el hueco del estómago! Ni en mis recuerdos ni en mis

lecturas había nada que me ayudase a comprender el cómo y el porqué de ese hecho, pero el fenómeno estaba ahí, palpable y permanente. Cuando mostré el mechón a H.P.B., me dijo que era obra de nuestro *gurú* durante mi sueño, y me aconsejó que la conservase para usarla como un depósito de su aura bienhechora. La enseñé a muchos amigos, que no hallaron mejor explicación que darme, pero todos estuvieron acordes en decirme que no la cortara. De suerte que yo la metía dentro del cuello para ocultarla, y esto duró años, hasta que el resto de la barba creció otro tanto. Esto explica porqué con frecuencia se me llamaba "Barba de *Rishi*"[68] yporqué nunca cedí a mi constante tentación de cortar ese adorno natural para reducirlo a proporciones más portátiles y menos impresionantes. Sea cual fuere el nombre que se le dé a este fenómeno, no fue una *mâya,* sino algo real y tangible.

Como lo demuestra lo que precede, H.P.B. era particularmente experta para las "precipitaciones". Este era también el caso de M. A. Oxon. Una noche, en 1875, en casa del presidente de la sección de fotografía del American Institute, el señor E. J. Newton, ví a un medium particular, llamado Cozine, que producía fenómenos de escritura sobre pizarra, bastante más notables que los del doctor Slade. Las comunicaciones se producían en azul y en rojo muy vivos; no se servía de ningún lápiz para el experimento, y yo mismo sostenía un extremo de la pizarra. Cuando conté esto a H.P.B., dijo: "Me parece que yo podría hacer otro tanto; en todo caso, quiero ensayarlo". Salí, compré una pizarra y se la traje. La llevó, sin lápiz, a un pequeño gabinete oscuro y se echó sobre el sofá. Salí del gabinete, cerré la puerta y esperé fuera. Al cabo de unos instantes, H.P.B. reapareció, sudorosa, con aspecto de estar muy fatigada y trayendo la pizarra en la mano. "¡Christi, me ha dado trabajo, pero está hecho, mire!", exclamó. La pizarra estaba escrita con lápices rojo y azul con una letra diferente de la suya. M. A. Oxon me escribió contándome una experiencia semejante, que él hizo, pero en su caso no era más que el medium pasivo de Imperator, lo que es muy diferente. A petición suya, Imperator escribió mensajes en la cartera que estaba en su bolsillo, con tintas de diferentes colores. Imperator sigue siendo lo desconocido de la vida psíquica de Oxon; tal vez fuese el cuerpo etéreo de mi amigo, quien precipitó esos textos coloreados para apaciguar el ruidoso escepticismo de su conciencia física, y en ese caso su fenómeno tendría un cierto parentesco con el de H.P.B.

[68] *Rishi*: en sánskrito, revelador, santo, iluminado, el Adepto. (N. del T.)

En otra parte he hablado de una imagen precipitada sobre raso por H.P.B., para enseñarme a qué grado había llegado Oxon, en su esfuerzo para alcanzar el poder de proyectar su doble, concentrando la voluntad. Voy a contarlo con sus detalles. Una noche de otoño, en 1876, trabajábamos como de costumbre en *Isis*, cada uno a un lado de la mesa y nos pusimos a discutir los principios que rigen la proyección voluntaria del doble. Por no haber estudiado esas cosas en su juventud, ella no entendía nada de las explicaciones científicas y me costaba trabajo entender su pensamiento. Su temperamento violento no dejaba en esos casos de tratarme de idiota, y esa vez no me ahorraba su opinión respecto a mi comprensión difícil. Terminó por donde debió comenzar, ofreciendo demostrarme con una figura, el estado de la evolución de Oxon, y en seguida puso manos a la obra. Se levantó, abrió un cajón del que sacó un pequeño rollo de raso blanco, que quedaba, creo, de una pieza que le habían regalado en Filadelfia, y extendiéndolo ante mí sobre la mesa, cortó un trozo de la dimensión deseada, después de lo cual, colocó el rollo en su sitio y se sentó. Puso el trozo de raso boca abajo sobre la mesa, lo cubrió casi por completo con una hoja nueva de papel secante, y apoyó sus codos encima mientras hacía un cigarrillo. Me pidió que le trajese un vaso de agua. Yo asentí, pero empecé por hacerle una pregunta, que trajo una respuesta, y empleó algún tiempo. Mientras, yo no le quitaba ojo al borde del raso que sobrepasaba del papel secante y estaba bien resuelto a no perderlo de vista. Viendo que no me movía, me preguntó si no quería ir a buscarle el vaso de agua. Le respondí: ¡"Oh!, claro que sí"! "Bien, entonces, ¿qué espera"? "Espero tan sólo a ver lo que va V. a hacer con ese raso". Viendo que no quería dejarla sola con la tela, me dirigió una mirada furiosa, y golpeando con el puño el papel secante, exclamó: ¡"Lo quiero ahora, al instante"! Y levantando el papel, volvió la tela y me la arrojó. Imaginad mi sorpresa si podéis: en el lado satinado de la tela, vi una imagen en colores y del más extraordinario carácter. Era un excelente retrato de la cabeza de Stainton Moses, tal como entonces era, casi una reproducción de su fotografía que estaba colgada en la pared, encima de la chimenea. Del vértice de la cabeza salían como unos dardos de llama dorada; en el sitio del corazón y del plexo solar, se veían focos de calor rojo y oro, como saliendo de pequeños cráteres. La cabeza y el tórax estaban envueltos en nubes de aura, de un azul puro, sembradas de puntos de oro. En la parte baja de la imagen, donde debería encontrarse el cuerpo, se veía cubierto de nubes semejantes, pero de un vapor rojizo y grisáceo, es decir, de un aura menos buena que la de la

parte superior .

Como los procedimientos de fotograbado no son capaces aún de reproducir los colores, el grabado no da más que una débil idea de la imagen sobre el raso.

Yo no sabía todavía nada de los seis *chakras* o centros de evolución psíquica del cuerpo humano, de los que se habla en los *Yoga Shastra* y que conocen bien todos aquellos que han estudiado a Patanjali. Entonces no comprendía la significación de los dos vértices llameantes sobre las regiones cardiaca y umbilical. Pero todo lo que después he aprendido, aumenta en mucho para mí el valor de esa imagen; que prueba que el ocultista práctico que la produjo sabía evidentemente que para separar el astral del cuerpo físico, hay que concentrar la voluntad sucesivamente sobre cada centro nervioso, y que la separación debe ser completa en un punto, antes de obrar sobre el siguiente. Considero que esta imagen de Stainton Moses era más bien intelectual que espiritual, puesto que su cabeza estaba ya completamente formada y pronta para las proyección, mientras que el resto de su cuerpo astral estaba aún en un estado de agitación nebulosa y no había adquirido todavía la *rupa* o forma. Las nubes azules indican una cualidad pura, pero no la más luminosa del aura humana, que se llama brillante o radiante, un nimbo plateado. Los puntos dorados que se ven flotar en el azul, son las chispas del Espíritu, esa "chispa plateada del cerebro" que Bulwer describe tan bien en su *A Strange Story;* mientras que los vapores grisáceos y rojizos de las partes inferiores son las auras de nuestras cualidades animales y corporales. El gris se hace cada vez más sombrío a medida que la; animalidad prevalece en un hombre, sobre sus cualidades intelectuales, morales y espirituales, de modo que los clarividentes dicen que los enteramente depravados son negros como la tinta. Descríbese el aura de los Adeptos como una fusión de plata y oro, como algunos de mis lectores lo saben seguramente por experiencia, y como los poetas ypintores de todos los tiempos han representado siempre a su más elevado ideal espiritual. Esta *Tejas,* o luz del alma, luce en el rostro de los místicos con un brillo que no podría olvidarse ni confundirse, cuando se le ha visto una vez. Es la "faz brillante" de los ángeles de la *Biblia,* la "gloria del Señor", la luz que irradiaba del rostro de Moisés cuando descendía de la montaña, con brillo tal, que los hombres no podían mirado cara a cara, una radiación que transforma hasta las ropas en "vestiduras brillantes". Los hebreos llaman a esto *shekinah,* y he oído una vez esta expresión, en boca de judíos de Bagdad, aplicada al aspecto del rostro de un

visitador de gran espiritualidad. Del mismo modo, otras varias naciones se sirven en el mismo sentido, de la palabra *radiante;* los espíritus y hombres puros, irradian la luz blanca, y los viciosos Y los malos, están velados de oscuridad.

Otro retrato precipitado por H.P.B., no presenta aura; me refiero al de un *yogui* indo descrito por el señor Sinnett en *El Mundo Oculto* y en los *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky.* Los documentos que le conciernen, fueron primeramente publicados en el *Spiritualist,* poco después del hecho. He aquí cómo sucedieron las cosas. Un día, al volver a la Lamasería, pasé por el Lotos-Club para llevarme a casa papel de cartas y sobres del casino, para usarlos cuando los necesitase. Cuando llegué a la casa era tarde y H.P.B. estaba ya en la mesa con el señor Judge y la doctora Marquette. Puse el paquete de papel encima de mi pupitre en el despacho, que entre paréntesis, estaba separado del comedor por un muro macizo, me mudé rápidamente y fui a cenar. Al final de la comida, la conversación recayó sobre las precipitaciones y Judge pidió a H.P.B. que nos hiciese un retrato. Al ir al despacho, ella preguntó qué retrato deseaba, y él eligió a ese *yogui* que conocíamos de nombre y sabíamos que era tenido en gran respeto por los Maestros. H.P.B. tomó del escritorio una hoja de papel con el monograma de mi casino, lo cortó en dos, conservó la mitad que no tenía letras y la colocó sobre su papel secante. Enseguida raspó encima como un gramo en peso, de la mina de un lápiz Faber, y frotó la superficie en redondo, con la palma de su mano derecha, y nos presentó el resultado. El retrato solicitado se veía sobre el papel y todo fenómeno aparte, es una obra de arte poderosa y genial. Le Clear, conocido pintor americano de retratos, lo ha declarado único, enteramente "individual" en el sentido técnico de la palabra, y tal como ningún artista vivo que él conociese, hubiera sido capaz de producir. El *yogui* está representado en *samâdhi*[69], con la cabeza algo vuelta a un lado, la mirada profundamente interior y desprendida de las cosas externas; parece que el cuerpo hubiese sido dejado sólo. La barba y los cabellos son de una longitud moderada, y estos últimos están dibujados tan hábilmente que parece que el aire pasase a través de los mechones levantados, efecto que se consigue a veces en las buenas fotografías, pero que es difícil de obtener con el lápiz. Es dificultoso determinar, al verlo, el procedimiento empleado; puede decirse que es un dibujo hecho al lápiz negro sin difumino, o a la plambagina. Pero en la superficie del papel no hay polvo ni reflejo

---

[69] Estado de profundo éxtasis contemplativo. (N. del T.)

que lo indique, ni tampoco trazas de la punta. Si se pone el papel horizontal para observarlo en dirección de la luz, podría imaginarse que el pigmento está bajo las fibras. Este dibujo incomparable sufrió en la India un cruel ultraje. Uno de nuestros miembros indos, demasiado curioso, que lo llevó prestado como favor especial "para enseñárselo a su madre", tuvo la ocurrencia de frotado con una goma ¡para ver si el color estaba en la superficie o debajo! Con este bárbaro experimento desapareció una parte de la barba y mi amargo sentimiento no disminuyó en nada por la certidumbre de que el desastre no fue ocasionado por maldad, sino por una ignorancia y curiosidad infantiles.

H.P.B. llamaba siempre a ese *yogui* "Tiravala", pero me imagino, desde que habito en la presidencia de Madras, que quería decir Tiruvalluvar, y que ese retrato, que puede verse ahora entre las pinturas de la biblioteca de Adyar, es el del venerado filósofo del antiguo Mylapore, el amigo y maestro de los pobres parias. No me atrevo a afirmar nada en lo tocante a su existencia física actual, pero siempre deduje de lo que decía H.P.B., que vivía en cuerpo físico. Esto no parecerá nada verosímil fuera de la India, puesto que escribió su inmortal *Kural* hace unos mil años. En la India meridional se le considera como uno de los *Siddhas*[70] y se dice que aún vive, así como los otros diez y siete, en las montañas Tirupati y Nilgiri, velando por la religión indoísta y protegiéndola. Estas grandes almas invisibles impulsan y alientan por el poder de su voluntad a los que la aman y propagan así como a todos los amigos de la Humanidad. ¡Que su bendición sea con nosotros!

Noto que no hay aura o resplandor espiritual, alrededor de la cabeza del *yogui,* a pesar de que H.P.B. confirmó la reputación de elevada espiritualidad y de santidad que le atribuyen sus admiradores indos.

Esto sucede también con el primer retrato de mi *Gurú,* hecho en Nueva York con lápices negro y blanco, por el señor Harrisse; no tiene aura. De este yo puedo certificar el parecido, así como otras personas que han tenido la dicha de verle. Así como los retratos al óleo de Schmiechen, hechos en Londres en 1884, el primero es un ejemplo de transmisión del pensamiento. No creo haber publicado todavía su historia, pero en todo caso está en su lugar entre estos recuerdos históricos. Siempre se desea poseer el retrato de un corresponsal lejano con el cual se mantienen relaciones importantes y con mayor razón el de un Maestro espiritual,

---

[70] Santos de condición casi divina. (N. del T.)

gracias al cual uno ha reemplazado ideas vulgares por un noble ideal. Yo deseaba ardientemente tener, por lo menos, la imagen de mi venerado Maestro ya que no podía verlo a él mismo; durante mucho tiempo pedí a H.P.B. que me la procurase y me había prometido hacerlo en la primera ocasión favorable. Esta vez, mi colega no tuvo el permiso de precipitarla para mí, pero recurrió a un método más sencillo y bien sugestivo: la hizo dibujar por alguien que no era ocultista ni medium. El señor Harrisse, nuestro amigo francés, era algo artista, y una noche que la conversación había girado sobre la India y el valor de los *radjpouts*[71], H.P.B. me dijo por lo bajo que trataría de hacerlo dibujar el retrato de nuestro Maestro si yo le proporcionaba los objetos necesarios. No los había en la casa, pero salí a comprar papel y lápices en una papelería muy cercana. El comerciante hizo el paquete, me lo alcanzó por encima de la caja, recibió *la moneda* de medio *dólar* que yo la daba y yo me fui. Cuando llegué a la casa, deshice el paquete, y de él cayó al suelo medio dólar, pero *en dos monedas de un cuarto de dólar.* Como se ve, el Maestro quería darme su retrato sin que me costase nada. H.P.B. pidió entonces a Harrisse que dibujase a su gusto una cabeza de jefe indo. El contestó que no veía eso en su imaginación y que nos haría otra cosa. Mas, cediendo a mi insistencia, comenzó a dibujar una cabeza de indo. H.P.B. me hizo señas para que me mantuviese tranquilo al otro extremo de la sala y ella fue a sentarse cerca del artista, fumando tranquilamente. De tiempo en tiempo, se acercaba suavemente hasta detrás de él, como para observar sus progresos, pero no dijo ni una palabra hasta que estuvo concluido, como una hora después. Recibí el retrato con agradecimiento; lo hice poner en un cuadro y lo colgué en mi pequeña alcoba. Pero sucedió algo raro. Después de haber echado una última mirada al retrato, que aún estaba ante el artista, y mientras H.P.B. lo tomaba en su mano para alcanzármelo, apareció sobre el papel la firma criptográfica de mi *Gurú,* dándole en cierto modo su *imprimatur* y aumentando en mucho el valor del regalo.

Pero en este tiempo yo no había visto aún a mi *Gurú* y no podía juzgar el parecido. Más tarde ví que era real, y además, el Maestro me dió el turbante con que el aficionado lo dibujó. He ahí un caso auténtico de transmisión del pensamiento: la transferencia de la imagen de una persona ausente, a la conciencia de un extraño. ¿Se produjo esto a través del pensamiento de H.P.B.? Así lo creo.

[71] Tribu guerrera del N. O. del Indostán. (N. del T.)

Pienso que esto sucedió de idéntico modo que las transmisiones de figuras geométricas o de otra clase, descritas en las antiguas memorias de la S.P.R., pero con la diferencia de que la memoria misma de H.P.B. proporcionó el retrato ejecutado por Harrisse y que sus poderes ocultos desarrollados le permitieron efectuar directamente la transmisión sin intermediario. Quiero decir que no tuvo necesidad de ver el retrato, dibujado ante ella en un cartón, para hacerlo pasar a otro espíritu. Los dos magníficos retratos al óleo, de este Maestro y de otro, que actualmente adornan la biblioteca de Adyar, fueron pintados por Schmiechen en condiciones todavía más interesantes, porque el parecido es tan perfecto y asombroso que parecen vivos. Los ojos hablan, y escudriñan al alma hasta el fondo; la mirada os sigue a todas partes, y los labios parecen prontos a pronunciar, según uno lo merezca, elogios o reproches. Eso es más bien una inspiración que una transmisión de pensamiento. El artista hizo de ellos dos o tres copias sin lograr infundirles la vida de los originales, por que no han sido ejecutadas bajo la inspiración divina, y la voluntad de los Maestros no estaba concentrada en ellas. Los originales son el *palladium* de nuestro Cuartel General; las copias, como las imágenes reflejadas en un espejo, tienen todos los detalles de la forma y el color, pero carecen del espíritu vivificador.

CAPÍTULO XXIV
"PROYECCIÓN DEL DOBLE"

Todas las teorías y todas las especulaciones relacionadas con la doble naturaleza del hombre, es decir, de que posee un cuerpo astral o fantasma, así como un cuerpo físico, no nos conducen nunca sino al punto en que se piden pruebas antes de dejarse conducir más lejos. El espíritu materialista considera ese hecho, que sobrepasa a la experiencia corriente, tan increíble, que está más dispuesto a despreocuparse de él como una fantasía, que a aceptado como una hipótesis discutible. Así es como lo han tratado los hombres de una mediana ciencia, y si un investigador más osado se arriesga a proclamar su convicción, compromete ese carácter de fría prudencia que es considerado (muy equivocadamente por cierto) el signo distintivo del verdadero autor de descubrimientos científicos. Sin embargo, se han publicado varios libros precisos y sugestivos colmo *L'Humanité posthume* de d'Assier, y especialmente *Phantasms of the Livings,* de los señores Gurney, Myers y Podmore, que presentan una acumulación de observaciones imposibles de negar, aunque difíciles de creer. Parece que el asunto estuviese fijado ya por esos millares de fenómenos debidamente registrados, y ya sería tiempo de que se rehusase aceptar la autoridad del metafísico que fingiese ignorados.

No obstante, si la razón puede ser convencida con tantos ejemplos, no puede conocerse la existencia real del cuerpo astral y la posibilidad de separado de la envoltura física durante la vida más que de dos maneras: o ver el cuerpo astral de otra persona, o bien proyectar el propio, de modo que pueda uno ver su cuerpo físico *ab extra.* Una de esas dos experiencias autoriza a decir: yo sé. Si se tienen las dos, la certeza se hace absoluta e inquebrantable. Yo he tenido esas dos experiencias, y hago constar mi testimonio para enseñanza de mis colegas. Sólo mencionaré de paso los siguientes sucesos: Encuentro del cuerpo astral de H.P.B. en una calle de Nueva York mientras su cuerpo físico se hallaba en Filadelfia; también el de un amigo que entonces estaba a varios centenares de millas de allí, en uno de los Estados del Sud; el de cierto Adepto, entonces en Asia, que se me presentó en un tren y a bordo de un barco norteamericano. La recepción en Jummo de un telegrama de H.P.B., enviado desde Madras, que me fue entregado por el Adepto bajo la forma de un telegrafista del Kashmyr, forma asumida para el caso y que se disipó en plena

luz de la luna cuando avancé hacia la puerta para mirarlo. Otro encuentro en el puente de Worli, en Bombay, donde uno de esos hombres majestuosos me saludó cuando pasábamos en un coche H.P.B., Damodar y yo, respirando la brisa del mar y admirando los relámpagos de calor; le vimos avanzar hacia nosotros, acercarse hasta el coche, tocar en el hombro a H.P.B., alejarse unos cincuenta metros y desaparecer de pronto en medio de la calzada, a la luz de los relámpagos, y sin que hubiese por allí árboles ni arbustos, ni medio alguno de ocultarse.

Pasando sobre esas experiencias y otras semejantes, llego a la que más influencia tuvo sobre el resto de mi existencia. Esto ya ha sido contado, pero la historia debe incluirse aquí, porque fue la causa principal que me decidió a dejar el mundo y establecerme en la India. Por lo tanto, es uno de los principales factores del desarrollo de la Sociedad Teosófica. No quiero decir con esto que sin ella yo no hubiese venido a la India, porque mi corazón se sentía tan fuertemente atraído por ella desde que supe lo que la India fue para el mundo y lo que podría volver a ser, que un intenso deseo me impulsaba hacia el país de los *Rishis* y de los *Buddhas*[72], la tierra sagrada entre todos; pero no veía bien claro el medio de cortar los lazos que me unían a América y hubiese podido creerme obligado a dejar mi visita para ese más tarde que se escapa con frecuencia al que vacila y espera los acontecimientos. En todo caso, la experiencia de que se trata decidió de mi suerte.

En un instante, todas mis dudas se disiparon, la penetración de una voluntad decidida me mostró los caminos y medios, y antes del alba de esa noche sin sueño, ya había comenzado a preparar mis planes para conseguirlo. He aquí el suceso:

Había concluido nuestro trabajo de cada noche en la composición de *Isis;* dí las buenas noches a H.P.B. y entré a mi habitación, cerré la puerta como de costumbre, me senté, me puse a fumar y pronto me encontré absorto en el libro que leía –si no me equivoco, era *Travels in Yucatan,* de *Stephen*– en todo caso, no era nada de historias de aparecidos, ni nada que pudiese en lo más mínimo estimular mi imaginación y prepararla para ver espectros. Mi silla y la mesa se encontraban a la izquierda de la puerta, mi cama de campaña a la derecha, la ventana enfrente a la puerta y un mechero de gas fijado en la pared, sobre la mesa. He aquí un plano que dará exacta idea de la distribución de la Lamasería, aunque no está hecho a escala.

Explicación: A, nuestro despacho y al mismo tiempo único salón de recepción;

[72] Seres que, como Gautama, han recibido la iluminación de grado tan elevado como es la de la 8ª Gran Iniciación de la Gran Logia Blanca. (N. del T.)

B, alcoba de H.P.B.; C, mi dormitorio; D, una pequeña habitación oscura; E, pasillo; H, cuarto de baño; I, guardarropa; J, puerta de la casa, que daba a la escalera y estaba siempre cerrada con pestillo, y de noche con llave. En mi habitación: *a,* la silla en que estaba yo sentado leyendo; *b*, la mesa; *c*, la silla en que se sentó mi visitador durante la entrevista; *d*, mi cama de campaña. En el salón: *e*, reloj de cuco; *f*, repisa contra la que me dí un golpe. En B, *g* es la cama de H.P.B.

Octava Avenida

Calle Cuarenta y siete

Se ve que la puerta de mi cuarto quedaba a mi derecha cuando estaba sentado y

que por fuerza hubiera visto si se abría; tanto más cuanto debía estar cerrada con llave, si no me engaño. No hay que asombrarse de verme tan poco seguro de eso, si se tiene en cuenta el estado de excitación mental en que me sumieron tales acontecimientos, bastante sorprendentes para hacerme olvidar detalles, que en otras circunstancias mi memoria hubiera probablemente conservado.

Leía tranquilamente; ocupado únicamente de mi libro. Nada de lo sucedido esa noche me había preparado para ver un Adepto en su cuerpo astral; yo no lo había deseado, ni tratado de evocarlo en mi imaginación, y muchísimo menos lo esperaba. De pronto, mientras yo leía, algo vuelto hacia el lado contrario de la puerta, algo blanco apareció en el ángulo de mi ojo derecho; volví la cabeza y de asombro dejé caer mi libro. Por encima de mi cabeza, dominándome con su alta estatura, ví a un oriental vestido de blanco, que llevaba un turbante rayado de color ámbar y bordado a mano en seda sin torcer amarilla. Largos cabellos muy negros caían sobre sus hombros; su barba negra, separada verticalmente en dos sobre la barbilla, a la moda *radjpout,* tenía los extremos retorcidos y echados para atrás por encima de las orejas. Sus ojos brillaban con un fuego interior, y eran a la vez penetrantes y benévolos,eran los ojos de un mentor y de un juez, dulcificados por el amor de un padre qué observa con atención a su hijo cuando necesita dirección y consejos. Era una figura tan imponente, con tal majestad y fuerza moral impresas, radiando tanta espiritualidad, y tan evidentemente superior a la humanidad ordinaria, que me sentí intimidado y doblé la rodilla bajando la cabeza como se hace ante un dios o un personaje divino. Sentí que una mano ligera se posaba en mi cabeza y una voz dulce pero fuerte me dijo que me sentase, y cuando levanté los ojos, la aparición estaba sentada en la silla al otro lado de la mesa. Me dijo que había llegado el momento preciso en que yo tenía necesidad de él; que mis propios actos me habían conducido a ese punto; que no dependería más que de mí el volverlo a ver a menudo en esta vida si yo trabajaba con él por el bien de la Humanidad. Que había que emprender una gran obra y que yo tenía derecho, si lo deseaba, a cooperar en ella; que un lazo misterioso que aún no podía serme explicado nos había reunido a mi colega y a mí, lazo que no podía ser cortado, aunque a veces fuese algo tirante. Me dijo de H.P.B. cosas que no debo repetir, y sobre mí otras que no atañen a nadie.

No podría decir cuánto tiempo estuvo, tal vez media hora, tal vez una hora, pero yo tenía tan poca conciencia de la fuga del tiempo, que me pareció que fue un

minuto. Por fin, se levantó y me sorprendí de su gran estatura, observando el brillo de su rostro, pero no era una radiación exterior, sino el resplandor suave, podría decirse, de una luz interior, la del espíritu. De pronto pensé: “Bien, ¿pero, si fuese una alucinación? ¿Si H.P.B. me ha sugerido esta visión? Yo quisiera tener una prueba tangible de su presencia real aquí, algo que me pueda tocar después que se vaya”. El Maestro sonrió dulcemente como si leyera mi pensamiento, desenrolló el fehta de su cabeza, me saludó graciosamente como despidiéndose y desapareció. Su silla estaba vacía; quedé solo con mi emoción.

Sin embargo, el turbante bordado quedaba sobre la mesa como una prueba tangible y duradera, de que yo no había sido hipnotizado o burlado psíquicamente, sino de que había recibido la visita de uno de los Hermanos mayores de la Humanidad, uno de los Maestros de nuestra raza oscura. Mi primer movimiento fue correr a golpear la puerta de H.P.B. para contarle mi aventura y la ví tan feliz de oírme, como yo de hablar. Volví a mi pieza para reflexionar y el alba gris me halló todavía en disposición de pensar y de tomar resoluciones.

De estas reflexiones y determinaciones han salido mi actividad teosófica y esa fidelidad a los Maestros inspiradores de nuestro movimiento, que los golpes más rudos y las desilusiones más crueles no pudieron conmover jamás. He tenido después el favor de varios encuentros con ese Maestro y con otros, pero no tengo necesidad de repetir relatos de experiencias, de las que la que acabo de narrar es un ejemplo suficiente. Si otros menos privilegiados pueden dudar, yo sé.

La idea que tengo del respeto a la verdad, me obliga a recordar, aquí un acontecimiento capaz de arrojar una duda sobre el valor de mi testimonio a favor del incidente contado más arriba. En 1884, en Londres, fui interrogado como testigo por una comisión especial de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y conté esta historia, así como otras varias. Uno de los miembros de la comisión me preguntó: ¿cómo podía yo estar seguro de que la señora Blavatsky no había utilizado un gran indo para representar esta comedia, y de que mi imaginación no había añadido algunos de los detalles misteriosos? Esas crueles sospechas contra H.P.B., y la idea que me hice de su poco honorable deseo de cubrir con apariencias de prudencia el temor que tenían de reconocer hechos espirituales palpables, me llenaron de una repugnancia tan grande, que contesté bruscamente, entre otras cosas, que nunca en mi vida antes de esa ocasión había visto un indo, olvidándome por completo de que en 1870 atravesé el Atlántico con dos indostanos, de los

cuales uno de ellos, Mooljee Thackersey, se hizo más tarde, en Bombay, íntimo amigo nuestro. Caso bien evidente de amnesia, porque yo no tenía ni sombra de intención de ocultar una cosa tan indiferente, ni ningún interés en hacerlo. La impresión producida en mi espíritu por el encuentro de 1870, catorce años antes de comparecer ante la S.P.R., era bastante débil para desaparecer en un momento de cólera, y el valor de mi testimonio se debilita en otro tanto. Para un hombre que había visto tantas cosas y a tantas personas, el encuentro de esos indos, cinco años antes de haber conocido a H.P.B., y por medio de ella a la India verdadera, no tenía gran importancia. Sí, es un momento de amnesia, pero una falta de memoria no es una mentira, y mi historia es verdadera aunque ciertas personas puedan no creerla. Debo de hacer constar aquí que algunos capítulos los he compuesto en viaje, lejos de mis libros y de mis papeles, y sobre todo como muchos pasajes están escritos sólo de memoria después de largos intervalos de tiempo, pido indulgencia al lector por los errores que hubiera podido cometer por inadvertencia. Hago todo lo posible para ser exacto, y en todo caso, soy siempre sincero.

Ahora, vengamos a mis experiencias personales de proyección del "doble". A propósito de esto, una palabra de advertencia a los que no están muy adelantados en psicología práctica. El poder de separar el cuerpo astral del cuerpo físico, *no es una prueba segura de un desarrollo espiritual adelantado.* Generalmente se cree eso cuando uno se enreda un poco en el Ocultismo, pero sin razón. Una primera prueba, que bastaría por sí sola, es que la separación del cuerpo astral se produce con frecuencia en hombres y mujeres que no saben nada o muy poco de las leyes ocultas, que no han ensayado ningún sistema de *Yoga,* que no hicieron a propósito ese desdoblamiento y que se muestran muy asustadas o avergonzadas y molestas cuando se les prueba que lo han hecho, y en fin, que no son en modo alguno superiores al término medio como pureza de vida y de pensamientos, espiritualidad de ideales o "dones del Espíritu Santo", como dicen las Escrituras, sino que son todo lo contrario. Además, los anales de la Magia negra están llenos de ejemplos de proyección, visibles o invisibles (salvo por clarividencia) del "doble", efectuados por gentes malvadas con un fin de malicia, de bilocación, de obsesar a víctimas detestadas, de mascaradas licantrópicas y otras "hechicerías malditas". También, los tres o cuatro mil casos de proyección del "doble" efectuados por toda clase de personas, de las cuales algunas no valen gran cosa y otras nada, que han sido cuidadosamente cribados por la S.P.R., y otros más numerosos aún que no han sido

recogidos en su granero blindado.

Todo esto reunido, prueba la justicia de mi advertencia: que no se debe considerar al simple hecho, llevado a cabo por alguien, de poder viajar –consciente o inconscientemente, eso no importa–, en su cuerpo astral, como más sabio o más adelantado espiritualmente; o más calificado para servir de instructor que otro que no tiene la misma facultad. Esto es sencillamente un indicio de que el cuerpo astral del sujeto está más o menos suelto en su estuche –sea natural o artificialmente– lo que le permite irse y volver con facilidad cuando el cuerpo físico duerme con sueño natural o hipnótico, y por consiguiente, es dejado a un lado. El lector podrá recordar respecto a este tema, el retrato en raso de M.A.Oxon, ensayando experiencias de esa clase para H.P.B. y para mí. Por una cosa o por Otra, no he tenido nunca tiempo de ensayar el *yoga* desde que emprendí mi obra práctica en el movimiento teosófico. Nunca me ocupé de saber si podría adquirir o no poderes psíquicos, no aspiré nunca a la dirección de las conciencias, ni busqué la liberación en esta vida. El servicio de la Humanidad me pareció siempre el mejor de los misticismos, y el poder de contribuir aunque sea con poco a la difusión de la verdad y la disminución de la ignorancia, una recompensa suficiente. De manera que nunca pensé en los comienzos, adiestrarme para llegar a ser vidente, taumaturgo, metafísico o Adepto; en cambio, tomé por guía desde hace muchos años la indicación de un Maestro: *que el mejor medio de buscarlos, era la Sociedad Teosófica,* un camino humilde tal vez, pero accesible a mis limitadas facultades, y por el cual he andado a gusto, y que tenía su utilidad. Por lo tanto, cuando cuento mis primeros viajes fuera del cuerpo, no hay que creer que yo me alabo de poseer un desarrollo espiritual adelantada, ni que quiera darme aires de psíquica notable. En realidad, creo que fui ayudada en eso coma la he sido para otras muchas experiencias psíquicas, porque eso formaba parte de la educación especial de un hombre que debía trabajar en la clase de obra que me estaba destinada.

He aquí una de mis experiencias: en 1876, cuando todavía vivíamos en la calle 34 Oeste, habíamos concluido una noche, el borrador de un capítulo de *Isis Sin Velo,* y al retirarnos a descansar esa noche, arreglamos la pila de cuartillas de original en unas cartones, con la primera página arriba y la última debajo de todo. H.P.B. ocupaba un piso exactamente debajo del mío, en el segundo de la casa, y coma era natural, cada uno de nosotros cerraba su puerta exterior con llave, por temor a los ladrones. Al desvestirme, pensé que tres palabras agregadas a la última frase del

párrafo final, darían mucha más fuerza al párrafo entera. Ya tenía miedo de olvidarlas para la mañana siguiente, así que tuve la ocurrencia de ensayar de bajar al despacho en mi cuerpo astral y escribir así mis tres palabras. Yo no había viajado nunca así conscientemente, pero sabía cómo hay que hacer para ello, fijar can firmeza la mente en esa intención antes de dormirse. Esa hice; al día siguiente por la mañana, cuando bajé a despedirme de H.P.B. antes de ir a mi oficina, me dijo ella: "Bueno, ¿qué diablo hacía V. aquí anoche, después de haber subido a acostarse"? "¿Aquí –le pregunté– qué quiere V. decir"? "Pues que ya estaba en la cama y muy tranquila, cuando de pronto ví al cuerpo astral de mi Olcott que salía de la pared. ¡Tenía V. un aire bastante ridículo y soñoliento! Le hablé, pera no me contestó. Fue V. al despacho, le oí remover papeles y eso es todo. ¿Qué hacía V. allí"? Entonces le conté lo que había tratada de hacer, fuimos juntos a la otra habitación y dando vuelta ala pila entera de cuartillas manuscritas, vimos en la última cuartilla, al final del párrafo último, dos de las tres palabras deseadas, escritas can mi letra, y la tercera empezada, pera sin terminar; la fuerza de concentración se agotó evidentemente y la palabra terminaba en un garabato. Cómo había sostenido el lápiz si me había servido de él, o cómo escribí sin lápiz, no lo sé. Tal vez par esa vez se me permitió precipitar la escritura con la ayuda de uno de los elementales familiares de H.P.B., utilizando las moléculas de la mina de alguno de los lápices que estaban sobre la mesa, cerca del manuscrito. Sea coma sea, esta experiencia me fue muy útil.

Ruega al lector que se fije en el hecho de que mi ensayo de escritura fenoménica se detuvo en el momento en que por falta de costumbre, dejé a mi mente que se distrajera. Precisamente es menester fijarla de un modo absoluto en lo que se desea llevar acabo; lo mismo sucede en el plano intelectual ordinario, pues no se hace nada bueno si se está distraído. En el *Theosophist* de julio de 1888, artículo titulado: "Imágenes precipitadas en Nueva York", expliqué la relación que existe entre la concentración de la fuerza-voluntad y la permanencia de los escritos, imágenes, sombras y pruebas similares del poder creador del espíritu. Citaba, por ejemplo, los detalles muy interesantes y sugestivas sobre la proyección del doble, dadas por Wilkie Collins en su libro *Les Deux Destinées,* libro que en su clase merece la atención de los ocultistas, tanto coma *Zanoni, A Strange Story,* a *La raza Futura.* (Después de publicar yo ese artículo, el señor Collins me escribió diciendo que nada la había asombrado más en la vida, que saber por mis indicaciones sobre su

libro, que *por un sencillo ejercicio de imaginación* él había al parecer, dado con una de las leyes misteriosas de la Ciencia Oculta). Citaba también el retrato de Luis, precipitado para la señorita Liebert y para mí, que se borró al día siguiente, pero que H.P.B. hizo reaparecer a petición del señor Judge y lo fijó esta vez tan bien, que ahora todavía se conserva tan neto y claro como entonces, después de bastantes años. Pera todo lo que se puede leer y aprender de los demás, no vale lo que la más pequeña experiencia personal –como una de las que he descrito– para estar seguro de la verdad de esta ley cósmica: que el pensamiento crea la forma. “El *(Brahma) deseó,* diciendo: –Que yo pueda multiplicar, que yo pueda aumentar–. Soñó profundamente y después de haber soñado así, emitió todo lo que existe. Habiéndolo emitido, entró en ello” *(Taittirya Upanishad,* anuvaka VI, valli 2°). Esta *sloka*[73] me ha parecido siempre profundamente instructiva; su significado se hace incomparablemente más verdadero, más profundo y más sugestivo, cuando uno mismo ha *creado* uno forma después de haber *meditado,* que cuando no se ha hecho más que leer palabras en una página, sin hallar en sí un eco aprobador.

Contaré otro caso de proyección de mi doble, en el que se ve un ejemplo de la ley llamada de repercusión. El lector que desee formarse una opinión a este respecto, hallará los más amplios materiales en la literatura mágica y en los libros de hechicería. La palabra repercusión quiere indicar aquí, la reacción sobre el cuerpo físico, de un golpe o de cualquier herida producida al doble mientras está proyectado y circula en el estado de entidad separada. Se llama bilocación a la aparición simultánea de una misma persona en dos sitios diferentes; en este caso, una es en realidad el cuerpo físico, y la otra el cuerpo astral o doble. El señor d’Assier lo discute en su libro *l’Humanité Posthume,* y en mi traducción inglesa de esa excelente obra, he agregado algunas reflexiones de mi cosecha. Dice a propósito de las heridas que los brujos pueden recibir cuando desdoblan su cuerpo para ir a atormentar a sus enemigos (página 224): “La hechicera penetraba en la casa de aquel de quien se quería vengar y le hacía cien maldades. Si el obsesado era valiente y encontraba un arma a mano, sucedía con frecuencia que golpeaba al fantasma, y despertando de su trance, la hechicera *encontraba sobre su propio cuerpo,* las heridas recibidas en la lucha fantástica”.

El católico des Mousseaux, que escribió contra la hechicería y otras “artes

[73] En poesía sánskrita, el metro épico de 32 sílabas, dispuestas en 4 versos de a 8, o bien en 2 de 16. (N. del T.)

negras”, cita tomándolo de los archivos judiciales de Inglaterra, el caso de Juana Brooke, que perseguía con mucha maldad a un niño llamado Ricardo Jones. Durante una de esas apariciones, el niño gritó que veía al fantasma de Juana y pretendía que lo tocase con el dedo. Un testigo del hecho, llamado Wilson, se precipitó hacia el sitio indicado, dando allí una cuchillada, aunque el fantasma no fuese visible más que para el niño. Inmediatamente se presentó en casa de Juana Brooke con el padre del niño y un agente de policía. La encontraron sentada en su banco, sosteniendo una de sus manos con la otra. Negó que le hubiese pasado nada a su mano, pero le apartaron la otra, y vieron que la que ella ocultaba, se hallaba cubierta de sangre y tenía una herida en todo semejante a la que el niño había descrito. Se conocen muchos otros casos de esta clase, que prueban que todo accidente o herida producida al doble proyectado, se reproduce idénticamente en el mismo sitio del cuerpo físico. Desde los tiempos más remotos se ha reconocido que el cuerpo físico y el astral, son en absoluto homólogos. Los orientales creen que el hombre astral es el producto de su *Karma* y que él modela su envoltura externa según sus cualidades innatas y se reproduce exactamente en ella. Esta idea está sucintamente expresada en estos versos de Spencer, en *Faerie Queene:*

“Porque del alma aquí abajo nuestro cuerpo toma la forma, Porque el alma es una forma y se construye un cuerpo”.

Y volviendo a mi experiencia personal: En nuestro despacho o salón de la Lamasería, teníamos un reloj suizo de cuco, colgado en la pared al lado de la estufa, y al que yo tenía la costumbre de dar cuerda metódicamente todas las noches antes de irme a mi habitación. Una mañana noté, al mirarme en el espejo después del baño, que mi ojo derecho estaba machucado como si hubiese recibido un puñetazo. No me daba cuenta de lo que podría ser eso, y me sorprendí aún más al constatar que la contusión no me dolía nada. En vano me devanaba los sesos buscando una explicación; en mi cuarto no había ninguna columna ni ángulo agudo, ni nada que hubiera podido lastimarme, suponiendo que yo hubiese tenido un acceso de sonambulismo, lo que, entre paréntesis, no me sucedía jamás. Por otra parte, un golpe bastante violento para ponerme el ojo en ese estado, me hubiera infaliblemente despertado con sobresalto, y en cambio, había dormido apaciblemente toda la noche. Seguí muy intrigado hasta que a la hora de comer ví a H.P.B. ya una amiga suya que esa noche se había quedado a dormir con ella. La amiga me dió la clave del enigma diciéndome: “Pero coronel, ¿no se habrá

golpeado usted anoche cuando bajó a dar cuerda al reloj"? "¿Dar cuerda al reloj? ¿Qué quiere V. decir? ¿No habían ustedes cerrado la puerta con llave?" "¡Ya lo creo!, la cerré yo misma. ¿Cómo hizo usted para entrar? Sin embargo, le vimos, la señora y yo, pasar por delante de la puerta de corredera de nuestra alcoba, y le hemos oído tirar de las cadenas de las pesas. Yo le hablé, pero usted no me contestó y no ví más nada".

Entonces, pensé, si mi doble entró en el salón para dar cuerda al reloj, este no debe estar parado, y en el camino, entre la puerta y la chimenea, debe existir algún obstáculo contra el cual mi ojo habría chocado. El examen del lugar demostró:

1º Que el reloj marchaba y se le debió de haber dado cuerda a la hora de costumbre.

2º Que cerca de la puerta había una pequeña repisa o estante para libros, uno de cuyos ángulos salía exactamente a la altura necesaria para estropearme el ojo si tropezase con él. Entonces, recordé vagamente haberme dirigido a la puerta, viniendo del otro ángulo de la sala, con la mano derecha extendida para buscar la puerta, después sentí un choque que me hizo ver, como vulgarmente se dice, las estrellas, y después el olvido hasta la mañana.

Me parece curioso, muy curioso, que un golpe que, de haber sido recibido en la cabeza física, no hubiese podido menos que despertarme, haya podido dejar su marca por repercusión en mi persona física, aunque recibido por el doble proyectado, sin hacer que me despertarse. Aún hay otras enseñanzas que sacar de la aventura. Nos enseña que, previas condiciones favorables a la separación del doble, ésta puede producirse bajo la presión de una preocupación, como ser la costumbre de hacer cierta cosa todos los días a la misma hora. Si las condiciones fuesen en cambio desfavorables a la proyección o desdoblamiento, el sujeto, dispuesto de otro modo, podría en un acceso de sonambulismo, levantarse de la cama, hacer lo que tenía que hacer y volver a acostarse sin conservar ningún recuerdo de su expedición. En la traducción inglesa del *Dabistan* (prefacio, p. XXIX) se lee: "Es imposible determinar en qué época comenzaron tales o cuáles opiniones o prácticas... como la convicción de que un hombre puede poseer la facultad de dejar su cuerpo y volver a entrar en él, de considerarlo como un vestido flotante que deja para elevarse a un mundo luminoso y vuelve a tomar a su vuelta, reuniéndose a sus elementos materiales. Se considera a esas ideas como muy antiguas". Una de mis experiencias más curiosas es el haber encontrado en

diferentes partes del mundo a personas hasta ese momento desconocidas, y que me dijeron que me habían visto en sitios públicos, o que yo las había visitado en mi cuerpo astral, y a veces que yo había hablado con ellas de asuntos de Ocultismo, o que las había curado de sus enfermedades, o hasta que yo les había acompañado en el plano astral a ver a nuestros Maestros. Sin embargo, por mi parte, no tenía el menor recuerdo. Pero si se piensa bien, ¿qué hay de asombroso en que un hombre cuya vida entera, cuyos pensamientos y deseos están concentrados en nuestro gran movimiento; que no tiene más que un deseo, su éxito; nada más que una ambición, contribuir a su adelanto hacia el fin supremo; qué hay de sorprendente en que tales preocupaciones invadan su sueño y lo dirijan en las corrientes de la luz astral hacia los seres de igual naturaleza, atraídos a su vez como él, y por Un mismo imán, hacia un común centro de aspiraciones? En realidad eso es:

"It is the secret sympathy,
The silver link, the silver tie,
Wich heart to heart, and mind to mind,
In body and in soul can bind".

"Es la secreta afinidad,
El argentino lazo o eslabón,
Que mente con mente y corazón con corazón
En cuerpo y alma puede ligar".

CAPÍTULO XXV
EL SWAMI DYANAND

Este libro no sería digno de llamarse historia fehaciente de los comienzos de la Sociedad Teosófica, si yo omitiese en él que figurase el breve episodio de nuestras relaciones con el *swami* Dyanand Sarasvati y con su "Arya Somaj". Lo siento, porque no es agradable señalar los detalles de esperanzas desvanecidas, de amargos equívocos y de ilusiones perdidas. Ahora que H.P.B. y el *swami* han muerto y que han transcurrido diez y seis años desde que votamos la fusión de las dos sociedades, me considero libre, para aclarar lo que hasta el presente ha pasado como una especie de misterio, y explicar las causas no conocidas de nuestra unión con el gran *pandit* y de nuestro subsiguiente disgusto con él.

He narrado toda la fundación de la Sociedad, cómo nació, su fin y sus objetos declarados; cómo se redujo poco a poco a un pequeño y compacto grupo al cual los dos fundadores proveían de la doble energía, simple núcleo de la organización actual. No vacilo en declarar que no podría escribirse ni una sola línea para probar que alguna vez hayamos disimulado o disfrazado nuestras opiniones religiosas, fuese cual fuere la creencia exotérica de nuestros corresponsales. De suerte que si el *swami* Dyanand o sus discípulos se equivocaron acerca de nuestra posición y la de la Sociedad Teosófica, esculpa suya y no nuestra.

Nuestros dos corazones suspiraban por el Oriente, soñábamos con la India, y nuestro mayor deseo era entrar en relaciones con los pueblos asiáticos. Sin embargo, ningún camino se abría todavía ante nosotros en el plano físico, y nuestras probabilidades de entrar en la Tierra Prometida parecían bien vagas, cuando una noche, en 1877, recibimos la visita de un viajero americano que recientemente había estado en la India. En el salón, se sentó de manera que al mirarlo yo veía en la pared, por encima de él, un cuadro con la fotografía de los dos indos con los que hice la travesía del Atlántico en 1870. La descolgué y se la enseñé, preguntándole si los conocía. Reconoció a Moolji Thackersey, a quien había vista hacía poco en Bombay. Le pedí sus señas, que anoté, y por el primer correo escribí a Moolji hablándole de nuestra Sociedad, de nuestro amor a la India y de sus causas. En el tiempo necesario, contestó en términos entusiastas, aceptó el diploma de miembro que yo le había ofrecido y me habló de un gran *pandit* reformador indo que estaba al frente

de un poderoso movimiento para resucitar la religión védica pura. Al mismo tiempo recomendaba a mi atención en términos elogiosos a un tal Hurrychund Chintamon, presidente de la Arya Somaj de Bombay, que a causa de esto vino a ser mi principal corresponsal. La mala acogida que nos dispensó cuando llegamos a Bombay es algo histórico. Por lo pronto, me propuso como miembros a varios indos de Bombay, se expresó respecto al *swami* Dyanand del modo más elogioso, y nos puso en correspondencia a ambos, como jefes de nuestras respectivas Sociedades. Después de haber leído mi exposición de nuestras ideas acerca de Dios –un principio eterno, presente en todas partes, el mismo en todas las religiones, bajo diferentes nombres–, el señor Hurrychund me escribió que los principios de la Arya Somaj eran idénticos a los nuestros, sugiriendo que en ese caso era inútil conservar dos Sociedades distintas, mientras que, reuniéndolas, podríamos acrecentar nuestra fuerza útil y nuestras probabilidades de éxito (ver el suplemento del *Theosophist* de julio de 1882, para la exposición integral de este episodio con todos sus documentos). Ni entonces ni después me sentí atraído por los vanos honores de la presidencia, y me sentía muy feliz al ocupar el segundo lugar, bajo el *swami,* a quien se me presentaba como mi superior infinitamente, bajo todos los aspectos. Las cartas de mis corresponsales de Bombay, mis ideas personales sobre la filosofía védica, y su título de gran *pandit* sanskritista, desempeñando el papel de Lutero indo, me preparaban para creer sin trabajo lo que más tarde me dijo de él. A saber: que era ni más ni menos que un Adepto (de la Fraternidad del Himalaya), que ocupaba el cuerpo del *swami;* que nuestros Maestros le conocían bien y que él estaba en relación con ellos para llevar a término su obra. ¿Qué tiene de raro el que yo me hallase lo mejor dispuesto que fuese posible, para aceptar el plan de Hurrychund, que deseaba amalgamar la Sociedad Teosófica con la Arya Somaj, y que me considerase como un discípulo del *swami,* y a él como a mi maestro? Para llegar hasta él yo hubiese consentido, de haber sido necesario, en ser su servidor y le hubiese servido alegremente durante años, sin esperanza de recompensa.

Explicado todo esto a mis colegas de Nueva York, el Consejo votó en mayo de 1881 la unión de las dos Sociedades y cambió el título de la nuestra por el de Sociedad Teosófica de la Arya Somaj. Se envió una notificación de esto al *swami,* quien me devolvió en seguida la minuta de un nuevo diploma (que ahora, mientras escribo esto, tengo ante mí) que yo le había enviado, firmada con su nombre y sellada con su sello, como yo le pedí que lo hiciese. Lo hice grabar y lo entregué a

algunos miembros que deseaban seguir la nueva corriente; mandé también una circular para hacer conocer los principios que deseábamos adoptar.

Todo esto estaba muy bien, pero andando el tiempo me llegó de la India una traducción inglesa de las leyes y doctrinas de la Arya Somaj, traducción hecha por el *pandit* Shyamji Krishnavarna, un protegido del *swami,* y que nos causó –me causó, por lo menos– un gran asombro. Estaba claro como la luz del día que las ideas del *swami* habían cambiado por completo después del mes de agosto anterior, cuando la Arya Somaj de Lahore publicó su respuesta a las críticas de su *Veda Bashya.* En ésta, él citaba, dándoles su aprobación, las opiniones de Max Müller, de Colebrooke, Garret y otros, sobre la impersonalidad del Dios de los *Vedas.*

Evidentemente, la Somaj no era por completo "idéntica" a nuestra Sociedad, sino más bien una nueva secta del indoísmo, una secta védica que aceptaba la autoridad del *swami* Dyanand como juez supremo de la infalibilidad de tal o cual parte de los *Vedas* o de los *Shastras.* Se hacía evidente la imposibilidad de continuar la amalgama de las dos Sociedades, y la indicamos en seguida a nuestros hermanos indos. La Sociedad Teosófica volvió al *statu quo ante,* y H.P.B. y yo preparamos dos circulares que el Consejo publicó; una para definir con exactitud a la Sociedad Teosófica, y la otra, fechada en septiembre de 1878, para anunciar a un nuevo grupo, la "Sociedad Teosófica de la Arya Somaj de Aryavarta", que podría servir de puente entre las dos Sociedades madres. Se daba ahí detalladamente la traducción de las leyes, etc., de la Arya Somaj, dejando a nuestros miembros entera libertad de adherirse o no a esa "sociedad eslabón", como yo la llamaba, y de someterse a su reglamento.

Nuestra rama de Londres, después de más de dos años de arreglos y conversaciones preliminares, se había oficialmente organizado el 27 de junio de 1878 con el nombre de "British Teosophical Society of the Arya Somaj of Aryavart", y así firmó su primera circular pública. El título de British Theosophical Society se cambió más tarde, en 1884, bajo la presidencia de la ya difunta doctora Ana Lingsford por el de London Lodge of the Theosophical Society, que aún lleva.

Ruego que se me excuse esta digresión, que tiene cierto interés histórico. Voy a copiar aquí algunos pasajes de mi ejemplar de esta circular:

1º La Sociedad Teosófica inglesa ha sido fundada con el fin de descubrir la naturaleza y los poderes del alma humana y del espíritu por medio de investigaciones y experiencias;

2ºLa Sociedad tiene por objeto acrecentar en la Humanidad la salud, la virtud, la

ciencia, la sabiduría y la felicidad;

3º Los miembros de ella se comprometen a hacer todos sus esfuerzos para llevar una vida de temperancia, pura, y llena de amor fraternal. Creen en una gran Causa primera, inteligente y en la filiación divina del espíritu humano, y por lo tanto, en la inmortalidad de dicho espíritu y en la fraternidad universal de la raza humana;

4º La Sociedad está en relaciones y en simpatía con la Arya Somaj de Aryavarta, por ser uno de los objetos de la Sociedad, el elevar a la Humanidad por medio de una verdadera educación espiritual, por encima de todas las formas impuras, degeneradas o idólatras, cualquiera que sea el culto en que se encuentren.

He ahí un programa claro, franco, al que no hay nada que reprochar y que refleja el espíritu, si no la letra de mi circular de Nueva York y del mismo año. En ambas se proclama la aspiración hacia la ciencia espiritual por medio del estudio de los fenómenos naturales, principalmente los ocultos, al mismo tiempo que la fraternidad humana. Al escribir la circular de Nueva York, me parecía que los miembros de la Sociedad y las entidades que dirigían el movimiento se agrupaban naturalmente en tres divisiones: los miembros nuevos, aún no desprendidos de sus intereses materiales; los discípulos como yo, que se habían retirado del mundo o le iban a dejar; y los mismos Adeptos, que sin ser miembros, estaban por lo menos en relaciones con nosotros y tomaban parte en nuestra obra en lo que ésta constituía un factor potencial de espiritualización de la Humanidad. Con el concurso de H.P.B. establecí esos tres grupos, que yo llamaba secciones, y que subdividí cada una en tres grados. Esto, naturalmente, con la esperanza y la convicción de que recibiríamos más adelante instrucciones prácticas para la organización de los diferentes grados entre los miembros; instrucciones que entonces no habían llegado, y que nunca llegaron después, debo decirlo. En la circular de Nueva York, cláusula 6º se leía lo que sigue:

"La Sociedad tiene varios objetos. Trata de llevar a sus miembros a adquirir un conocimiento íntimo de las leyes naturales, particularmente en sus manifestaciones ocultas". Después venían estas frases, escritas por H.P.B.:

"Siendo sobre la Tierra el desarrollo más elevado espiritual y físicamente de la Causa creadora, el hombre debería tratar de penetrar el misterio de su sér. Procreador de su especie físicamente, y habiendo heredado la naturaleza de la causa, desconocida pero palpable de su propia creación, debe poseer esta fuerza creadora, en un grado menor, en el fondo de su yo psíquico interno. Por lo tanto, es

deber suyo esforzarse en desarrollar sus poderes latentes y enterarse de las leyes del Magnetismo, de la Electricidad y de todas las otras formas de fuerzas del Universo, visibles o invisibles". Yo continuaba después:

"La Sociedad solicita de sus miembros que den el ejemplo personal de las más elevadas aspiraciones religiosas y de la más perfecta moralidad; que luchen contra el Materialismo científico y contra todas las formas del dogmatismo teológico... que hagan conocer entre las naciones occidentales la verdad, largo tiempo olvidada, respeto a las filosofías orientales, a su moral, su cronología, su esoterismo y su simbolismo... que difundan el conocimiento de las sublimes enseñanzas de ese puro sistema esotérico del período arcaico que se refleja en los más antiguos himnos de los *Vedas,* en las filosofías de Gautama Buddha, de Zoroastro y de Confucio; y final y principalmente, ayudar a instituir una fraternidad humana en la que todos los hombres virtuosos y puros, de todas las razas, reconocerán que todos ellos por igual son los efectos (en este planeta) de la Causa Sagrada, Universal, Infinita y Eterna". H.P.B. fue quien puso el paréntesis: (en este planeta).

Se ve que recobrando su autonomía después de haber descubierto el carácter sectario de la Arya Somaj, la Sociedad hacía una categórica declaración de principios, en la que ya se encontraba:

1º El estudio de la Ciencia Oculta;

2º La formación de un núcleo de fraternidad humana;

3º El renacimiento de la literatura y de la filosofía orientales. En resumen, los tres objetos declarados, sobre los cuales la Sociedad Teosófica se ha construido en el curso de los diez y siete años que siguieron.

Por poco que nuestros amigos de Bombay se hubiesen equivocado en el primer momento sobre el fin y las bases de nuestra Sociedad, la circular de que hablamos no les habrá dejado el menor pretexto de caer en un equívoco.

El preámbulo de la circular respecto a la Arya Somaj, publicada por nosotros en septiembre de 1878 –tan sólo tres meses antes de nuestra partida para la India–, llamaba la atención sobre la traducción de los reglamentos de la asociación, hecha por el *pandit* Shyamji, y que había sido incorporada a la circular. Decía así: "La observación de esas reglas no es obligatoria más que para aquellos miembros que pidan voluntariamente su admisión en la Arya Somaj; los demás seguirán como antes, sin tener nada de común con la obra especial de la asociación". Después se decía que nuestra Sociedad, con el fin de ayudar "al establecimiento de la

fraternidad humana, había organizado diferentes secciones (grupos) en los que personas nacidas en las más diferentes religiones, encontrarían su sitio siempre que cada aspirante desee sinceramente aprender las sublimes verdades escritas primeramente por los arios en los *Vedas* y promulgadas después en diferentes épocas por los sabios y los videntes, y quisiese conformar su vida con ellas. Y también, si lo desearen, esforzarse en adquirir el imperio sobre ciertas fuerzas de la Naturaleza, que el conocimiento de sus misterios procura a quienes lo poseen". Esto aludía a los poderes y al desarrollo oculto de H.P.B. y a su grado de discípulo. Esta frase demuestra que el principal fin que se proponían en el comienzo los dos fundadores era alentar esta clase de estudios; estaban convencidos de que con el desarrollo de los poderes psíquicos y de la intuición espiritual, podía alcanzarse la más elevada ciencia religiosa, mientras que el dogmatismo religioso, hijo de la ignorancia, debería desaparecer. La circular dice también que "la Sociedad ha recibido con alegría a buddhistas, lamaístas, brahmanes, parsis, confucionistas, judíos, etc., que viven entre ellos en una completa armonía", lo que era cierto, porque ya habíamos recibido como miembros, a aspirantes de todas esas religiones. La divergencia de estas ideas con las de la Arya Somaj es bien notable y resulta evidente a primera vista. En efecto, la regla II decía, también en la traducción de Shymji:

"Deberá recibirse y considerarse al texto de los cuatro *Vedas* como encerrando todo lo que es necesario para constituir una autoridad extraordinaria en todo lo que atañe a la conducta".

Aquí no se trata de ninguna otra Escritura que fuese autoridad para la conducta, ni de un interés benévolo por el bien espiritual de los pueblos no védicos; en fin, es una asociación sectaria y no ecléctica. No quiero decir que la Arya Somaj sea una secta buena o mala, no me pronuncio sobre sus ideas conservadoras o progresistas, ni sobre el bien o el mal que su institución por el *swami* haya podido hacer a la India. Sólo digo que es una secta, y nuestra Sociedad que no lo es, y que se sitúa en un punto de vista diferente, no podía fusionarse con la Arya Somaj, fuese cual fuere nuestro deseo de mantenernos en buenas relaciones con ella.

Para demostrar la arbitraria autoridad a que el *swami* pretendía, y que ejercía, acerca del derecho de hacer elección de los *Shastras* desde el punto de vista de su "autoridad", citaré aún un extracto de la misma regla II de la Arya Somaj:

"Los *Brahmanas,* a partir del *Shatapatka;* los seis *Angas* o miembros de los *Vedas,* a partir del *Shikshti* los cuatro *Upavedas,* los seis Darshanas o escuelas de Filosofía y

los 1.127 discursos sobre los *Vedas,* llamados Shâkhâs o ramas; todos esos libros deben ser aceptados como explicación del sentido de los *Vedas,* así como de la historia de los arios. En la medida en que concuerdan con los *Vedas,* deben ser considerados como poseedores de una autoridad ordinaria" .

He ahí la definición de una secta, una secta del Indoísmo, una secta basada en las opiniones de su fundador. Dicho sea de paso, el *swami* se coloca en contradicción con todos los *pandits* ortodoxos, rehusando hacer figurar en la lista de libros inspirados varios de los que los otros tienen por sagrados. Por ejemplo, el *swami* omite a los *Smritis* como carentes de autoridad. Pero Manú, en el capítulo II, mantiene que los *Vedas* son la "revelación" y los *Smritis (dharma shastra)* "la tradición", y que ambas son irrefutables en todos sus puntos, porque las virtudes nacen de las dos. Se acepta, por lo tanto, a los *Smritis* como "autoridad".

Las cosas quedaron así hasta la llegada a la India de los dos fundadores y su encuentro, poco después, con el *swami* Dyanad en Sarahanpur. La necesidad de hablar con el *swami* con intérpretes que aunque hablaban bien el inglés corriente, les costaba trabajo traducir correctamente cuestiones abstractas de Filosofía, Metafísica u Ocultismo, debía, como es natural, contribuir a aumentar considerablemente las probabilidades de crear equívocos y enredos. Se nos hizo comprender positivamente que el *swami* compartía el concepto vedantino de Dios como *Parabraham,* el nuestro, por lo tanto. Bajo la influencia de ese error –porque él declaró más tarde que lo era– dí una conferencia en la Arya Somaj de Meerut, en su presencia, en la que declaré que toda causa de equívocos había desaparecido, y por lo tanto, las dos Sociedades eran en realidad gemelas. Pero no había tal cosa, porque no se parecían más que lo que nuestra Sociedad se parece a la Brahmo Somaj o a cualquiera otra secta, cristiana o de otra religión. La separación era inevitable y no tardó en producirse. El *swami,* exasperado, quiso renegar de sus propias palabras y actos, y finalmente nos cubrió de injurias y reproches, publicando una circular y fijando carteles en Bombay, en los que nos trataba de charlatanes y de no sé qué más aún.

Para defendernos, nos vimos obligados a contar nuestra historia y publicar nuestras pruebas en un suplemento al *Theosophist* de julio de 1882. Allí se hallan todos los testimonios *in extenso* y fascímiles de un documento importante con la firma del *swami* y el certificado del señor Seervai, nuestro secretario archivero entonces. Así fue cómo después de las desapacibles relaciones que duraron unos

tres años aproximadamente las dos Sociedades se separaron violentamente y cada una tomó por su lado.

La ruptura fué provocada: primero, por mi descubrimiento de que el *swami* era sencillamente un asceta y un *pandit,* pero de ningún modo un Adepto; segundo, porque la Arya Somaj no compartía las ideas eclécticas de la Sociedad Teosófica; tercero, por la decepción del *swami* al ver que volvíamos sobre nuestra primera adhesión al proyecto de amalgama de Harischandra; cuarto, por su furor –me lo expresó en términos violentos– al ver que yo ayudaba a los buddhistas de Ceilán y a los parsis de Bombay a conocer y amar más a sus religiones, mientras él las consideraba como falsas. Siempre me he preguntado si Hurrychund Chintamon, nuestro intermediario, le habría explicado bien alguna vez las ideas y verdadero fin de nuestra Sociedad. El descubrimiento posterior de que el citado Hurrychund se había apropiado de 600 rupias que le mandamos para la Arya Somaj, y que devolvió en Bombay, obligado por H.P.B., me hace pensar que engañó al *swami* tanto como a nosotros, y que si yo no hubiese recibido la traducción de las reglas de la Arya Somaj que me mandó Shyamji, el equívoco hubiera subsistido hasta nuestra llegada a la India.

Hablar más de este asunto, sería perder mi tiempo y mi papel, puesto que los que lo deseen conocer a fondo pueden hallar todos sus detalles en el suplemento del *Theosophist* de que anteriormente hablé. El *swami* era evidentemente un gran hombre, un sabio sanskritista, dotado de mucha audacia, de fuerza de voluntad y de recursos; un conductor de hombres. Cuando le vimos en 1879, acababa de reponerse de un ataque de cólera y su físico era aún más afinado y delicado que de costumbre. Yo lo encontré notablemente hermoso: alto, actitud digna y modales graciosos para nosotros. Hizo una gran impresión en nuestras imaginaciones. Pero cuando le volví a ver, varios años después –creo que en Benarés–, había cambiado mucho y no ventajosamente. Había engordado, la grasa le caía en rollos por todo su cuerpo casi desnudo, y una enorme papada colgada de su mandíbula. Parecía menos alto al haber crecido a lo ancho, y su figura dantesca había perdido su expresión poética. Afortunadamente, tengo un recuerdo de su antiguo aspecto en un retrato al óleo hecho de una fotografía, que me regalaron en la India septentrional. Ahora ya ha muerto, pero su Arya Somaj subsiste y cuenta con dos o trescientas ramas en el norte de la India. Annie Besant y yo hicimos una visita a la asociación principal, en Lahore, durante nuestro reciente viaje al Pundjab, la que tal vez haya contribuido

algo, por lo menos así lo espero, a endulzar la amargura que los *somajis* han conservado por largo tiempo contra nosotros y con gran sentimiento mío.

El mundo es bastante grande para ellos y nosotros, y más valdría tratar de vivir juntos y fraternalmente.

CAPÍTULO XXVI
LA SEÑORA BLAVATSKY EN SU CASA

Hasta ahora, hemos visto a la señora Blavatsky sobre todo como mujer célebre; estudiémosla ahora en su intimidad.

Pero, ante todo, ¿hay alguien entre vosotros que sepa por qué se hacía llamar "H.P.B:" y por qué detestaba ser llamada "señora"? No tiene nada de extraño que odiase el nombre de Blavatsky, dadas las circunstancias de ese desdichado casamiento, tales como Sinnett las relata en *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky*. No sacó de él ni dicha ni ventajas, no más que aquel a quien por una apuesta asoció a su destino bueno o malo. Sin embargo, antes de casarse en Filadelfia con el señor B., estipuló que no cambiaría su nombre, y jamás usó el de su segundo marido, excepto en los actos necesarios para obtener su divorcio. Sentía una repugnancia extrema por el tratamiento de "señora", porque había conocido y detestado a una perra de ese nombre en cada de una amiga. Creo que esa fantasía excéntrica de ser designada por sus tres iniciales tenía un sentido oculto más profundo que lo que se cree. Es que la personalidad de nuestra amiga estaba tan unida a la de varios de sus Maestros, que en realidad el nombre que llevaba era rara vez el de la inteligencia que influía momentáneamente su cuerpo físico. Y el personaje asiático que hablaba por su boca no era con seguridad ni Helena ni la viuda del general Blavatsky, ni una mujer. Pero cada una de esas personalidades cambiantes contribuía por su parte al mismo tiempo que Helena Patrowna misma, a formar una entidad compuesta, que se podía llamar H.P.B. lo mismo que de otro modo cualquiera. Esto me hace acordar de la fotografía colectiva, en apariencia de una persona real, y en realidad una mezcla de una docena de tipos por lo menos, que sir Francisco Galton publicó en su *Inquiry into Human Faculty*. A primera vista, mi teoría puede parecer absurda a los que no la conocieron tan íntimamente como yo, pero me inclino a creer que es verdadera.

He aquí el orden habitual de nuestros días en la Lamasería. Desayunábamos hacia las ocho, cenábamos a las seis de la tarde y nos íbamos a acostar más o menos tarde después de media noche, según las necesidades de nuestro trabajo y las interrupciones causadas por las visitas. H.P.B. comía en la casa y yo en la ciudad, cerca de mi oficina. Cuando la conocí, yo era socio del Lotos-Club, y socio muy activo; pera *Isis* puso fin radicalmente a mis relaciones en los casinos y el mundo

en general. Después de desayunar, iba a mi oficina y H.P.B. se sentaba a trabajar en su pupitre. La mitad de las veces teníamos invitados a cenar y casi no pasábamos una velada solos, porque aun cuando nadie viniese de fuera, casi siempre teníamos a alguien que estaba con nosotros. Nuestra mesa era de las más sencillas: ni vinos ni licores y una cocina de familia. Teníamos una criada para todo, o mejor dicho, una procesión de criadas para todo atravesaba nuestra existencia, porque nunca conservábamos una mucho tiempo. Se iban a su casa de noche, terminado su trabajo, y después abríamos la puerta nosotros mismos, lo que no era nada; pero las dificultades comenzaban cuando había que buscar té, leche, azúcar, etc., para todo un regimiento de amigos. Hacia la una de la mañana, H.P.B., con un magnífico desconocimiento del orden doméstico, reclamaba de pronto una taza de té y exclamaba noblemente: "¿Pero lo tomaremos todos, quieren?" Era tiempo perdido que yo le hiciese señas de que no había nada en la casa, de suerte que después de varias expediciones nocturnas (e infructuosas) por la vecindad, en busca de leche o de azúcar, me declaré en huelga y puse el anuncio siguiente:

"TE"

Los invitados encontrarán en la cocina, agua hirviendo y té;
tal vez también leche y azúcar. Se ruega servirse a sí mismo.

Esto estaba tan de acuerdo con el tono general de la casa, un poco bohemio, que nadie pensó en asombrarse, y se veía a los invitados que se levantaban tranquilamente para ir a hacerse una taza de té en la cocina. Hermosas damas, profesores, artistas y periodistas, se hacían miembros del "círculo de la cocina", como se le denominaba. H.P.B. no tenía la menor idea del arte de dirigir una casa. Un día, para hacer huevos pasados por agua, ¡colocó los huevos sobre las ascuas! A veces la criada nos abandonaba un sábado por la noche y nos dejaba que nos arreglásemos coma pudiéramos el domingo. Entonces, ¿quién iba al mercado y hacía la cocina, H.P.B.? No, ciertamente, ¡lo hacía vuestro servidor! Ella se quedaba en el salón, escribiendo o fumando, o bien venía a poner en desorden la cocina. Leo en mi diario, en la fecha abril 12 de 1878: "La criada nos ha dejado, sin preparar la cena; la condesa L.P. ha hecho una excelente ensalada. O'Donnovan cenaba con nosotros también". Este irlandés era un hombre

sorprendente, escultor de talento y perfecto camarada; poseía una gracia seria irresistible. H.P.B. le quería mucho y él le correspondía bien. Hizo su retrato, un medallón de bronce, que está en mi poder. Yo no sé dónde está ahora O'Donnovan, pero en aquel tiempo tenía debilidad por el buen whisky (si se puede decir que el whisky sea bueno), y un día nos hizo morir de risa a propósito del whisky.

Lo estaba bebiendo con otro amigo nuestra que después de haberlo probado, dejó el vaso exclamando: "¡Qué whisky malo!" Pero O'Dannovan se volvió hacia él, y tomándole del brazo, le dijo con una gravedad extrema: "¡No diga eso, amigo mío, *no* diga eso! ¡No hay whisky malo! ¡Tan sólo lo hay mejor!"

Era católico de nacimiento, pero no parecía creer más en nada, y sabienda en qué cólera hirviente ponía a H.P.B. la sola palabra: Catolicismo, él simulaba creer que era la religión del porvenir, y que el Buddhismo, el Brahmanismo y el Parsismo desaparecerían para cederle el sitio. Aunque ya había caída veinte veces, H.P.B. no dejaba de volver a caer en la trampa que O'Donnovan le preparaba. Rabiaba, juraba, le trataba de idiota incorregible yotras dulzuras semejantes, pero en vano: él continuaba fumando en silencio, impasible y como si escuchase una escena de tragedia a la que era tan ajeno coma la actriz. Después, cuando ella había hablado y gritado hasta quedar sin aliento, él se volvía suavemente hacia su vecina diciendo a media voz: "¡Qué bien habla! Pero sólo lo hace para lucirse; no cree una palabra de lo que dice, y un buen día la veremos convertida y buena católica". Y cuando H.P.B. estallaba de furor con esta última salida, él se escapaba a la cocina para hacerse una taza de té. Llegaba hasta llevar amigos para obsequiarlos con estas escenas, pero H.P.B. no tenía rencor, ydespués de haber cubierto de maldiciones al provocador, volvía a ser su mejor amiga.

Uno de nuestros huéspedes más asiduos y apreciados era el profesor Alejandro Wilder, una personalidad curiosa, el tipo de esa numerosa clase media norteamericana, autodidacta, del fuerte temple de los antepasados puritanos, hombres de carácter y de pensamiento, independientes en extremo, muy versátiles, muy honrados, muy audaces y patriotas. El profesor Wilder y yo éramos amigos desde antes de la rebelión[74] ysiempre tuve por él la más alta estimación. Tiene la mente repleta de conocimientos que siempre está dispuesto a compartir

[74] Habla de la guerra de secesión. (N. del T.)

con oyentes atentos. No creo que sea un universitario ni un hombre de la ciudad, pero si se tiene necesidad de datos acerca de las migraciones de las razas, de los símbolos, del sentido esotérico de la filosofía griega, del valor de un texto hebreo o griego, de la bondad relativa de tal o cual escuela de Medicina, es tan competente para proporcionarlos como el doctor más diplomado. Es un hombre alto, flaco, del tipo de Lincoln, con una noble cabeza que se asemeja a una cúpula, las mandíbulas estrechas, los cabellos grises, y un lenguaje curiosamente sazonado de americanismos. Venía siempre y hablaba durante largas horas con H.P.B., muchas veces estirado en el canapé; "con una pierna en la araña y otra en la chimenea", como decía ella. En cuanto a H.P.B., tan gruesa como delgado era él, tan locuaz como él epigramático y sentencioso, fumaba un sinnúmero de cigarrillos y sostenía brillantemente su parte en la conversación. Ella le pedía que le escribiese muchas de sus ideas, para servirse de ellas en *Isis,* donde se las puede ver citadas. Las horas pasaban sin sentirlas, tanto, que con frecuencia perdía el último tren para Newark, y se quedaban a dormir en la ciudad. Creo que de todos nuestros huéspedes, él era el que menos apreciaba los fenómenos de H.P.B. Los creía científicamente posibles y no dudaba que ella tuviese el poder de producirlos, pero la Filosofía era su ídolo, y los mediums y los Adeptos no le interesaban más que teóricamente.

Sin embargo, la verdad es que algunos de los fenómenos de H.P.B. eran bien curiosos. Además de los que he descrito, encuentro mencionados otros en mi diario, como éste que es bien raro:

Un día encontré en la ciudad baja (de Nueva York) una persona que yo conocía, y con la que hablé algunos instantes. Tenía muy mala opinión de H.P.B. y la atacó con viveza, sosteniendo sus críticas a pesar de lo que yo le decía. Por fin fue tan lejos en sus palabras, que disgustado me separé de él bruscamente para volver a casa. Llegué como de costumbre para cenar y fui a mi habitación –letra G, en el plano del capítulo XXIV– para arreglarme. H.P.B. vino por el pasillo a saludarme desde la puerta que estaba abierta; el lavabo estaba en el ángulo noroeste, en frente de la puerta, y encima de él el muro blanco y liso no tenía ningún cuadro ni nada.

Después de lavarme las manos, fui a peinarme delante del espejo pequeño que estaba detrás de mí, precisamente en frente de la ventana, y al pasarme el cepillo por el pelo, vi algo verde reflejado en el espejo. Era una hoja de papel verde, todo escrito, sujeto a la pared por cuatro alfileres, justamente encima del lavabo en que me acababa de lavar las manos sin que hubiese visto nada en el muro desnudo. El

papel estaba lleno de textos del *Dhammapada* y de los *Sutras,* escritos de un modo particular y firmados en el ángulo inferior por uno de los Maestros. Las citas eran reproches para mí porque había dejado atacar a H.P.B. sin defenderla, lo que se refería, sin duda alguna, a mi encuentro en la ciudad, aunque no se mencionaba ningún nombre. No hacía más de cinco minutos que yo estaba en la casa, no había contado el hecho a nadie, ni cambiado una palabra con nadie, aparte del saludo a H.P.B. desde la puerta. Y, en fin, yo ya no pensaba más en el incidente en cuestión. Este es un fenómeno de clase superior, que implica la lectura del pensamiento a distancia o la clariaudiencia, y además el poder de producir un documento escrito, sin contacto, o bien haberlo escrito del modo corriente y haberlo clavado en la pared antes de mi regreso, impidiéndome que lo viese, por sugestión hipnótica, hasta que se me devolviese la libertad visual. Esta me parece ser la explicación más probable de las dos, pero el fenómeno no deja de ser igualmente notable, puesto que supone la clariaudiencia a una distancia de cinco kilómetros y también el poder hipnótico ejercido sin que yo pudiese sospecharlo.

Guardé cuidadosamente ese papel verde, pero en 1891, en el transcurso de mi viaje alrededor del mundo, alguien se apoderó de él sin mi permiso; desearía recuperarlo. Otro recuerdo de H.P.B. desapareció al mismo tiempo. Era una caricatura representando mi pretendida iniciación y era una fantasía bien graciosa. En primer plano me había representado a mí, vestido tan sólo con un *fehta* como turbante, sufriendo un examen ante el Maestro K. H. Abajo, en el ángulo de la derecha, una mano sostenía una botella de alcohol, y una bayadera huesuda, que tenía el aspecto de una campesina irlandesa hambrienta, durante una escasez de patatas, bailaba un "paso de fascinación". Arriba, en un ángulo, H.P.B. tocada con una gran sombrero de Nueva Jersey y calzada con mocasines de punta levantada, con una sombrilla en forma de campana, en el extremo de la cual flotaba una bandera con la inscripción: Jack, cabalgaba sobre un elefante, y mantenía tendida una enorme mano para hacer que los elementos me fueran propicios; mientras tanto, otro Maestro observaba el conjunto. Un pequeño y raro elemental con gorro de dormir y sosteniendo una vela encendida, exclamaba: "¡Grandes Dioses! ¿Qué es lo que veo?", desde el hombro de K. H., en donde estaba encaramado. Y una serie de grotescas preguntas y respuestas inscritas en el libro del examinador, completaba la alegre sátira. El lector puede juzgar por esta descripción cuál era entonces el humor jovial de H.P.B., y la familiaridad que se nos permitía con los Maestros. Tan sólo la idea de una semejante

irreverencia, hará correr escalofríos por la espalda de más de uno de los discípulos de los últimos años de H.P.B. Yo no podría indicar mejor su alegre exuberancia, que citando lo que un cronista de Hartford escribió en su periódico:

"La señora se reía, pero cuando uno escribe que la señora reía, eso quiere decir que la risa misma estaba presente, porque su risa era la misma esencia de todo lo que hemos oído de más claro, más alegre y más abandonado. Tan grande es su vitalidad, que ella parece verdaderamente, el *Genio* del buen humor".

He ahí la nota de nuestra casa; y la vivacidad de H.P.B., su espíritu cáustico, su conversación brillante, sus modales cariñosos cuando alguien le agradaba, sus reservas de anécdotas y tal vez lo que más atraía, sus sorprendentes fenómenos, hacían de la Lamasería el salón más frecuentado de Nueva York, de 1876 a fines de 1878.

La multiplicación es un fenómeno de los más interesantes, y consiste en sacar uno o varios objetos de uno solo; ya he citado varios ejemplos de ello. Mencionaré aquí otro que fue descrito en los comunicados de Nueva York del *Hartford Daily* Times, número del 2 de diciembre de 1878. El corresponsal pasó una noche en nuestra casa y encontró allí otros visitadores, y uno de ellos, un artista inglés, le contó lo que vió hacer a H.P.B. Dice el cronista:

"...Yo se que a usted le parecerá esto increíble, mi querido amigo –me dijo– porque así me lo parece al recordarlo, pero no obstante, estoy bien seguro de lo que he visto. Además había otro testigo. ¡He visto a la señora, crear! –¡Crear!, exclamé. –Sí, crear, producir de la nada. Voy a citarle dos casos:

La señora, mi amigo y yo, salimos un día para ver los escaparates, y ella dijo que deseaba tener de esos alfabetos con letras de color para recortar, que se venden en hojas, así como pájaros, flores, animales y figuras de todas clases, que se usan para decorar vasos, etc. Estaba arreglando un álbum de recortes y quería hacer el título en letras de esas clases. Buscamos en varios sitios, y por fin encontramos una sola hoja de 26 letras, en un comercio de la 6ª avenida. Lo compró y volvimos a su casa. Hubiera necesitado varios, pero no habiéndolos encontrado, empezó a usar ese. Mi amigo y yo, estábamos junto a ella en su mesita, mientras pegaba activamente sus letras en el álbum. De pronto exclamó: "¡Me hace falta dos S dos P y dos A".

Yo le dije: "Señora, voy a buscarlas a la ciudad, en alguna parte las habrá". "No, no vale la pena", contestó, y de pronto, mirándome, dijo: ¿"Quiere V. verme hacer

una"?

–¿Hacer una, cómo, pintándola?

–No, hacer una exactamente igual a éstas.

–Pero, ¿cómo? Están impresas a máquina.

–Puede hacerse. Mire.

Puso el dedo sobre la S, mirándola. Su mirada tenía una gran intensidad; su frente se arrugaba; parecía la encarnación de la voluntad. Al cabo de medio minuto, sonrió, levantó el dedo y mostró. dos S exactamente iguales, exclamando "¡Ya está!" Después hizo lo mismo con la P.

Mi amigo se dijo: si es una broma, se la puede impedir. No hay más que una letra de cada clase en cada alfabeto. Veremos. Entonces le dijo: "Bien, señora, y si esta vez, en lugar de hacer una letra separada, la hiciese usted unida a la otra así: A-A" "Me es lo mismo hacerla del modo que sea", respondió ella con tono indiferente, y colocando el dedo sobre la A, lo retiró al cabo de algunos segundos y le dió dos A unidas como lo deseaba. *Parecían recortadas de la misma hoja,* no existía separación ni juntura artificial de ninguna clase. Tuvo que cortarlas para servirse de ellas. Esto sucedió en pleno día, solo ante mi amigo y yo, para su entretenimiento tan sólo.

Ambos estábamos profundamente sorprendidos y llenos de admiración. Examinamos las letras con el mayor cuidado y parecían por completo semejantes. "Pero si V. lo desea, se las puedo enseñar. Señora, ¿quiere V. permitirnos ver su álbum?

"Ya lo creo, con mucho gusto", respondió ella amablemente. Esperábamos con impaciencia la apertura del volumen. La primera página era soberbia y se leía en ella:

Tercer volumen del Scrap-book *de la Sociedad Teosófica.*

Nueva York, 1878,

Sus tribulaciones y sus triunfos.

Vea, me dijo mi amigo, mostrándome la S. de Scrap y la de Sociedad, ésta es la letra de la hoja, y esta la que ella hizo. No había entre ellas ninguna diferencia"[75].

[75] Parece que el cronista se fió a su memoria y descuidó copiar la inscripción en el momento; la tengo ante mi y leo: *Ante and post natal history of the Theosophical Society and of the mortlfications, tribulations and triumphe of its Fellows* (Historia ante y post natal de la Sociedad Teosófica y de las mortificaciones, tribulaciones y triunfos de sus miembros. N. del T.) Las letras creadas por H.P.B., son: las *s* de *history*, de *Theosophical* y de *Society*, dos de

No había nada extraordinario, ni en el mobiliario ni en la decoración de nuestra casa, salvo en el comedor y en la sala de trabajo que a la vez era salón de recepción y biblioteca; ambas habitaciones eran verdaderamente raras. La pared que separaba al comedor del dormitorio de H.P.B. estaba cubierta por entero con un gran cuadro *hecho todo con hojas secas,* que representaba una selva tropical. Un elefante rumiaba cerca de un pantano, mientras un tigre se lanzaba sobre él desde el fondo, y una enorme serpiente se enroscaba alrededor del tronco de una palmera. Hay una descripción muy buena de él en el *Frank Leslie's Popular Monthly* de febrero de 1892, pág. 205, a pesar de que la adición de un criado indo que servía a los convidados que *bebían vino,* perjudica a la exactitud. La habitación no se parecía a la descripción; no teníamos criado indo, no había en la casa ni una gota de vino ni de alcohol, nuestro mobiliario era muy diferente, etc.

Nunca oí hablar de otro cuadro de la misma clase, y todos nuestros invitados parecían hallarlo muy apropiado a una casa como la Lamasería. Toda la decoración de hojas secas, acompañaba a un elefante recortado en papel oscuro.

Tuve otra idea del mismo estilo para el cuarto de trabajo. La puerta de entrada estaba en un chaflán de la habitación, y encima quedaba un cuadrado de pared, más o menos de 4 pies por 5. Un día encontré en una tienda de curiosidades una cabeza de leona admirablemente embalsamada; tenía los ojos llameantes, la boca muy abierta, la lengua recogida y los dientes blancos y amenazadores. Al volver a casa, busqué un sitio para mi adquisición y ese trozo de pared atrajo mi atención. Coloqué allí mi trofeo rodeado de largas hierbas secas, de manera que los visitadores que la veían de pronto, podían imaginarse ver que una leona furiosa salía del matorral para saltar sobre ellos. Para nosotros era una diversión hacer sentar a los que venían por primera vez, de frente a la puerta, para gozar con su sobresalto cuando al dejar de mirar a H.P.B., comenzaban a examinar la sala. Si la suerte quería que la visita fuese una solterona nerviosa que daba un grito, H.P.B. se reía de todo corazón. En dos rincones puse hojas de palmera que llegaban al techo y se curvaban graciosamente; algunos monitos embalsamados se asomaban curiosamente por encima de las cenefas de las cortinas; una hermosa serpiente empajada dormía arriba del espejo de la chimenea, con la cabeza colgando a un lado

---

ellas han sido sacadas de la otra; las *p* son las de *post* y *triumphs*, más pequeñas que las *s*. Parece que ha creado otras más sin decir nada, porque la frase encierra 8 *a*, sin contar las otras letras dobles. E. S. O.

del mismo. Un gran babuíno, adornado con cuello, corbata blanca y un par de gafas mías, se mantenía de pie en un rincón, con un ejemplar de *El Origen de las Especies* bajo el brazo. Le llamábamos el profesor Fiske. Un grande y hermoso buho estaba encaramado sobre la biblioteca; algunos pequeños lagartos trepaban por las paredes. Un reloj suizo de cuco estaba colgado al lado la chimenea. Pequeños mueblecitos de laca japoneses, estatuitas del Señor Buddha en madera, un *talapoin*[76], siamés, y diversos objetos de adorno, ocupaban todos los espacios libres encima del piano y de las repisas. En el centro de la sala había una gran mesa escritorio; nuestros pocos libros, puestos en estantes, ocupaban el espacio entre las dos ventanas que daban a la 8ªAvenida; sillas y uno o dos divanes, concluían de llenar la sala, de suerte que para ir de un extremo a otro de la habitación, había que hacer maniobras. Una araña de gas con cuatro luces, más una que colgaba sobre la mesa, procuraba el alumbrado material; el resto de la iluminación estaba a cargo de H.P.B. Una puerta de corredera rara vez cerrada, separaba la sala de trabajo de su pequeño dormitorio, y un enorme doble triángulo de chapa de acero recortada, estaba sujeto encima de la puerta. Total que esta habitación tenía un aspecto artístico y agradable para sus habituales ocupantes y para sus invitados, y sirvió de tema para muchas descripciones en los periódicos y numerosas conversaciones de los amigos. No podía desearse un cuadro mejor escogido, a la misteriosa y fantástica persona de H.P.B.. Los diarios norteamericanos de ese tiempo, estaban llenos de croquis de esa sala; he aquí uno del mismo cronista del *Hartford Daily Times* al cual hemos copiado las citas anteriores:

"La señora estaba en su pequeño cuarto de trabajo, que servía al mismo tiempo de salón, y agregaremos que de tienda de compra-venta, porque jamás se vió una habitación tan repleta de cosas raras, elegantes, antiguas, hermosas, costosas, o aparentemente sin valor, como esta sala. Tenía el cigarrillo en la boca y las tijeras en la mano; se ocupaba activamente en recortar párrafos, artículos, informaciones, críticas, etcétera, de montones de periódicos del mundo entero; todos se referían a su persona, su libro, la Sociedad Teosófica y a todo lo que de cerca o de lejos podía relacionarse con su obra y su objetivo. Nos hizo señas para que nos sentáramos, y mientras ella leía atentamente un artículo, empleamos nuestro tiempo observando las paredes y el mobiliario de esa *Lamasería* de *Nueva York*. En buen sitio, un gran

---

[76] Asceta *buddhista* de Siam. (N. del T.)

mono con cuello, corbata y gafas, teniendo un manuscrito en sus manos. ¿Será la caricatura de un clérigo?[77].

Encima de la puerta, una cabeza embalsamada de leona, con la boca abierta, de aire amenazador, con los ojos relucientes y de un aspecto feroz casi natural. Un dios dorado en medio de la chimenea, lacas chinas y japonesas, abanicos, pipas, tapices, divanes bajos y sofás, un gran escritorio, un pájaro mecánico que cantaba como una máquina, álbums, libros de recortes, y los inevitables ceniceros, papel y boquillas, completaban el brillante conjunto, en el que la Señora aparecía en perfecta armonía con su ambiente.

Su fisonomía es extraña y rara; en sus rasgos se reflejan mil sentimientos a la vez, nunca parece ocupada por entero en algo. Siempre puede percibirse en sus ojos la sombra de preocupaciones e ideas no expresadas. Entonces y siempre, me hizo el efecto de una doble personalidad, como si a la vez hubiese estado presente y ausente, hablando aquí y reflexionando o actuando en sitio lejano. Los cabellos finos, muy espesos, naturalmente ondulados, no tenían ni una sola hebra blanca. Su tez, evidentemente bronceada por el mar y el sol, no tenía una arruga. Sus manos y brazos parecían los de una joven. Toda su persona respira el imperio de sí misma, la autoridad y una cierta sangre fría que raya en la indiferencia masculina, sin pasar jamás ni un instante los límites de la delicadeza femenina".

Ya he dicho anteriormente que lo que hacía tan atrayentes las visitas a la Lamasería era la esperanza que tenía siempre el invitado, de ver hacer algún milagro a H.P.B., estando seguro desde luego de sentirse divertido, encantado o instruido por su viva y espiritual conversación. A veces, de pronto, en medio de un silencio, un invitado se ponía un dedo sobre los labios para que todos quedasen callados, y se oía una música en el aire. En algunas ocasiones, la música comenzaba a lo lejos y apenas perceptible, después, acercándose, la encantada armonía crecía poco a poco, flotando en la habitación, cerca del techo, y apagándose por fin en un acorde perdido, todo volvía al silencio. O bien era H.P.B. quien hacía imperiosamente un signo con la mano, y ... *ding, ding, ding ...* , se dejaba oír el argentino sonido de una campanilla en el sitio que ella designaba. Hay personas que creen que debía tener una campanilla escondida bajo su bata para hacer ese juego. Pero a esto contesto que yo y otros, muchas veces, preparamos después de cenar y antes de levantarnos

[77] No; del sabio materialista (E.S.Olcott).

de la mesa, una serie de vasos y bo1s llenos hasta diferentes alturas para obtener notas diferentes golpeándolos con un lápiz, la hoja de un cuchillo, etc., y H.P.B. reproducía en el aire cada nota dada por los vasos. Una campanilla manejada debajo de los vestidos de una mujer, no podría hacer eso. Otras veces, en presencia de numerosas personas, apoyaba su mano en el tronco de un árbol, la pared de una casa, un reloj, la cabeza de una persona, o cualquier objeto que se le indicase, y hacía sonar la campanilla encantada en el interior del cuerpo sólido en que se apoyaba. Estaba yo con ella una noche en Simla, en casa del señor Sinnett; todos nos hallábamos sentados en la galería y ella hizo venir hacia nosotros la extraña música, bajo las estrellas y a través del sombrío valle que se hundía más abajo de la casa. También estaba yo presente cuando hizo sonar una campanilla encantada en el interior de la cabeza de uno de los más altos funcionarios civiles anglo-indios, y otra en el bolsillo del gabán de otro alto funcionario que se encontraba al otro extremo de la sala.

Ella no podía dar una explicación racional respecto al procedimiento que usaba para eso. Un día que hallándonos solos la interrogué sobre ese punto, me dijo: "Veamos un poco, usted silba admirablemente; ¿cómo hace para dar instantáneamente con los labios la misma nota que quiere?" Le respondí que no podía decir con precisión cómo lo hacía, salvo que un largo estudio de muchos años me había dado la costumbre de colocar los labios de cierto modo, de suerte que la nota salía como yo lo deseaba. "Bien, dígame ahora, ¿cuando desea una cierta nota, usted piensa: es menester que coloque mis labios, los músculos de la garganta, y haga salir el aire, de tal y tal modo? –Nada de eso, la costumbre ha hecho que esos movimientos musculares y neumáticos sean en absoluto automáticos. –He ahí justamente mi caso. Pienso una nota; instintiva o automáticamente, obro por mi voluntad sobre la corriente astral. Envío desde mi cerebro hacia un punto dado del espacio una especie de contra-corriente. Se forma como un torbellino en el punto en donde mi corriente encuentra la gran ola de luz astral que sigue el movimiento de la Tierra, y la nota que pienso, suena en ese remolino. Exactamente como la nota que usted desea resuena en el vacío formado por sus labios cuando los coloca como es preciso, así como los músculos de su garganta para obligar al aire a pasar por ese orificio. No puedo explicarle esto de otro modo. Es una cosa que puedo hacer, pero no puedo. decirle cómo la hago. Y ahora, ensaye usted todas las notas que quiera para ver si puedo reproducidas". Golpeé vasos al azar y en seguido oí su eco en el

aire, como si viniera del país de las hadas, tan pronto encima mismo de mi cabeza como en un rincón o en otro. Si no reproducía la nota con exactitud, yo se lo decía, y después de darla yo de nuevo, nos llegaba perfectamente devuelta por el *akasha.* Puede compararse lo que precede, con lo que dice la señora Speers en *Light* del 28 de enero de 1893, respecto a los sonidos musicales que se producían alrededor de M. A. Oxon:

"19 de septiembre. Esta noche, antes de la reunión, hemos oído sonar las campanas encantadas en diferentes sitios del jardín mientras nos paseábamos. Hubiérase podido decir a veces que venían de lejos, como de la cima de un árbol muy alto, donde la música y las estrellas se mezclaban, o bien se acercaban, y por fin nos siguieron a la sala de la sesión, que daba al jardín. La música flotaba a nuestro alrededor, en los rincones de la habitación, y por último sobre la mesa alrededor de la cual estábamos sentados. A petición nuestra, hicieron escalas, marcaron acordes con la mayor rapidez y reprodujeron notas cantadas por el doctor S. Cuando el señor Stainton Moses entró en trance, la música se hizo bastante más sonora, hubiérase dicho que era un piano tocado con fuerza. No había ningún instrumento en esta sala".

Esos fenómenos musicales, evidentemente son idénticos a los de H.P.B., salvo la radical diferencia de que ella podía producirlos a voluntad, mientras que Stainton Moses no tenía ningún imperio sobre ellos y se hacían más intensos cuando su cuerpo estaba en trance. Esas campanas encantadas se dejaron oír continuamente en el círculo Speer, y los espíritus no dieron para explicarlas más que teorías poco convincentes. Por ejemplo, el pretendido espíritu de Benjamín Franklin *(Ligh,* 18 de marzo de 1893, página 130) les dijo un día: "Lo que ustedes llaman campanas encantadas es un instrumento espiritista que se toca en las esferas". No obstante, agrega: "Podríamos muy bien hacerlo mejor si el medium fuese mejor músico, pero está mal organizado para la música". ¿Por qué, si es producida con un instrumento? Casi hubiese sido lo mismo decir que Thalberg o Paderewski tocarían mejor el piano si el encargado de la iluminación de la sala del concierto no fuera sordo de un oído. Tenemos el derecho de repudiar la teoría del instrumento espiritista, puesto que se nos explica que cuanto más músico es el medium, tanto más melodiosas son las campanas. Además, cuanto más profundo es el trance en que el medium está sumergido, tanto más claro y más cerca dan las campanas su *ding, ding, dang.*

CAPÍTULO XXVII
ILUSIONES

El elemental que estaba al servicio de H.P.B. hizo sonar un día la campana con un triste motivo: en el momento de la muerte de su canario favorito. Recuerdo esto con claridad porque ese recuerdo está unido en mi memoria al de la pena sincera de H.P.B. Era una canaria muy ordinaria, que no tenía un aspecto bonito, pero excelente ama de casa, de una increíble actividad, y la queríamos porque era un animalito muy simpático. No me acuerdo ya de dónde la adquirimos, pero creo que H.P.B. la trajo de Filadelfia y que yo compré su marido, que era un cantor notable, en Nueva York. En fin, eso no tiene importancia; les teníamos en nuestro poder desde hacía mucho tiempo y les tratábamos como si fuesen hijos nuestros. Les dejábamos volar por la sala y el canario dándonos las gracias, venía a posarse en un cuadro cerca del escritorio para cantar. La hembrita saltaba con toda confianza por encima de la mesa piando, junto a nosotros, y se apoderaba de todas las hebras de hilo que podía encontrar, para llevarlas a su nido, construido en el adorno de bronce de donde salía el caño del gas de la araña. Apreciaba muy especialmente las largas tiritas del papel recortado por H.P.B. cuando pegaba y juntaba sus manuscritos de tamaño grande. "Jenny" esperaba pacientemente a que su ama hubiese recortado su papel, y apenas caían las tiras sobre la mesa o al suelo, se apoderaba de ellas y las llevaba al nido, mientras "Pip", su marido, demostraba su aprobación cantando. Un tapiz oriental a rayas, proporcionaba mucha ocupación a Jenny; apretaba con el pico una raya, y apoyándose en sus dos patitas, tiraba y tiraba con todas sus fuerzas sin conseguir arrancarla.

Cuando por fin terminó su famoso nido, Jenny comenzó a incubar, encima de nuestra mesa, viéndose su cabecita que salía un poco del adorno de bronce. Pip cantaba de todo corazón y nosotros esperábamos con impaciencia la apertura de los huevos. Pasaron semanas y no se sentían las crías; no comprendíamos lo que pasaba. Por fin, un día, aprovechando un momento en que la solícita mamá salía del nido para ir a comer, puse una silla sobre el escritorio, H.P.B. la sostuvo y me encaramé encima para ver qué sucedía. El nido estaba completamente vacío, no había crías, ni huevos, ni cáscaras rotas; nuestra canaria se había burlado de nosotros. H.P.B.

declaró que “¡Jenny había incubado sus ilusiones!”, es decir, que habiéndose una vez persuadido de que había puesto, ¡creyó deber incubar sus huevos imaginarios!

Durante algunos meses todo fue bien, pero nuestro cuarteto se convirtió en un trío con la muerte de Jenny. La encontré en la jaula ya en sus últimos momentos. Se la llevé a H.P.B. y ambos deploramos el fin de nuestra amiguita. H.P.B. la besó, la acarició, trató de reanimarla con su aliento magnético, pero no consiguió nada; el pobre animalito respiraba cada vez más débilmente y vimos bien que sólo era cuestión de momentos. Entonces el rostro de granito de H.P.B. se inundó de ternura, abrió su ropa para tratar de devolver la vida a Jenny colocándola contra su corazón conmovido de piedad. Fue en vano. El pobre animalito tuvo un último estremecimiento, y entonces ... entonces, en el *akasha,* junto a nosotros, sonó una nota clara, dulce y neta, el *requiem* de esa pequeña vida apagada. Y H.P.B. lloró su pajarito muerto.

¿Hay que clasificar el siguiente fenómeno entre las ilusiones? Un día, haciendo algo junto a su mesa, H.P.B. volcó el tintero sobre una bata clara que llevaba puesta. Por lo menos, una cucharada de tinta corrió en una docena de chorreras por la parte delantera de su bata, que quedó perdida. Echemos un velo sobre las exclamaciones que siguieron al desastre; digamos tan sólo que fueron más enérgicas que poéticas. Sin embargo, no se tardó mucho en hallar el remedio. Fue hacia la puerta de su habitación sin atravesar el dintel, y allí, dándome la espalda, se puso a pasar las manos sobre toda la bata, o por lo menos sobre todo lo que de ella podía alcanzar. Después, volviéndose, se me apareció vestida con una bata de color chocolate. ¿Era una ilusión? En ese caso, la ilusión tenía un tinte bien firme, porque esa bata chocolate le sirvió tanto tiempo como otra cualquiera y no volví a ver jamás la que se manchó.

Un día me contó con todas las señales de que eso la divertía intensamente, que ella misma había sido víctima de una *maya* de esa clase. Viajaba por el desierto con cierto copto, mago blanco cuyo nombre reservaré, y cuando acamparon de noche, ella manifestó un ardiente deseo de tomar una taza de buen café con leche a la francesa. “¡Ya lo creo, puesto que lo desea usted tanto”!, dijo su guía y protector. Fue hacia el camello que llevaba el equipaje, sacó agua del odre y volvió en seguida trayendo una taza de café hirviendo y perfumado, mezclado con leche. H.P.B., que conocía a su compañero y sabía que era un gran Adepto y poseía poderes muy grandes, pensó que aquello era un fenómeno. Se lo agradeció calurosamente, bebió

el café, y, encantada, declaró que no lo había probado nunca mejor en el mismo Café de París. El mago, por toda respuesta, se inclinó y esperó que le devolviese la taza. H.P.B. bebía el líquido a pequeños sorbes, fumando y hablando alegremente. ¿Pero, qué es ese? ¡En la taza no había más café, sólo quedaba agua! Nunca hubo otra cosa, y ella había bebido y sentido la ilusión del moka hirviendo y perfumado. Evidentemente se me dirá que todo el mundo puede ver eso en cualquier magnetizador ambulante que os hace hacer tomar el petróleo per chocolate y el vinagre per miel. Pero existe una sensible diferencia: en el caso de H.P.B., la ilusión se produjo sin palabras, por una simple transmisión de pensamiento y sobre un sujete dotado del mismo poder de ilusionar a los demás. Del experimento por el que se paga a un magnetizador de feria en el salón de espectáculos de un pueblo, a este ejemplo superior de sugestión pensada, impuesta en silencio a una persona sola o a un público por un indo prestidigitador, *fakir, sannyasi* e Adepto, sola hay una diferencia de grado; todas esos fenómenos y muchos otros se basan en un mismo principio, cuya observación es la función de las sentidas físicos. Ya sea que la *maya* se imponga del exterior por medio de un gesto sugestivo, una palabra, o la silenciosa voluntad de un tercero, a bien que nazca interiormente de la imaginación engañada por un esfuerzo de voluntad, es siempre lo mismo. Y quien ha estudiado a fonda el procedimiento del magnetizador de feria o del ilusionista indo semi-desnudo, se halla en estado de comprender la teoría cósmica de *maya.*

Cuando se vive cotidianamente can una persona que tiene el poder de ilusionar a uno así a voluntad, se concluye per sentirse interiormente molesto, porque, ¿cómo se puede saber si lo que se cree ver u oír es real o no? Hasta una visita come la que recibí del *Mahâtma,* con sus conmitantes pruebas de tacto y conversación, no demostraría en lo más mínimo que yo no era la víctima de una ilusión. Se recordará que esa idea me atravesó durante la conversación, cuando nos íbamos a separar, y que el *Mahâtma* me dió sonriendo la prueba que yo deseaba, dejando sobre la mesa su turbante, un trozo de tela de algodón bien tangible, y marcado en un ángulo con su criptógrama.

Los cuentos populares están llenes de joyas y tesoros encantados que al día siguiente resultan transformados en ramitas, hojas, paja u otra cosa sin valor. Se hallan historias de esta clase en casi todas las pueblas y en todas les países; también las he encontrado en la India. Se basan sobre la teoría de la *mâya.* Pera me parece, después del ejemplo que ya he dado, del Mahâtma que me restituyó el dinero

gastado en útiles para dibujar su retrato, que la misma persona que podía crear la ilusión del dinero, podía también crear el dinero mismo, o bien per medio de la ley del “aporte”, podía hacerlo venir de un sitio lejano donde se hallase.

Los das retratos de señoras chinas o japonesas, eran una ilusión, y lo que voy a contar, también. Un día que el honerable J.L. O’Sullivan, ex-ministro de los Estados Unidos en Portugal, y del que ya he hablado anteriormente, vino a visitarnos, la conversación se derivó sobre el desdoblamiento de objetos. Yo había traído del banco ese día un billete de 1.000 dólares y se le dí a guardar a H.P.B. Esta sacó dicho billete de su cajón, lo enrolló y se lo dió a tener al señor O’Sullivan. Después le dije que abriese la mano y mirase. Al desenrollar el billete, encontró dentro otro exactamente igual; el mismo papel, la misma impresión por ambos lados y el mismo número de serie. “¡Vaya –exclamó O’Sullivan– he ahí un magnífico medio de hacerse rico!” “Nada de eso –respondió H.P.B.–, no es más que un juego psicológico. Tenemos el poder de hacer esto, pero no el derecho de servirnos de él, ni para nosotros ni para los demás, así come usted no osaría hacer un billete falso por las métodos corrientes de la falsificación. Sería robar al Estado, tanto en un caso come en el otro”. No quiso satisfacer nuestra curiosidad explicándonos cómo había procedido, pero nos dijo riendo que lo adivináramos si podíamos. Guardó los dos billetes en el cajón y después que se fue nuestro invitado, me mostró que no quedaba más que el billete original; el otro había desaparecido.

Poca antes de dejar Nueva York, fuimos una tarde de compras para ella, compras que subieran a 50 dólares, y como no llevaba ningún dinero encima en ese momento, pagué par ella y guardé las facturas. Al volver a casa, dejó mi braza y me puso en la mana algunos billetes, diciendo: “Tenga, ahí están sus cincuenta dólares”. Repite que no tenía ni un céntimo y que a nadie pudo pedírseles prestadas. Y al salir de casa ella, no sabía la que iba a comprar ni lo que costaría. Pero siempre tenía dinero cuando en realidad lo necesitaba y cuando era conveniente que lo tuviese. Por ejemplo: una vez me pidió que fuese a cierta ciudad para hacer algo muy importante para los *Mahâtmas.* Yo calculé que necesitaría estar ausente por lo menos un mes o dos, y como yo pagaba los gastos de la Lamasería, además de tener sobre mí otras obligaciones pesadas, dije francamente a H.P.B. que no podía salir de Nueva York par tanto tiempo. “Muy bien –me dijo–. Haga lo que crea que debe hacer, usted no está aún comprometido como neófito, y los Hermanos no tienen el menor derecho de alejarle de sus negocios”. Pero yo no

podía soportar la idea de negar alguna cosa a nuestros Maestros y aunque no viese de dónde vendría el dinero en mi ausencia, decidí por fin ir, costase lo que costase. H.P.B. me preguntó cuánto perdería y le contesté que calculando per la bajo no podría ser menos de 500 dólares por mes. Salí de Nueva York y volví bien entrado el segundo mes. Al ir al Banco a informarme de lo que quedaba en mi cuenta, me sorprendí mucho al saber que había justamente mil dólares más de la que yo creía. ¿No había error? No, estaba bien la cuenta. Entonces pregunté al cajero si recordaba cómo era la persona que había hecho dos depósitos de 500 dólares en mi cuenta. Lo recordaba muy bien porque era un hombre muy extraordinario: muy alto, con largos cabellos negros que le caían sobre los hombros, ojos negros penetrantes y la tez morena; total, un asiático. Los dos depósitos procedían del mismo personaje que se había contentado con entregar el dinero al cajero para ser ingresado en mi cuenta. No tenía mi libreta y pidió al cajero que tuviese la bondad de llenar él mismo la hoja de depósito, "porque él no sabía escribir el inglés". Si H.P.B. hubiese tenido en aquel entonces las amistades que después adquirió en la India y en Europa, no hubiera tenido nada de particular que de ellos obtuviese la reparación de mi déficit, pero aparte de mí, no conocía entonces a nadie que pudiese prestarle 100 dólares y mucho menos mil.

También en Bombay, ella tenía dinero siempre que en realidad lo necesitaba. Al desembarcar, teníamos sólo lo preciso para proveer a nuestros gastos de la casa durante algunos meses, sin emplear nada en lujo ni en cosas superfluas. No obstante, partimos con Moolji y Babula para hacer ese viaje al Pundjab del que ella sacó su novelesco libro *Por las grutas y selvas del Indostán,* y gastamos 2.000 rupias sin molestia alguna. Nuestro frasco de aceite y nuestra medida de harina no se agotaron nunca, porque los Maestros por quienes trabajábamos, nos daban oportunamente lo que necesitábamos. Cuando pregunté cómo era que los Maestros, que viven apartados del mundo donde se gana el dinero, podían hacer eso, H.P.B. me contestó que ellos tenían bajo su custodia tesoros increíbles de minas y joyas enterrados, y que, por el *Karma* que se les había impuesto, podían ser empleados para el bien de la Humanidad por diferentes manos. Sin embargo, algunos de esos tesoros estaban tan contaminados por un aura criminal, que si se les dejaba desenterrar y poner en circulación antes que ese *karma* fuese agotado, engendrarían de nuevo crímenes y una miseria mayor. Además, que el *karma* de ciertas personas exigía que ellas descubriesen como por casualidad los escondrijos de dinero u otros valores, o bien

que reuniesen una mayor o menor fortuna en los negocios. Esas compensaciones eran la obra de ciertos elementales del reino mineral, a los que esos favoritos de la fortuna eran según la creencia oriental íntimamente aliados por los elementales preponderantes en su propio temperamento.

Esta cuestión de los elementales ha sido siempre la manzana de la discordia con los espiritistas, pero, sin embargo, la señora Britten, uno de sus jefes, declara (ver la *Banner of Light)* "que ella SABE que existen otros espíritus además de los humanos, y que ha visto apariciones de seres espirituales o elementarios, evocados por fórmulas y operaciones mágicas". Además, el honorable Aksakoff declara también "que el príncipe A. Dolgorouki, gran autoridad en cuestión de Magnetismo, me ha escrito que él se había asegurado de que los espíritus que desempeñan los principales papeles en las sesiones espiritistas, son elementarios, gnomos, etc. Que sus clarividentes los han visto y se los han descrito" *(Spi. Sci.,* diciembre de 1875, *Theosophic Scrap-Book,* vol. 1, pág. 92).

Volviendo a lo mismo: un individuo dado, teniendo en sí una cantidad preponderante de elementales pertenecientes al reino mineral, se vería dotado de la mágica facultad de Midas, rey de Frigia "que" transformaba en oro todo lo que tocaba". Y cualquiera que fuese la incapacidad de ese individuo para los negocios, su buena suerte sería constante e irresistible. Con una proporción preponderante de elementos acuáticos, quería ser marino y lo sería, a pesar de todo lo que de duro y penoso tiene esa carrera. La preponderancia de los elementales aéreos en el temperamento, hace a los niños que trepan a los árboles y los tejados y a los hombres que escalan las montañas suben en globo, y trabajan en el trapecio a vertiginosas alturas, buscando por todos los medios desprenderse del suelo. H.P.B. me contaba numerosas historias en apoyo de este principio; es inútil citarlos aquí, la vida está llena de ejemplos que se comprenderán con claridad al ver la clave que he dado. Respecto a la Sociedad Teosófica, puedo decir que nunca se nos permitió ni a H.P.B. ni a mí, tener lo superfluo, pero jamás se nos dejó carecer de lo necesario ni para nuestra obra ni para nuestra vida privada. ¡Cuántas veces!, veinte, cincuenta tal vez, ví nuestra caja casi vacía y el porvenir pecuniario poco alentador, y sin embargo, sea de un lado, sea de otro, recibí invariablemente los fondos necesarios, y nuestra empresa no se vió detenida ni un solo día por falta de recursos para sostener el Cuartel General.

Pero el agente que nuestros invisibles Maestros emplean, no está siempre

calificado para juzgar si es o no indispensable para el éxito de su esfuerzo público, que él mismo se halle bien provisto de dinero. Cuando H.P.B. fue enviada de París a Nueva York el año 1873, se encontró pronto en la verdadera miseria, como lo he dicho en otro capítulo, y se vió obligada a echar y volver a echar agua sobre los pocillos a falta de poder comprar café, y por fin, tuvo que trabajar con su aguja para un fabricante de corbatas a fin de no morirse de hambre. Entonces no recibió ningún regalo imprevisto y no encontró oro en su colchón al despertarse por la mañana. Aún no era tiempo. Pero aunque estaba reducida a la pobreza, tenía en su baúl una suma considerable (algo así como 23.000 francos, creo) que su Maestro le había confiado hasta que recibiese sus órdenes. Por fin recibió la de trasladarse a Búffalo. ¿Qué era eso? ¿Cómo se iba? Ella no lo sabía. Preguntó para qué. La contestación fue: "Poco importa; lleve el dinero con usted". Llegada a su destino, se le dijo que tomase un coche de alquiler, fuese a tales señas y entregase el dinero a tal persona, sin explicación, tomase un recibo y volviese. Ella obedeció. Encontró al hombre en las señas dadas y en una situación difícil. Se preparaba para escribir despidiéndose de su familia, y tenía sobre la mesa una pistola cargada, con la que iba a matarse media hora más tarde si H.P.B. no hubiese llegado. Parece –por lo que más tarde me dijo H.P.B . – que ese hombre era perfectamente honrado y que esos 23.000 francos le fueron robados, de modo tal, que era necesario para ciertos acontecimientos –importantes y por interés general– que el dinero le fuese devuelto en aquel preciso momento, y H.P.B. fue elegida para ser el intermediario de esa obra de beneficencia. Cuando me encontré con ella, había olvidado por completo el nombre de ese hombre y sus señas. Este es un caso en el cual el intermediario elegido para remitir el dinero al beneficiario, se hallaba también en una penuria extrema sin que le fuese permitido distraer ni un franco de la suma confiada, para comprarse una libra de café.

Recuerdo también otra vez en la que H.P.B fue la encargada de distribuir el oro encantado. Pero felizmente, el que lo aprovechó nos ha dejado su relato impreso.

Parece que en una reunión de un círculo espiritista conocido, de Boston (Mass) se habló de la probabilidad de que desapareciera el *Spiritual Scientist,* por carecer de fondos para sostenerlo. El difunto C.H.Foster, entonces medium famoso, dijo que un espíritu guía había declarado positivamente que la calamidad en cuestión era inminente. Y en efecto, el editor, Gerry Brown, tenía que abonar sin demora

alguna un vencimiento de importancia y no tenía dinero para hacerlo. El *Spiritual Scientist* publicó estas mismas palabras de explicación y lo que sigue, que copio de uno de los recortes de nuestro *Scrap-book:*

"El director del *Scientist* recibió hace algunos días, un aviso para que pasase por la oficina telegráfica de la Western Union a fin de cobrar un dinero enviado telegráficamente. Acudió y pasó allí lo siguiente:

Decoración: oficina telegráfica de la Western Union. A mediodía. A la izquierda, el empleado detrás de su pupitre. Entra por la derecha un señor que presenta un aviso para presentarse a cobrar.

El empleado. – ¿Espera usted algún dinero?

El señor. – Aquí está mi nombre y mis señas en el giro y el aviso de ustedes. Por otra parte, no sé de dónde viene.

El empleado. – ¿Conoce usted a sir Enrique de Morgan?

El señor. – (Riendo) ¡Vaya!, he oído decir que el espíritu de ese personaje, que vivía hace unos doscientos cincuenta años, tiene a bien interesarse por mí. Voy a darle a usted un recibo.

El empleado. – (Irguiéndose y cambiando de tono). ¿ Conoce V. aquí a alguien que pueda responder de su identidad?

El señor. – Sí.

Se llama a un miembro de la Compañía que conoce al señor y se le paga la cantidad.

Una hora más tarde llega un telegrama que dice:

"Suscribo *tantos* dólares para pagar la factura debida al 19 de junio y desafío a Carlos Foster a ver realizada su profecía. Publique este desafío. Vaya a la oficina telegráfica de la Western Union a buscar el dinero y acuse recibo por telegrama.

Sir Enrique de Morgan".

El dinero venía de una ciudad lejana. Publicamos con mucho gusto el telegrama según las instrucciones recibidas. No emitimos opinión sobre la procedencia. Ya hemos mostrado el telegrama a varios espiritistas eminentes, y uno de ellos supone que eso pudiera ser muy bien una farsa de algún miembro del círculo. Perfectamente. No pedimos otra cosa que ser víctimas con frecuencia de farsas como ésta".

Naturalmente, la ciudad lejana se llamaba Filadelfia y el remitente H.P.B., que, como dije anteriormente, tenía entonces lo mismo que yo, interés en sacar al

editor de esa crisis de tesorería. Por otra parte, estoy perfectamente al corriente de los recursos de H.P.B. en esa época y sé de buena fuente que no se hallaba en estado de enviar a otros, ni poco ni mucho dinero. En cuanto a su segundo marido, era tan pobre como ella y no tenía crédito para pedir prestado. Es preciso que ese dinero le haya venido de la Logia, como el de sus compras en Nueva York y el de sus gastos de viaje en la India. Ese sir Enrique de Morgan era Juan King, el pretendido espíritu guía, bajo la apariencia del cual H.P.B. produjo sus primeros fenómenos de Nueva York y de Filadelfia.

Una interesante coincidencia me hace encontrar en la biblioteca, mientras corregía estas pruebas, un libro sobre Morgan, que había perdido de vista hace varios años. Se titula: *"La historia de los filibusteros de América, desde su origen hasta nuestros días,* escrita en varios idiomas y ahora reunida en un volumen. Los hechos y aventuras de Le Grand, el Olonés, Roche Brasiliano, Bat el Portugués, sir Enrique Morgan, etc. Escrito en holandés por Jo. Esquemeling, uno de los filibusteros, y traducido al español, etcétera". (Londres, 1699, edición original).

Es un antiguo libro, pasado de moda y terrorífico; lo encontré en Nueva York, creo, en los primeros tiempos de nuestras relaciones. Tiene para nosotros un especial interés, porque la inteligencia que desempeñaba, para instruirme; el papel de Juan King, precipitó fenoménicamente sobre las tres páginas en blanco que preceden al título, los siguientes versos dirigidos por Juan King a su amigo Harry Olcott[78]:

TO MY FAST FRIEND HARRY OLCOTT
Hark ye o gents - to Captain Morgan's pedigree
Herein furnished by lying Esquemeling;
The latter but a truant, and in some degree
The Spaniard's spy –Dutch Jew– who pennance sought and sailing
Back to his foggi land, and took to book-selling.
Ye lying cur! Though Capta in Morgan bucaniered
He natheless Knew well y trow the wrong from right,

[78] Estos versos, escritos en estilo antiguo y llenos de arcaísmos ingleses, perderían todo su carácter y originalidad al ser traducidos, y los damos en su idioma, ya que para el aspecto histórico de este libro no tienen importancia. (N. del T.)

From face of ennemie the Captain never steered,
And never tacked about to show his heels in fight,
Thought he loved wenches, wine, and gold-he was a goodly Knight.
He passed away for noble virtue praised round,
Encompast by his friends who shov'd him underground
An settled *Above* –disguising for a chance–
His title, and name so famous once –that may seem Strange–
But aint, and called himself *John King* – the King of Sprites
Protector to weak wench – defender of her rights …
Peace to the bones of both –the Pirat and the Knight–
For both have rotten away the good and wicked spright
And both of them have met – forwith when disembodied.
The Dutch biographer met with a tristful case
Sir Henry Morgan's spirit who had long uphoarded
The wrongs made by the Jew chased his foe's Sprite apace
And never Spirit world before or after witnessed
A more sound thrashing or more mirthful race.

MORALITEY

Know – O friend Harry, that a Sprite's affray
In Summer Land is common any day,
That all thy evil deeds on earth begotten
Can never *there* be easily forgotten.
Ver benevolent friend,

John King.

La ortografía fuera de moda y el estilo antiguo de estos versos, se acercan mucho más a lo que podría atribuirse al caballero filibustero que la masa de tontas comunicaciones que se reciben por conducto de los mediums.

Además de los estantes colocados entre las dos ventanas, en los que colocábamos nuestros libros en la Lamasería, había otra biblioteca más pequeña, que tenía puertas con vidrios. Al mismo tiempo que compré la cabeza de leona ya mencionada, adquirí también un hermoso ejemplar del gran buho gris americano, muy bien embalsamado. Traté primeramente de ponerlo sobre un pedestal en un rincón, pero en seguida lo puse sobre esa pequeña biblioteca, y para que se viese bien le hice un zócalo con una caja, detrás del copete tallado del mueble. Doy estos detalles porque

se produjo un fenómeno interesante entre el momento en que coloqué la caja y el que necesité para levantar al pájaro del escritorio que estaba detrás de mí, para colocarlo sobre la mencionada caja. En ese corto instante, aparecieron sobre la tabla superior del frente del mueble unos grandes caracteres thibetanos dorados. Y pudo vérseles hasta nuestra partida de Nueva York. Observar bien que: para poner la caja encima del mueble, estoy frente a él y mis ojos quedan enfrente mismo y a la altura de esa tabla, y no veo nada escrito ni pintado sobre la madera. Me vuelvo para coger el pájaro, y me vuelvo otra vez para colocarlo, y entonces se me aparecen los caracteres thibetanos dorados. ¿Es preciso considerar esto como una *maya* positiva o negativa? ¿Como una precipitación de la escritura de H.P.B. a través de la sala, en ese mismo instante, por la fuerza voluntad suya? ¿O bien que ella misma lo había escrito con tinta dorada durante el día y lo ocultó a mi vista y a la de los otros presentes, por sugestión mental, hasta el momento. en que le convino dejarla ver? Me inclino hacia la última hipótesis.

El señor Sinnett, en los *Incidentes de la vida de la Señora Blavatsky,* página 191[79], cuenta, según un relato del señor Judge, un fenómeno de precipitación del que también fue testigo. Helo aquí: una noche estábamos reunidos H.P.B., Judge y yo; teníamos necesidad de escribir al señor M. D. Evans, corredor de seguros en Filadelfia. No podíamos recordar sus señas. No teníamos guía de Filadelfia ni la pudimos encontrar por los alrededores; ¿qué hacer entonces? Los dos recordábamos muy bien que H.P.B. había tenido en otro tiempo, en Filadelfia, sobre su mesa, un trozo de papel secante en el que estaban impresas las señas del señor Evans y de una compañía de seguros. Pero ni ella ni yo podíamos hacer memoria de esas señas. Por fin, H.P.B. tomó delante de nosotros un cortapapel barnizado de laca, lo frotó suavemente, puso encima un trozo de papel secante, le pasó la mano por encima, levantó el papel y nos enseñó sobre la laca negra de la plegadera el facsímil en tinta bronceada de la inscripción del secante de Filadelfia que Evans le había dado. Su cerebro físico no podía acordarse de esa inscripción, pero en cuanto concentró su atención sobre la vaga memoria (vaga físicamente hablando) de su cerebro astral, la imagen velada surgió a la luz y se vió precipitada sobre la superficie deseada. Este es un caso interesante, en el cual la conciencia sub-liminal fue convertida en supra-liminal.

[79] Página 161 de la edición española. (N. del T.)

Dejo al criterio del lector que decida si el siguiente fenómeno fue un *mâya,* un "aporte", un juego de destreza, o una creación.

Una noche fumábamos los dos, como de costumbre, mientras trabajábamos, ella su cigarrillo y yo mi pipa. Recuerdo que la pipa era nueva y el tabaco todo lo bueno que podía ser, y sin embargo, ella exclamó de pronto: "¿Pero qué horror de tabaco fuma usted, Olcott?" Le respondí que se equivocaba, porque tanto la pipa como el tabaco eran perfectos. "En fin, no me gusta esta noche; tenga usted un cigarrillo". "No. No fumaré si eso le molesta". "¿Por qué no usa usted esas buenas pipas turcas que vienen de Constantinopla?" "Por una buena razón. Porque no las tengo". "Bien, aquí tiene usted una", y dejando caer la mano al lado de su sillón, levantó una pipa y me la dió. La pipa era de barro rojo montado en filigrana dorada, con el tubo forrado de terciopelo violeta, adornado con una cadenita dorada, de la que colgaban falsos zequíes. La acepté con un sencillo "muchas gracias"; la cargué, la encendí y volví a mi trabajo. "Y bien –me dijo–, ¿le gusta? " "Ciertamente, pero más me hubiera agradado con terciopelo azul". "Bueno, pues tenga usted entonces una azul". Estiró otra vez la mano a un lado y me dió una con tubo azul. Le dí las gracias otra vez y volví a trabajar. De pronto dijo: "Tenga, aquí hay una pequeñita", y sacó una edición miniatura de las otras dos. Evidentemente, estaba dispuesta a darme sorpresas, porque sacó sucesivamente una boquilla turca, de ámbar y adornos dorados, una cafetera turca, un azucarero y por fin un plato dorado, repujado y con adornos imitando esmaltes. "¿Hay más aún –le dije–, acaso se ha quemado un bazar turco"? Se rió y dijo que por esa noche eso bastaría, pero que un buen día podría ocurrírsele la fantasía de darme por Magia un caballo árabe ricamente enjaezado, para bajar por Broadway a la cabeza de la Sociedad Teosófica para asombro de los nativos. Muchas personas han visto esas pipas y el servicio de café en nuestra casa. Todas esas cosas se regalaron como recuerdo al marcharnos de Nueva York, salvo el plato y el azucarero, que llevé a la India y aún los tengo.

CAPÍTULO XXVIII
BOSQUEJO DEL CARACTER DE LA SEÑORA BLAVATSKY

Todavía diré algunas palabras para completar el estudio del carácter de la señora Blavatsky. Desde su juventud –a juzgar por sus retratos antiguos– era un persona propensa a engrosar, y al avanzar en edad se puso muy gruesa; esto parece haber sido herencia de familia. En ella esa tendencia se agravó más por su vida sedentaria, pues no hacía nada de ejercicio y comía mucho mientras no estuviese verdaderamente enferma. En ese tiempo comía muchas grasas y mojaba los huevos fritos en su comida con una cantidad de manteca derretida. No probaba jamás vinos ni licores, sus únicas bebidas eran el té y el café, sobre todo el café. Su apetito era caprichoso en extremo; cuando la conocí no podía sujetarse a comer a horas fijas; era el terror de sus cocineras y la desesperación de su colega.

Recuerdo un ejemplo bien característico de este desdichado modo de ser. Era en Filadelfia, tenía una criada para todo, y un día que ésta había puesto en el fuego una pierna de carnero que se asaba suavemente, se le puso en la cabeza a H.P.B. escribir una carta a una de sus amigas, que vivía en el otro extremo de la ciudad, a una hora larga de camino, y otro tanto para la vuelta, porque no había tranvía ni medio alguno de transporte directo de una casa a otra. Llamó a la criada con voz retumbante y le ordenó que a toda prisa llevase la carta con orden detraer la contestación. La muchacha le aseguró que la cena se estropearía y que no podría estar de regreso sino con una hora de retraso, pero H.P.B. no quiso oír nada y le ordenó que fuera inmediatamente.

Al cabo de tres cuartos de hora, H.P.B. comenzó a quejarse de que la criada no volvía, "esa tonta, muchacha imbécil"; tenía hambre y quería su cena; "todas las criadas de Filadelfia no servían más que para mandarlas al diablo". Transcurrido un cuarto de hora, ya estaba furiosa y bajamos a la cocina a ver un poco lo que había. Naturalmente, el fuego estaba tapado, las cacerolas retiradas y las probabilidades de cenar reducidas a cero. La indignación de H.P.B. alcanzaba proporciones grandiosas y nos transformamos en cocineros. Cuando volvió la criada, le riñó de tal modo, que se echó a llorar y entregó su delantal.

En Nueva York, si teníamos alguna visita agradable, era preciso que la cena esperase indefinidamente, o bien retenía a cenar con nosotros a la o las personas (el

número no contaba para nada) y las provisiones traídas para nosotros dos se compartían y repartían a veces entre seis. En Bombay era mucho por, y tan pronto se retrasaba la cena dos horas como era pedida una hora más temprano. Y aterrorizaba a los infelices criados de Goa porque las legumbres no estaban cocidas y la carne medio cruda. De suerte que en cuanto nos establecimos en Adyar, resolví poner un fin a esta molestia; hice una cocina sobre la terraza, al lado de la habitación de H.P.B., le dí sus criados y la dejé en libertad de comer a su hora o de ayunar a su gusto.

Noté, cuando fuí a verla en Londres, que no había variado en nada su sistema; su apetito se había vuelto más caprichoso que nunca, a medida que su mal hacía progresos. Mientras tanto, sus amigos trataban de tentarla con toda clase de delicadezas. ¡Pobre mujer!, no era culpa suya, aunque su mala salud tuviese por causa principal su continuo desprecio de las leyes de la digestión. No fue nunca una asceta, ni tampoco vegetariana mientras yo viví con ella; la carne parecía serle indispensable, como lo es para muchos miembros de la Sociedad, y para mí el primero. Conozco varios que han hecho esfuerzos para adaptarse al régimen vegetariano; algunos como yo después de varios años de experimentos, se han visto obligados a volver contra sus deseos a la alimentación ordinaria. Otros, en cambio, como la señora Besant y otros teósofos eminentes que podría citar, se han encontrado fortalecidos, gozando de mejor salud, y han adquirido poco a poco una repulsión absoluta hacia toda clase de carne. Lo cual confirma el viejo dicho: "alimento para unos, veneno para otros". No creo que haya motivo de censura ni de alabanza por cuestiones de régimen; lo que mancha al hombre no es lo que entra en su boca, sino lo que existe en el fondo de su corazón. Estas son unas palabras antiguas llenas de sabiduría, que aquellos que se creen justos harían bien no olvidándolas.

Todo el mundo sabe que H.P.B. era un fumador inveterado. Cada día fumaba una considerable cantidad de cigarrillos que hacía con maravillosa habilidad. Hasta podía hacerlos con la mano izquierda mientras escribía con la derecha. Hizo al doctor Mennell, su solícito médico de Londres, el regalo más especial que pudo ofrecer a alguien: era una caja con su monograma grabado en la tapa, conteniendo varios centenares de cigarrillos que ella misma había hecho con sus manos. Se la envió justamente en el momento de su muerte, y el doctor la guardó como un recuerdo de la que fue sin duda alguna su cliente más ilustre y más interesante.

Mientras escribía *Isis* en Nueva York, estuvo, seis meses sin salir de casa. Desde la mañana temprano hasta altas horas de la noche, trabajaba en su escritorio; no era raro que se pasase trabajando diez y siete horas de las veinticuatro. No hacía otro ejercicio que ir al cuarto de baño y al comedor y volver a su escritorio. Como entonces comía mucho, la grasa se acumulaba en masas en su cuerpo, su papada se hacía doble y triple, y una grasa acuosa se formaba en sus piernas y caía en rollos sobre los tobillos. Enseñaba las bolsas adiposas de sus brazos como chanza; amarga chanza, como su fin lo demostró. Cuando se terminó *Isis* y nuestro viaje al Indostán comenzó a parecer cierto, fue un día con mi hermana a pesarse y constató el enorme peso de 215 libras. Entonces declaró que iba a reducirse a un peso conveniente para viajar y lo fijó en 156 libras. El método era de los más sencillos: todos los días, diez minutos antes de cada comida, se hacía traer un gran vaso de agua pura; ponía encima la palma de una de sus manos, lo miraba magnéticamente y lo bebía. No me acuerdo cuántas semanas duró el tratamiento, pero por fin volvió a pesarse, también acompañada de mi hermana, y me mostraron el certificado de la casa de las básculas; decía: "La señora Blavatsky pesa hoy 156 libras". Conservó ese peso hasta mucho tiempo después de nuestra llegada a la India, pero después volvió la obesidad, persistió y se agravó con hidropesía hasta que murió.

Cierto aspecto de su carácter sorprendía mucho a los extraños, pero parecía muy atrayente a sus amigos, y era la especie de alegría infantil que manifestaba cuando alguna cosa le agradaba mucho. Ví sus transportes de alegría en Nueva York con motivo de haber recibido una lata de caviar, pasteles y otras golosinas rusas. No tuvo sosiego hasta que no nos hizo probar de todo, y como tuve la desgracia de decir que el caviar tenía gusto a cuero salado, creí que iba a tragarme. Una miga de pan negro que por casualidad se encontró en un periódico recibido de Odessa, le hizo ver de pronto la vida de familia de todos los suyos. Me describió a su querida tía Nadejda leyendo los periódicos de la noche y royendo una de esas cortezas de pan; después todas las habitaciones de la casa, y sus habitantes con sus costumbres y sus ocupaciones. Concluyó por poner esas migas en un trozo de periódico bajo la almohada para soñar con su país.

Veo en mi diario, en la fecha del domingo 14 de julio del 1878, esta nota a propósito de una excursión a la playa, que hicimos con Wimbridge:

"Día espléndido, hermoso sol, aire delicioso, todo encantador. Tomamos un coche los tres hasta la playa para bañarnos. H.P.B. presentaba el espectáculo más

divertido, chapoteando en las olas con las piernas desnudas y manifestando una alegría casi infantil al encontrarse en ese "soberbio magnetismo".

Recibió en Madras el regalo de varios objetos de adorno recortados con sierra mecánica por su tía. Mostraba algunos que eran muy raros, a todo el que llegaba, hasta que pasó la novedad. Todavía hay uno en su antiguo cuarto de Adyar donde ahora escribo; es un cofrecito de ébano y cedro.

En Nueva York tenía sobre su mesa una alcancía de metal que parecía una tumba o una catedral gótica –no sé bien cuál de las dos– que le procuraba continuas alegrías. Tenía una hendidura en la cúpula, y una planchuela muy inocente sobre una columna. Esta se hallaba en comunicación con una manivela exterior; después de haber puesto el dinero encima, se daba vueltas a la manivela y el dinero desaparecía: en el interior, de donde no se le podía sacar más que destornillando cierta plancha de la parte inferior. La usábamos para recaudar a favor de la Arya Somaj; y H. P. B... pero dejo la palabra al redactor del *New York Star.* El recorte es del 8 de diciembre de 1878:

"La señora Blavatsky (o mejor dicho, H.P.B., como ella prefiere que se le llame, pues ha enviado el "señora" a reunirse con el "condesa", del cual hace mucho tiempo se ha desembarazado) se mostró encantada con esta idea. "Voy a llenar de dólares mi templito –exclamó{ y así no pasaré vergüenza en la India". El templo de que se trata es un pequeño y complicado edificio de hierro forjado, que tiene una entrada para recibir el dinero de la Arya Somaj, pero no tiene salida para dejarlo escapar. Está rematado por un pequeño "Dev". H.P.B. explicó graciosamente al cronista que "Dev" es una palabra sánskrita que se interpreta de diferentes modos por: dios, diablo o genio, entre los diversos pueblos orientales. Cuando uno va de visita a la Lamasería, le piden que ponga una moneda pequeña sobre el templo y que dé vuelta a la manivela. Resulta de ello invariablemente una decepción para el invitado, con intensa alegría de los teósofos, y un beneficio para la Arya Somaj, porque el dinero desaparece para no volver".

Veo que el mismo cronista habla agradablemente del cuadro de hojas secas que representaba una selva tropical y que adornaba nuestro comedor, por mí descrito en el penúltimo capítulo. Habíamos pensado vender en forma de lotería el mobiliario de la Lamasería cuando nos fuésemos, y ese cuadro debía ser uno de los premios. He aquí el extracto del *Star:*

"Una de las cosas más notables tal vez en esta colección de premios únicos no

tiene pretensiones a la Magia. Es un adorno mural, de un trabajo tan hermoso y a la vez tan sencillo, que sorprende ver que no se haya puesto de moda. Una de las paredes del comedor de la célebre casa, representa una escena tropical; se ve allí un elefante, un tigre, una enorme serpiente, un árbol caído, monos, pájaros, mariposas y dos o tres pantanos. No está dibujado ni pintado, sino que el boceto recortado en papel ha sido cubierto de hojas de otoño de variados tonos, pegadas encima, y el agua está representada por pequeños trozos de espejo partido. El efecto es hermoso en extremo, pero el feliz ganador deberá recurrir probablemente a la Magia para llevarse su premio, porque el cuadro está hecho hace ya tanto tiempo que las hojas están secas y quebradizas".

El aspecto alegre del carácter de H.P.B. era uno de sus mayores encantos, le agradaba decir y oír cosas graciosas. Ya lo he indicado: su salón no era nunca aburrido, excepto, naturalmente, para quienes no sabían nada de la literatura oriental y no comprendían la filosofía asiática. Esos podían encontrar largo el tiempo cuando ella pasaba horas enteras discutiendo en esas regiones a la vez elevadas y profundas del pensamiento, con Wilde, con el doctor Weisse o con algún otro sabio. Aun entonces, sin embargo, como ella hablaba con tanta naturalidad y revestía sus ideas con tanta verbosidad y con unas paradojas tan sorprendentes todos sus oyentes se veían obligados a admirarla, hasta cuando no podían seguir el hilo de su pensamiento; del mismo modo pueden admirarse unos fuegos artificiales en el Palacio de Cristal, sin conocer el arte pirotécnico ni los procedimientos químicos empleados para preparar los fuegos. H.P.B. tenía el don de retener y apropiarse palabras raras e imprevistas, que uno terminaba por creer inventadas por ella.

Durante nuestro descanso, o sea después de terminar el trabajo de la noche o cuando venían amigos, o más raramente aún, cuando ella necesitaba un poco de reposo, me contaba historias mágicas y aventuras; en cambio, me hacía silbar, o cantar canciones cómicas, o contar historias para hacer reír. Una de éstas duró dos años y se convirtió a fuerza de adiciones al tema original, en una especie de odisea paródica de la familia Moloney. Sus innumerables descensos en la materia, vueltas a las fuerzas cósmicas, casamientos, cambios de religión, de piel y de capacidades, formaban un embrollo extravagante del que H.P.B. no parecía poderse cansar nunca. Con gran disgusto de mi parte, a veces me hacía hablar de esto ante terceros para divertirse con su sorpresa oyendo esas improvisaciones. Todo eso se recitaba con acento irlandés y no era más que una farsa exuberante que se relacionaba, siempre

humorísticamente, con los problemas de la evolución macrocósmica y microcósmica. La idea general –si es que había una idea– era que los Moloneys, aliados por casamiento con las Moléculas, engendraba con éstas la soberana potencia irlandesa que gobernaba las vicisitudes de los mundos, los soles, etc. Comparada con la pequeña historia sin importancia yde la cual nació, esta odisea burlesca recuerda al banyan gigantesco y su pequeña semilla. H.P.B. terminó por llamarme Moloney cuando me hablaba o al escribirme, y yo le pagaba en la misma moneda, llamándola Mulligan. Nuestros amigos nos llamaban con frecuencia por esos apodos y mis antiguos archivos guardan más de una carta dirigida a ella o a mí, en las que se nos dan esos seudónimos hibérnicos.

H.P.B. tocaba admirablemente el piano, con una técnica y un expresión sencillamente soberbias. Sus manos eran modelos para los escultores –tanto en el sentido real como en el figurado–, y nuca eran más hermosas que volando sobre el teclado, del que sacaban mágicas melodías. Era discípula de Moschelés, y cuando estuvo Londres con su padre, a los diez y seis años de edad, tocó en un concierto de caridad con la señora Clara Schumann y la señora Arabella Goddard un trozo de Schumann para tres pianos[80]. Cuando vivíamos juntos no tocaba casi nunca. Un día entró en la cas un pequeño piano, lo usó algunas semanas, después lo cerró y se sirvió de él como si fuese una biblioteca de dos estantes hasta que se vendió. A veces, cuando su cuerpo estaba ocupado por uno de los *Mahâtmas*, tocaba con un poder indescriptible. Se sentaba al piano en el crepúsculo, algunas veces, estando los dos solos en la sala, y sacaba del instrumento improvisaciones que podían muy bien hacer imaginar que se estaba escuchando a un coro de *gandhârvas*, los cantores celestes. Era una armonía divina.

En su estado normal no tenía el sentido de los colores ni de las proporciones, ni ese gusto delicado y estético que hace a las mujeres vestirse bien y con lo que las favorece. Algunas veces la acompañé al teatro esperando que el público nos haría una ovación. Siendo gruesa y de aspecto llamativo, se tocaba con un sombrero levantado, cubierto de plumas, vestida con un traje de satén de *grande toilette* con muchos adornos, llevaba una enorme cadena de oro macizo de la que colgaba un reloj de esmalte azul con una monograma de diamantes y cargaba sus adorables

[80] Algunas semanas después de haber escrito esto, he sabido por una persona de su familia que poco antes de venir a América, H.P.B. había hecho jiras dando conciertos por Italia y Rusia, con el seudónimo de: la señora Laura.

manos con doce o quince sortijas grandes y pequeñas. La gente se burlaba de ella, a veces a sus espaldas, pero si se encontraban con sus ojos severos y su carta kalmuka, su risa se apagaba pronto en un sentimiento de intimidación y sorpresa.

En ciertos momentos era generosa en extremos, llegando a la prodigalidad; pero en otros era todo lo contrario. Me dijo que en dos años, recorriendo el mundo, gastó 80.000 rublos (alrededor de 70.000 rupias), que su abuela le había legado. Durante mucho tiempo se hizo acompañar por un gran Terranova que llevaba atado con una pesada cadena de oro.

Decía sin ambages a la gente todo lo que ella pensaba, a no ser que fuesen conocidos nuevos; en esos casos su cortesía la hacía ser una gran dama hasta las uñas. Por más que su apariencia exterior fuese descuidada, tenía el sello imborrable de su elevado nacimiento, y cuando lo deseaba, volvía a encontrar la dignidad de una duquesa. Pero corrientemente, y en su vida diaria, tenía sarcasmos agudos como hojas de navaja, y sus cóleras eran explosiones. El crimen imperdonable para ella era la hipocresía, las costumbre artificiales del mundo. Entonces era despiadada y agotada los más diversos idiomas para cubrir do oprobios a si víctima. A menudo veía por clarividencia, como en un espejo, los secretos vicios de los hombres y mujeres que trataba; desgraciados de ellos si osaban hablar de la Teosofía con desdén y de ella misma con desprecio; vertía sobre su cabeza las hirvientes olas de su candor exasperado.

Tenía horror de la "gente bien", pero cualquier persona, "bien" o no, pobre o ignorante, siempre que fuese franca, obtenía siempre de ella una palabra bondadosa, y con frecuencia un regalo. Llevaba el desprecio de la convenciones sociales hasta hacer de ello un culto y no tenía mayor placer que decir o hacer cosas que chocasen a los pudibundos. Por ejemplo, veo en mi diario que una noche recibió en la cama, y en camisón, visitas de hombres y señoras, como lo hacían las damas nobles y reales de Europa antes de la Revolución. Tenía su espíritu tan visiblemente cerrado a las cosas ligeras, que todo eso pasaba si dificultad. Ninguna mujer veía en ella una posible rival y ningún hombre se figuraba que ella pudiese ceder a sus asiduidades.

Juraba como un carretero, pero sin malicia, y si esa singular inclinación no hubiese sido señalada y denuncia con tanto calor por las personas que siempre

cabalgan sobre las conveniencias sociales –ellas mismas, como lo veía H.P.B. por clarividencia, se permitían todo a puertas cerradas– hubiera seguramente renunciado a ella. Es muy humano y era muy suyo, el continuar haciendo cosas prohibidas, por simple baladronada. He conocido a una señora cuyo hijito adquirió de los mozos de la granja la costumbre de decir feas palabras. La madre, persona bien bajo todos los aspectos, estaba desesperada. El látigo y todo los castigos posibles no hacían más que agravar las cosas, y no se obtuvo mejor resultado ensayando como último recurso el lavar la boca del niño con jabón de Marsella cada vez que se le oía jurar. Por fin, algunos amigos llenos de buen sentido, aconsejaron a los padres que ensayasen otra cosa: no poner atención a ello y curar la mala costumbre por la indiferencia. El éxito no dejó nada que desear, y al cabo de pocos meses el niño no juraba más. H.P.B. estaba en permanente estado de rebelión contra todas las convenciones mundanas; se ponía fuera de la ley por todos sus gustos, sus creencias, sus vestidos, su ideal y su conducta. Se vengaba imponiendo su talentos superiores y raras facultades, haciéndose temer por la sociedad.

En el fondo, sufría por ser fea y por esto hablaba siempre de su nariz de patata, como para desafiar a las críticas. Veía al mundo como una máscara vacía, al éxito como oropel; su vida física le parecía lúgubre y sólo vivía realmente de noche, cuando abandonaba su cuerpo para ir al encuentro de sus Maestros y sentarse a sus pies. No tenía más que desprecio y un profundo desdén por los sabios de espíritu estrecho, cuyo ciego fanatismo no percibía ni siquiera un rayo perdido de verdad, y que, sin embargo, la juzgaban con una injusta severidad, unidos entre sí para tratar de reducirla al silencio por un conspiración de calumnias. Sentía odio por el clero como corporación, porque ignorando él mismo las verdades espirituales, se arroga el derecho de conducir a los ciegos espirituales, de gobernar las conciencia de los laicos, de disfrutar rentas que no ha ganado y de condenar a los heréticos que a menudo han sido sabios, iluminados o Adeptos. Habíamos hecho un álbum en el que ella pegaba recortes de periódicos que se referían a los crímenes de los pastores protestantes y curas que habían comparecido ante la justicia, y antes de nuestra partida para la India, la colección era ya considerable.

H.P.B. adquiría innumerables amigos, pero volvía a perderlos con frecuencia y veía que se convertían en enemigos encarnizados.

Nadie más seductor que ella cuando quería serlo, y lo quería siempre que trataba

de atraer a alguien hacia la labor teosófica. Su tono y sus modales cariñosos persuadían a cualquiera de que ella le consideraba como su mejor, sino su único amigo. Escribía en el mismo estilo y creo que podría nombrar a numerosas mujeres que poseen cartas suyas diciendo que ellas serán su sucesor en la Sociedad Teosófica y todavía mayor número de hombres a los que trata de "únicos *verdaderos* amigos y discípulos reconocidos".

Poseo un cierto número de certificados de esa clase y yo los tenía por tesoros preciosos, hasta el día en que descubrí, comparándolos con los de los demás, que sus cumplimientos no tenían ningún valor. No puedo decir que se haya mostrado fiel no sólidamente adicta a las personas como yo s sus otros íntimos. Creo que no éramos para ella más que piezas en un tablero de ajedrez, y que no sentía por nosotros afectos profundos. Me decía los secretos que le habían confiado personas de ambos sexos –hasta los más comprometedores– y estoy persuadido de que usaba de los míos, si es que los tuve, del mismo modo. Pero era de una fidelidad a toda prueba para su tía, sus parientes y sus Maestros. Por ellos hubiese sacrificado no una, sino veinte vidas y hubiera visto quemar si fuera necesario, toda la raza humana

CAPÍTULO XXIX

LA SEÑORA BLAVATSKY SE HACE CIUDADANA NORTE-AMERICANA. FORMACIÓN DE LA BRITISH THEOSOPHICAL SOCIETY. ÚLTIMOS DÍAS EN NUEVA YORK

Es muy natural que la reina de nuestra pequeña Bohemia, haya tentado a los artistas bohemios que se agrupaban a su alrededor; posó ante Tomas Le Clear, que hizo su retrato al óleo, y ante O'Donnovan para una placa de bronce. Veo en mi diario, en la fecha 24 de 1878, que pasamos la velada en el estudio de Walter Paris del modo más alegre, con los mejores artistas de Nueva York. La mayoría de ellos pertenecía al famoso "Club de los Azulejos de Cerámica", cuyos miembros se reunían mensualmente en el estudio de uno de ellos y intentaban diferentes motivos en azulejos de cerámica proporcionados por el huésped del día, del cual pasaban a ser propiedad y que los hacía cocer y esmaltar a sus expensas. Encantadora combinación, por medio de la cual cada miembro del círculo se veía dueño por turno, y sin que eso le costase mucho, de una serie de pinturas firmadas por los buenos artistas.

H.P.B. se divirtió extraordinariamente con un incidente que se produjo con motivo de una de mis improvisaciones burlescas (ya citadas más arriba). Una de las imitaciones que me pedía con más frecuencia, era la parodia del "medium parlante", en la cual yo ponía en ridículo las insulseces y la afectación de cierta clase de oradores (?) públicos.

Así, pues, una noche recibimos la visita de un literato de profesión, de Londres, antiguos editor del *Spectator*, y hombre culto. Había hecho un estudio bastante serio del Espiritismo y creía en él. Yo fingí estar bajo el contralor del espíritu de un difunto pastor protestante de la alta Iglesia y con los ojos cerrados y voz grave, me enfrasqué en un largo discurso contra las influencias desmoralizadoras de nuestros tiempos, denunciando a la Sociedad Teosófica como la peor de todas. El seudo-espíritu tronaba por mi boca contra los dos promotores de ese peligroso movimiento; en cuanto a H.P.B., la gran sacerdotisa y diablo principal, yo fulminaba contra ella todas las excomuniones mayores o menores. "La Anciana

señora" lloraba de risa, pero nuestro invitado me miraba con pavor (yo lo observaba de cuando en cuando, con una rápida mirada por entre mis párpados casi cerrados) y de pronto exclamó: ¡"Pero es horrible! Es de lo más real que existe. Señora, usted no debería dejarle hacer esto. –¿Hacer que?– ¿Pues abandonarse a sus facultades de medium cuando toda su personalidad está obsesionada en una entidad del mundo de los espíritus, tan violenta y vengativa! Esto era ya demasiado para mi alegre colega, que se ahogaba de risa. Apenas pudo respirar en ese momento, yo estaba a la mitad de una soberbia explosión de desprecio por la falsa erudición y el pretendido altruismo de esa "rusa intrigante", pero me detuve en seco, y volviéndome hacia el señor L., le pedí en el tono más natural del mundo, queme diese lumbre para mi pipa. Estuve a punto de perder mi seriedad al ver su sobresalto de estupefacción y la aguda mirada interrogante que me echó y en la que leí tan claramente como si fuesen palabras, que me consideraba o loco, o el más extraordinario de los medium, puesto que podía "salir del trance" tan instantáneamente. H.P.B. estuvo a punto de morir de resultas del epílogo. Al día siguiente, a loas ocho de la mañana, el señor L. llamaba a nuestra puerta para ir a la ciudad juntos y ensayar todos sus poderes de persuasión para decidirme a que abandonase esa mediumnidad que, según me aseguraba, destruiría todas mis esperanzas para el porvenir en mi carrera de hombre público. Me explicó –como si no hiciera veinte años que ya lo sabía– que el medium es n verdadero esclavo y esto en mayor grado cuento más facultades tiene; que se convierte en agente pasivo de fuerzas desencarnadas, de las que no poseen los medios de profundizar su naturaleza, y entre las cuales no tiene el poder de elegir. Fue en vano todo cuanto le dije, nada pudo convencerle de que todo eso no era más que una broma, una de las variadas diversiones que H.P.B. y yo nos proporcionábamos para descansar después de nuestro trabajo serio. No daba su brazo a torcer, yo era medium, y así quedamos. Pero después no podíamos hablar de esto sin reírnos y H.P.B. contaba la historia constantemente a sus visitas.

El 5 de abril, recibí una solicitud de ingreso a la Sociedad, firmada por T. A. Edison. Ya había tenido la ocasión de verle con motivo de la exhibición de sus descubrimientos eléctricos en la Exposición Universal de París de 1878. Yo era entonces secretario honorario de una junta nacional de ciudadanos, constituida a instancias del gobierno francés para conseguir del Congreso de los Estados unidos, que votase la participación de nuestro país en la primera exposición universal

subsiguiente a la caída del imperio y al establecimiento de la república.

La conversación entre Edison y yo, recayó sobre las fuerzas ocultas y me interesó mucho saber que había ensayado algunos experimentos en este sentido. Edison deseaba ver si podría por medio de la fuerza de voluntad, poner en movimiento un péndulo en su laboratorio particular. Había empleado como conductores, hilos de diferentes metales simples o compuestos, poniendo un extremo del conductor en contacto con su frente y el otro con el péndulo. Como no he visto nunca publicado el resultado de esos experimentos, supongo que no tuvieron éxito. Si estos recuerdos caen bajo sus ojos, puede interesarle saber que en 1852 encontré con Ohio a un joven, ex *shaker*[81], llamado Mecallister, que me dijo haber descubierto cierto fluido que le permitía transmitir su pensamiento a distancia a otra persona, siempre que se hubiesen bañado la frente en dicho fluido y estuviesen convenidos acerca de la hora en que el experimento se haría. Recuerdo haber escrito sobre esto un artículo con el título "Telegrafía mental", en un antiguo periódico publicado por el difunto S. B. Britten, el *Spiritual Telegraph*.

Habiendo tenido relaciones con varios conocidos inventores norteamericanos y conociendo por ellos mismos el proceso psicológico de su primer destello de invención, hablé de ellos a Edison y le pregunté cómo se le producían sus propios descubrimientos. Me respondió que con frecuencia se le habían ocurrido yendo de paseo por Broadway con una persona conocida suya y en medio de una conversación sobre otro tema bien diferente, o ente el estrépito de la calle; le venía de pronto la idea de que tal o cual cosa podría hacerse de tal o cual manera. Se apresuraba a volver a su casa, se ponía a trabajar con esas bases y no abandonaba la partida hasta haber logrado el éxito o la certeza de que el asunto era impracticable.

El 17 de abril comenzamos a discutir con Sotheran, el general T., y uno o dos francmasones más, de grados elevados, la constitución de nuestra Sociedad como cuerpo masónico con grados y un ritual.

Nuestra idea era formar un complemento natural a los grados superiores de esa institución y proporcionarle el elemento de misticismo oriental que le faltaba o que había perdido. Al mismo tiempo, nuestra Sociedad habría ganado en fuerza y en estabilidad, aliándose a esta antigua fraternidad que tiene Logias en el mundo

[81] Literalmente, quiere decir: temblador o sacudidor. Es el nombre de los miembros de una secta religiosa de los E.U.N.A. (N del T.)

entero. Pensando de nuevo en ello, veo ahora que sencillamente queríamos recomenzar la obra de Cagliostro, cuya Logia Egipcia fue en su tiempo un poderoso centro para la difusión del pensamiento oculto oriental. No abandonamos ese proyecto hasta mucho tiempo después de nuestra llegada a Bombay, y la última referencia que encuentro de él en mi periódico es la anotación de la promesa que hizo el *swani* Dyanand Sarasvati, de recopilar un manual para el uso de nuestros miembros de Nueva York y Londres. Algunos antiguos colegas han negado estos hechos, peo aunque ellos los yan ignorado, es cierto que H.P.B. y yo alimentamos seriamente ese proyecto, al que renunciamos tan sólo cuando vimos que la Sociedad crecía rápidamente por su propio impulso, lo que hacía poco político la fusión con la Masonería.

H.P.B. hizo una noche un bonito fenómeno de duplicación. Un médico francés, el doctor B., estaba en nuestra casa con otros ocho invitados; estaba sentado junto a la mesa escritorio, de modo que la luz del gas hacía brillar en su puño un gran gemelo de oro con sus iniciales, H.P.B., al ve este reflejo, extendió el brazo por encima de la mesa, tocó el botón, y abriendo al mano nos enseñó una reproducción del mismo. Todos la vimos, pero no quiso dejar que la tocásemos y cerró la mano; al cabo de un momento, cuando la volvió a abrir, la *mâya* había desaparecido.

Otra noche, hizo para mí solo algo bastante más interesante. De vez en cuando me contaba aventuras y encuentros que había tenido, ya en el Indostán, ya en el mundo occidental. Esa noche se entretenía en barajar maquinalmente un juego de cartas, cuando de prono abrió la baraja, la volvió hacia mi y me enseñó la *tarjeta de visita* de la esposa de un oficial inglés que por casualidad vió un *Mahâtma* en el norte de la India y tuvo la inconveniencia de enamorarse de él. La tarjeta tenía su nombre, y en uno de lo ángulos inferiores, el del regimiento de su marido, pero este semi borrado, *como raspado con un cortaplumas* para que yo no pudiera reconoce a la señora si la encontraba en la India. Continuó barajando las cartas, y cada dos o tres minutos, abría la baraja para enseñarme las tarjetas de otras personas cuyos nombres conocíamos; las había satinadas y opacas, grabadas en cursiva o en letras cuadradas, tipografiadas, con borde de luto, grandes y pequeñas. Era un fenómeno maravilloso y absolutamente único ¡Pero qué raro es que esa preciosa fuerza psíquica –tan difícil de producir y tan fácil de perder– haya sido prodigada para objetivar por un solo instante esos fantasmas astrales de tarjetas de visita

corrientes, cuando el mismo gesto de fuera hubiera podido ser empleada en forzar a cualquier gran sabio a creer en la existencia de los archivos del *akasha* ya consagrarse a las investigaciones psíquicas! Mi respetable hermana, la señora Mitchell, que ocupaba un piso en la misma casa que nosotros, con su marido y sus hijos, vió una vez una colección de piedras preciosas y alhajas que por lo menos valdría unas 10.000 libras, que H.P.B. le mostró y que ella tomó por una herencia de familia.

No se dio cuenta de que podía ser una ilusión, y no me quería creer cuando le dije que H.P.B. no poseía nada semejante. Estoy bien seguro que no hubiese soportado situaciones tan difíciles si hubiese tenido semejantes recursos.

A medida que se acercaba la época de nuestro cambio de residencia, se hacía más vehemente el entusiasmo de H. P B por la India, los indos, el Oriente entero, y todos los orientales, y s desprecio por los occidentales en masa, por sus costumbres sociales, su tiranía religiosa y sus ambiciones. Esas noches de la Lamasería eran bastante tempestuosas y recuerdo con claridad del episodio siguiente: Walter Paris el arista, uno de los mejores muchachos del mundo, había pasado algunos años en Bombay como arquitecto del gobierno y nada podía agradarle más que hablar de la India con nosotros. Pero como no sentía nuestro respeto extraordinario por el país ni nuestra simpatía por sus habitantes, a veces hería a la demasiado impresionable H.P.B. con sus reflexiones, que según supe después, eran naturales entre los anglo-indos.

Una noche nos contaba la historia de un criado que tuvo allá y que cometió alguna tontería al ensillar su caballo, y agregó sin darse cuenta, que le había dado un latigazo con la fusta. Inmediatamente, y como si ella hubiese recibido el golpe en su propia cara, H.P.B. se levantó de un salto, y de pie ante él, le dijo tantas cosas durante cinco minutos, que se quedó mudo. Le dijo que era una cobardía y aprovechó el tema para un discurso muy claro respecto al trato que da las razas orientales, la clase dominante de los anglo-indos. Esto no era una explosión aislada para ser presentada en el mercado occidental; siempre conservó ese modo de expresarse y con frecuencia la oí conservar esa libertad de lenguaje ante los más elevados funcionarios anglo-indos en Allahabad, en Simla, Bombay, Madrás y en todo sitio.

Uno de los medio ideados por H.P.B. para pasar las horas desocupadas que la terminación de *Isis* nos dejó, era dibujar caricaturas en caras de baraja, sirviéndose de los signos impresos en ellas. Algunas eran realmente originales. Un diez de pique se convirtió en un concierto de negros; las grotescas contorsiones de los jefes de fila, la tontería solemne del *"examiner"* y la amable idiotez de los otros, estaban admirablemente representadas. Otra carta representada una sesión de Espiritismo con acordeón, banjo y tamboriles volando por el aire, mientras una tina se vuelca sobre la cabeza de un "investigador", y un travieso y pequeño elemental hace muecas sobre las rodillas de una señora que tiene asida con ternura su ahorquillada cola, creyendo que es alguna parte del cuerpo de una persona querida, ya difunta. Una tercera carta –siete de *coeur*, creo– presenta dos gordos monjes sentados a la mesa ante un pavo, una jamón y otras golosinas, mientras las botellas están al alcance de la mano o se refrescan al hielo en el suelo. Uno de los reverendos padres, que tiene el tipo más bestial, recibe pasando la mano detrás de sí, una dulce esquela de manos de una correcta criada con delantal y cofia. Otra carta nos muestra un policía que atrapa a un ladrón por una pierna. Otra es un par de bonitos soldados con sus criadas amigas. Otra un viejo patriarca negro que corre llevando su negro nietecito en brazos; etc. etc.

Hace poco, supe que su padre tenía un talento notable para esas cosas, de modo que las disposiciones de H.P.B. se explican fácilmente. Yo le dije que era una lástima no hacer la baraja entera, que sacaría una buena suma de dinero vendiendo los derechos de edición. Dijo que lo haría, pero se le pasó el buen propósito antes de terminar la baraja.

El 8 de julio obtuvo sus cartas de naturalización y fue conmigo ante la Corte Suprema a prestar su juramento como ciudadana de los Estados Unidos de Norteamérica. Después, ella misma escribió en mi diario: "H.P.B. tuvo que jurar a la constitución de los Estados Unidos un afecto eterno, fidelidad y protección, y abjurar todo rastro de sumisión al zar; después de lo cual, fue hecha "Ciudadana de los Estados Unidos"; los periódicos hablaban todos del acontecimiento, y los cronistas venían a entrevistar a la nueva ciudadana, que les hizo reír a todos con sus inocentadas sobre la política y los políticos.

La formación de la British Theosophical Society, en Londres, hoy London Lodge of the T. S., me dio mucho que hace en los primeros meses del verano de 1878. Esta

Rama, la primera, fue definitivamente organizada el 27 de junio, por el doctor J. Storer Cobb, Ll. D., tesorero de la Sociedad, cuya visita a Londres en ese tiempo me permitió nombrarle mi representante oficial. El señor Sinnett me ha dado amablemente una copia del acta de la reunión, guardada en los archivos de la Logia, en donde él la conserva. La publicó aquí a causa de su interés histórico:

Reunión de los miembros

Celebrada en la calle Great Russell, núm. 38, Londres,

el 27 de junio de 1878.

Presentes: J. Storer Cobb, tesorero de la Sociedad de Nueva York; C.C. Massey, doctor Carter Blake, doctor Jorge Wyld, doctor H. J. Billing y E. Kislingbury.

J. Storer Cobb, que preside, lee cartas: del señor Yarker, del doctor K. Mackenzie, del capitán Irwin y del señor R. P. Thomas, en las que manifiestan su pesar por no poder asistir a la asamblea, y su simpatía hacia su objeto. Además, una carta del Rev. Staiton Moses, diciendo que lamentaba no poder tomar parte en la reunión por haber enviado su dimisión de miembro a la Sociedad de Nueva York.

El tesorero, señor Cobb, habiendo comunicado las instrucciones del presidente Olcott, referentes a las bases para una Rama inglesa de la Sociedad, tales como fueron recibida después de la última reunión de los miembros en el mismo local, ofreció retirarse, porque no tenía la intención de formar parte de la nueva Rama. Se le invitó a que se quedase como oyente, y después de un debate libre, *se resolvió* definitivamente, de acuerdo con la proposición del señor Massey, apoyada por el doctor H. J. Billing, "que los miembros ingleses de la Sociedad Teosófica de Nueva York presentes en la reunión, consideraban deseable forma en Inglaterra una sociedad en unión y simpatía con aquélla".

Siguiendo las instrucciones enviadas por el presidente, la asamblea pasó en seguida a la elección de un presidente de la Logia, y la votación designó para la presidencia a C. C. Massey.

Este aceptó el cargo, pronunciando breves palabras, y ocupó su sitio, Propuso, apoyado por el doctor Carter Blake, la elección de la señorita Kislingbury para secretaria de la Rama. La moción fue aceptada, y la señorita Kislingbury aceptó provisionalmente.

La asamblea fijó la fecha de su siguiente reunión para cuando se recibiesen nuevas instrucciones de Nueva York, y se encargó a la secretaria que enviase una copia de esta acta al coronel Olcott (presidente) y una copia de las resoluciones más arriba indicadas a los miembros ingleses ausentes.

Después se redactó y firmó el siguiente memorándum, que fue entregado a la secretaria para que le enviase al coronel Olcott:

Londres, junio 27 de 1878.

Al coronel Enrique S. Olcott,

Presidente de la Sociedad Teosófica de Nueva York

Certifico que se ha celebrado hoy una asamblea, en la que se ha constituido una Rama inglesa de la Sociedad arriba mencionada, y que el señor Carlos Carleton Massey fue elegido presidente por votación de los miembros presentes.

Firmado: Juan Storer Cobb, tesorero de la Sociedad de N. Y.

Firmado: C. C. Massey.

El 12 de julio de 1878 escribí mis cartas oficiales, reconociendo la existencia de la British Theosophical Society y ratificando las decisiones de la asamblea citada, y se las mandé a C. C. Massey y a la señorita E. Kislingbury, presidente y secretaria, respectivamente.

Mi diario indica en la fecha 25 de octubre, de una manera interesante, la clarividencia que H.P.B. exhibía algunas veces; leo lo siguiente:

"Estábamos cenando O'Donnovan, Wimbridge, H.P.B. y yo, cuando la criada trajo una carta de Massey que le acababa de entregar el cartero. Antes de que la carta llegase, H.P.B. la anunció, así como su contenido, y cuando me la dieron, antes de que yo hubiese roto el sello, dijo que dentro venía una carta del doctor Wyld y la leyó sin verla.

Recuerdo que cogí la carta de manos de la doncella y la puse junto a mi plato, esperando terminar de cenar para leerla. Entre la carta y H.P.B. había una gran jarra de loza llena de agua, y sin embargo, ella leyó primero la carta de Massey y después la del doctor Wyld. Además, carta de Massey traía en una de sus páginas una comunicación *mahâtmica*, y se la devolví al remitente, con una exposición de los hechos, que Wimbridge firmó conmigo.

Por una coincidencia bastante notable, varios astrólogos, clarividentes y ascetas indos, anunciaron todos que H.P.B. moriría en el mar. Veo una de estas predicciones anotada en la fecha de 2 de noviembre de 1878: Un amigo de Wimbridge, que era psíquico, "predijo la muerte de H.P.B. en el mar; una muerte repentina; no cree que ella llegue nunca a Bombay". Majji, la *yoguîni* de Benarés, predijo a H.P.B. la misma clase de muerte en la misma época, pero ni el uno ni la otra acertaron. Un echador de cartas de Nueva York, que anunció que H.P.B. sería asesinada antes de 1886, no tuvo mejor éxito. Anotando la predicción, H.P.B. la hizo seguir de dos puntos de exclamación y la reflexión cínica: "¡No hay nada como la clarividencia!"

Uno de nuestros visitadores era mejor profeta, pero no ensayó sus poderes con H.P.B. Encuentro en mi diario esta descripción:

"Un médico místico judío, un hombre raro, muy raro. Tiene presentimientos sobre sus visitadores y su muerte, y una penetración espiritual para descubrir sus enfermedades. Viejo, delgado, encorvado, pocos cabellos, finos y grises, levantados alrededor de su noble cabeza. Se pone coloree en las mejillas para atenuar su sorprendente palidez. Echa la cabeza muy atrás y mira al espacio cuando escucha y cuando habla. Tiene una tez de cera, la piel transparente y extraordinariamente delgada. Lleva traje de verano en pleno invierno. Tiene la singular costumbre de decir siempre antes de responder: "Si, verá usted, eso es". Estudiaba la Kábalah desde hacía treinta años, y sus conversaciones con H.P.B. giraban casi exclusivamente sobre sus misterios. Una noche dijo delante de mí que, a pesar de sus treinta años de investigaciones, no había podido descubrir ciertas interpretaciones reales que ella daba a determinados textos y que arrojaban sobre ellos una santa luz".

Nuestra partida se decidió por fin, y comencé en el otoño de 1878 a poner en orden mis asuntos temporales. Teníamos una activa correspondencia con nuestros amigos de Bombay y de Ceilán (muchos buddhistas e indoístas se hicieron miembros de la Sociedad, por correspondencia). Nuestra pequeña biblioteca fue enviada allá, y poco a poco nuestros bienes muebles fueron vendidos a dados. No hacíamos ostentación de nuestras intenciones, pero nuestro salón se veía más asediado que nunca por los amigos y conocidos que estaban al corriente. Las notas de H.P.B. en mi diario, durante mis frecuentes ausencia de Nueva York en las

últimas semanas, demuestran la prisa nerviosa que ella tenía por emprender el viaje, y sus temores de ver fracasar el arreglo de mis asuntos. El 22 de octubre escribió a propósito de las instrucciones insistentes de los *Mahâtmas*: "N. dejo la guardia y llegó S. con la orden de tener todo pronto para el comienzo de diciembre. Pues bien, H.S.O. juega su partida decisiva". Esto se refiere al cambio de personalidad de las inteligencias que ocupaban el cuerpo de H.P.B., y los cambios de escritura corroboran el hecho. El 14 de noviembre , el mismo toque de aviso; se nos dijo que deberíamos hacer los mayores esfuerzos para salir el 20 de diciembre a lo sumo. He aquí el párrafo que hace el final de la página: ¡"Oh dioses! ¡Oh India de rostro esplendoroso! ¿Es esto el principio del fin"? El 21 de noviembre, llegaron por el mismo canal nuevas órdenes urgentes: se nos decía que comenzáramos a preparar los baúles. Varias personas deseaban acompañarnos al Indostán y algunas trataron de conseguirlo, pero , por último, quedamos cuatro para emprender el viaje: H.P.B., la señorita Bates, aya inglesa; el señor Wimbridge, artista y arquitecto, y yo. El 24 comenzamos el embalaje, y al otro día, la señorita Bates salió para Liverpool, llevando dos baúles de H.P.B. Sin cesar llegaban órdenes dándonos prisa para emprender el viaje. A propósito de la inesperada dimensión de un miembro, H.P.B. exclama: "¡Oh, cuándo nos libraremos de estas miserables molestias!" Al día siguiente (en grandes letras con lápiz rojo), a propósito de mis preparativos casi terminados, dice: "Su destino depende de eso. Es menester que nuestro mobiliario haya sido vendido al mejor postor antes del 12 de diciembre". La vena tuvo lugar, en efecto, el 9. Ese día escribió: "Me acosté a las cuatro de la mañana y me desperté a las seis, gracias a M., que había cerrado la puerta con llave, de modo que Juanita (la criada) no podía entrar. Me levanté, desayuné y fui a la Battery a ver a *** (un ocultista que estaba relacionado con la Logia de la Fraternidad Blanca). Volví a las dos y me encontré con n ruido y un desorden infernales a causa de la venta. Todo ha sido vendido por nada... 5 de la tarde. *Todo ha sido sacado.* ¡Adiós barón de Palm! ¡Cené sobre una tabla de tres pulgadas de ancho!

Después vino el ajetreo de las últimas visitas, los artículos en los periódicos y la réplicas de H.P.B. El día 13 recibí una carta autógrafa del presidente de los Estados Unidos, recomendándome a toso los ministros y cónsules norteamericanos; además un pasaporte diplomático del ministerio de Estado y la misión de dar cuenta al gobierno de los medios prácticos de ampliar nuestros intereses comerciales en Asia.

Esos documentos resultaron más tarde muy útiles en la India, cuando se sospechó que H.P.B. y yo fuésemos espías rusos. Los detalles de ese ridículo incidente se darán en su debido tiempo y lugar.

Veo en mi diario que no hallé tiempo para tomar algún descanso durante esos últimos días; me pasaba la noche escribiendo cartas, corría a Filadelfia y a otros lugares, tragando casi al vuelo un poco de alimento, cuando me era posible, y a través de esa agitación, oíase siempre la severa voz de las órdenes para que partiéramos antes del día de gracia fijado en el 17: ni uno más. La escritura de H.P.B. se transforma en garabatos y en la página del 15 de diciembre, veo dos de esas variantes de su letra, que anteriormente ha descrito y que prueban que su cuerpo fue ocupado por dos *Mahâtmas* esa misma noche. Yo había comprado un fonógrafo Edison del primer modelo, y esa noche muchos de nuestros miembros y de nuestros amigos, entre los cuales se contaba el señor Johnston, en representación de Edison que se hallaba imposibilitado de venir, hablaron ante el receptor a nuestros amigos conocidos y desconocidos de la India. Las diferentes hojas de estaño, debidamente marcadas para reconocerlas, fueron desprendidas del cilindro con todo cuidado y empaquetadas; aún se conservan en la biblioteca de Adyar para que edificación de los tiempos venideros[82] Entre las voces registradas se encuentran: la de H.P.B., especialmente neta y clara; la mía, la de Judge y de su hermano Juan, las del profesor Alejandro Wilder, la señorita Sara Cowell, los dos señores Laffan, el señor Clough, D. A. Curis, señor Grisggs, S. R. Well, señor y señorita Amer, doctor J. A Weis, señores Shinn, Terriss, Maynard, E. H. Johnston, O'Donnovan, etc., todas personas muy inteligentes, algunos bien conocidos como autores, periodistas, pintores, escultores, músicos, etc.

El 17 de diciembre fue nuestro último día pasado sobre el suelo americano. H. P.B. escribe en el diario: ¡"Gran día! Olcott ya embalando... ¿después?, todo está oscuro pero tranquilo". Después en letras grandes, se ve el grito de alegría: "*¡Consumatum est!*" Este es el último párrafo: "Olcott volvió a las 7 de la tarde con los billetes para el vapor inglés *Canadá* y quedó escribiendo cartas hasta las 11,30.

[82] Recientemente (mayo del 1895), envié estas hojas de estaño a la casa Edison de Londres para saber si se las podría reproducir sobre los actuales cilindros de cera y conservarlas así para la posteridad. Desgraciadamente no se pudo sacar nada de ellas porque las marcas hechas por la voz, estaban todas aplastadas. Es una lástima muy grande, porque, de nos ser así, se hubiera podido obtener varios ejemplares del original y la fuerte voz de H.P.B. hubiese podido resonar en nuestras reuniones del mundo entero el día del Loto Blanco, aniversario de su muerte.

Curtis y Judge pasaron ahí la velada. Maynard llevó a cenar a su casa a H.P.B. (nótese el empleo de la tercera persona). Volvió a la nueve de la noche. El le regaló una petaca para su tabaco. ¡Carlos se ha perdido! (nuestro gran gato). Hacia media noche H.S.O. y H.P.B. se despidieron de la araña del gas y tomaron un coche para ir hasta el barco". Así termina el primer volumen de la Historia de la Sociedad Teosófica con la partida de sus fundadores, que dejan América.

ACONTECIMIENTOS	Fechas	Núm. de Ramas
Formación de la Sociedad Teosófica	1875	—
La Sociedad decrece	1876	—
Publicación de "Isis"	1877	—
Formación de la primera Rama (en Londres)	1878	1
Parten de Nueva York los dos fundadores.		
El Cuartel General en Bombay		
Fundación del "Theosophist"	1879	2
Los fundadores en Ceilán	1880	10
Los fundadores en Simla	1881	25
Cuartel General en Madrás	1882	52
Primera gran jira de H. S. O. en la India .	1883	95
Complot de los Coulomb y de los misioneros	1884	107
H. P. B. se radica en Europa. — Segunda jira de H. S. O. por la India	1885	124
Formación de la Sección Norteamericana	1886	136
Tercera jira de H. S. O. por la India. — H. P. B. se instala en Londres	1887	158
Formación de la Logia Blavatsky	1888	179
Annie Besant ingresa en la Sociedad	1889	206
Formación de la Sección Británica	1890	241
Muerte de H. P. B. — Viaje de H. S. O. alrededor del mundo. — Formación de la Sección Europea	1891	279
Primera jira de Annie Besant por la India	1892	304
Comisión instructora de Londres para incoar el proceso de Guillermo Q. Judge .	1893	352
	1894	394

El pasado: tres años de luchas, de obstáculos vencidos, de planes rudimentarios en parte ejecutados, trabajo literario, deserciones entre los amigos, batallas con los adversarios, el establecimiento de fuertes cimientos para el edificio que debía surgir con el tiempo, para la reunión de las Naciones, y que entonces no se preveía aún. Porque Habíamos hecho una construcción mejor que lo que creíamos; por lo menos, yo no lo sabía.

El porvenir; no leíamos nada en él, y las propias palabras de H.P.B. lo demuestran bastante: "Todo está oscuro, pero tranquilo". La maravillosa difusión de nuestra Sociedad no había siquiera orzado nuestra imaginación.

Uno de nuestros antiguos miembros, que tenía un cargo en la Sociedad, ha

publicado que la Sociedad estaba muy bien muerta antes de nuestra salida para la India; el cuadro adjunto hará ver que si se vió reducida casi a nada, comenzó a resucitar en cuanto su centro ejecutivo fue transportado al Indostán.

Pasamos a bordo una noche bien mala, entre el frío muy vivo, la humedad de las sábanas, la falta de calefacción y el cruel estrépito de las grúas subiendo la carga. En lugar de levar temprano, el vapor no dejó el muelle hasta las dos y media del día 18. Después, por no haber alcanzado a la marea, tuvo que fondear a la altura de Coney Island, y no pasó Sandy Hook hasta el 19 a mediodía. Por fin navegábamos por el azulado mar, con rumbo a nuestra tierra prometida y el porvenir me embargaba el espíritu de tal modo, que en lugar de quedarme en el puente para ver desaparecer l tierra de América, bajé a mi camarote para buscar Bombay en el mapa de la India.

COMIENZOS DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA EN LA INDIA

INTRODUCCIÓN

El diario que me ha servido para escribir la siguiente serie de capítulos, fue comenzando en enero de 1878, tres años después de la formación de la Sociedad Teosófica en Nueva York por la señora Blavatsky, yo mismo y varios otros; desde entonces lo he llevado con regularidad. He publicado con el título: *Old Diary Leaves,* una primera serie que describe el período que transcurrió entre mi encuentro con mi gran colega, en 1874, y nuestra partida de Nueva York para Bombay en diciembre de 1878. Reanudó el hilo de mi relato desde ese momento, y llegaré hasta la primavera de 1884; incluiré así los acontecimientos nuevos e interesantes que acompañaron el establecimiento de nuestro movimiento en la India y en Ceilán, los cuales fueron seguidos de tan importantes resultados. No he omitido nada que tuviese algún valor, y no he cambiado nada en los documentos. Me siento orgulloso al poder decir que aunque esas memorias han sido publicadas mensualmente en el *Theosophist* desde marzo de 1892, y leídas por centenares de lectores, testigos oculares de los acontecimientos relatados, nadie ha objetado nada a mi sinceridad, y no se me ha indicado más que una ligera inexactitud.

Uno de mis principales motivos para emprender este trabajo, era el deseo de dejar detrás de mí, para servir a los futuros historiadores, un bosquejo lo más parecido posible, del gran enigma que fue Helena Petrowna Blavatsky, cofundadora de la Sociedad Teosófica. Afirmo pro mi honor que no he escrito ni una palabra sobre ella o sobre sus actos, que no haya sido dictada por una perfecta fidelidad hacia su memoria y hacia la verdad. Ni una línea que deba su origen a un resentimiento. La conocí con carácter de compañera, de amiga, de colega, y como mi igual (en este plano). Todos sus otros colegas han sido sus discípulos, o amigos ocasionales, o simples corresponsales, pero ninguno la conoció tan íntimamente como yo, porque nadie la ha visto, como yo la ví, en todas sus faces de humor, de actitud y de carácter. La Helena Petrowna, bien viva, siempre perfectamente rusa; la madame Blavatsky, recientemente desembarcada de la bohemia parisiense; y la

madame Laura, cuyas guirnaldas y ramos de flores de su jira de conciertos en 1872–73, por Italia, Rusia y otros países, no estaban aún marchitos cuando llegó a Nueva York pasando por París, han sido todas bien conocidas por mí, así como más tarde la "H.P.B." de la Teosofía. No podía ser para mí. Que la conocía tan bien, lo que fue para muchos toros, una especie de diosa, inmaculada, infalible, la igual de los Maestros de Sabiduría, sino una mujer extraordinaria, que llegó a ser el canal de grandes enseñanzas, el agente encargado de una tarea grandiosa. Y precisamente a causa de que yo la conocía mucho mejor que nadie, me parecía ser un mayor misterio que a los demás. Era muy fácil a quienes no la veían más que diciendo oráculos, escribiendo aforismos profundos, o revelando una tras otra las claves de la sabiduría oculta en las antiguas escrituras, considerarla como un ángel que estaba de paso en la tierra, y besar sus huellas. Para esos, ella no era una enigma. Pero para mí, su colega más íntimo, mezclado en los detalles prosaicos de su diaria existencia, ha quedado siendo un insoluble problema. Yo no sé hasta qué punto su vida de vigilia era la de una personalidad responsable, y en qué grado su cuerpo estaba dirigido por una entidad extraña a él. Si no se la considera más que como médium de los grandes Maestros, y nada más, el enigma es fácil de resolver, porque esta hipótesis explica los cambios de ideas, de carácter, de gustos y de afectos, de los cuales ya hablé en el precedente volumen. La Helena Petrowna de París, de Nueva York y de Italia, se liga entonces a la H.P.B. De los últimos tiempos, Y esto no es lo que significa la siguiente frase, escrita por su mano en mi diario, el 16 de diciembre de 1878: "*hemos* vuelto a tomar frió, según creo. ¡Oh, pobre cuerpo viejo, vació y descompuesto"!

¿Vacío? ¿De qué? ¿De su habitante legítimo? De otro modo, por que habría escrito esto de su propia mano, pero con una escritura algo diferente la suya? Nunca sabremos la verdad. Si vuelvo siempre a este problema. Es porque a medida que estudio más profundamente los acontecimientos pasados, me parece más y más insoluble. Dejemos esto y reunámonos con los peregrinos de Nueva York en sus camarotes del "Canadá", al partir para Londres un crudo mes de diciembre.

Adyar, 1899

CAPÍTULO

V I A J E P O R M A R

Aunque dejamos el suelo americano el 17 de diciembre, quedamos en aguas americanas hasta las doce y treinta del 19, esperando la marea. ¡Es difícil imaginarse el estado de H.P.B.! Tronaba contra el capitán, el piloto, el mecánico, los propietarios, y hasta contra la marea. Mi diario debe haber estado en su maleta, porque veo que ella escribió en él:

"Tiempo soberbio. Claro, azul, sin nubes (el cielo), pero endiabladamente frío. Accesos de miedo hasta las once. *El cuerpo es difícil de gobernar*… Por fin el piloto nos hace pasar Sandy Hook Bar. ¡Afortunadamente nos hemos encallado!… Comiendo siempre – a las 8, a mediodía; a las 4 a las 7. H.P.B. Come como tres cerdos".

No he sabido el sentido de la frase escrita por H.P.B. en mi diario. El 17 de diciembre de 1878: "todo está oscuro, pero tranquilo", sino cundo en Londres su sobrina me tradujo un extracto de una carta escrita por H.P.B. a su hermana (la señora Jelihowska) desde Londres, el 14 de enero de 1879. Helo aquí:

"Parto para la India. Sólo la Providencia sabe qué provenir nos espera. Al vez esos retratos sena los últimos. No olvides tu hermana *huérfana*, que ahora lo es en el absoluto sentido de la palabra.

Adiós. Saldremos de Liverpool el 18. ¡Que los poderes invisibles os protejan a todos!

Escribiré desde Bombay, *si es que llego*.

Londres, enero 14 de 1879.

Elena".

¿Se es que llego? Por lo tanto, ¿no estaba segura de ello? ¿Aquella predicción de Nueva York, podría realizarse? Muy bien; pero entonces a qué se reduce la historia tan corriente de que antes de salir de América ella ya sabía todo lo que había de suceder en el provenir? Las dos cosas no concuerdan.

Sólo éramos diez pasajeros a bordo. Nosotros tres: H.P.B., Winbridge y yo, un clérigo de la Iglesia Anglicana y su esposa, un alegre y rubicundo joven hacendado del Yorkshire, un capitán anglo-indo y su esposa, y otro señor con otra señora. Ya podrá imaginarse lo que fue esa travesía para el infortunado clérigo, entre el mareo y sus diarias batallas con H.P.B.... Y sin embargo, aunque ella no le ahorrase su opinión sobre los miembros del clero, usase expresiones que lo hacían saltar, él tuvo un espíritu bastante amplio para apreciar su nobles cualidades y casi llorar al decirle adiós. ¡Llegó hasta enviarle su retrato y pedirle el suyo en cambio!

El buen tiempo no duró más que tres días. El 22 todo cambió, y como H.P.B. lo anotó en mi diario: "Viento y tempestad. Lluvia y niebla invaden el salón. Todo el mundo enfermo, salvo la señora Wise y H.P.B. Molones (yo) canta". Volvió el buen tiempo, seguido esa misma tarde por un terrible huracán, durante el cual el capitán nos contaba horribles historias de náufragos y ahogados. Después de esto, los demonios de las tempestades nos persiguieron como si hubiese sido pagado por los enemigos de la Sociedad. Hubiérase dicho que todos los vientos encerrados en odres por Eolo en provecho de Ulises, se hubieran escapado y festejasen su alegría. Del 20 al 30 de diciembre, veo en mi diario: "Continúan los días y las noches de fastidio, de removimiento y de miseria. De noche uno está como un volante entre dos raquetes, de día, las horas son tan largas que parecen días. Un pequeño grupo heteróclito de pasajeros que están hartos los unos de los otros". H.P.B. escribió un día: "Noche de rolidos. H.S.O. enfermo en cama; esto es monótono, estúpido y cansador. ¡Oh! ¡la tierra! ¡Oh! la India *y el hogar*"?

Nos quedamos levantados para dar la bienvenida al año nuevo; a medianoche la campana de a bordo tocó dos veces el cuarto, y, según la costumbre, hubo un estrépito de campanillas, cacerolas, y en las máquinas, barras de hierro y otros objetos sonoros. Entramos en la Mancha el día de año nuevo, con una espesa niebla, símbolo de nuestro porvenir desconocido. Obligados a avanzar muy lentamente, tomamos un piloto, un hombre muy viejo con aire de fósil, a las dos y media, y a las cinco tuvimos que anclar frente al Deal. El capitán se dio cuenta enseguida de que el piloto tenía la vista estropeada y no distinguía una luz roja de una verde; seguramente nos hubiera sucedido alguna desgracia sin la vigilancia del capitán Summer, un hombre notable, que honraba a la marina mercante inglesa. Si el piloto hubiese visto bien, hubiera podido enfilar el Támesis y ahorrarnos sí un día entero

de penuria en la Mancha.

En fin, como la niebla seguía siendo muy densa, nos fue preciso navegar con precaución, tanto, que tuvimos que anclar otra vez la segunda noche, y no llegamos hasta el siguiente día a Gravesend, donde tomamos el tren para Londres; así terminó la primera etapa de nuestro largo viaje.

El doctor Billing y su señora nos ofrecieron una encantadora hospitalidad en su casa de Norwood Park, la que se convirtió en el lugar de reunión de todos nuestros amigos y corresponsales de Londres. Entre otros, citaré a Staiton Moses, Massey, el doctor Wyld, el rev. Aytoun y su señora, Enrique Wood, Palmer Thomas, los Ellis, A. R. Wallace, varios indos estudiantes de medicina o derecho, la señora Knowles y otros. Yo presidí, el 5 de enero, una reunión de la Sociedad Teosófica Británica, en la cual hicieron elecciones.

Todo nuestro tiempo en Londres fue ocupado por los asuntos corrientes de la Sociedad, las visitas que recibimos y las excursiones al Bristish Museum y otras partes; todo esto sazonado con fenómenos por H.P.B., y con sesiones en casa de la señora Hollis-Billing, cuyo espíritu guía "Ski", es conocido de nombre en el mundo espiritista entero.

Pero el incidente más notable de nuestra residencia en Londres fue el encuentro de un maestro por tres de nosotros, al bajar por la calle Cannon. Esa mañana la niebla era tan densa que no se veía la otra acera, y Londres se mostraba bajo su más desfavorable aspecto. Las dos personas que iban conmigo, le vieron antes, porque yo estaba del otro lado y ocupado en mira algo. Pero cuando lanzaron una exclamación, me volví con rapidez y mis ojos se encontraron con los del Maestro, que me miraba por encima de su hombro. Yo no lo conocía, pero reconocí el rostro de un Ser Superior, porque una vez visto el tipo, no pude ser confundido. Así como la gloria del sol es bien diferente de la luz de la luna, igualmente el esplendor de la cara de un hombre o de una mujer de bien, no es la luz trascendente de un adepto; a través de la arcilla de la lámpara del cuerpo, como dijo el sabio Maimónides, se percibe el fulgor de la interna llama del espíritu transformado. Continuamos los tres nuestro camino por la ciudad; en cuento llegamos a la casa del doctor Billing, su señora y H.P.B. nos dijeron que el Hermano había venido y dijo que nos acababa de encontrar en la ciudad, citando nuestros nombres. La señora Billing nos contó

algo interesante. Dijo que, aunque la puerta de la calle estaba cerrada y con cerrojo, como de costumbre, de manera que nadie podía entrar sin llamar, al ir de su salón a la habitación de H.P.B., pasando por el vestíbulo, casi cayó en brazos de un extranjero que se hallaba entre la puerta de entrada y la del cuarto de H.P.B. Lo describió como un indo muy alto y hermoso, con una mirada sumamente penetrante, que parecía penetrar en ella. Al pronto se sintió tan sorprendida que no pudo pronunciar ni una palabra, pero el extranjero dijo: "Desearía ver a la señora Blavatsky", y si dirigió a la habitación que esta ocupada. La señora Billing le abrió la puerta y le rogó que entrase. El fue directamente a H.P.B., y después de haberle hecho un saludo oriental, comenzó a hablarle en un idioma cuyas asonancias eran por completo desconocidas de la señora Billing, a pesar de que su oficio de medium, que ejercía desde largo tiempo, le hizo relacionarse con personas de muy diferentes nacionalidades. Como es natural, ella quiso salir del cuarto, pero H.P.B. el pidió que se quedase y que no se ofendiera al verles utilizar una lengua extranjera, porque tenían que tratar asuntos ocultos.

No puedo decir si ese indo misterio trajo en realidad a H.P.B. un recrudecimiento de poderes, pero durante la cena, esa misma noche, hizo feliz a su huéspeda, sacando para ella, de debajo de la mesa, una tetera japonesa de extrema ligereza. Creo que eso fue a petición de la señora Billing, pero no estoy seguro. Hizo también que Massey hallase en el bolsillo de su abrigo, que estaba en el vestíbulo, un tarjetero indo con incrustaciones. Mas sólo me limito a citar estos hechos, porque fácilmente podrían ser explicados por la hipótesis de un engaño, si se quisiera dudar de su buena fe. Otra cosa que también nos asombró a todos –poco dispuestos, como estábamos entonces, a la crítica– como muy extraordinaria: el 6 de enero por la noche, "Ski" me dijo que fuese a la exposición de las figuras de cera de la señora Tussaud, y que debajo del pie izquierdo de la figura 158, yo encontraría una carta, dirigida a mí por cierto personaje. Al día siguiente, por la mañana, fuimos a la exposición el rev. Aytoun, el doctor Billing, el señor Wimbridge y yo, y hallamos dicha carta en el sitio anunciado. Pero en mi diario veo escrito que H.P.B. y la señora Billing fueron el 6 de enero, por la mañana, al British Museum, y ya que salieron de la casa, nada impide que hubieran ido a la exposición de la señora Tussaud se así lo hubiesen acordado. De suerte que, desde el punto de vista de la S.P.R., el caso no tiene ningún valor, aunque entonces creí, como

tuvimos el placer de oír “Ski” que nos decía ser el mensajero de los Maestros y nombró a varios de ellos. También, en la oscuridad, me arrojó un gran pañuelo de sea que medía más de un metro cuadrado y sobre el que estaban escritos varios de sus nombres.

La noche que siguió a esa, después de cenar, H.P.B. nos explicó la dualidad de su personalidad y la ley en virtud de la cual se producía esta doble personalidad. Admitió sin restricción que no era la misma persona en momentos diferentes; y nos dio una sorprendente prueba de la verdad e esa afirmación. Mientras charlábamos en una media luz, ella quedó silenciosa cerca de la ventana, con las dos manos sobre las rodillas. De pronto nos habló para atraer nuestra atención y una de sus manos era tan blanca y hermosa como de costumbre, mas la otra era una mano larga, de hombre, una mano oscura de indo; y como la miráramos con sorpresa, vimos que también sus cabellos y cejas habían cambiado de color, para volverse negros como la pez. Llámase a esto una *mâya*, pero ¡qué mâya tan magnífica, producida sin pronunciar ni una sola palabra de sugestión. Es posible que haya sido una mâya, porque recuerdo que al día siguiente, por la mañana, sus cabellos estaban todavía bastante más oscuros que de costumbre, y sus cejas eran negras. Ella misma lo percibió al verse en el espejo del salón y me dijo que había olvidado de borrar todo rastro del cambio; después, volviéndome la espalda, se pasó las manos por la cara y los cabellos dos o tres veces, y cuando se volvió, ya había recobrado su apariencia habitual.

El 15 de enero” nuestro equipaje más importante' salió para Liverpool. El 17, promulgué el nombramiento interino del general Doubleday para desempeñar las funciones de presidente de la Sociedad Teosófica y en las mismas condiciones al señor David A. Curtis como secretario de correspondencia, y a G. V. Maynard como tesorero. Guillermo Q. Judge había sido ya elegido secretario archivero. Estas disposiciones tenían por objeto atender a la administración del Cuartel General de Nueva York hasta que hubiésemos decidido del porvenir de la Sociedad, después de nuestra llegada a Bombay. Esa misma noche salimos de Londres para Liverpool, después de una deliciosa permanencia de quince días entre nuestros queridos amigos y colegas. Varios de ellos nos acompañaron a la estación, y me acuerdo como si fuese ayer, que me estuve paseando por la sala de espera con el doctor Wyld, hablando de temas religiosos. El día siguiente lo pasamos en Liverpool, y a las cinco nos embarcamos

en el “Speke Hall” con una fuerte lluvia. El barco era sucio y de feo aspecto; de modo que con la lluvia, el olor de alfombras y tapicerías mojadas en los salones y camarotes, y el aire desconsolado de nuestros compañeros de viaje, tan mal impresionados como nosotros, todo era de mal augurio para nuestra larga travesía. Ruido y suciedad al partir de Nueva York; ruido, suciedad y malos olores al salir de Liverpool; para conservar el valor, nos eran necesario todos nuestros sueños de una India inundada de sol, y la imagen encantada que nos forjáramos de nuestros futuros amigos indos.

La noche del 18 la pasamos en la Mersey, y la partida tuvo lugar al alba. Mi diario refleja de este modo nuestras primeras impresiones: “A bordo, todo está en un estado lamentable. El barco está cargado como para irse a pique –según me parece– de carriles de hierro. La mar está gruesa y sin cesar embarcamos olas. Wimbridge y yo, ocupamos un camarote a proa sobre el puente, y no tenemos comunicación interior con el salón popa. Un hombre no acostumbrado al mar, ariesgaría su vida si tratase de atravesar el puente. Hay que creer que los camareros de a bordo no se sienten mejor que los pasajeros, puesto que hasta las tres no nos sirven la comida”. El día siguiente no fue mejor, y sin una cesta de mantecados que nos habían regalado en Londres, y que por suerte fue puesta en nuestro camarote, hubiéramos sufrido hambre. Durante este tiempo, H.P.B. escandalizaba a sus compañeros de viaje y a los criados; a todo el mundo, salvo una o dos excepciones, chocaba su manera de jurar y sus opiniones antirreligiosas, y la declaraban insoportable. A causa de una ola más fuerte que las otras, H.P.B. fue arrojada contra la pata de una mesa del comedor y se lastimó la rodilla. Al tercer día, nos envió una orden imperativa para que compareciéramos ante ella; después de habernos subido los pantalones hasta la rodilla, con los zapatos y calcetines en la mano, nos lanzamos al puente, que estaba cubierto de agua, entre los rolidos del barco. El salón se encontraba en una estado inverosímil: la alfombra quitada, agua y cosas mojadas por todas partes, y olores como pueden imaginarse en un barco que no ha podido ser ventilado en tres días. H.P.B. estaba acostada en su camarote, con la rodilla enferma, y a través de los pequeños camarotes se oía su voz de Estentor, llamando a la camarera. ¡Oh, golfo de Vizcaya! ¡Qué acogida nos hiciste, a nosotros, obres víctimas del mareo!

Durante la noche del 23 de enero, pasamos el cabo Finisterre, que nos libró de ese horrible golfo. Pero ese día no pudo tomarse la altura del sol, y al pasar de nuestro camarote al salón nos parecía atravesar un foso lleno de agua o una presa de molino. Por fin al otro día el tiempo mejoró y nos vimos entre un mar de zafiro y un cielo de azul, en un aire embalsamado y primaveral, de suerte que todos los míseros pasajeros se arrastraron hasta el puente para reponerse al sol. Las costas de

Africa, de un color opalino, aparecían a través de una bruma perlada, como fantasmagóricos acantilados. Pasamos una noche en malta para embarcar carbón y salimos al día siguiente, cubiertos de polvo de carbón en todos los rincones posibles y para colmo, el mal tiempo volvió a apoderarse de nosotros casi enseguida de salir del puerto. El pobre barco rolaba y cabeceaba como un loco, y embarcaba olas que no se hubieran sentido en un buque menos cargado. ¡Adiós el ánimo de los pasajeros, todos mareados! Pero hubo una compensación: H.P.B., que hasta entonces pasó el tiempo burlándose despiadadamente de nosotros y riéndose de nuestra debilidad, poniéndose como ejemplo, de pronto vencida por su Karma, se sintió tan mareada como los otros. De más está decir que sus ironías le fueron devueltas sin misericordia.

Llegamos a Port Said el 2 de febrero, e hicimos una visita a la ciudad, seguida del bendito reposo de dos días y dos noches en el canal. Como se ve, era antes de que la instalación de unos poderosos reflectores permitiera el paso nocturno por el canal. En la aurora del tercer día, entramos por fin en el mar Rojo, dando así comienzo a nuestra tercera etapa marítima hacia el país e nuestros deseos. En Suez encontramos cartas de nuestros amigos indos, lo que aumentó aun más nuestra febril impaciencia por alcanzar nuestro destino. La luna rielaba como plata las aguas del golfo de Suez y nos parecía navegar por un mar de ensueño. Nada sucedió hasta el 12, que reventó un tubo en caldera: hubo que detenerse para repararlo, y como la reparación estalló de nuevo al día siguiente, nos detuvimos otra vez, perdiendo un tiempo precioso y rabiando por esa detención casi ante el puerto. Finalmente, el 16 por la mañana entramos en el puerto de Bombay. Yo me había quedado sobre el puente hasta la una de la mañana, admirando la majestad del cielo indo, y esforzándome por distinguir el primer resplandor de las luces de Bomba.

Por fin aparecieron, al emerger un faro del mar, y me fui a descansar esperando la llegada del día. Pero antes de la salida del sol, ya estaba de pie en el puente, y mientras íbamos a amarar al cuerpo muerto[83], yo me saciaba contemplando el panorama del puerto, que se desplegaba ante mí. Ante todo, pedimos que se nos mostrase Elefanta, porque era para nosotros el símbolo y la representación de la

[83] Llámese cuerpo muerto a un ancla muy grande y pesada o a un peso de hierro en forma de casquete esférico, que se fondea en un sitio conveniente. De dicho peso una cadena hasta la superficie del agua, lo suficientemente larga para que sobre de las más altas mareas. En su extremo, la cadena tiene un cáncamo giratorio donde el barco es amarrado. El cáncamo está mantenido a flote por una boya. También se llama cuerpo muerto al que sirve para fondear una baliza. (N. del T.)

India antigua, la Bharatavarsha sagrada, que nuestros corazones aspiraban a ver revivir en la India actual. Pero, ¡ay!, al volverse hacia el promontorio de Malabar-hill, el sueño se desvanecía. La India que veíamos, era la de los bungalows suntuosos, encuadrados en ricos jardines a la inglesa y el lujo que anuncia la gran fortuna hecha en el comercio colonial. La Aryâvarta de los tiempos de Elefanta, se borraba ante el crudo esplendor del nuevo orden de cosas, en el cual ni la ciencia ni la filosofía toman parte, y que reconoce por divinidad tutelar al ídolo real acuñado en las rupias de plata. Uno se acostumbra a ello, pero la sensación primera fue una desilusión.

Apenas se arrió el ancla, cuando tres indos llegaron a buscarnos. Todos nos parecían desconocidos, pero cuando nos dijeron sus nombres, les tendí mis bazos y los estreché contra mi corazón; eran Mooljee Thackersey, el pandit Schiamji Krishnavarma y M. R. Ballajee, todos miembros de la Sociedad. No era raro que no hubiese reconocido a Mooljee, con el pintoresco traje de su casta Bhattia, el dhoti, túnica de muselina blanca, y el turbante rojo en forma de casco, con la punta hacia delante, encima de la frente. En 1870, cuando atravesé el Atlántico con él, iba vestido a la europea, y no se parecía nada al indo de ahora. El nombre de Schiamji ha llegado a ser célebre en Europa, conocido como famoso pandit que ayudó al profesor Monier-Williams en sus trabajos. Siempre sentimos por él, H.P.B. y yo, un afecto paternal. Nuestros tres amigos habían pasado la noche en su embarcación esperándonos, y estaban tan encantados de vernos como nosotros de desembarcar. Fue una desilusión la ausencia de Hurrychund Chintamon, nuestro principal corresponsal y hasta entonces el más respetado. Como no se dejaba ver, fuimos a tierra en la barca de los otros, y mi primer movimiento, al atracar en el Apollo Bunder, fue prosternarme para besar el primer escalón. Por fin, por fin, pisábamos ya el suelo sagrado, el pasado estaba olvidado, también nuestra penosa y peligrosa travesía, la angustia de las esperanzas falladas, era reemplazada por la alegría delirante de hallarnos en el país del los Rishis, cuna de todas las religiones, residencia de los Maestros, patria de nuestros hermanos y hermanas de piel oscura, con los cuales soñábamos vivir y morir. Todo lo que nuestros compañeros de viaje habían podido decirnos a bordo acerca de su debilidad moral, de su hipocresía, de su mala fe, y su incapacidad para inspirar el menor respeto a los europeos, fue olvidado. Porque los amábamos a causa de sus antepasados, y estábamos dispuestos

a quererlos por ellos mismos, a pesar de todas sus imperfecciones presentes. Y debo decir, en lo que me concierne, que mis sentimientos no han cambiado hasta hoy. Verdadera y realmente, es mi pueblo, su país es mi país, que la bendición de los Sabios sea con ellos y quede con ellos siempre. Amén.

CAPÍTULO II

INSTALACION EN BOMBAY

La divinidad del sol indo no nos ahorraba la quemadura de su mano sobre nuestras cabezas, mientras aguardábamos en el embarcadero; la temperatura del medio día a mediados de febrero es una sorpresa para los occidentales, y tuvimos el tiempo necesario para apreciar su fuerza, antes de que el señor Hurrychund llegase a socorrernos. Precisamente había ido al barco cuando acabábamos de desembarcar y nos obligó a esperarle así en el muelle ardiente, donde el aire vibraba de calor alrededor de nosotros.

No recuerdo que otra persona, además de los tres indos ya mencionados y de Hurrychund, viniese a recibirnos a nuestra llegada, lo que causó un gran descontento entre los miembros de la Arya Somaj, que acusaron a su presidente, Hurrychund, e que con intención no les previno de nuestra llegada para poder guiarnos para sí.

Las calles de Bombay nos encantaron con su carácter oriental tan marcado. Las altas casas estucadas, los trajes, nuevos para nosotros, de la enorme población asiática, los sorprendentes vehículos, la intensa impresión producida en nuestro sentido artístico y la realidad de encontrarnos por fin en el lugar tanto tiempo deseado, entre nuestros queridos paganos, después de tantas tempestades, todas esas intensas emociones, nos llenaban de alegría.

Antes de salir de Nueva York, escribí a Hurrychund que nos alquilase una casita conveniente en el barrio indo, y que nos tuviese los criados mas indispensables, con la intención e no gastar nada en lujo inútil. Cuando llegamos, nos condujo a una casa *de su propiedad*, en un sitio bastante triste, junto a su taller fotográfico. Por cierto que era bastante pequeña, pero estábamos tan decididos a encontrar todo perfecto, que nos declaramos satisfechos. Las hojas de los cocoteros se balanceaban sobre nuestro techo y flores indas embalsamaban el aire; después de los horrores de la travesía, nos parecía estar en el paraíso. Las esposas de nuestros amigos vinieron a ve a H.P.B., y la señorita Bates y cierto número de parsis e indos, nos visitaron en

masa. Pero la gran afluencia de visitas no comenzó hasta el día siguiente, y Wimbridge –un artista– y yo, pasamos horas enteras observando el vaivén de la muchedumbre en la calle, mareados con innumerables cuadros vivos que venían a tentar lápices y pinceles; todo lo que pasaba, animales, carros, o personas, era un modelo par artistas.

En el "Speke Hall" adquirimos una relación que se convirtió en larga amistad, la del señor Ross Scott, B. C. S., hombre de carácter noble, un verdadero irlandés en el mejor sentido e la palabra. Sus largas conversaciones con nosotros, respecto a la filosofía oriental, la decidieron a ingresar en nuestra Sociedad. Vino a vernos la noche que desembarcamos, y consiguió de H.P.B. un fenómeno que yo todavía no había visto. Estaba sentado con ella en el sofá y yo estaba de pie junto a una mesa en el centro de la sala, cuando Scott reprochó a H.P.B. que le dejase partir para el Norte, a hacerse cargo de su puesto oficial, sin haberle dado la menor prueba de la existencia en el hombre, de los poderes psíquicos de los que con tanta frecuencia hablara. H.P.B. le quería mucho y accedió a su deseo. ¿"Qué desea V. que haga"?, le preguntó. El tomó el pañuelo que ella tenía en la mano, y mostrando su nombre "Helioma", bordado en un ángulo, le contestó: "Pues bien, que desaparezca este nombre y que otro le reemplace". ¿Qué nombre quiere V"? Scott, mirando hacia nosotros, señaló a nuestro huésped y dijo: "Que sea Hurrychund". Nos acercamos al oír esas palabras, para ver lo que iba a pasar. H.P.B. pidió que tuviese firmemente en su mano la punta del pañuelo, mientras ella sujetaba la punta opuesta. Al cabo de un minuto más o menos, le dijo que mirase. El obedeció y vió que los nombres habían sido cambiados el uno por el otro, y se veía en de Hurrychund, bordado del mismo modo. En el colmo del entusiasmo, Scott exclamó: ¡"He ahí lo que ningún profesor en el mundo podría hacer! Ahora ¿qué pensar de la ciencia? Señora, si usted quiere darme ese pañuelo, yo daré a cambio de él 5 libras a la Arya Somaj". "Se lo doy con gusto", respondió H.P.B., y él contó en seguida cinco soberanos en la mano de Hurrychund. No recuerdo que este incidente fuese comunicado a la prensa, pero pronto fue contado por una docena de testigos oculares, y contribuyó a que se acrecentase el interés que la llegada de nuestro grupo excitaba entre los indos cultos.

Hubo recepción el 17 de febrero en el taller fotográfico, y concurrieron unos 300 invitados. Se nos hizo el cumplimiento de costumbre, con los collares de flores,

los limones y el agua de rosas de rigor, y H.P.B., Wimbridge y yo, dimos las gracias lo mejor que nos lo permitió la profunda emoción que nos dominaba. Veo en mi diario: "Se me saltaron las lágrimas. Por fin llegó el momento tan esperado, y me encuentro frente a mis verdaderos compatriotas". Era una perfecta felicidad que venía del corazón de acuerdo con la razón, y no una emoción súbita y fugitiva destinada a desaparecer pronto, para dar lugar a la desilusión y al disgusto.

Al día siguiente se organizó una expedición para ver la fiesta del Shivarâtri en Elefanta. Ibamos como niños a un paseo campestre. Por lo pronto, el barco tan raro de forma y de aparejo, después las antiguas grutas y sus gigantescas esculturas, en la penumbra; enormes lingams, de un desagradable color rojo y cubiertos de flores; peregrinos que se bañaban en un estanque próximo y pasaban en procesión alrededor del Shivalingam; los *Pujaris* tocaban las sienes de los fieles con agua que había refrescado el símbolo; la muchedumbre –nueva para nosotros– tan pintoresca; los fakires llenos de ceniza, implorando la caridad, mientras se mantenían en las posturas más incómodas; las bandas de chiquillos; los vendedores de bombones; los prestidigitadores, que hacían crecer el mango tan mal que cualquiera podía ver la trampa; después la merienda en la terraza del guardián, sitio desde donde se podía ver de una ojeada, en el primer plano la multitud ondulante y bulliciosa, y el gran puerto bajo el azul sin mancha, con las torres y los techos de Bombay en último plano. Finalmente, vino el regreso, a vela y con buen viento, nuestra embarcación volaba sobre las olas y ganó en su carrera a un balandro particular europeo, que hacía el mismo camino. Después de veinte años, reveo ese cuadro en mi memoria, como si fuese un panorama recientemente pintado.

Nuestros visitadores eran cada día más numerosos: un salón lleno de parsis, acompañados con sus mujeres e hijos, era reemplazado apenas habían partido, por otro con igual número de familias indas. Un monje jaino, negro, con la cabeza afeitada y el cuerpo desnudo hasta la cintura, vino con un intérprete a presentarme numerosas preguntas sobre la religión. Nos enviaban frutas con votos de bienvenida. En el teatro de Elphinstone, se dio en nuestro honor una representación especial del drama indo *Sitaram*. Nos vimos colocados en un palco muy a la vista y todo decorado con guirnaldas de jazmines y de rosas, se nos dio grandes ramos y refrescos, y cuando nos levantamos para retirarnos, hubo que escuchar un saludo que se nos leyó desde el escenario. Faltaba bastante para que la

obra concluyese, pero nuestras fuerzas habían llegado a su límite: llegamos al teatro a las nueve de la noche, y salimos de él a las 2,45 de la mañana. Mas esa noche de fiesta fue seguida al otro día por nuestra primera copa de amargura. Después de largos esfuerzos, obtuvimos de Hurrychund que nos presentase sus cuentas; ¡qué desastre! Nuestro benévolo huésped nos presentaba una fantástica factura por el local, el servicio, las reparaciones en la casa, y ni siquiera olvidaba el precio del alquiler de las trescientas sillas para la recepción y el gasto del telegrama que nos envió pidiéndonos que apresurásemos nuestra partida! El golpe me anonadó, porque por ese camino, pronto nos encontraríamos en seco. Sin embargo, todo el mundo oyó y comprendió que éramos los invitados de aquel hombre. Hubo reclamaciones y explicaciones, y tirando del hilo, descubrimos que la considerable suma de más de 600 rupias (que en aquel tiempo valían más que ahora) que habíamos mandado por medio de él a la Arya Somaj, no había pasado de su bolsillo. Esto produjo un bonito alboroto entre sus colegas de la Somaj. No olvidaré nunca la escena que le hizo H.P.B. en una reunión de la Arya Somaj, fulminándolo con su cólera y forzándole a que prometiese una restitución. En efecto, devolvió el dinero, pero cortamos toda relación con él. Buscamos una casa nosotros mismos y hallamos una, por la mitad del precio que por la suya nos hacía pagar Hurrychund, que se había improvisado propietario. Después de comprar el mobiliario preciso, nos instalamos por dos años, el 7 de marzo, en una casita de la calle Girgaum. Así desvanecióse nuestra primera ilusión del indo progresista, patriota y ferviente; por cierto que la lección nos dolió. Era un verdadero golpe ser de tal suerte engañados y burlados apenas llegados al Indostán, peo el amor que por la India sentíamos prevaleció sobre todas las cosas, y cesando de quejarnos, continuamos nuestros esfuerzos.

Durante este tiempo, nuestro amigo Mooljee Thackersey nos encontró un criado, el joven guzerati Babula, a quien su fidelidad a H.P.B. hasta su salida de la India, hizo célebre, y al que todavía paso una pensión. Tenía una gran facilidad para los idiomas; a pesar de que cuando entró a nuestro servicio sólo tenía diez y seis años, ya hablaba el inglés, el francés y tres dialectos indígenas; además aprendió perfectamente el tamil después de seguirnos Madras.

Todas las noches efectuábamos una especie de reunión en la que eran discutidos los puntos más arduos de la filosofía, de la metafísica y de la ciencia. Vivíamos en

una atmósfera intelectual, en medio del más elevado ideal espiritual. Encuentro en mi diario, la entrada en escena de varios de nuestros amigos, que después han desempeñado un importante papel en la difusión de la Sociedad Teosófica. Entre otros conocimientos de importancia, merece citarse el de los dos hermanos Kunte, de los que uno era profesor y sanscritista famoso, y el otro médico domostrador de anatomía en el colegio médico de Grant en Bombay. De todos nuestros nuevos amigos, estos eran los más demostrativos y los mayores aduladores; sin embargo, de todos los indos que hemos conocido, el doctor fue el que resultó el más cobarde moralmente, y me inspiró el mayor desprecio. Miembro de nuestro consejo, estaba con nosotros en relaciones de la más estrecha intimidad, y era pródigo en ofrecimientos de servicios: que su casa era la nuestra, que su fortuna, sus caballos y su coche, estaban a nuestra disposición. Que nosotros éramos sus propios hermanos. Una noche ocupó, a indicación mía el sillón presidencial, mientras yo presentaba graves acusaciones formuladas por el swami Dyanand contra Hurrychund, y terminada la sesión nos separamos siendo los mejores amigos. Pero dos días después, el criado del doctor me trajo la dimisión de éste, sin una palabra de explicación. No podía yo creer lo que veía, y al principio creí que era una broma estúpida, pero corrí a su casa, y quedé estupefacto al saber que era bien en serio. Mis repetidas instancias para que diese una explicación, le sacaron por fin la verdad: el director de su colegio le había advertido que estuviese con cuidado respecto a nosotros, porque el gobierno desconfiaba de que nuestra Sociedad tuviese miras políticas! Entonces, ese médico rico, que tenía una soberbia clientela, y que no dependía del pequeño sueldo que cobraba en el colegio, en lugar de tomar nuestra defensa y demostrar nuestro absoluto apretamiento de la política, como lo hubiera podido hacer muy bien por ser uno de nuestros amigos íntimos y consejeros, se fue en seguida a su casa, a dar por escrito el testimonio de su cobardía. Cualquier inglés o norteamericano de algún valor, comprenderá con qué sentimiento de desprecio le volví la espalda para siempre. Al día siguiente, dolido por ese proceder, escribí al profesor, que puesto que su hermano temía consecuencias enojosas si seguía siendo miembro de nuestra Sociedad, yo esperaba que una equivocada delicadeza no le impidiera seguir su ejemplo si compartía sus temores; la respuesta me trajo su dimisión. Dije a otro amigo indo, que me constaba no podía prescindir de su pobre sueldo, 40 rupias al mes: "Martandrao Bhai, supongamos que al ir mañana por la mañana a su oficina, encuentra sobre su

mesa una carta oficial dándole a elegir entre la Sociedad Teosófica y su empleo, porque se nos considera políticamente sospechosos, ¿qué haría usted"? Se puso muy serio, pareció discutir interiormente el pro y el contra, y con una especia de tartamudeo que le era habitual, sacudiendo la cabeza y apretando los dientes, respondió: "Yo, yo, no po, podría re, renegar de mis principios". Le dí un abrazo, y grité a H.P.B. que se hallaba en una habitación próxima: "Venga, a ver un indo fiel y un hombre valiente". Este hombre es un brahaman maharat.

Nuestro bungalow era asediado todos los días por visitadores que se quedaban hasta altas horas de la noche para discutir cuestiones religiosas. Así fue como llegamos a conocer la diferencia que existe entre el ideal occidental y el de los orientales, y a apreciar la gran superioridad del último. Jamás se hablaba en nuestra casa de razas, de negocios o de política; las conversaciones versaban sin cesar sobre el alma, y por vez primera nos sumergimos, H.P.B. y yo, en el problema de la progresión cíclica y de sus reencarnaciones. Eramos perfectamente felices en nuestra apacible casita bajo los cocoteros; las idas y venidas de los barcos transportando ricos cargamentos, el bullicio del mercado de Bombay, la lucha terrible de la Bolsa y del mercado de los algodones, las mezquinas rivalidades de los funcionarios, las recepciones del gobernador, nada de esto rozaba nuestros pensamientos, nos complacía estar:

Olvidados del mundo y por el mundo olvidados.

Llamadnos fanáticos, entusiastas, tocados, utopistas, quiméricos, engañados por nuestra imaginación, todo lo que queráis. Pero si soñábamos, era en la perfectibilidad humana; nuestra quimera, era la Sabiduría Divina, nuestra esperanza de llevar a la humanidad hacia más nobles pensamientos y hacia una vida más pura. Y bajo las frondas de nuestras palmeras, los Mahâtmas en persona nos visitaban, y su presencia nos daba el valor necesario para proseguir nuestra labor, y nos recompensaba centuplicadamente de todos los abandonos, las burlas, el espionaje de la policía, las calumnias y las persecuciones que nos era menester soportar. Mientras ellos estuvieran con nosotros, ¿qué importaba lo que tuviésemos en contra? Lejos de se dominados por el mundo, nuestro karma nos destinaba a vencer su indiferencia, y finalmente a obligar su respeto.

Estábamos destinados sin saberlo, pero esos Adeptos los sabían muy bien, a

formar el núcleo necesario para la concentración y la difusión de esa corriente akáshica de antiguas ideas aryas, que la revolución cíclica volvía a traer el foco de las necesidades humanas. Es indispensable que un agente se encuentre en el centro de esos recrudecimiento intelectuales y espirituales, y por imperfectos que fuésemos, éramos no obstante aptos para desempeñar nuestra tarea, puesto que por lo menos poseíamos el entusiasmo simpático y la virtud de la obediencia. Nuestros defectos personales no pesaban para nada en la balanza, ante la necesidad pública. Alejandro Dumas expresa poéticamente esta idea en los *Hombres de Hierro*: "Hay momentos, dice, en los cuales ideas vagas, buscando un cuerpo para encarnar, flotan sobre las sociedades como una niebla sobre la superficie de la tierra; mientras el viento las impulsa sobre el espejo de los lagos o el tapiz de las praderas, no es más que un vapor informe, son color ni consistencia. Pero si llega a encontrarse con una altura, se adhiere a su cima, el vapor se convierte en nube, la nube se convierte en chaparrón, y mientras el vértice de la montaña se aureola con relámpagos, el agua que se infiltra secretamente, se junta en profundas cavernas, y emergiendo en la falda, viene a ser la fuente de un gran río, que creciendo sin cesar, atraviesa la comarca, o la sociedad, y se llama el Nilo, la *Ilíada*, el Po, o la *Divina Comedia*".

Hace muy poco tiempo, un sabio ha expuesto gruesas y hermosas perlas que había obtenido colocando bolas de cera en ostras de criadero, que las recubrieron, según su tendencia natural, con una capa de nácar irisado. En este ejemplo, la bola de cera no tenía ningún valor intrínseco, pero era el núcleo sin el cual la perla no se habría formado; del mismo modo, en cierto sentido, nosotros, avanzadas del movimiento teosófico, formábamos el núcleo alrededor del cual la brillante esfera de la sabiduría arya, que ahora provoca la admiración de todos los intelectuales modernos por su belleza y su valor, debía concentrarse. Personalmente, podemos haber tenido tan poco valor como la bola de cera del sabio, y no obstante, lo que alrededor de nuestro movimiento, se ha cristalizado, era de suma necesidad al mundo. Y cada uno de nuestros colegas activos constituye un núcleo semejante para la estratificación de este nácar espiritual.

CAPITULO III

COLOCACION DE LOS CIMIENTOS

Todo tiene un comienzo; hasta la intimidad tan grande del señor Sinnett con los dos fundadores de la Sociedad Teosófica, hasta el papel considerable que desempeñó en nuestro desarrollo por medio de su nombre, su reputación y sus escritos, conocieron un principio. Esto empezó por una carta fechada el 25 de febrero de 1879 –nueve días después de nuestro desembarco en Bombay–, en la que, como editor del *Pioneer*, me manifiesta el deseo de conocer a H.P.B. y a mí, en el caso de que fuésemos al interior del país, y me dijo que estaba dispuesto a publicar lo que pudiéramos tener de interesante que decir respecto a nuestra misión en la India. Como toda la prensa inda, el *Pioneer* anunció nuestra llegada. El señor Sinnett decía, entre otras cosas, que habiendo tenido la ocasión en Londres de estudiar cierto número de fenómenos mediumnímicos notables, él se interesaba más que otro periodista cualquiera en semejantes cuestiones. Su curiosidad no había podido ser enteramente satisfecha, ni su razón convencida, porque las leyes de los fenómenos no estaban aún bastante conocidas: también a causa de las condiciones por lo general por lo general poco convenientes de las experiencias, y del fárrago de afirmaciones gratuitas y de teorías aplicadas a las inteligencias ocultas detrás de ellas. Le contesté el 27, y aunque este número no me hubiese sido favorable más que esta vez, señalaba el comienzo de relaciones cuya importancia no puede ser exagerada, y de amistad preciosa. Los serviciales ofrecimientos del señor Sinnett llegaban en un momento en que era bien necesarios; nunca he olvidado por mi parte, y no olvidaré jamás, que la sociedad, lo mismo que nosotros dos, le debemos los mayores servicios. Apenas desembarcados, conocidos por nuestra simpatía por los orientales, ajenos a las ideas de los anglo-indos, establecidos en un bungalow retirado en el barrio indígena de Bombay, acogidos con entusiasmo y reconocidos pro los indos como campeones de sus antiguas filosofías, y predicadores de su religión; no habiéndonos presentado a visitar al gobernador, ni siquiera a los europeos, porque éstos no tenían más simpatía por el Indoísmo y los indos que por nosotros y nuestras intenciones, no

podíamos en realidad esperar una buena acogida de parte de aquellos de nuestro color, ni asombrarnos se el gobierno nos miraba con ojos sospechosos. Ningún otro editor de periódicos anglo-indos estaba dispuesto a ayudarnos ni a demostrar justicia al discutir nuestros proyectos y nuestras ideas. Sólo el señor Sinnett fue nuestro fiel amigo y se reveló crítico de conciencia; pero era un aliado poderoso, puesto que disponía del periódico más influyente de la India y en mayor grado que cualquier otro periodista, gozaba de la confianza y la consideración de los principales funcionarios del gobierno. Más adelante trataremos de los progresos de nuestras relaciones; que baste aquí decir que desde ese momento se estableció una activa correspondencia entre el señor y la señora Sinnett y nosotros, y que en los primeros días de diciembre del mismo año, les hicimos una visita en Allahabad, durante la cual se produjeron varios acontecimientos interesantes que serán relatados en su lugar.

Ya dije anteriormente que los parsis de Bombay se mostraron amigos nuestros desde los primeros días, nos visitaron con sus familias, nos invitaron a sus casas, cenaron con nosotros, e insistieron conmigo para hacerme presidir una distribución de premios en una escuela de niñas parsis. Uno de los parsis más influyentes vino a vernos era el señor Kama, el orientalista, y su celebre suegro, Manockjee Cursetjee, el reformador, cuyas encantadoras hijas fueron recibidas con él en la corte de varias potencias europeas y admiradas en todas partes. Veo en mi diario que después de mi primera entrevista con él, atraje su atención sobre la necesidad de organizar una propaganda religiosa parsi, sobre bases teosóficas. Y eso mismo hice siempre que estuve en contacto con parsis influyentes. Porque es una gran vergüenza para su raza que sus shetts se encuentran tan hipnotizados por el amor al dinero y al éxito, que dejan pasar los años unos tras otros, sin consagrar por lo menos un poco de su inmensas riquezas a buscar los fragmentos de sus libros sagrados, esparcidos en los cuatro extremos de su patria, y a instituir investigaciones y exploraciones arqueológicos, que serían para su fe lo que las excavaciones de Egipto y Palestina son para los cristianos. El mundo entero pierde con que esa magnífica religión sean tan poco conocida. La caridad de los parsis es verdaderamente principesca, pero es triste pensar que entre ellos no ha habido ningún millonario piadoso que, a la par de las obras de interés público, haya dado un pequeño lackh de rupías, o dos, para fundar una Sociedad de Investigaciones

Parsis, como dije anteriormente. Esto hubiera hecho más por el Zoroastrianismo que todas sus bibliotecas públicas, sus hospitales, escuelas de arte, *gymkanas*, abrevaderos, o estatuas del príncipe de Gales.

Siempre me asombró al hablar con anglo-indos, el ve cómo ellos y nosotros, vivíamos en Oriente en dos mundos diferentes. Ellos llevan consigo su vida europea y la llenan de distracciones pueriles para pasar su horas libres sin aburrirse demasiado. En cuanto a nosotros, viviendo una vida oriental, pensando como los orientales, no necesitábamos ocios par la diversiones, y no sentíamos la necesidad de entregarnos a juegos o ejercicios violentos. No puede imaginarse un mayor contraste, sin haberlo constatado uno mismo. Al escribir esto, me vienen una cantidad de recuerdos de esas primeras semanas en Bombay, y vuelvo a ver los menores detalles de nuestra existencia bajo las frondas de Girgaum. Veo el forzado despertar, al alba, a causa del grito estridente de innumerables cuervos. Me veo en nuestra terraza, con el sentido artístico excitado por el golpe de vista pintoresco de los trajes, de las fisionomías y de los tipos de las diversas razas. Me veo escuchando las largas conversaciones en inglés, único medio de comunicación entre las diferentes razas del imperio indo, y los apartes en gujerati, maharatti o indostani, entre gentes del mismo país y casta. Vuelvo a ver en espíritu los faroles en los macizos, dando una luz que hacía resaltar vivamente los troncos de las palmeras aflautadas, como columnas. Vuelvo a vernos, vestidos con ropas ligeras, aventados bajo los punkhas, preguntándonos cómo podía hace aquí un tiempo tan caluroso y delicioso, mientras que los vientos helados de marzo soplaban en nuestro países a través de las calles, en las que el pavimento helado sonaba como acero bajo los cascos de los caballos, en donde los pobres hambrientos se apiñaban en su miseria común. Era un sueño encantado de casi todos los días. No quedaba más lazo entre nosotros y el Occidente que las cartas traídas por todos los correos, y la simpatía que nos unía a nuestros escaso colegas de Nueva York, Londres y Corfú.

Una noche habíamos hablado de la difusión universal de la inteligencia en toda la creación, y un ave que no pasa por muy inteligente, nos dio una prueba bien divertida. Detrás de la cocina, un gallinero daba asilo a varias gallinas y a una familia de patos, compuesta por un gran macho y sus tres mujeres. La señorita Bates era quien cuidaba de las aves, y siempre la gente alada corría a ella en cuanto la veían . Pero una noche, después de cenar, conversábamos sentados aún a la mesa,

cuando un fuerte cué.cué que resonó bajo la silla de la señorita Bates, nos sobresaltó. Era el gordo y ridículo pato, que en cuanto atrajo la atención de la señorita Bates, reanudó sus gritos, agitando la cola, sacudiendo las alas, en una palabra, dando señales de desesperación. Siempre gritando, se dirigió balanceándose hacia la puerta, volviendo la cabeza para asegurarse de que ella le seguía. Convencidos de que esa extraña actitud tenía un significado, todos le seguimos. Nos condujo al gallinero, donde parecía que algo trágico pasaba. Gallinas y patas gritaban a cual más; al parecer, las ratas les habían hecho una visita, y tal vez estaban aún allí. Pero a la luz del farol, vimos que una de las patas había pasado la cabeza entre dos bambúes del cerco y quedó apretada un nudo que la tenía colgada en el aire. Seguramente hubiera perecido estrangulada si las otras dos patas no se hubiesen colocado debajo de ella para sostenerle con su cuerpo, mientras su marido, escapándose por una puerta mal cerrada, iba a reclamar la ayuda de la señorita Bates. Llamamos al atención de los señores Heriberto Spencer y Romanes sobre esta prueba de inteligencia en los animales.

Poco tiempo después de nuestra instalación en Girgaum, se produjo un incidente que H.P.B. inmortalizó en su delicioso *Caves and jungles of Hindustan*. Cuando yo le presente el detalle puro y simple de los hechos, el lector podrá ver cómo el esplendor de su rica imaginación los ha transformado y convertido en algo diferente, y de una cosa muy vulgar sacó una novela de un colorido impresionante. Una noche, temprano aún, el continuado ruido de un tamboril atrajo mi atención. No cesaba, y no tocaba un aire, sino una serie monótona de sollozos ahogados. Uno de los criados, que enviamos para enterarse, volvió diciendo que era un tam–tam en una casa vecina, para anunciar que una "mujer sabia" iba a ser poseída por una "diosa" y respondería a las preguntas personales. En seguida, tentados por la ocasión de asistir a una ceremonia tan extraordinaria, fuimos a la casa. H.P.B. de mi brazo, En cuarto con paredes de barro, de 15 a 20 pies cuadrados, 30 ó 40 indos de las casas humildes se mantenían de pie a lo largo de los muros, y en el centro, en cuclillas, una mujer de aspecto salvaje, con los cabellos sueltos, se balanceaba a un lado y a otro, imprimiendo a su cabeza un movimiento circular que proyectaba sus largas trenzas de ébano horizontalmente, como látigos de serpientes. Después entró un joven por la puerta de atrás, trayendo sobre una ancha bandeja redonda algunos trozos de alcanfor encendidos, algunas pulgaradas de un polvo rojo y hojas de un

color verde reluciente. La sostuvo bajo la nariz de la sibila, que aspiraba el humo del alcanfor con murmullos de satisfacción. De pronto, su puso en pie de un salto, se apoderó de la bandeja de cobre, la balanceó derecha a izquierda, haciendo girar siempre la cabeza, y con un paso ágil, siguiendo el ritmo del tam-tam, recorrió la habitación, mirando en los ojos a los indos aterrorizados. Después de haber dado varias vueltas, se precipitó hacia una mujer de los asistentes, llevando la bandeja ante ella, y le dijo algo en mahratti, que, como es natural, no comprendimos, pero que, según parece, se relacionaba con un asunto personal. En todo caso, el efecto fue muy visible, porque la mujer retrocedió como aterrorizada, alargó sus manos juntas hacia la profetisa y pareció quedar profundamente conmovida. La misma escena se repitió con otros espectadores, después de los cual, la sibila, girando sobre sí misma en el centro del cuarto, salmodió algo como un mantra y después se lanzó fuera de la habitación, por la puerta de atrás. Al cabo de unos instantes, volvió con los cabellos chorreando agua, se echó al suelo, dando vueltas a la cabeza como antes, recibió de nuevo la bandeja de alcanfor ardiendo, y otra vez comenzó a precipitarse hacia las personas, diciéndoles lo que deseaban saber. Pero su voz esta vez era algo diferente, y sus movimientos menos convulsivos; se nos dijo que eso ea porque estaba poseída por otra dios, después de haber sumergido la cabeza en la tina de agua, preparada al otro lado de la puerta. Pronto nos cansamos y volvimos a casa. Y esto es todo, esos son los hechos escuetos. Ahora, que se lea en *Caves and Jungles of Hindustan* (pág. 176 "A witch's den") y se verá lo que H.P.B. sacó de aquello. En lugar de una choza miserable, en el barrio más populoso de Bombay, y de un público de coolíes, ella nos pinta, montados en elefantes, a la luz de las antorchas, atravesando una selva espesa, "a 2.000 pies más arriba de la cresta del Vindhya"; el silencio de muerte no es interrumpido más que por el pesado paso de los elefantes; se dejan oír "voces y murmullos misteriosos"; bajamos de nuestros elefantes y trepamos entre matorrales de cactus; somos treinta, contando a los portadores de antorchas; al coronel (yo mismo) ordena que se carguen todo los fusiles y revólveres; casi todas nuestras ropas quedan hechas jirones en las espinas de los árboles; trepamos a la guarida de la Kangarin, "la Pitonisa del Indostán, que vive como una santa y tiene el don de profecía". Su antro de Trophonius está situado en las ruinas de un templo "de granito rojo", habita en una galería subterránea, donde se cree que vive desde hace trescientos años. Delante del templo arde una enorme hoguera de regocijo, rodeada de "salvajes desnudos que semejan

gnomos negros" y que ejecutan danzas diabólicas al son de los tamboriles. Un viejo de blanca barba se precipita al medio del círculo y gira sobre sí mismo, con los brazos extendidos como alas y mostrando sus dientes de lobo, hasta que cae inanimado. Sobre el suelo cubierto de flores, se halla el cráneo fósil de un "sivatherium". De pronto, aparece la hechicera; cómo y de dónde, nadie podría decirlo. Que se juzgue de su belleza por la siguiente descripción: "un esqueleto de siete pies de altura, cubierto de cuero pardo, con una cabecita de niño muerto entre los hombros huesudos; ojos tan hundidos en sus órbitas y que al mismo tiempo lanzaban tales llamas a través de los presentes, que uno comenzaba a sentir que el cerebro se le turbaba y que la sangre se le congelaba en las venas". ¡He ahí un hermoso ejemplar de la peor especie de vagabundos astral! Quedó inmóvil un momento, teniendo en una mano una fuente con alcanfor encendido y en la otra arroz. Parece un ídolo esculpido, con su cuello arrugado, rodeado de "tres filas de medallones dorado", su cabeza "adornada con una serpiente de oro", su "cuerpo grotesco, apenas humano, cubierto de muselina color amarillo azafrán". Sigue la descripción de la posesión de la hechicera por la diosa, de sus movimientos convulsivos, de su danza vertiginosa, en la que gira con más rapidez que una hoja seca en medio de la tempestad; del brillo enloquecedor de su mirada, de sus convulsiones, saltos y otras contorsiones infernales: de los cambios de diosas, hasta siete, de sus revelaciones y conjuros; de una danza fantástica con su propia sombra; de su cabeza golpeada sobre los escalones de granito, y así por el estilo, por espacio de veinte páginas del más vivo colorido. Es preciso tener talento para crear esas maravillas. Y así sucede en todo el transcurso del libro: una pequeña porción de realidad provee a mucha imaginación; pasa como con esa modesta lámpara que las locomotoras llevan delante, y de la que los reflectores hacen un verdadero sol rodante.

Nuestras esperanzas de vida apacible se disiparon pronto. No sólo estábamos asediados por las visitas, sino que también fuimos arrastrados a sostener una correspondencia inmensa, especialmente con indos, sobre temas teosóficos. La prensa hostil anglo–inda de la prensa indígena que, bajo pretexto, reniega del antiguo ideal indo, que nos vimos obligados a amenazar con perseguir judicialmente al director del periódico de la Misión Presbiteriana Maharatt, por medio de un proceso por difamación. En seguida nos dieron amplias excusas. No

obstante, todos los misioneros no se declararon enemigos nuestros desde el principio, porque el *Bombay Guardian,* órgano de las misiones, dice a propósito del discurso del cal voy a hablar: "Los que esperaban que la conferencia fuese un ataque contra el Cristianismo, sufrieron una decepción. No se ha dado más que un corto resumen, pero uno de los oyentes nos ha asegurado que fue más bien un ataque contra el Indoísmo que contra el Cristianismo".

Para hacer nuestra pública declaración de principios dí mi primera conferencia pública en la India, en el Framji Cowasji Hall. Era el colmo de la novedad y de lo pintoresco, el contraste entre ese mar de turbantes de todos colores, de vaporosas muselinas y de ojos negros y brillantes en rostros oscuros pero hermosos, con el auditorio habitual del Occidente, formado por personas pálidas, vestidas de negro, con la cabeza descubierta, y sin otros colores que los de los sombreros de las señoras. La muchedumbre era tan densa, que llenaba la sala, las galerías y las escaleras, de manera que no cabía un hombre más, pero tan tranquila, atenta y bien ordenada, como si cada uno hubiese tenido todo el sitio necesario a su comodidad. Nuestro cuarteto se hallaba en el estrado, donde se agrupaban los principales personajes de las diferentes sectas de Bombay, y mi discurso fue escuchado con una profunda atención, interrumpida de tiempo en tiempo por aplausos, En verdad, era un acontecimiento histórico; por vez primera, pues no había memoria de un hecho semejante, un occidental venía a realzar la majestad y el valor de las Escrituras orientales y hacía un llamamiento al sentimiento de fidelidad a la memoria de los antepasados, invitando a sostener su antigua religión y a que no abandonasen nada de ella sin tener pruebas de su indignidad. Orador y oyentes se hallaban igualmente transportado de entusiasmo, y recuerdo que en un momento dado tuve que detenerme para dominar mi emoción, porque ahogados sollozos me impedían hacerme oír. Tenía mucha vergüenza de mí mismo, al verme perder así mi sangre fría, pero no podía hacer nada; la emoción me impedía hablar aunque yo lo quisiera. Mi tema era: " La sociedad Teosófica y su objeto", y yo daba todas las explicaciones que podía. Hay que hacer la observación de que el tema de entonces era que la resurrección de las naciones debe venir de ellas mismas, y no de fuera, y que si la decadencia de la India podía ser detenida, el inspirado reformador había de surgir de entre sus hijos y no entre los extranjeros. Rehusábamos para nosotros mismos toda pretensión a la dirección del movimiento, para el cual no nos

encontramos calificados. Y todavía creo, después de veinte años de experiencia in la India, que ese es el punto de vista exacto y el único práctico. Creo también, como lo dije entonces, que el maestro espiritual existe, y que se manifestará a su debido tiempo. Porque, en realidad, los presagios de su venida se multiplican todos los días, y quién sabe si nuestra Sociedad, la señora Besant, Vivekananda, Dharmapala y otros, no son los heraldos del día bendito en que las aspiraciones espirituales henchirán de nuevo el corazón oriental, y en el cual los erróneos procedimientos habituales del materialismo serán cosas ya olvidadas del pasado.

Naturalmente, este discurso causó sensación. El *Indian Spectator* dijo: "Jamás ha sido asumida una misión más noble. Que los arios hagan causa común, que los indoístas, los parsis, los musulmanes y los cristianos, olviden sus querellas, y el día del renacimiento de la India no estará lejano". Se hizo notar que el discurso había sido pronunciado el día en que comenzaba el primer año de una nueva era, según el Sak Salivan, calendario usado en Bombay. La *Amrita Bazar Patrika* (8 de mayo de 1879), dijo que nuestra empresa era "la más grande que jamás se hubiese intentado", y nos suplicó que fuéramos a establecernos en Calcuta. La India de 1899, después de los cambios que se han producido en la opinión pública, tachará a la *Patrika* de pesimista, que nos daba la bienvenida, pero agregaba que llegábamos demasiado tarde:

¿"Qué puede hacer el médico, preguntaba, cuando el enfermo está ya rígido y frío? La India es una masa inerte que ningún poder ha sido capaz de mover, desde hace largo tiempo... La India no tiene corazón y aquellos de sus hijos a los cuales les queda aún un poco, sienten que se les petrifica de desesperación. ¿Hablar a los indos del renacimiento de la India? Tanto valdría dirigiese a la arena del mar".

Esto no era más que desfallecimiento nervioso, y no la previsión de una estadista, Shishir Babú olvidaba lo que hasta la agricultura primitiva antes de gozar de la sombra del árbol, o antes de comer el pan hecho con la cosecha. Los acontecimientos hicieron mentir a sus lúgubres pronósticos, y los pueblos de la India han sabido buscar de nuevo en su pasado las fuentes del ideal ario. Sin duda, no han adelantado mucho todavía, pero el "cuerpo inerte" de que hablaba en 1879 el Jeremías de Calcuta, se ha mostrado muy vivo, e incita a sus hijos a que estudien las antiguas Escrituras, par provecho de toda la humanidad.

CAPÍTULO IV

MUCHOS MILAGROS

El 29 de marzo de 1878, comenzó una serie de acontecimientos extraordinarios, de los cuales con H.P.B., Mooljee Thackersey fue el principal, si no el único testigo. Ese día, ella dijo a Mooljee que buscase un coche, al que subieron los dos. No quiso decirle a dónde quería ir, pidiéndole sólo que hiciese que el coche se dirigiera a la derecha o a la izquierda, según sus indicaciones. De noche , cuando volvió, Mooljee nos contó lo sucedido. H.P.B. había dirigido su paseo haciendo mil rodeos, hasta que se encontraron en un suburbio de Bombay, distante unas ocho o diez millas, y en un bosque de coníferas, no veo su nombre en mi diario, pero creo que era Parel, no obstante, puede equivocarme. En todo caso, Mooljee conocía el lugar, porque había incinerado el cadáver de su madre cerca de allí. Los caminos y los senderos se cruzaban en dicho bosque, pero H.P.B. no vaciló ni un momento, e hizo dar vueltas al coche hasta hallarse al borde del mar. Finalmente, con asombro de Mooljee, llegaron a al puerta de una propiedad particular, con un magnífico jardín de rosas a su entrada, y un hermoso bungalow de anchos corredores, en el fondo. H.P.B. bajó del carruaje y dijo a Mooljee que la esperase y no la siguiera se deseaba conservar su vida. Él esperó, muy intrigado, porque a pesar de haber vivido en Bombay toda su vida, jamás había oído hablar de esa propiedad. Llamó a uno de los jardineros que removían la tierra alrededor de las flores, pero no pudo sacarle ni el nombre de su amo, ni el tiempo que hacía desde que la casa se construyó, ni desde cuanto tiempo estaba habitada, cosa bien asombrosa de parte de un indo. H.P.B. se había encaminado directamente a la puerta de la casa, donde un indo alto, de aspecto notable y distinguido, vestido enteramente de blanco, le recibió cordialmente, y ambos penetraron en la casa. Al cabo de cierto, los dos reaparecieron; el misterioso desconocido se despidió de ella y le entregó un gran ramo de rosas que uno de los jardineros le dio, y subiendo de nuevo al coche, H.P.B. dio orden al cochero de que regresara. Todo lo que Mooljee pudo sacar de H.P.B. fue que el desconocido era un ocultista con el cual ella estaba en relación y a quién ese día tenía que hablar. Dijo que las rosas le habían sido dadas para mí. Lo

más raro de la historia, es que según nos constaba, no era posible que H.P.B. supiese dónde estaba ese lugar y cómo ir a él; no podía saberlo, al menos después de nuestra llegada a Bombay, porque nunca había salido sola. Sin embargo, probó saber muy bien adónde se dirigía. Nosotros no podíamos saber nada del mencionado bungalow sino era por intermedio de Mooljee. Este, en extremo sorprendido, contó la historia a sus amigos, y uno de éstos, que conocía perfectamente el lugar en cuestión, apostó 100 rupias a que no había tal bungalow a orillas del mar y a que Mooljee no podría conducir allí a nadie. Cuando H.P.B. se enteró de eso, ofreció apostar con Mooljee a que perdería su primera apuesta. Pero éste, manifestando que podría hacerlo, aceptó el ofrecimiento y llamó en seguida un coche, al que subimos los tres. Después de un largo y tortuoso recorrido, llegamos al bosque bajo la sombra del cual suponía hallarse el misterioso bungalow. El suelo era de arena y cubierto de hojas de pino o de otra conífera, tal vez de casuarina. Un gran número de caminos se cruzaban en todas direcciones, y yo dije a Mooljee que tuviese mucho cuidado de no extraviarse. El no dudaba de su éxito a pesar de las chanzas de H.P.B., que le predecía sin cesar que iba a perder sus 100 rupias. Por espacio de una hora, anduvimos errantes de acá para allá, bajándose él a cada momento del coche par examinar el terreno; por fin, precisamente cuando nos aseguró que nos encontrábamos muy cerca del bungalow de la playa, se oyó que un tren pasaba junto a nosotros, demostrando al pobre Mooljee que no había conducido precisamente al lado opuesto de la buena dirección!

Le ofrecimos todo el tiempo que quisiera para orientarse, pero esta desanimado y se declaró vencido, de suerte que nos volvimos a casa. H.P.B. nos dijo que Mooljee hubiera dado con el bungalow misterioso si no se le hubiese echado un encanto sobre los ojos, y que, además, dicho bungalow, como todos los demás sitios habitados por Adeptos, estaba siempre protegido contra las intrusiones, por medio de un círculo de ilusiones y cuidado por servidores elementales poderosos. Esta casa estaba confiada a una gente de confianza y servía de tiempo en tiempo, de lugar de cita o de reposo a los gurús y a los chelas en viaje. Dijo asimismo que las antiguas bibliotecas subterráneas y los inmensos tesoros que aguardan a que su Karma los haga reaparecer para servir de nuevo, están colocados al abrigo de las curiosidades profanas, por medio de imágenes ilusorias de rocas, de terreno liso, de grandes abismos, o de otros obstáculos que alejan a los que no deben aproximarse, pero cuya

Maya se disipa cuando aparece el que está predestinado a descubrirlos. Esto concuerda perfectamente con todas las tradiciones de todos los folk-lores, y cuando se ha visto algunos de los numerosos casos de inhibición hipnótica en los hospitales y las clínicas modernas, uno puede aceptar esas historias de cinturones de ilusiones. Ya no se reconoce al diablo como el único hipnotizador de la humanidad, y Charcot, Liébault, de Rochas y otros, nos han demostrado que los viejos cuentos de hechicería y de magia, no están desprovistos de verosimilitud científica. En todo caso, doy esta anécdota por lo que vale, como siempre lo hago cuando no he sido yo mismo testigo ocular; en estos caso, digo lo que tengo que decir, dejando al público en libertad de creerme o no, eso me es igual. Si se desea saber mi opinión personal, diré que, para mí, la historia del bungalow parece probablemente verdadera, porque tal como lo he contado en un capítulo precedente, recibimos en nuestra casita de Girgaum, la visita de varios Adeptos, en su cuerpo físico.

El orden cronológico me obliga ahora a relatar un viaje importante al interior del país, cuyas aventuras han crecido y se multiplicaron en sesenta páginas de *Caves and jungles of Hindustan*. Hasta una época relativamente reciente, yo le recordaba como uno de los episodios de mis relaciones con H.P.B., de los más seguros, así como de los más interesantes. Para ser fiel a la extrema sinceridad que pretendo, lo contaré con los comentarios que mis actuales luces me sugerirán.

H.P.B. salió de Bombay en ferrocarril, el 4 de abril de 1879, con Mooljee y conmigo, para ir a visitar las grutas de Karli. Nos acompañaba nuestro criado Babula y nadie más. No había ni "grahman de Poona, ni moodeliar de Madras, ni cingalés de Kegalla, ni zemindar bengalí, ni rajput gigantesco", por lo menos, visibles para la vista física. De la estación de Narel, unos palanquines nos condujeron hasta Materan, el principal sanatorium de Bombay. Yo tenía mis razones para pensar que habíamos sido invitados a ir a Karli, por cierto Adepto con el cual estuve en relaciones continuadas durante la composición de *Isis*, y que había ordenado algunos arreglos para nuestra comodidad en el viaje. Por lo tanto, no me sorprendí en lo más mínimo hallar en la estación de Narel un criado indo de la mejor clase, que se presentó a nosotros, y después de saludarnos, transmitió un mensaje oral en maharat, que Mooljee tradujo. Se trataba de una cortesía de su amo, que nos invitaba a que eligiéramos para la subida, palanquines o jacas que ponía a nuestra disposición. H.P.B. y yo, escogimos palanquines, Mooljee y Babula,

jacas. Y así partimos, bajo un claro de luna que iluminaba el camino como el pleno día, con doce portadores para cada "palkee", hombres de buena talla, fuertes, musculosos , de piel muy oscura, que trotaban de un modo especial para no sacudir su fardo humano, ritmando su marcha según una melodía dulce y acompasada, que por su novedad nos pareció deliciosa, pero que pronto se hizo monótona y molesta. Yo jamás había viajado de un modo tan poético, en una noche tropical, bajo el cielo constelado de brillantes estrellas antes de levantarse la luna; millares de insectos se llamaban en la noche, mientras que los pájaros nocturnos gritaban, y los grandes murciélagos silenciosos describían tortuosas curvas, buscando su cena. Oíase el rumor de las palmeras y de las hojas de la selva. Se percibía el olor de la tierra, mezclado de tiempo en tiempo al de plantas aromáticas, cuando atravesábamos una corriente de aire más caliente. Esto acompañado con el bajo continuo del canto y la respiración de nuestros ágiles portadores. Pero en cuanto a la escolta de innumerables monos burlones y a los "rugidos de tigres" y al "albergue portugués, tejido de bambúes como un nido de águila", no hay lugar para hablar de ello en un relato serio y fiel. Es cierto que a la hora dicha llegamos al hotel Alexandra, que nos acostamos en seguida de cenar, y que nos levantamos temprano par gozar de la vista soberbia que se presentaba ante la terraza. Cuando me desperté, Mooljee ya había salido; una hora después, volvió diciendo que el hombre que nos esperó en Narel, vino a despertarle al alba para enseñarle un bungalow enteramente amueblado, que estaba a nuestra disposición gratis, mientras quisiéramos ocuparlo. Pero después de almorzar, H.P.B. estaba harta de lo que ella denominaba "el aura de la civilización anglo-inda", y se negó a permanecer allí ni un solo día. De suerte que a pesar de las advertencias del hotelero, bajamos de nuevo a Narel con un calor que recordaba la sala de calderas a bordo de los barcos. Nuestra buena estrella quiso ninguno de los dos atrapásemos una insolación, y el tren nos llevó a Khandalla, un sitio delicioso, en la montaña. Allí encontramos de la misma manera un gran carro tirado por bueyes, que nos llevó a la Casa de Viajeros, donde pasamos un día y dos noches. La noche de nuestra llegada, Mooljee fue a dar una vuelta por la estación, para conversar un poco con el jefe de ella, al cual conocía, y allí le esperaba una sorpresa. Se detuvo en tren que venía de Bombay, y oyó que le llamaban en voz alta. Al mirar del lado de los coches, vió a un indo que le hacía señas, y al aproximarse a él, resultó ser el personaje a casa del cual había ido H.P.B. Le dio a Mooljee un fresco ramo de rosas que parecían ser de la misma especie que las del jardín misterioso, y

que eran las más bellas que vió en su vida. "Esto es para el coronel Olcott, le ruego que se las dé", dijo al partir el tren y dirigiéndose a Mooljee. Este me las trajo y contó la historia. Una hora más tarde, dije a H.P.B. que yo tenía grandes deseos de agradecer al adepto todas sus atenciones, y que yo le escribía se ella quería hacer llegar la carta. Consistió, y una vez escrita la carta, la tomó y la entregó a Mooljee diciéndole que bajara a la carretera y la entregara. "Pero, ¿a quién? –preguntó–, no tiene nombre ni señas en el sobre". "No importa, llévala y usted verá a quién debe ser entregada". Obedeció marchándose, y regresó diez minutos después, todo sofocado y dando señales de una extrema sorpresa. "Ya marchó", dijo con voz entrecortada. ¡"Qué"! "La carta, él la tomó". ¿Quién la ha tomado"?, pregunté. "No lo sé, coronel, a menos que fuese un pisâcha; salió de la tierra, o así lo he creído. Iba yo lentamente, mirando a derecha e izquierda, para descubrir lo que debía hacer para obedecer a H.P.B. No había ni árboles ni arbustos donde alguien pudiera esconderse, y sin embargo, de pronto, como salido de la tierra, un hombre se hallaba a unos cuantos metros de distancia y venía hacia mí. Era el hombre del bungalow de las rosas, el que me dio las flores para usted, y que ví partir en el tren para Poona. ¡"Qué absurdo –repliqué– habrá usted soñado". "No, estaba más despierto que nunca. Me dijo: usted tiene una carta para mí, la que tiene en la mano, ¿no es así"? Yo apena podía hablar, y por fin dije: "No le sé, Maharaja, no tiene señas". "Es para mí, entréguela". Me la tomó de la mano y dijo: "Ahora, vuélvete". Me volví, pero inmediatamente quise ver si aún estaba ahí, y , ¡había desaparecido! ¡No había nadie en el camino! Asustado, eché a correr, pero no había recorrido 50 metros cuando una voz me dio al oído: "Nada de tonterías, amigo, no pierdas la cabeza, todo va bien". Esto me dio todavía mas miedo porque no había nadie a la vista; he corrido, y aquí estoy". Tal fue la historia de Mooljee, que yo no hago más que repetir. Según todas las apariencias, decía la verdad, porque el susto y la emoción eran demasiado vivos para ser simulados por un actor tan mediocre. En todo caso, una pregunta que la mencionada carta contenía, obtuvo su respuesta en una carta del mismo Adepto, que recibí más tarde, en la Casa de Viajeros de Bhurtpur, en el Radjpután, a más de mil millas del sitio en que Mooljee tuvo su aventura. Y me parece que esto tiene algún valor.

Era una noche de luna, más maravillosa que todo lo que conocemos en los países, más fríos, de Occidente; el aire era dulce y puro como para hacer de la vida una

encanto. Nos quedamos sentados los tres en el césped hasta bastante tarde, dejando para el día siguiente nuestra excursión a las grutas de Karli. Hacia el final de la noche, H. P.B. saliendo del estado de abstracción mental en que se estuvo sumergida durante varios minutos, me dijo que al siguiente día, a las cinco de la tarde, un sannyasi iría a vernos a as grutas. Antes de acostarme, anoté esto en mi diario, y se verá ahora lo que siguió.

A las cuatro de la mañana, Barburao, el que se decía emisario del Adepto, entró silenciosamente en la habitación donde yo dormía con Mooljee, me despertó tocándome en el hombro y me puso en la mano una cajita redonda de laca, que contenía *pan sopari*, o sea hojas de betel con especias, como es costumbre dar a los huéspedes, y murmuró a mi oído el nombre del Adepto bajo la protección del cual nos creíamos en ese viaje. Para comprender el valor del mencionado regalo, hay que saber que en la escuela a la que pertenecíamos, es el signo de la adopción de una nuevo discípulo. Después del baño y el café, partimos a las cinco en un carro de bueyes –*shigram*– para Karli, a donde llegamos a las diez. El sol ya estaba ardiente, y todavía nos faltaba por hacer una buena subida desde el pie de la colina, hasta las grutas. H.P.B. jadeaba de tal modo, que dos coolies terminaron por traer una silla para subirla sentada. No entra en mi propósito describir la imponente solemnidad del templo cavado en la roca y de las cámaras que lo rodean; eso se halla en las guías con detalles y medidas. No me ocuparé más que de las aventuras personales de nuestro pequeño grupo. El pueblo vecino celebraba una fiesta de Rama, y la muchedumbre era grande; me distraía observar ese espectáculo nuevo. Fatigados por la ascensión y el calor, entramos en una gruta y acampamos sobre nuestras mantas extendidas. La comida apareció a su vez, aunque se hacía sentir la vergüenza de satisfacer las vulgares necesidades del estómago, en un santuario en el cual muchos siglos antes de nuestra era, millares de ascetas y ermitaños habían orado y salmodiado los *slokas* y los *gâthas* sagrados, unidos en sus esfuerzos para dominar su naturaleza animal y desarrollar sus poderes espirituales. La conversación giraba, naturalmente, alrededor del noble tema del nacimiento, de los progresos y de las decadencia de la *Brahma Vidya* en la India, y de nuestra esperanza de verla renacer. Hablando de esas cosas, el tiempo pasaba, y mirando mi reloj, vi que marcaba las cinco menos cinco, de suerte que Mooljee y yo dejamos a H.P.B. para instalarnos a la puerta y aguardar. No se veía ningún asceta, pero al cabo de diez minutos, llegó

uno conduciendo una vaca de cinco patas; la quinta le colgaba e la giba. Iba acompañado de un servidor; su rostro era dulce y agradable. Llevaba largos sus negros cabellos, y la barba partida en dos, a la moda radjput, con los extremos pasados por encima de las orejas, y unidos a loa cabellos. Llevaba el traje color de azafrán, que usa su hermandad, y sobre su frente que denota inteligencia, llevaba pintada la barra de ceniza –*Vibhuti*– que caracteriza a los sectarios de Siva. Esperábamos que demostrase reconocernos, pero como era así, nosotros entablamos la conversación. Explicó su presencia en este sitio, cuando hubiera debido encontrarse en el camino de Hardwar, por una orden recibida la víspera de su gurú, que le mandaba expresamente que a las cinco de ese día se hallase en las grutas de Karlí, donde vería a unas personas con quienes debía encontrarse. No se le había dicho nada más, puesto que nosotros lo esperábamos, debíamos ser las personas que su gurú tenía en vista. Pero nada se le había encargado para nosotros por lo menos hasta el momento presente. Su gurú no le habló personalmente, pero –según acabó por decirlo, después de muchas preguntas y de un intervalo de silencio durante el cual parecía escuchar a alguien invisible– una voz había hablado a su oído. Era así como recibía siempre sus órdenes en viaje. No pudiendo sacar más nada de él, le dejamos un momento para volver junto a H.P.B., y habiendo dicho a Babourao que teníamos la intención de pasar la noche en la colina, él se fue con Mooljee, en busca de un abrigo conveniente. La instalación se hizo en una de las grutas excavadas para dormitorio, a cierta distancia del gran templo tallado en la roca. El arquitecto había figurado un pequeño pórtico con dos columnas a la entrada, y cavó en la roca seis pequeñas celdas sin puertas, que daban a una sala central, que debía servir para reunirse. A la izquierda del pórtico, una piscina cavada en la piedra, recibía el agua de una fuente deliciosamente fresca y pura. H.P.B. nos dijo que desde una de las celdas, una puerta secreta conducía a otras cavernas en el corazón de la montaña, donde todavía subsistía una escuela de Adeptos, cuya existencia no era ni sospechada por el público, y que si yo podía descubrir el sitio requerido, y actuar en él de un modo determinado, no se me impediría ir más adelante; promesa que no parecía compromete a mucho, dadas las dificultades!

No obstante, ensayé, y como encontré un sitio en el cual comencé a manipular, H.P.B. me llamó de pronto. El Adepto que me escribió la carta de Bhurtpour, me dijo que yo había encontrado el sitio exacto, y que si no me hubiese llamado

bruscamente, iba a invadir prematuramente su retiro. Pero como esto no es posible probarlo por el momento, pasémoslo. Mooljee y Baboula habían ido al pueblo para comprar provisiones, y H.P.B. y yo nos quedamos solos, hablando y fumando delante del pórtico. En eso, ella me dijo que permaneciese por unos minutos donde me encontraba, y no me volviese hasta que ella e lo advirtiera. En seguida entró en la gruta, según cría yo, con la intención de reposar un rato en una de las celdas, sobre el lecho de piedra del monje de otros tiempos. Por lo tanto, continué, mientras fumaba, observando el paisaje, que como una gran carta geográfica se extendía a mis pies; de pronto, oí en el interior de la gruta como una pesada puerta que se cerraba con violencia, y una carcajada burlona. Naturalmente, me volví; pero H.P.B. había desaparecido. No estaba en ninguna de las celdas, que exhaminé con todo cuidado, y todas mis investigaciones no pudieron hacerme descubrir ni la sombra de una hendidura, o bien otro indicio de la existencia de una puerta; no había nada notable a la vista ni sensible al tacto, sólo la roca viva. Yo estaba desde hacia ya bastante tiempo familiarizado con la excentricidades psicológicas de H.P.B., para preocuparme por mucho tiempo con ese misterio y volví al pórtico y a mi pipa para esperar plácidamente los acontecimientos. Al cabo de una media hora, oí pasos a mi espalda, y H.P.B., en persona, me habló con su voz más natural. Cuando le pregunté de dónde venía, respondió que, teniendo que tratar un asunto con... (y nombró al Adepto), había ido a buscarle a su retiro secreto. Mientras que decía esto, tenía en la mano una vieja llave oxidada, de forma rara, que dijo haber recogido en una de las galerías ocultas, y que conservó en la mano sin saber porqué. No quiso dármela, pero la tiró al aire con todas sus fuerzas, y la ví caer en el matorral situado muy debajo de la pendiente. No propongo ninguna explicación de este incidente, y dejo que cada lector elija la suya. Pero para prevenir lo que no dejaría de presentarse a toas las mentes de cierta clase, convengo en que, salvo lo de la llave oxidada, todo puede explicarse por sugestión hipnótica. El ruido de la puerta de piedra al cerrarse, y la carcajada, la desaparición y la vuelta de H.P.B., pueden ponerse en la cuenta de una mâyâ hipnótica que ella me hubiese impuesto. Puede haber atravesado el pórtico a mi lado, salir y volver a entrar ante mis ojos, sin que yo la percibiese. Eso no es más que una teoría, que por cierto parecerá bastante frágil a cualquiera que como alumno haya tenido relación con un verdadero Adepto de la magia oriental.

Cuando regresaron nuestros compañeros, cenamos en el pórtico, y después de un último cigarrillo, nos envolvimos en las mantas en las mantas y nos dormimos tranquilamente hasta la mañana siguiente. Babourao, sentado a la entrada, cuidaba un fuego de leña que encendimos para alejar a los animales dañinos. Pero –salvo un miserable y pequeño chacal– ninguno acudió a turbar nuestro reposo. El relato hecho en *Grutas y selvas del Indostán*, de mi caída en un precipicio, del cual fui sacado por el sannyasi y su vaca de cinco patas es pura novela. Lo mismo digo respecto de los "rugidos lejanos de los tigres, que se oían elevándose del valle", el ataque nocturno de un enorme tigre, arrojando al abismo por el poder-voluntad del adepto, y las lágrimas de la señorita X., que no estaban. Esos eran los condimentos que H.P.B. agregaba a su encantador cuento fantástico indo, para adaptarlo al gusto del público ruso, al cual fue presentado en el original. No hay que dar mayor crédito en su historia del encantador de serpientes al hecho de que sucedía en Karli; la verdad es que eso tuvo lugar en nuestra casa de Girgaum, como lo relataré más adelante, cuando le llegue su fecha.

Mooljee y yo nos levantamos al otro día, antes que H.P.B., y después de bañarnos en la fuente, él bajó al pueblo, mientras yo disfrutaba de la vista matutina del paisaje. Al cabo de un momento, ví con gran satisfacción que reaparecía el sannyasi con su vaca, y que parecía tener la intención de hablarme. ¿Qué hacer? Ni H.P.B. ni yo sabíamos una palabra de los dialectos indígenas. Pero él, aproximadamente a mi, me tranquilizó pronto, tocándome la mano, haciendo los signos de reconocimiento de la Sociedad, y pronunciando a mi oído el nombre del Adepto. Después, saludándome graciosamente, se fue; no lo hemos vuelto a ve más.

Pasamos el día visitando las grutas, y a las cuatro y media bajamos a la Casa de Viajeros de Khandalla. Pero mientras nos hallábamos todavía en la gran caverna, H.P.B. Me transmitió una orden que dijo haber recibido telepáticamente del Adepto; se nos decía que fuésemos al Radjputána. Después de cenar, permanecimos, como de costumbre, contemplando el claro de luna –esta vez en compañía de otros dos viajeros anglo-indos– que se retiraron temprano, dejándonos solos. Mis dos compañeros se paseaban hablando, pero pronto volvió Mooljee, aparentemente muy impresionado, diciendo que H.P.B. había desaparecido literalmente ante sus ojos, mientras le hablaba a la luz de la luna. Temblaba tanto, que parecía sufrir un ataque nervioso. Le dije que se sentara y estuviera tranquilo, en lugar de hacer el

ridículo, que sencillamente había sido víctima de una ilusión fácil de producir como lo sabe muy bien todo buen magnetizador, cuando el sujeto es sensible. Ella misma declara sin rodeos (*Isis*, pág. 588 del vol. II)[84] que dicho poder de ilusionar es una de las facultades adquiridas por todos los taumaturgos:

"El taumaturgo bien al tanto de la ciencia oculta, puede *hacer creer* que él (su cuerpo físico) desaparece, o aparentar que toma una forma cualquiera. Puede hacer visible su astral, y darle una apariencia proteiforme. En esos dos casos, los resultados son obtenidos por una alucinación magnética de todos los asistentes, simultáneamente impresionados. Esta alucinación es tan perfecta, que el sujeto juraría por su vida la realidad de lo que ha visto, mientras que en verdad no ha sido más que una imagen de su propio espíritu, producida en su conciencia por la voluntad irresistible del magnetizador". Pero, volvamos al relato.

H.P.B. no tardó en regresar y ocupó su asiento, continuando la conversación. Después, dos indos vestidos de blanco atravesaron oblicuamente el prado a unos cincuenta metros de nosotros; al enfrentarnos se detuvieron, y H.P.B. envió a Mooljee para hablarles. Mientras hablaban los tres, ella me repitió lo que decía se su conversación, y que Mooljee confirmó un momento después, cuando volvió. Era un mensaje para mí, diciendo que mi carta para el Adepto había sido recibida y leída, y que yo recibiría la respuesta en el Radjputána. Antes de que Mooljee hubiera tenido tiempo de terminar su corto relato, ví a los dos discípulos mensajero que se alejaban un poco, pasaban por detrás de un pequeño matorral que no era lo suficientemente ancho ni espeso para ocultar a un hombre de blanco, y desaparecían. La pradera se extendía alrededor del pequeño matorral, pero habían desaparecido por completo. Claro está, seguí mi primer impulso, que fue correr a través del prado para mirar detrás del matorral si había ningún escondrijo subterráneo; pero no hallé nada; el suelo estaba liso, y ni una sola rama del matorral se veía torcida. Sencillamente, había sido hipnotizado.

Al siguiente día salimos para Bombay, pero nuestras aventuras no habían terminado. Babourao separóse de nosotros en Khandalla, rehusando aceptar el regalo que le ofrecí, raro desinterés en un criado indo, como lo saben quienes les conocen. Ibamos los tres solos en un salón de segunda clase y Babula en tercera. Transcurrido algún tiempo, Mooljee se acostó en uno de los asiento y se durmió,

[84] Edición Inglesa

mientras H.P.B. y yo, sentados en el asiento cruzado, ella cerca de la portezuela de la izquierda, hablábamos de nuestros asunto ocultos en general. En medio de la conversación, dijo H.P.B.: ¡"Lamento que *** (el Adepto) me haya hecho transmitir verbalmente a usted su mensaje sobre el Radjputana"! ¿"Por qué"? Porque Wimbridge y la señorita Bates creerán que es una invención, un pretexto para hacer con usted un bonito viaje, mientras ellos se aburre en al casa". ¡"Bah!, su palabra me basta". "Pero le digo a usted que ellos pensarán mal de mí a causa de eso". "Entonces, dije, más hubiera valido que le diera a usted una carta, lo que no era más difícil. Pero ahora ya es demasiado tarde para preocuparse; Khandalla ya quedó a unos treinta kilómetros atrás, no pensemos más en ello". Quedó pensativa un momento, y después dijo: "De todos modos, puedo todavía ensayarlo; no es demasiado tarde". En seguida escribió algunas líneas en una página de su libreta de notas, en letras en dos clases, arriba en senzar –lengua de la cual se servía para todas sus comunicaciones personales con las Mahâtmas–, y abajo en inglés, que me permitió leer. Decía así:

"Pido a Gulab Singh que telegrafíe a Olcott las órdenes dadas ayer por mi conducto en la gruta; que sea una demostración para los otros, tanto como para él".

Cortó la hoja, la dobló en triángulo, escribió sobre ella ciertos caracteres simbólicos (para dominar a los elementales, dijo) y sosteniéndolo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, se dispuso a tirarlo por la ventanilla. Pero le detuve la mano diciendo: ¿"Usted desea que esto resulte una prueba? En ese caso, déjeme abrir de nuevo el billete y ver lo que hace". Con su aquiescencia, miré el interior del papel, volví a doblarlo, y por expresa petición de H.P.B., lo seguí con la mirada cuando ella lo arrojó desde el tren; fue atrapado por el borde de la columna de aire desplegada por la velocidad del tren, y voló hacia un árbol solitario próximo a la vía. En ese momento nos hallábamos a mil metros a la vista, y muy pocos árboles cerca de la vía. Precisamente antes de permitir que tiras la carta, desperté a Mooljee, le dije lo que pasaba, vimos los dos la hora de mi reloj, y formamos ambos un certificado en mi libro de notas, que en este momento tengo ante los ojos para refrescar mi memoria en los detalles. El certificado está fechado en la estación: "Estación de Kurjeet, G. I. P. R., 8 de abril de 1879 a las 12,45 del día", y firmado, Mooljee Thackersey, testigo.

En Kurjeet, Mooljee y yo quisimos bajar para desentumecer las piernas, peo H.

P.B. dijo que ninguno de los dos debía del tren antes de Bombay, que ella había recibido órdenes que a su debido tiempo comprenderíamos. De manera que permanecimos con ella en el coche. Cuando llegamos a casa, salí por un asunto que me ocupó alrededor de una hora, y al regresar, la señorita Bates me entregó un telegrama cerrado, diciéndome que lo había recibido de manos del cartero, y firmó en mi nombre. He aquí el telegrama:

"Hora, 2 tarde. Fecha, 8–4–1879.

"De Kurjeet a Byculla.

"De Gulab Singh a H. S. 01.cott.

"Recibí carta. Respuesta Radjputana. Salida inmediata".

Como lo he dicho más arriba, hasta algunos meses consideré

esto como una de las pruebas más seguras que me fueron dadas de las relaciones ocultas de H.P.B. Esa fue también la opinión de todos mis amigos, entre otros uno de Londres y uno de Nueva York, a quienes se lo envié para que lo examinaran. El amigo de Nueva York, además, me dió cuenta de un hecho curioso que me alegra encontrar registrado en mi diario del 19 de julio siguiente, día de la llegada de la respuesta. El señor Juan Judge, hermano de Guillermo Q. Judge, el amigo mencionado, me escribe que el nombre del remitente del telegrama se había borrado por completo, de modo que no había podido adivinar de quién venía. El telegrama original venía en la carta, y el nombre de Gulab Singh era perfec*tamente legible,* como lo *es hoy todavía.* El punto débil de toda esta historia es que ahora sé que Babourao había sido apalabrado por el mismo Mooljee para velar por la comodidad de nuestra excursión. He ahí por qué he dado los más minuciosos detalles sobre nuestras aventuras, dejando al lector que formule su opinión.

CAPÍTULO V

VIAJE AL NORTE DE LA INDIA

La extensión de nuestra Sociedad en nuevos países, me obligó a preparar mis planes para su expansión, sobre bases internacionales, y tuve que hacer algunos cambios en sus reglamentos. Esto se efectuó en Bombay, y el nuevo texto, una vez que recibió la aprobación de algunos de los más preparados entre nuestros colegas indos, fue publicado con el texto de mi discurso del Framji Sowasji Hall. La experiencia obligó a introducir después algunas otras modificaciones de tiempo en tiempo, y recientes acontecimientos muestran la necesidad de corregirlos todavía. El ideal que no habría que perder de vista es el de constituir una Federación en la cual cada sección disfrute de la más completa autonomía, conservando siempre muy fuerte el sentimiento de la dependencia del movimiento entero, de un núcleo central, y también del interés común en mantenerlo intacto y efectivo.

El viernes santo, 1 de abril de 1879, salimos de Bombay H.P.B., Mooljee y yo, con nuestro criado Babula, para emprender el viaje al Radjputana, ordenado en las cavernas de Karli. La temperatura, que era sofocante, y el polvo, nos hicieron sufrir mucho en el tren. No sé si fue a causa del malestar físico que sentía, pero esa noche fuí en mi cuerpo astral a visitar al habitante de los subterráneos de Karli, sin penetrar hasta su profundo retiro. Todo lo que puedo recordar está anotado en mi diario: que entré en una larga galería que salía a la gruta donde estuvimos acampados, mientras Babourao quedaba de guardia a la puerta.

Llegamos el 13 a Allahabad, y nos recibió en la estación el principal discípulo local del swami Dyanand, prediciéndonos poco éxito para nuestra campaña en el norte de la India, pronóstico que felizmente se halló desmentido por los resultados de los cambios experimentados por la opinión pública en la India en veinticinco años. Nos instalamos en la Casa de Viajeros, y el calor era tan terrible, que el mismo Mooljee se ahogaba cuando nos arriesgamos a salir. Un alegre francés, el antiguo amo de Babula, que había sido encargado del restaurant en el círculo de Byculla en Bombay –y no como se ha dicho con frecuencia prestidigitador de profesión– tenía contratado el comedor de la estación, y condimentó nuestras comidas con historias de las

frecuentes muertes de europeos acaecidas en los trenes, a causa del calor. ¡Para personas corpulentas como H.P.B. y yo, eso era muy tranquilizador!

Cuando refrescó un poco, fuimos hasta la orilla del Jumma para visitar a un viejo asceta notable, llamado Babú Surdass, un discípulo del gurú Sikh Nanak; dicho asceta demostraba personalmente hasta un grado preeminente lo que puede una invencible obstinación. Desde el año 1827, es decir, desde hacía cuarenta y dos años, permanecía sobre una pequeña plataforma de ladrillo, junto al fuerte, sin abrigo alguno sobre su cabeza, en todas las estaciones, cálida, lluviosa, o fría, desafiando a la intemperie, y absorto en meditación religiosa. Allí permaneció todo el tiempo que duró la rebelión de los cipayos, sin cuidarse del cañón, ni de las furiosas batallas que tenían lugar a su alrededor. Esos ruidos vanos no podían penetrar en su eterna meditación. El día de nuestra visita, el sol quemaba como un horno, pero él estaba con la cabeza desnuda sin que pareciera sufrir. Está encogido en el mismo sitio todo el día y también toda la noche, salvo que a media noche baja hasta la confluencia del Ganges y el Jumma, para bañarse y orar. Esas terribles penitencias lo han dejado ciego, y es menester conducirle hasta la orilla del agua, pero su fisonomía tiene un aspecto de felicidad y su sonrisa es franca y dulce. Mooljee nos sirvió de intérprete para hablar con él. Dijo que tenía cien años, lo que puede ser cierto o no, poco importa eso, pero en cuanto a su permanencia sobre su *gadi* de ladrillos, es una cosa cierta y de pública notoriedad. Qué curioso era comparar su ideal con el de la sociedad mundana; qué extraño era ese hombre siempre sentado, silencioso y absorto en sus consideraciones religiosas durante medio siglo, mientras las pasiones humanas se desencadenaban a su alrededor sin poderlo conmover, así como las olas se rompen al pie de una roca que avanza sobre el mar, sin poderla sacudir. Su conversación estaba salpicada de imágenes poéticas, como cuando dijo que los Sabios se apoderan de las semillas de la verdad y se las apropian, como la ostra se apodera de una gota de lluvia para convertirla en perla. Lo que le dije respecto a la verdadera manera como se forman las perlas, le hizo poco efecto: la ciencia se engañaba y él mantenía su comparación. Con la dialéctica habitual de los *shastras,* nos recordó que tan sólo llevando el espíritu y el alma a la calma absoluta, puede percibirse a verdad, del mismo modo que el sol no se refleja sino en el agua tranquila. En cuanto a la adversidad y a la pena, dijo que la experiencia de esas cosas es lo que hace salir lo mejor que hay en nosotros, así como la esencia de rosas se obtiene aplastando los pétalos de sus flores. Le preguntamos si

accedería a mostramos algún fenómeno; volvió sus ojos sin mirada al que le interrogaba y respondió tristemente que el Sabio no permite que su atención se distraiga de la busca del Espíritu para ocuparse de esos juguetes de los ignorantes. Cuando le place, tiene la facultad de ver en el pasado y en el porvenir, pero rehusó darnos ninguna prueba de su clarividencia. Cada vez que he vuelto a Allahabad, no he dejado de ir a presentar mis respetos al viejo sannyasi, pero la última vez supe que había muerto. Sería muy interesante saber en qué grado esa larga vida de penitencia ha modificado sus condiciones de existencia en la esfera siguiente.

De Allahabad fuimos a Cawnpone, donde se encontraban nuestro nuevo amigo Ross Scott y su hermano, ingeniero al servicio del gobierno. Al otro día, muy temprano, nos encontrábamos ante otro asceta que desde hacía un año vivía desnudo sobre la lengua de arena que atraviesa el Ganges. Tenía un rostro afinado, espiritual, y un aire de perfecta indiferencia por las cosas de este mundo. Su estómago me chocó; se diría que en él las funciones digestivas sólo se efectuaban raramente. También rehusó con desdén, mostramos sus fenómenos. Evidentemente, estos investigadores indos de la verdad diferían considerablemente de los occidentales y harían poco caso de los mejores milagros de nuestros más excelentes mediums. Por lo menos fue lo que me pareció. Sin embargo, nos habló de un asceta llamado Jungli Schad, al cual le atribuyen el milagro de la multiplicación de los panes, varias veces repetida, es decir, que habría multiplicado el alimento de una sola persona, de suerte que pudo alimentar a centenares que creían haber hecho una comida completa. Después, se me ha dicho la misma cosa de diversos sannyasis. Los verdaderos grandes magos consideran eso como relativamente fácil de hacer; lo principal es poseer un núcleo a su disposición, grano de arroz, fruta, un poco de agua, alrededor del cual el adepto pueda agrupar la materia extraída del espacio. Pero yo quisiera saber si esas misteriosas multiplicaciones de alimento son algo más que una ilusión, y en el caso de que no lo fueran, si los que prueban los alimentos milagrosos quedan nutridos por ellos. Recuerdo que el profesor Bernheim me mostró que por sugestión podía hacer creer a una enferma hipnotizada que tenía el estómago, ya lleno, ya, vacío, y que la enferma se moría de hambre. Nuestro joven sannyasi atribuía a otros dos ascetas el poder de cambiar el agua en *ghee* (manteca clarificada). Nos dijo también que veinte años antes vió a otro sannyasi resucitar un árbol caído, y que él mismo, estando ciego, fue curado por un Gurú en Muttra, la ciudad santa de Sri Krishna. Pero, suponiendo

que no sufría más que de parálisis del nervio óptico, eso no tiene nada de maravilloso.

A las tres, un elefante nos llevó a Jajmow, una ciudad en ruinas, a varios kilómetros de Cawnpore, y de la cual se dice que fue la capital de la raza lunar, cincuenta mil años antes de Jesucristo. En las *Grutas y selvas del Indostán* se la encuentra muy disfrazada. Nuestro objetivo en esta excursión era visitar la *ashrama* (ermita) de un viejo sannyasi. Nos encontramos con un hombre verdaderamente venerable, filósofo y astrólogo erudito.

Este también se negó a producir el menor fenómeno; ya habíamos visto tres ascetas en tres días, que declinaban la petición de hacernos ver o de ayudamos a encontrar un hacedor de milagros. Esto en cuanto a la parte seria de nuestra excursión, pero no le faltó el lado cómico. No había palanquín en el lomo del elefante –que respondía al hermoso nombre de Chenchal Peri, el hada activa–, sino un gran cojín sujeto con gruesas correas que pasaban por debajo del vientre del animal. Hay que poseer cierta destreza y equilibrio natural para poderse sostener ahí arriba cuando el elefante camina, y dejo a los que han conocido a H.P.B. que adivinen lo que pasó cuando ella hizo sus primeras armas con otros cuatro neófitos con los que tuvo que compartir el cojín. Por cortesía, hicimos que ella subiera primero que los demás por la pequeña escalera, suponiendo que nos trataría con justicia y equidad. Pero no sucedió nada parecido. Se plantó bien en medio del cojín y no consintió en moverse ni una línea para dar sitio a los otros. Aún más, sus expresiones se hicieron muy poco parlamentarias cuando nos permitimos hacerle notar que el cojín no era para ella sola. De suerte que como el Hada Activa comenzaba a agitar sus orejas y a demostrar que se cansaba de nuestras discusiones, nosotros cuatro los pobres: W. Scott, Mooljee, Babula y yo, trepamos de cualquier modo y tratamos de colocarnos en una esquina. Scott quedó detrás, con una pierna colgando, y el Hada Bienhechora tuvo la bondad de ayudarle con su cola a que se mantuviese firme. Partimos, y H.P.B. iba radiante y fumando un cigarrillo, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Pero el primer cuarto de milla que recorrimos, le hizo cambiar de tono. Rodaba como un paquete, su gordura era sacudida, se le cortaba la respiración, y, ya furiosa, nos mandó a todo al diablo, a nosotros que nos reíamos, al elefante y al *mahut.* Ross Scott ocupaba uno de esos sorprendentes y pequeño vehículo indígenas que se llaman *ekka,* y cuyo asiento es un poco mayor que un sello de correos, pero bastante menor que la puerta de un silo; en este vehículo se puede elegir entre recoger las piernas como un

sastre, o dejarlas colgar sobre las ruedas. Ross Scott tenia una pierna enferma, lo que le impedía, con gran disgusto de su parte, subir al elefante como nosotros. Durante todo el tiempo empleado en recorrer los 5 kilómetros de camino, H.P.B. se mostró encolerizada y nosotros sufrimos en silencio. Pero cuando se trató de regresar, ningún argumento del mundo pudo decidir a H.P.B. a que ocupara su quinta parte de cojín sobre el lomo del elefante, de suerte que redujo a Ross Scott a la mitad de aquella apariencia de asiento, y así fuimos hasta la casa.

Pasamos la noche en la Casa de los Viajeros, y a la noche, estando sentados H.P.B. y yo en la galería de atrás, un indo viejo vestido de blanco, volvió el ángulo de la casa, me saludó, entregándome una carta, y desapareció. Era la respuesta a mi carta escrita a Gulab Singh en Khandhalla, y que había sido prometida para el Radjputana en el telegrama de Kurjeet. Era una carta admirablemente escrita, y muy preciosa para mí, puesto que en ella se me recomendaba trabajar fielmente por la Sociedad Teosófica, indicándome que ese era el camino más seguro para conducir hacia los Maestros. Es el sendero que constantemente he seguido, y aunque la carta hubiera sido falsa, para mí ha sido una bendición y un aliento en los momentos difíciles.

La etapa siguiente era Jeypore. Llegamos a las nueve de la noche del 20 de abril, y nos instalamos en la Casa de los Viajeros. Fue una desgracia no permanecer en ella; nos dejamos convencer, aceptando la invitación de un tío del Maharajah para que nos trasladáramos a su palacio y fuésemos sus huéspedes. Esto nos costó caro. Se nos alojó en un cobertizo abierto, situado en la azotea del palacio; era una terraza de ladrillo y yeso, llena de polvo, sin camas, sillas, mesa, colchones, ni baño. En fin, sin ninguna comodidad. El Rajah nos dejó, prometiendo enviamos todo lo necesario, y esperamos durante muchas horas con una paciencia admirable, sentados sobre nuestros equipajes, fumando para matar el tiempo y observando por encima del parapeto la pintoresca muchedumbre que llenaba la calle. Pasó la hora del almuerzo y después la de la cena, sin ver aparecer alimento alguno. Por fin, mandamos a Babula que nos trajera víveres y leña para cocinar, y los estómagos irritados se calmaron. No teniendo las prometidas camas, ni colchones, abrimos para H.P.B. una silla-cama plegadiza, de hierro, y los demás extendimos las mantas en el suelo; todos pasamos una noche espantosa entre el polvo, el calor y los mosquitos. A la mañana siguiente, a primera hora, el grosero Rajah hizo llamar a Mooljee y nos puso materialmente en la puerta, sin una sola palabra de explicación.

Teníamos razones para creer que era porque se nos tomaba por espías rusos (!) y teníamos un policía siguiéndonos la pista por todas partes por donde íbamos. ¡Era increíble! Fuí directamente a ver al coronel Beynon, el residente inglés, y protesté como lo hubiera hecho en mi lugar todo norteamericano, contra esa baja vigilancia, absolutamente inútil, puesto que no teníamos nada que ocultar, y que el gobierno podía muy bien examinar, si lo deseaba, todos nuestros papeles, todos nuestros conocimientos, y hasta si quería, saber lo que cenábamos todas las noches. El residente se mostró muy cortés, me expresó su sentimiento por habérsenos molestado, y me ofreció un coche y elefantes para visitar Amber, la antigua capital. Con alegría volvimos a la Casa de los Viajeros, donde hallamos buena comida y pasamos bien la noche.

Amber fue abandonada por un capricho de un precedente Maharajah, que construyó la actual capital, Jeypore, a su gusto, y cuando estuvo terminada, ordeno a toda la población de Amber que se trasladase a la otra ciudad con armas y bagajes! No hay en todo el Indostán ninguna ciudad que se parezca a ésta. H.P.B., la comparó chistosamente a "París, en crema de frambuesa". Toda ella entera está estucada en color rosa, con todos los estilos posibles de fachadas. Las calles son anchas y se cruzan en ángulo recto; hay avenidas, y fuentes en las plazas, aceras –cosa de las más raras en la India– gas, una excelente universidad, una biblioteca pública, un soberbio parque con un museo muy hermoso, y muchos palacios que pertenecen a Su Alteza o a los príncipes radputs, tributarios suyos.

Nuestro guía en Amber era un individuo muy torpe, que no sabía nada de lo que nos hubiera interesado, hablador y bruto como la mayor parte de los mozos de cuerda. Pero sacamos algo interesante. Hay –o había entonces– un Mahâtma que vive lejos de la capital, y de tiempo en tiempo se aparece al príncipe reinante y a algunos otros. Hay subterráneos de los cuales el Maharajah conoce el secreto, pero no tiene permiso para visitarlos, sino en los casos de extrema necesidad, como una rebelión de sus súbditos o alguna catástrofe dinástica. No tengo, naturalmente, ningún medio de verificar lo que puede haber de cierto en eso. Se cuenta que ese Mahâtma dijo un día al príncipe que le acompañaría en cierto viaje, pero no se presentó en el momento de partir, sin embargo, se apareció de pronto cuando ya se encontraban a una distancia bastante grande.

Babú Mohendranath Sen, uno de los más altos durbaris de Jeypore, nos habló de un

yogui (que entonces estaba en Hardwar de peregrinación), que era un experto en *samadhi.*

Fue enterrado y permaneció así veintisiete días, en presencia y bajo la vigilancia del mismo que me contaba la historia, y le desenterraron en presencia de centenares de testigos. Le habían tapado con ghee los oídos, la nariz y los otros orificios del cuerpo, y la lengua había sido dada vuelta en la garganta. Al resucitar, el aire que entró en los pulmones, silbaba como el vapor que se escapa de una válvula; todavía hay muchos testigos oculares de este acontecimiento. Mohendranath nos habló de otro yogui –que estaba también en Hardwar–, cuya frente brilla con el resplandor espiritual *tejasa,* cuando se sumerge en la contemplación.

CAPÍTULO VI

PASEOS POR EL NORTE

En seguida, a esto sucedieron tres días en Agra. ¿Qué diré del Taj que no haya sido dicho por tantos viajeros más calificados que yo? Bernardo Taylor resume todo en dos palabras: "un poema de mármol". El guía local nos contó una leyenda que se inspira poco más o menos en la misma idea. El plan, dijo, había visto en una visión por un viejo fakir, que lo dió a Schah Jahan, y éste se contentó con hacerlo ejecutar. Es una copia materializada de un templo del paraíso de Mahoma! Esperemos que el original celeste no haya costado tantos sufrimientos humanos, y que las piedras no hayan sido cimentadas con tal hecatombe de vidas como ese sepulcro incomparable de la bella Nurmahal. No hay palabras para expresar la emoción de un alma artística al entrar en el jardín del Taj por la admirable puerta roja que tiene por sí sola las proporciones de un palacio. Es un sueño de blancura que se destaca sobre un cielo de lápiz lázuli, y anuncia la pureza de un mundo espiritual que el lodo de este mundo material no ha manchado jamás. Pero basta, dejemos a los turistas futuros esa maravilla del mundo, indescriptible, única: un pensamiento en mármol.

El mismo guía nos habló de otro fakir que para convencer la incredulidad de un Maharajah de Bhurtpore, hizo desaparecer ante él un montón de monedas de oro, para hacerlas caer en lluvia sobre las mujeres de su harem, en otra parte del palacio!

En Agra recibimos la visita del agente local del swami Dyanand, quien nos dió su opinión sobre este gran jefe religioso. Según mi diario, dichas explicaciones fueron "tan satisfactorias, que resolvimos ir a Saharanpore para encontrar al swami a su regreso de Hardwar". Parece que hubiéramos sido sin cesar inducidos en error acerca de su doctrina.

En saharanpore, los arya-samajistas nos recibieron cordialmente y nos trajeron frutas y bombones. La única sombra del cuadro era nuestro espía policíaco y su criado, que interceptaban nuestras cartas, nos leían los telegramas, vigilaban nuestros movimientos, y nos daban la sensación de que habíamos caído por error en la Tercera Sección rusa. La ciudad estaba llena de peregrinos que regresaban de Hardwar,

espectáculo muy interesante para extranjeros como nosotros. Sobre todo estábamos impresionados por la multitud de ascetas de ambos sexos, o que se decían tales, porque es probable que la inmensa mayoría no tenía de ascético más que la ropa de color naranja. Anoté: "un joven de la más notable apariencia, un caballero en lechada de cal, vestido con un rosario. Ojos extremadamente brillantes y hermosos, la barba cuidada, los dientes blancos, de gran estatura, parece un rey".

La Samaj nos hizo una recepción solemne y nos obsequió con un banquete a la moda del país, es decir, que hubo que comer con la mano derecha, en platos de hojas, puestos en el suelo. El swami llegó al día siguiente al alba, y fuí con Mooljee a presentarle mis respetos. Quedé muy impresionado por su fisonomía, sus modales, su voz armoniosa, sus gestos fáciles y su dignidad personal. Acababa de bañarse en el estanque de un bosquecillo sombrío, y se estaba poniendo un traje seco cuando llegamos. Como él estaba tan preparado para apreciarme como yo para admirarle, el encuentro fue cordial. Me tomó de la mano, me condujo a una terraza abierta, hizo traer un lecho indo –*charpoy*–y se sentó en él conmigo. Después de algunos cumplimientos, nos despedimos, y como una hora después, fue a la Casa de los Viajeros para conocer a H.P.B. En la larga conversación que sostuvimos, nos expuso sus ideas sobre el Nirvana, la Moksha y Dios, en términos que no podíamos hallar nada que objetar. Al otro día, discutimos los reglamentos de la Sociedad Teosófica, aceptó un puesto en el Consejo, me dió por escrito plenos poderes, aconsejó la expulsión de Hurrychund Chintamon y aprobó formalmente nuestro plan de tener secciones de parsis buddhistas, mahometanos, indoístas, etc. Como mi diario fue escrito en el momento, no puede haber sobre eso la más ligera duda, y se podrá apreciar nuestro sentimiento cuando, como se verá más adelante, su eclecticismo se transformó en exclusivismo sectario y su amabilidad en insultos.

Tomamos juntos el tren para Meerut, y en el camino, convinimos en que él nos enviaría reglamentos para los tres grados masónicos que deseábamos organizar para clasificar a nuestros miembros adelantados, según sus capacidades mentales y espirituales. Al otro día por la noche, hubo una reunión muy numerosa de miembros de la Arya Samaj, sumamente interesante a nuestros ojos novicios. Era una muchedumbre mucho más pintoresca de lo que pueden imaginarse los occidentales. Esto tenía lugar en un patio largo, sin techo, pero rodeado de edificios. En un extremo, había una plataforma de ladrillo, cubierta por alfombras orientales; un

pequeño dosel para el swami, con un pupitre y algunos libros encima. El maestro estaba sentado en un tapiz y se apoyaba, a la moda del país, en un gran cojín redondo como un rollo. Dominaba a la asamblea con su dignidad tranquila, y los asistentes espetaban en medio de un profundo silencio lo que él iba a decirles. No se oía más que el ruido que hacían los pájaros que se retiraban a dormir. En cuanto se nos condujo a nuestros sitios reservados, el swami inclinó la cabeza, se abstrajo un momento, y después, mirando al cielo, entonó con voz dulce y sonora la invocación: ¡"Om! ¡Om! ¡Shânti, Shânti Shânti"!, y cuando se extinguió el sonido comenzó un discurso sobre la plegaria. La interpretó como un trabajo, no como un inútil murmullo, un movimiento de los labios, una adulación o una amenaza que pudiera tener eficacia ante Dios. El había oído una vez a un brahmo-samajista que se pasó dos horas repitiendo: "Tú, Señor, eres todo verdad y toda justicia": ¿Para qué servía ésto? Hay personas que hablan a Dios como a su cipayo, como si tuviesen el derecho de ordenarle algo! ¡Locura inútil! Todo lo que está por encima de nosotros, no puede ser buscado sino en la contemplación y el desarrollo de los poderes espirituales. Y así sucesivamente, con elocuencia y emoción, con un lenguaje fácil como un arroyo que corre. Antes del fin, la plateada luz de la luna alcanzó la cornisa blanca de la casa que estaba frente a nosotros, mientras que nuestro lado permanecía en una sombra espesa; el cielo se extendía como un velo azul por encima de los árboles, y un rayo de luna caía por detrás del swami, como una pantalla luminosa sobre la cual su hermosa silueta resaltaba en pronunciado relieve.

Al otro día, me tocaba a mí dar la conferencia, y hablé bajo un *chamianah,* o sea, una gran tela rayada de azul y blanco, sostenida por pértigas y sujeta al suelo con estacas. El piso estaba cubierto por *durris,* alfombras de algodón del país, y en algunos sitios se veían tapices indos o persas, había una mesa para mi y varias sillas para los europeos, el resto del auditorio, incluso el swami, estaba sentado en el suelo. Algunos funcionarios ingleses y nuestro policía que se había afeitado el bigote –al parecer, para disfrazarse– asistían a mi discurso. Hablé de las mutuas ventajas que se desprenderían de la fusión de los intereses, y de las cualidades diversas del Oriente y el Occidente. Mooljee me sirvió de intérprete.

El swami nos contó al día siguiente varios hechos interesantes de su vida en la selva, y de la de otros yoguis. El permaneció desnudo durante siete años (salvo el *languti,* pequeña tela alrededor de la cintura), durmiendo en el suelo o sobre una

piedra, comiendo lo que podía encontrar en la selva, hasta que su cuerpo se hizo insensible al frío y al calor, a las heridas y a las insolaciones. Nunca tuvo que sufrir nada de las fieras ni de las serpientes. Una vez se encontró con un oso hambriento que se arrojó sobre él, pero le hizo una seña con la mano y el animal se apartó de su camino. Un día vió en el monte Abu a un Adepto que se llamaba Bhavani Gihr, que podía beber una botella entera de un veneno del cual una gota bastaba para matar a un hombre vulgar, y que con facilidad ayunaba cuarenta días y hada además otras cosas extraordinarias.

Esa noche hubo también una gran reunión para vemos, y tuvo lugar una larga discusión entre el swami y el director de la escuela del gobierno, acerca de las pruebas de la existencia de un Dios. El miércoles emprendimos el regreso a nuestra casa. Varios días y noches de molestias y de un calor tórrido, nos llevaron por fin a Bombay, pero antes de ocuparse de su maleta y su equipaje, H.P.B. se precipitó sobre nuestro pegajoso espía, y ahí mismo, en el andén de la estación, le dijo todo lo que ella pensaba. Le felicitó por los grandes resultado que habría obtenido en esa costosa expedición en primera clase, y le rogó que presentara sus felicitaciones a sus jefes, pidiéndoles al mismo tiempo y de su parte un ascenso. El pobre hombre se puso colorado, tartamudeó, y le dejamos allí plantado. E inmediatamente, en lugar de ir a buscar el baño y la comida, de los que teníamos gran necesidad, nos hicimos conducir al consulado norteamericano, para pedir al cónsul que enviase una protesta enérgica al jefe de policía por el trato que se había hecho sufrir a dos ciudadanos norteamericanos inofensivos.

Nuestra apacible existencia reanudó su curso, lo pintoresco del ambiente se grababa más y más profundamente en nuestros espíritus, a medida que los días se convertían en semanas y las semanas en meses. El círculo de nuestros conocimientos entre los indos, se ampliaba cada día, pero no teníamos trato más que con unos pocos europeos. ¿Qué importa que nos quisieran o no? No podían enseñarnos nada de lo que nos interesaba saber, y su género de vida y de ocupaciones, no tenía ningún interés para nosotros. Mientras tuve tiempo libre para ello, escribí cartas semanales a un diario de Nueva York, describiendo nuestras observaciones yaventuras. La protesta que dirigí al gobierno de Bombay por medio del cónsul de los Estados Unidos fue contestada con excusas y sentimiento porque los espías de la policía nos hubiesen molestado. Más tarde, en Simla, supe en la sociedad del virrey, que se habían

disgustado mucho de que la vigilancia hubiese sido tan torpe y hubiera atraído nuestra atención. Pero que la vigilancia en sí, no tenía nada de anormal, pues era costumbre en la India hacer vigilar a todos los extranjeros que parecían buscar la relación de los indos y evitar el trato con la raza dominadora.

En el momento mismo del hecho, tomé numerosas notas sobre la visita de un encantador de serpientes, que tuvo lugar en nuestro bungalow; y como la versión de *Grutas y selvas del Indostán* es de lo más fantástico, voy a contar la simple verdad, que es también muy interesante. El hombre se llamaba Bishunath, había nacido en Indore. El hecho tuvo lugar el 15 de junio de 1879. El hombre era muy pintoresco; tenía una mata de cabellos negros, toda su barba recogida sobre las orejas a la moda radjput, y su cuerpo delgado estaba desnudo hasta la cintura. En un cesto redondo y aplastado, llevaba algunas cobras, y soltó una en la habitación de Wimbridge. La serpiente se enroscó tranquilamente, sin dar la menor señal de hostilidad, pero H.P.B. y la señorita Bates se apresuraron a trepar en sendas sillas, subiéndose las faldas. El encantador comenzó tocar en una flauta en forma de cantimplora, una melodía no del todo desagradable. La cobra se irguió en seguida, abrió su sombrilla, sacó la lengua yse balanceó acompañando al ritmo del instrumento. Yo acababa de leer una porción de libros en los cuales decíase que esas serpientes eran convertidas en inofensivas por la oblación de sus bolsas de veneno. Rogué a uno de los parsis presentes que preguntara al encantador si era así en este caso. Respondió que no, y cogiendo a la serpiente por el cuello, le abrió la boca con un palo y nos mostró los pequeños dientes curvos con sus bolsas de veneno a los lados de la boca. Por otra parte, ofreció dar la mejor prueba de ello si se le procuraba un pollo. Cuando, se lo trajeron, el encantador, sosteniéndole por detrás de las alas, le empujó hacía la cobra, a la que tuvo cuidado de irritar amenazándola. La serpiente comenzó a agitarse, sacando la lengua con rapidez, inflando su capuchón, y silbando como alguien que se ahoga respirando con dificultad. Por fin, estando el pollo a su alcance, retrocedió bruscamente y se le echó encima mordiéndole, con un movimiento rápido, después le hirió por segunda vez, pero fue demasiado lejos, y en vez de morder al pollo, mordió la mano del encantador que lo sostenía. Una pequeña gota de sangre marcó el sitio de la herida, y no pudimos retener exclamaciones de inquietud. Pero Bishunath, echando el pollo al suelo, abrió una caja de metal oxidado, sacó de ella un disco óseo, lo aplicó sobre la gota de sangre, y después de haber tenido su mano inmóvil algunos minutos, comenzó a servirse de

ella lo mismo que de la otra. El disco de hueso estaba adherido la mordedura como con liga. El pobre pollo ni trató siquiera de levantarse; tuvo algunas convulsiones y murió donde había caído.

¡Evidentemente, la serpiente tenía su veneno! Pero nosotros observábamos al encantador con una secreta emoción, pensando que iba a ser víctima de su temeridad; no obstante, él decía que eso no era nada, que la "piedra para serpientes" chuparía infaliblemente todo el veneno. Yo tenía mucha curiosidad por ver cómo se sostenía sobre la mano del hombre y le pedí que me la dejase tocar. Consintió y ví que la adherencia era tan perfecta que toda la piel de la mano se levantaba cuando yo trataba de sacar la piedra. Después de algunos minutos, cayó por sí sola y el encantador declaró que estaba salvado. Entonces nos contó, en respuesta a nuestras preguntas, que ese maravilloso disco era un pequeño hueso –aproximadamente del ancho de un botón de chaleco– que se encuentra en la boca de una cobra entre cada cincuenta o cien de ellas, metido entre la piel y el hueso de la mandíbula superior. Las demás no tienen ese apéndice, y su posesión hace que una serpiente sea rey entre sus semejantes, y la llaman *cobra rajah*. Loo encantadores de serpientes abren la boca de todas sus cobras para buscar ese precioso hueso, que se encuentra asimismo en la anaconda, en una especie de sapo enorme, amarillo y venenoso, y también en el elefante. Es bien curioso si es cierto. Y nos dió una prueba de su virtud: excitó a la cobra hasta que abrió la sombrilla y comenzó a silbar; el hombre tomó el disco entre el pulgar y el índice y lo presentó a la serpiente, que con gran sorpresa nuestra retrocedió como si le hubiesen presentado un hierro al rojo. Balanceándose de derecha a izquierda, parecía aterrorizada o sometida a una especie de hipnotismo. El encantador la seguía sin cesar, no dejándola descansar; la serpiente terminó por quedar callada, por agitarse cada vez menos, y finalmente se arrolló en el suelo formando anillos. Para terminar, el encantador le tocó la cabeza con el disco. Reflexionando, no veía yo más que esta alternativa: o la "piedra" tenía en realidad influencia sobre la serpiente, y en tal caso poseía un valor científico, o bien el terrible reptil había aprendido a representar toda esa escena con su amo. Para salir de dudas, tomé el disco de manos del encantador y repetí la experiencia yo mismo, pensando: mi piel es blanca; si la cobra está habituada a una mano oscura, tratará probablemente de morderme en lugar de calmarse y quedar dormida. De suerte que comencé por exasperarla como le vi hacer al encantador; pero, como puede suponerse, no quitaba ojo a sus menores

movimientos y retiraba con prontitud la mano cuando el animal se preparaba a retroceder para herir. Las señoras, desde lo alto de su refugio, protestaban por mi temeridad, y H.P.B. no ahorraba sus expresiones. Sin embargo, en interés de la ciencia, me obstiné en continuar el experimento.

Cuando la cobra estuvo en el grado requerido de excitación, le presenté la "piedra" y quedé encantado al ver que, como la vez primera, su agitación decayó, sus movimientos se hicieron de más en más lentos, se enroscó y le toqué la cabeza con el disco todopoderoso. Después del regateo usual en Oriente, compré la "piedra" por algunas rupias y la guardé durante largo tiempo en mi escritorio con la esperanza de salvar la vida de alguien. Pero nunca tuve la ocasión de ensayar su eficacia, y terminé por regalarla al doctor Mermell, de Londres, que se ocupaba de venenos. Bishunath no acudió a la cita que le dí para el domingo siguiente, con gran decepción de una distinguida reunión de indos y europeos que yo convoqué para vedo experimentar con una pareja de perros pariahs. A pesar de eso, no perdimos el tiempo, porque alguien trajo un prestidigitador mahometano, que era muy hábil. Ví dos juegos que valen la pena de ser citados. Una bola de madera, atravesada por un agujero, subía y bajaba, obedeciendo sus órdenes, sobre un hilo tendido entre su mano y el dedo gordo de su pie. Sobre una especie de violín de bambú, que no tenía más que dos cuerdas, hacía mover tres bolas de calibre igual. Tan pronto subían, como descendían, las tres juntas, o una por una, o dos a la vez, mientras que la tercera subía, a voluntad. Ninguno de nosotros pudo adivinar cómo lo hacía.

En otra ocasión, un indo me enseñó un remedio raro contra la ictericia, diciéndome que su madre lo había curado diez veces de ese modo. Se enhebra una aguja y se frota suavemente con ella, la frente del enfermo, pasando la punta de arriba hacia abajo, repitiendo simultáneamente una mantra. Hecho ésto, se deposita la aguja en una copa llena de agua, se somete al enfermo a dieta por un día o dos, la aguja y el hilo se ponen de un color amarillo oscuro, y el enfermo se cura! Si alguien desea ensayado y obtiene éxito, le suplico que me lo diga. No puedo indicar el mantra, pero opino que cualquiera servirá para el caso, a condición de que sea recitado con "una intención magnética", es decir, concentrando su pensamiento y con fe en el remedio. Pero puedo tal vez equivocarme, pues hay en la India una gran cantidad de mantras para todas las necesidades. Se invoca a una diosa especial (elemental) para cada caso, con fórmulas diferentes, de acuerdo con el objeto de la petición. Según entiendo, se

cambia, de elemental con arreglo a los casos; esto podría ser objeto de un estudio interesante, y espero que alguien lo hará.

Veo en mi diario varias alusiones a la ayuda que presté a H.P.B. para escribir "su nuevo libro sobre la Teosofía". Parece que el 23 de mayo ella "dió el primer golpe de pico", y que el 24 "me pidió que le diese las primeras líneas para un libro, con la vaguedad de las ideas de uno que no tiene intención de escribirlo". El 25, le "ayudé a preparar el prólogo" y el 4 de junio estuvo terminado. Ese fue el germen de la *Doctrina Secreta,* que hubo de dormir cinco o seis años; todo lo que entonces hice, fue inventar el título y escribir el prefacio original.

Con la mejor intención del mundo, se le ocurrió por entonces a nuestro cuarteto, aprender el indi para mayor bien de la Sociedad, pero como no se puede aprender una nueva lengua recibiendo la mar de visitas y escribiendo un sinnúmero de cartas; con gran sentimiento, el proyecto tuvo que ser abandonado. Pero el inglés está tan difundido entre las clases instruidas, con las cuales teníamos que tratarnos en la India, que no creo que nuestra causa haya sufrido por nuestra ignorancia.

El 18 de mayo, hablé por primera vez ante la Arya Samaj de Bombay, en una reunión al aire libre y con numeroso público. El reverendo editor del periódico maharat de las misiones presbiterianas, se hallaba presente, y le requerí para que saliera al frente y justificase ciertas calumnias que había publicado contra nosotros, y que nuestro abogado le hizo más tarde rectificar con excusas que dió de plano. Al ser interpelado por mi, se contentó con murmurar algo con aire confuso, por lo cual el que presidía la reunión se enojó y le dijo algunas tonterías. Y –dice mi diario– "H.P.B. le hizo oír algunas cosas buenas! Agitación. Risas. Los misioneros totalmente aplastados".

Algunos días más tarde, H.P.B., la señorita Bates y yo, fuimos atendiendo una invitación, a visitar a un sirdar del Decan, para encontramos con el gran juez de Baroda (un parsi), y después que este se fue, nuestro huésped nos rogó que le excusáramos por un instante. Regresó trayendo de la mano a una linda niña de diez años, que nos pareció su nieta. Estaba lujosamente vestida a la moda del país, con un soberbio *sari* de seda, y sus cabellos de ébano, lustrosos como azabache, desaparecían bajo los adornos de oro. Llevaba pesadas alhajas, en las orejas, alrededor del cuello; de las muñecas y de los tobillos, y –con gran sorpresa nuestra– llevaba en la nariz el

anillo que en Bombay indica a las mujeres casadas. H.P.B. sonrió graciosamente cuando la niña se acercó, pero cuando el viejo noble de barba gris ycabellos blancos le presentó la mano de la criatura diciendo: "señora, permítame que le presente a mi mujercita", la sonrisa se transformó en un fruncimiento de cejas, y con un todo de inexpresable desprecio, exclamó: ¿"Su *mujer*? ¡Viejo bruto! Debería usted morirse de vergüenza". Nos separamos de nuestro huésped tratando de sonreír.

Nuestra relación con el editor del famoso diario de oposición, el *Amrita Bazar Patrika,* comenzó por una carta que recibí de él el 12 de mayo. Había leído una crónica de mi discurso en el Framji Cowasji Hall, y solicitaba nuestra amistad; a partir de entonces, ha disfrutado siempre de ella, porque es un ferviente patriota y un hombre religioso, dos grandes cualidades para cualquiera que sea. Nuestra correspondencia con él, nos trajo su visita, y como estaba sinceramente interesado por nuestra interpretación de sus libros sagrados, H.P.B. hizo para él algunos fenómenos. Por ejemplo, arrancó algunos cabellos negros de su propia cabeza, hizo sonar las campanillas astrales, y según mi diario, anotación del 8 de septiembre, "desdobló a petición suya un espejo mágico con su marco negro y su mango, que ella había recibido hoy de un Maestro". Yo me encontraba presente, y el hecho pasó como lo cuento. El debía marcharse dos días después y le rogaba que le mostrase el fenómeno de desdoblamiento, para hacerle comprender bien lo que le había enseñado acerca de la naturaleza de la fuerza y sus relaciones potenciales con el poder de una voluntad adiestrada. Ella se rehusó por largo rato, pero terminó por acceder a lo que pedía, con la condición de que prometiese no molestarla más; él tomó el espejo citado y le pidió que lo desdoblase, prometiendo lo pedido. H.P.B., tomando en la mano el espejo, se levantó, nos volvió la espalda, y al cabo de un momento, echó sobre un asiento dos espejos idénticos. Agotada, se dejó caer en su sillón, permaneciendo algunos minutos silenciosa para reponerse. Felizmente Shishir Babú vive todavía y podrá rectificarme si he contado mal la historia.

Fue el 4 de julio de ese año, cuando decidimos fundar el *Theosophist;* los norteamericanos observarán la fecha, día de la Independencia. Nos vimos obligados a ello por la necesidad de responder mejor que por medio de cartas, al creciente interés que despertaba la Teosofía. Nos era sencillamente imposible continuar esa correspondencia monstruo. Veo en mi diario que trabajábamos a veces desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, y después, seguíamos hasta los dos o las tres

de la madrugada, y toda esto en vano. Sin cesar habíamos de responder a las mismas preguntas formuladas por diferentes corresponsales, y era abrumador repetir siempre lo mismo. Después de discutir el asunto bajo todas sus fases, y pesado el pro y el contra, decidimos tentar la aventura, y en realidad lo era, porque la Sociedad no poseía ni un céntimo de capital, ni un ápice de crédito. Yo planteé la condición absoluta de que la revista saldría en las condiciones de todos los buenos periódicos ingleses y americanos: suscripciones pagados por adelantado. Yo me comprometía de buen grado a publicarla un año íntegro con regularidad, aunque no tuviéramos ni un abonado, pero en cuanto a perder mi tiempo corriendo detrás de los pagos atrasados y a dejarme fatigar por cuestiones de cobranzas, hasta el punto de no poder ya escribir seriamente, eso sí que no! Nuestras amigos indos se oponían con todas sus fuerzas a la que consideraban como una novedad, y predecían un fracaso, pera yo no cedí. De suerte que nos procuramos los fondos necesarias para la publicación de los doce primeros números, y el 6 de julio escribí el prospecto, y lo envié a la imprenta. Pedimos a Sumangala y a otros sacerdotes de Ceylán, al swami Dyanad y a varías pandits que nos diesen artículos, y repartimos ampliamente el anuncio de nuestras intenciones. Esto nos ocupó todo el verano. Nuestros asociados hicieron gestiones para conseguir suscripciones, yel 1° de octubre apareció el primer número, del cual se tiraron 400 ejemplares.

Esto sucedía hace 199 meses, ya partir de entonces el *Theosophist* no ha dejado nunca de aparecer, no ha sufrida ningún contratiempo, ni nos hizo contraer jamás la menor deuda. Después del cuarto número, dió beneficios, no muy grandes, pero que han terminado por dar a la Sociedad unos buenos miles de rupias, puesto que nuestros servicios fueron siempre gratuitos. Es un hermoso elogio para un periódico de esa clase.

CAPÍTULO VII

NUEVOS ASOCIADOS

Cuando hojeo mi viejo diario de 1879 y veo llegar en él uno después de otro a todos los fieles colegas que más tarde se hicieron célebres, me parece que estoy viendo los artistas que entran a escena en una comedia. Es muy sugestivo observar las causas que les hicieron ingresar en la Sociedad, y las que en muchos casos los hicieron salir. Estoy convencido de que estas últimas eran, sobre todo, de naturaleza personal, como ser la decepción de no llegar a conocer un Mahâtma, o de ver que H.P.B. no cumplía sus promesas; algunos se disgustaban por los ataques de que ella era objeto en su reputación, o por el descrédito que se hacía de sus fenómenos; otros se cansaban al no poder adquirir los poderes psíquicos como el inglés en seis lecciones. Ya he contado el ingreso del señor Sinnett, y veo en mi diario que recibí a Damodar en la Sociedad el 3 de agosto. Era la estación de las lluvias, y el excelente muchacho nos llegó con un impermeable blanco, unas polainas que hacían juego, con el impermeable, un gorro con orejeras, una linterna en la mano, y corriéndole el agua por la nariz, que era muy larga. Era flaco como Sarah Bernhardt, con mejillas hundidas, y unas piernas –según decía H.P.B.– como lápices. No juzgando más que por las apariencias, no tenía aspecto de ser más capaz que otro de llegar a ser un Mahâtma o de acercarse a mil millas de un verdadero Ashrama. Pero las apariencias son engañosas, como lo ha probado la experiencia en su caso y en el de muchos otros que parecían sus superiores espiritualmente, pero que resultaron otra cosa muy diferente.

Tres días después de la recepción de Damodar, recibí la solicitud de admisión del teniente coronel Gordon y de su señora, que fue una de las mejores amigas y uno de los más fieles sostenes de H.P.B.

La terrible señora Coulomb hizo su entrada en nuestra escena con una carta que H.P.B. recibió el 11 de agosto de 1879. Los diarios de Ceylán habían reproducido las noticias referentes a nuestra llegada a Bombay, y la mencionada señora escribió a su antigua conocida de Egipto, diciéndole que se había producido en la isla un gran movimiento a nuestro favor, que se estaban reuniendo grandes sumas de dinero para recibimos y que “los buddhistas estaban locos por vemos”. En su carta, enviaba un

ejemplar de uno de los diarios ingleses de Colombo, en el cual ella había escrito para defender su reputación contra un ataque maligno, diciendo que habiéndola conocido muy bien en El Cairo, podía certificar que era una dama sin reproche! Me parece que se olvidó de agregar ese documento histórico al folleto de 1884, en el cual atacaba a H.P.B. con los más escogidos términos de los misioneros sus aliados. De suerte que voy a reparar su olvido citándolo. Dice así:

"No conozco a ninguno de los miembros de esa Sociedad, excepto a la señora Blavatsky. Conozco a esta señora desde hace más de ocho años, y debo decir la verdad: su reputación está intacta. Las dos vivíamos en la misma ciudad, y por el contrario, ella estaba considerada allí como una de las mujeres más inteligentes de la época. La señora Blavatsky sabe música, es pintora, lingüista, autora y puedo decir que pocas señoras y hasta pocos hombres poseen los conocimientos generales de la señora Blavatsky". (Del *Ceylon Times* del 5 de junio de 1879).

Pintaba en la carta un cuadro aflictivo de la situación a que se hallaban reducidos ella y su marido, y solicitaba ayuda. Deseaba trasladarse a Bombay, en el caso de poder llegar a pagar su viaje, para buscarse allí una situación. H.P.B. me contó su versión de la historia de sus relaciones con los Coulomb en El Cairo. Me dijo cómo la señora Coulomb le había prestado algunos servicios en aquella ciudad a su llegada, después de la catástrofe de su barco, que había sufrido una explosión en el Pireo, matando a casi todo el mundo que iba a bordo. A esto le respondí que mi opinión era que, en reconocimiento, ella debía ayudar a ese matrimonio que parecía hallarse reducido a una condición extrema. H.P.B. fue del mismo parecer y escribió algunas cartas en las cuales, si no me equivoco, llegó hasta sugerir a aquella mujer que algún día podría sucederle a ella al frente de la Sociedad! No podría jurarlo, pero así lo creo. Y seria por cierto muy natural, porque tenía la costumbre de usar ese género de frases, y si sus cartas "de sucesión" pudieran reunirse, formarían una divertida colección.

El 4 de octubre, Santi Saga acharya, el más sabio de los sacerdotes jainos y su *jutti* (yogui) en jefe, nos dió un durbar. Nos hallábamos en una gran sala cuadrada, de un segundo piso, con suelo de cemento; algunos pilares cuadrados de madera, sostenían el piso superior. Contra la pared, a la izquierda según se entraba, había, un tapiz de satén cubierto de figuras sobre fondo amarillo –el color de los jainos y de los monjes budistas– festoneado de rojo. Encima, un pequeño dosel de seda rameada del país; debajo, una estrecha plataforma cubierta de un tapiz rayado *(durri)* colocado sobre

un delgado colchón de algodón indo. Había también un cojín junto a la pared, para recostar la espalda, y otros dos más pequeños, para las rodillas de un hombre sentado con las piernas cruzadas. Un taburete permitía subir al estrado. Tales eran los preparativos hechos para la comodidad y la dignidad del âchârya durante la ceremonia.

A un lado de la plataforma pusieron para nosotros cuatro sillas. Como unos trescientos jainos nos dieron la bienvenida. Después toda la asamblea se puso de pie, abrió un paso, y entró un sacerdote de venerable aspecto, saludando a derecha e izquierda. Me saludó –supongo que como jefe de nuestro grupo–, pero no prestó la menor atención a las dos señoras, cosa de esperar de parte de un monje de costumbres austeras y que observaba la castidad. Pero en mi ignorancia de las ideas monásticas indas, me pareció muy mal educado. Se sentó en su sitio, con las piernas cruzadas, y toda la concurrencia hizo lo mismo en el suelo, cada uno en el sitio que ocupaba. Mientras todo el mundo tomaba asiento, tuve tiempo de examinar bien al monje. Tenía la cabeza grande, capaz de alojar cómodamente al buen cerebro que debía poseer, según echábase de ver enseguida. Sus cabellos estaban cortados muy cortos, o en camino de volver a crecer entre dos rasuradas mensuales, como se ve en los monjes buddhistas. Su barba estaba recién afeitada. Vestía el *dhoti* indo, con un fino chal de muselina de Dacca, de los que a causa de su maravillosa finura se llaman "tejido de rocío", echado sobre el hombro. No llevaba ninguna marca de casta, ni alhaja alguna. El monje comenzó la conversación con un minucioso interrogatorio sobre lo que yo sabía de las doctrinas de los jainos, pasando el diálogo a través de dos intérpretes. Le expliqué el estado de la religión en el Occidente y cuáles eran las causas de la desespiritualización de las naciones occidentales. Afirmé la necesidad de difundir las ideas religiosas orientales en esos países, y le demostré que los hombres sabios como él tenían un papel que desempeñar en esa gran empresa. Los poseedores de la sabiduría de la cual los occidentales se hallaban tan necesitados, no tenían excusa si permanecían en una indiferencia indolente; era para ellos un positivo pecado no comunicar su sabiduría. Siguió con atención mi argumento, y lo discutió punto por punto, alegando una cantidad de excusas por no ocuparse él mismo de esa gran obra. Por fin pareció que se dejaba conmover por el siguiente razonamiento: "Vosotros, los jainos, tenéis la más tierna compasión por los animales, les alimentáis, les enterráis, y les protegéis contra toda crueldad; hasta habéis abierto un hospital en el que son

cuidados todos los animales enfermos. Si uno de vosotros viese un perro hambriento ante su puerta, compartiría con él su propia comida, antes que verle morir de hambre". Un murmullo de asentimiento me respondió, y todas las cabezas se movieron afirmativamente. ¡"Pues bien!, entonces, repuse, el pan de la verdad religiosa es más necesario a la salvación del hombre que un plato de comida al cuerpo de un perro; vosotros, pueblo orientales, poseéis esa verdad, decís que todas las naciones de mundo son vuestras hermanas, y ¿cómo osáis decir que no queréis tomaros el trabajo de enviar ese pan de la verdad espiritual a esas naciones hambrientas del Occidente, cuyo ideal espiritual y cuyas esperanzas son destruidas por el materialismo científico antirreligioso"?

El viejo âchâryâ se irguió, y me hizo decir por los intérpretes que con mucho gusto nos ayudaría y que escribiría para la revista que acabábamos de fundar, a fin de difundir esa clase de enseñanzas. Pero no hizo nada de eso. Sin embargo, debo decir que los jainos se vieron perfectamente representados en el Parlamento de las religiones en Chicago, el año 1893, por el señor Virchand Ghandi, quien expuso sus ideas con una claridad y elocuencia tales, que les conquistó la simpatía y el respeto general. Terminé la conversación describiendo algunas de las maneras como las naciones de Occidente que a sí mismas se llaman cultas, prueban su amor por los animales. Era curioso ver la expresión de las caras de mis oyentes, a medida que yo describía los horrores de los combates de toros y osos, las cacerías de zorros, ciervos y liebres, las batallas de perros y ratas y las riñas de gallos. Aquellos 300 jainos se miraban con una especie de terror y de consternación, contenían la respiración y me devoraban con los ojos como para sondear mi corazón y ver si yo decía la verdad; vi que no podían soportar más, y me callé en medio de un silencio de muerte. Entonces pedí permiso para retirarnos; todos se pusieron de pie para saludamos, nos pusieron alrededor del cuello las guirnaldas tradicionales, y salimos. Muchos de ellos nos siguieron hasta la calle, y algunos corrían detrás del coche, gritándonos sus bendiciones. Tal fue el estreno de nuestras buenas relaciones con los jainos.

El padre de Damodar fue recibido miembro de la Sociedad el 19 de octubre en presencia de su hijo y de su hermano, Krishna Row, que más tarde fue causa de todos los disgustos que Damodar tuvo con su familia.

Nuestro amigo Gadjil vino a vernos en noviembre; no hablo de su visita sino porque veo en mi diario que nos enseñó dos raíces que, según se dice, poseen

propiedades maravillosas. La una, cura las mordeduras de serpientes, y la otra, las picaduras de escorpión. La primera se hace macerar en agua que se bebe en seguida, lo que es muy sencillo; pero con la segunda hay que operar de muy distinto modo. Hay que acariciar con la raíz el miembro picado, haciendo pases descendentes, como en el tratamiento magnético, y después el sitio extremo en que el dolor se hace sentir. Son las propiedades magnéticas, o tal vez mágicas, de la raíz, las que hacen retroceder el dolor hasta el sitio de su origen, la picadura del escorpión. Después se la mantiene encima de la herida, sin contacto, todo el dolor desaparece, y el enfermo está curado. He ahí una cosa muy interesante y que puede ser cierta, porque no conocemos ni la milésima parte de los agentes curativos de la Naturaleza, pero existe un remedio, todavía más sencillo, para el veneno del escorpión. Los lectores de los antiguos números del *Theosophist* recordarán unos artículos publicados y que se referían a las propiedades curativas de la estrella de cinco puntas. (Véanse los vol. II y III). Los autores de dichos artículos afirman que ellos curaron numerosos casas de esa clase, dibujando con tinta una estrella de cinco puntas, sobre la piel del paciente en el punto extremo alcanzado por el dolor, y a medida que éste retrocedía, repitiendo el símbolo hasta que el dolor hubiese vuelto a entrar en la herida, de donde una última imagen lo expulsaba definitivamente. Las afirmaciones del primer escritor fueron pronto seguidas por corroboraciones de otros corresponsales que declaraban haber repetido la experiencia con pleno éxito. Entre otros, citaré al príncipe Harisinji Ruspinji, de la familia real de Bhavhagar, que curó en esa forma a centenares de casos, y que, según creo, alivió numerosas neuralgias de todas clases.

Nos hallamos frente a un dilema: o la curación es debida a la sugestión, o bien a cierta propiedad mágica inherente al símbolo estelar. El materialista preferirá la primera hipótesis, y el mago la segunda. Pero lo importante es curar. Me parece que, el único medio de salir de dudas sería ensayar el signo sobre animales, niños, o idiotas, que no serían impresionados por la vista del dibujo, ni por lo que se dijera a su alrededor sobre su poder supuesto.

La fiesta de Diwali (para Dipavali) es un día de iluminaciones y regocijos, en recuerdo de Bhima, que mató a un demonio. En ese día se hacen visitas, se adorna la casa con flores y luces, se hacen regalos a los parientes y amigos, se viste de nuevo a los criados, y todo el mundo renueva su guardarropa. Fuimos con algunos amigos indos a ver las iluminaciones en los barrios indígenas y a hacer varias visitas.

Un amigo me llevó cierto día a ver un viejo fakir musulmán, muy conocido entonces en Bombay, llamado Jungli Bawa (literalmente, el asceta de la selva). Era un anciano de expresión viva y curiosa, con la cara muy arrugada, y con un bonete en forma de mortero, la barba corta y afeitada alrededor de los labios y en la barbilla. Su *dhoti* estaba tejido con oro en el borde, y en su extremidad tenía una franja de oro de una pulgada de ancho. Era vedantino y tenía dos discípulos mendicantes para servirle. Nos recibió en el piso bajo de una gran casa cuadrada, abierta en el centro. Estaba en cuclillas sobre una estera, teniendo ante sí un morterito de cobre para moler el *pan* (pasta de betel) y otras pequeñas vasijas de cobre. Había para los visitadores un tapiz rayado, pero por compasión a la poca flexibilidad de las rodillas occidentales, me hizo traer una silla. Cada uno que entraba, se prosternaba, tocando los pies del santo varón con su frente; esto es en Oriente la forma más respetuosa del saludo. Se entabló una larga discusión que abarcó los dos yogas, y las 84 posturas del hatha-yoga fueron descrita con superabundancia de detalles. El anciano me hizo muchas preguntas acerca de los fenómenos que yo había visto, pero rehusé satisfacer su curiosidad, sabiendo que en el Indostán esa clase de experimentos es tenida por sagrada y que no debía de tratarse de ella a la ligera ante una reunión heterogénea como la presente. El bawa sonrió y dijo que yo tenía perfecta razón, porque hallándose esas cosas fuera de la experiencia corriente, no debían ser expuestas a burlas triviales ni a negaciones escépticas. ¡Ay!, ¿por qué no observaríamos esa regla desde el comienzo? ¡Cuántas molestias y qué sin fin de disgustos nos hubiese ahorrado!

El fakir me dijo que si quería volver yo solo, cambiaríamos confidencias, y me haría ver fenómenos, Esta entrevista me interesó vivamente, porque ese hombre era un verdadero asceta y parecía perfectamente sano de cuerpo y de espíritu, a pesar de sus ayunos y demás penitencias.

Volví a visitar al fakir, con el mismo amigo, la noche siguiente. Esta vez nos recibió en la galería exterior, sentado en mi silla de la víspera, mientras que mi amigo y yo nos sentamos en un canapé bajo. Una hermosa lámpara de pie, de manufactura europea, alumbraba sus rasgos fuertes y hacía brillar los hilos de oro de su turbante. Uno tras otro, entraban los indos, se prosternaban ante el fakir y se retiraban a la sombra, al fondo de la galería, donde se ponían en cuclillas, quedando en un claroscuro, silenciosos e inmóviles, asemejándose con sus *puggaris* y *dhotis* blancos a un grupo de aparecidos.

Un claro de luna indo plateaba en el exterior las pulidas superficies de la fronda de los cocoteros, y revestía de plata el barnizado techo de nuestro coche. El bawa continuó hablando de los dos yogas y dijo que él había cultivado la facultad de la *laghima* (ligereza extrema), de suerte que podía mantenerse suspendido en el aire, y caminar sobre el agua como si fuese un terreno sólido. Enseñaba a sus discípulos a que hiciesen otro tanto, pero consideraba esas cosas como juegos de niños y no se interesaba más que por la filosofía, guía sagrada e infalible, del camino de la sabiduría y de la dicha. Dijo que había aprendido los dos yogas. Hablando de las relaciones de gurú a chela, dijo que los servicios que este último podía prestar eran de tres clases: podía dar dinero, enseñar a su maestro algo nuevo, o servirle como criado. Me contó una larga fábula sobre un deva y un daitya; después me preguntó qué clase de servicio elegiría yo. Se lo dije; entonces aplazó la exhibición de los poderes que pretendía poseer, y no le volví a ver más.

CAPÍTULO

ALLAHABAD Y BENARES

Por esa época comenzó a levantarse sobre nuestro horizonte indo una nube –la primera si no contamos como tal al incidente de Hurrychund– hacia el fin de noviembre se manifestaron las causas que iban a traer como consecuencia la ruptura de nuestro *quatuor*. De todos modos, era una alianza rara y poco natural, una fantasía de H.P.B. que tarde o temprano habría de engendrar tempestades. Ella y yo, como ya lo he dicho, estábamos enteramente de acuerdo cuando se trataba de los Maestros, de nuestras relaciones con ellos y de servirles. A pesar de algunos rozamientos causados por la diferencia de nuestras personalidades y de nuestras maneras de encarar las cosas, estábamos en perfecta armonía en cuanto a la excelencia de nuestra causa y a la necesidad de llenar estrictamente nuestros deberes. No sucedía lo mismo con nuestros colegas Wimbridge y la señorita Bates, que eran ingleses hasta la médula de los huesos, y no tenían más que un delgado barniz asiático depositado en la superficie por el comunicativo entusiasmo de H.P.B. El era arquitecto y dibujante, ella institutriz o maestra de escuela y tenía unos treinta y cinco años. Ambos habían pasado algunos años en América y fueron presentado a H.P.B. por personas amigas. En aquel tiempo no les sonreía la fortuna, y aceptaron gustosos la invitación que H.P.B. les hizo para que nos acompañasen al Indostán a fin de ejercer allí sus respectivas profesiones con la ayuda de nuestros amigos indos. No tuve nada que objetar en cuanto a Wimbridge, pero la señorita me inspiraba molestos presentimientos. Supliqué a H.P.B. que no la llevase con nosotros. Pero me respondía invariablemente que siendo ingleses los dos y patriotas, nos servirían de garantía para con las autoridades anglo-indas, y que ella tomaba sobre sí todas las consecuencias, sabiendo que no resultaría de esta asociación nada que no fuese bueno. Como en muchos otros casos, cedí a la presunta superioridad de sus intuiciones ocultas; partimos los cuatro, y en Bombay nos instalamos juntos. ¡Mal negocio! La señorita Bates comenzó por fomentar un desacuerdo entre H.P.B. yuna encantadora joven teósofa de Nueva York; después apartó de nosotros a Wimbridge, lo que rompió la armonía de la familia. Yo no tenía nada que ver en el asunto, pero al fin me tocó el desagradable deber de obligar a la

señorita Bates a que se retirase de la Sociedad. Esa era siempre mi suerte: H.P.B. reñía con alguien y yo tenía que recibir los golpes y poner en la puerta a los importunos; todos nuestros amigos conocen esto muy bien. Mi colega hablaba siempre de su "olfato oculto", pero raramente serviase de él para descubrir a un traidor o a un enemigo disfrazado de adulador. Sin ir más lejos, ahí están los casos de la señora Coulomb y el de Solovioff que por sí mismo descubrió sus traiciones y espionajes, que bastarían para probar mi afirmación.

El 23 de noviembre, tuvo lugar en nuestra casa una reunión para organizar una sociedad de temperancia arya. Yo veía que era una vergüenza que los principales indos y parsis se mantuviesen indiferentes a los rápidos progresos de la intemperancia en toda la India y dejasen a los misioneros el cuidado de resistir a esa marea. Un influyente brahmán maharat, aceptó la presidencia de nuestra reunión, se decidió fundar dicha sociedad, y se recogió 77 firmas en el programa de organización, después se acordó reunirse nuevamente cuando convocara el presidente. Hubo una segunda reunión y 40 firmas más, pero eso fue todo, porque parecía que nadie más que yo se interesaba en el movimiento, y yo tenía mucho que hacer en otras cosas para dedicar a esa obra el tiempo que hubiera sido menester.

El 29 de noviembre hubo un gran acontecimiento: celebramos con esplendor el cuarto aniversario de la fundación de la Sociedad Teosófica. Era la primera ceremonia pública de esta clase, el único aniversario que se hubiese celebrado públicamente; el primero lo fue con una reunión privada de los miembros de Nueva York, en la cual pronuncié un discurso. El traslado de nuestro Cuartel General a la India, y la considerable publicidad que se dió a nuestra labor, pareció exigir un cambio de procedimientos y un nuevo método de acción.

Wimbridge dibujó y litografió una artística tarjeta de invitación, por la cual todos nuestros amigos eran invitados a que "asistiesen al Cuartel General, Girgaum Back Road, número 108, Bombay, el 29 de noviembre a las ocho treinta de la noche, para celebrar el cuarto aniversario de la Sociedad, la fundación del *Theosophist* y la apertura de la biblioteca. Habrá discursos y una exposición de arte indígena". Iba firmada por mí como presidente y por H.P.Blavatsky como secretario de correspondencia. Los jardines y la alameda que desde la calle conducía a ellos, estaban brillantemente iluminados; arcos de luces y pirámides de lámparas de color a la moda inda, habían sido colocados a la entrada de la alameda y a la de la casa. Entre las

palmeras colgaban faroles; la palabra “bienvenidos” formada con luces de gas, alumbraba la fachada de la biblioteca. El jardín entero estaba cubierto de tapices rayados indos; había 400 sillas para los invitados, una orquesta de 20 músicos tocaba aires nacionales y extranjeros, y el aspecto general era soberbio.

Por encima de las palmeras, el cielo tropical azul y estrellado, nos consideraba. En la biblioteca, las paredes y las mesas estaban cubiertas de muestras del arte indo: cobres, marfiles, tallas en sándalo, aceros, mosaicos de mármol de Agra, chales y suaves lanas de Cachemira, muselinas tejidas a mano, de Dacca y otros sitios, cuchillos de Pandharpour, y trabajos de la escuela de arte de Baroda. El *dewan* de Coutch nos había enviado una colección de armas, y una parte de la famosa vajilla de aquel Estado.

Hallábanse presentes alrededor de unas 500 personas de las más conocidas y más respetables de Bombay. Hubo discursos que pronunciaron varios indos, además del mío. Juzgándolo bien, era una cosa excelente para el desarrollo de nuestra obra en el Indostán. Los europeos presentes quedaron encantados con la exposición industrial y le hicieron elogios bien ganados.

Dos días más tarde, H.P.B., un amigo europeo y yo, fuimos invitados a una comida inda, que ha sido contada por H.P.B. con su locuacidad y acostumbradas exageraciones; no necesito insistir sobre ello. Varios brahmanes comían frente a nosotros, y yo hice reír mucho a todos pidiendo prestada a H.P.B. su larga cadena de oro, para ponérmela a guisa de cordón brahmánico, lo que completaba mi parecido, pues estaba vestido como ellos con un *dhoti* a partir de la cintura, quedando el torso desnudo. El otro europeo estaba ataviado del mismo modo, pero H.P.B. declinó la irónica invitación a que nos imitara!

Damodar, ella y yo, salimos de Bombay con Baboula el 2 de diciembre para Allahabad con el fin de hacer una visita a los Sinnett a quienes todavía no conocíamos personalmente. Dos días después, muy temprano, llegábamos a Allahabad, donde el señor Sinnett nos esperaba en la estación con su coche de dos caballos y sus criados vestidos con hermosas libreas. La señora Sinnett nos recibió en su casa de un modo tan encantador, que vimos en seguida que habíamos adquirido una amistad preciosa. Entre las visitas de ese primer día, se contaron un juez del Tribunal de Apelaciones y el director del departamento de Instrucción pública. Al otro día vinieron el señor y la

señora Hume, y nuestra querida señora Gordon llegó el día 7, después de haber hecho un largo viaje para ver a H.P.B. Poco a poco conocimos a todos los anglo-indos de la ciudad que valían algo por su inteligencia y su amplitud de espíritu. Los había encantadores, pero por nadie nos sentimos tan atraídos como por los Sinnett y la señora Gordon, que estaba en toda la frescura de su belleza y de su brillante inteligencia. Pensé entonces que hubiera valido la pena de venir hasta la India sólo por conocer a esas tres personas, y lo sigo pensando.

Es costumbre en la India que los recién llegados hagan la primera visita, pero como H.P.B. no iba a casa de nadie, los que tenían deseo de conocerla, tuvieron que alterar la etiqueta y venir con tanta frecuencia como lo desearon. Casi todo el tiempo estuvo ocupado por las recepciones y las comidas, y, hablando de comidas, recuerdo algo interesante. Una noche íbamos a cenar fuera, los Sinnett, H.P.B. y yo, atravesando una parte de la ciudad que todavía no habíamos visto. Al pasar por el cruce de dos calle, H.P.B. se sobresaltó de pronto y dijo: ¡"Oh!, qué sensación tan horrible, me parece que algún crimen espantoso se ha cometido aquí, y que se ha derramado sangre humana". Sinnett respondió: ¿"No sabe usted dónde nos encontramos"? ¡"En absoluto! ¿Cómo podría saberlo? Es la primera vez que salgo de su casa". Sinnett señaló entonces un gran edificio situado a la derecha y dijo que era el lugar donde comían los oficiales de cierto regimiento, que a la hora de la comida fueron matados por los cipayos durante la sublevación. Esto sirvió de tema para un pequeño discurso de los más instructivos, con el cual H.P.B. explicó la permanencia del registro de las acciones humanas en la luz astral. Los señores Sinnett, el juez del Tribunal de Apelaciones y su familia, así como otros invitados a los cuales los Sinnett contaron la historia cuando llegamos para la cena, viven aún y pueden atestiguar la verdad de mi relato. Además, me parece oportuno llamar la atención sobre el hecho de que, salvo algunos casos que he contado a su debido tiempo, los fenómenos de H.P.B. se producían en presencia de numerosos testigos, que según presumo, viven casi todos, y podrían corregir los errores o exageraciones en las que yo podría caer involuntariamente después de tantos años. Al mismo tiempo, haré la constatación, para mí consoladora, de que aunque estos recuerdos se están publicando en el *Theosophist* desde marzo de 1892, han tenido lectores en el mundo entero, y han sido tema de muchas cartas y comentarios, no se ha producido ni una sola negación de los hechos por mí contados, y no se ha indicado más que una sola modificación: fue con

respecto a la historia de las mariposas-elementales, en los primeros capítulos de la primera serie, y ha sido propuesta por el señor Massey. Sin duda, en muchos se ha establecido la convicción de mí credulidad excesiva, pero como esos criticastros no conocen las circunstancias de la causa, ni probablemente gran cosa de las ciencias psíquicas, su opinión no tiene valor ninguno. Siempre "la verdad es más extraña que la ficción", y cuando se haya dicho todo contra H.P.B., ella quedará todavía muy por encima de las críticas.

Cuarenta y seis años de fenómenos medíumnímicos modernos, no han enseñado todavía a los sabios occidentales las leyes de la relación con los espíritus, ni las que rigen a los anormales psicofisiológicos. La suficiencia con la cual discuten los poderes de H. .P. B. desde el punto de vista de su naturaleza moral, es una triste prueba de que no han comprendido las enseñanzas de Charcot y de Liebault. No perderían el tiempo estudiando durante algunos meses la literatura oriental. Citaré un ejemplo de los prejuicios y del escepticismo de los sabios occidentales.

Un día comía con nosotros un profesor de ciencias físicas de la Universidad de Allahabad, hombre de gran reputación y muy simpático. Discutía con H.P.B. su teoría sobre los golpes y terminó por pedirle que produjera alguno. Ella lo hizo en todos los sitios de la habitación, en el suelo de madera, en las paredes, en los vidrios de los cuadros, en un periódico sostenido por el señor Sinnett o por el profesor, ya no me acuerdo cuál de los dos. Algunas veces ni tocaba la superficie donde se producían los golpes, pero parecía lanzar a distancia una corriente de fuerza psíquica. Sinnett colocó entonces un enorme globo de péndulo sobre la alfombra ante el fuego y H.P.B. hizo oír los golpes, encima del globo. Finalmente, para ensayar la mejor prueba posible de su teoría (o mejor dicho, de la de Faraday, de Tindall y de Carpenter) que sostenía que los golpes son producidos por una vibración mecánica que resultaba del desplazamiento voluntario o inconsciente de los dedos sobre una superficie, propuse una prueba que fue aceptada. A petición mía, H.P.B. colocó sus dedos sobre el vidrio de una puerta que daba a la galería, y saliendo con el profesor, sostuve una lámpara de modo que alumbrase muy bien las yemas de los dedos. H.P.B. en esa forma, hizo sonar todos los golpes que él pidió. Los dedos no se movieron ni el espesor de un cabello, y los músculos no se contrajeron; pero veíamos que los nervios se estremecían antes de cada golpe, como si fuesen atravesados por una corriente de fuerza nerviosa. El profesor no supo qué

decir, sólo afirmó que eso era muy extraño. A todos los amigos de H.P.B. nos pareció que no se podía pedir una prueba más concluyente de su buena fe, pero el profesor declaró más tarde que era una farsante. ¡Pobre mujer! Eso fué todo lo que sacó tratando de dar a un sabio datos para fundar un estudio serio de la psicología. Creo que esa amarga experiencia la apartó más que nada de tomarse la menor molestia, para convencer a esa clase de observadores.

Al siguiente día, di una conferencia ante un numeroso auditorio, sobre "La Teosofía y sus relaciones con la India". El señor Hume –que fue conocido después con el nombre de "padre del Congreso"– presidía, y pronunció un excelente discurso, bastante mejor que el mío, porque H.P.B., que ese día estaba de mal humor, no cesó de atormentarme hasta el momento de subir al estrado, y yo tenía la cabeza hecha pedazos. Sinnett cuenta en sus *Incidentes de la vida de la señora B!avatsky,* su furor cuando volvíamos en el coche.

"Todavía no habíamos salido del jardín del Hall, cuando comenzó a atacarle con una excesiva violencia. De hacer caso a lo que dijo toda la noche, hubiérase podido creer que las aspiraciones de toda su vida estaban comprometidas... El coronel Olcott soportaba todas esas locuras con una paciencia increíble".

Naturalmente: yo la quería por sus grandes cualidades y le estaba agradecido por haberme enseñado el camino; soportaba su terrible carácter porque el bien que ella hacía era mayor que lo que me hacía sufrir. Pero observé perfectamente durante todo el tiempo que la conocí, que usaba cierto método en sus furores: no insultaba sino a sus amigos más probados, a los que ella sabía que eran tan unidos a ella y adictos a la Sociedad, que pasarían por todo. Cuando se trataba de otros, como Wimbridge y algunos que podría nombrar, y que ella sabía bien que no soportarían un trato semejante, no les levantaba jamás la voz ni les decía la menor inconveniencia. Parecía tener miedo de perderlos.

El 15 de diciembre fuimos a Benarés con los Sinnett y la señora Gordon. Damodar y Babula nos esperaban en la estación con el munshi del Maharajah de Vizianagram, que nos invitó de parte de su amo a ocupar una de sus residencias en calidad de huéspedes suyos. Aceptamos y el coche nos condujo a Ananda Bagh, un palacete en medio de un jardín con elevados muros, plantado formando dibujos geométricos, y donde nos encontramos agradablemente alojados. El swami Dyanand

nos hizo una calurosa acogida, y vi que se había cuidado de hacer preparar todo lo necesario para nuestra comodidad. Había adelgazado mucho y quedó bastante consumido por un ataque de cólera, pero su aspecto se había afinado y espiritualizado sensiblemente. Estaba alojado en un pequeño pabellón cerca de la verja. Cuando cayó la noche, el aire se llenó del perfume de las rosas que subía del jardín, y la luna se reflejaba sobre un pequeño estanque, al que descendían dos escaleras, una enfrente de la otra. Era un conjunto exquisito. El agente de Su Alteza, el doctor Lazarus, había amueblado la casa, buscando criados y puesto dos coches a nuestra disposición.

Esa noche hubo una fuerte discusión entre el señor Sinnett y H.P.B. con motivo de sus fenómenos. El sostenía, con todas las apariencias de razón, que puesto que ella no disponía más que de una cantidad limitada de fuerza psíquica, debería reservarla exclusivamente para convencer a los hombres de ciencia en condiciones satisfactorias. Ella se negaba encolerizada, y aunque yo me uní a la opinión de Sinnett, no quiso ceder y mandó a todos los diablos a todas las academias, declarando que ya tenía bastante con su experiencia de Allahabad. Nos separamos algo molestos, y Sinnett dijo que él regresaría a su casa al día siguiente. Pero la noche trajo buenos consejos, y al otro día fuimos a ver el palacio principal del Maharajah y el célebre Templo de los Monos, en el cual un sin numero de monos son alimentados y mimados. Esa noche, en el vestíbulo de techo elevado, se produjo el fenómeno de caer dos rosas sobre la reunión aumentada por dos visitadores, y la paz volvió a los corazones. A la mañana siguiente, después de un rápido desayuno, fuimos a ver a Majji, una mujer asceta muy conocida, sabia en el Vedanta, que habitaba una *guha,* gruta artificial con construcciones encima, a orillas del Ganges, una milla o dos más abajo de Benarés. Su padre le había dejado ese *ashrama* y una casa en la ciudad con una biblioteca sánscrita considerable y de gran valor. Era un sitio delicioso en las primeras horas de la mañana, ideal para meditar y estudiar apaciblemente. Encontramos encantador sentarnos en la terraza, a 40 o 50 pies sobre el río, y conversar con esa mujer notable, una de las numerosas experiencias indas para las cuales no nos prepara la vida occidental. Majji parecía tener entonces alrededor de cuarenta años; tenía la piel clara, y una dignidad y gracias en los movimientos, que inspiraba respeto. Su voz era dulce, su cara y cuerpo eran llenos, y sus ojos mostraban fuego e inteligencia. Se rehusó a mostrarnos ningún fenómeno

(siempre era, ya se habrá visto, nuestra primera pregunta en semejantes casos), aunque H.P.B. y yo hubiésemos estado contentos de verlos a causa de la discusión de la víspera, pero las razones que dió para abstenerse fueron admitidas por todos e hicieron bien a nuestros buenos amigos. No sé si los hubiera podido producir o no, pero como verdadera vedantina, se expresó duramente sobre la tontería de la gente que corría detrás de esos entretenimientos en lugar de entregarse, a la calma y la dicha de reposar su espíritu en la realización del ideal que describe la incomparable filosofía de Sankaracharya. Puede uno ir por cualquier parte de la India que desee, y encontrará siempre que los más famosos ascetas rehusarán mostrar los poderes que pueden poseer, salvo en circunstancias muy excepcionales. Los hacedores de milagros son considerados como muy inferiores, y sobre todo como magos negros; no tienen éxito más que en las clases inferiores de la sociedad.

El señor Sinnett y su señora salieron de regreso a las dos, y esa noche recibí a la señora Gordon en la Sociedad con nuestro sencillo ritual, en presencia del swami Dyanand, quien le dió instrucciones para desarrollar los poderes de los yoguis.

Al otro día por la mañana, fui a ver con la señora Gordon y el swami la escuela de niñas del Maharajah de Vizianagram, que nos fue enseñada por el doctor Lazarus. Había allí un gran número de niñas indas vivarachas e inteligentes, y el examen que les hizo el swami fue muy interesante. Admiramos especialmente su escritura devanagari en pizarras; escribían en ellas con un punzón de madera mojado en una crema de cal.

Por la noche, el swami, Damodar y yo, revisamos el ritual de recepción e hicimos en él algunos cambios, pero no creo que en la práctica yo haya empleado nunca dos veces la misma fórmula en los centenares de admisiones de miembros de la Sociedad que he llevado a cabo. El ritual no es, en resumen, más que una explicación seria que se da al candidato acerca de la naturaleza de la Sociedad de sus principios, de su fin de los deberes de sus miembros para con ella, y entre ellos. Siempre me ha parecido que introducir a una persona en el sendero sagrado de la busca de su yo superior y de un ideal más noble, es un acto de los más importantes, y siempre he sentido la solemnidad de ese momento. He recibido miembros en casi todas las partes del mundo, y jamás dejé de darles una clara y franca explicación de la naturaleza del sendero en el cual entraban.

Nos trajeron a dos prestidigitadores musulmanes, infinitamente superiores al hacedor de milagros (imaginario) que Jacolliot ha descrito con el nombre de Govindaswamy. Hicieron algunos ejercicios que nos parecieron nuevos e interesantes, además de los que se ven hacer a todos. Entre otros, la detención o el movimiento sin causa aparente de bolas, en una cuerda bien tirante; echaron arena en un vaso de agua, y después, volcando el agua, apareció la arena absolutamente seca; finalmente, resucitaron a una cobra que había sido horriblemente estropeada y aparentemente matada por una mangosta, tocándola con una raíz seca.

Con general sorpresa, Majji vino a devolver su visita a H.P.B. al otro día por la mañana; se nos dijo que no iba a casa de nadie, como no fuese a la de su gurú, y jamás a casa de europeos. Me había impresionado mucho esa mujer, a la que yo iba a visitar siempre que pasaba por Benarés; la última vez fui con la señora Besant y la condesa Wachmeister. Creo que le he procurado grandes admiradores que han hecho mucho por ella. Durante muchos años la he creído Adepto. Hay que recordar que en aquel tiempo no la conocíamos bien y no creíamos que nadie hubiese podido decirle de nosotros más que lo que le comunicamos cuando fuimos a su *ashrama*. Sin embargo, en ausencia de H.P.B. contó a Damodar, a la señora Gordon y a mi cosas maravillosas de ella; dijo que el cuerpo de H.P.B. estaba, ocupado por un yogui que se servía de él todo lo que podía, para difundir la filosofía oriental. Era el tercer cuerpo que poseía en esa forma, y entre esas tres existencias, tenía entonces unos ciento cincuenta años. Pero cometió el error de decir que dicho yogui ocupaba el cuerpo de H.P.B. desde hacía sesenta y dos años, cuando en realidad no tenía más que cuarenta y ocho; era equivocarse en mucho. Como buena vedantina, hablaba de sí misma diciendo: “este cuerpo”, y poniendo la mano sobre su rodilla o sobre el otro brazo; hablaba de la familia, de los estudios, y de las peregrinaciones de “este cuerpo”. Terminé por preguntarle lo que quería decir eso y quién era ella. Me respondió que el cuerpo que veíamos estaba ocupado desde su séptimo año por un sannyasi que no había terminado sus estudios de Yoga y tuvo que renacer. De suerte que *ella* era él en un cuerpo femenino, caso bien semejante al de H.P.B.

Lo que hay de cierto es que el ocupante del cuerpo de esta última tenía que manejar un instrumento bastante recalcitrante.

CAPÍTULO IX

FENOMENOS y PANDITS

Durante este primer año, de nuestra residencia en la India, todo tenía el encanto de la novedad, y nosotros disfrutábamos con todo como niños. Por cierto que tenía que influir en nosotros el rápido traslado de la prosaica Norteamérica y de su ambiente de loca prisa y competencia comercial intensa, a la calma y la paz mental del viejo Indostán, donde el sabio ocupa el primer lugar en la estimación pública y donde el santo es exaltado por encima de los reyes. ¿Qué cabeza no se habría mareado con el afecto popular, el respeto demostrado, las deliciosas discusiones filosóficas y espirituales, el contacto con elevados pensadores y sabios notables, y lo pintoresco de cada día de nuestra existencia? Yo, que había atravesado el huracán social llamado la Guerra de Sucesión, y la agitación de un prolongado servicio público, me sentí conmovido hasta un grado que me sorprende, hoy que conozco a los pandits y sus costumbres, por una reunión de la Sociedad Literaria de los Pandits de Benarés, convocada en mí honor, el 21 de diciembre.

El pandít Ram Misra Shastri, profesor de Sankhya en el colegio de Benarés, presidía rodeado de sus colegas. Era una asamblea típica oriental; todo el mundo, excepto yo, estaba vestido a la moda inda, y todos los rostros mostraban el más puro tipo étnico aryo. Fui recibido con la mayor cortesía posible, y conducido al sitio de honor por el sabio presidente. Al salir de la brillante luz del exterior, necesité algunos minutos para habituarme a la semi-oscuridad de la fresca sala con piso de ladrillos, en la cual flotaba en el aire un ligero perfume de madera de sándalo y nardos. En un profundo silencio, tan sólo interrumpido por el ruido ahogado de los coches y de los discos metálicos de los *ekkas* en la calle próxima, me leyeron en inglés, sánscrito e indí, discursos de bienvenida expresando el placer que los pandíts de Benarés sentían al saber el interés que nuestra Sociedad se tomaban por la literatura inda sánscrita y por la filosofía inda. Me daban de todo corazón su bienvenida, prometiéndome su simpatía y buena voluntad. Al contestarles, aproveché la ocasión para indicarles el eminente servicio que los pandits de Benarés, ayudados por estudiantes que conocieran el inglés, podrían prestar a la causa de los estudios aryos, inventando equivalentes sánscritos a

las numerosas expresiones científicas tomadas del griego y del latín. Siguió a esto una discusión entre los pandits y yo, en la cual les di numerosos ejemplos de la necesidad de esa nueva nomenclatura, y la Sociedad votó por unanimidad la formación de un comité filológico.

Me hicieron el honor de nombrarme miembro honorario de la Sociedad, y después de haber recibido las inevitables guirnaldas y el agua de rosas, seguidas de una distribución de betel y de *pan,* nos separamos. Hojeando el primer volumen del *Theosophist,* doy con un ensayo del pandit Ram Misra Shastri sobre el "Vedanta Darshana", y para dar una idea de las hipérboles orientales, citaré un trozo.

"Aquí, a esta tierra de Benarés, en cierta forma perfumada por la acumulada ciencia, el coronel Olcott llegó con el ánimo preocupado por adquirir el conocimiento de los usos, costumbres, artes, ciencias y oficios de los antiguos aryos, y habiendo estrechado amistad con la Sociedad de los pandits, demostró en una reunión de esta asociación un gran amor por las filosofías indas.

Me parece que, aunque nacido en un país extranjero, es sin duda ciudadano de la India, porque en él se ha revelado el efecto de anteriores parentescos, y ha hecho repetidos esfuerzos para el bien de la India. Es el caso que, deseoso de conocer la filosofía de este país y de difundir en el resto del mundo el Vedanta Darshana, ha invitado seria y frecuentemente a los vedantinos para que colaboren en su famoso periódico, que diríase que desempeña el papel de la luna, haciendo que se abra el loto de la sabiduría inda".

Después de la mencionada reunión, fuí a presentar mis respetos al profesor G. Thibaut, D. Ph., rector de la Universidad de Benarés, antiguo discípulo y protegido de Max Muller. Era una persona muy agradable, gran sanscritista, pero sin pretensiones ni aires pomposos; en resumen, una excelente muestra del literato alemán. Una noche, con un soberbio claro de luna, el doctor Thihaut, los pandits del colegio sánscrito, el swami, otros varios indos, H.P.B., la señora Gordon y yo, estábamos sentados en la terraza, en lo alto de los escalones, mientras la luna transformaba nuestro blanco bungalow en un palacio de marfil, y al estanque con lotos, en plata fundida, y hablábamos de temas aryos. El swami era heterodoxo porque sostenía que el culto de los ídolos no estaba permitido por los *Vedas,* fuente primitiva de toda religión inspirada y fundamento del Brahmanismo en particular. Los pandits

del colegio eran rigurosamente ortodoxos, es decir, idólatras, de suerte que el lector puede imaginarse el calor y locuacidad desplegados en el debate, al cual el doctor Thibaut y los demás europeos prestábamos una atención imparcial. De tiempo en tiempo, H.P.B. se hacia traducir lo que acababan de decir y se mezclaba con intensa diversión nuestra, porque su gracia y su lenguaje franco eran irresistibles. Lo que más nos hacía reír, era que sus explosiones más cómicas eran recibidas con una imperturbable gravedad por los profesores indos, que padecían de total impotencia para bromear, y no podían hacerse la menor idea de lo que esa mujer prodigiosa podía querer decir. Cuando ella lo notaba, se volvía hacia nosotros con una energía salvaje, maldiciendo a ese montón de tontos y a su beatería!

Después algunos pandits se despidieron, y entramos en la casa para continuar la conversación. Estábamos: H.P.B., la señora Gordon, el doctor Thibaut, el swami, Damodar, dos indos y yo; nos pusimos a hablar de Yoga. "Señora Blavatsky, dijo el doctor Thibaut con su acento tudesco, estos pandits me dicen que no cabe duda de que en tiempos remotos había yoguis que adquirieron los siddhis descritos en los *Shâstras;* que podían efectuar cosas maravillosas, por ejemplo, podían hacer llover rosas en una sala como esta, pero ahora nadie sabe ya hacer eso". Me parece verle, sentado en un canapé, a la derecha de H.P.B., con su levita abrochada hasta la barba, su cara pálida de intelectual, tan solemne como si pronunciase una oración fúnebre, y con sus cabellos cortos y erizados. No había terminado de pronunciar su última palabra, cuando H.P.B. saltó en su asiento, le miró despreciativamente, y exclamó: ¡"Oh!, ¿eso es lo que dicen?, ¿qué nadie sabe hacer eso ahora? ¡Pues bien!, yo les demostraré, y puede usted decírselo de mi parte, que si los indos modernos fueran menos aduladores de sus amos occidentales, si no estuviesen tan apegados a sus vicios y se parecieran más a sus antepasados, no tendrían necesidad de un viejo hipopótamo de mujer occidental para probar la verdad de sus Shâstras". Apretando los labios y murmurando algo, hizo un gesto imperioso con la mano derecha en alto, y ¡pum!, una docena de rosas cayeron sobre nuestras cabezas. Pasada la primera sorpresa, nos arrojamos sobre las rosas, pero Thibaut, tieso en su asiento, parecía pesar en su mente el pro y el contra del fenómeno. Después se reanudó la discusión con nuevo entusiasmo. Se hablaba del Sankhya, y Thibaut hizo aH.P.B. difíciles preguntas, a las que respondió de una manera tan satisfactoria que el doctor declaró que ni Max Muller ni los otros orientalistas le habían hecho penetrar el sentido del Sankhya en

forma tan exacta, y se lo agradeció mucho. Hacia el fin de la velada, en un intervalo de la conversación, se volvió hacia H.P.B. y mirando siempre al suelo, según su costumbre, dijo que no habiendo tenido la suerte de recoger una de las rosas, sería dichoso si consiguiera una "en recuerdo de esta noche encantadora". Probablemente su pensamiento secreto era que si la primera caída de rosas era una trampa preparada, H.P.B. no tema pronta una segunda y la tomaba desprevenida. ¡"Oh!, ciertamente –respondió ella– todo lo que usted desee". Y un nuevo gesto produjo otra lluvia de rosas, de las cuales una cayó sobre el cráneo del doctor para rebotar hasta sus rodillas. Yo lo estaba mirando en ese momento y ví producirse el fenómeno; fue algo tan gracioso que me eché a reír. El profesor tuvo un pequeño, muy pequeño, sobresalto, parpadeó dos o tres veces, yrecogiendo la rosa, dijo con imperturbable solemnidad: "El peso multiplicado por la velocidad, prueba que esto debe venir de gran distancia". Así habló el duro sabio, el intelectual sin imaginación, que reduce la vida a una ecuación y quiere expresar las emociones por signos algebraicos!

Cuéntase la historia de la decepción sufrida por unos alegres estudiantes de París, que encerraron a uno de ellos en una piel de buey, le frotaron los ojos y labios con fósforo, y prepararon una emboscada a su profesor Cuvier en una noche oscura. El gran naturalista, al ver aquello, detúvose un momento, miró la extraña aparición y dijo: ¡"Hum!, ¿cuernos, pezuñas?, herbívoro", y siguió su camino, dejando muy desconcertados a los estudiantes. Esta historia puede ser apócrifa, pero el incidente de Benarés es la pura verdad, como pueden afirmarlo todos los testigos.

No habíamos terminado con las sorpresas de la noche: cuando el doctor se despidió, le acompañé hasta la puerta y levanté la cortina para dejarlo salir. Damodar me seguía con la lámpara, una lámpara de escritorio, que podía subir y bajar sobre una barra, con un anillo en la parte superior para llevarla. H.P.B. también se levantó y llegaba a la puerta detrás de nosotros. Cambié con el doctor una reflexión sobre la belleza de la noche, y un apretón de manos, y salió. Yo iba a dejar caer la cortina, cuando ví en H.P.B. esa extraña mirada de poder que precedía a casi todos sus fenómenos. Llamé a nuestro invitado, mostrándole a H.P.B., la que no pronunció ni una palabra, pero tomó la lámpara de manos de Damodar, la sostuvo colgada del índice de la mano izquierda, y apuntándola con el índice de su derecha, ordenó con tono imperioso: ¡"Suba"! La llama se elevó hasta lo alto del tubo. ¡"Baje"!, dijo, y la llama descendió hasta arder la mecha con una pequeña

llama azul. ¡"Suba de nuevo, se la mando"! Y la llama obediente subió hasta arriba del tubo. ¡"Abajo"!, exclamó, y la lámpara casi se apagó. Devolviendo la lámpara a Damodar y saludando al profesor con una inclinación de cabeza, entró en su dormitorio. Esto, respondo de ello, es un relato sin exageración, de lo que sucedió ante nuestros ojos. Si los escépticos se aferran a explicar la lluvia de rosas por medio de la asistencia de un ayudante[85], al menos el último fenómeno no puede ser tachado de fraude. Ella dijo que era muy sencillo: un Mahâtma, invisible para todos menos para ella, estaba ahí y daba vuelta a la llave de la lámpara, según lo que ella ordenaba. Esta es una de las dos explicaciones que dió; la otra era que ella tenía dominio sobre los elementales del fuego, quienes le obedecían. Yo creo que es la más probable de las dos. En cuanto a los hechos, son incontestables y cada uno es libre de comentarlos a su modo. Para mí, no es más que un caso particular en una larga serie de experiencias tendientes a probar que ella poseía reales y muy extraordinarios poderes psíquicos; experiencias a las cuales yo podía confiarme cuando la buena fe de H.P.B. era atacada por sus críticos o comprometida por sus propias variantes de lenguaje o de actos. Sus amigos creían en ella a pesar de sus febriles accesos de mal humor, en los cuales se declaraba dispuesta a gritar a los cuatro vientos que no existían Mahâtmas ni poderes psíquicos, y que ella había engañado a todo el mundo desde el primer día. ¡En verdad que esa era una verdadera prueba y copela de la fe! Dudo que nunca los neófitos, discípulos o postulantes, hayan tenido que pasar por nada peor que nosotros. H.P.B. parecía divertirse enloqueciéndonos con sus divagaciones y confesiones, sabiendo muy bien, sin embargo, que la duda no era imposible después de lo que en ella habíamos visto. He ahí por qué vacilo en atribuir el menor valor a lo que se llama su "confesión" al señor Aksakoff[86], de una vida censurable y agitada que habría llevado en el pasado.

He tenido en mí poder durante muchos años un paquete de cartas antiguas que probaban que ella era inocente de una grave falta que se le ha reprochado, y que había sacrificado voluntariamente su reputación, para salvar el honor de una persona joven que había tenido una desgracia. Pero no nos apartemos del tema. El

[85] Hubiera debido decir que cuando aquellas otras dos rosas cayeron en presencia del señor Sinnett, los dos nos precipitamos por la escalera que conducía a la terraza en busca de un posible cómplice, y no hallamos a nadie.

[86] El coronel Olcott dice Aksakoff en la edición original, pero debe ser Solovioff, que fue quien publicó la "Confesión de la señora Blavatsky". Por otra parte, en el capitulo anterior a este, el coronel menciona a Solovioft al hablar de los Coulomb y de otros difamadores. (N. del T.)

tiempo vengará la memoria de esta infortunada víctima de la injusticia social, y mientras tanto, sus libros y sus enseñanzas le erigen un monumento imperecedero. Estos recuerdos de los largos años de común esfuerzo, de nuestras luchas, de nuestros disgustos y de nuestros éxitos, ayudarán a verla bajo su verdadero aspecto, y aunque fueron escritos con la sinceridad del historiador, reflejaran también, así lo espero, la tierna amistad de su autor. Volvamos al relato.

Después de marcharse todos los invitados, el swami se quedó para explicar a la señora Gordon la filosofía de los fenómenos que habíamos visto. Una nota de mi diario me recuerda el interés con que el swami observó a H.P.B. mientras se producían, y a pesar de todo lo que haya podido decir más tarde, cuando rompió con nosotros, es indudable que en aquel momento no dudaba de su autenticidad.

La señora Gordon se volvió a su casa al otro día. El doctor Thibaut vino y se quedó con nosotros hasta la hora de nuestro tren, que nos condujo hasta Allahabad, adonde llegamos para la hora de la cena, y pasamos una apacible velada con nuestros buenos amigos Sinnett. Al día siguiente, algunos indos notables nos obsequiaron con una recepción a H.P.B. ya mí. Yo pronuncié un discurso sobre "La antigua Aryavarta y la India moderna", que suscitó entusiastas respuestas y un voto de gracias, seguido de las guirnaldas y el agua de rosas de rigor. Obtuvieron también que H.P.B. dijese algunas palabras, lo que hizo muy bien.

Los visitadores, las comidas y las reuniones de las noches, llenaron nuestros últimos días en Prâyag, la ciudad santa, como se llamaba Allahabad en otros tiempos. El 26 de diciembre recibí a los señores Sinnett como miembros de la Sociedad, y la ceremonia se hizo especialmente interesante porque una voz respondió "sí" a mí pregunta: ¿Oyen los Maestros las promesas de los candidatos y aprueban su admisión en la Sociedad?

Y por cierto que el tiempo demostró la importancia de su inclusión en nuestra pequeña lista de miembros. El 30 por la noche salimos para Bombay, y después de pasar dos noches en tren, llegamos a nuestra casa el día primero del año 1880. Un año antes, en igual día, nos veíamos sacudidos en el Atlántico y soñábamos con Bombay. Nuestra vida en la India había comenzado con nubes, traiciones y decepciones, pero terminaba el primer año con brillantes promesas para el porvenir. Nos habíamos hecho de amigos, vencimos obstáculos, desenmascaramos enemigos, fundamos una

revista, y estrechamos los lazos que debían unimos por toda la vida a la India y a Ceylán. Leo en mí diario, fecha del 31 de diciembre: "Tenemos 621 abonados al *Theosophist,* y por muy pobre que eso pueda parecer a los occidentales, habituados a las grandes estadísticas de sus diarios, era una cifra muy respetable para la India, en donde los principales diarios de Calcuta, Bombay y Madrás, no tienen más que 1.000 o 2.000 nombres en sus registros de suscriptores.

El éxito creciente del *Theosophist* nos daba mucho trabajo; demasiado pobres para pagamos ayudantes, teníamos que ponerle las fajas para el envío, escribir las señas y pegar sellos, después de haber escrito su contenido. Además, había que despachar una correspondencia que crecía sin cesar. De suerte que jamás me acostaba antes de una hora muy avanzada de la noche. A partir de ese mes, la revista comenzó a no costar nada.

Para mantener el interés de nuestros asociados, yo daba conferencias hebdomadarias en la biblioteca, sobre magnetismo, psicometría, clarividencia en el cristal y otros temas análogos, acompañándolas con experimentos, y tomando todo esto desde el punto de vista de su valor demostrativo, en el problema de la conciencia superior del hombre. Varios de nuestros miembros resultaron ser excelentes sensitivos, y las reuniones eran siempre numerosas.

El 15 de enero nos escribieron de Rusia que la primera carta de la India de H.P.B. de su serie titulada *Por las Grutas y selvas del Indostán,* hacía furor, que todo él mundo hablaba de ella. El 1° de febrero asistimos a una representación especial, en el colegio de Elphinstone, de un drama titulado *Harischandra,* que nos interesó profundamente. Hacia el 15 de febrero, yo propuse la fundación de una medalla de honor. Un extracto del *Theosophist* de marzo de 1880 indica cuál era el fin buscado:

"Esta medalla deberá ser de plata pura y hecha de antiguas monedas indas fundidas expresamente, y será grabada, acuñada, cincelada o repujada con un símbolo que exprese su elevado carácter de medalla de honor.

Será discernida, anualmente, por una comisión de sabios indígenas nombrada por el presidente, al autor indo del mejor ensayo sobre un tema relacionado con las religiones antiguas, la filosofía o la ciencia; se dará la preferencia, en igualdad de mérito, a los ensayos sobre las ciencias místicas u ocultas, conocidas y practicadas por los antiguos".

Se eligió una comisión admirable, y el concurso se declaró abierto de tiempo en tiempo, pero ninguno de los ensayos presentados fue juzgado digno de tal recompensa. Algunos amigos me enviaron muy antiguas monedas indas para fundir la medalla, y están aún en mi poder. Pero el fin buscado quedó cumplido con la creación de la medalla Subbarow en la convención de 1883, que ha sido adjudicada al juez Srenivasa Row, a la señora Blavatsky, al señor Mead, y a la señora Besant, por publicaciones teosóficas de excepcional valor.

El 4 de marzo recibí la petición de admisión del barón Spedalierí, de Marsella, uno de los más eruditos kabalistas de Europa y el principal discípulo de Eliphas Levi. La noche del 25, H.P.B., Damodar y yo, tuvimos una experiencia de lo más delicioso, que en otro lugar he contado de memoria, pero que debe figurar aquí en su sitio, de acuerdo con las notas tomadas aquella misma noche en mi diario.

Habíamos ido en el 'faetón descubierto que Damodar regalara a H.P.B., hasta el final de la calzada que se llama el Puente de Warli, para disfrutar de la brisa marina. En ese momento se producía una soberbia tempestad de calor, sin lluvia; los relámpagos eran tan fuertes, que se veía casi como en pleno día. H.P.B. y yo, fumábamos, y los tres hablábamos de diferentes cosas, cuando oímos el ruido de varias voces que venían de la orilla del mar, a la derecha de un bungalow situado junto a un camino transversal, muy próximo al sitio en que nos encontrábamos. En eso llegó un grupo de indos bien vestidos, riendo y hablando; se cruzaron con nosotros y subieron a sus coches, que estaban alineados en filas en el camino de Warli, y después se alejaron hacia la ciudad. Damodar, que estaba sentado dando la espalda al cochero, se levantó y miró por encima de su asiento. Al pasar a la altura de nuestro coche el último grupo de amigos, Damodar me tocó el hombro sin decir nada, haciéndome señas con la cabeza para que mirase algo en aquella dirección. Me levanté y vi detrás del último grupo una figura aislada que se aproximaba. Estaba vestida de blanco, como las otras, pero la deslumbradora blancura de su traje hacía que los otros parecieran casi grises, así como la luz eléctrica hacía que la del gas pareciera pálida y amarilla. Aquel hombre llevaba toda la cabeza al grupo que le precedía, y su actitud era el verdadero ideal de la dignidad graciosa. Cuando llegó más o menos enfrente de las cabezas de nuestros caballos, se apartó de su camino pata dirigirse a nosotros, y vimos que era un Mahâtma. Su turbante blanco, sus blancas vestiduras, sus cabellos negros cayendo sobre los hombros, y su gran barba, nos hicieron creer de pronto que

era “el Sahib”, pero cuando estuvo junto al coche, a un metro de nuestros ojos, colocó su mano sobre el brazo izquierdo de H.P.B., nos miró en los ojos y respondió a nuestro respetuoso saludo, vimos bien que no era él, sino otro del cual más tarde H.P.B. llevó el retrato en un gran medallón, que muchas personas han visto. No pronunció ni una palabra, pero siguió por el camino sin hacer caso de los indos, que se alejaban en los coches, y sin ser notado por éstos. Los relámpagos incesantes le alumbraban mientras estaba cerca de nosotros, y ví que cuando se hallaba en el camino como a unos 50 pies de nosotros, el farol del último coche le hizo destacar en fuerte relieve sobre el fondo sombrío de la calzada. No había allí ni árbol ni matorral que pudiese ocultarlo, y puede suponerse cómo le observábamos. Sin embargo, le vimos un instante y un instante después,s desapareció como uno de los relámpagos del cielo. Muy excitado, salté del coche y corrí al sitio en que le había visto Por última vez, pero no había nadie. No ví más que el camino desierto y la trasera del último coche que se alejaba.

CAPÍTULO X

PRIMER VIAJE A CEYLAN

Ruego al lector que se fije en que el incidente narrado al final del capítulo precedente acaeció el *25 de junio por la noche.* El 28, o sea *tres días después,* los Coulomb llegaron de Colombo, e invitados, por nosotros se instalaron provisionalmente en nuestra casa. El cónsul de Francia en Galle y otras personas caritativas habían pagado su viaje y desembarcaron casi sin un céntimo; él traía una caja de herramientas, y ambos algunos trapos. Se decidió que permanecieran con nosotros hasta que él hubiera encontrado trabajo, y que en seguida se establecería aparte. De modo que puse en campaña a mis amigos para buscarle un empleo, y al cabo de algún tiempo conseguí colocarle como maquinista en una hilandería de algodón. Pero no duró allí mucho tiempo, riñó con el propietario y dejó el empleo.

Me encontré con que era un hombre de un carácter vivo y difícil de contentar, y como no pudimos hallar nada más para él, el matrimonio se quedó en nuestra casa sin hacer proyectos para el porvenir. El era un obrero hábil y ella una mujer práctica y muy trabajadora; ambos trataban de hacerse útiles. Como yo me entendía bien con ellos tratándoles con bondad, fueron admitidos en la familia. Nunca les oí decir una palabra de censura sobre la conducta de H.P.B. en el Cairo; al contrario, parecían sentir un gran cariño y mucho respeto por ella. En cuanto a lo de haber estado empleados como cómplices para la producción de los fenómenos, jamás dijeron nada, ni nunca hicieron la menor alusión delante de ninguno de nosotros. De suerte que no tengo la menor sombra de una razón para creerlo cuando declaró en el folleto que le redactaron los misioneros –ella no podía escribir ni una frase correcta en inglés– que ella y su marido ayudaban a H.P.B. para que hiciera sus trampas, y especialmente que fabricaban Mahâtmas con vejigas y muselina. Puedo engañarme, pero creo que todas esas historias son puras mentiras, bajo venganza de mujer.

Si los Mahâtmas que vimos en Bombay después de la llegada de los Coulomb no eran más que Coulomb disfrazados con una peluca ¿qué era el hombre que vimos en el puente de Warli tres días antes de su llegada? Por cierto que no podía ser el señor Coulomb. En ese caso, si esa figura era la de un verdadero Mahâtma que podía

desaparecer ante nuestros ojos, y del cual habíamos visto las facciones alumbradas por las descargas eléctricas mientras se hallaba sólo a un metro de nosotros, ¿por qué razón las otras figuras que más adelante vimos en la casa o en sus alrededores, no podrían haber sido también Mahâtmas? En todo caso, aunque H.P.B. no hubiera sido una mujer extraordinaria, dotada de poderes psíquicos, siempre hubiera tenido derecho al beneficio de la duda. Yo le concederé siempre ese beneficio, y todos sus íntimos hacen como yo; atengámonos a ello.

Desde el primero hasta el último, todos nuestros miembros célebres aparecen en la escena de mi drama histórico. Veo en mi diario del 9 de abril: "Hoy ha venido un hombre interesante, con una carta de recomendación del señor Martín Wood, editor de la *Bombay Review*. Se llama Tookaram Tatya, es corredor de algodón, habla bien el inglés, parece muy inteligente, dice que se interesa profundamente por el Yoga".

Así fue como principiaron nuestras relaciones con una persona cuyo nombre es conocido entre nosotros en el mundo entero, por ser uno de los más infatigables trabajadores de la Sociedad. Se había mantenido apartado y nos observaba, muy escéptico respecto a la pureza de nuestras intenciones al radicarnos en la India. Lo que ya sabía de los europeos, no le dejaba creer que personas como nosotros hubiesen abandonado su país y sus intereses únicamente para aprender la filosofía oriental; debía haber ahí gato encerrado. Pero ya había transcurrido un año y cuarto y nadie descubría nada contra nosotros; de modo que como se interesaba mucho por los temas que estudiábamos, se resolvió a ver por sí mismo qué clase de gente éramos. Nunca olvidaré esa primera conversación, en la que él y yo nos comprendimos como si nos hubiésemos conocido desde largos años antes, y que terminó por un profundo saludo a la oriental.

Podrá deducirse el ánimo de la masa de nuestros miembros por el siguiente extracto de mi diario de abril:

"Hubo reunión de la S. T. y pedí a cada uno que diese su opinión sobre los mejores medios de hacer conocer la Sociedad. Se resolvió convocar una reunión plenaria. Pero eso no servirá para nada, porque de todos los miembros de la Sociedad, tanto aquí como en Europa y en América, no hay verdaderos teósofos, más que cuatro hombres y un cabo, el resto es gente que corre detrás de los milagros" .

Ya no se diría eso ahora que tantos esfuerzos desinteresados se llevan a cabo en

Inglaterra, Suecia, España, Estados Unidos y Ceylan, sin hablar de lo que se hace en la India, en Australia y en otras partes. No obstante, no puede negarse que la esperanza de conocer a los Mahâtmas y tal vez llegar a poseer poderes semejantes a los de H.P.B., no hayan hecho hacer grandes esfuerzoas durante esos primeros años. Yo creo que esos deseos han dado lugar a ridículas farsas como la "H. B. of L." de fáciles víctimas, y han hecho nacer una multitud de pretendientes, conscientes e inconscientes, a la espiritualidad. Su celo cuesta caro a la Sociedad, porque se apaga tan pronto como uno descubre las ilusiones en las cuales una fe ciega y exagerada en las apariencias y promesas hizo caer a esas víctimas. De entusiastas amigos, se convierten por lo general en encarnizados enemigos.

Fue por aquel entonces cuando entramos en la fase desagradable de nuestras relaciones con el swami Dyanand. Se nos mostró hostil sin la menor causa; nos escribió cartas exasperantes, las modificó, volvió a usar el tono hostil y nos mantuvo perpetuamente en las parrillas. Esto sucedía porque nuestra revista no era en absoluto un órgano exclusivo del Arya Somaj y porque no queríamos consentir en alejarnos de los buddhistas y de los parsis como lo pretendía a toda costa. Evidentemente, quería forzarnos a elegir entre su patronato y nuestro eclecticismo habitual. Y no vacilamos en nuestra elección, porque no podíamos sacrificar nuestros principios por ninguna consideración, fuese ésta cual fuere.

Teníamos decidido un viaje a Ceylán, adonde éramos llamados por la insistencia de los más destacados sacerdotes y laicos, y los preparativos nos absorbieron durante todo el mes. Nos era menester preparar de antemano dos o tres números del *Theosophist,* y mi diario registra las noches que pasamos trabajando. Como medida económica, se decidió que iríamos H.P.B., Wimbridge y yo, y que la señorita Bates y los Coulomb quedarían al cuidado de la casa. Como la señorita Bates era una solterona y la señora Coulomb, en cambio, era una experimentada ama de casa, tuve la infeliz inspiración de transferir el gobierno de la casa de la primera a la segunda. Quince años de vida en familia no me habían enseñado la locura que era proporcionar a una recién llegada la ocasión de que pusiera su pie sobre la otra mujer! ¡Ahora lo sé, a mi propia costa!

Entre otras cosas, era necesario preparar insignias para nuestra delegación, pues H.P.B. daba mucha importancia a estos detalles. Fue para este viaje que se hizo para ser usada por H.P.B., la insignia de plata con el centro dorado, que la señora Besant lleva actualmente. La mía era soberbia y las de los otros mucho más sencillas. Fue

asunto más serio que ese, la organización de la Rama de Bombay, la noche del 25 de abril; es la primera de nuestras ramas de la India y de todo el Oriente, y la tercera en las listas de la Sociedad, sin contar a Nueva York, que era siempre la Sociedad. El señor Tookaram Tatyan, ya desechadas todas sus desconfianzas, ingresó el 2 de mayo.

Terminados los preparativos, nos embarcamos el 7 de mayo para Ceylán en un barco de cabotaje de la Britist India. Nuestro grupo estaba integrado por los dos fundadores, Wimbridge, Damodar, y tres indos y dos parsis delegados por la Rama ante los buddhistas cingaleses, portadores de saludos fraternales, simbólicos de la amplia tolerancia de nuestra Sociedad en materia religiosa. Uno de los indos iba acompañado por su esposa, delicada y frágil, y Babula nos servia de criado.

Según mis recuerdos, éramos los únicos pasajeros de a bordo; el vapor era limpio, los oficiales amables, el tiempo soberbio y los puertos de escala en la costa occidental pintorescos, de suerte que era como si efectuáramos un viaje encantador en un yate particular. H.P.B. estaba de muy buen humor y comunicaba su alegría, a todo el mundo. Jugadora apasionada, se pasaba horas enteras jugando al "nap" con los oficiales de a bordo, salvo el comandante al que la disciplina no permitía jugar con sus subordinados. El jefe de máquinas se hizo pronto el gran favorito de H.P.B., Y el último día de la travesía ella hizo para él un fenómeno de sustitución de su nombre por el suyo en un pañuelo bordado. Yo me hallaba presente y ví el fenómeno. Acababan de jugar una partida de nap y se pusieron a conversar de los famosos poderes psíquicos, y Elliott se mostraba particularmente incrédulo y dudaba de la posibilidad de cambiar el nombre bordado en un pañuelo. Le habíamos contado hacía un momento lo que hizo H.P.B. para Ros Scott el día de nuestra llegada a Bombay. Comenzó a suplicarle que hiciese otro tanto para él, y terminó por acceder. El hecho tuvo lugar sobre el puente, bajo un toldo. Pero cuando Elliott abrió la mano en la que tuvo el pañuelo durante el experimento, vió que H.P.B. había escrito mal su nombre: puso Eliot en lugar de Elliott. Es sabido que la señora Coulomb pretende en su verídico folleto que ella había bordado nombres para H.P.B. en pañuelos a los que primeramente quitó la marca. Por lo tanto, habría que creer que había preparado un pañuelo con el nombre de Eliot bordado y que H.P.B. sólo tuvo que cambiarlo por el suyo. Pero, hasta el momento en que nos embarcamos en el "Ellora" nosotros no conocíamos a ningún Eliot. ¿Cómo hubiera podido preparar la señora Coulomb ese pañuelo para una futura mistificación? Aquí, su explicación

sería absurda.

El viejo capitán era un excelente hombre que no daba ni sombra de fe a las cosas espirituales o psíquicas; daba bromas a H.P.B. sobra sus ideas, con una ignorancia tan cándida del asunto, que no hacíamos más que reírnos de ello. Un día que ella hacía su solitario preferido, el capitán le pidió de pronto que le dijese la buenaventura. Al pronto, ella rehusó, pero acabó por acceder, y haciéndole cortar, comenzó a sacar las cartas. "¡Vaya una cosa rara!, eso no puede ser –dijo H.P.B." ¿"Qué es lo raro"?, preguntó el capitán. "Lo que dicen las cartas. Corte de nuevo". Pero, por lo visto, el resultado era el mismo, pues H.P.B. dijo que las cartas predecían una cosa absurda, y que no la diría. El insistió y ella declaró al fin que las cartas anunciaban que no permanecería mucho tiempo en el mar, que recibiría una oferta para ocupar un puesto en tierra, y que dejaría su profesión. El gordo capitán se desternillaba de risa con esa idea, y dijo que ya se esperaba él alguna tontería. Por cierto que dejaría el mar de muy buena gana, pero no veía la probabilidad de hacerlo. No se habló más del asunto, excepto que el capitán lo contó al primer oficial y toda la tripulación se rió del caso.

Pero eso tuvo una segunda parte. Un mes o dos después de nuestro regreso a Bombay, H.P.B. recibió una carta del capitán, diciéndole que le excusase por el modo de como había acogido su predicción, y que ésta, tenía que confesarlo honradamente, se había realizado al pie de la letra. Después de habernos dejado en Ceylán, continuó con su barco hasta Calcuta. Al llegar allí, le ofrecieron el puesto de Jefe de puerto en Karwar, lo aceptó y volvía como pasajero en su propio buque! Esto no es más que un ejemplo de las numerosas profecías que H.P.B. hizo con sus barajas. Yo no creo que las cartas influían en nada, a menos que hubiesen servido de intermediarios entre su espíritu clarividente y el aura del capitán, permitiendo así a su facultad de presciencia que se ejerciera. A pesar de eso, y de todas sus facultades psíquicas, no recuerdo que nunca haya previsto ninguno de los enojosos acontecimientos que tuvo que soportar de parte de amigos felones o de enemigos malvados. Si ella los previno, no dijo jamás una palabra al respecto, ni a mí ni a nadie. En Bombay, un ladrón se apoderó de un objeto que ella apreciaba en mucho, pero no pudo descubrir al culpable, ni ayudar a la policía cuando ésta intervino.

Bajamos a tierra en Calicut, para visitar la población y una manufactura de genjibre, donde vimos limpiar, blanquear, secar y moler en un mortero las raíces de

la planta, por mujeres descotadas en un grado que se esfuerzan por imitar en los bailes occidentales. En esta región, la moda para las mujeres honradas es ir desnudas hasta la cintura, viejas o jóvenes, bonitas u horribles, lo mismo da; una mujer de este lugar que se cubra el pecho es señalada en seguida como culpable de llevar mala vida. Así, en Bombay las mujeres desecentes maharats van descalzas, y las cortesanas calzadas, mientras que a las parsis virtuosas no se les ocurriría salir sin zapatos, así como a las parsis de cierta clase sin sombrero. *Tot homines, quet sententioe.*

A propósito de profecías, debo haber tenido un momento de segunda vista cuando escribí en mi diario, la víspera de la llegada a Colombo: "Prepararse para nuevas y grandes responsabilidades; de este viaje dependen inmensos resultados". Nada más cierto que eso.

Anclamos en Colombo el 16 de mayo por la mañana, y al cabo de un momento se nos acercó una gran barca, que traía a Gunananda, el sacerdote orador; a Juan Roberto de Silva y a varios monjes del monasterio de Magittuwatte. De Silva fue nuestro primer miembro laico, siendo admitido por correspondencia antes de nuestra salida de Nueva York. Yo había caído en el error, bastante comprensible, de suponer por deducción de su nombre portugués que era un católico y que su petición no era más que una trampa de los misioneros. De manera que envié una respuesta amistosa y el diploma solicitado, a Magittuwatte, suplicándole que no los entregase si el candidato no era buddhista, como decía. Lo era, y de Silva ha sido siempre uno de los mejores, de los más capaces, inteligentes y sinceros buddhistas que yo haya conocido. Pero hay que confesar que es asombroso y poco honorable para la nación que los cingaleses conserven los nombres portugueses u holandeses que por política habían adoptado durante la dominación portuguesa y holandesa, cuando sus nombres sánscritos son infinitamente más bonitos y más apropiados.

El famoso Megittuwatte era entonces un monje de mediana edad, afeitado, más bien alto, cabeza de intelectual, ojos brillantes, boca grande, aire de seguridad en sí mismo y muy despierto. Algunos monjes contemplativos bajaban los ojos al hablamos, pero él nos miraba fijamente en los ojos, como convenía al más brillante polemista de la isla, terror de los misioneros. A primera vista, veíase que era un luchador más que un asceta, más bien Hilario que Hilarión. Ahora ya ha muerto, pero durante muchos años fue el campeón más osado, más brillante y más fuerte del Buddhismo cingalés, el padre del actual renacimiento. H.P.B. le había enviado un ejemplar de *Isis Sin Velo,*

del cual él tradujo varios pasajes relativos a ciertos fenómenos de los que ella había sido testigo en el transcurso de sus viajes. Nos acogió con una gran cordialidad, y nos aconsejó que continuásemos en el vapor hasta Galle, donde se nos había preparado una recepción; él iría en el tren de la noche.

Como recuerdo, H.P.B. hizo oír golpes en la cabeza del capitán, e hizo sonar sus campanas invisibles para algunos oficiales. El 17, antes del alba, estábamos a la vista de Galle y fondeamos a unos 500 metros de la orilla. Soplaba el monzón[87] y llovía furiosamente, pero la vista era tan encantadora, que permanecíamos sobre el puente para disfrutar de ella. Una bahía deliciosa; al norte un promontorio cubierto de vegetación, en el que las olas se rompían, deshaciéndose en espuma sobre una costa rocosa; una larga playa curva, orillada por bungalows con techos de tejas, casi ocultos por un océano de palmeras verdes; al sud, el fuerte viejo, la aduana, el faro, la escollera y los depósitos de carbón; al oriente, el mar agitado más allá de una barra de arrecifes que le separan del puerto. Bastante lejos, tierra adentro, el pico de Adan y otras montañas. Después de almorzar, aprovechando que amainaba la tempestad, transbordamos a una gran barca adornada con bananeros y flores de vivos colores, a bordo de la cual se hallaban los principales buddhistas de la ciudad. Nos hicieron pasar entre dos filas de barcos de pesca, pintados con fuertes colores, y aproados a nosotros. En la escollera había una gran muchedumbre esperándonos y el grito de; ¡"Sadhú"! ¡"Sadhú"!, llenaba el aire. Habían puesto sobre la escollera y la playa, un tapiz blanco que llegaba hasta el camino donde había coches preparados, y millares de banderitas se agitaban en señal de bienvenida. La multitud rodeaba nuestro coche y por fin nos pusimos en camino hacia la casa que debíamos ocupar. El camino estaba cubierto de público y no podíamos avanzar sino muy lentamente. Tres grandes sacerdotes nos esperaban a la entrada de la casa, y nos bendijeron, recitando versos palis apropiados al acto. Siguió a esto una recepción e innumerables presentaciones; el pueblo se agolpaba en el jardín, llenaba todas las puertas y miraba por todas las ventanas. Esto continuó todo el día con gran contrariedad de nuestra parte, porque no podíamos ni respirar, pero era una prueba tan grande de interés, que lo soportamos como pudimos. Nuestra huéspeda y su hijo, nos colmaron de atenciones; nuestra mesa estaba cubierta de frutas deliciosas que nunca habíamos visto, y preciosamente adornada a la moda cingalesa, con flores y hojas. En las paredes

[87] Vientos periódicos, que corren especialmente en los mares de la India. Durante varios meses del año soplan de un cuadrante, y durante los demás, del lado opuesto. (N. del T.)

también las había, dispuestas con arte. De tiempo en tiempo aparecía un grupo de monjes vestidos de amarillo, que por orden de antigüedad de profesión, y llevando cada uno su abanico de hoja de palma, venían a visitamos y bendecimos. Era en verdad un espectáculo que entusiasmaba y de excelente augurio para nuestras futuras relaciones con esa nación.

Los monjes que habían leído los extracto del libro de H.P.B. traducidos por Megittuwtate, la instaban para que les mostrase sus poderes, y el joven Wijeratne, al oír contar el episodio del pañuelo en el vapor, le pidió que repitiera el fenómeno para él. Ella lo hizo y también para un señor Díaz, borrando cada vez su propio nombre bordado, para reemplazarlo con el de ellos. Reprodujo el nombre de Wijeratne sin ninguna falta, porque le pidió que lo escribiese antes, pero el de Díaz lo escribió Dies, lo que no hubiera podido suceder si la señora Coulomb hubiese bordado los pañuelos de antemano en Bombay, pues habría tenido tiempo de advertir lo absurdo de tal ortografía para un nombre portugués. Con estos fenómenos, la excitación se hizo febril y llegó al colmo cuando H.P.B. hizo oír distintamente las campanas astrales en el aire, cerca del techo, y fuera en la galería. Tuve que satisfacer ese día a la muchedumbre, con dos discursos improvisados, y a las once de la noche nos acostamos molidos.

Al día siguiente, muy temprano, Wimbridge y yo, quisimos tomar un baño en el puerto, pero un gran gentío nos siguió observándonos del modo más molesto. Nuestras habitaciones estuvieron llenas de visitadores todo el día. Las discusiones metafísicas con el venerable gran sacerdote Bulatgama y otros lógicos, no tenían fin. El citado anciano sacerdote me colocó en una situación molesta; me pidió que fuese a ver a un cierto número de europeos, y que escribiese a unos veinte burghers (mestizos descendientes de los holandeses) para invitarles a unirse a los buddhistas para formar una rama de la Sociedad. En mi inocencia, le hice caso, y al otro día, me mordía los dedos de vergüenza, porque me escribieron respuestas injuriosas para decirme que eran cristianos y no tenían nada que ver con los teósofos ni con los buddhistas. Hice una escena al viejo monje por haber hecho, con su ligereza, comprometer la dignidad de la Sociedad; se contentó con sonreír y murmurar vagas excusas. Esto me sirvió de lección, y después de transcurridos tantos años, no volví a caer jamás en la misma falta. La gente de los alrededores acudía presurosa a la ciudad para vernos, e hizo grandes festejos. Una docena de ciudades y pueblos nos invitaron a visitarlos.

Nuestras habitaciones no se veían desocupadas de monjes. Una de sus costumbres nos hizo reír: si la dueña de casa no había puesto una tela en los asientos que iban a ocupar, ponían sobre ellos sus pañuelos, se volvían y se sentaban encima gravemente como si se tratase de una ceremonia en un templo. Era un resto de las precauciones del yoga, o sea, extender una capa de hierba durba, o la piel de un tigre, o si no una estera en el suelo, antes de comenzar las posturas o *asanas.* Eso nos pareció raro por ser novedad para nosotros.

El viejo Búlatgâma discutía persistentemente, tenía facilidad de palabra y era muy bondadoso. Entre otras cosas, se habló de los poderes psíquicos, y H.P.B., que le había cobrado gran afecto, hizo sonar sus campanas (una de las veces el sonido fue tan fuerte como si hubiesen golpeado en una barra de acero), produjo golpes "espiritistas" hizo temblar y mover a la gran mesa del comedor, etc., con estupefacción de los asistentes.

A la noche siguiente, nos hicieron ver una danza diabólica efectuada por brujos profesionales, que toman parte en las procesiones religiosas y son llamados en los casos desesperados de enfermedad, para arrojar a los malos espíritus que suponen poseer al enfermo. Invocan a ciertos elementales, recitando mantras y se preparan para sus funciones, por medio de la abstinencia en ciertas fases de la luna. Su danza es un verdadero festival de hechiceras; deja en quien la presencia un confuso recuerdo de figuras que saltan y giran, cubiertas por repugnantes máscaras, cintas flotantes y hojas tiernas de cocoteros, tizones agitados, masas sombrías, humo de aceite de coco, posturas adoptadas bruscamente, en fin, lo necesario para volver medio loca a una persona nerviosa. Una parte da la ceremonia consiste en quemar hierbas y resinas sobre carbones encendidos yrespirar los vapores sofocándose, hasta que agitados por estremecimientos, terminan por caer inanimados. En su síncope, tienen la visión de los diablos que ocasionan la obsesión, y prescriben lo que hay que hacer para echarlos. Después les salpican con agua, murmurando al mismo tiempo un encanto para hacerlos volver en sí. Un indígena educado me dijo que esas danzas son consideradas como eficaces en varias enfermedades, especialmente en las que atacan a las mujeres en cinta. Entonces se dice que están bajo la influencia del "Príncipe negro". Si los hechiceros consiguen dominar al mal espíritu, éste obedece a sus conjuros, sale del cuerpo y da una señal de su partida quebrando una rama convenida en un árbol cercano a la casa. El que esto me contaba, dijo que tal sucedió con su

nuera.

Creo que mi primer discurso en Ceylan bien vale un párrafo aparte. Lo pronuncié en un gran salón, insuficientemente alumbrado y tan lleno de público que nos sofocábamos. Habían elevado una plataforma en un extremo, sobre el cual se colocaron con nuestra delegación, Sumángala, el gran sacerdote Bulatgama, el gran sacerdote de la secta Amarapura, que había hecho 28 millas para venir, y algunos otros. Toda la colonia europea (unas 45 personas) estaba allí, y como unos 2.000 cingaleses en la sala o fuera. No quedé del todo contento con mi discurso, porque las visitas me habían impedido redactar convenientemente mis notas y la falta de luz me impedía leerlas. Sin embargo, salí del paso, muy sorprendido al ver que no se aplaudían ni siquiera los pasajes de gran efecto. Esto se comprendía por la parte de los europeos que sentirían poca simpatía por el asunto, pero era incomprensible en los buddhistas. En cuanto pudieron abrimos paso, H.P.B. y yo salimos del brazo, fuertemente asidos para no ser separados por la multitud. ¿"He hablado bastante mal"?, le pregunté. "No, me pareció bien", me contesto. "Entonces, ¿por qué no han aplaudido?, ¿por qué ese silencio mortal? Tengo que haber estado muy mal". ¿"Cómo, como? ¿Qué dice usted"?, interrumpió el cingalés, que tenia el otro brazo de H.P.B., "¿quién dice que estuvo mal? Jamás hemos oído nada mejor en Ceylán". "Pero es imposible –respondí–, no hubo ni un aplauso, ni una exclamación de satisfacción". ¡"Bueno!, ¡hubiera yo querido oír eso! ¡Habríamos estrangulado al que se hubiese permitido interrumpirle"! Entonces me explicó que no hay costumbre de interrumpir a un predicador, sino que se le debe escuchar en silencio, y meditar lo que ha dicho al retirarse. Y me hizo observar que era un gran honor haber sido escuchado en perfecto silencio por semejante muchedumbre.

Yo no veía las cosas en ese aspecto, y continué creyendo que mi discurso era malo y que no valía un aplauso.

CAPÍTULO XI

ENTUSIASMO POPULAR

Tal fue el prólogo de un período de verdadero transporte, como jamás hubiéramos podido soñado. En el país de las flores y de la vegetación tropical ideal, bajo un cielo alegre, por caminos sombreados con grandes palmeras y adornados a lo largo de kilómetros enteros por pequeños arcos de guirnaldas formadas con hojas tiernas y cintas; rodeados por un pueblo que se sentía encantado y cuya alegría se hubiera manifestado de buena gana por un verdadero culto íbamos de triunfo en triunfo, estimulados cada día por el magnetismo del entusiasmo popular. Aquellas buenas gentes no podían encontrar que nada fuese bastante para nosotros, nada les parecía bastante bueno para obsequiarnos; éramos los primeros campeones blancos de su religión, celebrábamos su excelencia y sus consuelos, en publico y ante las barbas de los misioneros, sus detractores y enemigos. He ahí lo que los entusiasmaba llenando sus corazones de afecto hasta no caberles en el pecho. Pudiera creerse que exagero, pero en realidad al contarlo quedo por debajo de la verdad. Si se piden pruebas, no hay más que recorrer aquella isla afortunada, y ahora, después de transcurridos quince años, preguntar si recuerdan el viaje de los dos fundadores y de sus amigos.

A las tres de la tarde se nos condujo a un *wallawa,* casa de campo de un noble cingalés, donde hablé a 3.000 personas desde un balcón que daba a una especie de anfiteatro natural. La multitud se extendía por la llanura y en la pendiente de las colinas. Los numerosos monjes presentes dieron el pansil, es decir, que entonaron en pali los Cinco Preceptos y los Tres Refugios, que el pueblo repetía a una voz, después de ellos. Esta gran oleada de sonido hizo sobre nosotros una gran impresión, porque no hay nada que sea tan impresionante en el dominio de los sonidos como la vibración de miles de voces humanas combinándose en un ritmo único.

Como esta visita nuestra fue el comienzo de la segunda y permanente fase de revivificación buddhista emprendida por Megittuwate, un movimiento destinado a llevar la totalidad de los niños de la población cingalesa a las escuelas buddhistas, bajo nuestra vigilancia general, todos estos detalles adquieren cierta importancia. Las invitaciones a los socios, enviadas oficialmente por Damodar, señalan el primer paso

dado para formar Ramas de la Sociedad Teosófica en la isla:

"A los interesados.

Se participa que el lunes próximo tendrá lugar una reunión en la residencia, en Minuvangoda, a las ocho de la noche; con esta ocasión, el coronel Olcott dará un resumen de las bases y objetos de la Sociedad Teosófica. Después de lo cual, los señores que deseen ingresar en la Sociedad pueden inscribir sus nombres en el libro que se preparará con tal objeto.

Galle, mayo 22 de 1880.

(Por orden.)

Damodar K. Mavalankar.

Pro-Secretario".

El venerable Bulâtgama presidió la reunión, y Megittuwatte pronunció un espiritual y entusiasta discurso.

Durante el día siguiente se nos hizo visitar una plantación de café y de canela, perteneciente al señor Simón Perera Abeyawardene, un rico buddhista de Galle, y tuvimos mucho interés en ver pelar, secar y empaquetar la corteza del canelero. No fue culpa de nuestro anfitrión si regresamos vivos a nuestra casa: nos sirvió un almuerzo gargantuesco donde figuraba *cincuenta y siete* clases de curry y otros tantos platos dulces. Y nos insistían para hacemos "probar solamente" de cada cosa... Nos dió mucho trabajo hacerle comprender que nuestro estómago no era lo bastante elástico para permitimos obedecer a sus insistencias.

El 25 de mayo, H.P.B. y yo "recibimos el *pânsil*" del venerable Bulâtgama en un templo cuyo nombre no recuerdo, y fuimos oficialmente reconocidos buddhistas. Habían levantado un gran arco de follaje en el patio del monasterio, con la inscripción: "Bienvenida a los miembros de la Sociedad Teosófica". Mucho antes, en América, nos habíamos declarado buddhistas, de manera que esto fue sólo una confirmación oficial de nuestra profesión de fe. H.P.B. se arrodilló ante la enorme estatua del Buddha y yo hice lo mismo. Nos costó trabajo comprender las palabras pâlis que debíamos repetir después del anciano monje, y no sé cómo hubiéramos salido del paso si un amigo no se hubiese colocado detrás de nosotros para soplamos las palabras sucesivamente. Un numeroso público, cerca de nosotros, repetía las fórmulas

después que las habíamos dicho, pero guardaba un profundo silencio mientras nos debatíamos entre las sílabas desconocidas. Después del último *sila* y de la rituálica ofrenda de flores, se elevó una aclamación como para rompemos los nervios, y el pueblo no podía quedar en silencio para oír las palabras que pronuncié a petición del gran sacerdote.

Creo que algunos de nuestros principales colegas de Europa y de América han hecho todo lo posible para hacer sombra sobre este acontecimiento y disimular el hecho cierto de que H.P.B. era tan buddhista como cualquier cingalés. Este disimulo es tan inútil como poco honrado, porque millares de personas, entre ellas numerosos monjes, la oyeron y la vieron "tomar el *pansil",* y además ella proclamó su conversión en el mundo entero. Pero es muy diferente ser un verdadero buddhista, de ser un sectario moderno del Buddhismo. Yo declaro en nombre de H.P.B., así como en el mío, que si el Buddhismo tuviese un solo dogma obligatorio, no hubiéramos tomado el *pansil,* ni hubiésemos seguido siendo buddhistas más de diez minutos. Nuestro Buddhismo era el del Maestro-Adepto Gautama Buddha, idéntico a la Religión-Sabiduría de los *Upanishads,* y alma de todas las antiguas religiones. En un palabra, nuestro Buddhismo era una filosofía y no una teología.

Al día siguiente, partimos para el Norte en coches facilitados por los pescadores de Galle, una casta numerosa, pobre y trabajadora. Fue entre ellos donde San Francisco Xavier, apóstol de las Indias, reclutó el mayor número de prosélitos. Su oficio, que exige la matanza (de los pescados), es aborrecido por los buddhistas, y ocupan una situación social de las más humildes. Sin embargo, parece que estaban tan entusiasmados con nosotros como sus más respetables compatriotas, y no osando acercarse por entre la muchedumbre de elevada casta que nos rodeaba, me enviaron una humilde petición para pedirme "que tuviese la condescendencia de permitir a los humildes solicitantes, etcétera...", que nos facilitasen coches para conducimos hasta Colombo. Su mensajero era un joven educado a la inglesa y, que, según creo, pertenecía a otra casta. La sinceridad de aquellas pobres gentes me conmovió y les hice decir que deseaba verlos, o por lo menos a una delegación de sus ancianos para agradecerles personalmente su generosa oferta. Recibí una diputación de ellos, y como me negaba a permitir que hiciesen semejante gasto, hicieron tantas protestas y súplicas que me decidieron a aceptar agradecido.

Casi toda la población buddhista de Galle nos vió partir y llenó el aire de amistosas

aclamaciones. La parada primera era en Dodânduwa, donde el monzón nos acogió con una lluvia torrencial como no se había visto en muchos años. En un intervalo nos condujeron bajo un amplio techado, donde arengué a 2.000 personas, después de lo cual visitamos el templo, que estaba escrupulosamente limpio y bien cuidado, cosa rara en la isla. En dicho templo había un enorme Buddha de pie, que tenía más de un siglo.

El siguiente día nos vió partir en los dos coches de nuestros amigos los pescadores de Galle. Ese día tuve que pronunciar cuatro discursos: el primero en el estribo del coche, cuando nos íbamos; el segundo desde la escalinata del bungalow en Ambalagoda; el tercero. en Piyagale, donde *almorzamos* a las tres de la tarde, en medio de una compacta muchedumbre que casi no nos dejaba respirar; el cuarto fue en el templo de Piyagale, donde se habían reunido unos 3 a 4.000 oyentes. Se nos condujo en procesión, bajo la lluvia, con banderas y tam-tams, en medio de un ruido horrible; cada músico trataba de hacer más estruendo que los demás, y la multitud se hallaba poseída por una especie de delirio producido por la alegría. El templo está situado en lo alto de una colina escarpada y rocosa, por la cual nos obligaron a subir, sufriendo H.P.B. el martirio de su pierna, que no se había repuesto nunca del golpe que recibió a bordo del "Speke Hall" durante la tempestad. La lluvia empañaba de tal modo mis anteojos, que yo no podía ver dónde ponía los pies, y para colmo de mi desdicha, se me cayeron y se hicieron pedazos contra una piedra. Con la miopía que padezco, me encontraba en situación bien molesta.

Los monjes reunidos nos recibieron con un discurso al que contesté bastante extensamente. Continuando nuestra ruta, llegamos a Kalutara a las nueve de la noche, pero no habíamos alcanzado el fin de nuestras fatigas, porque allí encontramos también otra cantidad de monjes para recibimos. Hubo que escuchar un discurso y pronunciar otro. Después vino la cena, bien ganada por cierto, y finalmente la cama, bien ganada también. Esa noche, en el camino, nos divirtió un pequeño incidente: Un hombre salió corriendo de una casa situada al borde del camino, llevando en la mano una luz brillante, detuvo nuestros coches y nos llamó uno por uno vivamente. Creíamos que tenía algo grave que decimos, o que era algo del derecho de consumos, por lo que harían una inspección antes de entrar en la población, o bien que tal vez sería una advertencia para "que desconfiáramos de algún complot de los misioneros[88]. Pero no dijo nada, y después de repetir nuestros nombres con un suspiro de

[88] Esto sucedió más adelante: en una ocasión trataron de asesinarme.

satisfacción, se volvió tranquilamente. El intérprete le preguntó qué deseaba, y él respondió: "¡Oh!, nada, solamente verlos..."

No era cuestión de que se nos pegasen las sábanas en ese viaje, de modo que al otro día, a la hora del alba, ya estábamos en pie, y los hombres fuimos a bañamos al mar. Lo cual, verdaderamente, no era cómodo a causa del fondo de corales puntiagudos que semejaban a una alfombra puesta del revés a la que hubiesen dejado los clavos, a causa de la segura vecindad de los tiburones, y además por la presencia de una muchedumbre observadora que creía estar en el teatro o presenciando un curso de baile! Pero, en fin, era un baño, lo cual es mucho en los trópicos.

Esa tarde, probamos las dulzuras del funcionarismo. El agente del gobierno nos prohibió el uso de ningún edificio público, y hasta de la galería exterior y de la escalinata de la escuela. Aquel imbécil parecía creer que los buddhistas, intimidados por tal actitud, abandonarían su religión, o hallarían al Cristianismo más amable al verse excluir de los edificios construidos con su propio dinero, pagado en impuestos, y que eran cedidos a cualquier orador anti-buddhista. Por salón de conferencia y por techo nos quedaban los campos y el cielo, y la reunión se efectuó en un bosque de cocoteros. Algunas tela de colores vivos, sujetas a los árboles, formaban un dosel y servían para la acústica, encauzando la voz; una silla encima de una gran mesa, me sirvió de tribuna. La concurrencia seria fácilmente de 2 a 3.000 personas. Es de suponer que no perdí la ocasión de poner de relieve la malicia del partido cristiano y su temor de ver a los cingaleses descubrir los méritos del Buddhismo.

Entonces la estación terminal del ferrocarril era Kalatura, y el tren nos condujo hasta el siguiente pueblo de etapa, que era Panadura. Nos alojaron en un *pansala* inmediato a un *vihara* que acababa de ser construído a sus expensas por un pintoresco anciano llamado Andrés Perera. Era alto, flaco y negro, con una frente ancha, los cabellos tirantes hacia atrás, retorcidos en un rodete como el de las mujeres, sostenidas por una enorme y rica peineta de carey. Además, una peineta redonda coronaba su hermosa cabeza, a la moda cingalesa. Usaba el *dhoti* nacional y un frac azul del siglo pasado, con una solapa sola, largos faldones y puños. El frac tenía de un lado como veinte grandes botones de aro, y del otro una cantidad igual de dibujos de trencilla y de galones de oro; la misma ornamentación se repetía en el cuello y en las mangas. Llevaba encima también una gran bandolera escarlata galoneada de oro, de la cual colgaba una espada corta de vaina dorada, lucía una placa grande como un plato

de postre, suspendida diagonalmente de una cadena de oro. Esto era completado por un pesado cinturón, ricamente repujado. En cuanto a sus pies, iban desnudos en sandalias de cuero.

Todo esto hacía un conjunto tan extraordinario, tan diferente a todo lo que en mi vida había visto, que anoté esos detalles en mi diario. Cuando llegamos a su casa, él se había adelantado algo para recibimos, y detrás de su persona se hallaban sus seis grandes y notables hijos y sus tres lindas hijas. El grupo nos pareció muy pintoresco. Sin esperar más el viejo *mudelyar* (alcalde del pueblo) nos condujo a un gran cobertizo, donde arengué a unas 4.000 personas. Los misioneros habían hecho lo posible desde nuestra llegada para debilitar la influencia que teníamos sobre los buddhistas, y al instante les di mi opinión sobre el asunto. Verdaderamente, esos misioneros protestantes son una verdadera peste; nunca tuvimos historias con los católicos[89].

No se conoce el lugar de origen de los "mosquitos, pero si no es el *pansala* Perera, podría serlo; había allí nubes de ellos. El edificio, a todo lo largo, constaba de pequeñas alcobas que daban a galerías que rodeaban la casa; ésta tenía al centro un vestíbulo. No había cuartos de baño, porque la casa estaba construida para monjes, que se bañan fuera. Las ventanas no tenían cristales, eran sólo de madera, y cuando las cerrábamos, las habitaciones quedaban en una completa oscuridad. H.P.B. ocupaba uno de los cuartos que daban al sud; quiso bañarse, y como no había otra solución, le hice arreglar una tina en su cuarto. Pero como se hubiera encontrado a oscuras con las ventanas cerradas, hice fijar una estera en el hueco de la ventana y ella comenzó su aseo. Estábamos todos sentados al otro lado de la galería conversando, cuando oí que me llamaba y corrí a ver lo que sucedía. Ví a tres cingalesas que salían por debajo de la estera, mientras que la *old lady*[90] juraba con energía salvaje. Al oír mi voz, explicó que "esas desvergonzadas criaturas, para satisfacer su curiosidad, se habían deslizado por debajo de la estera, y que al volver ella la cabeza, las vió asomadas a la ventana observando tranquilamente sus abluciones". Su indignación era tan trágica, que yo no podía menos de reírme de todo corazón mientras hacía alejar a las curiosas. Las pobres no tenían ninguna malicia; era costumbre del país ocuparse de las cosas de todo el mundo, ignorando la valla de la vida privada. Esto es una muestra de lo que

[89] Tal vez porque eran muy pocos y no se sentían fuertes como los protestantes, que estaban apoyados por las autoridades y población inglesa. (N. del T.)
[90] Anciana señora, nombre que con frecuencia le daban los íntimos de la señora Blavatsky.

tuvimos que soportar durante todo nuestro viaje por Ceylán.

Al otro día, a las cuatro, salimos para Colombo, que nos acogió con un horrible aguacero. Nos condujeron a un gran bungalow llamado “Radcliffe House”, en el barrio de Slave Island, del otro lado del bonito lago artificial. Nos aguardaba una numerosa asamblea, en la cual estaban Sumangala y unos cincuenta monjes. Después de cenar hubo una arenga del gran sacerdote, discusiones, conversación y a la cama.

El público nos asediaba más aún que en otras poblaciones, no disponíamos ni de un momento para nosotros, y no había ni que pensar en el incógnito. Los diarios estaban llenos de historias sobre nosotros y los cristianos rabiaban. Me vi obligado a retirarme al colegio de Sumangala para preparar mi discurso del día siguiente, y escribir en la biblioteca cerrando las puertas con llave. Ese discurso sobre “la Teosofía y el Buddhismo” fue pronunciado en nuestra casa. El 5 de junio pronuncié otro en el templo de Megittuwatte, en Kotahena, el más visitado por los turistas. Al otro día, dos discursos, el primero en Kotta, el segundo en el colegio Vidyodaya (el de Sumangala), sobre el tema “El Nirvana; los méritos y la educación de los niños buddhistas”. Yo había comenzado mis llamamientos en esta dirección en Galle, y durante todo el viaje hice todos los esfuerzos posible para hacer comprender al pueblo loa riesgos que corría dejando que a sus hijos les inculcasen ideas contra su religión ancestral por los enemigos declarados de ésta, que no venían al país con otra intención más que esa. Es para mi una gran satisfacción saber que mis esfuerzos no han sido vanos, y que el movimiento considerable ycoronado de éxito para fundar escuelas buddhistas, data de ese importante viaje.

El siguiente día fue consagrado a la visita del templo de Kelanie, uno de los más venerados de toda la isla, y donde la gran *stoupa* recubre auténticas reliquias del propio Buddha. Hubo acompañamiento obligado de discursos y de numeroso público. El 8 de junio se organizó la Rama de Colombo, a la cual propuse fundar una sección buddhista, compuesta de dos subdivisiones, una laica y otra religiosa, porque el Vinaya prohibe a los monjes que se mezclen a los laicos bajo un pie de igualdad en los asuntos seculares. Todos aprobaron este proyecto, que se realizó a su debido tiempo; Sumangala presidió la asociación de los monjes yal mismo tiempo fue nombrado como uno de los vicepresidentes honorarios de la Sociedad.

El 9 subimos a Kandy, adonde llegamos como a las siete de la noche, después de

cuatro horas y media de trayecto en tren, en uno de los paisajes más pintorescos del mundo. La muchedumbre nos esperaba, conducida por una delegación de los jefes Kandyotas –cuyo rango feudal se asemejaba mucho en otros tiempos al de los jefes de los clanes en las Highlands–, y nos llegó a nuestro alojamiento en procesión con antorchas, tam-tams ytrompetas indígenas que nos reventaban los tímpanos.

Al otro día, por la mañana, recibimos la visita de ceremonia de los grandes sacerdotes de los templos de Asgiripiya y de Malwattie; son los grandes dignatarios de la isla, algo así como arzobispos primados. En tiempos de los reyes Kandyotas, esos personajes eran funcionarios reales, protectores del templo del Diente, ytenían sitio preeminente en todas las procesiones reales. Sumangala era inferior a ellos en rango, pero les sobrepasaba en el concepto de la opinión pública y por su valía personal. Yo tenía que hablar en el templo a las dos, pero la multitud que había acudido era tan compacta, que pasé grandes fatigas para llegar hasta mi mesa, y el incesante movimiento de los pies desnudos sobre el suelo, producía en las bóvedas un eco tan fuerte, que no podía hacerme oír ni una palabra. Después de algunos minutos de vanos esfuerzos, nos trasladamos fuera, a la pradera. Nuestro grupo subió con Sumangala a un ancho muro ypusieron allí sillas para él ypara H.P.B.; yo hablé bajo las ramas colgantes de un árbol de pan, que sirvieron para dar condiciones acústicas al sitio. La enorme concurrencia se sentó o quedó de pie en la pradera, en forma de hemiciclo, y yo pude hacerme oír bastante bien. Mientras se aguardaba nuestra llegada a la población, los misioneros habían difundido contra nosotros toda suerte de calumnias, y la víspera predicaron violentamente contra el Buddhismo en las calles de Kandy. Los tímidos cingaleses no habían osado responderles porque eran hombres blancos, pero vinieron a quejarse a nosotros. Así que, apenas comencé mi discurso, mencioné esos hechos, y sacando mi reloj, dije que concedía cinco minutos para que cualquier obispo, arcediano, sacerdote o diácono, de la iglesia que fuese, se presentara y probase que el Buddhismo era una religión falsa; y que si no se presentaban, los cingaleses tendrían entero derecho para tratarlos como lo merecían. Me habían indicado a cinco misioneros entre la concurrencia, pero permanecí los cinco minutos con el reloj en la mano sin que nadie chistase. Más adelante se verá la continuación de este episodio.

Tenía que pronunciar al otro día un discurso en el Town-Hall sobre "La Vida de Buddha y Sus Enseñanzas", y trabajé como un desdichado para terminar de escribirlo,

en medio de circunstancias desesperantes. H.P.B. me volvió medio loco haciéndome bajar una docena de veces, bien para ver personas que no me interesaban nada, bien para integrar grupos ante obstinados fotógrafos. En fin, todo se terminó por último, y di mi conferencia ante una numerosa concurrencia, que llenaba el Hall y sus entradas. La mayor parte de los funcionarios influyentes estaban allí, y los continuos aplausos nos hicieron pensar que había sido un éxito. Esa noche fueron admitidos diez y ocho miembros nuevos.

A las nueve de la mañana del siguiente día, se nos hizo el raro honor de mostramos el Diente del Buddha. Está conservado en una torre separada del templo, detrás de pesada puerta forrada de hierro, y cerrada por cuatro grandes cerraduras, cuyas llaves se hallan bajo la custodia de los dos grandes sacerdotes, del agente del gobierno y del *devalinami,* funcionario especial que ha sobrevivido al gobierno Kandyota que lo creó.

La reliquia, del tamaño de un diente de caimán, está sostenida por una varilla de oro, que sale de un loto del mismo metal, y el tiempo lo ha decolorado considerablemente. Si fuese auténtica, tendría veinticinco siglos. Habitualmente, se encuentra envuelta en una hoja de oro puro y encerrada en una caja dorada, del tamaño justo para ella, y exteriormente cubierta de esmeraldas, diamantes y rubíes. Esta caja está colocada en un fanal dorado, incrustado de piedras preciosas, que a su vez está encerrado en otro mayor pero de la misma clase, después en un tercero, en un cuarto, y finalmente, este último reposa en uno más grande, formado de gruesas planchas de plata, de cinco pies y cuatro pulgadas y media de altura, y nueve pies con diez pulgadas de circunferencia. Cuando se expone la reliquia, la colocan sobre un estrado con sus siete ricas envolturas y estatuítas del Buddha hechas de cristal de roca y de oro, así como otros objetos preciosos. Del techo cuelgan piedras preciosas y joyas, entre otras, un pájaro suspendido de una cadena dorada, compuesto enteramente de diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas y ojos de gato, montadas en oro, pero tan juntos entre sí, que no se ve el armazón de metal. El santuario es una pequeña salita en el segundo piso de la torre, sin ventana ni abertura alguna al exterior; el aire está cargado del perfume de las flores y de las especies, y las luces se reflejan sobre las gemas. El marco de la puerta es de ébano incrustado de marfil, y las hojas de la misma son de cobre. Delante del estrado, una mesa cuadrada corriente, sirve para depositar las ofrendas de valor y las flores. Inútil es decir que

estábamos medio aplastados por los numerosos notables que se habían deslizado detrás de nosotros, y que no sentíamos más que un deseo: hallar de nuevo un poco de aire lo más pronto posible. Creo que la reliquia no había sido expuesta después de la visita del príncipe de Gales, de suerte que era el mayor honor que se nos hubiera podido hacer. En cuanto llegamos a casa, los cingaleses cultos se apresuraron a solicitar la opinión de H.P.B. acerca de la autenticidad de la reliquia; ¿era o no un diente del Buddha? Bonita pregunta de género espinoso. A creer lo que dicen los historiadores portugueses, el verdadero diente, después de románticas vicisitudes, cayó en manos de los inquisidores de Goa, quienes prohibieron al virrey Constancio de Braganza que aceptara una suma fabulosa –400.000 cruzados, un cruzado valía 3,50 francos– que el rey de Pegu ofrecía por su rescate. Ordenaron que fuese destruída. Y el arzobispo, en su presencia y ante los grandes oficiales del Estado, la pulverizó en un mortero, arrojó el polvo en un brasero que para ello encendieron, y cenizas y carbones fueron dispersados sobre el río a la vista de una multitud "que se agolpaba en las galerías y ventanas que daban sobre el agua". El doctor Da Cunha –católico portugués– se muestra sarcástico en sus comentarios sobre este acto de vandalismo.

"Fácilmente se puede imaginar el efecto producido sobre el pueblo que llenaba las calles, por esta asamblea del virrey, prelados y notables de la antigua ciudad de Goa, reunidos para ver pulverizar un trozo de hueso en un mortero, y la desesperación de la pobre embajada del Pegu, viendo destruír la reliquia de su santo; y la feroz alegría de los severos inquisidores contemplando la dispersión de las cenizas del Diente sobre las sagradas aguas del Gomati, y finalmente, la gloria que aquel acto daba a Dios, al honor del Cristianismo y a la salvación de las almas. He ahí el punto en que los extremos se tocan: la incineración de un diente para la mayor gloria de Dios, es el punto de contacto entre lo sublime y lo ridículo".

I!e dicho que la reliquia de Kandy es aproximadamente del tamaño de un diente de caimán, pero no se asemeja a ninguna clase de diente, animal o humano. Tiene unas dos pulgadas de largo y casi una de ancho en la base; es ligeramente curva y redondeada en la extremidad. Algunos buddhistas dicen que es porque en tiempos del Buddha los hombres eran gigantes, y, por lo tanto, los dientes tenían que ser proporcionados a la estatura. Lo cual, naturalmente, es absurdo: la historia de los aryos no corrobora en nada esta leyenda. Por otra parte, se cuenta que el diente

actual fue fabricado de un trozo de cuerno de ciervo, por orden del rey Vikrama Bahu, en 1566, para reemplazar al original, quemado por los portugueses en 1560. Otros creen que ese diente es verdaderamente una copia, que el verdadero diente está escondido en lugar seguro, y que los portugueses no quemaron sino una reproducción. Por cierto que las leyendas de este *dalada* forman legión, y yo remito a mis lectores al curioso folleto del doctor Da Cunha y al de Sir M. Coomaraswami, sobre el que el anterior está basado en gran parte, a los trabajos de la Sociedad Asiática, a la obra de Tennent sobre Ceylán, y a otras fuentes. Una de las leyendas más poéticas que han nacido a propósito del Diente, cuenta que habiendo sido arrojado en un horno ardiente por un emperador indo incrédulo, "una flor de loto, ancha como rueda de un carro, se elevó por encima de las llamas, y el Diente sagrado, lanzando rayos que subieron hasta el cielo e iluminaron el universo, se posó sobre la flor". Hasta se pretende que tal es el origen de la fórmula sagrada de los thibetanos: *Om mani padme hum.* Para otras leyendas, ver el *Dhatuwansa,* antigua obra cingalesa sobre el Diente. El padre Francisco de Souza se hace eco en *El Oriente Conquistado,* de la creencia popular: "en el momento en que el arzobispo colocó el Diente en el mortero para pulverizarlo, atravesó el fondo y fue derecho a Kandy para posarse sobre una flor de loto". Tal vez nosotros no podamos seguirlos hasta ahí, pero no podemos negar que los cingaleses hallan un gran consuelo, considerando al Diente de Kandy como una reliquia auténtica del más sublime de los hombres, y no perderemos nada recordando que:

"De esperanza y de fe,
Difiere la humanidad;
Y están todos de acuerdo
Sobre la caridad".

Seguramente fue esta reflexión la que hizo que H.P.B. respondiese alegremente a sus interrogadores: "¡Naturalmente, es su diente, uno que tenía cuando era tigre!"

CAPÍTULO XII

FIN DEL VIAJE A CEYLAN

Volvimos a bajar a Colombo después de nuestra visita al Diente, y después de varios días, ocupados por las conferencias y las reuniones de organización, salimos para Morotuwa, acompañados hasta la estación por numerosos amigos. Una señora buddhista dió a H. P; B. un medallón esmaltado en oro, y el gran sacerdote nos dió, a Damodar y a mí, algo más precioso todavía, una bendición. Con algunos monjes, recitó el *pirit* y todos pusieron sus manos sobre nuestro pecho. Como H.P.B. era mujer según las apariencias, aquellos monjes no podían tocarla. Ella bromeó mucho sobre esto durante todo el viaje; y en Galle, después de su conversión al Buddhismo, se burlaba sin piedad del venerable Bulâtgama –a quien llamaba su padre en Dios– invitándole a fumar, y alcanzándole sobre un abanico un cigarrillo hecho por ella misma, para que él no se manchase por su con tacto; se reía y hacia compartir su alegría al viejo monje.

En las últimas veinticuatro horas que pasamos en Colombo, recibimos no menos de once invitaciones para visitar diferentes lugares; en una palabra: toda la isla hubiera deseado tenernos si el tiempo lo permitiera.

De Morotuwa fuimos a Panaduré, donde recibí im desafío del director de la escuela de la misión S.P.G., en nombre del partido cristiano, para discutir la religión cristiana. La carta aludía a mi desafío de cinco minutos en Kandy y estaba redactada con cierta insolencia. Nuestro programa estaba, como era natural, fijado de antemano, y todas las horas se hallaban ocupadas; además, estábamos obligados a encontramos en Galle a fecha fija para embarcamos. Todo el mundo sabía esto y el reto no era más que un lazo, porque el partido cristiano creía que sería declinado, y en ese caso, después de nuestra partida, podría atribuimos los motivos que quisiera, por habernos rehusado. Yo quise despreciar el desafío, pero H.P.B. se opuso y dijo que era menester aceptarlo por la razón, antes dicha. Wimbridge fue de la misma opinión, y yo acepté con ciertas condiciones: 1 º , el debate tendría lugar dentro de los tres días siguientes; 2º, mi adversario debería ser un sacerdote ordenado de una secta ortodoxa, alguien de categoría entre los cristianos, y que ellos reconocieran como un representante

respetable de su fe. En seguida telegrafié para desprendemos de compromisos, a fin de podernos quedar en Panaduré hasta terminar este asunto. Yo tenía razones para imponer la segunda condición: en Colombo habíamos encontrado uno de esos malditos papagayos religiosos, algo tocados, y cuyo espíritu batallador hace imposible las relaciones con ellos; son maniáticos, una verdadera peste social. Y yo pensaba que ese sería mi adversario. No había provecho ni honor en ganar un conflicto con tal hombre; si yo le reducía al silencio, el partido cristiano le repudiaría, y si él ganaba, los buddhistas quedarían cubiertos de vergüenza al ver a su campeón vencido por un individuo que no era respetado por ningún partido, que no estaba ordenado sacerdote, y cuyas opiniones religiosas no tenían nada de ortodoxas. En Colombo nos había agobiado con la ruidosa exposición de sus ideas; había fundado –en el papel– una sociedad llamada Christo Bramo Samaj, y me había enviado un prospecto donde se exponían los principios de la nueva sociedad, que eran fantásticos y heterodoxos; sólo daré de ellos un ejemplo: declaraba que el espíritu Santo debía ser femenino, porque de no ser así, el cielo sería como un hogar de hombres, un padre, un hijo, y ninguna mujer!

Hubo que cambiar numerosas notas después de la aceptación del desafío; nosotros, tratando siempre de poner las cosas en un pie justo y razonable, nuestros adversarios recurriendo a tretas y subterfugios para colocarnos en una falsa posición, de la cual esperaban sacar provecho. Nuestros amigos nos tenían informados de todo lo que se tramaba, incluso de las discusiones secretas (oídas por quien lo deseare de ambos partidos, dada la construcción de las casas de Ceylán) que tenían lugar entre el maestro de escuela y los principales cristianos de la población. Pidieron a todos los protestantes honorables ordenados, desde el obispo hasta el último, que me confundieran, pero todos rehusaron, y los abogados cristianos de la Corte de Apelaciones siguieron su ejemplo. Según lo que me aseguraron, el maestro de escuela tuvo que oír algunas cosas fuertes por haber metido en camisa de once varas a todo el partido cristiano. Finalmente, como yo lo había ya previsto, se pusieron secretamente de acuerdo con el individuo que ya mencioné antes, para que se presentara como antagonista mío. Confirmada la noticia por fuente segura, consulté a Sumangala y a los seis sacerdotes principales que se hallaban con él en representación de toda la corporación de los monjes, y que debían apoyarme con su presencia, para saber lo que tenia que hacer. La víspera del día señalado para la discusión, H.P.B. y Wimbridge

fueron a llevar mi ultimátum; nuestros adversarios trataban siempre de esquivar pruebas, evitando siempre escribir sobre las condiciones del debate. Dije que pura y simplemente rehusaba seguir adelante sin fijar previamente las condiciones.

La reunión en sí, fue un asunto divertido. Se efectuó a las dos, en la escuela de la S. P. G., un edificio bien aireado, de techo alto, bien ventilado, con dos puertas enfrente una de otra, al centro de la sala. La mitad de la derecha era para los cristianos, y la de la izquierda para los buddhistas. Dos sencillas mesas nos esperaban a mi adversario y a mí. El fundador de la Christo Brahmo Samaj se hallaba a un lado con una gran Biblia delante. La sala estaba llena, y los alrededores también. Se hizo un profundo silencio cuando H.P.B. entró conmigo y con nuestro grupo. Saludé a los dos partidos y me senté sin mirar siquiera a mi antagonista. Viendo que me dejaban toda iniciativa, me levanté y dije que en semejantes casos, era costumbre en los pueblos occidentales, elegir un presidente investido de plenos poderes sobre los oradores, que observa el tiempo empleado por ellos y las expresiones usadas, y pronuncia una recapitulación de la sesión al clausurarla. El partido buddhista, no deseando más que la justicia, quería dejar al partido cristiano que nombrase al presidente, siempre que este fuese un hombre reconocido por su inteligencia, su reputación y su justicia. Por lo tanto, les rogué que propusieran una persona conveniente. Los dirigentes se consultaron largo tiempo, y después propusieron al hombre de criterio más estrecho y más lleno de prejuicios de toda la isla, el más inaceptable para los buddhistas. Le recusamos y les pedimos que votasen de nuevo. Lo hicieron con igual resultado y aún una tercera vez. Entonces declaré: que puesto que evidentemente no tenían intención de mantener sus promesas nombrando a una persona conveniente, yo nombraría por los buddhistas a un hombre que no era buddhista, sino cristiano, y sin embargo, sobre la equidad del cual podíamos contar. Propuse a un inspector de las escuelas muy conocido. Pero no era la clase de presidente que ellos querían, lo rechazaron y volvieron a insistir en su primera designación. Esta farsa continuó durante una hora y media. Apoyado por Sumangala, les advertí que si dentro de diez minutos no se habían puesto de acuerdo sobre un presidente conveniente, abandonaríamos el salón. Igual resultado; expirado el plazo, me levanté y leí algunas notas que de antemano había preparado, previendo algo parecido. Después de recapitular los hechos, incluyendo las condiciones de aceptación del desafío, señalé los obstáculos que nos oponían, y la injuria deliberada de ponerme enfrente como adversario a un hombre que no había recibido las órdenes,

que ellos mismos no reconocían como ortodoxo, cuya derrota no tendría consecuencia, y del que habían echado mano como último recurso, después de haber tratado en vano de hallar un mejor campeón. Y como era evidente que no conocían los verdaderos sentimientos religiosos de su campeón, porque según yo entendía, el ya mencionado prospecto era reciente, mostré el precioso documento y leí pasajes relativos a la Trinidad. Su consternación pareció grande, y se manifestó por un profundo silencio, durante el cual nuestro grupo se levantó y dejó la escuela, precedido por los siete sacerdotes y seguido por una multitud entusiasta. Nunca había visto a los cingaleses tan demostrativos; no quisieron dejamos subir al coche, y tuvimos que regresar a pie, apretados por una masa humana tan densa, que ahora ya sé en qué consiste formar el centro de una bala de algodón. Reían, disparaban tiros de fusil, hacían chasquear látigos enormes –costumbre cingalesa importada de la India desde hace siglos– agitaban banderas, cantaban, y lo que es encantador: arrojaban al aire vasijas de cobre bruñido donde sonaban algunos guijarros, el sol se reflejaba en el metal pulido y los guijarros producían un ruido muy agradable. Fue así como nos condujeron a nuestra casa, o mejor dicho, a un gran cobertizo contiguo a ella, donde tuvimos que hacernos ver así como los sacerdotes principales y pronunciar algunas palabras apropiadas. Todo el mundo estaba contento, cambiando las más calurosas felicitaciones, y era idea general que los protestantes se habían infligido a sí mismos el golpe más sensible que recibieran desde su llegada a la isla. Ya lo dije anteriormente: los católicos no nos molestaban. He aquí un recorte de nuestro libro de notas, sacado del *Ceylon Catholic Messenger* del 20 de mayo del 1881:

"Los teósofos no pueden ser peores en todo caso que los misioneros de las sectas, y si el coronel Olcott puede persuadir a los buddhistas, como se esfuerza, para que establezcan escuelas propias, nos hará un servicio. Porque si los buddhistas tuviesen sus escuelas confesionales como nosotros tenemos las nuestras, eso pondría fin a la falta de honradez de los misioneros sectarios que sonsacan dinero al gobierno para hacer proselitismo bajo pretexto de sus escuelas. Si bien nosotros nos interesamos particularmente en la educación de nuestros correligionarios, sin embargo, no es interés ni deseo nuestro que la educación no sea general".

No pondremos ningún punto de interrogación a la última frase, en vista de la amable neutralidad indicada en ese párrafo.

En cuanto al desdichado campeón "cristiano", se apresuraron a encerrarlo en un

cuarto reservado de la estación, hasta la llegada del primer tren para Colombo, porque se temían las represalias de sus "correligionarios".

Al otro día llegamos a Bentota, y al siguiente a Galle, donde entramos a las cinco de la tarde, después de un delicioso día en coche. Uno de los parsis y yo, tuvimos que guardar cama dos días, y no pude aparecer en público. El 26 nos encontrábamos en Mâtara, nuestra etapa más meridional. A cuatro millas de la ciudad, fuimos acogidos por una procesión que me dijeron tener una milla de largo, y a la cabeza de la cual iban los notables de la población. Esta procesión tenía los caracteres curiosos de las antiguas *perahera* cingalesas y tenía para nosotros el atractivo de la novedad pintoresca. Se veían bailarines del sable con sus típicos trajes, hechiceros. *nutchniss* con la cara pintada de ocre, un templo giratorio montado sobre una espiga, una carreta de títeres, porque es preciso recordar que todos los *fantoccini* son de origen oriental y forman parte de casi todas las fiestas en la India, Birmania y Ceylán. En las manos de los hombres y de los muchachos se agitaban banderas y oriflamas en forma de cola de golondrina. Música, tam-tams, cantos compuestos en nuestro honor y una decoración de *olla* a lo largo de los caminos en una extensión de diez millas. Se puede imaginar qué muchedumbre era atraída a mi conferencia por semejantes demostraciones. La dí en un bosque de palmeras a orillas del mar, de pie en la escalinata de una galería, y la concurrencia se sentó en el suelo. Mí intérprete de ese día me puso a prueba. Comenzó por pedirme que hablase muy lentamente "porque no sabía muy bien el inglés". Enseguida se me colocó enfrente y me miraba a la boca como si hubiese leído a Homero y hubiera querido ver qué palabras "se escaparían a través de las barreras de mis dientes". Estaba en cuclillas, sosteniendo sus rodillas entre las manos cruzadas. Yo hablaba con facilidad, sin notas, y pasaba todas las fatigas del mundo para conservar mi sangre fría al ver pintada en su fisonomía una extrema ansiedad. Cuando no había comprendido alguna frase me pedía: "¿Tiene usted la bondad de repetir eso?" ¡Había que ser elocuente contra viento y marea. No obstante, salimos del paso y mis buenos oyentes estaban llenos de paciencia y de buen humor.

Varios días empleados en esta clase de ejercicios nos llevaron de nuevo a Galle en estado de meternos en cama, y lo hicimos, a pesar de todas las importunidades. Sin embargo, después de dos días fui a visitar el templo particular del señor Perera y sus hermanos, es decir, un templo que han construído con su dinero, para un sacerdote

más estricto y más ascético que la mayor parte de los de su Orden. Después, un poco de reposo relativo me permitió preparar un discurso que deseaba pronunciar ante una asamblea, que yo convoqué, de las dos sectas buddhistas, para tratar de reconciliarlas un poco e interesarlas por igual en nuestro movimiento a favor del Buddhismo. Dicha asamblea se reunió a la una de la tarde, en un salón alto de techo y bien aireado, situado en la playa del puerto y que pertenecía al señor S. Perera. Fue obligado preliminar un almuerzo servido a los delegados –quince de cada secta–, en el cual, para evitar toda complicación, coloqué a los dos grupos en dos salas contiguas que se comunicaban por medio de amplias puertas abiertas. Los monjes se lavaron los pies, después las manos y la cara, se enjuagaron la boca, y en seguida tomaron asiento en pequeñas esteras, colocándose los antiguos a la cabeza de la fila, y todos con su marmita de cobre delante. Los huéspedes, laicos, trajeron enormes fuentes de arroz bien cocido, curry, frutas, leche y otras cosas de la cocina, que estaba fuera, y pusieron en cada marmita una amplia porción de alimento sólido. Al ir de la cocina al salón, dejaban que una multitud de pobres *tocasen* las fuentes murmurando una fórmula de bendición, porque es creencia corriente que quienes tocan así las limosnas, adquieren una parte del mérito que existe en alimentar a los monjes. En cuanto a nosotros, fuimos servidos en otra parte de la casa.

Cuando se terminó la comida, me coloqué en la puerta de comunicación de ambas salas, declaré abierta la sesión y pronuncié mi discurso, que iba siendo traducido. En seguida leí mi decreto de fundación de la Sección Buddhista. Varios sacerdotes hicieron algunas observaciones, y una comisión mixta de las dos sectas, cinco de cada una, con Sumangala como presidente, fue elegida para ejecutar mi proyecto; después se levantó la sesión. Era una verdadera novedad, porque las dos sectas jamás habían participado en común de ningún asunto; y eso no hubiera sucedido de no ser nosotros extranjeros, sin relación con ninguno de los dos partidos, y sin hallamos en mayor intimidad con uno de ellos que con el otro. Nosotros representábamos al Buddhismo integral y sus intereses generales, y ninguno de los dos partidos osaba quedar apartado, aun cuando lo hubiese deseado, por temor a la opinión pública. Debo decir que han transcurrido diez y nueve años y que nunca he podido quejarme de ninguna disminución de buena voluntad por parte de alguna de las dos sectas. Todo lo contrario, han dado mil pruebas de su deseo de ayudar, en la medida en que la natural inercia de su temperamento se lo permite, a ese gran movimiento de

renacimiento del Buddhismo cingalés, que está llamado a obtener la base más sólida, puesto que se funda en la voluntad de un pueblo inteligente. Yo he lamentado siempre profundamente no haberme podido consagrar por entero a la causa del Buddhismo desde mis primeros tiempos, porque estoy convencido de que desde la época de nuestro primer viaje a Ceylán, en 1880, yo hubiera podido provocar la unión perfecta de las "iglesias" del Norte y del Sud –sirviéndome de esta absurda denominación– y que hubiese podido implantar una escuela en cada encrucijada de ese delicioso país de las palmeras y las especias. En fin, dejemos ese "si lo hubiera sabido", porque mi tiempo no ha sido perdido.

Mi gran error fue no aprovechar aquel entusiasmo para reunir –como habría podido hacerlo con facilidad– un fondo de dos o tres lakhs de rupias para fundar escuelas buddhistas, imprimir libros buddhistas y hacer propaganda. Hice infinitamente más ardua mi labor, dejando ese urgente asunto para el año siguiente, y las suscripciones disminuyeron considerablemente. Vino un año de mala cosecha; Colombo reemplazaba a Galle como escala de los vapores, y todo había cambiado.

El 12 de julio fue nuestro último día en la isla; el barco que debía conducirnos llegó el 13 y nos embarcamos, dejando llorosos a nuestros amigos, y llevando con nosotros el recuerdo de muchas atenciones, de agradables amistades, viajes encantadores, muchedumbres entusiastas y extrañas experiencias, que amueblaban nuestra memoria con atrayentes imágenes que más tarde recordaríamos con placer, tal como hoy lo hago al hojear algunas páginas de mi antiguo diario.

CAPÍTULO XIII

PEQUEÑA TEMPESTAD DOMESTICA

Como una especie de compensación a todas las satisfacciones de nuestra residencia en Ceylán, el mar estuvo terrible entre Galle y Colombo, y todos los de la partida nos mareamos. Todo el siguiente día lo pasamos en el puerto de Colombo; las olas eran tan fuertes, que muy pocos amigos se arriesgaron a venir a bordo a visitamos, pero entre esos pocos vino Megittuwatte. La influencia del número siete se dejó sentir como siempre; siete visitadores, el último bote (que nos trajo el último número del *Theosophist)* tenía el número 7, y las máquinas fueron puestas en movimiento a las 7 h., 7 m. Esa noche también tuvimos tormenta, y por fin llegamos a Tuticorin, nuestra primera escala en las Indias, con varias horas de retraso.

Es divertido hallar ahora en mi diario una nota sobre nuestros pesos respectivos, comparados con los que teníamos al comenzar el viaje. H.P.B. había ganado ocho libras, y pesaba 237 (inglesas). Yo había perdido 15, y me quedé con 170. Wimbridge no había ganado ni perdido nada. Y Damodar, la antítesis de H.P.B., no pesaba más que 90, y había dejado en Ceylán seis, que hubiese hecho mejor en conservar.

El último día de nuestro viaje de regreso, llovía como para que ni los perros saliesen; casi todo el tiempo del regreso llovió. El puente estaba empapado, los toldos destilaban porque el agua se juntaba en todos los sitios en que las cuerdas cedían algo. H.P.B. hacía vanos esfuerzos para escribir en una mesa que el capitán le hizo poner en un sitio relativamente seco, y usaba más juramentos que tinta, porque se le volaban los papeles por todos lados.

Por fin Bombay nos hizo hallar de nuevo la paz, porque estábamos en tierra firme, pero no por otra cosa, pues al llegar al Cuartel General nos vimos envueltos en plena tempestad doméstica. La señorita Bates y la señora Coulomb estaban en guerra declarada, y las dos mujeres irritadas vertían en nuestros entristecidos oídos las más agrias quejas. La señorita Bates acusaba a la señora Coulomb de haberla querido envenenar, y la otra contestábale en términos tales que me daban ganas de echarlas a las dos con una escoba, lo que hubiera sido muy conveniente, como lo probó el

porvenir. Pero, ¡ay!, fui nombrado gran árbitro y tuve que pasar dos noches seguidas oyendo sus ridículos argumentos, para terminar por fin pronunciando un veredicto favorable a la señora Coulolmb respecto a lo del envenenamiento, que no tenía ni sombra de sentido común. La verdadera, la *teterrima causa belli*, era que al marchamos habíamos encargada la casa a la señora Coulomb, y que la señorita Bates no se había contentado con el papel de sub-editora que yo le había designado. H.P.B., sentada junto a mí todo el tiempo que duró el proceso, fumaba aún más cigarrillos que de costumbre, y de cuando en cuando intervenía con reflexiones más apropiadas para envenenar las cosas que para arreglarlas. Wimbridge, que apoyaba a la señorita Bates, concluyó por unirse a mí para forzar alas beligerantes a que consintiesen en una paz armada, y la tormenta pasó por algún tiempo. Los días que a esto sucedieron fueron enteramente dedicados a trabajos literarios para la revista, muy necesarios por nuestra larga ausencia.

Nuestro fiel amigo Mooljee Thackersey había muerto algunos días antes de nuestro regreso, y la Sociedad perdió en él a uno de sus más celosos apoyos.

Un Mahâtma vino a ver a H.P.B. el 4 de agosto a la noche, y se me llamó antes de que se fuese. Dictó una larga e importante carta a uno de nuestros amigos influyentes de París y me sugirió varias cosas de importancia a propósito de los asuntos en curso de la Sociedad. Antes del final de la visita se me despidió y como le dejé sentado en el salón de H.P.B., no podría decir si desapareció de modo anormal. Su visita vino muy oportuna para mí, porque al día siguiente se produjo una nueva explosión de furor de la señorita Bates contra nosotros dos: contra H.P.B. a causa de cierta señora de Nueva York, y contra mí, porque me había pronunciado a favor de la señora Coulomb. Durante un momento en que me daba la espalda para dirigirme a H.P.B., cayó sobre mis rodillas una carta del Maestro que nos había visitado la víspera. Encontré en ella consejos para salir lo mejor posible de las dificultades presentes. Puede interesar a nuestros colegas norteamericanos saber que el Maestro se refería al asunto como si nosotros fuésemos la Sociedad Teosófica de *jure* y no de *tacto*. La ingeniosa teoría actual no se había presentado a la mente de la Gran Logia Blanca! (esto se refiere al absurdo pretexto sostenido por los miembros que se retiraron de la Sociedad, siguiendo al señor Judge hace siete años, para justificar la ilegalidad de su acción).

El siguiente día vió introducirse la división en nuestro cuarteto; Wimbridge

hacía causa común con la señorita Bates. La vida comenzaba a hacerse penosa. De común acuerdo, compramos para la señorita Bates un billete de regreso a Nueva York, pero después que el señor Seervai arregló todos los detalles, ella se negó a partir. Al tercer día cenamos separados; H.P.B., Damodar y yo, en el pequeño bungalow de H.P.B.; Wimbridge y la señorita Bates en el comedor, que se lo dejamos. De día en día la situación se agravaba, terminando por no hablamos más; H.P.B. sentía una verdadera fiebre de irritación nerviosa. El 9 nos encontró en una situación sin salida, y el 10 se produjo la separación total. Los Coulomb dejaron el vecino bungalow para ocupar el departamento de la señorita Bates, quien se instaló en casa de ellos. Wimbridge se quedó donde estaba, en un pequeño bungalow situado en el mismo jardín del de la señorita Bates; se tapió la puerta que habíamos abierto entre las dos propiedades, y las dos familias se apartaron así. Qué lástima da pensar que todo aquello surgió de miserables rivalidades y envidias femeninas, que es lo más inútil ymás fácil de evitar del mundo, y que se hubiese impedido con un poco de imperio sobre sí mismo. Por más indiferente que aquel asunto fuese para nosotros personalmente, el efecto fue malo para la Sociedad, que se resintió de sus consecuencias durante bastante tiempo. Uno de los molestos resultados fue que los dos descontentos hallaron el medio de ponerse a bien con uno de los principales diarios indígenas de Bombay, que nunca estuvo bien dispuesto hacia nosotros, y usaron sus columnas para maltratar a la Sociedad y la Teosofía en general, con una acritud que, por lo que sé, dura hoy todavía.

Antes de la separación usé con éxito mi influencia sobre un parsi amigo nuestro, para conseguir que Wimbridge hallase el capital necesario para establecer una empresa de amueblamiento artístico y decoración interior, para lo que estaba bien preparado por su educación artística y su talento de dibujante. Al cabo de algún tiempo, se instaló convenientemente en otro barrio de Bombay y se hizo una soberbia clientela, y según creo, concluyó por ganar una fortuna junto con sus socios. En cuanto a nosotros, pobres y unidos camaradas en literatura, seguimos nuestro sendero, sin volver los ojos hacia las flores que crecían a ambos lados de nuestro áspero camino. Y verdaderamente esa era la mejor adarga que H.P.B. pudo usar –y que usaba constantemente– para rechazar los ataques hostiles de los críticos. Jamás pudo ninguno de ellos decir que haya ganado dinero por sus fenómenos ni trabajando para la Sociedad Teosófica. En aquel tiempo me pareció

que iba demasiado lejos en ese género de defensa, y que oyéndole hablar podía uno imaginarse que ella deseaba convencer de que puesto que sus milagros no le producían nada, no podía haber tampoco nada fundado en las otras acusaciones: de plagio, por ejemplo, o de que dejaba truncos los textos, o bien de falsa interpretación de algún autor. Recuerdo muy bien que varias personas en Simla y en Allahabad juzgaban así y les hice con frecuencia la observación.

Para colmo de desdichas, al llegar de Ceylán encontramos a los miembros de Bombay inertes y a la Rama adormecida. Parecía que dos meses de ausencia hubiesen ahogado casi por completo el interés local por nuestra obra, y cuando el diario indígena, del que ya he hablado, comenzó sus ataques, nuestro cielo se oscureció bastante. Pero no perdimos el valor; el *Thesophist* apareció puntualmente todos los meses, y nosotros sosteníamos una correspondencia enorme. Era una de esas crisis en las cuales H.P.B. y yo volvíamos a encontramos más unidos que nunca, ayudándonos y alentándonos mutuamente. ¿Que nuestros mejores amigos se convertían en enemigos? ¿Que los más fieles adherentes se alejaban? Nosotros aparecíamos el uno ante el otro siempre entusiasmados, tratando cada uno de persuadir al otro de que eso no tenía ninguna importancia, y que pasaría como una ligera nube de estío. Y además sabíamos, porque teníamos de ello pruebas constantes, que los Maestros por quienes trabajábamos nos envolvían con su potente pensamiento, que nos ponía al abrigo de toda desgracia y aseguraba el éxito de nuestra causa.

Algunos colegas indos o parsis venían regularmente a vernos, y poco a poco el terreno perdido en la India era recuperado. En Norteamérica todo estaba en suspenso, no había nadie capaz ni con energía suficiente para impulsar nuestro movimiento. Judge era entonces un neófito y soñador de veinticinco años, vivía trabajosamente de su profesión de abogado, y el general Doubleday, el otro miembro casi activo, se había retirado al campo, donde vegetaba con su pensión del retiro, y por diversas causas no podía dedicarse a una propaganda activa. Nunca más que entonces, el centro de nuestra evolución se redujo a nosotros dos, y la única probabilidad de que el movimiento sobreviviera, reposaba en nuestra existencia y nuestra perseverante energía. No nos hallábamos tan solos como antes, porque además del serio apoyo que encontramos en la India, estaba el pobre Damodar, tan delicado, tan frágil, y que se había ofrendado en cuerpo y alma a nuestra obra con una devoción imposible de superar. Aunque era delicado como una jovencita, si yo no le hacía acostar,

permanecía toda la noche escribiendo. Jamás se vió un hijo más obediente a su padre, o hijo adoptivo más despreocupado de sí mismo en su amor por una madre adoptiva, que él para H.P.B. La menor palabra era una ley inviolable, el más fugitivo deseo una orden imperativa, y para obedecer estaba pronto a sacrificar hasta su vida. Durante una grave enfermedad de su infancia, en medio del delirio, había tenido la visión de un Sabio bienhechor que, tomándole de la mano, le dijo que no moriría, que viviría para hacer una obra útil. Esta visión interior se desarrolló gradualmente después de conocer a H.P.B., y Damodar reconoció en aquel que conocíamos con el nombre de Maestro K. H., a la aparición de su infancia. Esto puso el sello a su devoción por nuestra causa y a la sumisión que observaba por H.P.B. Personalmente, siempre me demostró una confianza sin reservas, cariño y respeto. En mi ausencia me ha defendido contra calumnias públicas y privadas, y se ha conducido conmigo como un hijo. Su memoria es para mí querida y respetable.

El mismo día de la ruptura de nuestro grupo familiar llegó una invitación del señor Sinnett para que fuésemos a su casa de Simla. Esto fue la gota de agua en el desierto, y H., P. B. telegrafió aceptando, porque el correo hubiera sido demasiado lento para su deseo. Toda la mañana anduvo de un lado para otro; después me llevó a las tiendas, donde se compró todo un equipo para su permanencia en Simla, y se puso a contar las horas que, faltaban para la próxima partida. Todo el mundo sabe lo que resultó de aquella visita a Simla, por varios libros y muchos periódicos. Marion Crawford, en *M. Isaacs,* habla de nosotros y del señor Sinnett cuando nos paseábamos en medio de los rododendros. Pero como nunca se ha dicho toda la verdad, voy a dar inéditos detalles en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIV

SIMLA y LOS CERULEOS

Cuatro días antes de nuestra salida para el Norte sucedió algo que consigno aquí por lo que valiere, según mis notas del momento, pues que ha sido tachado de fraude por la señora Coulomb. Al mismo tiempo, debo decir que jamás he tenido la más leve confirmación de lo que ha dicho, y dada su dudosa reputación de mala fe, tendré necesidad de pruebas más serias, para dudar del testimonio de mis propios sentidos. Estábamos conversando en el despacho H.P.B., Damodar y yo, cuando el raro retrato del yogui Tiruvalla, que había sido hecho en Nueva York por medio de un fenómeno producido para el señor Judge y para mí –y que había desaparecido de su cuadro en mi dormitorio cuando dejamos América– cayó sobre el escritorio ante el cual yo estaba sentado. Y en seguida cayó también una fotografía del swami Dyanand que él me había dado, y anoté en mí diario esa misma noche, que "yo vi el primero en el momento en que tocaba una caja de metal situada sobre mi escritorio, y que al segundo le ví en el aire, bajando oblicuamente". Esto no permite pensar que el retrato haya sido introducido por una hendidura del techo, como lo afirma la verídica señora Coulomb.

Tres días después, H. P.B. dió su tarjeta a un visitador que deseaba tenerla, y un momento después cayó del techo otra tarjeta a los pies de la visita, que la recogió.

Salimos los dos con nuestro criado Babula, el 27 de agosto, en el tren de la noche, y después de habernos detenido en Allahabad, llegamos el 30 a Meerut. Toda la Rama local de la Arya Samaj nos esperaba en la estación, y en cuanto estuvimos alojados, el swami vino a vemos. Durante varios días mantuve con él una larga discusión sobre el Yoga para aclarar sus ideas sobre el ascetismo y los poderes psíquicos. Como ese debate ha sido publicado *in extenso* en el *Theosophist* de diciembre de 1880, no lo reproduciré aquí. Los que se interesen por él, podrán informarse buscando el citado número de la revista.

La discusión se prolongaba día tras día y noche tras noche, a pesar del calor intolerable. Una mañana, H.P.B. vino a llamarme bastante antes de salir el sol,

temiendo sufrir un ataque de apoplejía, y decidida a partir para Simla a toda costa, aunque ya se había anunciado oficialmente mi conferencia pública. Pero descubrió que adoptando la costumbre inda de dormir al aire libre se hallaría mejor, y cambió de parecer; envió un telegrama para anular el nuncio de nuestra llegada, que se había mandado telegráficamente, e hizo colocar su cama fuera, cerca de la mía y la de nuestro huésped, y allí, protegida por un gran mosquitero contra todas las visitas de insectos, durmió tranquilamente hasta que los cuervos comenzaron su melodía en los mangles vecinos. En una larga y seria conversación que tuve aparte con el swami, decidimos como presidentes de nuestras Sociedades respectivas, que: "ninguno de los dos seria responsable de las doctrinas del otro; las dos Sociedades seguirían aliadas pero independientes".

Después partimos para Simla, y desde Umballa subimos en coche durante toda la noche por el camino de la montaña que conduce a la residencia veraniega del virrey. Nuestro *dak-gharry* era un vehículo alargado que parecía un gran palanquín montado sobre ruedas. No dormíamos porque estábamos llegando a los contrafuertes del Himalaya, y H.P.B. tenía que tratar asuntos con los Mahâtmas. Debo indicar que fue esa noche cuando ella me contó que el cuerpo del swami Dyanand estaba ocupado por un Maestro, lo que ejerció una influencia considerable sobre mis subsiguientes relaciones con él. Después de un alto de cinco horas en Kalka, continuamos la ascensión en *tonga,* pequeña carreta colgada de dos ruedas, muy baja, en la que caben cuatro contando al conductor. El camino militar es bueno, aunque peligroso por los bruscos recodos que tiene. A esta altura, el panorama es imponente con los perfiles y los pasos de las montañas, pero carece de selvas para alegrar el paisaje con verdor y frescura. Simla se apareció a nuestra vista en el momento de ponerse el sol, y sus chalets dorados por la luz parecían muy bonitos. Un criado del señor Sinnett nos esperaba a la entrada de la ciudad con *jampans* –sillas de manos–, y pronto nos hallamos bajo el hospitalario techo de nuestros buenos amigos, cuya acogida fue de las más cariñosas. Al despertamos la mañana siguiente, reposados y contentos, Simla se ofreció a nosotros bajo un aspecto encantador. La casa de los Sinnett estaba construida en la pendiente de una colina, en forma que tenía una vista soberbia, y desde su galería podían verse las residencias de la mayor parte de los altos funcionarios anglo-indos que gobiernan aquel inmenso imperio.

El señor Sinnett comenzó por tener una conversación seria con H.P.B. para decidir

la línea de conducta que ella debería seguir. Tengo anotado en mi diario que le pidió muy seriamente que considerase esa temporada que pasaría allí, como un periodo de vacaciones completas, y que durante tres semanas no hiciese ni una alusión siquiera a la S.T. ni a la ridícula vigilancia del gobierno, que nos tomaba por espías rusos. En fin, dejar todo eso de lado para obtener mejores resultados, disponiendo favorablemente a la gente hacia nosotros, lo que no sucedería si se veían obligados a oír nuestros discursos heterodoxos y nuestras quejas. Naturalmente que H.P.B. prometió todo lo que él quiso, y naturalmente también que lo olvidó en cuanto se presentó la primera visita. Algunas noticias del asunto de la señorita Bates en Bombay, la pusieron en un estado violento, y como siempre, hizo de mí su chivo emisario[91]; medía su cuarto en todas direcciones a grandes pasos, declarando que yo era la causa inmediata de todas sus molestias y tribulaciones. Leo en mis notas que Sinnett me confió particularmente su desesperación porque ella no supiera dominarse, y estropeara así todas sus probabilidades de hacerse de amigos en la clase social en que hubieran sido más valiosos. Dijo que los ingleses creen que el verdadero mérito va siempre acompañado del imperio sobre sí mismo.

Nuestra fiel amiga, la señora Gordon, fue la primera en visitamos, y después acudió una sucesión de los funcionarios más importantes, que Sinnett traía para presentarlos a H.P.B. Veo en mi diario que en seguida comenzó a producir fenómenos. Hacia sonar golpes en la mesas o cualquier otro sitio de la habitación, y de un pañuelo bordado con su nombre, sacó, a petición del señor Sinnett, otro bordado con el nombre de él en el mismo estilo. Dos días más tarde, hizo para un señor un fenómeno singular: frotando la cretona que tapizaba una silla sobre la cual ella estaba sentada, desprendió un duplicado de una de las flores del dibujo. La flor no era un fantasma como la sonrisa del gato de Cheshire, sino un objeto material, como si el contorno de la flor se hubiese desprendido de la tela bajo sus dedos. Sin embargo, la cretona estaba intacta. Probablemente esto era una maya.

A partir de entonces, ninguna cena a la que fuésemos invitados era considerada completa sin una exhibición de los poderes de H.P.B., manifestados por ruidos de golpes o sonidos de campanas. Ella hacia oír también los golpes sobre o en la cabeza de los más graves personajes oficiales. Un día, después de almorzar, hizo poner las

[91] Refiérese al chivo emisario que en fecha determinada de cada año los israelitas soltaban al desierto después de especiales ceremonias, y suponían que se iba cargado con todas las culpas y pecados del pueblo israelita entero. (N. del T.)

manos de las señoras y caballeros presentes las unas sobre las otras, y colocando la suya en lo alto de la pila, hizo oír golpes de seco sonido metálico bajo la mano inferior del montón y que reposaba sobre la mesa. No era posible hacer trampa en esas condiciones, y todos los asistentes se interesaron mucho en esta prueba en la que una corriente de fuerza psíquica podía atravesar una docena de manos y producir sonidos sobre una mesa. Este experimento se repitió varias veces, y un día se produjo algo curioso. Cuando cierto juez de la Corte de Apelación muy conocido, ponía sus manos en la pila, la corriente no pasaba, y en cuanto las retiraba, los golpes se hacían oír de nuevo. Tal vez él se imaginaba que su olfato superior impedía las trampas, pero esto era sencillamente porque su sistema nervioso no era buen conductor del aura de H.P.B.

Entre las relaciones notables que hicimos, cuéntase la del señor Kipling, el director de la escuela de arte de Labore; el genio de su hijo Rudyard todavía no se había revelado al mundo asombrado.

Seguíamos siendo mal visto por el gobierno, que nos suponía espías rusos, y uno de mis deseos era aclarar esa estúpida equivocación para que nuestra labor en la India no fuese obstaculizada. Pero me parecía político esperar a que los principales funcionarios hubiesen tenido tiempo de formarse una idea de nuestras personas y de nuestros probables motivos, al tratarse con nosotros.

Cuando la ocasión me pareció estar madura, una noche después de cenar, en familiar conversación con el secretario de Asuntos Extranjeros, me puse de acuerdo con él para un cambio de cartas y la presentación de mis cartas de recomendación del presidente de los Estados Unidos y del secretario de Estado norteamericano. Voy a reproducir aquí el texto de mi carta a causa de su interés histórico.

Simla, septiembre 27 de 1880.

“Señor:

“Como consecuencia de nuestra conversación del sábado respecto a la Sociedad Teosófica y de su obra en las Indias, tengo el honor de informarle por escrito, según su deseo, que:

“1° La Sociedad fue organizada en Nueva York, en 1875, por cierto número de orientalistas y aficionados a la psicología, con el fin bien definido de estudiar las religiones, las filosofías y las ciencias del Asia antigua con ayuda de sabios, expertos y

adeptos indígenas.

“2º No tiene otro objeto, y en particular, no tiene ni disposiciones ni interés en mezclarse en política, ni en la India ni en otra parte .

“3º En 1878, dos de sus fundadores, la señora Blavatsky –naturalizada ciudadana de los Estados Unidos y versada toda su vida en la psicología asiática– y yo, con otros dos miembros (súbditos inglesa) vinimos a la India en busca de nuestro objeto. Siendo ingleses dos de nosotros, norteamericanos de nacimiento o por naturalización, no teníamos la menor idea de mezclamos en la política inda. Yo, soy portador personalmente, de un pasaporte diplomático del señor secretario Ewarts, y de una carta de recomendación general del Ministerio de Estado a los ministros y cónsules norteamericanos, así como de otra de la misma naturaleza del mismo presidente, favor sin precedente según se me ha dicho. Ya he depositado copias de estos documentos en el gobierno de Bombay, y haré un triple envío a su departamento en cuanto pueda hacerlos venir de Bombay.

“4º El gobierno de la India ha recibido datos falsos respecto a nosotros, basados en la ignorancia o la malicia, y hemos sido objeto de una vigilancia que se ha efectuado tan desacertadamente, que se ha llamado sobre ella la atención del país entero, y se ha hecho creer a los indígenas que el hecho de ser amigos nuestros les atraería la enemistad de los funcionarios superiores y podría perjudicar a sus intereses personales. Las loables y bienhechoras intenciones de la Sociedad se han visto así seriamente obstaculizadas, y nosotros hemos sido víctimas de indignidades absolutamente inmerecidas, como consecuencia de la decisión del gobierno, engañado por falsos rumores.

“5º Todos aquellos que han deseado informarse, han observado que desde hace diez y ocho meses, que es nuestro tiempo de residencia en la India, hemos ejercido sobre los indígenas una influencia bienhechora y conservadora, y que nos han aceptado como verdaderos amigos de su raza y de su país. Podemos probarlo por cartas recibidas de todos sitios de la península. Si el gobierno tuviera a bien remediar el daño que nos ha hecho inconscientemente, y devolvemos la reputación que teníamos antes de ser cruel e injustamente acusados de complots políticos, podríamos prestar grandes servicios a la literatura occidental y a la ciencia. No bastaría dar contraorden respecto a nuestra vigilancia, porque las sospechas de su departamento se han

infiltrado en todas las clases de la población, y su sombra pesa siempre sobre nosotros. El verdadero remedio estaría en que el departamento ordenase a sus subordinados que hicieran conocer en las diferentes localidades, que ya no somos sospechosos y que en la medida en que nuestra obra tiende al bien de la India, tiene vuestra aprobación. He ahí lo que solicito de usted como representante de la equidad británica ante un caballero norteamericano.

Soy de usted, etc…"

La respuesta del gobierno no fue tal como la deseábamos, porque aunque nos aseguraba que no se nos molestaría más, siempre que no nos mezclásemos en política, no hablaba de dar contraorden sobre la vigilancia, a los residentes ingleses junto a los príncipes indígenas. Lo hice notar en el ministerio de Asuntos Extranjeros, y terminé por obtener todo lo que deseaba. A partir de entonces fuimos libres

El 29 de septiembre subimos H.P.B., la señora Sinnett y yo, a lo alto de Prospect Hill, y allí en el techo de pizarra de un pequeño templo indo, en medio de muchos nombres, distinguí el criptograma del Mahâtma M. y mi nombre debajo; no sabría decir cómo estaban allí. Mientras charlábamos sentados, H.P.B. preguntó cuál era nuestro mayor deseo. La señora Sinnett respondió:

"Ver caer sobre mis rodillas una carta de los Hermanos". H.P.B. sacó de su libreta un trozo de papel color rosa, trazó en él con el dedo algunos signos invisibles, lo dobló en forma de triángulo, se acercó al borde de la colina, a unos 20 metros, se colocó dando frente al Oeste, hizo algunos signos en el aire, abrió las manos y el papel desapareció. La respuesta no cayó sobre las rodillas de la señora Sinnett, tuvo que ir a buscarla en medio de un árbol cerca de allí, subiéndose a él. Estaba escrita sobre el mismo papel rosa, doblado en triángulo! y clavado en una ramita. Dentro leíase en una rara escritura: "Creo que se me pide que deje aquí una carta. ¿Qué desea usted que yo haga?" La firma estaba en caracteres thibetanos. El punto débil de este experimento, es que el billete no llegó en las condiciones pedidas.

Finalmente, llego al tan discutido fenómeno del descubrimiento de una taza con su plato en una excursión campestre. Me atendré exactamente a mi diario, fecha 3 de octubre de 1880. Seis de nosotros –tres señores y tres caballeros– salimos con dirección a un valle a cierta distancia de la ciudad, para buscar un sitio favorable para nuestro almuerzo campestre. El mayordomo de los Sinnett había acondicionado las

cestas de provisiones y con ellas puso seis tazas con sus platos de un cierto modelo, una para cada persona. En el mismo momento de partir llegó a caballo un señor y fue invitado a venir con nosotros. Los criados marchaban delante con las cestas y nosotros les seguíamos en fila india descendiendo por los senderos serpenteantes y pedregosos que conducían al valle. Después de un paseo bastante largo, llegamos a un espacio llano, situado, en la cresta de una altura, cubierto de verde hierba y sombreado por grandes árboles. Decidimos acampar allí y bajamos de los caballos para tendemos en la hierba mientras los criados ponían el mantel sobre el césped y sacaban las provisiones. Hicieron fuego para preparar el te y el mayordomo vino a comunicar a la señora Sinnett, con aire muy inquieto, que no tenía taza ni plato para el sahib que a última hora se había unido a nuestra excursión. Oí que ella decía en tono afligido: "Es una torpeza de usted no haber puesto una taza más, ya sabia bien que el sahib tomaría te". Después, volviéndose a nosotros, dijo riendo: "Parece que será menester que dos voluntarios beban en la misma taza". Yo dije que en otra ocasión semejante, habíamos arreglado la cuestión dando a uno la taza y a otro el plato. A esto alguien dijo en chanza a H.P.B.: "Ahí está, la ocasión, señora, para hacer un poco de magia útil". Todo el mundo se rió de lo absurdo de la idea, pero H.P.B. pareció dispuesta a tomarla en serio, hubo exclamaciones de placer, y se le pidió que produjese el fenómeno de inmediato. Los que se hallaban acostados en la hierba, se levantaron rodeándola. Ella dijo que si hacía en efecto eso, tenía necesidad de la ayuda de su amigo el mayor. Como él estaba encantado con prestar su ayuda, H.P.B. le pidió que se proveyese de algo a propósito para hacer un agujero, y cogiendo un cuchillo de mesa, la fue siguiendo de un lado para otro. Ella examinaba con atención el terreno y presentaba el chatón de su gran sortija de sello tan pronto hacia un sitio como hacia otro. Por fin dijo: "Tenga la bondad de cavar aquí". El mayor esgrimió vigorosamente su cuchillo y vió que bajo la hierba el suelo estaba cubierto de una red de pequeñas raíces de los árboles vecinos. Las cortó y las arrancó, y de pronto, rechazando la tierra removida, apareció al descubierto un objeto blanco. Era una taza incrustada en la tierra, y una vez sacada, vimos que era igual a las otras seis. ¡Ya pueden imaginarse las exclamaciones de sorpresas y la agitación de nuestro pequeño grupo! H.P.B, dijo al mayor que continuase cavando en el mismo sitio, y después de cortar una raíz del grueso de mi dedo meñique, sacó un plato del modelo correspondiente a la taza. Esto elevó la agitación al colmo, y el que había trabajado con el cuchillo se mostró el más encantado y con más asombro que nadie. Para completar esta parte de mi relato, debo decir que apenas regresamos, la señora Sinnett y yo, que llegamos los primeros, fuimos directamente a ver la vajilla, y las tres tazas que completaban las nueve sobrevivientes de una difunta docena, estaban puestas de lado en un estante alto por tener las asas

rotas, Por lo tanto, la séptima taza sacada de la tierra, no había salido de esa reserva.

Después del almuerzo, H.P.B. hizo otro milagro que me sorprendió más que todas las otras cosas. Uno de los caballeros dijo que estaba dispuesto a ingresar en la sociedad si H.P.B, podía darle al instante su diploma debidamente llenado! Esto parecía ser demasiado, pero H.P.B. sin pestañear, hizo un gran gesto con la mano y le dijo que tratase de encontrarlo, porque muchas veces los árboles y matorrales habían servido de buzón. Riendo, y en apariencia seguro de que su prueba era imposible, se dirigió a los matorrales, y halló en ellos un diploma de miembro perfectamente llenado con su nombre y fecha, y una carta oficial mía, que estoy bien seguro de no haber escrito, pero que no obstante era de mi propia letra! Esto nos puso de buen humor, y como H.P.B, estaba entusiasmada, quién sabe qué fenómenos hubiese producido, si no se hubiera presentado el contratiempo, más inesperado y desagradable. Al regresar, nos detuvimos para reposamos y charlar un poco. Mientras tanto, dos señores, el mayor y el que se agregó en último momento a la excursión, se alejaron un poco, y al cabo de una media hora volvieron con aire muy serio, diciendo que en el momento en que la taza y el plato fueron exhumados, ellos estaban perfectamente convencidos y dispuestos a sostener su opinión contra todo el mundo, pero que habían vuelto a ver el lugar y se habían convencido de que haciendo un agujero por el otro lado de la cresta de la colina, se podía introducir los objetos hasta el sitio· en que se les había encontrado. Lamentaban no poder considerar ese fenómeno como enteramente satisfactorio, y presentaron a H.P.B, un ultimatum para que efectuase otro fenómeno en las condiciones fijadas por ellos. Dejo que quien haya conocido a H.P.B. a su orgullo de familia y su volcánico temperamento, se suponga la explosión de furor que respondió a aquella salida. Se hubiera dicho que se volvía loca, y vertió sobre los dos desgraciados escépticos los torrentes de su indignación; de suerte que nuestro alegre paseo terminó con una tempestad. Personalmente, recordando todos los detalles del descubrimiento de la taza y su plato, y animado por el mayor deseo de llegar a la verdad, no puedo considerar de valor lá teoría propuesta por los dos escépticos. Todos los asistentes habían podido ver que la taza y su plato estaban cubiertos de numerosas raíces que tuvieron que ser cortadas o arrancadas violentamente, y ambos objetos parecían incrustados en el suelo como si fuesen piedras; la hierba encima de ellos estaba fresca y no había sido movida, y si se les hubiese introducido por un tunel, las huellas dejadas no habrían podido escapar a los ojos de todo nuestro grupo que seguía atento la operación de hacer el hoyo. En fin, dejemos eso; el valor de la enseñanza pública de H.P.B. no depende de los fenómenos que aquella maravillosa mujer producía de tiempo en tiempo, para edificación de los que eran capaces de sacar provecho de ello. Y con toda seguridad, es mayor el mérito de promulgar la *Doctrina Secreta,* que de crear en la tierra todo un juego de te de porcelana.

FIN DEL TOMO I

NOTAS

1. Ella se describe a sí misma del siguiente modo en una polémica: "Una mujer vieja, de cuarenta, cincuenta, sesenta, noventa años, poco importa cuántos. Una mujer vieja cuyos rasgos kalmuko-buddho-tártaros no fueron nunca hermosos ni en su juventud: una mujer cuyo mal aspecto, sus modales de oso y sus costumbres masculinas son a propósito para asustar a todas las hermosas damas bien encorsetadas y bien cinchadas". (Ver su carta "*El Knout*" al *R. P. Journal* del 6 de marzo de 1878). (E. S. O.).

2. Ver un artículo publicado en el *Frank Leslie's Popular Magazine* de febrero del 1862, ilustrado con fantásticos grabados, pero que entre muchas mentiras decía algunas cosas ciertas. Su autor, el doctor A. L. Rawson, cita el fracaso en El Cairo de la formación de una sociedad de investigaciones ocultas, y dice que "Pablo Métamon, un célebre mago copto, que poseía varios libros muy curiosos de fórmulas astrológicas, de encantos mágicos y de horóscopos, y tenía verdadero placer en mostrados a las personas *convenientemente recomendadas*", había aconsejado esperar. El doctor Rawson dice que H.P.B. había dicho a la condesa Kazinoff "que había penetrado por lomenos en uno de los misterios del Egipto, y lo había probado sacando una serpiente viva, de un saco oculto en los pliegues de su vestido". He sabido por un testigo ocular, que durante la residencia en El Cairo de H.P.B., los fenómenos más extraordinarios se producían en las habitaciones donde se hallaba; por ejemplo, que una lámpara se levantó de la mesa en que estaba colocada, y por el aire se trasladó a otra, como si alguien la hubiese llevado; que ese mismo copto misterioso desapareció de pronto del sofá en que estaba sentado; y otras maravillas, pero no milagros, puesto que la Ciencia enseña ahora la posibilidad de la inhibición de los sentidos de la vista, el oído, el tacto y el olfato, por sugestión hipnótica. Sin duda alguna, una sugestión de esta clase hizo ver a los asistentes la lámpara en movimiento por el espacio, pero no la mano que la llevaba, y les hizo creer en la desaparición del copto. Era lo que H.P.B. llamaba "una prueba psicológica", pero no por eso dejaba de ser un hecho real y científicamente importante. Los sabios afirman la verdad de la inhibición, pero confiesan su ignorancia acerca de su mecanismo. Los doctores Binét y Feré, en su célebre obra *El Magnetismo Animal*, dicen: "¿Cómo ha producido el experimentador ese curioso fenómeno? No sabemos nada de ello. Registramos tan sólo el hecho externo, o sea que cuando se asegura a un sujeto sensitivo que un objeto presente no existe, esta sugestión tiene por efecto directo o indirecto, la producción en el

cerebro del sujeto, de una anestesia local, correspondiente al objeto designado. ¿Pero, qué es lo que sucede entre la sugestión verbal que es el medio, y la anestesia sistemática, que es el resultado?... Aquí las leyes de la asociación, que tanto nos ayudan para resolver los problemas psicológicos, nos fallan". ¡Pobres principiantes! No ven que la inhibición obra sobre el hombre astral, y que los magos orientales son más fuertes que ellos para producir pruebas psicológicas, sencillamente porque conocen más psicología y llegan hasta Aquel que contempla a este triste mundo ilusoria a través de las ventanas del cuerpo; al suspender los nervios telefónicos, es como si se cortasen los hilos eléctricos, no puede transmitirse ningún telegrama. (E.S.O.)

3. Los espiritistas me han dirigido entonces y después, muchos reproches por mi severidad para con la inmoralidad teórica y práctica de los mediums y de ciertos grupos de pretendidos espiritistas, pero yo nunca escribí nada más mordaz que lo que puede leerse en los artículos o libros de sus principales escritores. Sin contar la despreciativa opinión que ese pavo real de los mediums, Home, tenía de todos sus hermanos y colegas. La señora Hardinge Britten escribió en el *Nineteenth Century Miracles*, pág. 426, que sus espíritus guías le han asegurado "que los peores enemigos del Espiritismo nacerán de su seno y que los golpes más crueles le serán dados por los mismos espiritistas". En otro sitio dice aún: " Y así, esta gran causa ha sido elevada sobre la cruz del martirio, entre los ladrones de la impureza y la codicia, como todos los grandes salvadores del Mundo. Sí todavía no ha sucumbido, no es por falta de esfuerzos de parte de la Humanidad para minar su integridad por medio de la corrupción interior así como por el antagonismo externa. El amor libre, de un germen adormecido que era, había crecido hasta la plena madurez de un movimiento considerable... la ola monstruosa de las doctrinas licenciosas, acompañada de una monstruosa licencia de conducta, que durante un cierto tiempo se extendió como un contagio a través de los Estados Unidos... esparció un injusto y desagradable olor sobre las creencias y la reputación de decenas de millones de inocentes", etc. Jamás escribí yo nada tan fuerte; sin embargo, la Sra. Britten no exageró el triste estado de cosas, emanado de esa ilimitada relación entre vivos y difuntos. Regularizar esas relaciones, mostrar sus peligros, hacer ver lo que es el verdadero Espiritualismo y cómo puede uno desarrollarse espiritualmente, he ahí el plan de H.P.B. y sus verdaderos motivos para declararse espiritista. Creo que esto será evidente para todas aquellos que la sigan a través de su vida hasta el día de su muerte. (E.S.O.)

4. He aquí un importante borrador de carta, firmado por el señor Felt, que he encontrado poco después de la redacción de este capítulo. No me acuerdo ya si la carta fue enviada para su publicación o no, pero me inclino a esta última opinión. Creo que lo que dice de la influencia de sus diagramas

egipcios sobre sus oyentes es exagerado. Los "pseudo-maestros que no vinieron para aprender" del señor Felt eran miembros espiritistas de una inconmovible ortodoxia. (E.S.O.)

Nueva York, junio 19 de 1878.

Al editor del *London Spiritualist:*

Mi atención acaba de ser atraída por ciertos artículos aparecidos en su ciudad, y entre ellos uno en su periódico, tratando de ciertas declaraciones hechas por amigos míos, respecto a la Sociedad Teosófica y a mí mismo. Uno o dos de los escritores hasta se preguntaron si yo existo o si no soy más que una creación de "la imaginación de la señora Blavatsky y sus amigos". No teniendo ninguna relación con el público al cual se dirige su periódico, lo leo muy rara vez y probablemente no hubiera tenido jamás conocimiento de esas declaraciones, si. no me las hubiesen hecho ver. Yo me ocupo de matemáticas y no me intereso sino muy poco o nada por las cosas que no son susceptibles de exacta demostración; por eso hay tan pocos lazos simpáticos entre los espiritistas y yo. Tengo una fe tan débil en sus supuestas demostraciones, que he cesado hace tiempo de mantenerme en contacto con ellos.

La Sociedad Teosófica partió de la falsa idea de que una confraternidad de esa clase podía sostenerse por la admiración mutua en provecho de los periódicos, pero pronto cayo en el desorden. No había jerarquía ni grados, sino que todos eran iguales. La mayor parte de los miembros parecían venir para enseñar más que para aprender, y no temían esparcir sus opiniones a los cuatro vientos. Los verdaderas teósofos vieron en seguida que convenía establecer diferentes grados y constituir la Sociedad en asociación secreta. Esta reorganización en sociedad secreta con varios grados, se hizo, y sus miembros fueron obligados a mantener el secreto, y por lo tanto, todo lo que se ha dicho después en el exterior debe ser visto como sospechoso, porque aún si ciertas declaraciones son exactas, pueden haberse hecho ante los *Iluminados* ciertas experiencias de las cuales los miembros y novicios no hayan tenido conocimiento. Tengo el derecho de hablar de mis propios actos en la Sociedad y fuera de ella, hasta el momento de ese voto de silencio, pero no el de atestiguar acerca de mis actos o los de los otros después de, ese compromiso. La declaración relativa a mis experimentos, que el Sr. Olcott hizo en su discurso de apertura, no fue concertada conmigo, no tuvo mi consentimiento y llegó a mi conocimiento demasiado tarde para poder protestar de ella. Aunque verdadera en sí, la consideré como prematura y que su conocimiento debía ser mantenido dentro de la Sociedad exclusivamente.

Los que son llamados elementales, o elementarios, o espíritus originarios, son criaturas que existen en realidad; estoy convencido de ello por mis estudios de arqueología egipcia. Mientras yo dibujaba varios zodíacos egipcios buscando las concordancias matemáticas, noté la producción de efectos muy curiosos e inexplicables. Mi familia se dió cuenta de que en ciertos momentos un perro terrier favorito, y un gato de Malta, que se habían criado juntos, frecuentaban mi estudio y dormían al pie

de mi cama, se conducían de un modo raro y llamó mi atención sobre ello. Ví entonces que cuando me entregaba a ciertas investigaciones, el gato comenzaba a mostrarse inquieto, y al principio el perro trataba de calmarlo, pero pronto el perro se inquietaba también. Se diría que las facultades del gato eran más sensibles, pero ambos pedían salir de la habitación y trataban de escaparse saltando contra los cristales. Cuando se les dejaba salir, se quedaban fuera maullando y ladrando como diciéndome que saliese. Esto se repitió hasta que adquirí la convicción de que sentían influencias a las que yo no era sensible. Yo creía primeramente que las horribles imágenes de los zodíacos eran sólo "vanas imaginaciones de un cerebro enfermo", pero pensé después que eran las convencionales representaciones de objetos naturales. Después de haber estudiado los efectos producidos sobre los animales, reflexioné que así como el espectro tiene rayos que aunque son invisibles para el ojo, han sido supuestos capaces de sostener una creación diferente de la que conocemos y que nos sería también invisible, y todo esto por sabios eminentes (teoría de Zöllner), ese fenómeno debía ser su manifestación. Como esas rayas invisibles pueden ser hechas aparentes por medios químicos, y como imágenes químicas invisibles pueden ser reproducidas, yo empecé una serie de experimentos para ver si podría efectuar esa creación invisible o sus influencias. Entonces comencé a comprender y apreciar ciertas partes de mis investigaciones egipcias, hasta entonces incomprensibles. Finalmente, llegué a comprobar que esos zodíacos y otras figuras, son imágenes de tipos de creación invisible, dibujadas de modo más o menos preciso y entremezcladas con imágenes de objetos naturales representados de una manera más o menos convencional. Descubrí que esas imágenes eran inteligencias y que mientras unas parecían malignas y temidas por los animales, otras, en cambio, no les eran antipáticas, y parecían más bien satisfechos de verlas.

Esto me condujo a creer que eso formaba una serie de criaturas en un sistema de evolución que iba desde la natural inanimada, a través del reino animal, hasta el hombre, su más alto desarrollo; que eran inteligencias susceptibles de ser más o menos completamente dirigidas, según que el hombre las conociese más o menos bien, según pudiese mostrarse superior o inferior a ellas en la escala de la creación, y según él se encontrase más o menos en armonía con la Naturaleza y sus obras. Algunos descubrimientos recientes que demuestran que las plantas poseen sentidos más o menos perfeccionados, me han convencido de que esta teoría podría ser llevada más lejos. Encontré que la pureza del cuerpo y del espíritu tenía un gran poder, y que ellas sentían una gran repugnancia al tabaco fumado o masticado, y por otras costumbres sucias.

Me convencí que los egipcios se habían servido de esas apariencias para la iniciación y creo haberlo establecido sin discusión posible. Mi primer proyecto era introducir en la Francmasonería una especie de iniciación como la de los antiguos egipcios, y traté de realizada, pero viendo que sólo los hombres puros de cuerpo y espíritu podían dominar a esas apariencias, comprendí que seria menester

encontrar otros sujetos diferentes de mis compatriotas impregnados de whisky y saturados de tabaco, que viven en una atmósfera de engaño y mentira. Ví que esas apariencias o elementales se volvían muy malos cuando no se les sabía conducir y que despreciando a los hombres que su instinto les indicaba como degenerados, serían peligrosos y capaces de hacer daño. He aquí lo que hicimos, un miembro de la Sociedad, hombre de leyes, inclinado a las matemáticas, y yo; siguiendo el ejemplo de Cornelio Agrippa que sostiene con Trithemius "que es posible sin duda alguna influenciar espiritualmente a gran distancia, aunque el sitio exacto y la distancia sean desconocidos". De *Occulta Phil.,* litb. III, 3. El observó varias veces que una luz brillante se le aparecía justamente en el momento de encontrarme, y concluyó por suponer una. relación entre esta luz y mi llegada. Me preguntó acerca de esto y le dije que anotase exactamente la hora y minutos de esas apariciones luminosas, y que yo le diría también la hora exacta cuando le viese. Lo hice como treinta o cuarenta veces antes de que su espíritu escéptico se declarase convencido. El veía esas luces a diferentes horas del día, ya se encontrase en Nueva York o en Brooklyn, y convinimos que cada vez yo iría a buscarle a su oficina como unas dos horas después.

Esos fenómenos son por completo diferentes de lo que se llama manifestaciones espiritistas, magnéticas o mesméricas, y no me vanaglorio de ello, nunca influencié a mi amigo de ninguna de esas dos maneras.

Un día vino a mi casa, situada en mi barrio de esta ciudad, y examinó los dibujos kabalísticos en los que yo estaba trabajando, y que parecieron impresionarle vivamente. Cuando se fue, vió en pleno día, en el tranvía, la apariencia de un animal extraño del cual hizo un croquis de memoria. Estaba tan impresionado por este suceso y por la precisión de la aparición, que fue inmediatamente a ver a uno de los *Iluminados* de la Sociedad para mostrarle su dibujo. Supo entonces que eso era realmente la imagen de un cierto espíritu elemental que los egipcios representaban a continuación de cierto reptil, que precisamente acababa de ver en mi casa y que ellos empleaban en los zodíacos, las iniciaciones, etc. En seguida vino a verme y yo le mostré sin comentarios un dibujo de lo que él había visto, después de lo cual me contó lo que le había sucedido y se fue. Entonces quedó convencido de que yo había previsto que él vería esa aparición después de ser impresionado por mi dibujo. Es evidente que esos fenómenos no se relacionan con ninguna forma habitual de manifestaciones.

En una de mis conferencias en la Sociedad Teosófica, a la cual asistían miembros de todos los grados, los *Iluminados* pudieron ver resplandores que pasaban de un dibujo a otro aunque estaban expuestos a la claridad de varias luces de gas; otros vieron una imagen sombría fijarse en los dibujos, y otros fenómenos, como el cambio aparente de las figuras del zodíaco en otras formas de elementales. Algunos miembros de grado inferior experimentaban un sentimiento de terror como si fuese a suceder algo terrible; la mayoría de los aspirantes se sentían molestos, algunos se pusieron

desagradables y de mal humor; varios novicios se marcharon del salón. La señora Blavatsky, que había visto en Oriente fenómenos de la misma clase, que produjeron malas consecuencias, me rogó que diera vuelta a los dibujos y hablase de otro tema. Si hasta ese momento se había dudado de la utilidad de los grados en la Sociedad, entonces se vió su necesidad absoluta, y en adelante, yo no ensayé más obtener manifestaciones de esa clase, sino con los *Iluminados*.

El tono agresivo de los artículos antes citados no ha sido provocado en modo alguno, y ninguno de los miembros había dicho nada de más. Al pertenecer a una sociedad secreta, no podíamos contar sin autorización. Habiendo recibido ahora dicha autorización, públicamente declaró aquí que he cumplido recientemente lo que había prometido hacer, y salvo prohibición del Consejo, yo permito a los *Iluminados* que me han visto, que den su testimonio si lo juzgan procedente.

No sé si usted será del parecer de que esto vale el sitio que ocupará en sus columnas, pero creo que es justo, después de un silencio absoluto de más de dos años, que mi voz sea oída en estos asuntos. El Espiritismo moderno no necesita llorar con Alejandro, aún le queda otro mundo por conquistar.

JORGE H. FELT

5. El crítico del *Woodhult and blaflin's Weekly,* que entonces se publicaba en Nueva York, dando cuenta de la publicación del *Arte Mágico,* usa expresiones severas para calificar al autor, . que, con razón o sin ella, identifica a la señora Britten. "Ese libro –dice– es un sencillo refrito de libros que los interesados menos pudientes pueden con facilidad procurarse en cualquier librería o en la primera biblioteca pública que visiten. La *Historia* de *la Magia* de Ennemoser, *Lo Sobrenatural* de Howit, la *Filosofía* de *la Magia* de Salverte, *Los Rosacruces* de Hargrave Jennings, *El Mago* de Barrett, la *Filosofía Oculta* de Agrippa y algunos otros, han provisto los elementos de esa miserable recopilación, plagada de faltas de inglés y de errores aún peores. Declaramos sin vacilar que en el libro no hay nada importante que no pueda hallarse en otras obras impresas". Esto es exagerado, porque hay trozos dignos de Bulwer Lytton, que se diría habían sido escritos por él. Y aunque las copias obligadas de los autores citados sean palpables, el lector paciente encontrará en la obra mucha y sana doctrina oculta, juiciosamente expuesta. (E.S.O.)

6. Es menester que cite el trozo entero para edificación del gran sacerdote Sumangala y otras autoridades buddhistas: "El nacimiento de esos avatares, de una virgen pura, su infancia amenazada por un rey inquieto, su fuga y su vida escondida en Egipto, su regreso acompañado de milagros, para salvar, curar y rescatar al mundo, sufrir persecuciones, una muerte violenta, descender a los infiernos, y reaparecer como salvador recién nacido, todos esos detalles de la historia del Dios-Sol que ya han sido descritos, etc." (*Op. cit.,* página 60). ¡Imaginaos a Gautama Buddha escondido en Egipto,

sufriendo una muerte violenta y descendiendo a los Infiernos! ¡Y ese *Arte Mágico* se presenta como la obra de un adepto que ha estudiado en Oriente y ha sido iniciado en su misticismo! Un adepto, además, que mientras el cólera hacía estragos en Londres "se habría retirado a un observatorio de Londres, donde con compañeros elegidos, todos notables desde el punto de vista científico, habría hecho observaciones por medio de un inmenso telescopio construído bajo la dirección de lord Rosse" *(Ghost Land,* pág. 134, del mismo autor), telescopio que nunca estuvo de Londres más cerca de lo que lo está Birr Castle de Parsons Town en el condado de King, Irlanda. La verdad es que el autor de ese libro debe haber sacado sus explicaciones –incluyendo las faltas de ortografía– del capítulo 1 de la verídica obra de Kersey Graxes: *Los 16 salvadores crucificados del mundo*, de la que H.P.B. se burló tan graciosamente en *Isis Sin Velo.* (E. S. O.)

7. El me escribió el 17 de mayo de 1877: "Los cambios me cuestan ya 280 dólares con 80 céntimos; y siguiendo así, cuando el libro aparezca, el gasto previo habrá llegado al extremo de que cada uno de los primeros mil ejemplares, costará mucho más de lo que se podrá hacer pagar por él, lo que para comenzar es desalentador. Sólo la composición del primer volumen (con la estereotipia) sube a 1.359 dólares con 69 céntimos. ¡Sólo el primer volumen, fíjese usted, sin el *papel, la impresión, ni* la *encuadernación!* Suyo afectuosamente, J. W. Boston". No sólo hacía corregir indefinidamente los tipos, sino que también cuando las planchas habían sido fundidas, las hacía cortar para transponer el texto y agregar nuevos párrafos que se le habían ocurrido después o que había leído en cualquier parte. (E.S.O.)

8. Nadie supo jamás su origen o su verdadero nombre. El mariscal de Belle Isle, que le encontró en Alemania, le indujo a venir a París. Era una persona de noble apariencia y exquisito trato, erudición considerable y una prodigiosa memoria; hablaba inglés, alemán, español y portugués a la perfección, y el francés con un leve acento piamontés... Ocupó por muchos años una notable posición social en la corte francesa... Tenía la costumbre de contar a los crédulos que había vivido trescientos cincuenta años, *y algunos hombres* de *avanzada edad, que pretendían haberlo conocido cuando eran jóvenes, declaraban que en sesenta o setenta años su apariencia no había cambiado.* Federico el Grande, habiéndole pedido Voltaire algunos datos respecto al misterioso personaje, le contestó que era "Un hombre que nunca muere y que lo sabe todo". Nadie conoció la causa o la fuente de su eterna salud; ellos lo afirman para su propia satisfacción, usando el mismo procedimiento de que Hodgson, el espía de la S.P.R., echó mano en el caso de H.P.B. para explicar su presencia en la India: afirmó que "había sido empleada durante una gran parte de su vida, como espía en los países en que residió *(Am. Cyc.,* ed. 1868, vol. XIV, págs. 266 y 267). Pero, es lo mismo: no presentan para mantener esa

calumnia ninguna prueba. La *Encyclopedia Britannica* adopta respecto a St. Germain el mismo punto de vista, y el *Dictionnaire Universel d'Histoire* et *Geographie,* haciéndose eco de la misma falsedad, dice que "éste anheló obtener reputación por sus riquezas y el misterio con que él mismo se rodeaba"! Si la señora de Fadeef –tía de H.P.B., se decidiese a traducir y publicar solamente ciertos documentos de su famosa biblioteca, el mundo tendría una idea muy aproximada a la verdadera historia de la misión europea pre-revolucionaria de este Adepto oriental; por lo menos más aproximada que la que hasta ahora se ha tenido. (E.S.O.)

9. Cerca de dos años después de la publicación de esas líneas, H.P.B. explicaba el secreto a su familia (ver el *Path,* art. cit.); no se hallaba en su cuerpo, pero permanecía muy cerca de él, en plena consciencia, vigilando las operaciones de los ocupantes. (E.S.O.)

10. Es preciso hacer notar un hecho muy curioso relacionado con esto: la escritura del *Mahâtma* M., que fue estudia por la S.P.R. y sus peritos, y declarada semejante a la H. P. B., es una especie de basto emborronamiento que se parece a un conjunto de raíces trituradas y trozos de ramas, mientras que la escritura del mismo personaje en el manuscrito de *Isis* y en las cartas que me dirigía personalmente es muy diferente. Es pequeña, ligera como una escritura de mujer, y aunque se parece a la letra habitual de H.P.B., difiere bastante de ella para presentar una apariencia individual diferente; que me permitía reconocer una página escrita por ese Maestro a primera Vista. No tengo la pretensión de explicar ese hecho; lo menciono solamente, creyendo que debe conservarse para ser estudiado por cualquier psicólogo que trate de establecer las leyes de la escritura psíquica de los mediums u otros intermediarios, producida por precipitación, contralor de la mano u ocupación del cuerpo. Creo que un estudio de esta clase vendría a demostrar que una escritura semejante, sometida al análisis que la S.P.R. hizo con la supuesta procedente del *Mahâtma,* resulta parecerse siempre más o menos a la del medium, y esto sin sospecha de mala fe. Las acusaciones de la S.P.R. han perdido casi todo su valor porque este hecho ha sido perdido de vista, voluntariamente o no. El difunto Stainton Mases (A. Oxon), cita en su libro *Psycography,* pág. 125, una carta escrita por W.H. Harrison, antiguo editor de *The Spiritualist,* observador muy experimentado de fenómenos psíquicos, en la que dice a propósito de los mensajes transmitidos por el doctor Slade: "Noté que casi siempre eran de la escritura del medium, lo que hubiera parecido indicar para los ignorantes una impostura, pero que acredita su buena fe a los ojos de un experto. Al salir de la sala después de la sesión, tuve una corta conversación con el señor Simmons, y sin decirle lo que yo sabía, para probar su integridad, le pregunté si la escritura de las pizarras se parecía en algo a la del doctor Slade. Respondió sin vacilar que el parecido era por lo general notable. Esto demuestra la sinceridad y ausencia de exageración que

caracterizan a las declaraciones del señor Simmons”. El señor Harrison agrega: “Antes de que el doctor Slase viniese a Londres, varios años de observación en numerosas sesiones, me habían demostrado que las manos materializadas con tanta frecuencia en estas sesiones, eran duplicados de las manos del medium y daban más o menos la misma escritura”. Y sin embargo, en presencia de Slade y de otro psíquico llamado Watkins, fueron escritos unos llamados “mensajes de espíritus” en veinte idiomas diferentes, desconocidos de los mediums y que no sabían escribir en su estado normal, por precipitación o manipulación de un fragmento de lápiz colocado sobre una pizarra que sus manos no tocaban. (E.S.O.)

11. Este capítulo fue publicado por vez primera en julio de 1893. Algunas personas, por cuya opinión tengo un gran respeto, no aceptan mis deducciones. Puedo equivocarme. Pero, en todo caso, debo decir que aún no he tenido ninguna prueba de lo contrario hasta el presente (agosto de 1895). Mucho me temo que los ejemplares de escritura de los *Mahâtmas* que he podido ver después de 1891, sean imitaciones fraudulentas. (E.S.O.)

12. *Hamsa* es *Sohan* invertido y *Soham* quiere decir: “Yo soy aquello”, es decir, Parabrahm. De modo que *Parabrahm-Jîva, Soham-Hamsa.* Pero al mismo tiempo, *Hamsa* era el nombre de un pájaro al que se atribuye el don de separar el agua de la leche; es el símbolo esotérico de *Atma.* Es el sentido del texto “la forma del pájaro *Hamsa”. Hamsa* es esa “chispa plateada del cerebro” que “no es el alma misma, sino el halo que la rodean que Bulwer Lytton describe de un modo tan cautivador en el cap. XXXI de *A. Strange Story.* (E.S.O.)

13. Puede leerse en el *American Bookseller* de octubre del 1877: “La venta... es sin precedente para una abra de esa clase; la edición entera ha sido agotada en diez días. Godofredo Higgins publicó en 1783 su *Anacalypsis,* una obra del mismo género, y aunque no se imprimieron más que 200 ejemplares, muchos quedaban sin vender bastantes años después de la muerte de su autor, y fueron cedidos en un lote por sus herederos a un librero de Londres. Este libro se ha hecho excesivamente raro y se paga fácilmente a 100 libras. El mundo ha envejecido desde los tiempos de Higgins y el libro de la señora Blavatsky es más interesante que el suyo. No obstante, el éxito es muy notable y sobrepasa la esperanza del editor”. ¡Ciertamente! Y el señor Bouton quedó tan asombrado y satisfecho, que el domingo, 10 de febrero, en mi presencia, ofreció a H.P.B. 5.000 dólares por la primera edición de un libro en un volumen, que levantase algo más el velo de *Isis,* si quería escribirlo para él. Se proponía tirar solo 100 ejemplares, a 100 dólares cada uno. Aunque ella tenía mucha

necesidad de dinero, rehusó diciendo que no le estaba permitido por entonces, divulgar nuevos secretos. El señor Bouton vive aún y podría dar fe de esto. (E.S.O.)